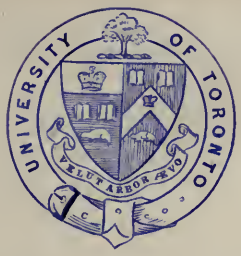
3 1761 08166222 3

ITALIA-ESPAÑA

GUÁRDESE COMO JOYA PRECIOSA

EX-LIBRIS
M. A. BUCHANAN



PRESENTED TO

THE LIBRARY

BY

PROFESSOR MILTON A. BUCHANAN

OF THE

DEPARTMENT OF ITALIAN AND SPANISH

1906-1946

España moderna

AÑO 12. NUM. 136.

LA

ESPAÑA MODERNA

Director: JOSE LAZARO

ABRIL, 1900

MADRID
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE IDAMOR MORENO
Calle de Blasco de Garay, núm. 9.

Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo, es indispensable el permiso del Director de La España Moderna.

AP
60
E8
año 12
136-38

MURIÓ Y LE ENTERRARON

Cierto día en que Ivar estaba á orillas del mar, queriendo sacar de la barca la gran ancla nueva con su cadena de hierro de cuarenta toesas, la soltó bruscamente y se llevó la mano á los riñones.

—¿Qué tienes?—le preguntó su ayudante Andreas.

—He tirado con demasiada fuerza—dijo Ivar recobrando el aliento.

Y volvieron á ponerse al trabajo.

Juzgaron algunos que esa era la primera causa de la larga y dolorosa enfermedad de Juan Asmussen, porque «toda enfermedad comienza por una punzada de costado».

Otros decían:

—¡Qué necedad! Muchas veces le ocurre á un pescador relajarse de riñones ó cualquiera otra cosa peor todavía; si así fuese todos estaríamos derrengados. No, eso es que alguien le ha hecho mal de ojo.

Hay muchos supersticiosos entre los pescadores.

Había otra tercera explicación. La enfermedad databa de aquel día de Febrero en que la barca de Ivar y la de Andreas se fueron á pique á medio nudo de la costa. Habíase pasado más de una hora antes de poder llegar á ellos, y naturalmente el agua estaba muy fría. Ivar, muy duro para sí mismo, no quiso mudarse de ropa; por su parte tampoco Andreas. Por la pri-

mavera Ivar sentía pinchazos en la espalda mientras que Andreas seguía bien de salud. Sin embargo, los dos pasaron el mismo tiempo en el agua, y ambos se habían mojado lo mismo. Por consiguiente, ¿cómo creer en semejante maldición hiriendo á uno sin tocarle al otro? ¡Eso era otra estupidez!

Lo más verosímil era el mal de ojo. Como enfermo, lo estaba.

Lena, la mujer de Ivar, consiguió por fin decidirle á guardar cama. Eso fue bastante difícil de lograr, pues era un hombre tenaz, taciturno, emperrado en el trabajo, destrozándose casi en él. Cuando su boda ya le pertenecía la barca. Lena aportó al matrimonio el ajuar de la casa. Andreas no tenía participación directa en las ganancias; trabajaba por un salario ó más bien por un tanto por ciento. Era un guapo mozo, de cara fresca; su boca, en línea recta, nunca se abría por completo; hablaba aún menos que Ivar, y probablemente ese era el motivo de su buena inteligencia mutua. Sólo una pasión tenía: el baile, pero por el baile mismo. Ningún amorío, ninguna salida nocturna; pero como hubiese baile en la posada poníase á bailar con la primera mujer que encontraba junto á la puerta, fuese joven ó vieja, grande ó pequeña, y no concluía de bailar sino con la que se quedaba la última. Entonces, con la blusa mojada, se volvía en seguida á casa, se acostaba bañado en sudor, dormía sin ensueños, y al siguiente día se levantaba sin dolor de cabeza.

Una sola vez había bailado con Lena, pero tres vueltas seguidas. Al dejarla y sentarse, miróle ella y dijo sonriendo:

—¡Qué acalorado estás!

Bajó los ojos él, y respondió:

—¡Esto es lo que yo llamo un buen baile!

Aquella noche, contra su costumbre, no pudo dormirse. Levantóse á la postre, y cediendo á repentina inspiración, se mudó de camisa. Fue la única vez que lo hizo y eso le ayudó.

Ya no volvieron á bailar nunca juntos, pues muy poco después comenzó la larga enfermedad del marido. La espalda de

Ivar estaba «enferma». Andreas tuvo que trabajar por dos, con el fin de obtener el dinero necesario para pago del médico, de los coches con que ir en su busca y de los medicamentos; era preciso también velar al enfermo, y sin embargo tener en orden la casa. Lena y Andreas repartíanse la tarea, pero sin hablar. La dolorosa enfermedad hacía aún mayor el silencio de la casa. Los gemidos y los gritos de Ivar durante las malas noches, eran lo único que interrumpía el silencio; y después de estas manifestaciones arrancadas á fuerzas desfallecientes, el silencio gravitaba con más pesadumbre sobre el triste hogar. El largo edificio, muy bajo, albergaba á media docena de familias. Ivar Asmussen vivía en el piso de la izquierda, ocupando dos pequeños zaquizamís separados por un tabique cubierto por un papel á cuadros. Estaba la cocina en la planta baja, de donde una escalera conducía arriba, á la pesada trampa con su anillo de hierro desgastado. Esa trampa permanecía siempre cerrada desde que la única hija de Ivar y de Lena, la pequeña Mætta María, andando cierta vez á reculones, cayó á través de la altura dentro de un cesto lleno de arenques. Los arenques se aplastaron, por lo menos los de encima, pero por fortuna estaban en abundancia aquel año, y Mætta María sólo se ganó un susto. Su espalda estaba intacta.

Durante nueve años, aquella escala había crujido bajo el paso regular de Ivar, al irse de pesca ó al volver. Con la espalda, sana entonces, levantaba la trampa, haciéndola saltar con un pequeño golpe de hombros, ágil, y dejándola caer luego en seco, enérgico. Ahora ya no podía su espalda conducir la pesca ni levantar la trampa; apenas si podía Ivar permanecer tendido en el lecho corto y cuadrado, donde le pinchaban las pajas y le pesaba la manta. En la espalda, de mes en mes más enferma, formábansele agujeritos, uniéndose luego en ancha llaga, que ora se cerraba, ora volvía á abrirse, desafiando á la ciencia del médico de la aldea durante el invierno, y á la del médico de la ciudad durante la estación veraniega.

Encamado así durante dos años, Ivar, cada vez más enfermo, comenzaba á exhalar un olor pútrido; gusano miserable, retorcíase en la cama, esperando en vano el gran talón que le aplastase y pusiese fin para siempre á sus sufrimientos. ¿Para siempre?.... Esto es lo que más preocupaba al infeliz, durante los largos días y las noches aun más largas. Algunos de sus parientes, semejantes á los venerables amigos de Job, habíanle provisto de consuelos, de buenos consejos y de confortantes, en forma de hojas sueltas publicadas por una sociedad de propaganda en innumerables ejemplares baratísimos. Sus débiles manos ya no podían sostener el libro de salmos, encuadernado, que en otros tiempos leyera, y Lena lo leía harto despacio y sobrado mal; además, siempre lloraba ella al proponerse cantar lo que no leía bien. Con los trataditos entre sus dedos temblorosos, podia dejársele solo. Leía hasta que eran demasiado violentos los dolores; entonces prorrumpía en gritos, prosiguiendo después la lectura, mientras que el cerebro le abrasaba en competencia con la extensa llaga.

Una mañana llamó á Lena.

Con una uña (uña larga, negra y ganchuda) había subrayado el versículo: «Su *gusano no muere,* su fuego no se extingue.»

—En el fondo, Lena — dijo, —¿qué he hecho en el fondo tan mal?

Ella no le respondió, pero pasóse por los ojos la mano, que sostenía un cuchillo con el cual acababa de limpiar una delgada pletija.

—¿Te he pegado nunca?—preguntó él.

—¡No, ya lo sabe Dios!— respondió la mujer sollozando y sustituyendo el cuchillo por el delantal.

—¿O á Mætta María..... excepto aquella sola vez en que dejó escapar al cochino?

—¡No!..... ¡No!.....

—¿Me he emborracho? ¿Era yo jugador ó un?.....

Abandonáronle las fuerzas, desplomóse inerte su mano al

borde de la cama, y cayó al suelo el tratadito sobre trapos sucios: la cura que se había él arrancado la noche anterior.

Bajóse Lena, recogió librejo y trapos, y bajó á la cocina, donde tiró todo ello á la ceniza. Pero como asustada del atrevimiento, recogió de nuevo las páginas impresas, y las puso encima de la tabla, sobre la fila de platos, después de pasar la mano sobre los puntos tostados por el fuego. Un humo pestífero se desprendía de los trapos que quedaron en el rescoldo, pero Lena estaba tan endurecida contra el humo, como contra el olor.

Nunca volvieron á hablar ds esto. Ivar no leyó más; entregó á Lena con extraña mirada las hojas sueltas que aún quedaban en la cama.

Agravábanse los sufrimientos. Volvía los ojos de modo que sólo se veía de ellos lo blanco (es decir, lo amarillo de limón), cada vez que experimentaba la sensación de una placa de hierro caliente al rojo blanco entre los hombros, sensación producida por los dolores. Pasados los accesos, cerrábansele los ojos y yacía como sin conocimiento; comenzaban de nuevo los dolores, recalentábase al blanco la placa de hierro, retorcíase, y volvía á caer como sin conocimiento. Era una lucha constante por la vida (una lucha con la fe): la lucha de la muerte, tan lenta en venir.

—¡Pobre diablo!—dijo el médico.

Y se decidió á manifestar á Lena que estaba perdida toda esperanza, que no podía nada; y, por consiguiente, que ya no quería cobrar más honorarios, y que dejara de mandar en su busca. Esto era generoso, pensaba él. Lo único que le sorprendió fue la tranquilidad con que Lena recibió la noticia.

—Estas gentes no tienen corazón—pensó el médico, encogiéndose de hombros, y volvió á subir al coche.

Lena le acompañaba.

—En el fondo, el señor doctor hubiera podido decir esto mucho tiempo antes—dijo ella.

—¡En marcha!—gritó el médico al cochero.

El enfermo estaba desesperado. Todo el mundo lo sabía y concluía por hacerlo constar; esta aquiescencia general parecía privarla de amargura, excepto para el enfermo mismo.

El mal olor, aquel olor indescriptible, inolvidable, llenaba los dos cuchitriles, atravesaba la trampa cerrada, y se deslizaba como una parte espectral de Ivar mismo, sin ruido, á lo largo de la empinada escalera, para penetrar hasta los rincones de la cocina. Lena y Mætta-María lo llevaban encima, en los vestidos, y Andreas lo paseaba todo el día en la barca, donde se aireaba un poco, para volver á impregnarse por la noche en sus irlandesas ropas de lana.

Pero aún peor que el olor eran los gemidos procedentes de arriba. ¡Los gemidos de un hombre tan fuerte y tan duro para sí mismo, por los tormentos de la muerte, más dura todavía!

Pero los circunstantes pueden habituarse á todo. Lena tenía los ojos enrojecidos, pero sin una lágrima. Mætta-María, por el contrario, la criatura no había llorado aún todas sus lágrimas en la vida. Verdad es que su apatía, la apatía de la infancia, vino en auxilio suyo. Sin embargo, los días en que aquello iba muy mal en el tugurio, acurrucábase en el rincón del hogar, tapándose la cara con el delantal. Y cuando entonces pasaba Andreas por delante de la puerta entornada, solía entrar, quitarle del rostro el delantal, coger su manita blanda y sucia entre las suyas, grandes y callosas, como barnizadas con colas de pescados y escamas, y decirle:

—Mætta-María, ven á ver conmigo el cerdo, ¿quieres?

Ibanse al otro extremo del largo edificio, donde estaba la porqueriza, dividida en casillas cuadradas semejantes á tumbas en un cementerio.

También había allí mal olor; pero la fresca brisa de orillas de la mar lo disipaba á veces, y además era conocido su origen.

Deteníanse silenciosos, y miraban al gran cerdo gordo, con su mancha en la oreja, restregarse contra las tablas. De vez en cuando el animal les echaba una mirada, guiñando los ojos bajo sus largas pestañas aristocráticas. Al paso que el hombre

y la niña meditaban, cada uno á su modo, acerca del tiempo y la eternidad, de los sufrimientos y miserias de la vida terrena, el cerdo metía las patas delanteras en la gamella, removía su geta plana con dos «imbornales» y gruñía su plácido:

—¡Uf, uf!..... ¡Comamos y bebamos, porque mañana moriremos!

Al menos eso es lo que Andreas creyó comprender, aunque no exactamente en los mismos términos. Pero ese era su significado.

Mtæta-María, secándose las lágrimas, introducía una pajita en una de las ventanillas de la nariz del animal. Esto era demasiado tentador, y la pobre niña prorrumpía en carcajadas; pero el cerdo, sin vacilar, daba media vuelta y se retiraba á su dormitorio profundamente ofendido:

—¡Uf, uf!

Replegaba las orejas como los hombres juntan las manos, dormíase, y ya no se ocupaba de la aventura.

Arriba, en el camaranchón, aumentaban de continuo los sufrimientos durante las largas, silenciosas y tétricas noches del invierno; los gritos atravesaban los cristales de las vidrieras, cubiertos de hielo, resonando á lo largo del edificio y hasta en las casas próximas. Abríase aquí y allá una puerta, y aparecía una sombra. Tres ó cuatro vecinos se reunían bajo las ventanas de los Asmussen, cruzaban algunas palabras y entraban en la cocina, donde los recibía Lena con los ojos enrojecidos, temblándole los labios y las rodillas.

Subían juntos allá donde la lamparita de petróleo echaba humo sobre la cómoda y donde Ivar se retorcía en su lecho. Era preciso volver el jergón; el infeliz no podía hacerlo, y quería levantarse. Cada uno de los hombres agarraba una punta de la burda tela y levantaba con todo el cuidado que los pescadores pueden hacerlo á Ivar, que ahullaba de dolor.

Al volver á bajar y encontrarse de nuevo en la nieve brillante, sobre la cual tendía el cielo su cúpula de azul intenso, pasábanse uno tras otro la mano por la espalda sin decir una

palabra. Regresaban á sus respectivas casas; pero á veces eran despertados por segunda vez «para volver á Ivar ¡el desgraciado!»

Llegóse, naturalmente, á celebrar el consejo. Después de una larga noche, durante la cual el enfermo se había sentido peor que nunca, sirvió Lena por la mañana café á los cuatro vecinos, sentados en la cocina, con las manos amoratadas y la taza humeante sobre las rodillas, soplando alternativamente los dedos y el café.

Lena dijo:

—¡Con tal de que Dios bendito le despene pronto!

Otro replicó:

—Se ha visto sanar á personas mucho más enfermas todavía. ¡Si pudiese verlo la señora Aspegren!

Era la curandera, que habitaba en la otra orilla del Sund, á pocas leguas de la costa, en el interior del país.

—Lleva muy caro—interrumpió un tercero.

El primero replicó:

—Es preciso pasar por ello. Ivar no ha reparado nunca en eso cuando se trataba de nosotros. ¿Cuánto puedes dar, Lena?

—No puedo dar más de cinco coronas—respondió ella con energía.

—Eso es poquísimo. No se moverá de su casa por menos de treinta y cinco, sobre todo en esta estación. Aguardemos otro poco.

Transcurrió un mes. Ya no había frío ni aire; comenzaba la primavera. Los brotes iban de prisa.

También iba deprisa Ivar, pero en sentido contrario.

Por fin los cuatro hombres (Erik Skammelen, Kenud, y los hermanos Karl y Kristian Hœrregaard) pusieron su barca en marcha para ir en busca de la curandera.

Regresaron al día siguiente, sacaron de la barca un paquete de chales y lo pusieron con precaución encima de la arena.

Era la señora Aspegren.

Quitóse los mantones y fue entregándoselos uno por uno á

los pescadores, sin dignarse mirarlos. Estos la siguieron respetuosamente hasta la casa, como otros tantos servidores de ella.

Era una mujer pequeñeja y flaca, vestida con suma limpieza, con un capuchón de seda forrado de algodón en rama puesto sobre sus cabellos de un color negro reluciente, de ojos pequeñitos, penetrantes, de ave, de un ave disecada, porque sus ojos no parecían moverse jamás.

Esperábala en la cocina Lena, y besó la mano que la tendía la señora.

Esta no hizo ninguna pregunta, sino que se encaminó á la escala.

—Está allí arriba—murmuró Lena—subiendo la primera.

Los hombres se reunieron al pie de la escala y aguardaron en silencio.

Las dos mujeres volvieron á bajar. Lena se tapaba la cara. Esta vez tenía mojada de lágrimas la mano cuando la quitó.

La señora Aspegren mostró el hogar donde hervía el cafe con una seña que enseguida comprendió Lena.

Sentándose encima del tajo, con la taza humeante en las manos, aspiró la bebida con largos sorbos y mascó el negro azúcar cande, mientras el vapor velaba su rostro como el de una sacerdotisa antigua. Nadie se atrevía á interrumpir el silencio; todos aguardaban con intensísima atención.

Vacía por fin la taza, alargósela á Lena con una nueva seña, que fue comprendida, y por segunda vez el vapor envolvió á la pitonisa scandinava, mientras el negro azúcar crujía entre sus dientes como un hueso entre las mandíbulas de un animal feroz.

Después Lena, dirigiéndose á los hombres, preguntó:

—La señora Aspegren dice que es demasiado tarde; ¿no es así?

La curandera hizo una seña de asentimiento, dejó la taza y cogió el borde de su falda para levantarla muy despacio. Lo mismo hizo con dos de sus sayas. Por último, en la tercera, de

lana amarilla, había un bolsillo; del fondo de él sacó una bolsita, y de esta bolsita un ovillo de hilo, unas tijeras, varios trozos de cinta muy estrecha, un manojito de cebollas, un llavero con llaves, un frasquito con tapón, atravesado con tubo de pluma, y, por fin, una caja de ungüento. Desplegó todos estos objetos encima de sus rodillas; Lena y los hombres miraban con un silencio interrogador casi aterrorizados.

Al cabo prosiguió Lena:

—La señora Aspegren ha dicho que el doctor ha cuidado á Ivar demasiado tiempo; ¿no es así?

Los hombres se pusieron á gruñir y á patear con sus pesadas botas.

La señora Aspegren inclinó la cabeza.

Lena continuó:

—Ahora ya no puede más... no puede más, que...

Detúvose y miró á la curandera, quien, con los ojos fijos y sin responder, extendió las manos sobre el contenido de su bolsa.

—¿Puede la señora Aspegren quitarle los dolores?—preguntó Erik, el más audaz de los cuatro hombres.

Por fin abrió ella la boca, pero sin que sus ojos se moviesen ni cambiasen de expresión, y dijo espaciando las palabras.

—Puedo hacerle morir.

Los hombres se miraron unos á otros durante algunos instantes. Habíase soltado la palabra, había hablado el oráculo, era cosa resuelta. Nadie hizo ninguna observación. Cada cual meditaba, reconcentrado en sí mismo, cuando de pronto se oyeron débiles sollozos procedentes del cuchitril.

La trampa había quedado abierta.

Mætta María, sentada en el último escalón, lloraba metiéndose en los ojos los nudillos de los dedos.

La niña, al volver de la escuela, se había escondido en el camaranchón presintiendo que se preparaban grandes cosas. Diéronla dos pedazos de azúcar piedra y la orden de irse á jugar con el cerdo. Cesó de llorar, pero se negó á dar la mano á la forastera.

Después, los cuatro hombres, con viento favorable, volvieron á cruzar el Sund con la señora Aspegren.

Andreas regresó un poco más tarde de la pesca. Al pasar junto á la porqueriza vió á Mætta María jugando con su brizna de paja. El cerdo gruñía con todas sus fuerzas y la niña reventaba de risa.

—Buenos días, pequeña Mætta María.

—Buenos días, Andreas.

—¿Qué noticias? Me parece haber visto la barca de Erik llena de gente.....

La niña dejó caer el tallo de paja y echóse á llorar.

—Ivar..... está..... ¿ha muerto?—preguntó Andreas.

—No..... pero la extranjera ha venido..... y es preciso que padre muera..... Yo estaba arriba, en el camaranchón..... y tengo miedo de que le hagan daño..... y lloraba más fuerte.

—Quédate fuera aún un poco, Mætta María—dijo Andreas.

Y pasando por delante de la primera puerta del largo edificio, rogó á la mujer del vecino que vigilase á la niña.

La vecina le miró con aire de darse por entendida.

—Sí, se la han llevado, y vuelven de acompañarla. Dí á Lena que yo la ayudaré á lavarlo y vestirlo.

—¿Con que ha muerto?—preguntó Andreas.

—Pues naturalmente.....

Andreas precipitó el paso y entró á escape en casa de los Asmussen. El crepúsculo iba obscureciendo. Lena, con un cabo de vela en la mano, estaba agachada delante del armario ropero.

—¡Dios mío! me ha dado un susto de muerte Andreas entrando de un modo tan brusco.

—¿Ha muerto Ivar?

—No, pero.....

Levantóse con una camisa de lienzo sobre un brazo, dejó la candela, y alisando la camisa con la mano, dijo:

—¿Comprendes, Andreas?

—Ha venido ella.....

—Ya lo sé. ¿Cuánto ha pedido?

—¡Treinta y dos coronas! No quería venir por menos. Pero ahora quedará salvado.

—¿Salvado?.....

—¡Ciertamente! nosotros le despenaremos.

—¿Ves este ungüento? Es preciso extenderlo por la camisa, mira, así. Cuando se haya puesto esta camisa le abandonarán los dolores, podrá sentarse y hasta le darán ganas de levantarse..... ¿Comprendes?

—No.....

—Pues, sí. Ella lo ha dicho: tendrá ganas de levantarse, y nosotros haremos como si quisiéramos ayudarle. Entonces, en cuanto quiera ponerse de pie, verá que va mal, muy mal, y entonces le diremos nosotros.....

Andresas la miró estupefacto.

—¿Qué?

—Pues que se acabó, que ella le ha despenado; y se morirá muy tranquilamente.

Andreas bajó los ojos.

—Cierto que eso es lo mejor que puede hacerse por él.

—Sí, ¿no es verdad?—dijo Lena.

Subieron juntos la escala: él detrás de ella, con la vela; al paso que ella conducía la camisa, el ungüento y un cántaro de agua fresca.

La luz hirió los ojos ya vidriosos de Ivar. Con expresión de extremada laxitud, volvió á abrirlos.

—¡Ivar!—dijo Lena alargándole la camisa.

—¿Qué es eso?—murmuró él,—¿queréis vestirme ya? ¿Tenéis tanta prisa?

Mudáronle de camisa como á un niño; contra su costumbre no gimió.

—Ahora esto acabará muy pronto; ¿no lo creéis así?

—¡Ah! esto hace mucho bien.....

Permaneció tendido aún durante unos instantes, luego hizo ademán de querer levantarse, miráronse uno á otro Lena y

Andreas, y le cogió cada cual por un brazo. Doblóse, se retorció y dijo entre dientes:

—Todo lo he oído Lena; la trampa no estaba cerrada.

Miráronse ellos de nuevo como dos chicos sorprendidos robando azúcar.

El moribundo añadió, sin la meñor amargura, con voz apagada:

—¿Seguirás dando á Andreas en lo venidero los veinticinco *ores* de la corona? O.... creo que más valdría.....

No acabó la frase, sino que murmuró gimiendo.

—¡Agua!

Volvióse Lena y tomó el cántaro. Al cogerlo, derribó el cabo de vela, que fue rodando por el suelo y se apagó. Andreas buscó á tientas cerillas; chocáronse su frente y la de Lena. Ambos retrocedieron; ella lloraba, él juró entre dientes. Acordóse por fin de que tenía cerillas en el bolsillo.

Cuando estuvo otra vez encendida la vela, vieron como Juan yacía allí con la boca abierta, cerrado uno de los ojos, extrañamente dilatado el otro y los ganchudos dedos clavados en la colcha de la cama.

Había entrado ya en las grandes tinieblas.

—¡Está muerto!—dijo Andreas.

Y pensó para su caletre que mucho hubieran podido evitarse si la curandera hubiese permanecido allá abajo.

Lena, sentada en una silla junto á la cama, pasaba la mano por encima de la colcha.

Murió, y le enterraron.

Una suave humedad llenaba el aire desde el amanecer. Nubes frescas con dentellones, muy coloradas, habían aparecido al mismo tiempo que el rojo sol, y se habían agrupado en derredor de éste como se rodea de peregil rizado un jamón. Después el sol y las nubes habían desaparecido bajo un cielo gris monótono, de entierro, pesando sobre toda la playa. Caía una ligera lluvia menuda; las hierbas y los matorrales recubiertos de yemas chupaban la humedad, así como los chaque-

tones de paño siberiano, los negros sombreros de fieltro y los paraguas de algodón. Era un verdadero tiempo de entrada de la primavera, un tiempo fértil, un tiempo de entierro.

Tres diablas y la carroza fúnebre (la galera cubierta recién repintada del posadero) estaban delante del largo del edificio. El posadero, el práctico de costa, el aduanero, algunos artesanos y los pescadores, es decir, todos, estaban reunidos. Habíase desamueblado la cocina y puesto el ataud sobre dos tajos: Ivar en su caja recibió visitas. Antes las recibía arriba, en uno de los cuchitriles; pero como la comida fúnebre había de celebrarse en el otro, é Ivar no estaba embalsamado como un principe y exhalaba cierto olor...

En resumen, creyóse oportuno trasladar á Ivar á la cocina.

Por la misma razón se había creído conveniente también cerrar el ataud antes del plazo habitual.

Porque aquel tiempo fertilizado, bendito por los labradores, oprimía el pecho y hacía asfixiante la atmósfera en las habitaciones pequeñas, donde se entraba siempre con vestidos mojados, y donde las coronas desprendían su fuerte olor. Nadie se había quejado; no eran delicados moradores de la ciudad; pero, en fin, lo mejor pareció el bajarlo.

El herrero, el siempre alegre herrero, era quien había dicho la palabra decisiva. Al entrar, rozando los montantes de la puerta con su chaquetón pardo, de una fila de botones, y sus negras calzas remangadas, alargó la mano á Lena, y dijo:

—¡En fin, mejor está así!

Luego, acariciando á Mætta-María, preguntó:

—¿Dónde habéis puesto á Ivar?

Lena señaló con un gesto el camaranchón.

—Sí, me parece que lo huelo.

Un poco más tarde, el herrero volvió á bajar con un pedazo de torta en la mano.

—Atended, ¿no sería mejor trasladarlo aquí?

Así se hizo. Y algunos instantes después, los que comían y beían arriba oyeron los martillazos.

—Ya están encerrando á Ivar—dijo el herrero con la boca llena.

El viejo práctico de costas juntó las manos alrededor de su vaso de cerveza, exclamando:

—¡A fe mía, no se han dado demasiada prisa!

Y todos advirtieron que aumentaba su apetito. Comíase muy bien allá arriba, bebiéndose también cerveza, y uno tras otro pasaban á escape, á través de la trampa, los pescadores que iban llegando. Hablaron de Ivar como de un compañero, como de alguien que aún estuviera entre ellos. Por otra parte, todavía no había salido de la casa.

Andreas, taciturno como siempre, fue de uno á otro, llenándoles vasitos de aguardiente. El herrero empezó á contar historias. Nadie se impuso el aire convencional de entierro, todos pensaban, y aun decían en voz alta, que Ivar, desde muchísimo tiempo ha, nunca se había encontrado tan bien como ahora.

En aquel momento apareció en la puerta Lena, muy pálida, envuelta en su negro mantón de viuda. Hizo una seña al herrero, quien se levantó al punto, y dijo:

—Vamos, amigos; vamos allá.

Bajaron todos. Los más próximos hicieron pasar á Ivar por la puerta con algún esfuerzo. Colocáronse en fila después de los portadores de la caja, y se puso en marcha la comitiva.

Detrás del ataud iba Lena conduciendo á Mætta-María de la mano. También la niña llevaba mantón negro, cuyos flecos arrastraban por el suelo. Cada vez que la criatura se volvía para ver lo que golpeaba contra los tacones de sus botitos nuevos, la viuda apretaba con más fuerza su manita y la invitaba con gestos á taparse la cara con el pañuelo, lo cual hizo ella misma mientras la comitiva atravesó la aldea. Las ventanas y el quicio de la puerta estaban llenos de curiosos, las banderas de los barcos estaban á media asta, y el suelo sembrado de boj, delante de la casa del tendero.

Hicieron alto al extremo de la aldea. Avanzaron los ca-

rruajes, Ivar fue puesto en la galera y dos pescadores á los lados para cuidar de las coronas. Los demás concurrentes tomaron asiento en las tres diablas, y la comitiva subió hacia la iglesia, sita á una hora larga, tierra adentro.

La lluvia menuda se había transformado, poco á poco, en una niebla azul, dentro de la cual se sumieron Ivar y su séquito.

Por la tarde, Lena y Andreas se encontraron á solas junto á la porqueriza. Andreas había estado vagando por la playa, como si buscase allí alguna cosa. Lena se había sentido inquieta en la cocina, y aun peor allá arriba en el zaquizamí. Mætta-María jugaba con los niños de la vecina, sin querer, por nada del mundo, ir á acostarse antes que su madre: desde que el muerto salió de la casa, le tenía un miedo cerval.

—¿Qué vamos á hacer ahora?—dijo Lena, vacilando.

—Sí, ¿qué vamos á hacer ahora?—preguntó Andreas.

—¿Quedamos en lo de los veinticinco ores de la corona, como en otro tiempo, ó nos.....?—y Lena se detuvo.

—Ivar ha pensado bien que nos.....—exclamó Andreas.

Miróle ella y le dió la mano él.

—Cuando pase el tiempo conveniente;—respondió ella á media voz.

—Sí; ¡antes no sería posible de ningún modo.....!

Soltáronse las manos y se quedaron mirándose uno al otro.

—¡Uf, uf!—gruñó el cerdo.

Y asunto concluído.

HOLGER DRACHMANN.

LA LITERATURA MODERNA EN FRANCIA

EL ROMANTICISMO

Segundo período.—El drama romántico.—Víctor Hugo.—Alejandro Dumas (padre).

Hemos considerado á Víctor Hugo poeta lírico y político de acción *ecrita*: ahora le toca la vez al dramaturgo. Veremos cómo el drama romántico da sus primeros pasos, y cómo logra una victoria muy disputada y pasajera.

Para comprender por qué el romanticismo militante asaltó con tanto empuje la escena, es indispensable recordar sucintamente la tradición del arte dramático francés. De cuantos géneros elevaron en el siglo de oro de Luis XIV las letras al ápice de la perfección, quizás fue el teatro el que voló más alto y llegó realizar completamente un ideal artístico.

Los españoles acostumbramos decir que el teatro es nuestro verdadero título de gloria: con mayor razón podrían afirmarlo los franceses, pues ni Lope, ni Calderón, ni Tirso, con ser tan grandes, son nombres que lleguen á donde llega el nombre único é incomparable de Cervantes; mientras en Francia, en el siglo XVII, ninguno brilla como los de Corneille, Molière y Racine. Sepamos anteponer la justicia á un mal entendido patriotismo, y reconozcamos que el teatro francés, en su buena época y á su modo, no le cede la palma al nuestro;

pero son entre sí tan diferentes como el día y la noche, y el que se deleita con *El castigo sin venganza* y *La vida es sueño*, puede estar á pique de bostezar con *Poliuto* y *Atalia*. Observemos la curiosa contraposición del teatro francés y el español; no hay cosa que mejor haga resaltar la verdadera complexión literaria de ambos pueblos. En el siglo XVII nosotros poseemos, lozano y floreciente y hasta exuberante y vicioso, un teatro romántico en toda regla, al paso que los franceses elaboran un teatro clásico perfectísimo, hecho á torno según las reglas aristotélicas y las doctrinas horacianas, interpretadas y comentadas por Boileau. Nosotros atropellamos las unidades; ellos las acatan y las ponen sobre su cabeza. Nosotros buscamos el efecto, la sorpresa; ellos el análisis moral y la lógica. Nosotros damos rienda suelta á la fogosa imaginación; ellos cultivan la razón y la sensibilidad decorosa y fina. Nosotros empleamos un lenguaje conceptuoso y enfático, y salpicamos su oropel de chispas de diamante; ellos castigan la frase, la funden en un troquel de elegancia y nobleza, la hacen sobria y contenida, pero tanto la sangran, tanto la castigan, que al fin se empobrece y contrae anemia profunda. Una influencia española, un aura *de tras los montes* hizo de Pedro Corneille precursor del romanticismo dramático: el público se extasió con el *Cid,* pero la crítica se mostró implacable: para que Francia tolerase el teatro romántico—ya veremos que nunca llegó á aceptarlo de corazón—se necesitaban todas las acciones disolventes del siglo XVIII, todo el huracán revolucionario y todo el torrente del Imperio. No nos es lícito ya rebajar la literatura dramática del siglo de Luis XIV y exaltar la del período romántico; hoy vemos más claro que se veía en 1830: está calificada la superioridad de Racine, Corneille y Mo lière... y hasta, ¿por qué no estamparlo? de Voltaire (en cuanto autor dramático, sobre Víctor Hugo y Alejandro Dumas, padre, columnas del templo del romanticismo en la escena. El teatro francés es clásico de suyo, como el alemán, el español y el inglés son románticos naturalmente. Franceses y

españoles han sido al fin y al cabo fieles á su escuela nacional.

A fines del siglo XVIII, Francia y España parecían haber agotado el contenido de su tradición dramática; allí, el clasicismo teatral se moría solemnemente de languidez y sopor; y aquí, el romanticismo había degenerado en figurón y parodia. Nosotros buscamos la curación alopática, *contraria contrariis,* en la reforma moratiniana, en la proporción y el buen gusto, en un realismo discreto; ellos—por el mismo método—en el efectismo y la intemperancia, en el desenfreno idealista y en la briosa renovación del lenguaje. Pero ni aquí llegó á prosperar el teatro clásico, ni el romántico logró aclimatarse allí. La tierra abandonada á sí misma vuelve por ley natural á criar las vegetaciones que siempre crió. Inferior á Francia en la poesía lírica, España, en este siglo, produjo un teatro romántico rico y numeroso, y presenció hasta tres avatares ó reencarnaciones del romanticismo; (no sería difícil comprobar la filiación romántica de obras estrenadas hace pocos meses). Las corrientes del romanticismo dramático, que tan pronto se secaron en Francia, fluyen aquí todavía, vivas y fuertes, como es siempre fuerte y vivo lo que brota del alma de un pueblo.

Con todo, si bien el romanticismo teatral no tuvo en Francia caracteres castizos, las circunstancias lo reclamaban, los tiempos lo llamaban á voces. Los soles que alumbraron el firmamento clásico dejaron en él, al extinguirse, la negrura y la tristeza del vacío. Al finalizar el áureo siglo XVII, en que lengua y literatura alcanzaron tal perfección, unida á ese no sé qué divino que emana de la juventud, el teatro perdió su condición desinteresadamente estética y se hizo propagandista: el dominio de Voltaire sobre la escena la convirtió en cátedra del filosofismo; no sin razón dice un historiador que el Mahometo de Voltaire se sabía de corrido la Enciclopedia, y su Edipo era todo un librepensador, digno de que el rey de Prusia lo admitiese en las tertulias de *Sans Souci.* A fines del siglo XVIII, nueva transformación del teatro: de filosófico se

hace político, con José Chenier y — traslado las palabras del historiador citado, Alfredo Nettement—«bajo la Revolución, los aullidos de la plaza pública, las roncas vociferaciones de los clubs, las blasfemias de las callejuelas, tienen eco en la escena; los autores dramáticos explotan la historia de Roma y de Atenas en pró de la República una é indivisible, y se empeñan en demostrar que la antigüedad clásica era... toda una descamisada.» Por otra parte, no podía prosperar la tragedia en la escena cuando bastante tragedia era la vida; cuando el honrado Ducis decía que en cada esquina encontraba la espantosa familia de los Atridas, calzando en vez de coturno, grosero zueco—y cuando diariamente, en la plaza pública, se representaba un mismo sangriento drama, encargándose el pueblo del papel de verdugo.

Al calmarse la tempestad revolucionaria, aparece petrificado el teatro francés. Envuelven á la tragedia las vendas impregnadas de nafta y betún que ciñen los miembros de la momia; y ya no es filosófica, ni política, sino algo que parece la solución de un problema de mecánica, una jugada de ajedrez. También sobre el teatro ejerce presión la rígida disciplina del Imperio. El único dramaturgo digno de memoria de aquella época, en que, por otra parte, se estrenaron tragedias á centenares, fue José Chenier, de quien se dijo malignamente que más lágrimas habían arrancado sus leyes que sus tragedias. Así aleteaba moribundo el arte dramático, hasta que la restauración de la monarquía, bienhechora para las letras, vino á infundirle calor vital.

Los primeros ensayos de renovación se hicieron sin romper el clásico molde de la tragedia, grave y solemne. A esta tentativa corresponden las *Vísperas Sicilianas,* de Casimiro Delavigne, y la *María Estuardo,* de Lebrun. Ya había sido una señal de los tiempos—prematura, mal interpretada aún—cierto artículo del *Mercurio,* del año 1804, que señalaba á los autores dramáticos el rumbo de la Edad Media, y declaraba no menos interesantes las aventuras y desventuras de Fredegunda y Me-

roveo, que las de Agamenón y Clitemnestria; á este atisbo romántico se debió, un año después, la tragedia de *Los Templarios,* de Raynouard, acogida con entusiasmo por un público que empezaba á sentirse ahíto de griegos y romanos, de Apolo y de Júpiter. Y, bien mirado, este cambio de asunto y época en la dramaturgia era nada menos que un cambio de religión social. Al penetrar en el proscenio la historia nacional, traía de la mano al cristianismo. También el teatro sintió el latido del renacimiento religioso.

Poco después, el año 9, una tragedia de Nepomuceno Lemercier, *Cristóbal Colón,* donde se prescindía de la unidad de lugar y aparecía una decoración que representaba el interior de un barco, produjo en los espectadores tremendo alboroto, un muerto y varios heridos. Fijémonos en estos datos, para que la lid campal del estreno de *Hernani* no nos parezca cosa inaudita y sin precedentes, y para comprender que la pasión literaria siempre se desencadena más imponente en el teatro. Lo cierto es que el crudo impío Lemercier fue un precursor de esos que quedan relegados al olvido y no se dan cuenta de lo que anuncian, pues creyéndose fiel adicto á la tragedia clásica, en más de una ocasión sentó las premisas del drama romántico.

Justo es mencionar por el mismo concepto, ó más bien en el de verdadero profeta, pues enunció sus teorías mucho antes de la Revolución, á Luis Mercier, cuyo *Ensayo sobre el arte dramático* es una impugnación de la tragedia de Racine y una proclama de independencia. Nadie le hizo caso; pasó por lunático y extravagante, como tenía que pasar, en el último tercio del siglo XVIII, el escritor que se reía de Boileau, que ponía en las nubes á Calderón, Lope de Vega y Schiller, que renegaba de imitar á los griegos y que señalaba, como limpias fuentes de inspiración, la historia patria, y la sociedad y costumbres contemporáneas, la tradición y la realidad ambiente.

Prepararon también los caminos del romanticismo teatral

los dramas del género flébil, entre los cuales hubo uno de origen alemán, imitado de Kotzebue, que logró tal éxito de sollozos y gemidos, de pañuelos y frascos de sales, que, según dice ingeniosamente un crítico, las señoras hicieron punto de honra ir á desmayarse en él. Pero el romanticismo teatral—no lo echemos en olvido—fue un Jano bifronte, una faz que lloraba á lágrima viva, adosada á otra que reía á carcajadas, hibridación de lo trágico y lo burlesco y bufonesco; por eso debemos incluir también en la lista de los precursores á los autores cómicos que rehabilitaron la risa, secundando la esplosión jovial del Directorio, parecida á la de Florencia, que después de la peste negra se deleitaba con las facecias de Boccaccio.

Advenida ya la restauración, por todas partes se oye crujir el vetusto edificio del clasicismo. El público esperaba sin saber qué, y con cualquier pretexto se desbordaban su entusiasmo y su nerviosa inquietud. Cuando fermenta el alma del público, suele desahogar en el teatro. Las *Vísperas Sicilianas,* de Casimiro Delavigne—¡quién se acuerda de ellas hoy!—obtuvieron una ovación tal, que el autor, conmovido, vertía lágrimas abundantes, y el maquinista, atónito, se atribuía el triunfo, por lo bien que había dado la campanada, señal del degüello. Ya reunía en 1819 Casimiro Delavigne aquella mesnada de admiradores y amigos resueltos á aplaudir; aquella hueste, que más tarde se agrupó en torno de Víctor Hugo y tomó el ejercicio de la alabarda con el celo que un devoto las prácticas religiosas; gente siempre dispuesta á encender los hachones y á desenganchar el tronco del coche para la apoteosis popular del autor dramático.

La tragedia clásica conservaba, sin embargo, apariencias de vida; la galvanizaba el talento del gran comediante Talma, de quien decía el pintor David, con frase gráfica, que al cruzar la escena parecía una estatua animada por la poesía. A fuerza de estudio—Talma no era espontáneo—conseguía fundir el hielo de los alejandrinos, prestarles animación, y

suplir arte las deficiencias del diálogo, levantar llama entre la ceniza de parlamentos convencionales y sin alma, dar acento de verdad á la glacial mentira. Cuando el excelso actor sucumbe, en 1826, poseído hasta el último instante de artístico transporte, estudiando sus propios accesos febriles para reproducirlos en la escena,—puede decirse que se lleva al sepulcro la literatura dramática del Directorio, del Consulado y del Imperio, y deja el paso franco á la de la restauración y del romanticismo. Como más tarde la de Víctor Hugo, la gloria de Talma, en un momento dado, cerraba el horizonte y obstruía el porvenir.

Víctor Hugo pasa por fundador del drama romántico, porque formuló concretamente sus teorías, publicó su Código fundamental en el célebre prefacio de *Cromwell* al año justo de la muerte de Talma, y dos antes de que Alejandro Dumas padre estrenase el primer drama romántico, *La corte de Enrique III.* Nótese de paso que, al contrario de la poesía lírica, la dramática aparece como un estado reflexivo de conciencia antes de traducirse en acción; y llamo acción á la obra literaria, sea poesía, drama ó novela, porque no atribuyo á la palabra *acción* el sentido material que suelen darle los que la confunden con el esfuerzo de los músculos; por la imaginación y la mente, y por el corazón y la voluntad, se actúa lo mismo que por el brazo.

Reconocida esta verdad, debemos rectificar, admitiendo que también fue acción muy poderosa el citado prefacio de *Cromwell.* En este extenso manifiesto, tablas de la ley del Sinaí romántico, al través del velo de brillantes metáforas con que siempre revistió sus ideas Víctor Hugo, domina una afirmación esencialmente democrática: más que libertad, pide igualdad ante el arte. Había sido la tragedia una forma aristocrática; sus personajes, semidioses, príncipes, reyes y héroes; su atmósfera, los palacios y los campamentos; su ideal, la nobleza del sentir, la grandeza del nombre, la sublimidad del conjunto. Las desdichas de la gente baja no podían aspirar á la dignidad del alejandrino. Para que las lágrimas con-

moviesen era de rigor que las derramase una princesa ó una sultana; para morir había que envolverse en los pliegues de un manto de púrpura. Lo que pidió Víctor Hugo era que al lado de los poderosos saliesen á escena los humildes; que lo bello y lo deforme se mezclasen confundidos en el teatro como en el mundo, y que la fealdad presente, en la naturaleza, no quedase excluída de los dominios artísticos. No todo es bello en la creación — decía Hugo, — y lo bello coexiste con lo feo, como el mal con el bien y la luz con la sombra; así en el arte deben entretejerse lo abyecto y lo sublime, constituyendo, por la unión de lo trágico y lo cómico, la forma superior del teatro—el drama.—Esto es lo que, en resumidas cuentas, dice aquella brillante y memorable página; y esta es la idea madre de la estética de Hugo, cuyos rudimentos asegura haber entrevisto contemplando en nuestra maravillosa Catedral de Burgos la efigie grotesca del *Papamoscas*.

No le faltaban argumentos en pro de su tesis. El más convincente era el ejemplo de Shakespeare. En el teatro sespiriano, confundidos aparecen lo celestial y lo diabólico, lo monstruoso y lo idealmente bello, Caliban y Ariel, Regana y Cordelia; y á veces la deformidad física, unida á la deformidad moral, da por resultado caracteres como el de Ricardo III, de una beldad siniestra, la beldad del diamante negro; otras, en un mismo personaje, el de Shylock, se mezclan, como la escoria y el fuego en el volcán, los elementos de lo satírico y de lo trágico, produciendo admirable hermosura. Para Víctor Hugo, esta concepción del arte correspondía exactamente al doble ideal filosófico y estético á que se mantuvo fiel al través de las vicisitudes de su larga vida: el maniqueismo, que era su religión, y el violento claro obscuro, que era su manera artística, la fe en los dos principios del bien y del mal que combaten y combatirán hasta la consumación de los siglos, y el deleite en los juegos de la luz y la sombra, obtenidos por medio de la antítesis y del contraste.

Una de las cosas que más deben inducirnos á desconfiar de

las teorías, es ver cómo las modifica la individualidad. Que si Shakespeare formulase teóricamente la doctrina contenida en sus dramas, diría poco más ó menos lo que dijo Víctor Hugo, me parece indiscutible. Sin embargo, aplicando los mismos principios, Shakespeare creó un teatro inmortal, y Víctor Hugo engendró un teatro que á la vuelta de diez años había de caducar quedándose como las flores secas: conservado entre cartones, á título de curiosidad y de documento.

Pero antes de referir la rápida decadencia del drama romántico, recordemos su advenimiento triunfal. Bastantes pormenores encontramos en Dumas padre, á quien en este caso se puede consultar sin desconfianza, y en quien beben todos los historiadores literarios. Interesante es, por otra parte, que nos refiera la irrupción del romanticismo quien tanto ayudó, sin querer, á su decaimiento, vulgarizándolo en innumerables libros secundarios, rebajando su nivel y prestándole cierto carácter industrial horripilante para el artista. Dice, pues, Alejandro Dumas, con su franqueza de *bon enfant* jactancioso, que lanzado el prefacio de *Cromwell,* sólo faltaba aplicarlo, y que la revolución dramática, que se venía encima, la inició feliz y atrevidamente su drama *La corte de Enrique III,* acogido con atronador aplauso, y que en pocas horas hizo de un muchacho desconocido un autor ruidosamente célebre. Estimulado Víctor Hugo por la fortuna de la obra de Dumas, tendióle la mano exclamando: «Ahora me toca á mí.» y desde aquel punto y hora dedicóse á escribir *Marion Delorme,* joya sin más defecto que la manía de hacer entrar á los personajes por las ventanas habiendo puertas. (Esta crítica es de Dumas, que en *Antony* aprovechó también la ventana para dar paso al héroe.) Terminada *Marion,* sólo faltaba saber si colaría por el tamíz de la previa censura. Azuzada ésta por los clásicos, se podía recelar todo: como que no había faltado quien instigase á Carlos X para que prohibiese la representación de *La corte de Enrique III,* á lo cual contestó el Rey con excelente sentido: «Señores, tratándose de espectáculos, no tengo más puesto que mi butaca.»

Al fanatismo de los conservadores respondía la ciega exaltación de los innovadores. Saliendo de oir leer en el *Teatro francés* el manuscrito de *Marion,* uno del Cenáculo señaló con desprecio al cartel que anunciaba la función de aquella noche, y gruñó: «¡Infelices! ¡Pues no van á representar una tragedia del mentecato de Racine!»

Repartido y en estudio el drama, súpose que en efecto lo prohibía la censura. A fin de interceder por su obra, pidió Víctor Hugo una audiencia á Carlos X, y hubo de acudir á ella con un atavío nada romántico en verdad: casaca, calzón corto y espadín. En hermosos versos ha narrado Víctor Hugo su diálogo con el anciano rey, que negaba al joven soñador la verdad histórica de Marión y quería vindicar á su antecesor Luis XIII, asaz malparado en el drama. Ni el monarca alzó la prohibición, ni Víctor Hugo quiso mejorar la semblanza de Luis XIII. Como se lamentase el empresario, el poeta le mandó volver dentro de un par de meses; y al plazo fijado, le entregó el manuscrito de *Hernani.*

¡Bajo qué feliz conjunción de astros nacía este drama, en opinión de su autor impregnado de españolismo, y por el cual hubo crítico que le otorgó generosamente la categoría de *grande de España de primera clase!* Venía *Hernani* á sustituir á *Marion Delorme*, y antes de nacer ya atraía como el fruto prohibido; venía después de *La corte de Enrique III*, aperitivo para los golosos de novedad y los revolucionarios; sonaba su vibrante nombre ibérico como primer toque de llamada convocando á la juventud barbuda y melenuda que salía de los estudios de pintor y escultor, de las aulas de Derecho y Medicina, de las cervecerías y *estaminets* del barrio Latino, de los Conservatorios y las Bibliotecas: hueste arrogante y provocativa, que chorreaba pendencia, que respiraba ansiosa el olor de la pólvora, y acudía como las hechiceras del aquelarre, rasgando el aire, predispuesta á la aclamación y al aullido. Antes de estrenarse *Hernani*, ya era atacado rudamente y defendido con devoción idolátrica.

Los que describen el estreno de *Hernani*, sin pensarlo se sirven de la terminología militar. Los espectadores no se sentaban, tomaban posiciones; no buscaban el sitio mejor para ver, sino el punto estratégico para combatir; y cual los ligueros en la memorable noche de San Bartolomé, tenían sus jefes y capitanes, se daban contraseñas para reconocerse y caer en masa sobre el enemigo. Divididos en destacamentos de veinte ó treinta, requerían en el fondo del bolsillo sus armas ofensivas—las huecas llaves,—ó fregaban las palmas preparándose al aplauso que había de cubrir el estridente silbido. Hasta en el traje y en el pergeño parecían irreconciliables los dos bandos. Mientras los clásicos movían con desprecio sus burlonas cabezas trasquiladas y ostentaban sus calvas lucias, los románticos desplegaban orgullosos sus luengas crines merovingias y sus barbas dignas de un estuche como el que gastaba el Cid Campeador; y sobre los pantalones verde mar, la nota rabiosa del jubón rojo de Teófilo Gautier recordaba el trapo con que se cita al toro para enfurecerle y la bandera de las revoluciones. Los de la nueva escuela tenían en su favor el arrojo, esa misteriosa tensión de la voluntad y esa acometividad ciega é irreflexiva que todo lo arrolla. Eran la mocedad, mientras los secuaces del clasicismo representaban la fuerza de inercia, la resistencia de lo inmóvil. Como uno de los del bando clásico demostrase en alta voz desaprobación, levantóse una cuadrilla de jaleadores románticos y gritó: *¡Fuera ese calvo! ¡fuera! ¡que se largue!* Y al punto el jefe de otra brigada se alzó más indignado todavía y clamó: *¡No, que no se escape! ¡Matarle, que es un académico!*

La contienda de Hernani ¡cosa curiosa! puede reducirse á un altercado de peluquería. La injuria de los románticos á los clásicos era llamarles *pelucones* y también *rodillas*, aludiendo al parecido de una calva con una rodilla desnuda. Los clásicos replicaban mofándose de los melenudos y amenazando trasquilarles como á borregos inocentes.

¿Y quiénes eran aquellos reventadores de *Hernani*, derro-

tados con tal estrépito por una juventud bulliciosa y obscura? Realmente, lo más lucido de la sociedad y de la clase intelectual: gente madura y sólida, de autoridad y de peso, algo volteriana, bien avenida con la poética de Boileau, muy á mal con el calenturiento Schiller, el bárbaro de Shakespeare y el loco de Calderón. El clasicismo espirante tenía de su parte á la censura, á los salones, á la opinión y á la prensa de circulación é influjo; por suya la Academia, por suyos los cuerpos docentes, por suyo el poder, por suyos á los actores. Dumas cuenta detalles muy curiosos de la hostilidad de las actrices contra el teatro romántico. Muerta la Staël y consagrado á la política Chateaubriand, creíanse dueños de la situación; jactábanse de representar la fidelidad al genio francés, á la razón, al buen gusto y al aticismo; y para defender sus caducas y vetustas tragedias habían hecho creer al vulgo que Shakespeare era un ayudante de campo del duque de Wellington, y el romanticismo una enfermedad como la epilepsia. Y, sin embargo, en sólo una noche, con una especie de motín de estudiantes, una gresca de chiquillos, el romanticismo venció en toda la línea, y quedó la tragedia depuesta en su sarcófago de mármol.

La victoria embriagó á Víctor Hugo, y le indujo á uno de esos yerros que fácilmente cometen los escritores al juzgarse á sí propios: se creyó principalmente autor dramático. El aplauso del teatro, aplauso material, que suena y agita las ondas del aire, fascina más que todos. Acordémonos de que Cervantes se acogió á la novela después de una decepción en el teatro, por el cual sentía vocación irresistible. En el teatro es donde la gloria se toca y se palpa, y trastorna los sentidos. Pero la ilusión de Hugo fue breve. Sólo trece años habían transcurrido desde el estreno de *Hernani*, cuando se fueron al foso los Burgraves, y allí se quedaron para siempre jamás. Víctor Hugo, ante el fracaso, renunció al teatro definitivamente. Y al mismo tiempo que caía entre la indiferencia y la severidad del público el último drama de Víctor Hugo, reso-

nantes y locos aplausos saludaban á una tragedia, ¡la *Lucrecia*, de Ponsard! En los trece años que dominó en las tablas el romanticismo, no se había aplaudido ni por casualidad una tragedia. La muerta resucitaba.

Increíble nos parece hoy el corto tiempo que disfrutó de vida ese teatro romántico que tanto dió que hablar, y con el cual se creyó descubrir un mundo. Hace pocos días, en la Academia (1), un sabio crítico se frotaba las manos comprobando la temprana muerte de la escuela naturalista. Más en agraz se malogró el teatro romántico. Hay cosas que parecen haber durado mucho por la intensidad febril con que se agitó en ellas el espíritu de sus creadores, y por la prolongada resonancia de las disputas que suscitaron. Vieja es la comparación de estas cosas con las estrellas cuya luz vemos mil años después de extinguida; pero no encuentro otra más exacta. El teatro romántico sucumbió, dejando, eso sí, largo rastro, efluvios penetrantes y duraderos. Por lo demás, hay que reconocer su fracaso. Quiso dar á Francia un arte escénico nacional, y el tiempo ha demostrado que lo nacional en Francia son Racine y Corneille, Molière y hasta Voltaire y Régnier, y que los románticos procedían de una influencia exótica, de Inglaterra y España, y que reflejaban á Shakespeare y á Lope de Vega como un espejo convexo que desfigura el rostro. Quiso el romanticismo seguir las huellas del gran Guillermo, traer á las tablas la realidad libre, y trajo principalmente inverosimilitudes absurdas, pasiones hinchadas y huecas como vejigas, situaciones violentas y desenlaces descabellados y de un efectismo burdo: los dogales, puñales y pomos de veneno de la vieja tragedia, reforzados con narcóticos, subterráneos y mazmorras; los desafíos, los raptos, las mujeres arrojadas por el balcón, los verdugos vestidos de rojo y los ataudes enlutados. De esto algo había en Shakespeare, pero bajo el convencionalismo escénico se advertía la pulsación natural y el copio-

(1) Recuérdese la fecha en que se escribieron estos Estudios.

so torrente sanguíneo de la verdad y de la vida. Si Shakespeare pudiese imaginar, por ejemplo, una ficción semejante á *Hernani*, jamás la desenlazaría con el recurso de la bocina de caza y de la antihumana resignación del sentenciado á morir de tan extraña manera. El héroe de Shakespeare saldría del paso riñendo con Silva, lo cual sería mejor que tomarle, según la frase de Don Juan Tenorio, por un cortador de oficio. A Shakespeare no se le ocurriría semejante final, ni permitiría que, como dice agudamente Larra, un viejo inexorable y celoso consiga matar á trompetazos el amor más puro y el porvenir más lisonjero de dos esposos felices.

Nótase en el talento dramático de Víctor Hugo, que desde el primer instante aparece en la plenitud de su desarrollo y en vez de subir va decreciendo. El drama de Hugo nace adulto: obra al fin de quien empezó por codificar el arte dramático. Hay más: á medida que Víctor Hugo se pone en contacto con el público del teatro, gradualmente se desorienta y se extravía. El primer drama de Víctor Hugo, *Marion Delorme*, pasa, y con razón, por su obra más perfecta. En él aparece ya la tesis favorita del poeta, la rehabilitación de los seres degradados y la depuración del mal por medio de una sola gota de bien, como una sola gota de leche del seno de Juno bastó para trazar sobre el negro firmamento el rastro luminoso de la *Vía Láctea*. Marion Delorme es la cortesana impura, pero sinceramente enamorada de Didier, el cual, desconociendo su historia, le consagra un culto fino y acendrado; este sentimiento la redime. No importa que, por salvar á Didier del cadalso, Marion se entregue á Laffemas; su dolor, su desesperación, su vergüenza, su horror de la ignominia, son claras señales de la redención de su espíritu hasta entonces abyecto. Igual pensamiento domina en *El rey se divierte* y en *Lucrecia Borgia*. Un vil bufón, escoria de la humanidad, asalariado por su monarca para acribillar á sarcasmos á la virtud y la desgracia; un repugnante corcobado de cuerpo y alma, un monstruo, conserva, sin embargo, un destello divino, el amor paternal, y es

suficiente para despertarle al remordimiento y al arrepentimiento la maldición del viejo ultrajado, y sobra para infundirle la dignidad de hombre, y para que en su conciencia se sienta igual al rey, capaz de pedirle cuentas y de lavar con su sangre la honra de la inocente niña seducida y abandonada. En *Lucrecia Borgia* sube de punto la atrocidad moral. La *Lucrecia,* de Hugo, nada semejante á la de la historia, pero sí á la de la leyenda, es la hembra luciferina, vaso de abominación, abismo de crímenes nefandos; su nombre es un estigma, y sus actos los de una tigre sedienta de sangre. Pero en el obscuro antro de su corazón penetra algo como rayo de luna visto por la claraboya de un calabozo; la fiera ha tenido secretamente un hijo, y el cariño que le tributa hace que nos interese Lucrecia, que la compadezcamos, y que tal vez nos atraiga con más fuerza que heroinas que nunca han pecado ni sufrido. *Ruy Blas* es otro aspecto de la misma tesis. Entre la hez de la sociedad busca Víctor Hugo á un mísero lacayuelo, y deposita en su alma el amor, un amor ideal y puro. Gusanillo prendado de una estrella, el lacayuelo se atreve á querer á la reina de España. Al influjo de la pasión adquiere *Ruy Blas* ese modo de sentir que parece privilegio exclusivo de los nobles y los magnates: el honor caballeresco, y otra cosa que aún vale más: la magnanimidad, la alteza de miras, el patriotismo sublimado hasta la abnegación heroica.

No puede negarse que en esta idea hay grandiosidad, pero tampoco que implica una especie de sistema mucho más mecánico que todas las unidades, reglas y cortapisas de Aristóteles. Sirve este sistema para buscar contrastes y efectos, no para trazar caracteres reales, de la casta de Otelo y Macbeth, ni para estudiar la psicología como la estudiaba Racine.

La forma de Hugo era espléndida; las situaciones, aunque violentas é inverosímiles, de singular prestigio; pero apagadas las candilejas, cuando el espectador volvía á su casa, cuando el crítico tomaba la pluma, producíase la inevitable reacción contra aquella fantasmagoría brillante y vana. Esperábase

con impaciencia la obra maestra, el fruto ya sazonado, una de esas creaciones que subyugan á la envidia, y sólo se veía un descenso vertiginoso, hasta llegar á las terroríficas y melodramáticas escenas de *Angelo tirano de Padua* y de *María Tudor*, ó á la peregrina y desatinada Edad Media de *Los burgraves*. La obra aclamada unánimemente, bella por sufragio universal, no llegó á producirla Víctor Hugo, ni tampoco—aunque le anduvo más cerca—el otro dramaturgo de la escuela, Alejandro Dumas, padre (1).

Tal vez alguien se escandalizará viendo que pongo á Alejandro Dumas más alto que á Víctor Hugo, en cuanto autor dramático; pero si es mérito la novedad, mi opinión carece de ese mérito: hace muchos años que dijo esto mismo un hombre dotado de sagacidad crítica y de un juicio profundo y sereno: me refiero á nuestro *Fígaro*, Don Mariano José de Larra. A propósito del estreno de un drama de Alejandro Dumas, escribía Larra lo siguiente, que al pie de la letra transcribo: «Entre los escritores dramáticos modernos que ilustran la Francia, Dumas es, si no el primero, el más conocedor del teatro y de sus efectos, incluso el mismo Víctor Hugo. Víctor Hugo, más osado, más colosal que Dumas, impone á sus dramas el sello del genio innovador y de una imaginación ardiente, á veces extraviada por la grandiosidad de su concepción. Dumas tiene menos imaginación, en nuestro entender, pero más corazón; y cuando Víctor Hugo asombra, él conmueve: menos brillantez, por tanto, y estilo menos poético y florido, pero en cambio menos redundancia, menos episodios, menos extravagancia; las pasiones hondamente desentrañadas, magistralmente conocidas y hábilmente manejadas, forman siempre la armazón de sus dramas; más conocedor del corazón humano que poeta, tiene situaciones más dramáticas, porque son generalmente más justificadas, más motivadas, más naturales, menos ahogadas por el pampanoso lujo del estilo. En una palabra: hay más

(1) Nació en 1803, en Villiers-Cotterets; murió en 1870, en Puys.

verdad y más pasión en Dumas, más drama; más novedad y más imaginación en Víctor Hugo, más poesía. Víctor Hugo explota casi siempre una situación verosímil ó posible: Dumas, una pasión verdadera.»

Larga es la cita, pero no quise abreviarla, porque también es substanciosa; encierra un paralelo exacto, aunque benévolo en demasía, cuando otorga á Dumas ese conocimiento del corazón humano y de las pasiones que no poseía en tanto grado, teniendo en cambio indiscutiblemente el don de saber manejar los resortes dramáticos, un instinto doblemente seguro que el de Víctor Hugo para elegir asuntos nacionales é históricos, como el más aventajado discípulo de Walter Scott, y un tino especial para abrir caminos al drama romántico, adaptándolo á los asuntos modernos, al movimiento político y filosófico, al espíritu revolucionario, carácter que Larra reconoció en *Antony,* drama el más importante de Dumas padre, donde está en germen todo el teatro de Dumas hijo, ideológico y pasional y esencialmente moderno.

Importábame también la cita de *Figaro*, porque hace justicia á un gran literato popular, desdeñado con exceso: á un temperamento exuberante y lozanísimo, á un escritor prolífico é irrestañable, á uno de esos pródigos de las letras y del arte á quienes todo el mundo se cree con derecho á mirar por cima del hombro, pero á quienes se lee con deleite siempre que el espíritu pide solaz y descanso; y agrada ver cómo la crítica no influída por la rutina del elogio, tiene á veces la misión de bajar á los poderosos de su silla y exaltar á los humillados. Laméntase un crítico de que en Francia se haya arraigado la mala costumbre de desdeñar y aun de despreciar á los que ya no representan las ideas ó los caprichos del momento, y señalando el olvido en que murieron Lamartine, Thiers y Béranger, entiende que los extranjeros aprecian con mayor equidad y tranquilidad las reputaciones francesas. No siempre: los fanatismos no se detienen en la frontera, no pagan derechos de aduanas. A España, por ejemplo, se ha comunica-

do no sólo la incondicional hugolatría, sino también el menosprecio de Alejandro Dumas padre, generalmente considerado un escritor folletinesco, de novela por entregas. Hora es de rectificar lo que debe rectificarse: en el drama romántico, el puesto de Dumas está á la derecha y tal vez más adelante que el de Víctor Hugo.

No parece sino que le guardamos rencor al pobre Dumas por lo mucho que nos ha entretenido, distraído y recreado su inagotable vena, por la espesa selva de ficciones que brotó de su imaginación fecundísima. ¡Hay tanto escritor que nos seca y aburre! Al que nos solaza y entretiene, sería natural que se lo agradeciésemos, en vez de imputárselo á pecado.

La biografía de Dumas padre es menos interesante que su temperamento. Puede resumirse en estas palabras: escribió sin cuenta y supo hacerse leer. Los antecedentes de familia, el atavismo y la transmisión hereditaria, caracterizaron á Dumas. Su padre, que era como el de Víctor Hugo, general de los ejércitos de Bonaparte, había nacido en Santo Domingo, y la feliz mezcla de sangre y de razas que hizo del padre de Dumas un gigante mulato, de fuerza hercúlea y de arrogante belleza, prolongó su acción hasta producir la robustísima complexión literaria del hijo. Cierto que su abundancia y fluidez tenía el defecto de la vegetación tropical: era como esas frutas de América, dulces y saturadas de melaza, pero de excesivo tamaño, acuosas, leñosas y fibrosas, de pulpa floja é inconsistente, y en que lo azucaroso no está contrastado por cierta acidez sana, como en las europeas. Los escritos de Dumas cunden y se ramifican y se visten de hojarasca, al modo la flora de la zona tórrida: y no era sólo en esto, ni en los signos fisionómicos, los gruesos labios y el crespo cabello, en lo que se le conocía la sangre negra, sino en caracteres morales; la ingenua vanidad, la impávida é incorregible satisfacción de sí mismo, y cierta eterna juventud ó más bien infancia de la fantasía, que con todo se encanta, porque todo le parece nuevo y hecho exprofeso para su goce, para su uso exclusivo, y

en todo país ve una tierra que descubrir y conquistar. Del negro eran también en Dumas el desorden económico, la afición al lujo y derroche, el invencible abandono y la tendencia á la pereza sensual y feliz, pereza que en Dumas, por combinación singular, se unía á una laboriosidad que yo llamo volcánica, pues se parece á continua erupción de lava ligera y enfriada presto, que se desborda en forma de novelas, dramas, historias, memorias, narraciones de viaje, cuentos, reflexiones, críticas y hasta artículos de cocina, con un tesoro de recetas. Así como en Dumas hijo preponderó la raza caucasiana, Dumas padre fue siempre el hijo de Cam. Escudada con la doctrina del ilustre Taine, que no sólo autoriza sino recomienda las anécdotas en la crítica literaria, referiré una que muestra la irreductible disparidad de las dos generaciones de Dumas. Cierto dia que Dumas padre no tenía botas que poner, pidió á su hijo un par prestado. Este abrió un armario, y diciendo «Escoge», le señaló veinte pares de botas en fila, muy bien embetunadas y relucientes. Dumas padre tendió la mano, tomó las que le gustaron más, y encogiéndose de hombros, murmuró con el desprecio más profundo: «¡Y después dirán que mi hijo tiene genio!»

Entre las particularidades del temperamento de Dumas padre, descollaron la alegría y el buen humor; en sus escritos se advierte este regocijo temperamental, que no nace de las circunstancias exteriores, sino de la salud y de la plenitud fisiológica. Nunca aparece Dumas nervioso, fatigado, hipocondríaco; nunca le faltan ánimos, y sólo su excelente estómago y su vigor sanguíneo explican cómo pudo resistir las orgías de trabajo á que se entregaba. Sus enemigos le acusaron de plagiario y de que sostenía una fábrica de novelas en que sólo era suya la firma. Cierto que asalarió colaboradores secretos como Augusto Maquet; pero si se procuró esa ayuda material, fue porque el tiempo, estírese como se estire, no da más de sí que sesenta minutos por hora y veinticuatro horas diarias; y aun cuando restemos de la obra de Dumas lo que no hizo más

que revisar y autorizar con su nombre, queda una cantidad tal de labor, que se presenta para Dumas el mismo problema que para el célebre Tostado: tuvo que escribir mientras dormía. Así lo dice en sus *Memorias:* «Mis escenas históricas del reinado de Carlos VI fueron uno de los primeros triunfos de la *Revista de Ambos Mundos,* y este éxito me determinó á escribir una serie de novelas que se extendiesen desde el reinado de Carlos VI hasta nuestros días. Mi primer deseo es siempre ilimitado; mi primera inspiración tiende siempre á lo imposible, y después llego á realizarlo, porque me empeño, mitad por orgullo, mitad por amor al arte. ¿Cómo se hace el milagro? Trataré de explicarlo, aunque no lo comprendo bien yo mismo. Se hace trabajando como nadie trabaja, suprimiendo todos los detalles de la vida y renunciando al sueño.» El que puede quitarse de dormir y no pierde el equilibrio, la placidez y el ingenio; el que en esa producción incesante como el curso de un río, no es arrastrado y no sucumbe; el que conserva su personalidad y se mantiene presente en su obra y no desciende al fárrago insulso, bien justifica la frase de Michelet, que escribía á Alejandro Dumas padre: «Le quiero y le admiro á usted, porque es usted una fuerza de la naturaleza.»

Volveremos á hablar de Dumas padre al llegar á la novela; pero hoy sólo tenemos que considerarle como autor dramático, y en ese terreno, si Víctor Hugo goza los honores y ostenta los distintivos de la jefatura, es Dumas quien sugiere, no sólo las distintas formas del drama romántico, sino sus ramificaciones, que todavía subsisten. Dumas hijo, Augier y Sardou no deben poco á Dumas padre. Repasad los veinticinco tomos que forman el *teatro completo* de Dumas, y allí encontraréis los gérmenes, más ó menos desarrollados, del drama histórico, del histórico novelesco, del de intriga, del de pasión y hasta del jurídico. El drama histórico, con asunto nacional, es patrimonio del autor de *La corte de Enrique III* y *La Torre de Nesle,* y el drama pasional y psicológico procede de *Antony,* obra que, sin duda, cualquiera que sea el concepto

que nos merezca su tesis, y aun cuando repitamos, con Fígaro, que es inmoral, que es la expresión de una sociedad caduca y un grito de desesperación lanzado por la humanidad al encontrar, al término de su viaje, el caos y la nada, descuella entre todo lo que produjo Dumas como punto donde se concentra la luz de la inspiración. Si algún drama romántico pudo aspirar al dictado de obra maestra—imperfecta, como los *Bandidos de Schiller* — es *Antony,* y por ella habría de sobrevivir el nombre de Dumas padre, aun cuando la corriente del olvido arrastrase sus demás producciones; porque el hospiciano *Antony,* con todas sus exageraciones y énfasis, sello genuino de la época, es una figura alta y poderosa, de singular energía dramática y de gran acción sobre nuestra fantasía. *Antony* ha tenido posteridad, y ha hecho soñar y sentir. Las donosas críticas de Fígaro al asunto de *Antony,* están en pie y conservan todo su chiste, salpimentado de buen sentido; porque Larra, que en cierto modo, por dentro, fue una especie de *Antony,* era en crítica el más templado y razonable de los eclécticos y hasta el más prudente de los conservadores; pero las faltas de lógica que Larra nota en el drama de Dumas podrían reprenderse en otros que pasan por inmortales: en nuestro *Don Alvaro,* en el *Tenorio,* en casi todos los de Schiller; y en la obra maestra de Dumas hijo, que es, sin género de duda, la *Dama de las Camelias,* ha observado Zola, sagazmente, iguales ilogismos, nacidos de que los personajes no discurren bien, tienen una falsa concepción de la vida. Si los personajes del drama fuesen santos, sabios ó impecables filósofos, tal vez no habría drama posible. La misma indignación que suscitó *Antony,* las controversias, las acres censuras, indican su vigor, denuncian que es de raza activa y vividera. De las obras que nadie combate, desconfiemos; tal vez es que han nacido muertas, y que no es natural ensañarse con los difuntos. Aunque Dumas padre no era un gran crítico, tenía suma perspicacia, y lo demostró al escribir de *Antony:*

«Esta fue, no solamente mi obra más original, mi obra más

personal, sino una de esas obras raras que ejercen influencia sobre una época». Bien dicho, aunque en alabanza propia. Fruto de esa emancipación del *yo* que trajo el romanticismo, y que fue principalmente obra de la lírica, *Antony* es un drama lírico, pasional, de sentimiento; Dumas ni aun lo cree drama, sino una escena de amor, celos y cólera, en cinco actos. Si el nombrar á Goëthe al lado de Dumas padre no pareciese malsonante, yo diría que *Antony,* por sus antecedentes psicológicos, y, sobre todo, por su íntima fuerza, es el *Werther* de Dumas. ¿Y por qué no? El personaje de *Antony* es hermano de Werther, de René, de Obermann, de Jacobo Ortis, de Rolla, de todos los desesperados del romanticismo, poseídos de una especie de satánica soberbia que tuvo su grandeza y belleza propia. A la acusación de inmoralidad tantas veces lanzada contra *Antony,* Dumas respondía que sus dos culpables, Adela y Antony, recibían terrible castigo: para la una la muerte, el presidio para el otro. Era verdad, pero no por eso queda limpio Antony de la inmoralidad esencial romántica: el desenfreno del lirismo, el *yo* hecho centro del mundo y pisoteando cuanto se opone á su expansión, leyes, Códigos, respetos humanos, conveniencias sociales, y, por último, la sacra antorcha de la vida. Y por esta condición de *Antony,* porque el lirismo romántico no se expresó jamás en la escena con tanta energía, con tan impetuosa y diabólica arrogancia, es *Antony* el primer drama del teatro romántico francés.

Hemos visto que si la poesía lírica fue una gloria para el romanticismo, el drama fue al fin y al cabo un desastre. Ahora tenemos que seguir al romanticismo á otro terreno, el de la novela, que será como ir sobre tizones encendidos, porque ya nos acercamos á lo que acaloradamente se discutió hace bien pocos años, y aún no se ha sentado la polvareda que cegó tantas pupilas é hizo á tanta gente confundir los rebaños de carneros con ejércitos en marcha.

Emilia Pardo Bazán.

RETOS Y DESAFIOS

Desafío del Conde de la Oliva y D. Luis Ponce de León, hijo del Duque de Arcos. — *Valladolid, 1627.* — Los tiempos de la caballería andante habían pasado, y ya se falseaban por algunos caballeros las leyes estrechas del honor. El Conde de la Oliva mantenía en Valladolid ciertas relaciones amorosas, dándole celos la frecuencia con que visitaban la casa donde su dama vivía, D. Tomás de Aguiar, D. Vasco de Monroy y don Juan Alonso, los dos últimos criados del Marqués de Villafranca y el primero de D. Luis Ponce, hijo del Duque de Arcos. El Conde preguntó á éste á qué entraban allí aquellos criados; Ponce de León dijo que hasta que se lo preguntase al suyo lo ignoraba y no se lo podría decir. Después dijo el Conde de la Oliva que los de Villafranca iban para ver al agente de los pleitos que el Marqués tenía en la Chancillería y que, como amigo, Aguiar los acompañaba. Después de esta explicación, sábado 2 de Mayo de 1626, hallándose en la plaza en un coche, con D. Luis, el Marqués del Valle, D. Diego de Luján, el Conde de la Oliva, el Conde de Grajal y D. Francisco de Menchaca, su hermano, la dama que el de Oliva obsequiaba pasó por allí, y D. Luis, con quien no había tenido conocimiento ninguno, al parecer, la miró. Díjole el Conde: *Señor, ¿y la palabra?* — D. Luis respondió: *¿Qué palabra he dado yo á V. S.?*—El Conde replicó: *Lo que los caballeros pro-*

meten, háse de cumplir.—D. Luis le contestó: *¿Quiere V. S. enseñarme á mí las obligaciones de caballero?*—Colérico el Conde replicó: *Sí; ¡voto á Dios y á cuantos hay en el mundo! y en el Espolón os espero.* Y saltando del coche, se fué hacia la puerta del Campo Grande.

Salió D. Luis tras el Conde, y en pos de ellos cuantos había en la plaza. El de Ponce de León logró alcanzar á su rival, á quien dijo: *Esto no es desafío, sino ruido: pues veis cuantos nos siguen. Esperad á la noche, y nos veremos á solas mejor. Finjamos volver amigos y así luego reñiremos como caballeros.* Entre tanto, la gente oficiosa había avisado al Teniente-Corregidor, que ya venía en su busca, y habiendo preguntado á D. Luis Ponce qué era aquello, respondió: *Nada, pues ya nos veis venir amigos entrambos.*—Llegado al Conde con la misma pregunta, éste le recusó como juez, diciéndole que nada tenía que saber de él. Receloso el Teniente-Corregidor y con propósito de hacer su oficio, los llamó ante el Presidente de la Chancillería, el cual cortésmente les reconvino hasta que los hizo amigos. Mas al salir de allí, en tanto que D. Luis con sus camaradas se dirigía á San Llorente, que como sábado estaba muy concurrido de damas, el Conde se vino á la plaza, donde tenía su posada.

Detúvose D. Luis Ponce en el pasadizo y las casas de don Galván con el Conde de Alba de Liste y D. Pedro Sarmiento, tío del Conde de Rivadavia, y se entraron, hablando con él. Suero de la Vega, el Conde de Grajal y su hermano vinieron de echadizos á encontrar al de la Oliva, al cual hallaron con D. Antonio Pimentel y un criado del Conde con una rodela y el coche detrás. Llegaron á hablarle, y Lucas de la Vega le dijo: *Sabéis que soy vuestro amigo, y como tal, os digo que con D. Luis Ponce de León estuvísteis demasiadamente colérico, no teniendo ocasión para desconfiar.*—Por toda respuesta, el Conde echó mano á la espada, diciendo que con ella reñiría con cuantos le contradijesen. El combate se trabó, y en el momento apareció Ponce de León con otros, estrechando al Con-

de tres contra uno. Púsose á su lado el de Pimentel, y luego el mismo Suero de la Vega, «para que no le matasen». Los amigos de Ponce se agregaron á su partido, y al del Conde D. Diego de Alarcón, caballerizo del Marqués de Alcañices. Mas cuando llevaban media hora de pelea, y algunos estaban heridos, aunque levemente, salieron el Conde de Alba de Lista y D. Pedro Sarmiento, para ponerlos en paz.

Ponce de León huyó, y quiso negar haberse hallado en la refriega, con lo que se enajenó las simpatías que antes se había captado, pues todos en Valladolid le habían visto en la batalla, de que salió con las ropas hechas jirones.

***

D. Juan Pardo de Figueroa y D. García Dávila. — *Coruña, 1629-1638.*— El proceso de este desafío comienza por la carta que con fecha de 15 de Noviembre de 1629 escribió á S. M. el Marqués de Fuentes, Gobernador de Galicia, dándole cuenta del origen del lance. El día 25 de Octubre, estando cenando á la mesa del Marqués el Capitán general de la Armada del Océano, D. Fadrique de Toledo Osorio, Marqués de Villanueva de Valdueza, con otros caballeros, camaradas suyos y del Gobernador, comenzóse á hablar de caza. D. García Dávila, hermano del Marqués de las Navas, contó que dos tiradores dispararon á un venado, y que habiéndole muerto, no se encontró más que una herida por la parte por que tiraron, y por la otra dos, infiriendo de aquí que ambos acertaron á dar en un mismo blanco. D. García mostróse tan recatado, que sólo lo refirió al oído á D. Juan de Gaviria. Este lo repitió en público, y confiriendo sobre el asunto y dando todos su parecer, dijo D. García que no se había atrevido á contarlo, porque no pareciera mentira. Arias Pardo de Figueroa estaba presente, aunque no cenaba. Contó el festín de caballos que hizo D. Pedro de Toledo, Marqués de Villafranca, en Nápoles, y habiéndose admirado algunos, aunque cosa tan sabida,

dijo Arias Pardo:—*Este es buen cuento para D. García.*—Don Luis Ponce de León, el mismo de la pendencia con el Conde de la Oliva en Valladolid, dijo á D. García:—*Por buen trovador os tienen.*—Y él respondió:—*Así parece.*

Prosiguió la cena y la conversación, sin que se notara señal de pesadumbre, no habiendo dado importancia á aquel suceso, pues D. García y Arias Pardo eran muy amigos, como sus padres lo habían sido. Acabada la cena, quisieron algunos jugar *al hombre,* y aunque D. García lo solía hacer de ordinario, se excusó, mientras los demás jugaban. Retiráronse el Marqués y D. Fadrique, su huésped, y á las doce se puso punto al juego. Se retiró D. Luis Ponce á su aposento y con él D. García, los dos andaluces. A poco volvió Dávila y arrimó la silla á donde estaba Arias Pardo, el cual levantó la cabeza y dijo:—*Señor D. García, ¿hay tal caballero que á todos nos quiera cortejar y hacer merced, que se fuese á dejar acostado á D. Luis Ponce, y vuelva aquí á favorecernos?*—Y levantándose Arias Pardo sin mostrar enfado ni pesadumbre, yéndose para su casa con D. Juan Pardo, caballero del hábito de Santiago, su hijo, y el Capitán Fernando de Ozaeta, que estaba de guardia á la mira, y los alféreces D. Luis Vargas, Alonso Roa y D. Juan Pardo Osorio, del hábito de Santiago y capellán del castillo de San Antón, que iba un poco detrás hablando con el secretario del Gobernador, salió D. García debajo de unos soportales, en cuerpo, con su jineta en la mano, espada y broquel en la cinta, y á pocos pasos del cuerpo de guardia de la casa del Gobernador y cerca del principal de la plaza, opinando mucho su paso á Arias Pardo de Figueroa. Como tan amigos ambos antes, Pardo ni debió ni pudo recatarse de él; mas luego que se hallaron solos, embistióle D. García dándole con la jineta, y metiendo mano á la espada y broquel le tiró muchas estocadas. Estaba Pardo envuelto en su capa y con una muleta que, por ser muy grueso, solía usar, y tratando de desembarazarse, tropezó y cayó. No por eso D. García dejó de tirarle, hasta que llegando D. Juan Pardo de Figueroa, su

hijo, comenzó á acuchillarse con el agresor de su padre, dando á éste lugar para levantarse. A esto acudió la guardia, que ya antes D. García había cuidado de prevenir, sin descubrir el intento, para que le socorriera, y él en seguida se dió á la fuga, sin que los Pardo pudieran tomar satisfacción del atrevimiento.

Avisado el Marqués de Fuentes, se levantó y pasó al aposento de D. Fadrique á referirle lo sucedido, mientras daba orden de que se prendiese á los combatientes. Por su parte D. Fadrique llamó también á su sargento mayor, D. Juan de Betriani, que lo era de uno de los tercios de la Armada, para que ayudase á la prisión, é informado de que D. Juan Pardo se había descolgado por la muralla, dispuso que se le buscase y redujese á prisión, como ya había sido detenido en su casa su padre Arias Pardo, á quien se le puso guardia para que no pudiese salir. Mientras los Pardos de Figueroa quedaron bajo los trámites de la justicia por el desacato á la casa y guardia del Gobernador, D. García Dávila se refugiaba en los estados de su hermano. Arias Pardo continuaba preso de orden de su majestad, y D. Juan, su hijo, desde que rescató su libertad, dióse á buscar á su adversario para liquidar la cuestión en un duelo entre los dos. Mas habiendo resultado infructuosas para conseguirlo todas sus diligencias, al cabo se resolvió á retarlo públicamente por medio de cartel. Publicóse éste en letra de molde, con fecha de 20 de Noviembre de 1631, y se fijó en Madrid, las Navas, Valdemaqueda, Robledo de Chavela, Avila, San Sebastián, Sevilla, Cádiz, Coruña, Bruselas y otras ciudades de Flandes y de Italia. Se narraba la agresión traidora, alevosa, vil é infame cometida por D. García Dávila, hermano del Marqués de las Navas, contra la persona de Arias Pardo de Figueroa, su padre, en la noche del 25 de Octubre de 1629; refería los pasos dados para seguirle, á pesar de su retraimiento al castillo, fuera de las Navas, y de las gentes puestas para guardarle é interceptar toda comunicación, haciendo imposible venir cuerpo á cuerpo con él, ni matarle por

los medios que un alevoso merecía; y por último, le retaba y desafiaba solo, cuerpo á cuerpo, con las armas que él quisiere, dejadas á su elección, emplazándole para el desafío en el lugar de Lieja, entre las dos villas de Tonjar y de Untión, que es país libre y seguro, en cuya campaña, que está enmedio de ellas, le esperaba el día 1.° de Mayo de 1632, de sol á sol, con todas las solemnidades de fuero y derecho de la caballería de España, y prometiendo establecerse él desde luego en una de las dos villas: «dándole tan largo plazo, no sólo para que pueda ir muy despacio, sino para prevenirse y que no pueda reclamar ni excusarse por lo breve del término ni por otra causa alguna, y que si lo hiciese, incurra en nueva infamia».

El 9 de Diciembre de 1631 se fijó la contestación de Don García Dávila al cartel de D. Juan Pardo de Figueroa en los mismos parajes donde se puso el reto, aceptando el verse con él, á pie, en el plazo señalado, designando por únicas armas ofensivas y defensivas una espada de marca y un broquel; pero pedía que asegurase el campo algún Príncipe soberano, cristiano ó no, «como principal requisito, y siempre acostumbrado para la efectuación de duelos y casos de armas, sin el cual no puede reducirse á fin cierto.» En este documento, siguiendo las prácticas rituales, á los cargos de infamia, vileza, miedo, poco valor, alevosía y otras cosas, replicaba «que miente, y se lo probaré con lo demás que me quisiere pedir.»

La impugnación del seguro del campo no apareció por parte de D. Juan Pardo hasta el 22 de Enero de 1633, de lo que se colige que lo anduvo buscando; pero al cabo tuvo que exponer, que el obtener esos seguros era ya «cosa imposible en estos tiempos, y ningún caballero lo ha pedido, ni puede pedirlo particularmente;» máxime cuando «el punto que le había señalado era país libre y seguro, y donde han tenido efecto otros desafíos, como es notorio.» Con todo, Pardo añadía: «Aún digo que dentro del término señalado, pues es tan bastante, si al dicho D. García le fuese posible conseguir la seguridad que pide, saldiré á la parte que nombrase con las ar-

mas que ha elegido ó las que eligiere, no obstante de no ser usadas de caballero en semejantes casos las que ha señalado.» Su carta concluye así:—«Esperaré la resolución de Don García todo el tiempo acordado, en los Países Bajos, donde le hago saber que me hallo ya; y puede libremente venir, que yo tendré en los lugares de Tongar y Untión dispuestas las cosas de manera que, si viniese, como espero, nos podamos ver sin impedimento ninguno, aun cuando el cuidado de Príncipe poderoso sea tan grande que nos quiera quitar los medios de poderlo hacer.»

El término que tuvo este negocio se halla en dos cartas del Duque de Feria, fechadas ambas en Milán el 30 de Junio de 1638, una dando cuenta á S. M. privadamente del largo proceso y fin de este duelo, y otra de recomendación también al Rey Felipe IV, que D. Juan Pardo de Figueroa, caballero del hábito de Santiago, debía llevarle á la mano, al impetrar su gracia para arrojarse á sus pies á pedirle perdón por el desacato de haber fijado en su corte carteles de desafío. En la carta privada del Duque de Feria á S. M. le decía: «D. Juan, tomando por cuenta propia la querella de su padre, hizo como caballero las diligencias posibles para satisfacer la injuria, y al fin le fue forzoso cumplir con su opinión y con el mundo, escogiendo la plaza de Lieja, donde habiendo D. Juan Pardo cumplido con su obligación, queda enteramente satisfecho, como V. M. podrá ver por los testimonios auténticos que van con esta. Habiendo acabado este negocio, se volverá á España para echarse á los pies de V. M., para que con su mucha clemencia le perdone.» Y, en efecto, aunque por aquel tiempo el Conde-Duque de Olivares trabajaba con ahinco por contener los desafíos, que por cualquier nimiedad eran la plaga y el escándalo de la corte, el Rey no pudo negar su perdón al que con tanto valor y constancia había defendido los fueros de su honor.

***

El Duque de Sessa y el Marqués de Montealegre.—*Madrid: 1634.*—En un *Memorial de noticias de Madrid desde 1621* se dice que en Mayo de 1634 D. Martín de Guzmán, Marqués de Montealegre, tuvo cuchilladas con el Duque de Sessa, el Mecenas de Lope de Vega, creyendo ser D. Rodrigo Pimentel, de la casa de Benavente, por enfados que con éste tenía por una mujer á quien galanteaba. Reconocido el error, se dieron mutuas satisfacciones, aunque uno y otro quedaron mal parados de la refriega.

***

El Almirante D. Antonio de Oquendo y D. Nicolás Júdice y Spínola.—*Madrid, 1636.*—Estando el Sr. Don Antonio de Oquendo oyendo misa en el Buen Suceso, le llevaron un papel de parte de D. Nicolás Júdice y Spínola, en que le desafiaba por ciertos disgustos que habían tenido en la mar, y diciéndole que estaba esperando en Santa Bárbara con espada y daga. Respondió verbalmente al que se lo entregó que haría con mucho gusto lo que D. Nicolás le mandaba. Terminada la misa se fue al Noviciado, donde se confesó, y desde allí al lugar donde el de Júdice le tenía emplazado.

En la puerta de Santa Bárbara esperaban dos caballos, y tomándolos, pasaron más adelante, hasta llegar á sitio proporcionado. A las primeras idas y venidas, D. Antonio de Oquendo dió á Júdice una estocada en el pecho que dió con él en tierra; mas iba tan bien armado, que no le hizo más daño que caer. Dejóle Oquendo levantar y preguntóle si quería proseguir; respondió Júdice que sí, y el Almirante le asegundó con otra, que, parte por tropezar, y parte por la violencia del golpe, segunda vez también dió con su adversario en el suelo. Púsole entonces la punta de la espada encima del rostro, y díjole que bien veía cómo le tenía y cómo podía acabar con él; que para satisfacción no quería más sino que el mismo Júdice refiriera en Madrid con verdad lo que había pasado, y cómo le

podía haber quitado la vida: y, por último, que si no lo hacía así, haría con él después lo que dejaba de hacer ahora. Con esto, dejándole aun tendido en el campo, tomó uno de los caballos y se restituyó á su casa.

Júdice cumplió lo prometido; mas cuando se hizo público el lance, temiendo que se reprodujera ó tuviese otras consecuencias, á Oquendo se le prendió, dándole por cárcel su casa, y D. Nicolás se retrajo á la Victoria. Después se dieron palabra de honor de no hostilizarse más, y se les dió libertad.

***

El Duque de Medina-Sidonia y el Duque de Braganza, Rey Don Juan iv de Portugal.—*Sanlúcar de Barrameda, 1641.*—La inteligencia y confabulación del Duque de Medina-Sidonia, Don Gaspar Alonso Pérez de Guzmán y Silva Mendoza, con su cuñado el Duque Juan de Braganza, proclamado Rey de Portugal, contra la dependencia en que esta corona había entrado desde su anexión á España por Felipe II, fue revelada primero al Conde-Duque de Olivares y después al Rey Felipe IV, por el Contador mayor de cuentas que había en aquel reino, D. Francisco Sánchez Márquez. Reducido, como otros muchos españoles que prestaban sus servicios en aquel reino, á prisión, se trató de catequizarle para que se adhiriera al movimiento insurreccional, y manteniéndose con disimulada cautela, pudo conocer y recoger noticias sobre los hilos de la vasta trama tejida por los rebeldes de Portugal, los enemihos declarados de España, Francia y Holanda y los solapados de Inglaterra, para desquiciar, desmembrándola enteramente por su base, la monarquía española. Sánchez pudo denunciar con datos fehacientes las cartas escritas de Duque á Duque, unas de su mano todas, otras en cifra; los tratados suscritos por el de Medina-Sidonia, á título de rey de Andalucía, con Portugal, Francia y Holanda, para la venida de una escuadra de veinte buques de vela y seis de fuego que por el puerto de

Zuazo debía echar gente de desembarco en la isla de León para apoderarse de Cádiz, mientras en su bahía se ponían camisas embreadas á las naves de España para incendiarlas; el tratado para la presa de los galeones que se esperaban de América con seis millones de plata, que debían repartirse por partes iguales entre los cuatro signatarios; el tratado para la recepción de las tropas lusitanas que debían entrar por las fronteras de Huelva, y para el levantamiento popular de Andalucía, á cuyos pueblos debía ofrecerse la total exención de todos los tributos, y, por último, la parte importante que tomaba en toda la conspiración el Duque de Medina-Sidonia, cuya representación para todas estas cosas tenía su inmediato deudo D. Francisco de Guzmán, Marqués de Ayamonte. Sánchez Márquez tuvo sagacidad é industria para traerse á Madrid copia del *Manifiesto* que el Duque de Medina-Sidonia debía dar á los pueblos de Andalucía contra el Conde-Duque de Olivares y la tiranía de su padre, al mismo tiempo que la escuadra aliada asediaba á Cádiz y un ejército andalu-lusitano se establecía en las llanuras de Andalucía, ante Sevilla, y que Portugal nos acometía por todas las fronteras del Oeste, y Francia por Navarra, Aragón, Cataluña y Valencia. Aquel Manifiesto se había mandado á Lisboa para su aprobación é impresión en aquella ciudad, y él solo constituía una prueba de la traición del Duque, ante cuya realidad no había argumentos aceptables.

El Conde-Duque de Olivares, más que por el amor de la propia sangre, por sutileza de habilidad, quiso sacar partido con el Duque de Medina Sidonia contra el único, realmente, insurrecto de empuje, que era el Duque de Braganza. Hizo conocer al de Medina que estaban descubiertas sus deslealtades; lo que, consternando su ánimo poco esforzado y decidido, le llevó á escribir al Duque del Infantado, al de Arcos, al Cardenal de Jaén y á su suegra la Marquesa de Priego, pidiéndoles misericordia é intercesión. Todos le contestaron que se echara á los pies del Rey, declarándole sus culpas y entregándose á

su clemencia, menos el Duque del Infantado, que no quiso rozarse *con traidores*. El Rey le llamó, hizo una declaración textificada por ante D. Jerónimo de Villanueva, Consejero de Su Majestad, de todos sus delitos; delató á sus cómplices, sin atenuar las culpas de los deudos de la sangre, en quienes se cebó el verdugo, y, mendigando el perdón, al cabo oyó de labios del Rey, puesto humildemente á sus pies: *Duque, cuanto ha sido mayor el error vuestro, tanto mayor ocasión me habéis dado para usar de mi clemencia.*

Pero estos indultos tenían un precio; y el precio era afrontar los riesgos de un acto que el Conde-Duque de Olivares creyó alcanzaría una gran resonancia en el mundo, y que en su germen lo ahogó el ridículo. Este gran arbitrio fue inducir al Duque de Medina Sidonia á enviar al de Braganza un cartel de desafío, que se dió á la estampa en Toledo, con fecha del 27 de Setiembre de 1641. El papel impreso se titula así: *Manifiesto de D. Gaspar Alonso Pérez de Guzmán el Bueno, Duque de la Ciudad de Medina Sidonia, Marqués y Conde de Sanlúcar de Barrameda, Capitán general del Mar Océano y costas de Andalucía y Ejército de Portugal, Gentilhombre de la Cámara de S. M., contra la Rebelión de Portugal.* En él declaraba traidor «á Juan de Braganza, que fue Duque»; condenaba «su detestable intención de manchar la fidelísima casa de Guzmán»; impugnaba y desmentía el supuesto de «que yo asentía á su opinión», y, bajo estos tres substanciales conceptos, desafiaba «á Juan de Braganza, que fue Duque, á fementido, aleve á su Dios y á su Rey», retándole «á singular batalla, cuerpo á cuerpo, con padrinos ó sin ellos, dejándolo á su elección, como también el género de armas, para junto á la raya, en Valencia de Alcántara, donde esperaré ochenta días, que corren desde 10 de Octubre á 19 de Diciembre deste año, y los veinte últimos estaré en dicho lugar y sitio por mi persona, y en el día que de ellos me señalare, le esperaré, con que el tirano tendrá tiempo para saberlo, *y los reyes de Europa y el mundo,* y dentro de Portugal asegurará á satisfacción de los

caballeros que yo enviaré con mis crehencias, una legua de Portugal, como yo aseguraré al que él enviase otra legua de Castilla, á entera é indubitable satisfacción, á donde daré á entender el hecho infame que usó; y si no cumpliere yo con las obligaciones de hijodalgo de sangre para acabar con esta fantasma por el camino que me queda, si él no se atreve á salir á la batalla, y nos parecer al que soy y han sido los míos con sus Reyes, al paso que los suyos traidores, desde luego ofrezco, con licencia de S. M., mi ciudad de Sanlúcar de Barrameda, asiento principal de los Duques de Medina Sidonia, á quien lo matare.»

A este papel, ridículo en la forma y en el fondo, porque en materias políticas estos estremecimientos de nervios son accidentes puramente femeniles, se contestó de Portugal con otro papel satírico, impreso, y titulado *Cartel de desafío y protestación caballeresca de Don Quijote de la Mancha, caballero de la Triste Figura, en defensión de los castellanos.*—Toboso, 29 de Octubre de 1641.

***

Juan de Valencia y Mos de la Mothe.—*Campo sobre Lérida, 15 de Mayo de 1644.*— Entre los caballeros más ilustres y gallardos de la corte de Felipe IV, era uno de los más lucidos en todas las fiestas que se hacían á S. M., sobre todo en las de toros, el bizarro D. Juan Valencia, á quien unos por su esplendidez llamaban *El Infante*, y otros por su riqueza *El Indiano*. Cuando en presencia de S. M. entraba á rejonear en la plaza, llevaba hasta ciento cincuenta lacayos, con libreas de plata y azul, y cuando hacía las cortesías, los echaba *á estocadas* del redondel, quedándose sólo con *dos indios* que tenía, cosa maravillosa. Habiendo tomado gran incremento la guerra de Cataluña, formó su partido, y sin comunicarlo con nadie se fué al ejército, y el día 15 de Mayo, que fue la batalla de Lérida, en que el General francés Felipe de La-Mothe-

Handoncourt dejó sobre nuestro campo victorioso de combate siete mil franceses muertos y prisioneros, catorce piezas de artillería, veinte banderas y el bagaje, tomó Valencia al primer toque del clarín, una pica de la primera hilera del cuerno derecho del regimiento de la Guardia de S. M., que era la que por privilegio particular, que siempre tenía en aquel tiempo, llevaba la vanguardia del combate, y muertos á su lado, sin haber nada enmedio, de diferentes cañonazos de artillería, D. Diego y D. Bernardo de Guzmán, diéronle á Don Juan otro tan milagroso, que no parecía posible hubiese quedado con vida. La bala le llevó los calzones de color y los blancos, y toda la camisa á cercén, la espada y un buen pedazo del muslo izquierdo, y en una de las faltriqueras una sortija con un diamante que le costó dos mil ducados y otros seiscientos en monedas de oro, que fue los que mostró á los Condes de Vagos y de Castelnou, habiendo concertado con ellos, antes de entrar en la batalla, y hecho pleito homenaje, unos en manos de otros, de enterrar el que quedase vivo al que muriese.

Al día siguiente 16, envió con un prisionero á quien Don Juan dió libertad, el papel de desafío que se sigue al Mariscal de La Mothe, con licencia del General D. Felipe de Silva, perenne testigo de las bizarrías de aquel caballero:

«Motha: por vasallo del Rey Católico, nuestro señor único y soberano, entre todos los Reyes de la tierra, y por mis obligaciones, no es posible excusaros del desafío, que, cuerpo á cuerpo y con las armas que quisiérades, os hago por esta, á pie ó á caballo; y aunque os tocaba por desafiado señalar por todo, os lo ruego, y por el gran deseo que tengo de que nos veamos más cerca: que ayer esperéos mucho y me desconsolasteis de veros esperar tan poco; y vendré en todos los partidos que quisiérades, con que no me limitéis la posibilidad de que sólo me valga el valor natural de mi espíritu, que le crió Dios para mí, dándole por funda este cuerpo, para que le reconozcais y respetéis, teniéndole como súbdito, y que con de-

bido reconocimiento á mí, como lo vemos en animales que nacen con particular soberanía sobre los otros que los supeditan: y yo lo pretendo de vos por la espada y por mi brazo; y si bien vosotros los que llegais á los puestos de Generales os valéis de muchas razones y de otras que suponéis, usando de ellas como os está mejor, no hallo os asista ninguna para la presente, sino una que es quereros mucho y ser piadoso con vos mismo. Yo he venido aventurero, dejando la corte, que es mi habitación, y á solo esto y con este pretexto: no me lo malogréis, ¡por vida de Motha! que para seguridad de sitio y la vuestra hasta llegar al combate, os enviaré todas las que quisiérades de mi General, á quien se lo suplicaré en recibiendo vuestra respuesta. Y vuelvo á rogar cumplais este mi deseo ¡por vida de vuestra Mosela! que yo os doy palabra de dejaros volver, si acaso quedarais para ello. Y para que lo podais decir, como por su intercesión, poniéndoosla por medianera, dispenséis en todo aquello que os podrá servir de excusa. Hacednos este agasajo y respondedme. ¿Qué os lo estorba? Y no me toméis de alguna venda de desenfado, fundándolo en que estáis tres leguas y que no os alcanza desde aquí la que traigo al lado; porque si lo que tentais en este hecho, vos seréis el desairado, pues lo conseguiréis en lo mismo que os debe hacer modesto. Dios os guarde hasta que lleguéis á verme y á reconocer cuanto pueda lo evidente, y que sepa el mundo el caudal que tenéis, si no queréis vivir en lo fantástico, que en este caso me los podrá reducir. Este os dará Dionis de Lyon, á quien he dado libertad por ello, y porque os le dé y nos traiga respuesta. De esta Huerta de Lérida y del campo arrimado á la ciudad, hoy 16 de mayo de 1644.— *Don Juan de Valencia, el del Infante.*»

El Mariscal de La Mothe no se ofendió de las gallardías de esta genialidad, y respondiendo cortés con la misma bizarría, así contestó á nuestro gallardo caballero.

«Amigo Don Juan: Dionis me ha dado vuestro papel, que es tan gallardo, como vos andubisteis el otro día en la pelea.

Obedézcoos en responderos, aunque por muchas causas, que no excusan otros Generales, no debía; pero solicitaisme en lo que más quiero, y certifícoos por ello mismo que, si las prevenís, os lastimais en citarlas solo, siendo mías, no me excusasen. Os diera el gusto que me pedís; de mas que yo no contiendo con ventaja, ni lo debo á mí mismo, pues sé que estais herido. Curad y mirad por vos: que muchas ocasiones tendréis de servir á vuestro Príncipe. Deseándole muchas victorias, conservaos para dárselas; que con caballeros de vuestro espíritu, se puede prometer dichosa fortuna. Dios os dé la que deseo. De Bellpuig, 19 de mayo de 1644—vuestro servidor—*El Mariscal de La Mothe, Duque de Cardona.*»

***

El Marqués del Aguila y D. Juan de Herrera.—*Madrid, 1640.*—Por celos de damas, á la conclusión de una comedia representada en Palacio al Rey D. Felipe IV, el Marqués del Águila dió un bofetón en la cara á D. Juan de Herrera, caballero del hábito de Santiago y caballerizo del Marqués de Heliche. El escándalo que se produjo en Palacio fue supino. Se mandó prenderlos, y se hicieron graves cargos contra el Conde de Sástago y el de Cantillana, porque además de atribuirles haber aconsejado una determinación tan violenta y un desacato tan inconsiderado á la morada del Rey y en acto á que él y la Corte asistían, se les echaba la responsabilidad de haberles abierto las puertas para que escapasen. La cuestión llevó un largo proceso. El Marqués de Liche azuzaba á su caballerizo para que no se acomodase con ninguna composición, y aunque el Marqués del Águila cayó enfermo, Herrera logró publicar los carteles del desafío, emplazándolo para los cantones de los esguízaros. Al plazo apelado, el Marqués del Aguila, sin contestar, se presentó en el lugar á que se le había citado, y por tener una llaga que le impedía combatir á la espada, llevó dos pistolas y dos sillas para disparar

sentados. Al señor del campo pareció aquella acción más propia de fieras que de hombres, y puesto que sólo con su puntualidad á la cita los dos se acreditaron como hombres de honor, sacó del campo á los dos caballeros, dándoles igualmente por buenos y sin permitirles la batalla.

***

D. Luis Ramírez de Guzmán y el Adelantado de la Florida.—*Madrid, 1567.*—Jugando *á los trucos* (billar) el día 8 de Octubre de 1657 en casa del Marqués de Robledo varios caballeros, al terminar unas carambolas D. Luis Ramírez de Guzmán, que en ellas tenía mucha habilidad, se levantó el Adelantado de la Florida, D. Diego Meléndez de Avilés, y sin motivo ni querella ninguna dió á D. Luis un empellón en el hombro derecho con la mano izquierda, y resbalando los dedos le tocó en el rostro. Se habían porfiado aquellas jugadas, y Ramírez de Guzmán había dejado el taco, hallándose además aún con la espada desceñida, pues se la había quitado para aliviar el juego. El Adelantado estaba con la suya, mas viendo que D. Luis echaba mano á la que había dejado, no esperó, y perseguido por su afrentado llegaron á alcanzar la puerta de la calle. Estaba el Arcediano de Madrid en ella para tomar su coche, y tropezando en la rueda, al Adelantado se le cayó la capa y la espada. El Arcediano y sus criados se abrazaron con Ramírez de Guzmán, con lo que Meléndez de Avilés pudo escapar.

Don Luis fué luego á buscar al Adelantado á su casa; pero aquella noche no regresó á ella. Pasóla el de Guzmán esperándole en la calle, y luego continuó haciendo muchas diligencias hasta que supo estaba encerrado en San Martín. Entró disfrazado D. Luis varias veces en el convento y á diferentes horas; y averiguada la celda en que estaba, que era la última del tránsito, junto á la tribuna, escaló una noche, á la una, el convento por la ventana que caía á la calleja donde vivía Juan

Félix de la Vega, junto á la plazuela de Santa Catalina de los Donados. La resolución era romper la puerta de la celda, y á cualquier precio tomar satisfacción en su persona. Pero en el paso encontró dos puertas cerradas, con que no pudo seguir adelante. Dejando bajar los criados que le acompañaban, quedó escondido sólo aquella noche, esperando la mañana y el momento en que los frailes estuviesen en prima. Pero el cuidado que tenían en el amparo de su asilado, frustró todos estos proyectos. A la hora de prima, D. Luis llegó hasta la punta de la crujía donde se hallaba la celda del recluso; pero saliendo los frailes del coro, fueron echando llaves; y al encontrar y reconvenir á D. Luis por su atrevimiento, éste les contestó que les había de quemar la casa: de que resultó que fray Bernardo de Ontiveros, el Abad que entonces había y que fue después Obispo de Calahorra, dió cuenta al Rey, y por mandato del Rey al Presidente de Castilla.

Entretanto, el Adelantado de la Florida, vestido de mujer, se escapó de Madrid, sin que D. Luis supiera de él durante algunos días; pero con noticia de que había partido para Asturias, le siguió por la posta hasta donde las halló, y desde allí hasta Oviedo en mulas. Aun con estar el Adelantado en su propia tierra no se fió de las audacias del Guzmán, y en Oviedo se retrajo al Colegio de la Compañía de Jesús, hasta que, con avisos de Madrid, tomando parte la Justicia, se obligó al de Guzmán á retirarse de Oviedo y de Gijón. Por las pesquisas que éste tenía, aunque sólo se hallaba asistido de dos criados que sacó de Madrid, supo que para el verano de 1658 se disponía su adversario á marchar á Santander, con ocasión de formarse una flota, y, vestido de clérigo, instalóse en aquella población; pero viendo que la flota se había formado y repuesto y el Adelantado no aparecía, resolvióse á marchar al mismo Avilés, asiento de su casa y mayorazgo. En Avilés sufrió un nuevo desengaño: la casa estaba cerrada, como si no la habitara nadie, y no encontró ni aun criados que le informasen del paradero de su amo.

Hallábase en León el Duque de Híjar, y allá fué D. Luis para pedirle una casa que tenía en Rivadeo; pero examinadas por el Duque sus intenciones sobre la satisfacción que se proponía tomar, díjole que había otras más propias de su sangre y de su cuna, más públicas y sin riesgos ante la Justicia. Le expuso su opinión, le prometió el secreto, y volviéndose Don Luis á Madrid, comenzó á plantear el consejo del Duque, no sin consultarlo previamente con soldados de gran reputación, parientes y duelistas, que le expresaron su absoluta conformidad. Entre las autoridades, de quines tomó parecer, se contaba el Duque de Grammont, Mariscal de Francia, donde ejercía el cargo de *Juez de duelos,* y acababa de llegar de embajador á Madrid á los casamientos de la Infanta Doña María Teresa con Luis XIV. Con esta resolución, aunque con cuartanas, con tres camaradas, caballeros sus amigos, para que le sirvieran de testigos, volvió á León, y estableciéndose allí, escribió al Adelantado una carta muy cortés, exponiéndole su agravio, su propósito de tomar la reparación á todo trance y citándole para el encuentro personal. Por parte del Adelantado significósele entonces su intención de darle la satisfacción que pedía.

Fue elegida la misma ciudad de León, como cabeza de reino, y porque en ella la publicidad del acto sería mayor, por sitio para la entrevista, y se señaló el viernes 16 de Enero de 1659, de siete á ocho de la mañana, para el lance en plaza pública, prevenida extramuros de la población. La concurrencia fue enorme, como á un gran espectáculo, y las damas de la ciudad asaltaron las almenas del castillo, desde donde se dominaba el campo. D. Luis, que era de gallarda presencia, apareció muy galano; mas sacadas las espadas, al llegar á la plaza del castillo á hacer la conclusión para ganársela, se le fueron los dos pies en el hielo, y sin perder espada ni tiempo, se levantó algo picado del suceso, con que se tiraron algunas puntas, y tornándole á hacer la conclusión, le quitó la espada al Adelantado, sin entregársela él. Este, viéndose desarmado, le dijo en voz alta y clara que la oyeron to-

dos:—*Perdóneme vuestra señoría la vida, por amor de Dios.*— D. Luis respondió:—*Por amor de Dios, y por el Duque de Híjar que está presente, os la perdono.*—Y el Duque bajó á reconciliarlos.

Los testigos del duelo y la justicia de León levantaron el acta sobre el propio campo, que suscribieron con el Duque de Híjar muchos caballeros leoneses, madrileños y asturianos que habían venido con D. Luis y con el Adelantado. La información se mandó á S. M. por el Marqués de la Lapilla, y la espada ganada á una Vizcondesa, dama de los pensamientos de D. Luis de Guzmán.

JUAN PÉREZ DE GUZMÁN.

LAS FIESTAS ENTRE LOS MUSULMANES

Como en la del individuo, hay en la vida de los pueblos acontecimientos de varia condición y naturaleza, los cuales deben ó merecen ser recordados perpetuamente, por la importancia y por la trascendencia que les ha sido atribuída, á fin de que, conservándose y manteniéndose frescos en la memoria de las generaciones, despierten y estimulen siempre en ellas, á ser posible, los sentimientos mismos que en su origen inspiraron.

La conmemoración, pues, de tales acontecimientos, ya religiosos, ya profanos, y más ó menos significativos, causa fué, en todas las edades y en todos los pueblos, de la institución de las festividades, porque la humanidad es eternamente una, en el espacio y en el tiempo. Sometido, por tanto, á esta ley superior, y en realidad ineluctable, en cuantos grados la civilización consiga,—el pueblo mahometano tiene, cual es natural y consiguiente, sus festividades y sus días solemnes, unas y otros consagrados á perpetuar la memoria de acontecimientos dignos de recordación, y principalmente de caracter religioso.

Mahoma, como todos los grandes reformadores, por interés, por necesidad y por conveniencia, hubo de transigir, como es sabido, con no pocas de las preocupaciones, creencias y costumbres, ya tradicionales é inveteradas entre los árabes; y en el número de estas últimas, por lo que hace á nuestro actual

propósito, figura la de estimar, con los árabes ante-islamitas, en el concepto de meses superiores ó privilegiados, como señalados ó marcados *(axhur mu'lomát)*, los cuatro meses de Xaguál, Dzu-l-Caâda, Dzu-l-Hicháh y Moharrám, si bien en el *Libro Santo* les da nombre, título y representación de *meses sagrados* (*axhur-ul-hurum*), con lo cual recibían para en adelante la debida consagración religiosa.

Y con efecto: si en el Korán recogía y autorizaba la tradición, expresando en la aleya ó versículo 36 de la Sura IX que, «con verdad, el número de los meses, por decreto de Alláh, es el de doce meses, [y así está escrito] en el libro de Alláh (1), desde el día en que creó los cielos y la tierra», que «de ellos, *cuatro son sagrados*», y que «esta es la ley constante» (2),—de viva voz lo manifestaba, según refieren los biógrafos del Profeta, cuando, con motivo del último peregrinaje hecho por él á la Mecca en Dzu-l-Caâda del año 632, décimo de la Hégira, fijó definitivamente el calendario, cortando para siempre ciertas prácticas abusivas que en él habían introducido para comodidad suya los muslimes, y que estaban, sin embargo, condenadas en el Korán por modo expreso y terminante (3).

Durante los cuatro meses privilegiados, de que se ha hecho mención arriba, prohibida quedaba á los fieles entre sí toda

---

(1) Entienden los comentaristas por el *Libro de Alláh*, la tabla guardada por los ángeles, en la cual están escritos los decretos divinos; se halla formada de una sola perla, y ocupa tanto espacio como hay de Oriente á Occidente (Henry Delaporte, *Vie de Mahomet*, pág. 540).

(2) Delaporte incurre en el error de atribuir estas palabras, que son el principio de la aleya citada, á la Sura XXXVII, sin expresar versículo (Vide página citada).

(3) El primero de estos abusos consistía en intercalar un mes cada tres años, costumbre que había nacido «à l'occasion du pèlerinage de La Mecque, qui, dès le temps d'Ibrahim et d'Ismaïl, se célébrait constamment dans les dix prèmiers jours de Dhou'l-Hadja.» «Cette division était subversive de l'ordre des saisons.» «Comme l'année solaire présente un excédant d'environ onze jours sur l'année lunaire, l'époque de cette fête par-

injuria, de hecho ó de palabra (1); y bien que con relación á uno de ellos, el de Moharrám,—llamado por antonomasia *xahr-ul-Láh-ul-harâm*, ó sea *el mes por Alláh sagrado*, ó simplemente *ax-xahr-ul-harám, el mes sagrado,* según en el Korán se le apellida,—había declarado Mahoma que la guerra en él era pecado grave (2), manifestando en corroboración de tal precepto, y como amplificación del mismo, que cuando hubieren fenecido aquellos meses, podían ó debían los fieles dar muerte á los idólatras, donde quiera que los hallaren, hacerlos prisioneros, sitiarlos y prepararles emboscadas (3),—autorizaba, no obstante, la guerra con los infieles en todos los meses del año sin distinción, de igual manera que los infieles combatían á los muslimes en todo tiempo (4).

Fiesta de precepto, el viernes es día de singularísima virtud, santificado, y «la mejor de las Pascuas», pues en la noche de un viernes nació Mahoma, y viernes era el día en que Dios suspendió el curso del sol por espacio de hora y media, á fin de que Josué pudiera vencer los gigantes con quienes tenía, al caer de la tarde, trabada empeñada contienda. Para conmemorar y celebrar acontecimientos tan solemnes como prodigiosos, el viernes,—*yáum al-chomuâ,* como le apellidaron en España, *nehar el-yemuâa,* según le llaman en África, ó *yum*

courait succesivement toutes les saisons de l'année.» «Pour remédier à l'inconvénient résultant de cette variation et pour fixer le temps du pélerinage à la saison de l'automne, qui est la plus favorable, parce les chaleurs commencent à tomber et que les récoltes son faites, on eu recours à l'intercalation, moyen dont se servaient les juifs: ainsi l'année rédévint solaire,» y cada tres años, uno resultaba de trece meses. El otro abuso era el de transferir la santificación de cualquiera de los meses sagrados, al mes siguiente, sustitución que recibía el nombre de *el olvido* (Delaporte, Op. cit. págs. 540 y 541). Una y otra transgresión están taxativamente condenadas en el versículo ó aleya 37 de la citada Sura IX.

(1) Korán, Sura IX, aleya 36.
(2) Idem, Sura II, aleya 214.
(3) Idem, Sura IX, aleya 5.
(4) Idem, id., aleya 36, citada.

el-d'yemag, cual pronuncian en Argelia,—equivale en la semana al domingo de los cristianos, y en él «débese el muçilim..... ponerse mejorado de bestidos» en señal de alegría, para diferenciarle y enaltecerle, después de haberse purificado, conforme prescribe la *çunna,* con el *tahor,* ablución general reservada para este día y los primeros «de pasqua de Rramadán y de carneros» (Dzu-l-Hicháh), «y para hazer repintençia, y para entrar en Maca (la Mecca).»

Tal y tan grande es la importancia de este día, en el cual vino al mundo el Profeta, que, para honrarle en la forma debida, han de prepararse en él con fervorosa fe los musulmanes, limpiando á la vez el alma y el cuerpo: aquélla, haciendo propósito de enmienda en sus culpas y pecados de todo género; éste, con el *tahor* y el *guaddo*, que «son armas y guarniçiones con que el hombre se aparexa para allegarse á su Señor y criador con la obra de l'*açala* de deudo, ó boto: lo qual es serbidumbre del alma y del querpo para que lo guarde, y le alumbre para ser limpio dentro y fuera» (1).

Todo mal propósito, todo rencor, todo disgusto que un muslime tuviere con otro, deben ser desterrados desde luego en este día santo, á fin de que, purificada el alma en tal manera, limpia de la escoria vil del pecado, como ha sido *taharado* ó purificado por esta especial ablución el cuerpo, sea dable que concurra sin temor á la *alchama* (Aljama, Mezquita mayor), y levante allí, libre de toda culpa, su espíritu hasta el trono del Omnipotente. Precepto inexcusable es en este día la asistencia

(1) *Suma de los principales mandamientos y devedamientos de la ley çunna,* por «el onrrado sabidor, moftí, y alfakí del aljama de los moros de la noble y leal ciudad de Segovia D. Içа Jedih ó Gebir» (*Memorial histórico español,* tomo v, pág. 261). Perdíase el *tahor* «por seis maneras, que son éstas: por la esperma que salle á un onbre con deleyte de muger; ó durmiendo, ó espierto; la terçera por duda que tenga en ello; la quarta por incredulidad del infiel para conbertirse en la creençia; la quinta es la purgaçión de la muger; la sesta por haber parido.»

á la Aljama para cuantos no tengan verdadero y legal impedimento, siendo sólo ocho «los que no son obligados al *alchomua*», los cuales son: «el doliente que [materialmente] no puede, la mujer que no está limpia (1), el caminante que no está en poblado, el muchacho que no tiene edad, el biejo sin fuerzas, las donzellas vírgenes que no tienen edad, el que estubiere pribado de su bista, si no tiene quien le adiestre (2), y el ombre que está obligado á cumplir algún negocio de grande importançia, y le toma la hora fuera del pueblo» (3); y tal es el rigor del precepto, como para que esté de todo punto prohibido «partir al onbre para ir donde no pueda cumplir el *açala* con *alchama*, sino que baya despues del *açala* (4).

La ceremonia religiosa del viernes varía, por tanto, de la de los demás días, y en él se predica con toda solemnidad la *jotba* (5); entre los musulmanes españoles, según tradición de la *Sunna,* conservada por los mudejares de Castilla, la *açala* ú oración del *alchomúa* se celebraba del siguiente modo: «Quando el *alfaquí* (6) sube al *almimbár* (7) y toma el *aloquiz* (8) en las manos, la ora an de dezir el pergüeno con boz alta en drecho del *almimbár*, y si no dixere más de un pergüeno, pásale, y si hay en el *alchama* más de dose moradores

(1) Es decir, la parida y la que está con su purgación.

(2) «Llevar del diestro, conducir» (nota del Sr. Gayangos).

(3) *Suma de los principales mandamientos y devedamientos*, etc. (*Mem. hist. esp.*, tomo v, pág. 297).

(4) Idem (Idem, id., pág. 296).

(5) Prédica, sermón ó arenga que el *jathib* dirige al pueblo los viernes desde el *minbár*. En ella se invocaba la protección divina para el soberano reinante.

(6) «Jurisconsulto, hombre versado en el *fiqh,* ley religiosa y civil» (nota del Sr. Gayangos).

(7) Púlpito.

(8) «*Oquez* significa en arábigo *báculo, bastón*. Pedro de Alcalá, en su *Vocabulario* traduce bastón por *uuquiç*. Véase (Nota del Sr. Gayangos).

y mesquida sitiada para ello (1), a de aber *alhotba* (2) y alfaquí; y no debe aber mezquida do no ay quien aga en ella *açala* ybierno y berano, çinco *açalaes* con *alicama* y *alimém* (3) y *alhotba*. El *alhotba* a de tener tres cosas: loar ad Allá y hazer *açala* sobre el bienabenturado *annabí* (4) Muhammad, y leer *aleas* (5) del alcorán que amonesten y castiguen (6) al pueblo de lo que se sigue en aquel tiempo, de manera que lo entiendan, y pidir perdón por todos al fin della (7).

«Fué amado que en la segunda *alhotba*, después de las loaçiones ad Alláh, *taale* (8), que nombren á los de la *açihaba* (9), como caudillos y ensalçamiento de la *aluma* (10) de Mohammad, pidiendo perdón ad Alláh, *taale*; después dos *arracás* (11)

---

(1) Del contexto de la frase parece entenderse que si en la Aljama hubiere doce ó más sirvientes que vivan en ella, entre *imámes*, que dirigían la oración; *mocries*, que leían el Korán; *omanes*, que conservaban el orden en el templo; *muédzanos*, que hacían los pregones; *sadanes*, que custodiaban el templo, y *mocadenes*, que tenían á su cargo encender las lámparas y los cirios, y además la mezquita tuviere capacidad para ello, debía asistir á la *açala* del viernes el *faquíh*, y debía pronunciarse la *jotba*.

(2) Los mismo que *jotba* y *alchotba*.

(3) El *alicama* es el pregón interior, y el *Imám* quien guía en la *açala* á los concurrentes.

(4) El Profeta.

(5) «*Alea* ó *aleya* es versículo del Corán, signo, milagro. Díjose también *aya*» (nota del Sr. Gayangos).

(6) Como en toda la Edad Media, el verbo *castigar* está empleado en el sentido de *aconsejar*.

(7) Cual parece deducirse de las palabras del texto, los mudejares no pedían en la *jotba pro regê*, sin duda por no reconocer la soberanía de los monarcas cristianos.

(8) Exclamación de religioso respeto, que sigue siempre al nombre de Alláh, y significa *¡ensalzado sea!* ó *¡tan grande es!*, según el faquíh de Segovia.

(9) Los compañeros y discípulos de Mahoma.

(10) *Aluma*, *aloma* ó *alomma*, el pueblo, la grey.

(11) Incurvación, «postura de la azala, que consiste en inclinar el cuerpo para adelante hasta tocar las rodillas con la palma de las manos» (Nota del Sr. Gayangos).

públicas con su pergüeno y *alicama*, y lean en la primera *arraca* el *alhamdu ynçabihu lillehi* (1), y en la segunda *arraca, alhamdu* y *çabihizma* (2), ó lo que sepan y quieran; y quando no vbiere *alhotba* [por no haber «dose moradores y mesquida sitiada para ello»], y se adelantará alguno, hagan cuatro *arracás* secretas como en *adohar* (3) del día del *alchomúa*, que es *çunna*.

Engalanados, pues, con las mejores ropas, postergado todo negocio y prohibido «en la ora de la *açala* del *alchomúa* comprar ni bender, y toda cosa que ocupe la ora del *açala*», penetraban en la Aljama los fieles, los hombres por las puertas que les eran propias, y por las suyas las mujeres, los unos para situarse en las naves inmediatas al *mihráb* ó adoratorio, capilla donde se colocaba el *imám*, y las otras en los *macassires* ó lugares reservados, cuando el templo tenía capacidad para ello, después de hechas las abluciones legales en el patio. Cuando el templo carecía de puertas especiales, penetraban en el interior primeramente los hombres, que se colocaban en la fila delantera, dejando á la espalda los ancianos; después «los muchachos tras de los biejos, y las mugeres detrás de los muchachos, apartadas de todos los ombres», no pudiendo asistir al templo «las mugeres donzellas», si no hubiere en él lugar apartado, caso en el cual debían asistir, aunque «muy cubiertas», para que no pudiera distinguirse el rostro (4).

---

(1) *¡Alabado sea Alláh!*

(2) Abreviación de las palabras con que comienza la aleya 1.ª de la *Sura* LXXXVII del Korán: *sabbih-isma rabbika al-âli=¡Alaba el nombre de tu Señor, el Altísimo!*

(3) Oración del mediodía.

(4) En la monografía que, con el título de *Contrastes entre españoles y berberiscos*, publicó Murga (el Hach Mohamed el Bagdády) entre los *Recuerdos marroquíes del moro vizcaíno* (Bilbao, 1868), hace constar, bajo el núm. 47, que «en las mezquitas son la excepción las mujeres, y éstas, si es que se ven algunas,—dice—se colocan detrás, en los rincones más ocultos, y procuran hasta contener la respiración para que su pre-

En estas mezquitas pequeñas, disponía la *Sunna* que «no salga (del templo) ningún ombre hasta que entiendan aberse ydo todas las mugeres», á fin de impedir profanaciones y tumultos, previniendo que no se hicieran *annefílas,* ú oraciones voluntarias «después de la *alhotba* en la mezquida, ni quando dize el *alimém* el *alhotba*», tiempo en el cual no debía responder ninguno de los fieles á otro en voz alta (1).

Es en realidad el de la *açala* cuadro conmovedor, y «espectáculo verdaderamente magnífico el aspecto que presenta una mezquita en el momento en que, á la voz estentórea del Almuedano, que grita: ¡Dios es Grande!, inclinan sus cabezas hasta el suelo, repitiendo aquel grito todos los que han acudido á la oración.» «No hay nadie que, por más prevención con que mire á aquella raza,—continúa diciendo el autor á quien copiamos, testigo presencial y de abono,—no sienta en aquel acto llenársele su alma de espíritu religioso, y que no siga el ejemplo de la multitud.» «En la gran Mezquita de Fez (Chama Karuin..... caben en ella más de 20.000 almas), he visto más de una vez,—añade,—á 6 ú 8.000 personas haciendo su oración de después del medio dia, y espectáculo es éste que jamás se borrará de mi memoria» (2).

Como aconteció en España con los Califas de Córdoba, los régulos de Táifa después, y los soberanos almoravides, almo-

---

sencia no pueda turbar el fervor y recogimiento en que se supone deben estar sumidos sus dueños y señores». Otros escritores afirman que «las mujeres no son admitidas en las mezquitas, á fin de que su vista no haga olvidar á los hombres el sitio en que se hallan». «Sin embargo,—añaden—en la mayor parte de los templos, hay en una de sus extremidades tribunas con celosías, donde se colocan las que van más bien por curiosidad que por devoción, pues las que saben rezar hacen sus devociones en la casa» (D. Francisco de A. de Urrestarazu, llamado Sidi Abd-El Kader-ben-Edchilali, *Viajes por Marruecos,* pág. 172).

(1) *Suma,* etc., cap. xx *(Mem. hist. esp.,* tomo v, pág. 296 citada).

(2) Murga, *Recuerdos marroquíes del moro vizcaíno: los Renegados,* página 103.

hades y granadinos más tarde, los sultanes en Africa «se dejan ver en público» los viernes; sólo que mientras los Califas cordobeses iban á la Mezquita-Aljama desde el Palacio Califal, por medio del *sabáth* ó pasadizo que ponía en comunicación directa el Alcázar y la Mezquita, y en ella quedaban separados del pueblo por la *macssura*,—los sultanes en Marruecos se dirigen al templo con todo aparato por las calles, y «rodeados de un pueblo que acude allí en tropel, hacen la oración del *dehor* (1), que viene á ser de la una á la una y media de la tarde.» «En tal día, desde antes de esta hora hasta la del *azar* (2) (de dos y media á tres y media, según la estación), se cierran las puertas de entrada de todas las poblaciones» (3) con motivo de la festividad religiosa y la asistencia de los fieles al templo, en memoria de lo acaecido en Bugia el año 1184 de J. C. Refiérese, con efecto, que habiendo sucedido en la indicada fecha el príncipe Al-Manzor á su padre el Amir Yusuf, el viernes 6 de Xaâban penetró El-Mayorky en Bugia á la hora de la oración, y cuando todos los fieles se hallaban en la mezquita, pues *hasta entonces las puertas de las ciudades no se cerraban los viernes*. Había aquel caudillo esperado tal momento para apoderarse de la ciudad; y no hallando obstáculo alguno en las puertas, llegó al interior de ella, cercó inmediatamente la mezquita, dió muerte á cuantos pretendieron resistir, y tuvo por suya la población, en la que permaneció por espacio de siete meses. «Desde entonces,—concluye el autor de quien tomamos la noticia,—adquirieron los musulmanes la costumbre de cerrar las puertas de las ciudades los viernes, á la hora de la oración» (4).

---

(1) En España díjose *ad-dohar*, *adohar* ó *aduhar*, y es la hora y oración del medio día.

(2) *Al-assár* ó *al-açar*, la tarde hasta ponerse el sol, y la oración que se hace á dichas horas.

(3) Murga, Op. cit., pág. 91.

(4) *Rud-El-Kartás*, trad. de Beaumier (París, 1860), pág. 385. Los berberiscos, según Murga, tienen «una tradición por la que creen que los

Terminada la *açala*, y cumplido así en esta parte el precepto religioso,—para completar la santificación del día, obligado era «bisitar los pobres, biudas, güerfanos y necesitados, y darles *açadacas* (1), y tratar con ombres sabios», estando prohibido «hazer hazienda que estorbe las bisitaciones y el bestir las mejores de sus ropas, y que estorbe el renobar el *tahor,* porque es la mejor de las Páscuas y de mayor deudo (2) su *açala* y sus onrras» (3). En este día los cementerios se ofrecen llenos de animación y de vida, pues mientras los hombres concurren á ellos llevando manojos de fresco y oloroso arrayán, que depositan en las tumbas de los seres queridos, después de haber orado sobre las mismas, las mujeres acuden allí desde muy temprano, unas para visitar sus muertos, lanzando al aire frecuentes y prolongados gemidos ante los sepulcros, otras para dejarse ver y galantear, y todas, puede asegurarse, para formar cierta especie de reunión, en la cual, como en el baño, se refieren chismes, enredos y toda suerte de noticias, convirtiendo aquel lugar de eterno reposo en alegre y regocijado paseo.

Las diversas cofradías religiosas que existen en Marruecos se reunen especialmente los viernes para celebrar sus extrañas ceremonias, las cuales excitan la atención del extranjero. Un testigo de vista las describe en esta forma, haciendo principalmente alusión á las de los *Isaúa* y los *Ahmadcha*, y después de hacer constar que sus individuos son designados con el nombre de *Juan* (4): «Las prácticas y ceremonias de unas y otras [cofradías] se diferencian muy poco; cuando se reunen, lo verifican por lo regular en los patios de sus respectivas *zauyas* (5)

---

cristianos han de hacerse dueños de sus poblaciones en ese día y hora, y toman, en consecuencia, sus medidas» (Op. cit., pág. 91).

(1) Limosnas.

(2) Obligación.

(3) *Suma*, etc. *Mem. hist. esp.*, tomo v, pág. 297.

(4) Significa *hermanos.*

(5) Díjose *zaguya* en España, y equivale á monasterio ó ermita, según Gayangos.

que, por lo general, son espaciosas. Allí, al son del tamboril y de algún otro instrumento, se entregan por devoción á danzas extraordinarias, cuyo efecto es ponerse casi rabiosos ó locos; forman diferentes filas, y bien adelantando, ó bien retrocediendo, dan vueltas de una manera tan rápida, y hacen tantas contorsiones, que parece en ciertos momentos que todos sus miembros se van á dislocar. Durante este ejercicio no cesan de exhalar ahullidos, que aumentan á medida que entran en furor. Este infernal ejercicio no tarda en hacerles salir espuma de la boca, tomando sus facciones un aire feroz.

»Poseídos de una terrible rabia, comen fuego, animales venenosos, y se arrojan contra las paredes y suelo (entonces, según ellos, están poseídos de la gracia del santo), hasta que el cansancio, más fuerte que su voluntad, acaba por hacerles caer privados del sentido, permaneciendo en este estado horas enteras, sin dar ninguna señal de vida; cuando esto sucede, les cubren con su *jhaic* y les introducen en el interior de la zauya, donde á fuerza de hacerles aspirar el humo de benjuí (1), vuelven en sí.»

Tienen los *Isaúa* por patrono á *Sid-ben-Isa,* abogado contra las serpientes y animales venenosos, y se proveen de reptiles de todas clases, que exhiben públicamente al son de largas flautas y tamboriles, haciéndoles ejecutar diversos juegos, que producen el asombro entre los circunstantes; los *Ahmadcha* reconocen el patronato de *Sidi Ahmed,* y á más de las danzas, á que tan afectos son los *Isaúa*, y en Turquía ejecutan los famosos *derviches tourneurs*, «procuran aplicarse fuertes porrazos en la cabeza, ó darse de cabezadas contra las paredes», causando repugnancia y horror «aquellos fanáticos poseídos de la *gracia d el santo*, con los ojos inyectados en sangre

(1) «Este sahumerio, según los musulmanes, tiene la virtud de ahuyentar á los *schitana (xaythanes)*, demonios, y es empleado en todas sus ceremonias religiosas.»

echando espuma por la boca, ensangrentados y con la ropa desgarrada» (1).

Fuera de este día santificado, que escogen por lo mismo los turcos para celebrar sus bodas, como de buen augurio, y tiene entre los mequinenses solemnidades especiales (2),—el primer mes del calendario islamita, que es el mes sagrado de Moharrám y tenía entre los árabes anteriores á Mahoma nombre de *Mutmér*, ofrece dos fiestas solemnes en los treinta días de que consta: el *ras-ul-âam*, ó cabeza del año, que principia en el momento en que es distinguida la luna nueva, y el *âid-il-âxúr*, ó fiesta del décimo. Respecto de la primera, decía cierto poeta anónimo morisco del siglo XVII, en un poema aljamiado que trata de las doce lunas del año, y de «los días que traen dayuno», que duraba esta fiesta siete días, ayunándose en to-

(1) Urrestarazu, *Viajes por Marruecos*, pág. 200 y siguientes, añadiendo: «Algunos miembros de esta secta recorren también los pueblos con la cabeza descubierta, llevando al hombro unas hachitas, *schakor*, de mango largo, y además unas porras claveteadas y algunas balas de hierro sujetas con una cadena. La especialidad de estos hombres consiste en herirse el cráneo con dichas armas..... Los judíos y europeos procuran alejarse de los sitios por donde ha de pasar la procesión, para evitar el ser maltratados. Cuando alguna vez cogen á un judío en el camino, lo dejan muy malparado; por eso, generalmente, tan pronto como oyen las notas de aquella rara música, huyen llenos de miedo á encerrarse en sus casas.» Puede verse también lo que escribe D. Antonio de San Martín en *La ciudad del sueño, viaje al interior de Marruecos*, pág. 108 y siguientes; la obra de Couring, *Marruecos, el país y los habitantes*, pág. 231 de la traducción española, y en general cuantos libros hablan de Marruecos, pues todos se esmeran en pintar estas costumbres religiosas que excitan la curiosidad del europeo, según dejamos arriba consignado.

(2) Refiere Ibn-Bathuthâh que los viernes tienen los mequinenses la costumbre de colocar el *minbár* ó púlpito frente al costado de la Caâba, que está entre la piedra negra y el ángulo del Irác, de suerte que el *jathib*, ó predicador tenga el rostro vuelto hacia la noble estación. Cuando sale éste, va enteramente vestido de negro, con turbante y un velo de muselina (*thaylesán*), también negros; camina entre dos estandartes de este color, que llevan dos almuédanos, y va precedido por uno de los administrado-

dos ellos, aunque después sólo se ha prolongado el ayuno á los tres días primeros del mes (1):

«El primero de esta luna
Es día del anno nuevo;
Y es pascua, segun apruebo,
Primera, sin duda alguna.
.....
Desta luna dia tercero (2)
Es día de gran dayuno,
Y es de siete días el uno
Del anno, cierto os requiero.
.....
Este día, cuando oyó (3)
El Señor á Zacarías
Aquello que muchos días
Con humildad suplicó.
.....

---

res del templo, el cual lleva en la mano el *farcaâ*, especie de bastón en cuyo extremo hay una pequeña correa retorcida, que agita en el aire y produce un ruido agudo que oyen los que se hallan dentro y fuera del templo, y da la señal de la salida del *jathib*, quien llega así cerca del *minbár*, besa la piedra negra, hace oración, y después sube al púlpito precedido por el almuédano de Zemzém, que es el jefe de los almuédanos en la Caâba, y que va también vestido de negro, llevando al hombro una espada. Los estandartes son colocados á los lados del púlpito, y á medida que el *jathib* sube los escalones de él, va el almuédano golpeando con la espada en ellos para llamar la atención de los fieles, hasta llegar al último escalón, sentándose después, y haciendo el *izdán* los almuédanos desde lo alto de la cobba de Zemzém, con lo que el *jathib* da principio á su sermón; terminado el cual se retira con igual acompañamiento (*Voyages*, trad. de Defremery y Sanguinetti, t. I, pág. 376 y siguiente).

(1) Ali Bey el Abbasi (D. Domingo Badía), *Viajes por Africa y Asia*, t. I, pág. 149.

(2) El original dice:

Desta luna tercer día,

pero debe ser yerro, pues no lo consiente la rima.

(3) El original dice:

Este día fué cuando cayó;

pero no lo permite el metro.

Sus culpas le perdonó
Con aumento de salud,
Y ved en la senitud
Que tal hijo [Alláh] le dió (1).»

Durante estos días, que son celebrados con ayunos y oraciones frecuentes, los fieles se saludan unos á otros cuando se encuentran en la calle, diciéndose mutuamente: *Mabruk-ul-âam ¡buen año! ¡feliz año!*, según es también costumbre entre nosotros. Consagrado el mes en general á las ofrendas en acción de gracias á Alláh, el *âid-il-âxúr* conmemora el día décimo, en el cual eran las dichas ofrendas presentadas en el templo de la Mecca para el sacrificio, pues consistían aquéllas en ovejas, de cuyo cuello suspendían guirnaldas de flores. El morisco á quien arriba aludimos, escribe á propósito de esta solemnidad y de la santidad de *yaúm axoráa*, que ha dado origen á que en Africa sea vulgarmente apellidado el mes *el-âxúr, el del décimo:*

«Entra Pascua de *Atansih*:
Es desta luna el noveno,
Y el deceno y el onceno;
No tiene más, días tres.
Sabed, quier no lo sabeis,
Que el deceno es dia *d'haxor*;
Dia de más gualardon
Que en todo el año hallareis.
Este día se da lugar
Para quien no lo ha sopido;
Aunque haya una vez comido,
Pare, y póngase á ayunar.
.....
Alláh en este día crió
Muchas cosas priminentes:
Las más nobles y ecelentes
En él las santificó.

(1) No consta en la copia que poseemos, y que procede de nuestro señor Padre, el lugar donde se conserva el original de este curioso poema, llegado incompleto á nuestros días; la copia es de puño y letra de dicho señor, y no todos los nombres arábigos parecen bien reproducidos.

Dia de *haxura jalekó* (1)
El *alharschi* y *alkorsí* (2)
Y los cielos; para allí
Los *almalaques* (3) formó.
En este muy santo día
Crió la luna y estrellas,
Y el sol, medalla más bella
Que imaginarse podría.
.....
La luna también fue criada,
Y el agua, y mar, y tïerra,
Con quanto en ella se encierra,
De arboledas abastada.
.....
En este día fue criado
Edam, nuestro primer padre,
También Hagua, nuestra madre,
Y *Driz* fue al cielo levado.
De aquel fuego fue librado
Ibrehim de Nambrod,
Y aquel muy paciente Job
Fue de la llaga librado... etc.»

Según el referido morisco, en este día fue elegido «en el reino» Salomón (Suleimán), y entre otros muchos acontecimientos que menudamente y con marcada complacencia enumera, en él creó Alláh el *alhanna* (*al-channa*, los jardines del Paraíso); subió al cielo Isaías; fue Yusúf (José) sacado de la cisterna en que le abandonaron sus hermanos; se arrepintió Adam de su pecado; salió Yunes (Jonás) del vientre de la ballena, y Muza (Moisés) escribió en el Sinaí por mandado de Alláh las tablas de la ley, concluyendo lo relativo á este día deceno de Moharrám, con las siguientes prevenciones:

«Todo hombre tenga cuidado
Este día dayunar,
Y su cuerpo alimpïar;

(1) Crió.
(2) *Al-ârxe*, el trono de Alláh; *al-korsí*, el sitial de Alláh.
(3) Los ángeles.

Será su error perdonado.
Y si él diere á comer
Al pobre que sea creyente,
Su mérito es tan patente,
No se puede encarecer.
Es tanto como proveer
Y dar á comer en soma
A los pobres del *al'oma* (1)
De Mohámmad, pues, creer.
Y todo sabio varón
Este día debe honrar:
Si puede, *atsadaka* (2) dar,
Sino dayun y oración.
Y con limpio corazón
Perdone á quien le ha ofendido,
Si quiere sea recibido
Su bien obrar y entinción.»

Quizás por haberse perdido la memoria de las ofrendas á que expresamente alude la aleya ó versículo 2 de la Sura v del Korán, así como la de todas las cosas que acaecieron en este día, conforme la relación citada, no falta, sin embargo, quien suponga que esta fiestad el *yaúm âxoráa* «consagra el aniversario de la muerte de Sidi Hasán y de Sidi Hosain, hijos del Califa Aly Abú-Taléb, yerno del Profeta, fallecidos ambos el día 10 del mes de Moharrám, asegurándose también que en este día fueron salvados del naufragio diez compañeros (*soháb*) del enviado de Alláh» (3), acontecimientos uno y otro de ninguna trascendencia en la ley musulmana, pero que acaso hayan sido asociados por la piedad de los fieles á aquellos otros que quedan ya referidos.

Hasta el tercer mes del año, Rabiê-al-agual, *Rabiâ-el-úuel*, como en Africa dicen, ó *Rabiha lewel*, según escribe el morisco

(1) Véase la nota 10 de la pág. 67.

(2) *Assadaca:* es lo mismo que *açadaca*, limosna.

(3) El general E. Daumas: *La vie arabe et la société musulmane* (París, 1869) pág. 409.

citado, no hay para los muslimes otras fiestas que las periódicas del viernes, transcurriendo de esta manera los 29 días de Safar, *ó mes de la partida,* de tal suerte llamado porque en él acostumbraban los árabes á partir para la guerra (1). Rabiê-al-aguál si bien no figura entre los meses sagrados, no deja por ello de tener notable siguificación religiosa, pues en la noche del onceno al décimo segundo de sus días, que es noche bendita, quiso Alláh que, para salvar el mundo, naciera el Profeta, acontecimiento sobrenatural y divino, que debe ser hasta la consumación de los siglos conmemorado por los musulmanes, pues ha sido para ellos el testimonio más expresivo de la predilección de Alláh, y de la omnipotencia del creador de tantas maravillas.

Con efecto: en aquella noche del onceno al dozavo día del mes de Rabiê-al-aguál, ó de *Jauán,* según el calendario anteislámico, vino al mundo Mahoma ya circuncidado, y sin estar sujeto por el cordón umbilical: como para anunciar su nacimiento, sobrenatural resplandor brilló en los cielos, y á su luz quedaron un momento iluminadas las ciudades, las aldeas, los alcázares y las plazas públicas de la Siria; los demonios y los malos genios fueron precipitados al abismo desde las estrellas y los signos del zodiaco, donde habían pretendido ocultarse, á fin de espiar desde allí lo que ocurría en el cielo, y para escuchar cuanto en su descuido hablasen los ángeles; el fuego sagrado, mantenido entre los persas por los magos, y que desde los días de Zoroastro había sin interrupción ardido por espacio de mil años, se extinguió por sí mismo de repente; el lago de Sawa, que perteneció á la tribu de los Beni-Hamdam, y tenía de longitud y de latitud más de seis parasangas (2),

(1) El morisco autor del poema de que hemos utilizado parte, dice:

«Almoharrám ya complido,
Entra la luna de Tsafar,
Y en ella para dayunar
No habia dia establecido.»

(2) Equivale á 30 estadios de 25 pasos cada parasanga.

quedó de tal manera en seco, que en él fue luego construída una población, llamada todavía hoy con el nombre del lago; el mundo entero se conmovió en sus cimientos, tembló la tierra, y el palacio maravilloso de Cosroes, en Ctesifón, quedó destruído, viniendo al suelo catorce de las veintidós torres que le rodeaban y defendían; y por último, y al propio tiempo, no bien salido del claustro materno, el recién nacido se arrodillaba con ademán fervoroso, y doblando los dedos de ambas manos, á excepción del índice de cada una que mantuvo derechos, volvía la vista al cielo, y con voz clara y distinta exclamaba:

—*La iláh ila Alláh ¡Inna rasul-ul-Láh! No hay otro dios que Alláh!* (1) *¡Ciertamente yo soy el enviado de Alláh!*

Los musulmanes de África, por lo menos, designan el mes con el nombre de la fiesta solemne que le santifica, apellidándole *el-maulúd*, sencillamente, y dan título de *Pascua de An-Nabí* ó del Profeta, á ésta que celebran, y que en rigor puede y debe ser así considerada, supuesta su importancia: los festejos duran hasta el día 19, para conmemorar los siete días siguientes al parto de Amina, los cuales terminaron con el banquete con que Abd-ul-Mottalib, el abuelo de Mahoma, obsequió á causa del nacimiento del elegido de Alláh, á los principales personajes de la tribu de Koraïx, á que pertenecía. Durante estos siete días memorados, los fieles se esmeran en el aderezo de su persona, visten los trajes más ricos y lujosos que poseen, mantienen constantemente encendidos en el interior de sus casas, y con arreglo á los medios de que cada uno dispone, cierto número de cirios ó candelas, é iluminan de igual modo las escuelas públicas, con grande algazara de los muchachos; frecuentan las mezquitas, también convenientemente iluminadas con cirios, coronas de luz y vasos de colores, asistiendo en cada corte musulmana á la Mayor (Alja-

(1) El dios por excelencia, es decir, el único Dios.

ma) el jefe soberano (1); quedan olvidadas las faenas todas de cualquier clase que sean, *corren la pólvora* en Marruecos, y unos á otros se hacen mutuos presentes y regalos, que, por lo general, consisten en cierta especie de tortas, amasadas con miel y manteca, más ó menos rancia, pero indispensablemente perfumadas con esencia de rosa, y suelen reunirse finalmente las familias para celebrar el séptimo y último día de la Pascua con un banquete, afirmando Ali Bey el Abbasí que «en esta época se circuncidan los niños comunmente» (2).

Ni en el mes de Rabiê segunda, que es el cuarto, ni en los de Chumada primera y Chumada segunda, que á aquel suceden, hay otra fiesta que la de los viernes (3), siendo el siguiente de Récheb el mes que se dijo *Assám* antes de Mahoma, el cual consta de treinta días, y es el señalado para salir del Mogréb la caravana religiosa que anualmente lleva á la Mecca los peregrinos. Llámanle también *xahr-ul-Láh-il-Assám,* ó *mes*

---

(1) La fiesta del *Maulúd* ó de la natividad del Profeta, asiste el Sultán de Turquía á la mezquita del Sultán Ahmed, y durante la pascua, el *Nakib-ul-exraf,* ó jefe de los xerifes, permanece en dicha mezquita colocado bajo una tienda verde, levantada á la derecha del kibláh y al lado del Sultán (Ubicini, *La Turquía actuelle,* París, 1855, pág. 259).

(2) *Viajes,* tom. I, pág. 149. El morisco citado escribe:

«Tras *Tsafar* tené entendido
Que entra *Rabiha-el-lawal,*
Doceno y treceno.....
Pascua es del esclarecido.
Que es la pascua de *annabí*
Los nombrados de esta luna,
Y el doceno quien lo ayuna
Mucho gana para sí.
Su gualardón colegí
Que es mucho sin declararlo,
Y aquél que pueda ganarlo
Tome, pues le aviso aquí.»

(3) Complido *Rabiha lewel*
Entra empués *Rabiha alhar*;
Día que han de ayunar,
No se halla cierto en él.
.....

de Alláh, el-Assám, que es el nombre antiguo; y en la cuarta de sus noches, denominada en Argel *lail-el g'riveh*, es celebrada la concepción del Profeta con ayunos y fiestas religiosas de gran solemnidad, que se reproducen en la del día 27 para conmemorar el viaje milagroso hecho por Mahoma á Jerusalem desde la Mecca, y su ascensión al séptimo cielo, fiesta que recibe nombre de *lail-el-mig'rad'ya* entre los argelinos por lo menos (1).

(1) Malo de Molina, *Viaje á la Argelia*, pág. 196. Delaporte expresa que «on pense que cette ascension eut lieu la vingtième nuit du septième mois appelé Redjeb» (*Vie de Mahomet*, pág. 165). Ali Bey (tomo I, página 150) manifiesta sólo: «el primer jueves, y el día 27 del mes de Arjab, están consagrados al ayuno.» Por su parte el autor del poema aljamiado, dice de este mes:

«Entrás (detras) *Jumedel aljar*,
Entra *Rachab* el mejor,
Porque este es mes del Señor,
Digno de nunca olvidar.
Y débese dayunar
Desta luna el tercer día,
Que es de los siete que había
Del anno, podéis pensar.
Y aquél que este día tomase
De ayunar con devoción,
Es como su gualardón
Que diez annos dayunase.
.....„
Todo lo profetizado
Este día se cumplirá;
Que el mensajero de Alláh
Este día fue enviado.
Y en un punto fue criado
De grande consolación;
Vino la revelación
Por *Gibril* (Gabriel) el albriciado.
En este mes perdonó
Alláh á sus *annabíes* (profetas)
Fueron preciosos rubíes
Con que el mundo enriqueció.
El moslin que dayunó
Este mes perfetamente,
El Señor Onipotente
Tres gracias le concedió.
Perdónale en la primera

Cuentan los biógrafos del Profeta, poniendo la relación en boca de éste, que habiéndose dormido una noche entre las dos colinas de Safa y Merúa, fue de repente despertado por la presencia del ángel Gabriel, quien haciéndole levantar, le expresó la necesidad de visitar aquella noche á Dios, y le hizo montar sobre la yegua Al-Borac, que despedía grandes resplandores. Esta yegua «es mayor que un asno y más pequeña que un mulo; es blanca, tiene rostro humano, con las quijadas tan

---

Los pecados que en sí abunda;
Confírmale en la segunda
Su creencia verdadera,
  Y en el bien lo persevera;
Y en la tercera le da
Que la sed la quitará
En el juicio que espera.
  Y que así al fin de este mes
Que hay un día de los siete
En donde Alláh nos promete
El gualardón que direis.
  El ventiseteno es;
Aquél que este día ayunase
Es como que rescatase
Cativos moslimes tres.
  Y como si va *alhichar* (peregrinación)
A Casa Santa de Maca
Y esta *alfatsila* (virtud) y albaraka (dicha),
Puede en este día gozar.
  Y con solo dayunar
Su mérito es tan jocundo,
Treinta días del otro mundo
Su gualardón alcanzar.

Los habitantes de la Mecca, según Ibn-Bathutháh, hacen en este mes la *visita santa* ó *sagrada* con inusitada pompa, consagrando el mes entero á las obras piadosas, especialmente el día primero, el décimoquinto y el vigésimoséptimo. Llevan literas cubiertas de telas de seda ó de tejidos finos, con los camellos adornados, con collares de sedas de colores, y se reunen en *Tanîm,* donde encienden hogueras por la noche á los lados del camino. Luego se hace la visita á la Caâba, van á Safa y Merúa, y se ilumina el santo templo con profusión de luces; esta visisa se llama el *ômra de la Colina.* Ibn-Bathutháh cuenta el origen de tal ceremonia y da otras noticias curiosas (*Voyages*, I, 382).

largas como las de un caballo; la crin de perlas finas, alternando con margaritas y jacintos, y bordada de luz; las orejas de esmeraldas; los ojos son dos jacintos, brillantes como las estrellas del cielo, y lanzan rayos tan vivos y penetrantes como los del sol; la sien derecha está formada de un tejido de perlas, y la izquierda de placas de oro; lleva el cuello, los pechos y el lomo incrustados de piedras preciosas, resplandecientes cual estrellas; la cola, que es larga, está trenzada con esmeraldas, y tiene dos alas grandes como las del águila, entretejidas con perlas finas, esmaltadas, sembradas de piedras preciosas y bordadas de luz, sirviéndose de ellas para volar de igual manera que las aves; despide su cuerpo delicioso olor de azafrán y de musgo, posee alma de condición semejante á la de los séres humanos, y oye y comprende cuanto se le dice, aunque carece de facultad para responder ó preguntar cosa alguna» (1).

Sobre tan extraña cabalgadura, á la cual permitió Dios por un momento respondiese al ángel Gabriel en el acto de ir á montar en ella Mahoma, franqueó éste, hendiendo los aires, las montañas de la Mecca, se detuvo en el Sinaí, donde hizo oración, en Betlén, lugar del nacimiento de Isa (Jesús), donde oró también juntamente con el ángel, y así continuaron su viaje, cuando oyó el Profeta una voz que gritaba á su derecha:

—¡Oh Ahmed! ¡Detente un momento! ¡Espera que te hable! ¡Yo soy entre todas las criaturas la más devota para tí!

«Pero Al-Borac—dice Mahoma—pasó adelante, y no me detuve, porque no dependía de mi voluntad suspender su carrera, sino sólo de Alláh, Omnipotente y glorioso. Un poco más lejos, á mi izquierda, otra voz me hizo la misma invitación, y tampoco me fue dado responder ni detenerme, avanzando siempre, como plugo á Alláh conducirnos, cuando se presentó delante de mí una doncella de extremada belleza, cu-

(1) Delaporte, Op. cit. págs. 176 y 177.

bierta con todas las galas y adornos que puede proporcionar el mundo entero, y cuya cabellera estaba admirablemente trenzada.

—»¡Oh Ahmed!—gritó tendiendo hacia mí una de sus manos.—Detente un instante conmigo! ¡Yo soy entre todas las criaturas la que más te ama!

»Entonces Al-Borac duplicó la velocidad de su carrera, á través de la cual llegó hasta mí el eco de un ruido lúgubre que me espantó de tal suerte como para que mi corazón fuera presa del terror más profundo.

»Llegamos por fin á Jerusalem, donde eché pie á tierra; y arrendando á Al-Borac á una de las anillas en las cuales acostumbraron á arrendarla los profetas que habían cabalgado en ella antes que yo, entré en la Casa Santa, donde hallé reunidos todos aquellos á quienes desde la creación del mundo había sido concedido el don de profecía. Vinieron á mi encuentro, me cedieron el lugar de preferencia, y oré al lado suyo; al colocarme en el sitio preferente, no pretendía usar de mi derecho de supremacía, porque habría sido en mí censurable afectar superioridad entre mis hermanos, sino que procedí en virtud de orden expresa de Gabriel, quien la había recibido de Alláh, mi dueño glorioso y Omnipotente.

»Aquí Gabriel me explicó todo cuanto había excitado mi admiración durante el viaje.

—«Sabe—me dijo—que la primera voz que resonó á tu derecha era la de un judío, quien te invitaba al judaismo, y que si tú le hubieses respondido, tu pueblo se habría convertido contigo á la ley mosáica hasta el día de la resurrección. La segunda voz era la de un cristiano, y si la hubieras prestado atención, tu pueblo habría contigo abrazado el cristianismo hasta el fin de los siglos. En cuanto á la mujer que se ha presentado á tí con todo el brillo de su hermosura y de su atavío, aquella mujer era el mundo, con todos sus atractivos y tentaciones, y si hubieses cedido á ellos, tu pueblo habría preferido las vanas alegrías del mundo á la dicha eterna, y entregado á

los placeres mundanales hubiera sido arrojado en las llamas del infierno!

—»¡Alabado y glorificado sea Alláh!—grité yo.—Pero dime, ¿qué ruído lúgubre fue aquel que me produjo tanto terror?

—»Aquel ruído—prosiguió Gabriel—es el de la piedra que Alláh ha arrojado desde el borde del *chahanem* (infierno), y que hace setenta mil años que rueda en el vacío, no habiendo llegado al fondo del abismo hasta el instante en que tú has oido aquella especie de lamento.

»Después me tomó Gabriel de la mano y me condujo al sitio donde se halla la piedra de Jacob, sobre la cual Suleymán (Salomón) construyó en otro tiempo la Casa Santa; á la derecha de aquella piedra estaba sentado un anciano venerable, en cuya augusta faz resplandecía incomparable hermosura, pues sus mejillas tenían el brillo del vermellón, y perfumaban su cabeza las esencias más exquisitas.

—»¡Oh Ahmed!—exclamó al verme.—Ven, ven al lado mío. Es preciso que te hable.

»Me adelanté hacia él y me abrazó repetidas veces; y como yo dudase de si tan respetable personaje pertenecía á la naturaleza humana, ó si era uno de los habitantes del cielo, volvíme hacia Gabriel, y le pregunté quién era aquel anciano.

—»Es—me contestó—el genio del Islám, esto es, de la religión de Alláh, el Alto, según la cual las gentes de tu pueblo deben ser fieles creyentes, porque si viven en la fe serán reunidos al lado de Alláh, el Omnipotente, y entrarán en el Paraíso.

»Terminada la entrevista, Gabriel volvió á la Casa Santa, y yo seguí sus pasos, presentándose entonces á mí un hombre que llevaba tres vasos en las manos, de los cuales el primero contenía agua, leche el segundo, y el tercero vino. Al mismo tiempo resonó en mis oidos una voz que decía:

—»¡Si Mahoma bebe el agua será sumergido juntamente con su pueblo; si bebe la leche, serán guiados él y su pueblo por el camino derecho hasta el día de la resurrección; si bebe el vino, él y los suyos serán arrojados al fuego eterno!

—»¡Oh, mi querido Gabriel!—exclamé profundamente conmovido.—¡Permíteme que vuelva á beber del vaso de la leche! ¡Es preciso que humedezca de nuevo en él mis labios y que agote cuanto contiene!

—»Guárdate de ello, ¡oh Mahoma!—respondió el ángel.—Ya no es tiempo; estaba escrito en el libro, y la caña *(calám)* que escribía se ha secado después de lo que acaba de ocurrir.

»De tal sitio me condujo mi guía otra vez á la piedra de Jacob; y cuando estuve dispuesto á subir sobre ella, encontré allí levantada ya una escala que llegaba hasta el cielo, y de la cual sólo se veían escalones de oro, de plata, de perlas, de jacintos verdes y rojos. Era aquel el lugar mismo en que había descansado la escala por la cual Jacob vió en su sueño subir y bajar los ángeles; y Gabriel, apretándome contra su pecho, y cubriéndome con sus alas, me elevó hasta lo alto para continuar hasta el cielo» (1).

No puede negarse que, enmedio de las extravagancias y de los dislates en ella acumulados, la relación del misterioso viaje á Jerusalem, y la de la ascensión de Mahoma al séptimo cielo, despiertan viva y no injustificada curiosidad entre nosotros los infieles, como excitan la piadosa credulidad de los muslimes, cuyos sabios y doctores han suscitado graves y largas controversias respecto á la cuestión substancial de si el Profeta verificó ambas excursiones corporalmente ó las realizó en espíritu. La opinión de los que sustentan que corporalmente estuvo Mahoma en una y otra parte, en la forma que la tradición ha conservado, es, sin embargo, la que ha prevalecido, de acuerdo con el autorizado testimonio de Abú-Horaïra, amigo íntimo del Profeta, y uno de los seis autores de tradiciones auténticas, quien declara formalmente haber recibido la relación de los labios mismos de Mahoma.

La extensión y la minuciosidad de la que refiere la estupenda y milagrosa ascensión nocturna, prodigio de fantasías

(1) Delaporte, Op. cit., págs. 175 á 182.

que, según los tiempos y aun los países, varía de accidentes, si bien siempre y substancialmente es la misma, impide la reproduzcamos en este sitio, convencidos como estamos de que cualquier extracto de ella ha de hacerla desmerecer, no siendo, por otra parte, difícil encontrarla en los libros que de Mahoma y de las cosas de los mahometanos tratan, pues ha sido publicada varias veces.

Prescindiendo, pues, de ella, y pasando al octavo mes, que es el de Xaâban, ha de observarse que consta sólo de 29 días, y que si en el primitivo calendario lunar arábigo tuvo nombre de *Adil,* considerado cual mes de la savia, conservó el apelativo con que es designado, tomándole del año solar antiguo (1). Dícenle también *xahr-ul-Lah-il-moâthim,* ó *mes de Alláh, el engrandecido;* é interrumpiendo la monotonía de su carrera, celébrase la décimaquinta de sus noches, en la cual los fieles concurren al templo, pasándola en oración, para ayunar después el día siguiente 16, formas una y otra en que conmemoran la elección del Profeta, por lo que recibe la noche referida título de *lail-el-barat,* en la Argelia (2). En la Mecca celebran

(1) Malo de Molina: Op. et loc. cits. Véase también el artículo *El Almanaque,* publicada por el mismo autor en el *Histórico-cronológico-universal para el año de 1858,* pág. 12.

(2) «De *Xahaben* el quinceno
Es un día muy ecelente,
Que el Señor Onipotente
De *alfatsila* lo hizo lleno.
.....
Este día en *Chahannama* (Chahanem, el infierno)
Se cierran todas las puertas,
Y están muy claras y abiertas
Todas las del *alhanna* (el paraíso).
.....
En la noche de mediar
Esta luna *Xahabén,*
Si se gana y hace bien,
No se puede numerar.
Su gualardón subirá
En tal estado y manera,
Que no yerra la carrera
Del *alhanna* prencipal.»

con obras piadosas, procesiones en torno de la Caâba, oraciones é iluminaciones en el templo la noche del 14 al 15 de este mes, según refiere Ibn-Bathutháh (1).

Ramadhán es el mes siguiente, noveno del calendario, apellidado *Naatil* entre los árabes anteriores á Mahoma, y el *mes bendito de Alláh (xahr-ul-Láh-il-mobarak);* tiene 30 días, y singular y altísima representación entre los musulmanes, á causa de haber sido especialmente consagrado por el mismo Profeta. El *Libro Santo,* aquel libro sapientísimo, dictado por Alláh, y revelado á Mahoma por el arcángel Gabriel para servir de guía y dirección á las criaturas, como explicación clara y demostración evidente de la verdadera religión, y como distinción entre el bien y el mal, descendió de los cielos en la luna de Ramadhán, que es por ello bendita y reverenciada de los mahometanos.

Es tan grande, es tan solemne esta luna, que, encareciéndola y ponderándola, no tanto como se merece, decía de ella el morisco Mohámmad Rabadán en su libro poético de las doce lunas del año, citado por Gayangos:

«Romadhán la engrandecida,
De las doce la novena.
¡Secretos grandes de Alláh,
Que no fuese la primera!
»¿Quién podrá ¡ó muçilimes!
Desta luna daros cuenta,
Siquiere el menor simile?
¿Tener juntas y completas
La plática de Alhaçán,
De Cabualahbar la ciencia,
El decir de Catredata,
De Algazel la eloqüencia,
De Benarabí el discurso,
Los símiles de Avicena,
De Omar Bei el buen estilo,
De Almoraví la sentencia,

(1) *Voyages*, I, pág. 388.

De Aben Ruiz el ingenio,
Y junto con todas éstas,
La gracia y sabiduría
De Zuleiman, y escribiera
Con el *alcalam* de Uzmén,
Su consejo y su prudencia,
Que dó prudencia no asiste
No sirve verdad entera?» (1).

Procurando enaltecerla, enumeraba por su parte el desconocido autor morisco, antes citado, las virtudes de esta luna, haciendo constar, con efecto, que

«Los profetas enviados
Y *annabíes* del Señor,
Este mes, con grande honor,
Vivieron muy recatados;
Pues les fueron revelados
Los milagros ecelentes
Que el Hacedor de las gentes
Obró en él con sus amados.
Alláh *Tahala* (2) perdona
Al que este mes dayunase,
Y de todo mal se apartase
Como nuestro *aldín* (3) pregona,
Y afligiere su persona
Con dayuno y oración:
Dále Alláh buen gualardón
Y en el *aljanna* (4) corona.»

«La luna de Ramadhán—dice Mahoma, después de consignar, cual queda notado, que en ella descendió el *Korán* de los cielos,—es el tiempo destinado al ayuno.» «Tan pronto como sea esta luna advertida por quienquiera que fuere, se dispondrá á ayunar inmediatamente» (5). Y tantas y tan grandes son

(1) Gayangos, *Memorial histórico español*, t. v, págs. 303 y 304, nota.
(2) Véase la nota 8 de la pág. 67.
(3) La ley religiosa, la religión.
(4) Lo mismo que *alhanna*: los jardines del paraíso.
(5) Korán, Sura II, aleya 181.

sus excelencias, que no podemos resistir el deseo de reproducir en este sitio cuanto en orden á las mismas decía el morisco anónimo, seguros de que habrá de complacer á los lectores:

«Hablando Alláh á el *nnabí* (1).
Mohámmad, su mensajero,
Le reveló por entero
Y declaró, y dixo ansí:
—«Mohámmad, sea sobre tí
»De *Aramalden* (2) ayunar,
»Y á tu *alomma* lo mandar
»Lo hagan por amor de mí.
»Porque por ello serán
»Perdonados sus pecados,
»Y también serán librados
»Del fuego de *Balnazán*.
.....
»Mohámmad, si establecí
»Este mes á tí y tu *alomma*,
»Su *alfatsila* es mayor somma
»Que arenas hay ante mí.
»Su primer día descendí
»Con mi poder inefable
»Sobre mi *alharsi* estimable
»Y relumbrante *alcorsí*.
»El segundo descendió
»Mi piedad sobre tí,
»Y el tercero á Edam dí,
»Por do su error conosció.
»El cuarto se repintió
»*Dewod* (3) sin le dar castigo;
»También *Ibreim* (4), mi amigo,
»En el quinto día nació.
»En el sexto á *Sulaymén* (5)
»Volví á su reino cumplido (6);

(1) El Profeta.
(2) Probablemente *harám ad-din*.
(3) David.
(4) Abraham.
(5) Salomón.
(6) Alude á la estratagema por la cual los malos genios lograron desposeer á Salomón de su trono, apoderándose de su anillo.

»Fué el séptimo día nacido
»Yusuph (1) (*aleihi-il-ssalem*) (2).
»Torné la vista también
»A *Yahacub* (3), que nada vía;
»Nació *Isa* (4) el noven día,
»Aquel hijo de Mariém.
»El décimo descubrí
»Sobre Ayub su gran fortuna:
»La mar, sin duda ninguna,
»Por librar á d'Ayub la abrí.
»Nasçió porque lo quiso ansí
»*Mariam* (5) en el día doceno:
»Ropas á *Herón* (6), el bueno,
»De la *aljanna* le vestí.
»El catorceno á *Yahyé* (7)
»Dí ciencia en su corazón;
»A *Edrís*, santo varón,
»En lugar alto lo alcé.
»Nació *Yunés* (8) y quité
»La pena de aquella gente (9),
«Y á Yusuph, el obidiente,
»Con su hermano lo ajunté.
»Dí á Ismail que hallase
»Aquel pozo de Zamzám (10):
»Dí á *Jawa* é *Edám* (11)
»El *aljanna* que morase.
»Envié á tí, que te esforzasen,
«Mis *almalakes* del cielo,
»Do la pelea sin recelo
»Venciste aquel día de padre (*sic*).

(1) José.
(2) *¡Bendición sobre él!*
(3) Jacob.
(4) Jesús.
(5) La Virgen María.
(6) Aarón.
(7) San Juan.
(8) Jonás.
(9) Alude á la conversión de las gentes de Antioquía, lograda por la intervención de Jonás.
(10) El pozo de Zemzém, en la Mecca, del cual hablaremos adelante.
(11) Eva y Adán.

»A vinte dos fué dado
»*Dewod-el-azabor*,
»Y nació con mi favor
»*Suleymén*, el deseado.
»A *Isa* fué consolado
»Con la misa (1) que le dió
»Del cielo, cuando lo vió
»Con sus discíplos juntado.
»Y el *ataura* (2) envié
»A *Musa* (3) á los vinte cinco,
»Después con amor propinco
»En mon *Torisine* (4) hablé.
»La noche siguiente fué
»Que el *Alkorén* de verdad
»Envié á tí, Mohammád,
»Y á los de tu *alomma* fé.
»De noches aventajadas,
»Esta es la más prencipal:
»En el año no hay su igual,
»Aunque hay muchas señaladas.
.....
»El vinti seteno fué
»Quando echó su maldición
»Sobre el malvado *Firhón* (5)
»Y á él y á su gente ahogó.
»El último día envió
»Su pïadad y perdón
»Sobre la humana nación,
»Que con su poder crió.
»Todo bueno es obligado
»Todo este mes dayunar:
»Percure con vista entrar
»De luna que es asonado.
»Conviene entrar armado

(1) Parece aludir á la misión de Jesús.
(2) La *Tora*, ó ley de los judíos.
(3) Moisés.
(4) Sinaí.
(5) Faraón.

»El que dayuna de *alttahór* (1):
»Sirviendo á tan buen Señor
»Limpio vaya al Criador (*sic*).
»Y ya relatados son
»Todos los días deste mes;
»Su noche postrera es
»De la santificación.
»De hacer hay obligación
»En ella un *atsalá* (2),
»Que cualquiera que lo hará,
»Es más purificación.
»El *atsalá* de despedición
»Se llama ó despedimiento;
»Y pues Alláh lo dejó
»Cumplid el su mandamiento.»

Si, pues, tan grande es la santificación de esta luna, consagrada especialmente toda ella al ayuno, fácil es de comprender cómo, enmedio del singular fanatismo que, por lo menos en las apariencias, caracteriza á los musulmanes, el descubrimiento de la referida luna en el horizonte es ocasión y motivo de escenas verdaderamente cómicas muchas veces, de las cuales da ejemplo con gallardo estilo Edmundo About en una de sus más interesantes creaciones, en que pinta las costumbres del Egipto (3).

Desde el momento en que declina el último día del mes de Xaâban, que al de Ramadhán precede, los musulmanes observan con toda atención el cielo, á fin de distinguir la luna nueva, para lo cual poseen finísimo tacto y vista sumamente práctica y penetrante; y una vez advertida en el espacio la presencia del astro, «basta la declaración de dos testigos que depongan ante el cadhí haber visto la luna», para que sea proclamada con toda solemnidad la entrada del mes bendito,

(1) Purificación solemne, reservada para ciertos días, y distinta del *alguaddo*.
(2) Oración.
(3) Aludimos á su novela *Le Fellâh*.

anunciándose en Fez «por tiros de fusil, disparados desde una altura vecina, y por el lúgubre sonido de las trompetas que tocan los gritadores públicos desde lo alto de todos los minaretes de las mezquitas» (1), y en la Mecca por el ensordecedor redoble de tambores y de timbales que, desde la casa del Emir, forman terrible estrépito (2).

Las poblaciones musulmanas, lo mismo en Oriente que en Occidente, cambian de aspecto durante el Ramadhán, y todos los fieles, salvas algunas excepciones, se entregan de peor ó mejor grado al riguroso ayuno preceptuado para los treinta días de esta luna, que no resultan igualmente largos y molestos para todos, pues el precepto divino es observado y cumplido de muy peregrina manera. Y como el olor de la boca del que ayuna, según Mahoma, es más agradable á Alláh que el del amizcle, «es deudo sobre toda persona de edad que dayune, hombre ó mujer: el barón quando llegue á edad de diez y seis años (3), y la mujer, que le venga su flor ó duerma con varón ó llegará á edad de catorce años, tubiendo libertad y poder para ello, y que sea de buen juiçio.» Así dice la *Çunna,* explanando lo prescrito en el *Korán,* y previniendo que «el que biere la luna del mes de Romadhán, sólo ayune al otro día»; «y si las nuebas primeras del mes de Romadhán binieren el çaguero de Xaâbén, quando será de día, y no abrán comido, deténganse el resto del día, y buelban aquel día quando aya pasado Romadhán los que dayunaron, y los que no dayunaron.»

«El biejo y el flaco sin fuerças, que no podrán ayunar, den mantenimiento á un pobre, y tórnenlos á dayunar; y quando

(1) Alí Bey El-Abbasí, *Viajes,* t. I, pág. 146.

(2) Ibn-Bathutháh, Op. cit., I, 388 y sigs. Este insigne viajero tangerino del siglo XVI, refiere multitud de particularidades relativas al mes de Ramadhán en la Mecca, dando razón de las solemnidades de los Xafeítas, los Hanefitas, los Hanbalitas, los Zeiditas y los Malequitas.

(3) Urrestarazu afirma que «desde la edad de diez años todo musulmán está obligado á ayunar» (Op. cit. pág. 175).

fuere rico el caminante, que se puede sufrir de yr de camino, y caminará en Romadhán, y comerá de por cada día, dé de comer á un pobre, y tórnelos á dayunar», como previenen las aleyas 180 y 181 de la Sura II del Korán, expresando: «aquel que esté enfermo, ó de camino, ayunará despues un número de días igual al que dejó de hacerlo; aquellos que pudiendo soportar el ayuno lo quebrantan, darán en expiación de comer á un pobre» (1).

«La mujer preñada—según la *Çunna*—coma y mantenga un pobre, si tubiere de qué, y la que cría, si se teme de la criatura, busque quien la mantenga; y si sus bienes ó los de su marido lo sufren, coma, y si ésto no pudiere sufrir, dé de comer á un pobre, como dicho es; mas los dos tornen los días quando pudieren. Y si la criatura no quisiere tomar la teta de otra muger, la otra coma.» «Esquibado es enxaguar la boca en Romadhán, de día, con agua, ni cosa berde ni seca, mas freguen las enzías con agua por defuera; y si pasará fortuna de calor, y enxaguará su boca, y pasará algo á su garganta, cesse de hazerlo, y no coma, y torne aquel día.....» etc. (2). «Esquibado es dormir de día en Romadhán, y si durmiere y se soñare..... con delectaçión, en despertando *tahárese* (3) lo antes que pudiere, y despues, vuelve el día.»

«No pierde el día la sangría, ni el bómito, si no retorna algo á la garganta de birtud ó gobierno, ó sustancia que podría dayunarle; ni desdayunan (4) los mosquitos que se entran por la garganta, ni el grano ó migaja hallada entre los dien-

(1) Hace constar Urrestarazu, en cuanto á Marruecos se refiere, que «aun cuando el Korán dice que los que pudiendo soportar el ayuno lo quebranten, darán á título de expiación el alimento de un pobre, sin embargo, casi siempre son azotados, presos, ó condenados á pagar una multa» (Op. et loco citats).

(2) En la actualidad también está prohibido aspirar el humo del tabaco y tomar rapé; pero no quebranta el ayuno el humo de la leña.

(3) Purifíquese, lavándose con agua.

(4) Es decir, hacen quebrantar el ayuno.

tes, ó enzías, ni el abraçar el hombre á la muger, ni ella á él, como quiera que sea» (1), lo cual no se opone al precepto koránico, que prescribe textualmente: «Os está permitido aproximaros á vuestras mujeres durante la noche del ayuno, porque ellas son vuestra envoltura, y vosotros la suya» (2). «Comed y bebed hasta el momento en que podais distinguir un hilo blanco de un hilo negro; pero desde este momento, cumplid con el ayuno hasta la noche, y durante aquel espacio de tiempo, no tengais comercio alguno con vuestras mujeres: pasad el día en actos de devoción en las mezquitas» (3).

«El que en el mes de Romadhán comiere á sabiendas, diziendo que no es obligado á ello, este tal es digno y mereçedor de la muerte, como aquel que niega y desconoçe y desobedeçe los mandamientos de Alláh y de su santa Ley»; y en cambio, «el que debotamente dayunará el mes de Romadhán y cumplidamente, entrará en el *alchanna* (4) para siempre».

Y he aquí, cómo y por qué, aunque

..... este ayuno no consiste
Solamente en abstinencia
Del comer y del beber,
Que también a de haber rienda
En detener los sentidos,
Las manos, ojos y lenguas,
Los oídos y los pies,
Que ande todo en l'obidencia
Del Señor que lo a criado
Para su servicio y qüenta,

(1) V. en el t. V cit. del *Mem. hist. esp.* las págs. 303 á 309 que contienen el cap. XXIV de los *Principales mandamientos y devedamientos de la ley y çunna*, que tantas veces hemos utilizado.

(2) Hace observar Kasimirsky que, según los comentaristas «cette expression, signifie: *vous vous rendez des services mutuels;* ou bien: *vous cachez les secrets les uns des autres*; ou bien: *en vous embrassant vous êtes comme un vêtement l'un pour l'autre.*

(3) Aleya 183 de la Sura II.

(4) *Alhanna, aljanna ó alchanna:* los jardines del paraíso, según queda notado.

dando al olvido los enojos, las pendencias, los odios, las enemistades, las banderías, las cuestiones, las ambiciones y, en suma, todas las *malezas*, como dice el morisco Rabadán,—desde el momento en que el sol se pone, á la hora de *al-magrib*, y desde lo alto de los alminares dan la señal con sus trompetas los almuédanos, el aspecto de las poblaciones mahometanas puede decirse que cambia en absoluto y por completo.

Bien es verdad que las prescripciones koránicas no tienen para todos igual eficacia, pues mientras la gente pobre ayuna y trabaja durante el día, aunque la *Sunna* prohibe entregarse al sueño, «los ricos apenas sienten el ayuno del Ramadhán, pues pasan el día durmiendo, para desquitarse ampliamente de sus privaciones por la noche, de suerte que no hacen sino cambiar la época de sus goces diarios» (1). Al silencioso recogimiento ostensible del día, reemplaza espectáculo bien distinto: «se suceden los convites y las funciones caseras, y los lupanares y cafés, donde se canta, están tan concurridos y se ven en ellos escenas tan lúbricas, que no deben referirse». «Los jóvenes y los pobres van por las calles con músicas, y no queda broma que no se invente en aquellas noches, que podríamos apellidar el Carnaval de los árabes.» «En estas fiestas se baila (en Argelia) una danza muy parecida á nuestro fandango, pero adulterado con movimientos algunas veces indecentes.» «Necesario es confesar que el fandango también las tiene en algunas mudanzas, y que algunos bailadores las exageran demasiado; pero entre los árabes esta exageración es precisa, y va acompañada de gestos y dichos picantes, que son las sales de la reunión.» «Mientras el baile, las mujeres están sentadas sobre alfombras, fumando sus pipas, y tanto de su boca, como de la de los hombres, se deslizan flores y alabanzas á la pareja que baila, que tan comunes y chistosas son en nuestros sevillanos» (2).

(1) Alí Bey, Op. cit., t. I, pág. 145.

(2) Malo de Molina, Op. cit., págs. 196 y 197.

No ocurre cosa distinta en Turquía, donde el Ramadhán —como dice un escritor—es á la vez la Cuaresma y el Carnaval: Cuaresma, durante el día; Carnaval, en las horas restantes de la noche. «A la forzada abstinencia diurna, que llega hasta la privación, no sólo del alimento y de toda bebida, sino de la pipa y de los perfumes, y aun entre los más fervientes, de la misma saliva, suceden como por encanto los placeres y las orgías nocturnos.» «Las mezquitas aparecen iluminadas; las calles, desiertas de ordinario, después de la puesta del sol se llenan de paseantes; la mayor parte de las tiendas, por lo menos las que proveen de los artículos alimenticios, tales como las panaderías, las pastelerías, etc., permanecen abiertas; en los cafés y en las plazas públicas, los músicos y cantores ambulantes, los bailarines, los *meddáh* ó narradores, y *karagueuz* que hacen sombras chinescas, atraen en torno suyo grupos inmensos de espectadores y de oyentes.»

»Los bailarines son muchachos griegos, quienes, adornada la cabeza con el fez, ó, mejor, *tarbusch* rojo, con borla de oro, la cabellera perfumada y flotante sobre los hombros, y las cejas y los párpados teñidos de negro, ejecutan, cantando, figuras lascivas. El número de estos seres degradados ha disminuido mucho en Constantinopla desde hace algunos años, y no se les encuentra sino en las tabernas de Galata, arrendadas todas por griegos: su traje femenino, su rostro imberbe, el colorete de sus mejillas, todo indica á los transeuntes su profesión, que la lengua ha denostado con un término injurioso.

»Los músicos y los cantores, que van en grupos de seis ó de ocho, son indistintamente mahometanos, cristianos ó judíos. Los mismos individuos cantan y se acompañan, ya del violón y la guitarra, ya de la flauta ó de una especie de silbato de Pan, llamado *neïh,* y muy usado entre los turcos.

»Los *meddah,* que por su profesión recuerdan los antiguos troveras ó juglares, son turcos; para ejercitar sus talentos escogen con frecuencia los cafés más concurridos, empezando la sesión ordinariamente una hora después del crepúsculo ves-

pertino, é inaugurándose con una apología del sultán reinante, á cuyo preludio sigue la invocación de Alláh, el *Bismilláh*», con que los musulmanes encabezan todas sus obras, continuando con la relación de un cuento, semejante á los de las *Mil y una noches,* en que imitan los gestos, el aire, el lenguaje y la voz de los personajes turcos, griegos, persas, armenios ó judíos que en el cuento intervienen. «La sesión se prolonga alguna vez bastante, y en los intermedios ó descansos un sirviente de los *meddah* circula por entre la concurrencia con una escudilla en la mano para recoger los donativos» (1).

«Como todo el día lo pasan sin comer ni beber», la hora de *al-magrib* es esperada con ansia por los fieles, entre quienes, de aquellos que no tienen necesidad de trabajar para vivir, «los más pierden la cabeza de tanto rezar y leer el Korán; los otros, de leer libros ascéticos ó sagrados; otros, finalmente, por la debilidad del estómago, y la tristeza, que es su compañera inseparable», alterando á todos «el horrible y fúnebre sonido de las trompetas que suenan de lo alto de los minaretes á diferentes horas del día y de la noche, lo cual produce muchas contiendas en el populacho» (2).

Al distinguir la señal del *fthor* ó desayuno, ó escuchar los tiros ó trompetazos que anuncian la noche, «todo el mundo se pone en movimiento, abandonando las mezquitas, ó las ocupaciones diarias», y por el pronto, no toman más que alguna taza de café, caldo ó leche, ó comen una especie de puches de harina con miel, azúcar ú otro condimento nutritivo: luego, hacen la oración [de *al-magrib*], y poco después, á la hora del *escha*, ó de la cena, se ponen á comer, siendo muchos los que «comen tres ó cuatro veces en la noche» (3). En todas las del Ramadhán, «antes de amanecer, hay dependientes de las mezquitas que corren por las calles» tocando con es-

(1) Ubicini, Op. cit., págs. 309 y sigs.
(2) Ali Bey, Op. et loc. cits.
(3) Idem, íd. Op. et loc. cits.

trépito el tambor, mientras otros, «armados de enormes mazas..... dan repetidos golpes en las puertas de las casas, para que sus moradores se levanten á comer antes de la hora de la oración de la mañana» (1).

«La noche del 27 hay continuamente en las mezquitas un ministro, que, sin tener libro delante, recita el Korán en alta voz; el pueblo se mantiene en pie, escuchándole.» «Este rezo va interpolado con oraciones; la persona que reza es sucesivamente relevada por otra, de suerte que, al apuntar el día, se ha recitado el Korán todo entero.» «En la misma noche hay iluminación en las calles y terrados; el gentío es inmenso, y por todas partes se ven mujeres á bandadas que van á visitar las mezquitas, en las cuales, innumerable multitud de niños de todas edades, mujeres, santones, imbéciles, buenos y malos, mueven una behetría (batahola) infernal, y entre tanto, ó se recita el Korán ó se dicen oraciones» (2).

El estrépito asordante de las espingardas y de los fusiles, disparados con verdadero frenesí y con general desconcierto al aire, en señal de insuperable regocijo; el lúgubre resonar de las trompetas que, desde lo alto de los cuadrados al-minares, tocan á cortos intervalos los almuédanos, y el vocerío y el movimiento incesantes de las gentes, anuncian, de modo no totalmente peregrino para nosotros los españoles, la terminación del mes sagrado de Ramadhán; del mes austero del ayuno, en que obró Alláh tantas maravillas; de la Cuaresma, en fin, entre los musulmanes.

Momento jubiloso es a quel quepor sus formas y accesorios tiene singularísima semejanza en el Sábado de Gloria en muchas de las poblaciones de la hermosa Andalucía, en las cuales se conserva, cómo recuerdo sin duda de la sangre africana que circula por nuestras venas, la bárbara costumbre de dis-

(1) Ali Bey,—Urrestarazu se expresa en términos análogos.
(2) Idem, íd.

parar al aire los vecinos toda suerte de armas de fuego, ocasionando con frecuencia muy sensibles desgracias.

El día primero de la luna de Xaguál—décima del calendario muslímico—es, con efecto, día solemne, en el cual se celebra el *âid-as-saguir*, ó *es-seguir*, según pronuncian los africanos, quienes no se distinguieron nunca por la pureza en hablar el árabe; la *fiesta chica*, que en castellano diríamos, la *Pascua de Ramadhán*, ó el día de *alfithra* ó de la limosna, que lo es de riguroso precepto, en el cual renacen la animación y la alegría para las ciudades mahometanas después de la austeridad, más aparente que verdadera del mes anterior, consagrado, cual queda dicho, todo él al ayuno, á las prácticas devotas, á la contemplación y á los trastornadores ejercicios religiosos.

Aquella noche, como sucedía en la Mecca ya en el siglo XIV (1), se ilumina la población con lámparas y con bujías, se colocan luces en todos los salientes de los alminares, y se encienden todas las lámparas de los templos; el espectáculo que en ocasión tal ofrecen las poblaciones islamitas, resulta en realidad sorprendente, pues aunque es de precepto ayunar todavía seis días de este mes de Xaguál—á elección de los devotos—se acabaron los días tristes y sombríos, pasados todos ellos en oración bajo las paralelas naves del templo, misteriosamente iluminadas por el mortecino resplandor de los cirios, los vasos de colores de las pintadas coronas de luz, y el aceite de las lámparas; entre la multitud abigarrada é informe de más ó menos fanáticos devotos, encogidos, en extática actitud contemplativa, ó en continuo é incesante movimiento; entre el desconcertado rumor confuso de las oraciones de los fieles que recitan en tonos diferentes las aleyas ó versículos del Korán, impetrando la misericordia divina; entre la atmósfera pesada, mal oliente y sofocante que se desarrolla en el interior de las mezquitas; en la excitación nerviosa, por último, que el

(1) Ibn Bathuthâh, *Voyages*, I, 393.

ayuno produce, y que acrecientan y agravan y acentúan los lúgubres sones de las trompetas con que cada tarde los almuédanos dan señal de que es llegada la hora en que pueden ya los fieles alimentarse.

No más abstinencias enojosas que dejan por el día silencioso y solitario el *harém*, de quien le tiene, ni más privaciones diurnas que alteran la salud del menestral y del obrero; la luna nueva, verdaderamente esperada como pan bendito, al desgarrar los cendales obscuros de la noche en que aparece, arroja aquella singular exaltación religiosa en la sima profunda de lo pasado, y trae consigo deslumbrador cortejo de deleites, ya lícitos á plena luz, como recompensa merecida después de la Cuaresma por los fieles.

Y mientras cada uno, con mano liberal, y según sus recursos, se dispone, antes de que salga el sol, á dar cumplimiento al precepto divino, repartiendo la limosna pascual entre sus hermanos, los necesitados y los menesterosos,—limosna que consiste en distribuir entre ellos, á voluntad, y por cada individuo de la familia, media medida de trigo, ó de harina, ó una entera de cebada, ó dátiles, ó cosa asemejable, ó su estimación en dinero,—apercíbese también, luego de cumplidas las prácticas religiosas, á gozar con no disimulada alegría del *âid-assaguir,* del placer de la libertad, buscando solaz y esparcimiento en el campo, cuando la estación lo permite, dándose cita en los huertos y en las alquerías de las inmediaciones, y regocijándose allí cual si se tratara de celebrar algún acontecimiento próspero en cada familia.

Aquel día es de precepto, además, hacer la oración ó ir á la mezquita para ello, á la hora del alba, que es el *as-saláh* de *asobhí*; y ni el almuédano hace á los cuatro vientos en la cima del alminár su pregón acostumbrado, llamado *al-idzán,* ni tampoco discurre después por entre los fieles, agrupados en el templo el sirviente que avisa que va á dar principio la oración, pregonando el *al-icamáh*. También el ritual varía, pues según la buena doctrina, recogida por don Içc Gebir en

el siglo XIV, «el *açala* de *açobhí* son dos *arracaâs* (1) con un *açalém,* y se han de hacer con *alhamdu lillehi* (2), y otra *açora* (Sura) públicamente; y en la postrera *arracaâ*, antes que [el devoto] se abaxe, diga el *alconút* (3) que es una rrogária que se açe en arabí, y después que lo aya dicho *arraqueese* y asiéntese, y diga *atahietu,* y dé *açalém* (4).

En el día de *al-fithra,* ó *âid-as-saguir*, este *as-saláh* es de dos *arracaâs* públicas con *alhamdu* y *cabihizma* (5) la primera; y antes de la *arracaâ* diga [el devoto] siete bezes *Alláh-uaaqbar* (6), y después en la segunda lea *alhamdu* y *guaxamçi* (7), y después haga *alhotba,* certificando (creyendo firmemente) en el gualardón de *alfithra* para [los] que la den en pan ó en grano, y que el *alfithra* a de ser ajustada en un lugar, y repartida por dos buenas personas; y digan otra *alhotba*, no nombrando á los de la *açihaba*» (8).

Los mahometanos que siguen la secta de Abú-Hanifa, consagran los cinco primeros días del mes de Xaguál á celebrar la fiesta que llaman «del gran Beirám», ó de la cesación del ayuno, y aunque entre los de la secta Malekí, que son los más, no es la festividad tan solemne, transpórtanla al día 10 del mes, y sobre prolongarse las diversiones nocturnas del Ramadhán, que ahora son ya á todas horas, dan muestras de su alegría de cuantos modos pueden.

Circulan por la calles los vendedores ambulantes de confi-

(1) Véase la nota 11 de la pág. 67.

(2) ¡Alabado sea Alláh!, como queda dicho.

(3) Contracción de la frase religiosa dirigida á Mahoma: «estamos prestos á obedecerte».

(4) *Atahietu* es contracción de otra frase, que dice: «las alabanzas ó bendiciones sean dadas á Alláh»; el *açalém* es bendición: con el *açalém* terminan todas las frases relativas á Mahoma (*Mem. Hist. Esp.*, tomo V, página 273).

(5) Palabras con que comienza la Sura LXXXVII del Korán.

(6) ¡Alláh! ¡El es el más grande!

(7) Comienzo de la Sura XCI del Korán.

(8) Véase la nota 9 de la pág. 67.

turas y refrescos, voceando sus mercancías, y recorren la población, deteniéndose en cada puerta para felicitar á los vecinos, las músicas populares, compuestas de dulzainas, platillos, atabales y violines, no de manera distinta que antes, en los días de Pascua, salían entre nosotros las murgas callejeras. En cuadrillas, todo lo más chillonamente ataviadas, discurren las gentes, arrojándose unas á otras esencias y confites, y no faltan los disparos de armas de fuego, que contribuyen á aumentar el estrépito y la algazara, y que forman entre los africanos el obligado de toda fiesta.

En Turquía es denominado éste el «pequeño Bairám», y también *âid-il-fithr*, «participando á la vez de nuestro carnaval y de nuestro primer día del año; dura cuatro días, durante los cuales las oficinas de la Puerta están cerradas, las gentes visten sus mejores ropas, se visitan y se hacen mútuamente regalos» (1), si bien las músicas, los cánticos, los bailes, las comidas en el campo ó en los huertos, el vocerío de los vendedores ambulantes, la agitación y el bullicio de la muchedumbre, los disparos de armas de fuego, las luchas á patadas entre los jóvenes (2), todo ello es común á las fiestas musulmanas, las cuales, unas á otras, se parecen tanto en esto como en el correr la pólvora (3).

---

(1) Ubicini, Op. cit., pág. 112.

(2) Consisten estas luchas «en ofenderse y defenderse con solo el pie derecho, conservando el izquierdo en tierra para girar sobre él», como practican en París los pilluelos. «La mayor agilidad—dice el autor de quien copiamos—se observa en algunos negros para este juego, en términos que, casi sin poderlo evitar, sacuden á su contrario tan fuertes patadas en la cabeza que lo derriban al suelo, sin que á ellos sea posible cogerles el pie para que pierdan el equilibrio» (Malo de Molina, *Op. cit.*, página 198).

(3) Refiere Malo de Molina (loc. cit.) que en Argelia esta diversión es de varias maneras, pero que las que más le chocaron fueron las siguiento: «Colocábanse—escribe—veinticuatro tiradores armados de espingardas y trabucos, divididos en dos bandos, uno frente á otro, y separados á la distancia de tres cuerpos; comenzaban á entonar unas canciones, y á cier-

Por lo demás, el mes de Xaguál, que se dijo *Ua il* entre los árabes anteriores á Mahoma, es uno de los cuatro sagrados y de los tres señalados para poder efectuar el peregrinaje á la Mecca, según la interpretación dada á la aleya 193 de la Sura II, donde el Profeta preceptúa á los muslimes que «la peregrinación se hará en los meses que conocéis.» Consta de veintinueve días, celebrándose de ellos en particular el 17 y el 21: el primero en conmemoración del famoso combate de Ohod, cerca de Medina, y el segundo, á causa de la partición de la luna. El onceno mes, Dzu-l-Caâda, *Uarna* en el calendario de los antiguos árabes, es mes del reposo, sagrado como Xaguál, estando, por consiguiente, prohibida la guerra en él; tiene treinta días, durante los cuales no hay festividad alguna señalada, y es uno de los tres en los cuales debe hacerse la visita ó peregrinación á la Casa Santa de la Mecca, donde en la noche del 27 era ya costumbre en el siglo XIV levantar el velo de la Caâba á la altura de braza y media, á fin de preservarle de las manos de los ladrones (1).

---

ta palabra convenida rompían la marcha de frente, en medio de mil alaridos, y al incorporarse todos disparaban su arma, dando un salto al mismo tiempo de modo que al sentirse la detonación el cuerpo estuviese en el aire y sostuviera el equilibrio la persona, porque caer al empuje del tiro sería una deshonra. En seguida la gritería se aumentaba, y las armas se arrojaban al aire en la misma dirección, de frente, y venían á caer en manos de los tiradores, que á la carrera cargaban, y volvían á repetir la misma escena. Iguales ejercicios se hacían á caballo, en medio del campo, y nos sorprendió sobremanera verlo á todo un escuadrón de Ispahis que al arrojar los fusiles al aire, y recogerlos á los quince ó veinte pasos, presentaba una vista extraordinaria». Véase además lo que dice Murga en orden á Marruecos, y con relación á este ejercicio.

(1) Ibn-Bathuthah, I, 395, añade que esta ceremonia se llamaba *la interdicción de la Caâba*, y que á partir de aquel momento, no se volvía á abrir el templo hasta después de cumplida la estación de *Arafáh*, doce días más tarde. En la actualidad se corta «el velo todo alrededor del edificio, por encima de la altura de la puerta; y los empleados de la mezquita procuran hacerse con algunos pedazos de tela que, reducida á fragmentos, regalan á los peregrinos: Estos deben corresponder al favor con

En cambio, el último mes del año, llamado Dzu-l-Hichâh entre los muslimes, y antes *Burec,* es mes también sagrado y el de la peregrinación por excelencia. Cuenta veintinueve días el año que no es intercalar ó embolísmico, y treinta el que tiene esta circunstancia, obteniendo muy alta representación en todos los países musulmanes, dada la solemnidad de la presente luna, que está especialmente santificada. ¡Dichoso aquel á quien le es permitido emprender, una vez por lo menos en la vida, la santa peregrinación y visita de los lugares benditos, cumpliendo así con el precepto koránico! ¡Feliz y venturoso el que puede hacer alarde y ostentación del piadoso título de *Hach*, ó peregrino (1), con que se ufana al regresar á su patria después de haber dado término la «romería», y que excita la admiración y el respeto entre sus conciudadanos!

«El yr en romería á la cassa Santa de Maca es deudo de cumplir á cada muçilim de edad, si tubiere poder para ello, una begada en su bida, á pie ó á caballo», dice la *Sunná* (2); y cuando el devoto, puesto ya en traje de peregrino, sale de su casa para emprender la expedición religiosa, vuélvese lleno de unción á la puerta que traspone, despídese de la familia, invocando sobre ella la protección de Alláh (3), y exclama:

---

alguna gratificación» (D. Mariano de Pano y Ruata, *Las coplas del peregrino de Puey Monçón. Viaje á la Meca en el siglo XVI,* Zaragoza, 1897, pág. 110). Ali Bey declara que recibió «tantas de estas reliquias, que..... bendito sea Dios.»

(1) «Todo musulmán que ha estado en la Mecca, es más respetado y considerado que otro que no haya hecho la peregrinación, y á su vuelta de ella hace preceder á su nombre la calificación de *jhadch*, peregrino; y si es mujer, la de *jhadcha*. Desde este momento, aunque pertenezcan á la última clase de la sociedad, es llamado *sidi-el-jhadch*, señor peregrino; y la mujer *la-l-la-el-jhadcha*, señora peregrina. Esta calificación equivale entre los musulmanes á un título nobiliario» (Urrestarazu, Op. cit., página 182).

(2) Cap. XXX, pág. 324 del tomo V cit. del *Mem. hist. español.*

(3) «La despedida de la familia debía ser la siguiente: *Que Alá conserve vuestra fe, vuestras creencias, y os dé suerte en todos los negocios.*

—¡No hay otro dios sino Alláh, á quien pido socorro y asistencia para todo el tiempo de mi viaje!

Desde el momento en que se pone en camino, «y por qualquiera término que entrare en los términos de Maca», irán sus labios diciendo piadosas *ataquebiras*, «que es dezir *¡Alláh hua aqbar* (4), y en fin de cada *açala* es *çunna* dezir *labayca*, que es dezir que te plaze, Señor, que te plaze, la loación y el *reysmo* (5) todo es á tí!» Los peregrinos acuden de todos lados en largas caravanas, procedentes de partes muy distintas (6), y desde que pisan los límites del *Beled-al-haram,* ó tierra santa, proceden á la primera ceremonia del peregrinaje, la cual consiste en *tahararse* ó purificarse con agua ó con arena, rezar desnudos la oración correspondiente, vestir el *hiram*, *ijhram*, ó *harime* (7), y dar luego algunos pasos en dirección de la Mecca (8). Vedado les está durante la expedición, sea cual fuere el tiempo que necesiten y empleen para llegar á la ciudad santa, tanto el afeitarse la cabeza como el dedicarse á la caza y el hacer uso de las mujeres, si bien no les está prohibido á los fieles comerciar, según los comentaristas, á fin de poder mantenerse mientras dura la peregrinación, aunque hay no pocos que hacen el viaje confiados en la voluntad de Dios, en la ca-

---

Que El os conserve y os proteja, os preserve de todo mal, perdone vuestras faltas y os colme de bienes doquiera que vayais.» (Pano y Ruata, Op. cit., pág. 42).

(4) Como ya queda dicho, esta frase significa: ¡Alláh! ¡El es el más grande!

(5) Es decir, el imperio, el señorío.

(6) Reunidas en un punto determinado é inmutable, forman una sola caravana, que recibe nombre de *raqueb*; la del Mogréb se pone en marcha en el mes de Récheb, partiendo alternativamente de Fez y de Tafilete, bajo el mando de un *xeij*, que generalmente es un *xerif,* ó descendiente del Profeta.

(7) V. Dozy, *Dictionnaire des noms des vêtements ches les arabes*, página 136.

(8) Pano y Ruata, Op. cit., pág. 80.

ridad de las buenas almas y en las limosnas que han de recoger por el camino.

Si llegaren á la Mecca antes de que «benga aquel tiempo del *alhich*», en ella permanezcan, «y no se esparta de allí el muslime hasta que cumpla el tiempo, que cae en las dos lunas y diez días entre las dos Pasquas.» Larga tarea habría de ser la de puntualizar en este sitio todas y cada una de las ceremonias de la peregrinación; y si bien que podría resultar acaso pintoresca la descripción de las mismas, según dan de ella noticia los escritores y los viajeros, lícito será para nosotros prescindir de este elemento literario, merced al cual nuestro trabajo cobraría animación, limitándonos á hacer mención sólo de las principales, y remitiendo por lo demás los lectores á las obras de los viajeros, y especialmente á la del Sr. Pano y Ruata, que dejamos en la nota mencionada.

Tiene cada una de dichas ceremonias día taxativamente señalado; y la primera, que es la preparatoria, se ha de verificar precisamente el séptimo de aquella luna solemnísima, asistiendo los peregrinos á la *hotba* ó sermón, en que les son declarados los ritos que deben cumplir en el *al-hiche*. El día siguiente, 8, es llamado *yaúm-at-targüiyat,* ó día de la bebida; conmemórase en él aquel otro día en que Ibrahim ó Abraham recibió la orden de inmolar á su hijo Isahak, y aquel otro en el cual Agar é Ismaîl descubrieron el pozo de *Zemzém,* en cuyas salobres aguas apagó su sed el segundo. Por esta causa, pues, los peregrinos, buscando la salvación del alma, y muchos la salud del cuerpo, beben de las aguas de aquel pozo milagroso, aunque malsano para los que carecen de fe, no vacilando en henchirse de aquel líquido, el cual, á juzgar por el testimonio de Ali Bey, resulta realmente nauseabundo para el estómago de los infieles.

Deben dirigirse, luego de satisfecha esta primera necesidad, al valle de Mina, donde pernoctan hasta el amanecer del día siguiente, 9, llamado por esta causa *yaúm Arafat,* el día de Arafat, pues en él es precepto forzoso visitar el monte de este

nombre, cercano á la Mecca; y cuando al ponerse el sol regresen del Arafat, cruzando por el valle de Mohassir, que cruzan rápidamente, según es costumbre, al pasar cerca de *Arafah,* lugar que es también denominado *chamô,* y en el Korán es apellidado *al-maxar-ul-haram,* ó santo lugar de las ceremonias, y también monumento sagrado, donde se retiró á orar Mahoma y donde su rostro adquirió singulares resplandores,—deben los peregrinos acordarse del Señor, quien les ha guiado por el camino derecho (1). Del Arafat se trasladan á *Modzalifah,* extensa llanura colocada entre dos montañas y rodeada de cisternas y depósitos de agua, construídos por Zobeidah, la esposa del Califa Harón-Ar-Raxid, tan celebrado en los cuentos de las *Mil y una noches* (2), y donde arrojan uno en pos de otro siete guijarros para ahuyentar al demonio (3).

El día 10, el más solemne de todos, recibe distintos nombres: llámasele *yaúm-an-nahri,* ó día de la degollación ó sacrificio; *yaúm-al-adhá,* ó día de *adahea,* que también significa sacrificio, y *yaúm-al-carbán* ó *al-corbén,* día de oblación, que es aquel con el que más generalmente se le distingue, por lo cual es la Pascua, denominada *Pascua de alcorbén.* En este día, la caravana del Egipto envía aún, como en lo antiguo, á la

(1) Korán, Sura II, aleya 194.

(2) Ibn-Bathuthâh, *Voyages,* I, 396 y 397.

(3) El camino que pasa inmediato á Modzalifah «se ve cortado de trecho en trecho por tres muros dados de cal, muros que afectan vagamente la forma de pirámides truncadas y simbolizan al diablo en persona. Contra ellos arrojan los peregrinos las siete piedrecillas recogidas al regresar del Arafa. Y así creen conmemorar también á Abraham, de quien dicen arrojó á pedradas al diablo cuando salió á tentarle para que no llevase á cabo el sacrificio exigido por Dios. Por eso los peregrinos exclaman al arrojar los guijarros: *Satanás, en el nombre de Dios te conjuramos á que huyas de nosotros, como huiste delante de nuestro padre Abraham*». Por lo demás, el Sr. Pano y Ruata, de quien son las anteriores palabras, afirma que «no andan muy de acuerdo los viajeros respecto á los pormenores del sitio donde se verifican las pedreas muslímicas contra el demonio» (Op. cit., págs. 173 y 174).

Casa Santa, el velo (*kisuáh*) que ha de cubrir la Caâba, y reemplazar el del año precedente, y que es depositado en la azotea de aquel sagrado edificio, donde permanece por espacio de tres días, á cuyo término es extendido sobre el *Beit-ul-harám,* para cubrirlo por completo (1). «Es, según Ibn-Bathutháh, de una tela de seda muy negra, forrada de lienzo; en su parte superior tiene un *tiráz* ó faja bordada, en el cual están escritas con caracteres blancos las palabras de la aleya 98, Sura V del Korán, que especialmente consagra la Caâba y la peregrinación (2), y en cada uno de sus lados lleva otro *tiráz* donde con caracteres blancos figuran aleyas del Korán, resplandeciendo con viva luz sobre el fondo negro de la tela (3).»

(1) El velo para cubrir la *Caâba*—refiere el ilustrador de las Coplas del morisco de Puey Monçón—sale aun hoy día del Cairo, como en el siglo XVI y como en el XIV, según Ibn-Bathutháh, dando ocasión la partida «á la gran fiesta del *Mahmal*, comienzo oficial de la peregrinación. Denomínase *Mahmal* el aparato donde se coloca dicho velo para su transporte á la Meca. Aparato de forma piramidal en su parte superior, la cual tiene por remate una pequeña cúpula de oro con su correspondiente media luna. Ricas telas rodean la parte inferior; de manera que al acomodar el aparato sobre un camello, cuelgan y llegan hasta cerca del suelo. El *Mahmal* tiene el carácter de objeto sagrado. Despídele numerosísimo concurso, presidido por el Jedive, rodeado de toda su familia, de los miembros del Gobierno y de los altos funcionarios del Estado, etc. (Op. cit., págs. 77 y 78, nota).

(2) Dice así, con efecto: «Alláh ha hecho de la Caâba una casa santa, destinada á servir de estación para los hombres; ha establecido un mes sagrado (el de Dzu-l-Hicháh), y la oblación, y los ornamentos colgados de las víctimas, á fin de que sepais que conoce cuanto ocurre en los cielos y en la tierra, y sabe todas las cosas. Sabed también que Alláh es terrible en sus castigos, pero clemente y misericordioso.»

(3) *Voyages*, I, 401 y 402: «El origen del tapiz que cubre la Caâba procede, según Almaçudí, de que, al reedificarla, quisieron los Coraixitas vestirla con las telas sagradas del Yémen, que las personas nobles de aquel tiempo llevaban encima de los vestidos» (Pano y Ruata, Op. cit., página 109, nota). Describiendo el velo, dice este mismo autor (loc. cit.): «Hállase el edificio siempre cubierto por un gran pabellón, especie de funda de seda negra, *rica vestimenta de seda adamasquinada*, como la llama

Mientras tanto, en el valle de Mina, á donde desde *Modzalifah* se deben dirigir los peregrinos luego de haber ahuyentado á pedradas al demonio, se celebra la *Pascua de Al-corbén,* ó *Bairám,* en memoria del sacrificio de Abraham, sacrificando carneros, cabras y aun camellos. Recibe, además de los indicados, el nombre de *âid-ul-kibir* ó *Pascua mayor* este día décimo de Dzu-l-Hichâh en las regiones occidentales, y en Turquía toma el de gran *Bairám* ó *Çorban-Bairam,* fiesta que abre allí el Sultán en persona, dirigiéndose al amanecer, y acompañado de los Ministros, altos funcionarios, ulemas y oficiales superiores del Ejército y la Armada, todos de gran uniforme, á la mezquita de Ahmed, de donde regresa á su palacio para recibir solemnemente los homenajes de los Ministros y Corporaciones del Estado (1).

Los fieles á quienes su fortuna, ú otras causas, no han permitido emprender el viaje de peregrinación á la Mecca, permaneciendo en sus hogares, celebran con no menor solemnidad y entusiasmo la llamada *Pascua de los carneros* ó de *Alcorbén,* preparándose á ella con purificación de cuerpo y de alma, y distinguiéndose la *açala* de este día de la de los restantes (2). Todo muslime debe, si puede, sacrificar una víctima, y para ello escoge cuidadosamente el animal, cuidando no tenga ninguna de las «treze tachas ó lisiones» que la incapacitan para el sacrificio, y que taxativamente especifica el alfaquí de Segovia, asegurando que el ganado «ovejuno es mejor que no el cabruno, y del ovejuno es mejor el macho que no la hembra; y el cabruno mejor que el vacuno; las hembras del ovejuno

---

nuestro alhichante; á favor de lo cual, presenta el monumento aspecto fantástico y misterioso, llevando como adorno al rededor, una gran faja bordada en oro, donde aparece escrita la profesión de fe muslímica... La porción de velo, en forma de cortina, que corresponde á la puerta, va bordada en plata y oro, y ésta y dos aberturas más..... son las únicas interrupciones que presenta la monotonía de aquella inmensa tela.»

(1) Ubicini, Op. cit., pág. 113.

(2) Cap. XIX de la *Çunna,* t. V de *Mem. hist. esp.,* pág. 292.

son mejores que los cabrunos, aunque sea macho», y especificando que «el que es abundante de hazienda saçrifique por cada persona una res de todos los de su casa», lo cual «es boluntario; si nó, una le basta para todos». «No ay sobre los sierbos obligación de matar *adahea*» (1).

«No passa que ninguno degüelle su *adahea* antes que el *alimém* degüelle la suya, y donde no tuviesen *alimém* sigan el tiempo del más cercano lugar, ó deténganse un poco. Los días del sacrificio son tres: el primero fue el día del *Alcorbén*, y es el mejor; y el que no lo hiciere en este día procure hazerlo el segundo ó el terçero: en los quales tres dias se a de hazer el sacrifiçio y no antes ni despues. Este se a de hazer despues que el sol se alçe, á la hora de *adduha* (2) hasta el poniento del sol; y quien lo hiziere de noche no le passa; y si la degollare por él otra persona que no sea muçilim, no passa; y si fuere muçilim quien la degollare por su mandado, ó porque el dueño no estaba en el pueblo, porque no se passe el tiempo de los dichos tres dias, pássàle.

»No den de la *adahea* sino á los muçilimes pobres que testifican con Alláh y con la palabra de *ley leha yle Alláh Mohammad rasulu-lláh* (3). Puede vender los provechos de las *adaheas* una persona de confianza, á quien den el cargo dello, para gastos de mezquidas y pobres y cosas semejantes. No den de la *adahea* á ningun animal, ni lo pisen, antes lo entierren piadosamente; pongan la *adahea* cara á la *alquibla*, atados los pies y manos, y al tiempo de degollar digan *bizmi yllehi guabillehi gua Alláh ua aqbar* (4). ¡Señor! Recíbelo de mí, como lo recibiste de tu amigo Ibrahim (Abraham) y de tu amado Mohammad! Y si se olvidara de dezir esto, pássele; y si lo dexa de

(1) Cap. XXXI de la *Çunna*, págs. 325 y 326 del t. V del *Mem. hist. esp.* cit.

(2) Antes del medio día, como á las diez de la mañana (Gayangos).

(3) No hay otro dios sino Alláh! ¡Mahoma es el enviado de Alláh!

(4) En el nombre de Alláh y por Alláh! ¡Alláh! ¡Él es el más grande!

dezir á sabiendas, no passa; ni es de comer. Nómbrase primero á Ibrahim, porque fue prinçipio deste hecho (1) quando fue tentado en su querido hijo Izmeil, y los que dizen que fue en Izháq, no lo entienden (2).

»No se coma la res que sea mal degollada, que no fueren cortados los gobiernos y garganchón, quedando la nuez hazia la cabeza; y si fueren cortados, y no del todo, no se coma. Passa lo que se deguella con palo ó hierro, ó guesso, con neçesidad, si fuesen cortados los gobiernos y el garganchón. Fué amado y escogido que sea carniçero quien sepa bien degollar,

---

(1) Tratando de este sacrificio el ya citado Mohámmad Rabadán, vecino de Rueda, en Aragón, dice lo que sigue, y copiamos de Gayangos (pág. 327, t. V del *Mem. hist. esp.*):

«Es dezeno de esta luna
Pascua de las *adaheas*,
Por onrra del sacrificio
De Bráim y su deguella:
Son quatro dias siguientes
De contento, gozo y fiesta,
De donde el alma y el cuerpo
Se descansan y se huelgan.
Sacrificio de sus reses,
Sana, gorda, buena y neta
A la hora de *adahoha*
Ques quando el sol sestienda,
Atada de pies y manos
Tome l'alquibla derecha
Y al tiempo de degollar
Diga aquel que la deguella
Biçmillahi alla hu aqbar
Y tenga perfumes buenos
En parte limpia y secreta.»

(2) El alfaquí de la Aljama de Segovia, siguiendo la creencia musulmana, y de acuerdo con lo que los muslimes han deducido de la Sura XXXVII del Korán, trata de demostrar que el sacrificio de Abraham debía ser en Ismail, porque «la tentación de Alláh á Ibrahim fue quando no tenía más de un hijo solo, y esto fue antes que Isaq naçiesse ni fuese su albriçiamiento, porque si Ibraim tuviera dos hijos, la obra no fuera tan digna, porque le quedaba otro hijo con quien consolarse; y pues Ismael fue primero de sus hijos, es cierto que fue el del sacrificio, cuyo linaje fue siempre aumentado.»

y esté con *tahor* (purificado), y continúe el *açala*. Esquibaron de comer de mano de quien no sigue su *açala* en las oras debidas. Si de la res degollada saliere criança es *halél* (cosa lícita), y deguéllenla quando la sacan, aunque no salga biba. Si alguno se biere en neçesidad, y no podrá haber degollado de muçilim, y no le quisieren dar á degollar á él, y hallare quien de otra ley se lo deguella por la bia que esta dicha, coma dello el muçilim, y béaselo él degollar, y no se parta de allí hasta que tome de lo que él propio bió degollar.

»La muger que no tiene quien se lo deguelle, coma ella y sus criaturas de lo que ella se degollare, y el que llegare de camino y hallare comida aparejada, y el que se biere en peligro como qualquiera cosa con que escape la persona y cesse de peligrar y no coma más de lo tal. Esquibado y muy aborrecido es el comer las alimañas y las bestias, como son caballos, aznos, mulos, gatos, rapossas, lobos y sus semejantes (1).»

El onceno día del mes de Dzu-l-Hichâh, llámase *yaúm-ul-carri,* ó día del descanso, pues en él, y después de las ceremonias practicadas en los lugares santos por los peregrinos, éstos, con efecto, descansan ó en la Mecca, ó en el valle de Mina, aunque es preferido que lo hagan en este último punto,

---

(1) Cap. XXXII, págs. 328 y 329 del t. V del *Mem. hist. esp.* El general Daumas, refiriéndose á Argelia especialmente, dice que esta fiesta se denomina, además «*Youm-el-ukuf*, ó día de la estación, ó de la presencia, «parce que cejour-là est celui où les pèlerins qui vont visiter le chambre de Dieu—*bite-Allah*—son admis à entrer dans le temple de la Mecque.» «Pour la grande fête, dans chaque famille, tout individu petit ou grand, à moins d'imposibilité absolue, doit sacrifier un mouton. L'excédant de ces provisions de bouche doit être inmédiatement distribué aux pauvres.» «On recherche les moutons qui ont de belles cornes, parce que la croyance populaire veut que ces animaux sacrifiés dans les voies de Dieu soient admis, après la mort du croyant, à lui faire franchir la terrible Cirate, ce pont qui relie l'enfer au Paradis.» «Monté sur l'un des moutons offerts en holocauste et ce tenant vigoureusement à ses cornes, le fidèle qui aura été généreux pour les déshérités de la fortune ne tombera pas dans l'abîme» (*La Vie arabe*, págs. 410 y 411).

de donde no deben moverse después de la pascua de *adahea* ó de *alcorbén,* ya mencionada. El duodécimo día es llamado *yaúm-un-nafri* ó *nafór,* día de la dispersión ó del regreso, ó *lailat-un-nafri,* noche de la dispersión, y bien durante el día, ó bien por la noche, abandonan definitivamente el valle de Mina, y regresan, reunidos, á la Mecca, marchando unos en las caravanas de su procedencia, ó permaneciendo otros en la ciudad santa, donde emplean el resto de la luna en oraciones y visitas piadosas á los santos lugares, para volver á empezar en Moharram la serie de festividades del siguiente año, en la forma que queda ya indicada, y por la cual se advierte, prescindiendo de otras ocasiones y de otros acontecimientos festejados pública ó privadamente, que si en realidad los pueblos cristianos tienen justificado motivo para celebrar como solemnes ciertos y determinados días, en los cuales deben consagrarse á las prácticas de devoción que la piedad y el rito ordenan, no faltan entre los muslimes tampoco, y que en todos los pueblos, por lo común, han sido pospuestos el interés y la intención religiosos á la satisfacción de los intereses y de las intenciones mundanales.

Rodrigo Amador de los Ríos.

LO QUE FUE LA GACETILLA

Aquella redacción de aquel periódico, con no ser ni de los que alcanzaron más larga vida, ni de los que hicieron más insistentes campañas, dejó un recuerdo inolvidable. Aún no puede pasarse cerca de aquel edificio que en la calle de Trajineros sirvió de albergue á *El Contemporáneo* sin evocar la memoria de su breve existencia entre los años 1861 y 1865, en que nació, vivió y murió. La desaparición del Jardín de Lerma, que servía de ostentoso ornato al suntuoso palacio ducal de Medinaceli, ha dejado descubierto uno de sus lados hacia aquella parte en que el muro del jardín simulaba un pequeño torreón almenado, en cuyo muro exterior todavía el patriotismo colocaba el *dos de mayo* de cada año altares en donde por la mañana decía misas el clero de Jesús y San Antonio, y por la tarde en solemne procesión, que presidía el mismo Duque de Medinaceli en persona, se llegaba hasta él para rezar los responsos por las almas de los nobles patriotas que en 1808 fueron en aquellas tapias arcabuceados.

La casa, que aún lleva el número 20 de las de aquella amplia vía, ceñida en la línea de demarcación urbana por una verja de hierro que limita un diminuto parquecillo de arbustos, flores y plantas trepadoras junto á los muros, se compone de un piso bajo sobre los sótanos, un entresuelo, un principal y otros dos cuartos superiores. *El Contemporáneo* ocupaba el bajo, y á pesar de esto y de tener al flanco izquierdo la puerta

general de servicio, tan desahogada que los coches pueden avanzar hasta el pie de la escalera, sus oficinas de redacción y dirección gozaban cuatro balcones al jardinillo.

Aquel fue el último período de la historia de nuestro periodismo militante en que mayor número de hombres ilustres trabajaba en común sobre el tapete de una mesa de redacción para sostener con fe viva las entonces más acaloradas que nunca contiendas de la opinión. No hay más que recordar el nombre de los periódicos que las sustentaban, porque tras de ellos acuden en tropel á la memoria los de sus asíduos colaboradores, todos exaltados posteriormente en el curso de los accidentados sucesos de la política á las posiciones más culminantes del Estado. La naciente democracia encarnaba sus dos distintas tendencias en *La Discusión* y *El Pueblo*; el progresismo recalcitrante tenía *La Iberia* y *Las Novedades;* el que había transigido, *el resellado, El Constitucional;* el unionismo ecléctico *La Época, El Diario Español* y *La Verdad;* el unionismo disidente *El Reino*; el moderantismo histórico *La España,* y el impenitente tradicionalismo *La Esperanza* y *El Pensamiento Español.* Con equivaler cada periódico á una tendencia, se simbolizaba en un nombre personal, y de esta manera: *La Discusión* era Rivero; *El Pueblo,* García Ruíz; *Las Novedades,* Olózaga; *El Diario Español,* el joven Cánovas; *El Reino,* Ríos Rosas; *La España,* Egaña; *La Verdad,* Hazañas el de las *fazañas,* y así los demás. Y tanto éstos como los de representación colectiva, como *La Iberia*, que representaba toda la terrible y calenturienta tertulia progresista, no sólo agrupaban fuera fuerzas de opinión y fuerzas parlamentarias que les eran propias, sino que llamaban dentro á toda aquella juventud entusiasta que con los fanatismos de sus ideales juntaba las ambiciones del porvenir.

El Contemporáneo se fundó para luchar abiertamente á fin de restablecer los prestigios de aquella parte numerosa é ilustrada del partido moderado que, no habiendo tenido las responsabilidades del grupo de Sartorius, en quien hizo blanco la

revolución de 1854, tampoco había seguido el movimiento de la fracción puritana, y que, protestando contra las ideas retrógradas que se le atribuían, quería ponerse al paso de los que sustentaban las ideas gubernamentales de la nueva democracia, sin abdicar de su base conservadora. Así viéronse á hombres de los que le guardaban las espaldas como Llorente y González Brabo, en el criterio económico, tomar participación en las asociaciones librecambistas. Otros, como Alcalá Galiano, refrigeraban en sus discursos de Ateneos y Parlamentos las tradiciones liberales de su cuna, y otros de los que en sus columnas combatían, como Fabié y Valera, profesaban públicamente los principios de la crítica y de la filosofía de las más avanzadas escuelas germánicas en boga. De cualquier modo, era digno de observar alrededor de la mesa de la redacción de *El Contemporáneo,* principalmente en la primera de las dos etapas en que se dividió su existencia íntima, la variedad de facultades y caracteres que hizo el acaso que en él se reuniera para dar á esta publicación, desde el primer número, la prestigiosa autoridad que las publicaciones periódicas no alcanzan por lo común hasta que la opinión no las ha tallado bien en el yunque de sus pruebas.

Alvareda, su director, no era más que un hombre de gran mundo, de mucho frac y corbata blanca, de mucho caballo en la Castellana, de mucho dicharacheo con las mujeres elegantes y guapas, de mucho tercio en la mesa de banca del Casino, de mucha entrada con las eminencias del negocio, y de mucha locuacidad y bastante gracejo en las tertulias de las cotorronas de gran tono, como María Bushental. Trajo de Sevilla ingénito el instinto de la comedia humana, y en todas partes supo sostener su papel y sacarle todo el partido de la audacia y del ingenio. Valera, que con Botella son los únicos que sobreviven de aquella primera redacción, era el sabio enguantado y elegante de los salones. Su ingenio tan sutil y ladino, su sólida cultura, sus vínculos de familia, que, sin ser grande ni título, le ceñían de cierto barniz aristocrático, le facilita-

ban todas las ingerencias sociales de que la política necesita para sentar bien su escabel. Entre los literatos caminaba á académico, entre los políticos á diplomático, y ninguna ribera social estaba negada al ancla de su nave, que vogaba á tela tendida. Con los filósofos filosofaba, con los críticos hacía lucir la profunda sutileza de su intelecto, entre las damas era poeta y novelista, y en todas partes hombre distinguido y naturaleza agradable. Fabié era tal vez de conocimientos más profundos y más versado en la familiaridad de los libros de toda clase de lecturas. Pero carecía del ambiente exterior de Valera, y no tenía su brillantez ni su agudeza. Como polemista en todo era *la razón pura*, pues tenía el don profundo del análisis; pero le faltaba la imposición de la superioridad, y así desde aquel tiempo pasó siempre no más que como mediano un hombre que en muchas cosas pudo ser superior. Botella, Pravia y Carrasco de Molina eran los obreros del oficio, los trabajadores mecánicos, esos colaboradores asiduos del periódico sin cuyo concurso no hay periódico posible, y de cuya paciente y atareada labor no queda el menor rastro, el menor recuerdo, ni la menor gloria. Creo que alguna vez formó parte de la redacción de *El Contemporáneo* D. Lope Gisbert. No lo tengo por seguro. Si fue así, aunque de conocimientos económicos y prácticos especiales, Gisbert no habría alcanzado mayor graduación que Botella, Pravia y Carrasco de Molina.

Pero sobre todos los nombres que van mencionados, lo que de *El Contemporáneo* vino á destacarse desde el primer momento de su existencia fue lo que podría con razón llamarse su elemento novicio. Alvareda había abierto las puertas de su periódico á todos los chicos de ingenio, que de el país de su cuna, Sevilla y Cádiz, se habían destacado y flotaban en la entonces menesterosa bohemia literaria de Madrid, y allí entraron el romántico Adolfo Gustavo Bécquer, que jamás tuvo camisa limpia, el visionario Arístides Pongiglione, que pecaba de pulcro, á pesar de su pronunciada giba en la espalda; el jo-

vial y agudo Ramón Rodriguez Correa, el dicharachero más genial de todos los dicharacheros en este siglo de Castro y Serrano, Inza, Pérez Cosío y Fernández Flórez, y algún tiempo después el espíritu neto del positivismo castellano viejo, Pepe Ferreras. En realidad, el cuadro de Valera y Fabié disputando el tema de un artículo de fondo con Alvareda, ó revelándose un secreto de la política del día; el de Pravia, Botella y Carrasco de Molina, recibiendo las órdenes del Director para un suelto intencionado, sobre el que habían de oir siempre en sus labios la suprema recomendación de «*Recargue usted bien*»; no ofrecía otro espectáculo ni interés que el del escenario cotidiano de toda redacción de periódico del pasado, del presente y del porvenir. Lo que en la de *El Contemporáneo* había que ver eran aquellos cuatro jóvenes de fuerza de espíritu y facultades tan diversas. El más nervioso, el más activo, el más pronto y gallardo de aquellos entendimientos era el de Correa. En *El Contemporáneo*, Bécquer acabó de extremar la delicada sensibilidad de su alma, pues en *El Contemporáneo* empezó la evolución de sus ideas y de su estilo poético, que modelado desde las aulas de Sevilla al canon de lo que allí forma el clasicismo de su escuela, aquí rompió el molde, no sólo en la forma escultural de sus *Rimas*, sino en su profundo subjetivismo. En *El Contemporáneo*, en uno de sus primeros números y sin firma, se halla la primera de las de su nuevo género:

¡Por una mirada.... un mundo!
¡Por una sonrisa.... un cielo!
Por un beso.... ¡yo no sé
Lo que diera por un beso!

Pongiglione era todo un poeta de su tiempo, más novelista que poeta, y novelista siempre hasta cuando penetraba en el palenque de la política. En cuanto á Ferreras, el más claro, el más práctico, el mejor equilibrado de todos, era ya, como lo ha sido después y como sigue siéndolo, por esencia y potencia, el sentido de la realidad, el sentido común: el Sancho Panza

del buen sentido enmedio de aquel puñado de Quijotes de retorta.

El periodismo en aquel tiempo, aunque miserablemente pagado, era el que á la gente literata nueva ofrecía algún calor material, aunque siempre insuficiente, y esta era la razón por que Becquer, que no tenía más que su pluma y los pinceles de su hermano Valeriano, y Pongiglione, aunque en Cádiz poseía alguna pequeña fortuna, formaban parte de la redacción de aquel periódico. Correa, dentro de sus condiciones, no podía ser más que un colaborador accidental, y sólo Ferreras estaba templado para la labor asidua y permanente de la prensa. Pero, en la situacion de lucha en que la política general se desenvolvía, Correa vino á ser un factor para *El Contemporáneo*, de tal importancia, que puede decirse que, después de Alvareda, *El Contemporáneo* fue él. ¿Y desde qué tribuna? Parece hasta inverosímil: desde *la gacetilla general de Madrid*.

La gacetilla, desde la institución del moderno periodismo, era la sección más despreciada de él. La servía ordinariamente un redactor sin significación alguna, el redactor más pedestre. Era el buzón de todas las impertinencias de fuera que caen sobre esta clase de publicaciones, y componiéndose de quejas urbanas, sucesos de pacotilla, avisos vulgares, elogios de compromiso, siempre se otorgaba á una de esas entidades que en toda colectividad no tienen más personalidad que un número y un nombre de gracia. Pero Correa, cuyo fuerte era el epigrama, la frase audaz de intención y de chispa, la exageración sistemática y la ponderación sarcástica, se propuso llevar á *la gacetilla* de *El Contemporáneo* todo el tesoro de su entonces lozano y vivo ingenio, y multiplicando la sátira en esta forma, ya en prosa, ya en verso, no sólo se creó una reputación casi única en España, sino que dió con ella tal interés al periódico militante, que así como *La Correspondencia* de Santa Ana se prefería por sus informaciones *autorizadas* y *La Época* por sus sueltos de última hora, que contenían siem-

pre el último pensamiento ó la última frase del personaje á la sazón más importante de la política, en *El Contemporáneo*, lo primero que se buscaba era *las gacetillas* políticas, con frecuencia en verso, de Rodríguez Correa, hasta constituirle en una personalidad de monta, por encima de las deficiencias de un carácter informal, ligero, poco correcto y trasto hasta en lo torcido de sus ojos y lo enteco de su figura.

La gacetilla de Correa en *El Contemporáneo* constituye uno de los más ricos tesoros epigramáticos de la musa castellana. Por ser personales, sólo pueden compararse á las sátiras del Conde de Villamediana en el siglo XVII y á las sátiras de Martínez Villergas en nuestro siglo, teniendo la persistencia aguda del primero y el fácil y espontáneo gracejo del segundo. Pero si de estas composiciones, principalmente las bromas, se prescinde del carácter personal que las dicta, entonces resulta una colección de epigramas magistrales, que en nada desmerecen de los de nuestros tres grandes poetas epigramáticos nacionales: Baltasar del Alcázar, el abad Antonio de Maluenda y el P. José Iglesias de la Casa.

Si del carácter literario se pasa á su verdadera condición política, puede decirse que la labor satírica de Correa desde la *gacetilla* de *El Contemporáneo* ejerció tan poderoso influjo en la dirección de los hechos de su tiempo, como las más aceradas campañas de la democracia, ya representada por Rivero, Pí y Margall, García Ruiz y Castelar en los periódicos que dirigían, en la cátedra de la Universidad y del Ateneo y en la tribuna parlamentaria, como los discursos de Olózaga en los banquetes patrióticos y los arrebatos de Prim después de su vuelta de Méjico, como la disidencia de Ríos Rosas y la resurrección de los moderados; pues en el torrente de impresiones y de ideas que tantos hechos y tan continua propaganda por todas partes derramaban, los epigramas de *El Contemporáneo,* como las *notas* graves y *telégramas* de Palacio en *El Pueblo,* tenían el privilegio de esculpirse en la memoria y de repetirse por todas partes.

La situación política contra la que se hicieron estos supremos esfuerzos en el palenque de la publicidad, aunque de ayer de mañana, acaso no viva tan fresca como fuera menester en la memoria de todos para la provechosa enseñanza que debiera haber dejado su recuerdo. Es indudable que el espíritu que en 1856 prevaleció para la formación de aquel tercer partido que se llamó *la Unión Liberal,* fue digno de todo elogio, pues lo inspiró la primera generosa tentativa que en aras de la paz interior se hacía para una inteligencia serena entre los varios partidos que tenían dividida y exaltada la opinión pública, sobre todo desde 1843, y al país, á los Gobiernos y á las instituciones en una perpetua perturbación. Ríos y Rosas, que fue el autor del programa, trató de fundar su sistema sobre una base sólida de perfecta moral y de rígida rectitud, respetando en todo el sello de la personalidad. Pero no logró alcanzar el manubrio de la máquina con que consolidar la obra que había meditado, y los que le arrebataron la gloria de su concepción, mixtificándola miserablemente, abrieron almoneda pública de conciencias, y al torpe valor del hecho, la opinión pudo ver, por sus propios ojos, lo que cada conciencia enajenada había costado. A la inmoralidad del medio se unió la inmoralidad del fin, y los que en aras de sus convicciones no quisieron *resellarse* ni entrar en la complicidad de los errores, que al cabo dieron los trágicos resultados de 1866 y 1868, organizáronse para aquella terrible lucha que á tantas desolaciones del momento dió lugar, y más tarde á tantas pérdidas vergonzosas. La unión liberal, disipando la fortuna pública de una manera escandalosa, bajo la máscara de la proyección de obras de utilidad común, y procurando embriagar el patriotismo con la emulación de las ganancias exteriores, nos empujó á la guerra de Africa, á la anexión de Santo Domingo y á la expedición á Méjico. Mas aunque en Africa la sabia dirección militar de la guerra por el General O'Donnell había cubierto su nombre de honor, las onerosas imposiciones que el ministro de Estado D. Saturnino Calderón Collantes

sufrió paciente de la intervención de Inglaterra, hicieron que todo el éxito de la campaña se frustrara, pues ni llegamos á Tánger, ni pudimos quedarnos en Tetuán, ni alcanzamos que en su equivalencia se nos diera á Larache. Así, pues, no fue extraño que al volver de Africa el caudillo de aquella guerra se hiciera tan formidable la confabulación general de todos los partidos no sometidos contra él.

Del Gobierno que el General O'Donnell presidía, los Ministros más odiados y combatidos por el momento fueron Posada Herrera, tanto por haber extremado el peso de su poder sobre el manubrio electoral, cuanto por sostener en el Ministerio de la Gobernación, con Cánovas del Castillo y Barca, lo que se llamaba *el banderín de enganche*, es decir, la oficina de los *resellamientos*. A Posada Herrera se le atribuía también la organización del masonaje político, los convencionalismos, el *tacto de codos*, el *espionaje y la delación recíproca, las mentiras lícitas* y *las supercherías provechosas*, y esta organización que todavía prevalece después de haber producido una revolución como la de 1868 y catástrofes como la pérdida de todo nuestro poder colonial, suscitaba entonces odios irreconciliables contra su persona. La verdad es que él no era el verdadero autor del sistema que así irritaba la opinión, los hombres y los partidos, y enconaba los ánimos hasta el frenesí. A D. Saturnino Calderón Collantes se le hostilizaba con el mismo rencor por sus debilidades con Inglaterra, y de ningún Ministro se ha hecho jamás la befa permanente que de él se hizo en el Parlamento, en el periódico, en la calle pública... en Palacio. En esta oposición sin cuartel entraron otros Ministros como el Marqués de Corvera, que lo era de Fomento, y el de Gracia y Justicia, D. Santiago Negrete. Pero, aunque el último, sobre todo, fue objeto constante de una broma en los periódicos, que por ser tan tenaz debió molestarle mucho, á estos Ministros no se les daba la importancia que á O'Donnell, á Calderón Collantes y á Posada Herrera. Por último, compartía las iras de la oposición y la sátira, el entonces Fiscal de

imprenta D. Saturnino Alvarez Bugallal, por las amarguras que hacía sufrir á los periódicos con sus denuncias, que causaban las detenciones de los números en el correo, las recogidas, las multas hasta de 30.000 reales, los procesos, los destierros como el de Manuel del Palacio y las prisiones como la del pobre Javier Ramírez, que en su prisión se volvió loco.

Llenarían algunos volúmenes las *gacetillas* satíricas de Rodríguez Correa contra éstos y otros personajes, en los cinco años que tuvo de existencia *El Contemporáneo,* así como sobre *el resellamiento* y *los resellados*, que era el tema en que más desvariaba el público rumor. En varios períodos, de nuestras alteraciones políticas del siglo XIX, la poesía satírica había sido el látigo con que se habían fustigado alternativamente las debilidades individuales ó colectivas de los que pretendían *adelantar* por los que querían *conservar*, ó las de los que querían *conservar* por los que querían *adelantar*. Como en todas las épocas de decadencia, que son las en que la sátira más prevalece, el arsenal satírico de España es imponderable. En el mismo período revolucionario de 1854 á 1856, la sátira de *El Padre Cobos* revistió el pulcro ropaje de los salones y fue uno de los arietes de la reacción. Luis Rivera, Manuel del Palacio y Eusebio Blasco se habían congregado, con la ayuda de la caricatura política, incipiente entre nosotros, para hacer del *Gil Blas* un proyectil constante, no contra este ó el otro partido, sino contra todo lo que quedaba de la máquina secular de las instituciones. Pero la *gacetilla* de *El Contemporáneo* se caracterizó de un modo nuevo y singular y fue el complemento de una campaña política, que logró derrumbar el artificioso edificio de la unión liberal, sin socabar ninguna base fundamental á las instituciones, ni provocar siquiera la extrema violencia de una situación de fuerza. Por eso *El Contemporáneo* pudo penetrar con éxito en todas partes, y públicamente en la cámara de la Reina Doña Isabel II, mientras al genial gacetillero de aquella campaña política, abrieron las puertas de la amistad y de la confianza,

el despacho del crédito y la familiaridad de la mesa, no sólo Salamanca, en el colmo de su opulencia y en la delectación por el talento y el ingenio, sino otros magnates en la sangre y la fortuna, que ya nunca desampararon á Correa ni en el lecho de su muerte.

¿Quién resiste la tentación de renovar algunos recuerdos de aquella labor afanosa del ingenio, que supo, durante cuatro años, convertir casi en el mayor aliciente de un periódico serio, y escrito por tantas eminencias, la menospreciada *gacetilla* de él? Al Ministro D. Santiago Negrete, que lo era de Gracia y Justicia, sin saber por qué, se le levantó una verdadera calumnia atribuyéndole el feo vicio de la embriaguez. Lo más curioso del caso, es que esta imputación se hizo por vez primera en las columnas de *La Discusión*, que dirigía don Nicolás María Rivero, y que la idea sugirió en la mente, no se sabe si de Rivero, si de Carrascón, mientras mano á mano á las altas horas de una larga noche de trabajo, entre los dos apurábase una buena botella de Jerez. Pero Negrete quedó sin ramedio motejado de borracho, y como esta frase no se le podía decir en crudo, porque no lo hubiera consentido el lápiz rojo de Bugallal, de ahí los aprietos del ingenio para decírselo todos los días, sin exponerse á detenciones, recogidas, denuncias, multas y procesos:

—Negrete; ya llega
El mes de setiembre:
Ya llega tu mes;
¡Alégrate! ¡Alégrate!
— Neptuno ha puesto en un brete
A Negrete..... ¡suerte amarga!
¡Es el Dios que más le carga
A don Santiago Negrete!
—¡Y dicen que no hay milagros!
Allá va uno, escuchad:
¡Negrete fué á *Somos-aguas*,
Y no ha muerto! ¿Queréis más?

La Discusión elogia la gracia chispeante del gacetillero de *El Contemporáneo,* y éste contesta:

.....
Y ¿quién mentando la Unión,
No ha de producir la risa?
Si se pronuncia: *Posada!*
Ya la palabra es ridícula;
Si se pronuncia: *Negrete!*
Con el nombre va *la chispa!*.....

Llega la Nochebuena, y el gacetillero reparte á los Ministros sus turrones de Navidad: á O'donnell un libro *de Leyes*, á Calderón Collantes una *nota* diplomática, á Posada *el sentido que le falta*, y en llegando al Ministro de Gracia y Justicia, dice:

Aplomo daré á Negrete,
Pues se está *bamboleando,*
Según dicen malas lenguas,
El señor don Santiago.

No hay que decir que Posada Herrera salía siempre muy malparado de su pluma. Imputándole doblez y falsedad de carácter, Correa halla medio de prodigar contra él un insulto diario, á despecho de las iras fiscales. Y, en realidad, con este motivo, hay que hacer una observación notable en favor de Posada. Aunque luchó contra *el insulto declarado*, jamás se vengó personalmente en la omnipotencia de su poder, ni de los que le insultaron. El Duque de Valencia hizo mientras ovió su víctima á Martínez Villergas, que tuvo hasta que proscribirse de su país, y Salaverría no paró hasta precipitar á Yáñez Rivadeneyra en el crimen, para encerrarlo en un presidio. Posada nunca se vengó de Correíta, y cuando, pasado algún tiempo la política los juntó en una misma colectividad de partido, y Posada presidió el Congreso y el Consejo de Ministros, y Correa fue Diputado y Director general, al hacerle al primero cierta persona la recordación de aquellos agravios, Posada contestó: «*Nunca odié por lo que dijeron de mí, ni ja-*

más cargué mi conciencia con el amargo remordimiento de mi venganza. Y mi larga experiencia del mundo me tiene enseñado que en política se llama siempre pillo al honrado, y se alzan altares y hasta estatuas á los más pillos.» Correa, sin embargo, en cierta disconformidad de opinión que Posada tuvo en el seno del Consejo de Ministros con el General Zavala, que lo era de Marina, y que trascendió fuera del Ministerio, dando lugar á mil géneros de comentarios, escribía en *El Contemporáneo:*

Zavala ayer armó un brete,
Puesto que, según mi anuncio,
Al *pillarlo* en un renuncio
Dijo á Posada:—*Pillé-te.*
En qué renuncio no sé
A Posada *pillaría,*
Cuando Zavala decía
A Posada:—*Te pillé.*
Aunque se oponga Negrete,
Zavala,—¡lo afirmo yo!—
Cuando á Posada *pilló,*
Dije á Posada: *Pillé-te.*
Y francamente, no sé
Por qué se encuentra muy raro
Que un español diga claro
O *pillé-te ó te pillé.*
Que el pronombre aunque no pete,
No importa el lugar que esté,
Porque decir:—*Te pillé,*
Es lo mismo que:—*Pillé-te.*

Los periódicos ministeriales negaron que la desavenencia entre Zavala y Posada existiera, y entonces *El Contemporáneo* en su *gacetilla* añadió:

¿Un vaso de calaguala?
¿Un escribano y testigos?
¿Qué pasa?—¡Ya son amigos
Posada Herrera y Zavala!

Manuel del Palacio, desde *El Pueblo*, completaba estos epigramas con el siguiente, de su ingenio:

Ya la crisis se arregló
Tal como yo presumí:
—¿Caerán todos juntos?—Sí.
—¿Y tardarán mucho?—No.

Y así fue.

Mandibulorum llamaba con mucha gracia el Marqués de Bahamonde á su conterráneo D. Saturnino Calderón Collantes, á causa de las fenomenales quijadas que tenía, y así, Correa cuando se vió amenazado de su destierro de Madrid por los enojos del Ministro de Estado, decía en *El Contemporáneo:*

Dicen que un diplomático cruel
Me va á matar, como Caín á Abel:
Si quiere mi Caín que yo concluya,
Le hace falta matarme con la suya.

Calderón Collantes era otra de las monomanías de Correa. Así parafraseaba contra él el conocido soneto que se atribuye á San Francisco Xavier:

No me mueven, señor, para quererte
El francés que jamás has comprendido;
Ni me mueve que nunca hayas podido
Recordar al inglés sin conmoverte.
Tú me mueves, señor; muéveme verte
Dar á monsieur Barrot atento oído;
Muéveme el *Je conteste* tan consabido,
Y me mueven tus *notas* y tu *suerte*.
Muéveme, en fin, tu amor de tal manera,
Que aunque no hubiera O'Donnell yo te amara,
Y hasta sin Bugallal yo te temiera.
No me demandes, no, porque te quiera;
Que aunque siempre el fiscal me denunciara,
Como de tí me río, me riyera.

Suponía Correa en *El Contemporáneo,* y casi era verdad, que no ponía Calderón Collantes la mano en asunto en que no saliéramos *caleando*. África, Santo Domingo y Méjico fueron

hartas empresas descabelladas, acometidas sin la consulta de las propias fuerzas, sin las previsiones del porvenir y sin la atención seria de los muchos intereses que se comprometían, de salir frustradas, como salieron. Correa le apellidaba *Gettatore,* y hay en *El Contemporáneo* una poesía á este asunto, que es de lo más profundo que Correa escribió, enmedio de su ingénita frivolidad. Decía así:

IL GRAN GETTATORE

Mala sombra, hombre fatal,
Enfant terrible, casi-plaga,
Judío errante, hombre-llaga,—
No hay palabras ¡voto á tal!
Que sean la traducción
De lo que son *gettatores:*
No hay más palabras, lectores,
Que una sola..... ¡Calderón!
Gettatore es ente horrible
Que donde quiera que va,
Con solo toser, nos da
Disgusto y pesar terrible.
Si se mete en la cocina
Y el guisado marcha bien,
Al mirar él la sartén
Se vuelve el guiso estrignina.
Supón que una araña baña
De luz el cuarto en que estás:
Entra el gettator..... y ¡zas!
¡Se viene al suelo la araña!
Pues tienes un perro al lado
Que jamás quiso morder.
¡Te va el gettator á ver,
Y el can te pega un bocado!
Supón que á prueba de bomba
Es el techo de tu casa:
Pues el gettatore pasa,
¡Y adiós techo! ¡ni una tromba!
Como en España no ha habido
En la vida Calderones,

Esta y otras expresiones
Nuestra lengua no ha tenido;
Pero ya llegó el momento
De armar la gorda, lector:
Ya en España hay gettator,
Y el de aquí vale por ciento.
No se me tome á bravata;
Gettatores por ahí
Hubo muchos, mas aquí
Uno echa á todos la pata.
Que saquen en procesión
Sus terribles gettatores
Los italianos.—Señores,
¿No vale más Calderón?
Por bueno quede fundado
En pro de nuestra eminencia
Y en honra de su excelencia
Que Calderón ha ganado.
Habla, pues, hombre profundo,
Y dí á Italia *con furore:*
«¡Soy el primer gettatore
De los de Italia y el mundo!»

Referentes á Calderón Collantes, podría sacarse de la gacetilla de Correa en *El Contemporáneo* un tomo en folio, sin excluir la biografía en *aleluyas* que para él escribió, lo mismo que para O'Donnell, Posada Herrera, el Marqués de Corvera y otros. Terminemos con una de aquellas ponderaciones tan propias del genio extremado del escritor:

Ayer tarde, al marqués San Saturnino
Le dieron una grita por lo fino:
Lo mismo á Saturnino Calderón
Le está dando furiosa la nación.
San Saturnino, al verlo, desde el cielo
Le dijo á Dios con suplicante anhelo:
—¡Señor! ¡Señor! A inexorable pita
Mi santo nombre ha expuesto un temerario;
Saturnino es sinónimo de grita:
¡Suprimidme, Señor, del calendario!

Ya se ha dicho que el otro Saturnino sobre quien Correa descargaba toda la sal de su gacetilla era Alvarez Bugallal, aquel espíritu y aquella materia tan naturalmente perezosa, pero cuya mente jamás salió del estrecho radio político de la unión liberal. A un escritor como Correa, que decía:

—Para escribir los detalles
De cosas que yo no cuento,
Ha puesto el Ayuntamiento
Columnas en ciertas calles,

puede calcularse las cosas que se le ocurrirían contra el magistrado del Estado que tenía la misión de poner cortapisas á lo que él contaba. ¡Correa se quejaba de que Bugallal hiciese recoger hasta á *El Siglo Médico!* Y parodiando la canción de Espronceda *A Jarifa en una orgía,* publicaba estos donosos versos:

Ven, Bugallal; trae tu mano;
¡No la pongas en mi frente!
Te tengo miedo. ¡Detente,
Que me vas á recoger!
Anda y junta con Posada
Esa mano que me irrita,
Donde la multa palpita
De tu denuncia de ayer.
¡Qué libertad ni qué porra!
¡Qué prensa ni qué cariño!
¡Mentida ilusión de niño
Que halagó tu juventud!
Vé á Negrete. En él se ahoguen
Tus pesares; sin medida
Ten la prensa recogida:
¡Paz le traiga el atahud!

Hartos de denuncias, de multas, de recogidas, los periódicos de noticias (*La Correspondencia de España*) decían que iba á ser Bugallal relevado del cargo para darle un *registro de la propiedad* en Galicia, y *El Contemporáneo* escribía:

Van á dar á Bugallal
Un registro de *Hipo-tecas:*

¡Ay! ¡Dios mío! que le den
Un oficio de *Hipo-tengas*.

Palacio, en *El Pueblo*, apretaba aún más:

Ayer me encontré al fiscal
Y está flaco y macilento:
Sin duda el remordimiento
Le ha echado ya su dogal.
—Lector; ¿á que no supones
El orígen de sus penas?
—¡Hombre! ¡Serán las condenas!
—¡Cá! ¡No! ¡Las absoluciones!

En esta larga serie de sátiras en que se compendian los hechos menudos de cinco años, y que la Historia en su día acaso consulte más que las obras que al parecer han sido producto de la crítica y de la meditación, puede recogerse un número infinito de epigramas, semblanzas y sales, que, cuando menos, serán siempre el precioso joyel del ingenio del que dió tal importancia é interés á la *gacetilla* del *Contemporáneo* durante las luchas sin misericordias de la vida política de *La Unión liberal*. Citemos algunos:

De los «resellados».

Parece que un resellado
Para igualar á cualquiera,
Ha inventado la manera
De ponerse colorado.
Si alguno con él se mete
Y hace su conciencia trizas,
—«¡Mira que me ruborizas!»—
Dice..... y se da colorete.

Semblanza de Cánovas.

Mozo terne que se fincha
Cual las portuguesas gentes,
Y arregla mucho los lentes
Siempre que habla, mira y trincha.
Aunque aparenta ser bravo,
No hay tal.—¡Se ven unas cosas!
Siendo hijo de Ríos Rosas,
De Posada es el esclavo.

De Aguirre de Tejada.

Para hablar sin decir nada
Y no dar tiempo de oir,
Nadie puede competir
Con Aguirre de Tejada.
Nunca será hombre de peso,
Pues es de escasa figura;
Pero como miniatura
Es lo mejor del Congreso.

El insulto de moda.

—¡Es usted una *posada!*
Le dijo á un amigo mío
Otro, y el desafío
Es cosa casi arreglada.
Aunque yo no encuentro nada
En la frase que incomoda
Al ofendido, ya toda
La gente á quien inquirí,
Me contesta por ahí:
—¡Es *el insulto* de moda!

El suicida.

Por no ser Casimiro
De la Unión Liberal, se pegó un tiro:
A los que mueren dándonos ejemplo
No es sepulcro el sepulcro, sino templo.

Contra Camprodón.

Al salir del corral de la Zarzuela
De repente murió doña Manuela.
¡Se hacía aquella noche una función
Firmada por don Efe Camprodón!
Jurad sobre esta tumba, castellanos,
Antes morir que consentir tiranos.

De López de Ayala.

Me han dicho que al señor López de Ayala
Van á echar de la Unión enhoramala;
Me lo explico, sin pena:
El talento en la Unión no es cosa buena.

No político.

A la reja en el verano
Hablando Andrés á su hechizo,
Quiso acariciarla un rizo
Y se le quedó en la mano.
Por eso no exageraba
Sus aventuras Andrés,
Cuando nos dijo después:
—Vengo de pelar la pava.

De Teodora Lamadrid.

—«Teodora, la de Madrid»—
Dijo anoche un forastero;
Y yo contesté enmendándole:
—¡No es de Madrid es..... del cielo!»

Esta fue la *gacetilla,* parte hasta entonces menospreciada y muy subalterna en el periódico diario y político, en manos de Correa en *El Contemporáneo.* La *gacetilla* le dió un nombre literario; la *gacetilla* le abrió las puertas de los grandes y de los ricos; la *gacetilla* le dió un puesto propio en las clases dirigentes de la política del país; la *gacetilla* le conquistó un asiento en el Congreso de los Diputados, y la *gacetilla* le recompensó con un puesto superior en la Administración pública del Estado. Si su *gacetilla,* cartel de su talento, maltrató, hirió, insultó á algunos, ninguno se valió de su poder para desheredarle ni para cultivar su desconcepto. Su talento le hizo merecedor de la tolerancia de todos, como hoy es común en todos los pueblos que se precian de civilizados y cristianos.

Nicolás Pérez Merino.

POETAS AMERICANOS

¡ESTA BORRACHO EL CESAR!

En el álbum de la Sra. D.ª Luz Montt de Montt

Las rígidas columnas
Corónanse de acantos la cabeza,
Como un tropel de vírgenes
Que se disponen para regia fiesta.
En el trípode de oro arde la mirra,
Y bulle en las crateras
El noble Chipre, engendrador de exámetros,
De estatuas, de pasiones y poemas.
De capitel á capitel, las púrpuras
En pliegues amplios y rotundos, cuelgan,
Y las felinas pieles,
Con uñas y cabezas,
Decoran el triclinio
En que el nieto de Augusto se recuesta.
Al lado de las Venus y las Tetis
Danzan las ninfas, y los faunos juegan,
Alza Esculapio la redonda copa
Y el padre Jove truena;
Todos en mármol, cincelada tribu,
Bosque triunfal de olímpicas cabezas,

De erectos senos y torneados brazos,
Orgullo del cincel y de la piedra.

—¡Esclava, dáme vino!—
Desde el triclinio dice el joven César.
Y avanza con el ánfora en la mano,
La mauritana negra,
Y la copa imperial, hasta los bordes,
De vino egregio llena.

¡Cállate, histrión!, que va á cantar mi gloria
En su cuerda más noble mi poeta.
Y avanza el vate, con su lira ebúrnea,
Coronada de lauros la cabeza,
Y pulsa de los dioses y los héroes
La magna cuerda, en homenaje al César.
Del Génesis del mundo
Rompe, cantando, la compacta niebla,
Y encuentra, confundida
Con la progenie excelsa
De Cronos y Neptuno, la progenie
Del que en el trono de Nerón se sienta.

Cuando el verso postrero
Muere del vate en la crispada lengua,
Vuelve á llenar la copa
La mauritana negra,
Y el ánfora vacía, en cien fragmentos,
En los lustrosos mármoles se quiebra.
Al pie del simulacro del gran Jove
Agonizan las teas
Y en el trípode de oro
El fuego eleva sus postreras lenguas.
Y el joven semi-dios, en el triclinio
Deja caer pesada la cabeza,

Murmurando entre dientes:
— ¡Vuelve á cantar, poeta!.....
¡Dame más vino, esclava,
Que está borracho el César!.....

NARCISO TONDREAU.

***

LA POESÍA

La poesía, flor de sentimiento,
Brota al sol del ideal en la galana
Edad de la pasión, y brinda ufana
En cáliz de color su aroma al viento.
Mas no estéril se eleva el pensamiento,
Ni la exaltada fantasía es vana;
Lo que es un sueño hoy, será mañana
En la materia prodigioso invento.
En la mente inspirada que medita,
Pletórica de luz surge la idea
Que va tomando forma poco á poco;
Dominador de la palabra escrita,
¿Es un loco el poeta porque crea?.....
Entonces Dios ha sido el primer loco!

JOSÉ FIANSÓN.

Lima, 1899.

REVISTA HISPANOAMERICANA

SUMARIO: I. El crucero *Río de la Plata* en Montevideo y en Buenos Aires.—II. La fragata escuela argentina *Sarmiento* en Manila.—III. La fragata escuela argentina *Sarmiento* en España y sus ilustres marinos en Barcelona y en Madrid.

Las impresiones de la llegada y estancia de nuestro nuevo crucero de guerra *Río de la Plata* á las aguas de Montevideo y Buenos Aires palpitaban aún vivas en nuestras entrañas, cuando el telégrafo nos anunció la proximidad á nuestras costas del Este de la fragata escuela argentina *Sarmiento,* que bajo el mando del Capitán D. Onofre Betbeder, y llevando á bordo una numerosa dotación militar y sus jóvenes guardias marinas, van terminando el viaje de circunvalación de que ya se ocupó La España Moderna inmediatamente después de la entrevista de los Presidentes de Chile y la Argentina en el Estrecho de Magallanes. Los marinos de la Argentina llegaban á Barcelona después de visitar en el Mediterráneo algunas ciudades helénicas y en Italia á Venecia, Nápoles, Magdalena y Spezia, teniendo marcadas en su itinerario las visitas al primer puerto mercantil de España en la capital de Cataluña, y á Cartagena uno de los tres antiguos arsenales de donde en los tiempos de la grandeza del Imperio y de la Marina española, se construían las naves que hicieron los primeros

viajes de exploración al Nuevo Mundo, abrieron el paso del Pacífico y remontaron hasta las lejanas aguas del mar boreal, borraban en el Mediterráneo la supremacía de la Media Luna en Lepanto y en las Azores conquistaban el cetro del Océano. Desde aquella veneranda ruina, cuya última efeméride se pierde en la tea incendiaria de los inícuos cantonales de 1873, pasarán á Gibraltar, baluarte formidable con que el poder británico humilla á España, su antigua rival, y desde allí, el paso estrecho de Hércules volverá á abrirles la extensa y hermosa planicie del inconmensurable mar del Atlante.

Aunque las emociones de esta visita y sus obsequiosos accidentes parecen imponer su privilegiada atención sobre todo otro asunto de los que constituyen el fondo de estas revistas, no puede ser así para nosotros, como lo ha sido para la prensa periódica que escribe á diario. El alma de España, desde nuestra anterior Revista, quedaba pendiente de la presencia del *Río de la Plata* en las aguas americanas que le dan nombre y en cuyas márgenes residen los beneméritos españoles que en días de terrible amargura para la patria abrieron la suscripción del entusiasmo para donar á su patria este instrumento de su defensa, y no hay asunto alguno que pueda anteponerse á los sentimientos que desborda la noble magnificencia de aquel hecho, al que se debe perpetua memoria y eterna gratitud. Además, la llegada y estancia del *Río de la Plata* á las capitales del Uruguay y de la Argentina, antes de emprender también su larga visita por las costas del Pacífico á los principales puertos de Chile, Perú y el Ecuador, está llena de menudos accidentes, que deben quedar consignados para la historia, siquiera sea en nuestras humildes páginas, ya que á asunto de tal excepcional importancia no ha consagrado ni una sola línea ninguno de los numerosos periódicos políticos y de noticias que en ediciones diarias se publican en Madrid, en Barcelona, en Santander, en Cádiz, en las demás capitales marítimas y mercantiles para las que las relaciones de España con América y sobre todas las que se sostienen con

nuestros propios connacionales allí establecidos, ofrecen un interés que no hay para qué ponderar.

Mientras la pequeña escuadra del Almirante Schley permaneció en las aguas del Plata, extremando obsequios y regocijos en que se dió participación deliberada é indeclinable al Presidente de la Argentina, nuestro hermoso crucero no salió del disfrazado cautiverio á que equivalió la larga cuarentena que se le hizo pasar en Montevideo, á consecuencia de haber tocado en Río Janeiro. El *Río de la Plata* había zarpado de Cádiz el 9 de Diciembre del año anterior; el 16 fondeó en Santa Cruz de Tenerife, donde permaneció veinticuatro horas; el 18 llegó á Las Palmas de la Gran Canaria, para reponerse de combustible y víveres, y el 20 salió para las islas de Cabo Verde, dando fondo en el puerto de San Vicente el día 24. En este puerto recibió su Comandante, el Capitán de fragata don Jacobo Mac-Mahón, la orden de hacer escalas en el Brasil, y hacia sus costas enderezó su rumbo el día 26 de Diciembre, fondeando en Pernambuco el 6 de Enero y saliendo el 14 para Río Janeiro, á donde llegó el 18. Allí tuvo de nuevo que rellenar sus carboneras. Zarpó de nuevo el 20 para la isla de Flores, llegando el 23 á su fondeadero á las diez y media de la mañana y á las cinco de la tarde á la rada de Montevideo.

Puede decirse que desde que el *Río de la Plata* fue puesto en comunicación, la serie de los festejos que se han hecho, así en la capital de la Oriental como en la de la Argentina, no han salido de la mera órbita de nuestra numerosa emigración. Los Gobiernos de una y otra República no han tomado parte en ellos, aunque sí muchas personas particulares de uno y otro pueblo, cuyas simpatías por España se sobreponen á todas las imposiciones políticas del momento. Entre la distinguida dotación militar del *Río de la Plata* y los altos representantes de los dos Gobiernos no se han sostenido, por la intermediación de nuestros agentes diplomáticos cerca de ellos acreditados, más relaciones que las ordinarias de la etiqueta oficial, y todo el honor de los obsequios allí dispensados á nuestros

ilustres marinos se debe á los ministros residentes y cónsules de España y á las Asociaciones de nuestros connacionales.

Durante la estancia del *Río de la Plata* en las aguas de Montevido, los vapores *Solís, Toro, Uruguay, Gallego, Fénix, Virginia, Adela, María Julia* é infinidad de botes y otras embarcaciones menores, no daban abasto, en las horas hábiles, al transporte de visitantes á nuestro hermoso buque. Pueden calcularse en cinco mil visitantes los transportados al crucero de guerra español con dicho objeto. De todas las poblaciones del interior donde residen emigrados españoles se recibieron telegramas de adhesión á las fiestas proyectadas, de las que se destacaron dos actos solemnes: la visita oficial de los representantes de las Asociaciones patrióticas españolas, y la recepción oficial en el *Club Español*. Uno y otro acto estuvieron presididos por el Ministro interino de España D. Fernando Tovía y el Cónsul general D. José Calatayud. En uno y otro acto también se pronunciaron calurosos discursos. A la visita oficial concurrieron unas cien personas, que no sólo representaban las corporaciones sociales de la capital, sino las de Minas, la Florida, Canalones, Cerro Largo y otros puntos del interior. Cuando las presentaciones estuvieron hechas, pasaron á la Cámara los principales representantes, y durante el refresco, el Ministro de España fue el primero que usó de la palabra, recordando la grave situción por que la madre España pasaba en 1896, cuando entre los nobles patriotas, establecidos en las dos márgenes del Río de Solís, se engendró el pensamiento de hacer á la madre común el homenaje de aquel valioso instrumento de guerra. Después de enaltecer las hermosas virtudes del legendario españolismo que adornan las masas honradas de los 400.000 españoles que residen en las Repúblicas del Plata, ennoblecidas en cada uno de sus individuos por los grandes méritos y los grandes premios del trabajo, terminó diciendo: «Podéis estar satisfechos: habéis cumplido con el más sagrado de los deberes, y tenéis merecido el reconocimiento de los más altos Poderes constituídos en Es-

paña, así como la simpatía y admiración de estos queridos países de alma española, que constituyen una verdadera prolongación de nuestra península.» Después invitó á brindar por S. M. el Rey de España, por el Presidente de la República Oriental y por nuestra siempre honrada Marina de guerra y los buenos españoles residentes en ambas orillas del Plata.

A seguida, y por designación de sus compañeros de comisión, habló el Sr. D. Bernardino de Ayala, cuyo extenso discurso puede resumirse en los siguientes conceptos: «Señor Comandante: en nombre de la colectividad española del Uruguay, os doy la más cordial bienvenida y os felicito por vuestro feliz arribo. Esta gallarda nave que mandais representa el esfuerzo patriótico y el desprendimiento generoso de los buenos españoles que, diseminados en las Repúblicas del Plata y unidos en fraternal abrazo por medio de sus representantes legítimos en la memorable asamblea del 20 de Febrero de 1897 en el histórico *Centro Gallego,* la ofrecieron á España como expresión de su patriotismo inextinguible. Aquella asamblea tuvo la virtud de sellar la unión indisoluble entre los españoles del Uruguay con los de la orilla Argentina, confundidos en un sentimiento y un pensamiento común. Nuestra obra común á la vista se halla de esa bella ciudad, que es y será en América siempre como una prolongación de España. Nuestra fe en la patria por esa arma de su defensa se significa, y nuestra esperanza en que el ilustre marino que la manda corresponderá en todo tiempo y circunstancias á la confianza que en él ha depositado el Gobierno de España, y al ejemplo heroico y glorioso que le han dado sus propios jefes de ayer, hundidos en el abismo de las olas, en la defensa del honor nacional, en el puerto de Cavite y en los mares antillanos, son una prenda segura y un voto solemne de que los sacrificios de hoy serán los sacrificios de toda ocasión en que nuestra idolatrada patria necesite del auxilio de sus hijos. Los españoles del Uruguay os ruegan expreséis al Gobierno de S. M., que tan dignamente representais en este pedazo querido de la patria, sus sentimientos de

gratitud por la delicada prueba de cariño que reciben con la visita del crucero *Río de la Plata,* y que le protestéis, en nombre de nosotros, que el amor, el respeto y la admiración que sentimos por aquella patria tan grande, no reconoce límites, y que en todo tiempo habrá de contar aquí, en cualquier lance del destino, con nuestro incondicional apoyo, con la misma fe y con el mismo entusiasmo que hasta ahora. Señor Comandante, hago votos por la regeneración y la grandeza de España, y por que el crucero *Río de la Plata* sea lazo de unión de todas las naciones que hablan nuestro idioma; por vuestra felicidad personal y por la de todos vuestros subordinados; por que sea perdurable la unión de todos los españoles del Uruguay y de la Argentina, en aras de este barco que han construído nuestros esfuerzos mancomunados, y por la ventura de esta tierra también querida que nos asila y bajo cuyas leyes sabias y liberales vivimos felices sesenta mil españoles.»

El Comandante Mac-Mahón, que interrumpió al orador en el pasaje en que le pedía hasta el sacrificio de su vida en la defensa del buque que se le había confiado con un *lo juro* que resonó en todo su ámbito con general emoción, terminó el acto, con nuevas protestas de que «el barco se hundirá antes de arriar su bandera».

La recepción en el *Club Español,* como más numerosa fue más solemne, y á ella asistieron delegados de los españoles de la Argentina y muchos distinguidos uruguayos. Pronunciaron entusiastas discursos el mismo D. Bernardino de Ayala, los Dres. D. Francisco Suñer y Capdevila, D. Baldomero de Cuenca, D. Vicente Cebrián, D. Matías Alonso Criado, D. Manuel Soto Abanza y D. Evaristo Novoa. El Comandante D. Jacobo Mac-Mahón recapituló, y el Ministro interino de España Don Fernando Jovia hizo el resumen. Un periodista uruguayo, Don Hernando de Herrera, en sentidas frases y en nombre de la prensa local, se adhirió en todo á los votos del patriotismo español que rebosó en todas aquellas peroraciones. La prensa de Montevideo, relatando aquel acto, ha escrito en sus periódicos

esta elocuente frase: «Manifestaciones de afecto al suelo natal como las que ha llevado á cabo la colonia española, no tienen precedente.»

***

En Buenos Aires la nota del patriotismo continuó en el mismo temple, es decir, en la misma exaltación. *La Nación,* órgano del General Mitre, reconoce que si el día de la llegada del *Río de la Plata*, «gallarda nave que simboliza en forma tan elocuente los sentimientos de la colectividad que supo realizar este poderoso esfuerzo de desprendimiento y patriotismo», en vez de ser de labor, hubiera sido festivo, la gran demostración hecha á la tripulación del barco habría tomado proporciones considerables. A pesar de todo, la recepción tuvo tal importancia, que fue objeto de las alabanzas generales de toda la prensa de la capital de la Argentina. Acaso hubo accidentes, cuya censura no se vela por los mismos periódicos argentinos que se sienten abochornados de ellos. Por ejemplo, al entrar en la rada majestuosamente luciendo su hermosa silueta, y al pasar frente á la *Maipú,* fondeada en aquélla, el crucero *Río de la Plata* hizo el saludo de ordenanza, disparando con sus cañones de babor y estribor. *La Nación* añade: «Este saludo no fue contestado, porque la *Maipú* no tenía pólvora: *¡hecho bastante censurable, por cierto, en una circunstancia como la de ayer!*» De *La Nación* es también esta otra censura: «La nota desagradable fue dada por la policía de seguridad, la que, como de costumbre, *la emprendió á rebencazos con los curiosos que no atendían con rapidez sus indicaciones.* Debido á estos excesos, varias personas estuvieron á punto de caer al agua.» Acerca de las visitas oficiales, también son de *La Nación* los párrafos siguientes: «El Comandante Mac-Mahón, acompañado de su ayudante el Alférez de navío D. Sebastián Gómez, pasó ayer á saludar en sus respectivos despachos á los Ministros de Guerra y Marina, con quienes cambiaron afectuosas

palabras.—Debido á haber terminado algo tarde el Consejo de Ministros, no pudieron hacer su saludo al Sr. Presidente de la República.» Otro periódico argentino de Buenos Aires juzga *con cierta crudeza* estos pequeños detalles, por lo que ni los copiamos, ni citamos *deliberadamente* su nombre. El General Roca corrigió al día siguiente este accidente casual, y en la visita hecha al otro día al Presidente de la República, presentado el jefe del *Río de la Plata* por nuestro Ministro el señor Arellano, les dispensó una acogida tan cordial y expresiva, que los retuvo cerca de sí por espacio de una hora, en conversación llena de interés y de afectos hacia España, sus instituciones, su fácil regeneración y el destino inevitable de su aún respetable poder.

En Buenos Aíres las principales fiestas y actos en honor de los ilustres marinos del *Río de la Plata* han sido la primera visita de las Asociaciones españolas á bordo; la presentación del Comandante y oficialidad del crucero en la Cámara Española de Comercio; la recepción organizada por el Ministro, señor Arellano, en la Casa de España; la comida íntima ofrecida por el Centro Catalán; la *matinée* musical del Centro Navarro; la recepción en la Asociación Patriótica, y la bendición y entrega de la bandera de combate, regalada y bordada por señoritas españolas de aquella numerosa y opulenta colonia.

Aunque cuando se anunció la llegada del *Río de la Plata* salieron á su encuentro en los remolcadores *Dolí* y *Adriático* los miembros de la Junta ejecutiva de la Asociación Patriótica Española, con su presidente D. Gonzalo Segovia á la cabeza, hasta que el buque fondeó en la rada no se pudieron poner al habla con el Comandante. Entonces la comisión se trasladó á bordo del barco, y después de visitado en todos sus departamentos, el señor Segovia, como Presidente de dicha Asociación, entregó al Comandante, señor Mac-Mahón, una nota escrita, en que, á nombre de la Junta y de todos los donantes, se saludaba en la persona del jefe del buque á *toda la Marina española, ofreciéndole en todos los distintos cuerpos de la Ar-*

mada el tributo de su merecida consideración. La nota referida concluye así: «La significación moral que tiene el crucero *Río de la Plata* es la mejor recompensa que podíamos apetecer por los sacrificios hechos los que ausentes de España, y habiéndola privado del concurso de nuestra inteligencia y del esfuerzo de nuestros brazos, hemos procurado honrarla y servirla en la medida de nuestras fuerzas. Esta gallarda nave es también motivo de orgullo para los ciudadanos argentinos y uruguayos, que tan generosamente respondieron á nuestro llamamiento en circunstancias que no queremos recordar, y hoy se unen nuevamente á nosotros para gritar á vista de nuestra hermosa bandera: *¡Viva España! ¡Viva la Marina española!*»

Cuando al terminar este acto el crucero avanzó hacia la entrada Norte de los diques, la apiñada concurrencia que se había estacionado en los alrededores de los diques 3 y 4, en los depósitos de la Aduana, en los vagones del ferrocarril y en un número incalculable de carruajes, podía calcularse entre 15 y 20.000 almas. Los vivas á España y su Marina ensordecían sin descanso el espacio, y el espectáculo se hizo, según dice *La Nación,* verdaderamente imponente. En todos los rostros, sin excepción de nacionalidades, añade el mismo periódico, «se veía pintado el entusiasmo que suscitaba la llegada de aquel barco costeado por el esfuerzo común de españoles y argentinos, como lo hace constar en su nota la Asociación Patriótica Española. Al pasar frente al *Patagonia*, la banda del cuerpo de marinería que allí estaba ejecutó la Marcha Real española y varios aires españoles, enmedio de atronadores aplausos y vivas, mientras á bordo del crucero se contestaba con la Diana».

Las Asociaciones españolas que tomaron parte en todos los regocijos, y que estuvieron representadas en la recepción solemne del señor Arellano en la *Casa de España* fueron: Asociación Patriótica Española, Club Español, Asociación de socorros mutuos de Buenos Aires, Centre Catalá, Centro Nava-

rro, Orfeón Español, Orfeón Gallego, Submarino Peral, Orfeón Gallego primitivo, Mozos y Cocineros, Centro Valenciano, Socorros mutuos de Lomas de Zamora, Socorros mutuos de Barracas y Buenos Aires, Catalunya y otros. Con sus representantes, todos en gran número, alternaron multitud de personas distinguidas, no sólo oriundas de España, sino argentinos y de otras colonias de los dos mundos; pues desde los últimos sucesos, el sentimiento que la sangre revindica de tal modo se exalta en toda América, que no hay festividad española que no parezca festividad nacional en todos los pueblos de nuestro origen.

Del acto de la bendición y entrega de la bandera de combate, que sin duda ha sido el más conmovedor y solemne de todos, y que se verificó el día 1.° de Marzo, no hemos de consignar aquí más que un solo recuerdo: los versos escritos y leidos por D. Adolfo F. Campo Redondo, que decían así:

Antes de verte flotar
En el mástil, desplegado,
Quiero, pabellón sagrado,
Tu rico escudo besar.
Olas y brisas del mar
Dente arrullos á porfía,
Y cuando en la patria mía
Al aire des tus colores,
Sé mensajero de amores
Que nuestro pecho la envía.
Flamea en el tope izada
De los vientos al embate,
Noble enseña de combate,
Por blancas manos donada.
Y si, tras ruda jornada,
Rota, no vencida, estás,
Y al mar tus girones das,
¡Qué importa, si, en tu victoria,
Con ellos siembras de gloria
La ruta por donde vas!
Lábaro, que ante el calor
Del patriotismo naciste;

Si llega el momento triste,
Del combate entre el fragor,
Que el lauro del vencedor
Te niegue el hado iracundo;
Demuestra soberbio al mundo
Que para rendir banderas,
Tienen rocas las riberas,
Y abismos el mar profundo.

*
* *

Mientras las dos riberas del Plata eran entusiastas testigos de estas patrióticas manifestaciones de otros hijos de España, que acaso tampoco nunca vuelvan á pisar el suelo en que nacieron, ni le ofrecerán la ofrenda de sus hijos y de su descendencia, los periódicos de la capital de la Argentina publicaban las correspondencias del viaje de su fragata *Sarmiento,* y por una rara coincidencia, *La Nación* daba á la estampa, suscrita en Atenas el 22 de Enero, la relación de la visita hecha á Manila, la capital de nuestras perdidas Filipinas, y las demostraciones de fraternal amor que allí recibieron los marinos argentinos de la población española que ha quedado asida á aquel suelo, hoy extranjero y aniquilado por una contienda contra la cual también debieran levantarse los gritos y las protestas de la humanidad, tanto al menos como en favor de los republicanos del Africa contra Inglaterra, y más, mucho más que el artificio humano lo levantó contra España durante las guerras coloniales, que atizó con manos ocultas la vil perfidia de una ambición desacertada. Al corresponsal de *La Nación*, á bordo de la *Sarmiento,* que aunque no suscribe sus interesantes cartas á dicho periódico, todos en Madrid saben que es el cirujano de dotación D. Prudencio Plaza, debemos en estas correspondencias dos revelaciones á cual más importantes: la del espíritu de calurosa fraternidad que se despierta donde quiera que se encuentren, entre todo español y todo ciudadano de alguna de las Repúblicas hispano-americanas, y el estado

de desolación en que se hallan las islas Filipinas bajo la dominación de los norteamericanos, los cuales, después de tan larga y costosa guerra, ni adelantan un solo paso en su conquista, ni poseen, incluso en la capital, más suelo que el que pisan, y cuyas enormes pérdidas, en un ejército de 40.000 hombres, que constantemente se refuerza, llegan al 30 por 100 continuo, á causa de las enfermedades del clima, y á cerca de otro 30 por 100 constante por los lances de una guerra de inenarrable ferocidad y constancia; pues dígase lo que se quiera, ni las leyes de la civilización se observan rigorosamente por ninguno de los dos combatientes, ni los Estados Unidos alcanzan por medio alguno, ni los políticos, ni los rigorosos de la guerra, dominar una población de nueve millones de habitantes, todos en armas, y cuya sumisión nunca es efectiva, ni aun cuando en las poblaciones que se ocupan el vecindario indiferente se parapete en la ordinaria labor de sus trabajos agrícolas y de sus artes.

En su gira por la ciudad de Manila, los argentinos la encontraron completamente paralizada en su vida social y mercantil, asediada de continuo por un enemigo tenaz que la hostiliza siempre de cerca y sin descanso, y convertida en un campamento, donde la soldadesca brutal es la única dueña de la situación. Al paso del Pasig por el hermoso puente de España, su ancho paseo de jardines acusaba los horrores de la desolación. En el vestíbulo del que fue palacio de la Gobernación, la estatua de Sebastián de Elcano, por los suelos, clamaba contra la nueva barbarie que ha vencido los signos de la civilización de España y trata estérilmente de sustituir en aquella que fue nuestra más preciada conquista la barbarie de la raza indígena con la barbarie del poder y del dinero. La *Luneta* quedó sin árboles, sin parques, sin macizos. Todo patentiza la iniquidad de la imposición de una dominación amasada con el engaño, conseguida por la astucia y ultimada por la audacia de un vencedor sin ninguna rectitud. Pero al lado de este aspecto de la nueva situación de las islas Filipinas, al pasar, por

el tratado de París, del dominio de España al de los Estados Unidos, los marinos argentinos pudieron penetrar lo difícil que á éstos ha de ser consolidar allí su imperio efectivo. Respecto á las condiciones de la humana habitación, el corresponsal de *La Nación* escribe: «El clima es húmedo y caloroso en extremo, y en unión con la disentería, paludismo y beriberi, es un azote para toda la población que no sea indígena. El hombre de raza blanca que escapa á estas enfermedades, á la larga, si no pone el mar de por medio, es atacado de una anemia lenta y progresiva que le aniquila y destruye todas sus energías, siendo rarísimos los ejemplos de los que se aclimatan y conservan fuertes en el archipiélago después de tres ó cuatro años de estancia en él. El ejército americano (40.000 hombres) tiene enfermos en los hospitales el 30 por 100 de su total contingente».

La guerra se describe de este modo. El éxito de los tagalos consiste en pelear en guerrillas, no dejándose copar ni dando batallas campales. Sus auxiliares son el clima, las fiebres y la disentería. En sus pequeñas poblaciones, cuando llega una columna de los norteamericanos, encuentra á todo el mundo ocupado en sus faenas, gente tranquila que se presenta como amiga de las fuerzas extranjeras. Continúa su marcha el destacamento, después de haber comunicado á Manila, y de Manila á Hong-Kong y Nueva York, que tal población se tomó sin resistencia; pero aún no han andado dos millas, cuando empiezan á ser hostilizados, á veces desde invisibles trincheras, perdiendo gente á mansalva. ¿Quiénes son los enemigos? Los mismos del pueblo que acaban de dejar. Vuelven de nuevo para asistir á sus heridos, y encuentran otra vez á aquellas sencillas gentes, que han escondido sus armas, y que los vuelven á recibir con las mayores muestras de fino amor y respeto. De modo que los soldados de Aguinaldo no se reducen á los que le rodean, sino á toda la población, que se calcula en unos nueve millones.

Los norteamericanos, añade el corresponsal de *La Nación*

de Buenos Aires, han comenzado por tomar prisionero á todo el mundo. Pero por una parte, ¿podrán así cautivar ó extinguir con la muerte una población de nueve millones de hombres? Por otra, este procedimiento que se emplea por los norteamericanos en Filipinas, ¿difiere en algo del de los reconcentrados de Cuba, que fueron causa de que se levantaran contra España los gritos universales de la causa de la humanidad, y que sirvieron para la declaración de la guerra por el Gobierno de Washington á la secular soberana de la gran Antilla? Más dignos son los tagalos, en la guerra que se les hace, de la conmiseración humanitaria de los pueblos civilizados, que los mismos *boers* de África en su guerra con la Gran Bretaña. Los tagalos también luchan por su independencia, y la defienden con tanta más razón, cuanto que después de haber sido corrompidos durante tres años por la continua sugestión de los agentes norteamericanos para que se levantaran contra España, como Aguinaldo ha escrito en su manifiesto, han sido engañados por el que los corrompió. El corresponsal de *La Nación* termina esta parte de la carta á que aludimos con estas notables palabras: — «Es indudable que la guerra hoy día se hace con muchísimo odio: dominar á los tagalos será muy difícil, porque tienen muchas armas y víveres no les faltan, pues viven con un puñado de arroz cocido, que allí llaman *morisqueta*..... Al decir de todo el mundo, los Estados Unidos necesitarían poner en Filipinas 200.000 hombres para llevar con éxito la guerra y hay que tener en cuenta que el soldado americano es muy caro, pues exige pan fresco, carne congelada traída de San Francisco en frigoríficos, gana setenta y cinco dollars por mes, y cuando ha cumplido sus tres meses de voluntario exige, y lo consigue, que le vuelvan á su casa.»

La llegada de los marinos argentinos á Manila fue un motivo de indescriptible alegría para los españoles que residen en la capital de las islas Filipinas. Todas sus Asociaciones antiguas, el Casino, el Ateneo y la Cámara de Comercio, donde

aquella sociedad entristecida se halla también *reconcentrada,* es decir, unida y aislada, los acogieron con verdadero entusiasmo y fácilmente se estableció entre unos y otros una corriente de simpatía que exaltaba el calor de la sangre y del habla común. Al día siguiente de la llegada de la *Sarmiento* á aquellas aguas, supo que se hallaba en Manila la comisión militar presidida por el General Jaramillo, encargada por el Gobierno español de liquidar las propiedades del Gobierno de la Península en cumplimiento del tratado de París. El Comandante Betbeder envió un guardia marina á saludarla y pedirla hora de hacerlo personalmente, á lo que el General Jaramillo gallardamente respondió presentándose él primero en el buque escuela de la Argentina. Desde aquel momento empezaron aquellos actos de expansión fraternal, que los marinos de la República mayor del Plata han consignado como una de las efemérides más gratas de su larga expedición. Los socios del Ateneo, en su obsequio, les dieron dos funciones de teatro, en una de las cuales, hermosas niñas de la colonia española, mestizas y filipinas, representaron luciendo en sus *toilettes* escarapelas y emblemas argentinos en unión con los colores españoles, y el Casino Español les dió un espléndido banquete, en el que, á indicacion del General Jaramillo, se invitaron *por primera y única vez* las autoridades superiores norteamericanas. «La fiesta—dice el corresponsal de *La Nación*—fue todo un éxito, como no podía menos de suceder, dada la gentileza de los invitantes y la mutua simpatía despertada entre personas de la misma raza que se unían sin *arrière pensée* á las nobles aspiraciones del corazón.» El coronel Carbó, en los brindis, y el Comandante de la *Sarmiento,* cambiaron en sus discursos conceptuosos recuerdos para España.

«Supimos, dice por último el corresponsal de *La Nación*, que era *la primera vez* que, fuera de los actos oficiales, se hallaban reunidos españoles y norteamericanos.»

***

Estos recuerdos vivos palpitaban en el alma de los tripulantes de la *Sarmiento*, cuando en pleno Mediterráneo, después de recibir los homenajes de Italia en los banquetes del Círculo de la Marina, de la Municipalidad y del Vicealmirante José Palumbo, Comandante del departamento marítimo de Venecia, el banquete del Vicealmirante González, Comandante del departamento marítimo de Nápoles, de haber asistido en Roma al banquete del Rey Humberto en el Quirinal, y de habérsele tributado otros agasajos semejantes en el puerto de Maddalena, en la isla de Cerdeña, y en el arsenal de Spezzia, á donde fue á recibirlo el Ministro de Marina, Vicealmirante Bettolo, al dirigirse á la última península mediterránea, aparecían delante de Barcelona, nuestra primera capital fabril y comercial. Dígase lo que se quiera, en cuantos países la *Sarmiento* ha tocado en los quince meses que lleva de navegación, hasta sin excluir á la misma Italia, los marinos de la Argentina han encontrado amigos, todos admiradores de la nueva potencia naval atlántica que aparece casi al término del dilatado continente del Sur de América, y cuyo poder tantas esperanzas nutre para la inviolabilidad y subsistencia de la raza española en el mundo que descubrió y á que dió vida; pero al llegar á las aguas jurisdiccionales de España los nobles marinos argentinos debieron sentir la emoción de los que llegan á una segunda patria. De este mismo concepto de fraternidad encontraron imbuído en la capital de Cataluña y en toda España el sentimiento común: de tal manera, que al volver á la tierra lejana que les dió cuna, y al relatar las pruebas de distinción y cariño en Barcelona y en Madrid recibidos, tendrán que testificar que, aun habiendo tomado parte principal en ellas el Trono, el Gobierno, todas las instituciones públicas, todos los obsequios dispensados han sido discernidos por el movimiento y la corriente de la opinión, á cuya inspiración bizarra y acertadamente han respondido el Trono, el Gobierno y todas las instituciones públicas del país.

Los tratados de reconocimiento, paz y amistad sucesiva-

mente suscritos entre las antiguas provincias independientes y la antigua Metrópoli, los que nutren las favorables condiciones del comercio recíproco y las relaciones de la vida internacional y civil, son las fórmulas oficiales y ceremoniosas de la reconciliación de las diversas ramas emancipadas de una misma familia con el hogar de donde recibieron vida, sangre, nombre, historia, educación, literatura y fe. Acaso en las grandes festividades centenarias del descubrimiento de Colón se dió el primer paso del corazón para estrechar el abrazo apetecido de familia. Pero aquel abrazo se daba y recibía en presencia de un mundo extraño que venía á ser el coro universal de una gran fecha; mientras que la llegada á nuestros mares de un instrumento de poder, de cultura, de progreso, como el que la *Sarmiento* simboliza, viene como á recibir de España, nutrida de las tradiciones de once siglos, la solemne investidura de la historia y los destinos que prosigue y de la herencia señorial que le toca. No, no era sólo á Barcelona á quien correspondía recibir, agasajar y exaltar á los marinos argentinos en aras de la recíproca relación de los intereses que engendra la cada vez más frecuente y progresiva comunicación del comercio. Era á Madrid, la capital política de la Monarquía, á la que se imponía la consagración de esta nueva existencia que de su existencia emana, y que está llamada á proseguir en América los destinos ya seculares que nos reconoce espléndidamente la Historia. Era preciso que al desaparecer España de aquel suelo que amasó y fecundó con su sangre, abriéndolo á las vías de la civilización, la raza de nuestra sangre que allí se ha engendrado no quedara huérfana y amenazada de ambiciosas absorciones, y la Argentina, improvisando el poder naval de que la *Sarmiento* es muestra, se adelanta á recoger la herencia de protección para toda la raza de que España fué vínculo y nudo, mientras su gloriosa bandera pudo tremolar sobre algún fuerte de los que ella construyó con su constancia y glorificó con sus heroismos. La *Sarmiento* y los nobles marinos que la tripulan, llevan de España este signo de consagra-

ción para los grandes destinos que el porvenir ofrece á la República patriarcal de donde procede. ¡Quiera el cielo que la Argentina siempre entienda bien su papel!

Por lo demás, la descripción de las fiestas que en Barcelona y Madrid se han hecho en honor de los marinos de la fragata escuela *Sarmiento,* no es á la *Revista hispanoamericana* de La España Moderna á quien toca bosquejarla. Toda la prensa de publicación diaria lo ha hecho, y en toda se han expresado elocuentes conceptos acerca de los sentimientos de fraternidad con que España los ha recibido, de los anhelos de unión que á todos los exaltan y de los grandes destinos todavía reservados en la Historia á esta aproximación de toda la raza, en la natural defensa que á toda ella para su conservación imponen las claras perspectivas del porvenir. Sumamos en los dos mundos cerca de ochenta millones de hombres civilizados, que procedemos de un tronco común, que comulgamos en una misma fe, que hablamos un mismo idioma, que ostentamos el glorioso abolengo de una misma historia y tendemos la mirada hacia los horizontes civilizadores de un mismo porvenir. ¡Hostilizados en detalle, seremos vencidos! ¡Fortificados con la unión, seremos inabordables! ¡Fraternidad y unión! he aquí el clamor intenso de las almas españolas en los dos hemisferios.

En los problemas pendientes, los cubanos, ayer nuestros rebeldes, hoy nuestros hermanos, aún luchan por su independencia: su causa es ya la causa de todos los de su raza. Los tagalos del Asia, ayer nuestros rebeldes, hoy nuestros hermanos, luchan por su independencia: su causa es ya la causa de todos los de nuestra raza. Desde las fronteras septentrionales de Méjico hasta las islas que demoran en el último extremo austral del vasto continente de los Andes, no hay más, para nosotros, que problemas de raza. Estos problemas se controvierten por otros intereses como se quiere, porque nuestra raza está dividida, porque en ella sobrevienen las rivalidades interiores y las rivalidades exteriores, y porque hasta cuando tratan de dirimirse pacíficamente los problemas que engen-

dran estas rivalidades, se acude al arbitraje de los enemigos, que se gozan con profundizar cada vez más nuestras divisiones de familia. ¡Pensemos alto! ¡Sintamos hondo! ¡Hablemos claro! Nuestra raza está sentenciada si ella misma no se defiende. ¡Unámonos para la común defensa! ¡Aún somos ochenta millones de hombres en todas las partes del mundo! ¡Falta, falta una mano que los recoja y condense en una aspiración común! ¿Cuál será esa mano? España será siempre la madre; pero España está vencida. El núcleo de esos intereses no se discute hoy, ni se combatirá mañana en nuestro continente ni en nuestros mares. ¡Naciones jóvenes hispano-americanas! Vuestros destinos son los que van á combatirse. ¡Tended la mirada á la Argentina, cuya graduación de potencia naval del Atlántico España consagra y bendice!

A esta consagración han tendido todas las manifestaciones entusiastas de Barcelona y de Madrid en la visita de los marinos de la *Sarmiento* casi al término de su viaje de circunvalación. En Buenos Aires el 1.° de Mayo último, en la solemne entrega de la bandera de combate para el crucero *Río de la Plata*, la palabra sentida de una Belona española decía á nuestro Capitán de fragata D. Jacobo Mac-Mahón: «Señor Comandante: tenemos el honor de depositar en vuestras manos esta bandera, emblema perdurable de gloria, que entregan confiadas al honor de los marinos de la patria damas argentinas, uruguayas y españolas, para que ondee en ese buque este testimonio de amor á España que le han ofrecido sus hijos residentes en esta República, y los americanos que con ella sienten sus dolores y se enorgullecen con su historia. Antes de desprendernos de la sagrada bandera hemos besado su escudo llenas de respeto, de amor, de esperanza. Besadla vosotros con los mismos sentimientos que rebosan en nuestros corazones, y en ese beso irán unidos nuestros anhelos por la prosperidad de España y vuestros esforzados alientos para conseguirla. ¡Marinos españoles: manos femeniles os estregan esta bandera; vuestras varoniles manos, vuestros valiosos co-

razones sabrán sostenerla siempre con honor!» El Comandante Mac-Mahón lo juró, y su promesa ha resonado en el corazón de España, que sueña frenética en su regeneración.

En Madrid, en cambio, los marinos argentinos han escuchado estas palabras en el cordial banquete de la prensa: «Encontraréis á cada paso poblaciones de mayor esplendor, homenajes de superior magnificencia; pero ciertamente que en vuestra memoria se abrirá paso el recuerdo de un pueblo de vuestro mismo origen, cuna de los apellidos que ostentáis, y aun del propio nombre del buque por vosotros tripulado; de un pueblo que os tiende los brazos anhelante de sellar amistades que pide la historia común, y que acaso, acaso aconsejan riesgos del porvenir, comunes también» (1).

El Ministro de S. M. la Reina de España, Presidente de su Consejo y titular del Ministerio de Relaciones Exteriores, puso remate á estas manifestaciones con estas palabras: «Los trabajos de la prensa son las avanzadas de la obra del estadista. La República Argentina está llamada á altísimos destinos. Por ellos, como hermanos, hacemos fervientes votos.»

¡Quiera Dios que en la Historia pueda marcar una efeméride inolvidable la visita de los marinos argentinos de la *Sarmiento* á su madre España!

Iob.

---

(1) Palabras del director de *El Imparcial*, Sr. Gasset, en el banquete ofrecido por la Prensa á los marinos del *Presidente Sarmiento*. (N. del D.)

CRÓNICA LITERARIA

Novelas: Gondar y Forteza, por el Marqués de Figueroa.—Pequeñas miserias, por D. Carlos María Ocantos.—La prima Juana, por D. José de Elola.—De la tierra canaria; La deuda del comandante; Los inertes, por D. Luis y D. Agustín Millares Cubas.

El Marqués de Figueroa no *clasifica* su nuevo libro *Gondar y Forteza*. Deja al lector que lo encasille en el género literario correspondiente. La portada reza solamente el título, el nombre del autor, y, á manera de lema, estos dos versos de Lamas Carvajal:

Relembranzas de tempos que foron
van vindo á memoria.

Remembranzas de tiempos pasados, recuerdos de cosas, de sucesos y acaso de personas reales hay, en efecto, en esta obra literaria, y son sin duda parte muy principal de la misma; pero tales memorias son el cimiento de una acción novelesca, y novela es en resumen *Gondar* y *Forteza*, aunque el autor haya atendido más á pintar un *medio* que á desarrollar un *drama*, en sentido de acción, no de catástrofe, pues ésta no falta en el final del libro, sin que en ella se eche de menos ninguno de los requisitos de lo trágico.

Forteza es una antigua ciudad española (Santiago, según algunos); Gondar, el valle comarcano, el *campo* de *Forteza*. No pinta el novelista un cuadro de la oposición entre la vida

rural y la vida urbana. Gondar y Forteza viven en buena armonía; más que en buena armonía, viven una misma vida.

El valle es como la expansión de la ciudad; está como el centro nervioso, ó como la cabeza de aquél. Otra clase de luchas ha querido presentar el Marqués de Figueroa en su libro: las luchas políticas entre revolucionarios y tradicionalistas, que han dado asunto á tantas páginas de nuestra historia contemporánea, escritas las más con sangre, dictadas casi todas por la violencia.

La acción de este libro se desarrolla en uno de los momentos críticos de esa lucha, en la época de la revolución de Septiembre, pero el autor no nos hace asistir, como Galdós en su nueva serie de los *Episodios*, á escenas de la guerra civil ventilada en los campos de batalla, sino á la guerra civil incruenta de intrigas y vejaciones mutuas que se hacen los dos bandos en Forteza, vetusta ciudad de los recuerdos, donde la revolución tenía que ser por fuerza planta exótica, fenómeno extraño en aquel ambiente de tradición y supervivencia de lo pasado.

No ha sido, al parecer, el propósito del autor profundizar en los caracteres de esa lucha, ni tomarla como asunto principal y directo, sino tan sólo evocar algunos recuerdos de ella, pintar un momento de la vida de Forteza, animado por una acción novelesca. El carácter de recuerdos personales que parecen tener muchas descripciones de *Gondar y Forteza*, les da cierto sabor íntimo, cierta patina melancólica semejante á la que pone el tiempo en los objetos materiales. Los cuadros que nos presenta la memoria parecen á veces como paisajes lejanos alumbrados por una puesta de sol.

En una novela como esta, en que la acción es sencilla y escasa y la pintura del medio ocupa mucho espacio, es natural que abunden las descripciones de lugares, personas y escenas, como en efecto abundan, habiendo entre ellas algunas muy primorosas y acabadas. Tales son, por ejemplo, la de la catedral y la de la feria, tan diferentes por su asunto y por el gé-

nero de expresión que cada una reclama: en la una la quietud, lo estático de un monumento arquitectónico, en la otra el movimiento y la animación de una fiesta popular. Estas y otras descripciones contribuyen á afirmar más y más la creencia de que el autor cuando dice que su trabajo «es, sobre todo, recuerdo é impresión, en que á lo acaecido se mezcla lo imaginado», no usa de una ficción retórica de las que suelen ser comunes entre novelistas, sino que expresa verdaderamente la índole de su obra. Dejan, en efecto, sus páginas la impresión de *cosas vistas* y *sentidas*, se desprende de ellas ese indefinible aroma de verdad que hace que el lector, aunque por ventura no haya visto lo que en algún libro se describe, pueda discernir, como por intuición, lo real de lo fingido, lo que vió y sintió verdaderamente el escritor, de aquello otro que tomó de la tradición literaria ó de los lugares comunes de la retórica dominante.

También los personajes de *Gondar y Forteza* dejan esa misma impresión de sinceridad y de verdad. Algunos de los retratos de estos personajes son verdaderamente magistrales y rebosan realidad, sin que por esto haya de entenderse que sean tales retratos de personas de carne y hueso, sino que están de tal suerte concebidos y encajan tan bien en el *medio* que pinta el Marqués de Figueroa, que son las personas posibles de la acción, las personas que *debieron* existir dentro de los muros de Forteza y en los campos de Gondar, aunque los originales no fuesen enteramente semejantes, en todas sus circunstancias individuales, á los tipos que el autor describe. Como en las obras de la fantasía entran siempre materiales de la realidad más ó menos transformados en diferentes elaboraciones mentales, es probable que haya en los retratos de aquellos personajes algunos rasgos tomados, en efecto, de personas de la vida real.

Dejando este punto, que sería una investigación histórica completamente ociosa tratándose de una obra de imaginación y de recreo, débese consignar también, en elogio del autor y del libro, la noble imparcialidad, el sereno juicio, la *objetivi-*

dad con que se desenvuelve allí asunto tan abonado para despertar la pasión de partido ó de escuela, como es el de esta obra. No se trata de cosas arcaicas que hayan entrado ya en el dominio de la mera curiosidad, sino de luchas vivas que duran aún y durarán por mucho tiempo, y en las cuales se necesita la impersonalidad subjetiva del filósofo ó del artista para llegar á colocarse en la posición de espectador neutral, pero más inclinado á la benevolencia que al odio.

He dejado para lo último otro de los principales méritos de *Gondar y Forteza:* su excelente forma literaria, su elegante y castizo lenguaje, cuya esmerada lima revela buen gusto, cultura, verdadera iniciación en las letras. Hay escritores muy espontáneos, cuya locución, descuidada é incorrecta, resulta bella, sin embargo, por lo expresiva. Esto es cuestión de inspiración; mas la inspiración no excluye al arte, y el arte es la lima, el retoque de la frase, la depuración del estilo.

***

Si en estas revistas hubiera precisión de perseguir la actualidad como en los periódicos diarios y lo consintiera el espacio que media entre uno y otro número de La España Moderna, podríamos decir que ahora que lo argentino ha estado de moda con motivo de la estancia en Barcelona y Madrid de los oficiales del *Presidente Sarmiento*, era la ocasión más oportuna para hablar de una novela argentina. A propósito de cañonazos.....

No necesita esta recomendación de la actualidad el señor Ocantos, que es uno de los buenos novelistas de la América española, no muy numerosos, al menos los de que yo tengo noticia. Ni la necesita tampoco su reciente libro *Pequeñas miserias*, tomo IX del de las *Novelas Argentinas* que aquel escritor viene publicando y uno de los mejores de la colección, para mi gusto.

En su colección de novelas, presenta el señor Ocantos los

diversos aspectos de la vida argentina, á la manera que Galdós en sus *Novelas españolas contemporáneas* ha sido el cronista de nuestra sociedad española, y principalmente madrileña, del último tercio del siglo: el historiador de los que no tienen historia.

Claro es que en estas novelas de costumbres, hay un elemento de color local, que sólo puede ser bien apreciado por el público de la localidad ó del país cuyas costumbres se describen. Así, en las novelas argentinas del señor Ocantos, todo lo que es pintura de particularidades locales, de hábitos sociales, de tipos bonaerenses ó provincianos, de lugares determinados, tiene de seguro mucho mayor interés para los compatriotas del novelista que para el público español, el cual desconoce, por lo general, esas costumbres locales, y sólo puede *presentir* la fidelidad de la pintura, mas no juzgar de ella con arreglo á la experiencia. Es lo mismo que, en mayor ó menor grado, según el de las diferencias de manera de ser que nos separan de otros pueblos, nos ocurre con las demás novelas extranjeras. Sólo las francesas constituyen, hasta cierto punto, una excepción por el carácter cosmopolita de París y por ser la literatura francesa la más difundida en Europa, y Francia la nación *más conocida* fuera de sus fronteras, sobre todo para los españoles, que apenas conocemos otra, como no sea traducida al francés ó por conducto de libros y periódicos franceses.

Prescindiendo de esto, que es un accidente en la generalidad de las novelas, pienso que así el público argentino como el español juzgarán la nueva novela del Sr. Ocantos como una de las mejores de la serie. Entre los principales méritos que, á mi juicio, tiene esta obra, figura la proporción perfecta que guardan todas sus partes entre sí. Como equilibrio, como composición *arquitectónica,* digámoslo así, pocas novelas superan ni aun igualan en este punto á *Pequeñas Miserias*. No sé yo si parecerá extraño que se dé importancia á esta cualidad. En las artes plásticas se aprecia más fácilmente la necesidad de la

proporción; pero, aunque menos visible en la literatura, no deja de existir en ella esta misma necesidad. Los escritores que acostumbran á *planear* detenidamente sus obras, saben á qué atenerse en este punto. Y también el público lo sabe, aunque sea indirectamente y de un modo negativo, advirtiendo el vicio de que adolecen las obras desproporcionadas, ya por una exposición demasiadamente difusa, que no corresponde con las proporciones exiguas del nudo y del desenlace, ya por digresiones excesivas, ya por el desarrollo anormal de cualquiera otra de las partes. Por el contrario, descansa y se deleita el ánimo en una obra literaria en que reinan la armonía y el equilibrio de las diversas partes.

Dejando este punto, que es de los que corresponden á la *técnica* literaria, aunque ésta no puede dar más que reglas muy generales respecto del particular, tiene además otros méritos la novela del Sr. Ocantos. Creo haber dicho ya, á propósito de alguno de los anteriores tomos de sus *Novelas Argentinas,* que el autor es uno de los escritores de América que escriben en más correcto castellano, al par que uno de los novelistas que mejor dominan la forma dramática ó semidramática (de acción, no de relato) de la novela moderna. *Pequeñas Miserias* confirma este juicio, y no hay que formarlos temerarios guiándose por el título, que á primera vista no parece muy castellano.

Nos presenta el Sr. Ocantos en esta obra escenas de la vida de la aristocracia territorial argentina. Gran parte de la acción sucede en una *estancia,* ó sea en una hacienda ó casa de labor en grande. Algunas escenas campestres que traza el novelista, como la de la invasión de la langosta, tienen mucho color, símil pictórico, á la verdad, muy gastado, pero que acaso lo está y acaso se use y se abuse tanto de él por lo mismo que es expresivo, que ofrece una representación gráfica á la fantasía. El novelista quiere sugerirnos, en efecto, el *color* de las cosas reales que describe, evocar en la fantasía una como visión de las formas de la realidad.

Las *Pequeñas miserias* que sirven de asunto al Sr. Ocantos no consisten en los desvelos y contrariedades de la lucha del agricultor con la naturaleza. La vida rural no es el medio necesario de la acción novelesca que en esta obra se desarrolla; lo mismo podría haberse desarrollado esa acción en Buenos Aires que en el Trigal, la estancia de los opulentos Esquendos. Las *pequeñas miserias*, los alfilerazos de la vida, que forman la materia de esta novela, son todas de orden psicológico. Un matrimonio por interés, una mujer hermosa que se casa con un hijo de familia rica, enfermo y nada seductor; la lucha doméstica contra la advenediza, contra la esposa, por parte de las parientas del marido, lucha feroz de faldas, suave en las apariencias, pero cruel é implacable en el fondo; todas esas perfidias de cuñadas y de suegras, que parecen predestinadas á ser un tema cómico, pero que en la vida real amargan la existencia y convierten el vínculo matrimonial en odiosa cadena, forman el asunto de la novela del señor Ocantos.

Victoria, la protogonista; *misia* Justa, la terrible abuela, el dictador con faldas de la casa de los Esquendos; Melchora; Josecito, el marido; la niña Pastorita, son figuras de gran relieve. También los personajes secundarios están, por lo general, retratados con mucha discreción, sin pinceladas de brocha gorda para caracterizarlos, sin ninguna de esas exageraciones de mal gusto que suelen verse en no pocas novelas, cuyos autores se figuran que el público no ha de entender á los personajes si no le son presentados con abultada máscara, á modo de histriones antiguos.

En suma: el libro del Sr. Ocantos es una novela muy interesante. Para elogiarle no hay que pedir alientos á la fraternidad hispanoamericana.

*
* *

Otra novela, y va de novelas: *La prima Juana*, del señor D. José de Elola. Un novelista que empieza y que, por lo vis-

to, empieza con grande entusiasmo, pues en poco tiempo ha dado á la imprenta dos novelas: *Eugenia* y *La prima Juana*, esta última en dos tomos. Sus libros tienen cierto aire lejano de familia con las novelas que tantos lectores tuvieron en su tiempo, de Pérez Escrich y D. Antonio Flores, pero las del Sr. Elola están escritas con mayor cuidado, y tienen, naturalmente, espíritu más moderno. *La prima Juana* me parece superior á *Eugenia* y revela un progreso considerable en el autor. Aunque la novela es poesía, no puede decirse en absoluto que el novelista *nace*. El novelista suele nacer..... con defectos, en el mundo de las letras. Una primera novela acabada es cosa rara. En este género, como en la historia, sirve de mucho la experiencia.

La prima Juana tiene uno de los principales atractivos que puede tener una novela para la gran mayoría de los lectores de esta clase de obras: interesa y mantiene viva la curiosidad. La psicología de los personajes es sencilla. De las dos grandes fuentes en que se inspiran las producciones literarias, la tradición de cada género, los libros, y la observación de la realidad, parece que el autor de *La prima Juana* ha atendido más á la primera, por lo cual hay algo de convencional en ciertos personajes y ciertos pormenores de su obra; pero tampoco falta de vez en cuando en el curso de la novela alguna pincelada que revela observación é interpretación acertada de la realidad. Las rencillas y murmuraciones de la sociedad de los pueblos que no son ni *corte* ni *cortijo*, están *vistas* con exactitud y descritas con amena sátira. La intriga de la obra es una intriga amorosa, que después de diversas peripecias acaba bien, si es buen término acabar en boda. ¡Que sean muy felices los novios y que la próxima novela del Sr. Elola señale otro adelanto semejante!

***

D. Luis y D. Agustín Millares Cubas, dos hermanos que escriben en colaboración, como lo hacen en Francia Paul y Víctor Margueritte é hicieron los Goncourt, han publicado recientemente un libro interesante. Pertenece á una colección, titulada *De la tierra canaria,* de la cual colección se han publicado otros dos tomos anteriores que no he tenido ocasión de leer. El último comprende dos obras: *La deuda del Comandante,* novela dialogada á la manera de *Realidad,* de Galdós, si es que no la consideramos como drama poco *representable,* y *Los inertes,* una novelita, cuyo asunto es muy real..... y muy poético, pues la poesía no se nutre sólo de quimeras. Los inertes son los que no tienen fuerza de voluntad para seguir la senda de sus ilusiones, para dirigir su vida por el camino del deseo. ¡Inmensa mayoría que no cultiva el *único* de Stirner y se contenta con lamentar en las horas de tedio y de melancolía el vacío de una existencia cuyo curso han guiado conveniencias sociales, razones de familia, estímulo de la necesidad, toda la extensa serie de los motivos exteriores, ajenos al impulso íntimo y hondo de la voluntad individual, vencida y resignada!

Ambas obras están escritas con corrección. Además de buen estilo, hay en ellas ideas. ¡Estilo é ideas! es cuanto puede exigirse para otorgar en justicia la patente de literato.

E. Gómez de Baquero.

REVISTA DE REVISTAS

SUMARIO.—Filosofía: «La verdadera vida» de Tolstoi.=Literatura: Edmundo Rostand.—La «Resurrección» de Tolstoi.=Biografía: Siluetas parisienses: Sully Prudhomme, Emilio Faguet, Huysmans.=Sociología y política: El clericalismo.—El feminismo en Francia y Alemania.=Impresiones y notas: Moreno Carbonero y la Rattazzi.—La nueva secta de la «Iglesia del Dios vivo».—Los automóviles en el ejército.—El lenguaje de los monos.—Lo que leen los estudiantes de Berlín.

FILOSOFIA

«La verdadera vida» de Tolstoi (1).—Titula Tolstoi la sexta parte de su libro, tal como lo traduce la *Nouvelle Revue Internationale*, de París, «La lucha contra los pecados».

Aun emancipado de las mentiras de la fe y de las seducciones,—dice Tolstoi—no puede el hombre evitar los pecados; sabe que la misión de su vida es únicamente servir á Dios; pero por hábito comete pecados que impiden á su amor manifestarse y realizar su verdadera dicha. Para luchar con estos hábitos hay dos medios: considerar las consecuencias del pecado y luchar contra los pecados según su importancia. Para lo primero, jamás debe olvidarse que la dicha personal es imposible si el hombre la tiene por objetivo único; para lo segundo, conocida la importancia de cada pecado y los lazos de

(1) Véase el número de La España Moderna correspondiente al mes de Febrero último.

unos con otros, no debe lucharse con un pecado hasta haber vencido aquel en que tiene su raiz.

El hombre no puede librarse de ningún pecado si cae en el de la embriaguez; ni puede evitar el pecado de la lucha si comete el de la apropiación; ni éste, si incurre en el de la ociosidad; ni el de la lujuria, si comete el de sensualidad y ociosidad; ni el de apropiación, si se entrega á la sensualidad. Siempre debe lucharse contra todos los pecados, pero para luchar con éxito debe graduarse el ataque.

El pecado que hace imposible la lucha es el de la embriaguez, sea proporcionada por los narcóticos ó por la pompa de las solemnidades ó por la de los movimientos exagerados; el hombre así embriagado no puede luchar contra la ociosidad, la sensualidad, la lujuria ni la ambición, importando librarse ante todo de este pecado capital. Enseguida hay que atacar el de la ociosidad, pues sólo así se tendrán fuerzas para vencer la sensualidad, la venalidad, la ambición y la lujuria. Tras de aquél debe combatirse el de sensualidad, tras éste los de venalidad, ambición y lujuria.

¿Cómo se lucha contra estos pecados? Dominando ante todo las manifestaciones de los mismos que no han llegado á formar hábito, y luchando enseguida contra los hábitos y tradiciones pecaminosas y los pecados innatos. Luchará contra la *embriaguez*, comenzando por no provocar este estado; si tiene ya ciertos hábitos, autorizados y aun exigidos por el medio en que vive, no los aumente con otros nuevos: si fuma tabaco, no fume opio; si bebe vino, no beba ajenjo; si celebra ciertas fiestas, no instituya otras; hecho esto, reobre luego contra los hábitos ya adquiridos, y acabará por llegar á la plena conciencia de su yo, y á la verdadera vida.

Luchará contra la *ociosidad,* convenciéndose de que el placer del reposo sólo existe después de trabajar; comenzará por no evitar el trabajo á que viniera acostumbrado: si se cepillaba su traje, no darlo á cepillar á otro; si andaba á pie, no andar en coche; si llevaba su maleta, no hacerla llevar por

otro. Tras esto, ya podrá luchar contra la ociosidad hereditaria: si es labrador, no hará que su mujer haga lo que puede hacer él mismo, ni empleará jornaleros sin los que puede pasarse, ni comprará los productos de que los demás carecen; si es rico, despedirá á sus criados y arreglará su habitación por sí. Una vez servido por sí mismo, servirá á los demás que lo necesiten, no eligiendo el trabajo que le agrade, sino el que sea indispensable, por grosero y sucio que sea.

Luchará contra la *sensualidad*, satisfaciendo sus necesidades reales, pero sin tratar de aumentar el placer de esa satisfacción: el que goza de buena comida, rico vestido ó lujosa casa, disfruta menos que quien, helado, hambriento ó mojado, cubre su cuerpo con cualquier vestido, come el más sencillo alimento ó se abriga en la más pobre choza. Comenzando por no crearse nuevas necesidades ficticias, irá reduciendo el círculo de las que ya tenga, hasta llegar á no satisfacer sino las reales.

Luchará contra la *apropiación,* no preocupándose tanto del porvenir, pensando en una organización que permita vivir á los hombres como á los pájaros en el aire ó á las flores en el campo, y renunciando á toda egoista acumulación de riquezas so pretexto de previsión.

Luchará contra la *ambición,* buscando su verdadera dicha en amar á sus semejantes, aprendiendo á resignarse, comenzando por no ensanchar el campo de sus luchas y reduciendo después cada vez más el campo de batalla hasta llegar á gozar en plena quietud de los bienes de la vida sin odios, celos ni rivalidades.

Luchará, en fin, contra la *lujuria,* comenzando por no desarrollar más los hábitos adquiridos; si es casto, que lo siga siendo; si está casado, permaneciendo fiel á su esposa; si tiene relaciones sexuales con varias personas, no ampliándolas á más; una vez conseguido el no cometer pecados nuevos, esforzándose en reducir aquellos á que ya está acostumbrado hasta emanciparse por completo de ellos.

La séptima parte de *La verdadera vida* la dedica Tolstoi á «La oración».

Los hombres conocen la trascendencia del pecado, y pecan, sin embargo, porque no conocen bien lo que es su *yo*, ó lo olvidan; el medio más poderoso de llegar á la clara conciencia de sí mismo es la oración, que no consiste en una fórmula ritual recitada en ciertos sitios consagrados con determinados gestos, sino que, según la doctrina cristiana, es el medio de afirmar al hombre en su lucha contra los pecados. Por eso la oración cristiana puede ser de dos clases: la que ilustra al hombre sobre su situación en el mundo—oración *temporal*—y la que, acompañando cada uno de sus actos, lo somete al juicio de Dios—oración *permanente*.

La oración *temporal* es aquella por la que el hombre, en sus mejores instantes de idealidad, evoca su conciencia más lúcida de Dios y de su situación para con él; es la oración de que habla Cristo en el VI capítulo de San Mateo, cuya condición necesaria es la soledad, y que opone á las oraciones públicas y verbosas de los fariseos. Por eso la verdadera oración no es la que decimos en ciertos días y en horas fijas, sino la que pronunciamos en los momentos de nuestras más nobles inspiraciones, provocada á veces por los sufrimientos y la proximidad de la muerte ó surgiendo sin causa evidente. Debemos conceder gran importancia á esos instantes felices y aprovecharlos para ilustrar cada vez más nuestra conciencia, porque en esos raros momentos se realiza nuestra marcha adelante y nos acercamos cada vez más á Dios. Esta oración no puede recitarse en asambleas ni bajo acción ninguna exterior, sino en aislamiento completo y fuera de toda influencia que distraiga; gracias á ella el hombre se conoce, penetra su naturaleza divina, reconoce sus límites, trata de quebrantarlos y los ensancha; es la oración que, iluminando su conciencia, hace imposible el pecado, porque lo que antes le parecía una falta, se revela entonces como tal.

En su marcha de la vida animal á la espiritual, todo hom-

bre se encuentra en tres situaciones, con relación á sus culpas: unas están vencidas, encadenadas como fieras, sin dar más señal de vida que algún rugido; otras son los actos á que está acostumbrado, cuya perversidad ve, pero de los que no tiende todavía á emanciparse; otras, en fin, son los pecados que ve claramente y contra los cuales lucha, resultando á veces vencido y á veces vencedor. Esta lucha es la que exige la oración *permanente,* constante despertador de la conciencia, es decir, de la presencia de Dios. El hombre siente su debilidad desde el principio de esta lucha: el pecado seduce con toda la dulzura del hábito adquirido, á la que no puede oponerse sino la conciencia del mal, y aun sabiendo que el acto es malo, continúa cometiéndolo.

Sólo hay un remedio para esto: unos teólogos lo encuentran en lo que llaman «la gracia de Dios» adquirida por los sacramentos; otros en la fe, en la redención del Cristo-Dios, y otros en la oración á Dios, que da fuerzas al hombre para luchar contra el pecado. Ninguno de estos medios puede facilitar el triunfo: el hombre que ha comprendido la perversidad de sus actos quiere emanciparse de ella de un golpe, como se lo aconsejan las doctrinas sobre la redención, los sacramentos, etc., y sintiendo su impotencia, desatiende las pocas fuerzas que podría emplear para emanciparse del pecado. Así como todas las grandes revoluciones del mundo físico se realizan por la evolución lenta y sucesiva de los elementos, así en el mundo espiritual la emancipación del pecado, la marcha hacia la perfección, se realiza por la oposición lenta y constante al pecado, por su aniquilamiento positivo. El hombre no puede de un golpe librarse de un hábito inveterado; pero es perfectamente dueño de evitar los actos que arrastran á la falta, disminuir el atractivo de esta falta, colocarse en la imposibilidad de cometerla y hacerse la costumbre de no pecar. Y así debe obrar cada día y cada instante, y para lograrlo necesita acudir á la oración permanente. *La Verdadera vida* termina con una octava parte, dividida en dos capítulos:

«¿Qué espera el hombre que vive de la vida cristiana en el presente?» «¿Qué puede esperar el hombre en la vida futura?»

El concepto de la vida presente como un goce, es tan falso como el de un sufrimiento. La vida es un progreso constante de la conciencia del amor; y como este progreso es incesante, el hombre que comprende su vida según la enseñanza de Cristo, nunca puede verse desgraciado ni insatisfecho. El hombre verdaderamente cristiano no da á sus goces gran importancia, ni los mira como la realización de sus deseos, sino sólo como fenómenos ocasionales que se producen por añadidura en provecho del que busca el reino de Dios y su justicia; y mira sus sufrimientos no como fenómenos que no deban existir, sino como cosa tan necesaria como el choque de energías que acompaña á todo trabajo; y así como este choque es indicio del trabajo ejecutado, así el sufrimiento es la manifestación del cumplimiento de la obra divina.

No hay, sin embargo, que creer que el verdadero cristiano considere siempre los goces como efímero dón que no merece adquirirse, ó los sufrimientos como condición necesaria del progreso de la vida; pueden seducirle esos goces, puede intentar provocarlos ó conservarlos, puede sufrir con los males físicos ó morales, y considerarlos inútiles; pero en la pérdida de sus goces ó en el dolor de sus sufrimientos, el cristiano se acuerda de su dignidad, de su misión, y enseguida goces y dolores ocupan su verdadero puesto, y el cristiano recobra su libertad y su tranquilidad. «Buscad el reino de Dios y su justicia, y lo demás os será dado por añadidura:» palabras que quieren decir que los goces materiales de la vida son perfectamente accesibles al cristiano, con la diferencia de que los goces del no cristiano pueden ser artificiales, transformarse por su repetición en sufrimientos, mientras que los goces del cristiano son sencillos y naturales, y jamás pueden transformarse en esos sufrimientos que parecen insensatos al no cristiano. Tal es la situación del cristiano en la vida presente. ¿Qué puede esperar en la vida futura?

La cuestión de «dónde iremos» después de la muerte está mal planteada: la esencia divina de nuestra alma, que está fuera del tiempo y del espacio y que se halla encerrada en nuestro cuerpo, cesa al salir de él de hallarse en las condiciones efímeras terrestres; por eso no puede decirse de esta esencia divina que *será*, porque *es*. Cristo lo ha dicho: «Yo era antes de que Abraham fuese,» y lo mismo nosotros. Si somos, hemos sido y seremos siempre. Lo mismo puede decirse de la cuestión de *dónde* iremos. Cuando hablamos de *dónde*, hablamos del sitio en que estaremos. Pero la noción de lugar tiene su origen en nuestra separación, en nuestro aislamiento de todo lo demás. Con la muerte esta separación desaparece, y estamos, para los hombres que viven en la tierra, en todas partes y en ninguna: no tenemos sitio definido.

Existen muchas hipótesis sobre nuestro porvenir extraterrestre; pero desde las más groseras hasta las más sutiles, ninguna puede satisfacer á un hombre que piense por sí mismo. La felicidad sensual de Mahoma es demasiado grosera y está en desacuerdo con el verdadero concepto del hombre y de Dios. La división en cielo é infierno, imaginada por la Iglesia, es igualmente contraria al concepto de un Dios de amor. Las inmigraciones de las almas son una invención menos grosera, pero que encierra igualmente la noción de la existencia de la individualidad; la concepción del nirvana descarta la existencia del individuo, pero es contraria á la racionalidad del sér.

Ninguna doctrina del más allá da una solución que pueda satisfacer á la razón, ni puede darla. Nuestro cerebro sólo puede pensar en condiciones de tiempo y de espacio, y quiere afirmar lo que será fuera de esas condiciones. La razón sólo sabe que la esencia divina existe y se desarrolla en esta tierra; al llegar á cierto grado de su crecimiento sale de nuestras condiciones. ¿Continuará manifestándose aisladamente? ¿Será causa de una nueva segmentación este crecimiento del amor? Las suposiciones pueden ser muchas, pero ninguna cierta.

Lo único cierto é indiscutible es el pensamiento expresado

por Cristo al morir: «Padre mío, en tus manos entrego mi alma.» Esta certeza es la de que, al morir, vuelvo allí de donde he venido. Y si creo que aquello de donde he salido es el amor consciente, vuelvo con alegría á Él, sabiendo que me espera la felicidad. Lejos de temer, me alegro del tránsito de esta vida á la que me está reservada.

LITERATURA

Edmundo Rostand.—Los maestros de hoy ó de mañana en el arte literario, pueden clasificarse—como dice Ernesto Tissot en la *Revue des Revues*—en tres clases claramente determinadas: los *hombres de negocios*, que consideran su inteligencia como un capital que debe colocarse en buenas empresas, de renta segura, con buenos dividendos y premios de lotería; los *inspirados*, ó como un inglés los llama, los *mártires*, que viven por y para su sueño, sin preocuparse del éxito, con fe ciega en sí mismos, y los *hombres de mundo*, que sin las aficiones comerciales de los primeros ni el orgulloso énfasis de los segundos, no cultivan la literatura como negocio ni pasión, sino como necesidad natural ó función normal de su espíritu. Edmundo Rostand pertenece á esta última clase, cuyo más cabal tipo era Gui de Maupassant.

En la habitación más suntuosa, y sobre todo de una suntuosidad más opulenta de la que acostumbran á tener los poetas—dice Tissot—parece Rostand sorprendido de que se le quiera interrogar sobre sus comienzos, sus teorías, sus gustos, sus proyectos. ¿Sus comienzos? Los más sencillos del mundo: desde niño le gustaba más la poesía que la prosa, y sus cuadernos de estudiante estaban llenos de cuartetas y estrofas, admiradas entonces por su familia y sus amigos. Después «un traje pasó por su vida», y era un traje de doncella, que le inspiró un libro de versos de amor, escrito á medias por los dos, las *Mignardises* de Rostand, y los *Pipeaux*, de Rosemunda Gé-

rard, la que no tardó en llamarse la señora Rostand. Después vinierón las *Juvenilia*, libro agotado, cuyos raros ejemplares se pagan á peso de oro porque Rostand se niega á reimprimirlo, y en seguida *Les Romanesques,* escritos por puro pasatiempo, y que algunos amigos se empeñaron en que aparecieran en la Comedia Francesa, donde, aceptados á la segunda acometida, fueron recibidos con frialdad por el público, por ser una obra más para leída que para representada, que tiene el defecto capital de tener tres actos, el primero de los cuales encanta, el segundo asombra y el tercero cansa, y á cuya caída no contribuyó poco la crítica de Sarcey al empeñarse en decir de Rostand, por alabarle, que era un nuevo Regnard.

A semejante comparación extrangulatoria—dice Rostand—fue debido el fracaso de *La Princesse Lointaine;* como allí ya no era posible hablar de Regnard y los críticos esperaban otra cosa, hubo sorpresa, y muchos le acusaron de haber cambiado de manera; como por otra parte, estaba en sus comienzos, todos, autor y actores, tuvieron miedo, hicieron cortes, falsearon caracteres y estrellaron la obra; pero aquel proceso se revisará, y cuando se reestrene *La Princesse Lointaine*, que es la obra que Rostand más aprecia de todas las suyas, se verá si hubo error en el primer juicio.

El asunto, de carácter histórico, no puede en efecto ser más poético: Joffroy Rudel, un trovador del siglo XII, se enamora, por el solo relato que le hacen los peregrinos, de la Condesa de Trípoli; y sin escuchar más que su loca pasión, lo deja todo, y se embarca con su fiel amigo Beltrán de Allamon para aquella peregrinación de amor; en el camino cae enfermo, y al llegar á Trípoli su estado es tan grave, que sólo le queda tiempo para advertir á la Condesa de su pasión suplicándole se digne verle; la Condesa, conmovida, consiente en ir á cerrarle los ojos; pero aquella muerte turbó de tal modo á la Condesa, que por disgusto ó por devoción no tardó en renunciar al mundo encerrándose en un claustro.

Este es el fondo histórico; pero como, aunque poético, ne-

cesita ciertos elementos para ser dramatizable, Rostand ha imaginado que Melisinda, Princesa de Trípoli, desposada con el Emperador de Occidente, está encerrada por su celoso esposo en un castillo, guardado por el «Caballero de las armas verdes», siendo salvada, en nombre de Rudel, por su amigo Beltrán de Allamón, á quien Melisinda toma por Beltrán, prendándose de él y obligándole á faltar al juramento hecho á su amigo. Estos elementos, poco acertadamente introducidos, del error de Melisinda y de la traición de Beltrán, son poco á propósito para conquistar aplausos, y posible es que al reestrenarse la obra se rectifique el argumento, aunque siempre quedará lo cómico unido á lo trágico.

No se trata— decía Rostand á Tissot—de la famosa teoría ecléctica del prefacio de *Cromwell,* de mezclar, según la fórmula shakesperiana, la risa con el llanto, Quasimodo con Esmeralda; pero sin caer en el verdadero realismo, que suprime la idealización necesaria á la poesía, siempre quedará un ser vivo, una Musa, en cuya imagen, de blancos pies, cuyas ligeras plantas apenas desfloran la tierra en que vivimos, hay que ver la enseñanza de que la poesía dramática no debe quedarse en el dominio de la pura abstracción, sino descender á veces resueltamente á las contingencias prosaicas de la vida. «Sí, — añadía — esa es una de mis ideas, y hasta si se quiere, de mis teorías favoritas.»

Gran partido supo sacar, en efecto, de esta teoría en *La Samaritana*, la obra más profunda que ha producido, inspirada en los versículos de San Juan, y representada por Sarah Bernhardt. Y no es que Rostand se cuide demasiado de la exactitud histórica, como se ve en lo hecho con la Condesa de Trípoli: un teólogo ha encontrado no pocas inadvertencias en *La Samaritana* y Emilio Magne se ha entretenido en escribir todo un volumen sobre los *Errores de documentación de Cyrano de Bergerac*. Nada más erudito ni correcto que las novelas históricas del alemán Jorge Ebers, y sin embargo, con tanta exactitud de detalles, no se encuentra allí ni un solo cuadro

vivo de la antigua vida egipcia; en cambio, en *La Samaritana* y en *Cyrano*, con todas sus inexactitudes, se siente resucitada una época con todo su color y toda su vida. En cuanto á la historia de *Cyrano* es bien sencilla: en cuanto Rostand leyó sus obras, le gustó, y ya en el colegio pensaba dedicarle algún poema; más tarde, Coquelin, entusiasmado á la lectura de *La Princesa lejana,* le rogó que hiciese algo para él, y entonces se acordó de Cyrano, y, rebuscando sus impresiones en sus cuadernos, dejó *La Samaritana* á medio concluir y se puso á complacer á Coquelin. Después... todos saben lo demás.

De *L'Aiglon* (1)—que al repartirse este número se ha hecho ya famoso en el mundo entero por el aplauso con que Sarah Bernhardt lo ha estrenado en su teatro—declara Rostand á Tissot que «es una tentativa enteramente diferente de las que todos los años vemos triunfar ó fracasar en nuestros teatros; en *L'Aiglon* no hay intriga, sino una idea que reaparece constantemente bajo formas siempre diferentes y de tal modo, que el interés se eleva poco á poco, desde los cuadros tranquilos del comienzo hasta las escenas punzantes del epílogo; se equivocaría mucho, sin embargo, quien creyera que *L'Aiglon* es una obra política, filosófica ó metafísica; lo que ante todo he buscado, como en *La Samaritana* y en *Cyrano,* es escribir una pieza viva y movida, cuya pasión entusiasmara al público; pero no he pretendido hacer nacer esa pasión por la sola pintura de un drama de sentimiento; claro es que en *L'Aiglon* hay amor, como lo hubo en la vida del Duque de Reichstadt, pero más que *un amor,* es *amor* lo único que hay; mi heroína Fuentecita (*Petite Source),* que en mi primer proyecto tenía el considerable des-

(1) No podemos aceptar para traducir la palabra *Aiglon* en este caso la voz *Aguilucho* de que se han servido los periódicos; *el aguilucho* es, en efecto, *el hijo del águila*, como *l'aiglon* es el hijo de *l'aigle;* pero si en francés la palabra *aiglon* es perfectamente adecuada para expresar lo que Rostand quería, en castellano *aguilucho* tiene un sentido despectivo que en modo alguno puede servir para calificar al hijo del gran Napoleón; *L'Aiglon* no es, pues, *El Aguilucho,* sino *El hijo del Aguila.*

arrollo que requería el encarnarla en la única actriz cuya voz tenga la dulzura de un manantial resbalando sobre alfombra de musgo, ha llegado á ser completamente secundaria en el drama definitivo, donde sólo aparece una figura de mujer de alguna importancia, la Emperatriz María Luisa; por otra parte, á fin de variar el interés, y para que no me acusen de haber hecho un Hamlet de traje blanco, he desarrollado mucho la parte pintoresca y hasta cómica del drama, en el que figuran soldados que nada tienen de pesimistas.»

El éxito más completo ha coronado el esfuerzo del gran poeta, premiando la fe inquebrantable que, con plena conciencia de su valer, tenía en su obra. Cuando Rostand afirmaba que estaba dispuesto á tomar por divisa la famosa fórmula de D'Annunzio «renovarse ó morir», expresaba el pensamiento que ha dirigido toda su carrera intelectual. El que después de haber escrito—como dice Tissot—escenas alegres, como minuetos, supo trazar otras tan trágicas como actos de Wagner, tan puras como sinfonías de Mendelshon, tiene perfecto derecho á aplicarse esa frase que resume maravillosamente algunos de los más hermosos títulos de gloria á que pueda aspirar un artista del siglo XIX, puesto que, al excluir toda idea mezquina y mercantil, proclama la continuidad del esfuerzo, la permanencia de la vida psíquica, y sobre todo la sinceridad apasionada, necesaria y absoluta del poeta creador.

***

La «Resurrección», de Tolstoi.—La última novela de Tolstoi—dice en la *Revue des Revues* Enrique Berenger—tiene la sencillez sublime del genio en colaboración con la experiencia que se encuentra en el *Edipo Rey*, de Sófocles, en la *Ifigenia*, de Gluck, y en el *Parsifal*, de Wagner. En este sentido, *Resurrección* es muy superior á las dos principales novelas del maestro ruso: *Guerra y paz* y *Ana Karenina*. Dos personajes, uno de las más altas y otro de las más bajas clases de

la sociedad, un príncipe y una prostituta, son los protagonistas de la acción, agrupándose naturalmente en torno suyo en perspectiva decreciente, el doble mundo de los salones y de los presidios con su entredós de funcionarios y magistrados.

El Príncipe Neckludof ha seducido—estando de paso en casa de sus tías—á Katucha Maslof, joven huérfana, medio criada, medio hija adoptiva de las tías del príncipe, abandonándola después, dejándola cien rublos y... un niño. Katucha, despedida de la casa, desciende, de caída en caída, hasta llegar á la degradación de una casa pública. El Príncipe, olvidado de aquella aventura, piensa en casarse, pasados los años, con la Princesa Korchaguina, pero necesita para eso romper sus relaciones con Ana Vassilievna, mujer de un jefe de la nobleza, de la que ya está cansado.

Preocupado con estas intrigas, el príncipe, en su calidad de jurado, se presenta en la Audiencia, y la primera figura con que tropiezan sus ojos es la de Katucha, sentada entre los acusados de un asesinato, cuya vista se celebraba aquel día. Al reconocerla, Neckludof se encontró frente á frente de su pasado: el acto de la seducción, que entonces le pareció un pecadillo, se le aparece ahora, como lo que es en realidad, un crimen: aquel acto es el que ha desflorado para siempre á Katucha, poniéndola en el trance de elegir entre el suicidio y la degradación; Neckludof se siente verdaderamente responsable de todo lo que ha hecho y pueda hacer la Maslova, nombre de guerra de Katucha, y el problema que surge en su conciencia es tan sencillo como trágico.

El Jurado, por error, condena á la Maslova á quince años de trabajos forzados, y Neckludof queda horrorizado de aquella sentencia que él mismo ha contribuído á dictar. «¿Sería posible?—se pregunta.—¿Sería yo verdaderamente un miserable?» «Sí, lo eres, le respondía su conciencia; poco importa cómo pueden juzgarte los demás; podrás engañar á los demás, pero no á tí mismo, y tú sabes bien que eres un miserable.» Desde aquella terrible noche Neckludof fue otro hombre, dejó

sus costumbres, su casa, sus relaciones adúlteras y su proyecto de matrimonio, sin pensar más que en la rehabilitación de la Maslova, injustamente condenada.

La primera escena de encuentro de aquellos dos seres ante la reja del locutorio de la cárcel, es una obra maestra. El Príncipe se había figurado que Katucha al verle y saber que quería protegerla se alegraría, y tuvo que comprobar que Katucha no existía ya, y que en aquella mujer sólo vivía la Maslova. No se trata ya de devolver á esta desgraciada su libertad sino su alma, y Neckludof, midiendo la grandeza del sacrificio, se decide á ello y entabla la lucha contra la sociedad y contra la misma Maslova, que le rechaza, y no quiere creerle ni puede comprender su conducta.

A medida que Neckludof desciende al infierno social en que aquella desgraciada ha perdido hasta su alma, se interesa por sus hermanos y hermanas en miseria, se apasiona por toda la humanidad que gime y se agita en esos círculos, que ni siquiera sospechaba existiesen. Y he aquí cómo Neckludof se transforma y purifica al trabajar por la transformación y purificación de la Maslova. Pero á medida que él mismo cambia, va viendo, no sólo que su modo de vivir ha sido malo hasta entonces, sino que las riquezas con que atiende á semejante modo de vivir son malsanas, pues sólo existen á costa de la opresión y de la miseria de los aldeanos. «La tierra no puede ser objeto de propiedad particular, de compras y ventas; lo mismo que el agua, que el aire ó que los rayos del sol, todos los hombres tienen igual derecho á la tierra y á sus productos.» Y pensando así, se decide á devolver sus tierras á sus colonos.

Aun allí tiene que aprender lo difícil que es ser comprendido cuando se obra bien, pues los aldeanos no pueden creer que Neckludof quiera despojarse de sus bienes en provecho de ellos; se imaginan que al obrar así, Neckludof ha discurrido alguna astucia para explotarlos mejor, y no quieren aceptar el donativo del Príncipe, costándole á éste tres tentativas para convencerles de su desinterés; y cuando al fin tienen que ren-

dirse á la evidencia, sólo pueden creerlo suponiendo que el Príncipe se conduce así «por la salvación de su alma, habiéndosele metido en la cabeza el expiar sus pecados».

Muchos disgustos, náuseas y tentaciones tiene que vencer Neckludof para romper por completo con su antigua sociedad y entrar en la nueva, no siendo las menores de sus contrariedades las que le proporciona toda una casta de funcionarios, jueces, senadores, oficiales y abogados, empeñados en dificultar su misión el novel Quijote. Pero nada detiene al Príncipe, y llegado el día de la partida de la Maslova para Siberia, allá se va Neckludof, revuelto en un vagón de tercera con empleadillos, obreros y labradores, resuelto á resucitar aquel alma muerta como ha resucitado la suya.

BIOGRAFIA

Siluetas parisienses.—Sully Prudhomme.—Todos—dice Zadig en la *Revue Bleue*—respetamos á Sully Prudhomme, y hasta tenemos que agradecerle que nos permita respetarle con plena seguridad. En cuanto á mí—añade—me siento condenado á no sacar de sus versos tan hermosos todo el placer que proporcionan á almas más delicadas que la mía; pero no me irrito porque así me haga conocer mi inferioridad intelectual y sentimental, y aunque me humille esta vulgaridad de mis aspiraciones, le quiero sin embargo; le quiero y le respeto.

¡Felices los hombres á quienes el respeto rodea, y dichoso sobre todos Sully Prudhomme! Todos los seres sencillos experimentan por ese poeta, que toda su vida fue poeta y que no ha sido ninguna otra cosa, la más profunda veneración, como por un ser raro, misterioso, un hombre que vive fuera de la humanidad. Esta veneración es tan natural que aun los que ignoran completamente sus poemas, la experimentan más por estar menos cerca de él.

Las condiciones sociales y poéticas se transforman. El romanticismo ha desaparecido de la poesía. Sully Prudhomme, cuya vida no fue romántica, compuso la obra más adecuada á su vida. ¡Alma dulce y triste, tierna y quejumbrosa que se revela en su doliente rostro, alma que se lamenta deliciosa y profundamente por medianos sufrimientos! Sí, Sully Prudhomme tuvo amores ordinarios, disgustos módicos, angustias menudas, inquietudes mesuradas, todas diversificadas y acentuadas, no por la imaginación, sino por una sensibilidad verdaderamente poética.

Pero si en sus versos ostenta Sully Pruhomme, con la más seductora sinceridad, toda su alma simpáticamente sencilla, también despliega en ellos las inclinaciones de su inteligencia; y como su temperamento es plácido, reflexiona con orden, razona y sistematiza. Sus poemas son filosóficos y largos sus razonamientos.

Sully Pruhomme pensó seguir el movimiento moderno de la ciencia, y por ella ensanchar los dominios de la poesía, siendo de temer que haya debilitado y restringido su dominio. Este poeta tiene el genio terrible de la precisión, que no es ni mucho menos una cualidad poética; la que menos se desea encontrar en los versos. Si la poesía razona, nos resulta una fatiga como la vida misma. Que nos dé ritmos y cadencias, que mecen, animan y exaltan, y todas las superficialidades que faltan á la vida. ¡Quién pudiera resucitar á un Lamartine, con sus hermosos versos de doce pies, tan magníficamente desprovistos de ideas!

Pero si, en verdad, es la evolución del siglo y no sólo la inclinación del espíritu la que arrastró á Sully Pruhomme á su poesía metódica y sabia, en vano es desear que nazcan tras él grandes poetas como él. El respeto al ilustre poeta es ciertamente tan grande como universal; pero hombres y mujeres abandonarían al que siguiera sus huellas, y sus obras no podrían ser ya más sino puro entretenimiento de rentistas escogidos.

*
* *

Emilio Faguet.—Emilio Faguet—dice Zadig—es aparentemente un hombre singular. Es verdad que vive entre los demás, y que no huye de ellos; pero vive entre ellos de un modo accesorio, y, por decirlo así, secundario. Ningún contemporáneo permite menos que él á la vida social embarazar su vida individual; y hasta posee admirable aptitud para suprimir de la vida cuanto puede debilitar el esfuerzo intelectual, evitando cuidadosamente el trato pernicioso de los salones, prefiriendo los restaurants y los cafés, y todos esos sitios groseros, donde el hombre superior permanece anónimo entre el anónimo vulgo.

Emilio Faguet tiene por compañeras sus ideas, viviendo enmedio de ellas, porque las ama. Se puede afirmar que es todo inteligencia y que no sufre la opresión del sentimiento, que envilece al hombre, aunque también es sensible, pero como hay que serlo. ¿Quién ha dicho «no soy artista, pero soy inteligente?» Faguet lo hubiera podido decir. Y sin embargo, también es artista, á su modo, intelectualmente, porque Faguet es, ante todo y sobre todo, un hombre inteligente.

Emilio Faguet tiene, pues, toda la fuerza de una inteligencia consagrada á ser siempre dueña de sí misma; por eso no tiene personalidad, aunque se ha constituído una personalidad por los contornos exteriores. A Faguet se le reconoce en sus procedimientos de composición, distinguiéndose por el estilo que tiene, mejor dicho, porque no tiene estilo. El estilo es una prueba de medianía intelectual, y los escritores estilistas, como Flaubert y Goncourt, han sido siempre de corta inteligencia.

Flaubert despreciaba á los críticos, y Balzac los exaltaba: «La verdadera crítica—decía—es toda una ciencia; exige la comprensión completa de las obras, vista lúcida sobre las tendencias de la época, la adopción de un sistema y fe en ciertos principios; el crítico llega entonces á ser el magistrado de las ideas y el censor de su tiempo, ejerciendo un sacerdocio.» Emilio Faguet es uno de esos críticos. Y nos asombra con su

inteligencia prodigiosamente flexible y que con tanta desenvoltura puede moverse en los mundos más diferentes: literatura, teatro, filosofía, costumbres, política, sociología; y nos encanta con su arrogante independencia. Posible es que la crítica sea el género más útilmente creador; pero, en cambio, es el género hacia el que más se lanzan, estrujándose, los seres grotescos y serviles cuyo estilo es flácido como el carácter, y el pensamiento vacío como el cerebro. Por eso hacen falta espíritus robustos, penetrantes, firmes y claros, y nobles como Emilio Faguet para consolarnos de todos los pedantes, tontos y lacayos que acaparan la crítica, la desnaturalizan, la envilecen..... Ah.....!

***

Huysmans —Joris Karl Huysmans es un gran escritor por que tuvo apuros de dinero y embarazos gástricos. La explicación--dice Zadig—no es nueva ni noble, ni revela muy fino sentido literario; pero para ser hombre honrado y hablar con sensatez, no se necesita gran refinamiento de espíritu.

Huysmans ha nacido en Holanda, ó en todo caso, su apellido es holandés y sus nombres más holandeses todavía: su alma es, pues, fatalmente holandesa, y como Holanda es un país llano, Huysmans estaba más indicado que nadie para escribir la plenitud de la vida. Rembrandt, por su parte, también fue holandés, y en aquellas regiones hubo místicos; no siendo por tanto sorprendentes las inclinaciones artísticas de Huysmans, ni los claro-obscuros de su estilo, ni el apasionamiento por el catolicismo místico y el misticismo católico de su compatriota Ruysbræck el Admirable.

Pero con todo esto, la constitución física de Huysmans y las circunstancias materiales de su vida explican suficientemente el carácter de sus obras. En vano el espíritu y el corazón dominan en ciertos momentos al estómago; el estómago es el que determina en todo escritor su concepto del mundo. Cuan-

do se tiene el estómago inválido, se ve uno obligado á vigilar sus menores movimientos en la vida, y se siente uno inclinado á la observación detallada del Universo; observación aburrida, pero exacta, con relámpagos, cuando el sufrimiento se atenúa, de fugitiva alegría, vehemente y desconfiada. Y esa es la psicología de Huysmans.

Dolor de estómago y falta de dinero es más de lo que se necesita para ser naturalista: eso obliga á serlo. Huysmans sufrió la rudeza de la suerte hasta verse obligado á dirigir un taller de encuadernación, hasta tener que ser empleado y permanecer soltero. Las paredes de su estómago fueron quemadas por el unto de las grasas y mordidas por el barniz de las margarinas de restaurant, y el mundo se le apareció como inmenso y nauseabundo figón, y los ingredientes infames de las cocinas sucias, envenenando su vida, se infiltraron hasta en su estilo.

Y nadie fue más apto que Huysmans para pintar la universal medianía de la vida: medianía de las comidas ante todo, medianía de las casas y de las calles, medianía de los hombres y de las mujeres, medianía de las inteligencias, de los corazones y del amor. Y los cuerpos son feos, y las almas feas; y la horrible civilización afea todavía más la horrible naturaleza. Huysmans y sus creaciones, Des Esseintes, Folantín, Durtal, son hermanos; estómagos enfermos, almas resquebrajadas, la vida les parece repugnante, porque está impregnada toda ella de ignominioso olor de atrasadas patatas fritas. Y así ostenta Huysmans su asco de vivir, quitando cuidadosamente al naturalismo toda poesía.

Pero esta misma distracción le cansa, y se refugia en lo extraño y lo extravagante, y herido cada vez más por los alimentos malsanos y los hombres groseros, se evade de la vida real, vacila locamente entre las misas negras y las de otro color, y se lanza y extravía en el misticismo religioso que, á juzgar por *La Catedral*, no puede ser más que una fuente de aburrimiento.

Pero es inevitable que su prodigioso talento se transforme. Su pensión de retiro está liquidada; puede leer en la biblioteca de los frailes de Ligugé libros limpios; toma alimentos sanos; está curado de su dolor de estómago; es propietario de una casa de campo; su ironía es dueña de sí misma..... Sin duda se creará un nuevo concepto del mundo.

SOCIOLOGIA Y POLÍTICA

El Clericalismo.—Después de la disolución de la Cámara por el Ministerio del 16 de Mayo, en 1875,—dice Pedro Denis en la *Nouvelle Revue Internationale*—Gambetta, queriendo reunir en compacto haz á todos los adversarios del Ministerio, y comprendiendo que no podía obtener esta unión con un programa ó una idea sino contra alguien ó algo, pronunció aquella famosa frase que desde entonces ha dominado la política francesa: «¡El clericalismo! ¡Ese es el enemigo!»

Gambetta acertó: entre los 363 representantes que se trataba de unir, había conservadores y radicales, republicanos viejos y monárquicos desilusionados, ateos, protestantes y católicos, entre quienes era difícil llegar á una inteligencia; pero todos, hasta los católicos, estaban de acuerdo en un punto: el odio al clericalismo.

Pero, ¿qué es el clericalismo? Es un partido formado, no por el clero como su nombre podría hacerlo creer, sino por un grupo de políticos reaccionarios que explotan el catolicismo y el clero, como otros explotan el proletariado de aspiraciones socialistas. Claro es que los miembros del clero, sobre todo del alto clero, entran en gran proporción en el partido clerical; pero no deben confundirse ambas cosas.

Es desgracia de toda causa, política, social ó religiosa, el ser explotada por los que quieren aprovechar la influencia que estas ideas pueden darles sobre multitudes crédulas y apasionadas, y el catolicismo no se ha eximido de la regla. Para im-

ponerse á las poblaciones paganas del Mediodía y á los bárbaros del Norte, el catolicismo se hizo pagano por el culto; el clero, que debía predicar la abnegación y el desprecio á las riquezas y vanidades del mundo, buscó el poder secular y acumuló tesoros, extendiendo sus privilegios y afirmando su dominación. La Iglesia es una sociedad humana, aunque religiosa, con todos los defectos inherentes á cuanto es humano, y entre ellos la desigualdad. Así, mientras el Obispo tomaba el título de «Monseñor» como un príncipe, y vivía en un palacio, y se hacía servir por criados con doradas libreas, los pobres curas de aldea de su diócesis vivían como los más pobres de sus feligreses.

De ahí que la Revolución encontrara tantos partidarios entre el bajo clero, mientras el alto clero hacía causa común con los emigrados, aliados del extranjero. Gracias al clero liberal, Francia conservó sus costumbres cultuales, pues sin esto Francia se hubiera descatolizado por completo. Con el Concordato prestó Bonaparte á la Iglesia el más señalado servicio; pero, á pesar de aquel arreglo, la ruptura entre la Iglesia y la nación no tenía soldadura por las encontradas aspiraciones de una y otra.

La reforma exigida por la crítica religiosa hubiera quizá sido posible si cada nación hubiera tenido bastante independencia para operarla dentro de la doctrina común del Evangelio. Pero la Iglesia era un imperialato latino, y el Papa un César infalible, casi siempre italiano, y preocupado, por consiguiente, en primer término de las cosas de Italia. De aquí el conflicto siempre en pie, lo mismo en la Edad Contemporánea que en la Media, con la diferencia de que entonces la lucha era entre el Papa y un monarca, y ahora lo es entre el Papa y un pueblo, que estima al Papa como un jefe extranjero y al clero como un cuerpo de agentes del culto al servicio de una autoridad extranjera.

La diplomacia pontificia se ingenia cuanto puede para que no se noten los términos del conflicto, pero no puede lograrlo.

La antigua Monarquía no tenía más concepto de la sociedad que el señalado por la Iglesia, y al verse restaurada por la Santa Alianza, volvió á sus tradiciones, formándose entonces el partido clerical, semejante á la Liga de los Guisas, compuesto de políticos, jesuítas y obispos, inspirado por Roma y con la pretensión de dirigir el poder real con orientaciones ultrareaccionarias. Cuando este partido se juzgó dueño del poder, inspiró el Terror blanco, plantó cruces en plazas y caminos y organizó procesiones ante las que todo transeunte había de descubrirse; censuró á la prensa, maltrató al Profesorado, acaparó la enseñanza, y de tal modo se hizo odioso con su intolerancia, que arrastró en su caída á la Monarquía restaurada, instrumento de sus rencores y de sus pasiones sectarias.

Desde esta época, el partido clerical, que tanto daño hace al catolicismo por su empeño en explotarlo, se ha hecho antipático al pueblo, sin que los esfuerzos de los Lamennais hayan tenido otro resultado que provocar nuevas y más irritantes y suicidas persecuciones. Lejos de seguir el movimiento que arrastra los espíritus hacia las concepciones científicas y abstractas, reformando en este sentido su culto, la Iglesia, bajo la influencia del partido clerical, se ha hecho cada vez más fetichista, inventando nuevas formas y nuevos asuntos de idolatría, alejando así de su seno los espíritus ilustrados y sinceramente cristianos que lamentan semejante dirección.

En personal tan numeroso como el del clero se encuentran toda clase de aptitudes. En la Edad Media los había entregados á la música y á la imaginería: hoy se hacen destiladores, licoristas y confiteros, lo cual es honroso y lícito; otros recogen huérfanos, de los que hacen obreros, y montan fábricas de todas clases, con los enormes beneficios que es natural se obtengan de productos cuya mano de obra es gratuíta; otros comercian con aguas milagrosas y medallas ó rosarios benditos, aceptando los dones voluntarios de los compradores para evitar, si los vendieran, el castigo de los que especulan sobre esperanzas quiméricas; los Obispos toleran ó patrocinan todo

esto, y el partido clerical, convencido de que estos tráficos aumentan sus recursos y sus partidarios, los defiende con entusiasmo.

El clericalismo, para defenderse, invoca la libertad, proclamada por la Revolución, y á su sombra desarrolla sus instituciones de enseñanza, estimadas con razón como su más fuerte baluarte. El Estado, por mal entendido espíritu de celo, ha querido gozar del monopolio docente, y no atreviéndose á prohibir toda escuela distinta de las suyas, ha tomado tales medidas que ha hecho desaparecer todos los colegios privados laicos, quedando sólo la enseñanza de las Congregaciones frente á la del Estado; y como ésta es en general inferior á aquélla, porque el Profesor oficial no puede tener el celo que inspira el espíritu de partido y el de empresa, el partido clerical obtiene en este dominio notables ventajas, acreciendo su influencia.

El medio más seguro de acabar con la influencia del clericalismo, sería la propaganda de la idea cristiana, depurada de todo culto idolátrico y reducida á sus principios primitivos de justicia, caridad y desprecio de las riquezas; la defensa del bajo clero contra el despotismo episcopal, y el abandono de todas las medidas fiscales contra las Congregaciones, que no dan otro resultado que hacer imposible la formación de Asociaciones docentes laicas, que serían las más temibles enemigas de aquéllas. Perseguir al partido clerical es servirle, porque no se le hiere á él, sino á su clientela, ligándola más estrechamente con él. El clericalismo no puede ser vencido con medidas intolerantes y molestas, sino con la predicación de una idea moral consoladora, capaz de conquistar toda conciencia sana.

***

El feminismo en Francia y Alemania.—Si De Maistre desconfiaba de los *ismos,* seguramente el *feminismo* le hubiera horripilado como atentatorio al plan «divino». Las complejas

reivindicaciones del feminismo se resumen en tres puntos, según Gastón Choisy dice en la *Revue Bleue:* reconocimiento á la mujer de los derechos civiles y políticos, admisibilidad de la mujer á todas las profesiones, oficios y empleos, y su entronización en la función oficial de educadora cívica. Contra estas reclamaciones truenan los «irreductibles», cuya oposición arranca de las profundidades del sentimiento, y que no conciben á la mujer, madre ó hermana, esposa ó querida, sino lejos de las agitaciones de la plaza pública, y los misóginos, que no son tan pocos como generalmente se cree.

Sin buscar más antiguos orígenes, ni exhumar siquiera el recuerdo de Aristófanes, pueden señalarse en la época de la Revolución las primeras tentativas de emancipación femenina con la marquesa de Fontenay, que reclama de la Convención el uso de los derechos políticos, y con los clubs de mujeres; porque las «ciudadanas» tenían también sus clubs, no siendo de los menos turbulentos el de la *Sociedad de las mujeres republicanas y revolucionarias,* cuyo presidente, Rosa Lacombe, escribía á un periodista mal informado que había publicado la noticia de su arresto: «Yo os haré ver, ciudadano redactor, que mis brazos están tan libres como mi cuerpo, pues se alegrarán de propinaros una paliza.» Por entonces precisamente redactó Olimpia de Gouges el documento que vino á ser como el evangelio de los feministas, y de allí arranca la larga serie de emancipadoras que sacrificaron á veces á sus ideas su reposo, su dicha y su libertad: la condesa de la Mothe-Valois, que promete á la Asamblea Nacional mostrarse digna de su título de «ciudadana activa, mientras le queden juventud y encantos»; Susana Voilquin que, por extraña caridad, cede á una rival su querido esposo; la fantástica Clara Demar, con su *Ensayo de la carne por la carne*; la noble Julia Faufernot, que rechazó los ofrecimientos de la nueva corte por «no descender de las alturas en que la había colocado el peligro»; Reina Guindorf, fogosa oradora á los diez y siete años; Flora Tristán, «la paria»; Laura Grovelle, á quien ni su abnegación, ni

la elocuencia de Julio Favre pudieron salvar de la estúpida ferocidad de un Jurado; Luisa Crombach, que por quererlos igualar demasiado, discernía mal los sexos; las *Vesubias* de 1848, reclutadoras de milicias voluntarias de mujeres de quince á treinta años; Eugenia Niboyet, que intentó descentralizar el movimiento»; Juana Deroin, «la candidata»; Luisa Jullien, Paulina Roland..., las petroleras de 1871.....

El feminismo en los últimos tiempos se ha hecho más prudente, se ha insinuado en los salones, ha bajado su tono y suavizado sus maneras, y con tan cuerda conducta es mejor recibido en todas partes. Es más: la señora Gladstone, la mujer del gran estadista inglés, dirigió mucho tiempo la *Federación liberal de las mujeres*, sucediéndole la condesa Aberdeen mujer del antiguo Virrey de Irlanda y actual gobernador del Canadá. ¿Qué patronato más elevado? Pero no todas las Asociaciones feministas son como el *Consejo internacional de las mujeres* que preside lady Aberdeen; sería demasiado sencillo y demasiado hermoso y hubiera facilitado la creación de la *Internacional* de las mujeres, concepción grandiosa que hubiera facilitado la realización de las aspiraciones realmente legítimas y razonables de la mujer. La tentativa de lady Aberdeen en este sentido fracasó, no siendo fácil lograr la sumisión de los grupos ya constituídos á una sola dirección.

El partido feminista francés cuenta con siete grupos, perfectamente autónomos: la «Sociedad para la mejora de la suerte de la mujer y para la reivindicación de sus derechos», «La Solidaridad», la «Liga por el derecho de las mujeres», la «Unión universal de las mujeres», «La Precursora», «La Igualdad» y «El Feminismo cristiano», en torno de los cuales irradian multitud de instituciones de enseñanza y beneficencia, contando además el partido con un gran diario—*La Fronde*—y otros tres periódicos, *El Feminismo cristiano*, dirigido por la señorita Maugeret, *La dicha del hogar*, por la doctora Helina Gaboriau, y *El periódico de las mujeres*, cuya lectura no debe recomendarse á los hipocondriacos, no debiéndose omitir la

mención como elemento de propaganda del Teatro feminista, fundado por María Cheliga.

Las figuras más salientes de estos grupos, son ó han sido María Deraismes, fundadora de la primera de las Asociaciones citadas, y notable por el vigor de su espíritu y la precisión y limpidez de su frase; María Pognon, directora de la «Liga por el derecho de las mujeres», sin pretensiones, enérgica y audaz; María Cheliga, armoniosa combinación de seducción eslava y de espíritu francés, y presidente de «La Previsora», que es la que con su actividad y oportunidad ha obtenido hasta la fecha el resultado más tangible, conquistando el derecho de testimonio para las mujeres tras larga y difícil campaña. Aparte de estos nombres, y fuera de estos grupos, merece especialísima mención Clemencia Royer, personalidad reputadísima é independiente, que sin dar la preferencia á ninguna doctrina determinada, aspira nada menos que á «la restauración del matriarcado primitivo.»

El día en que el feminismo francés piense en organizarse sólidamente, tendrá que dirigir sus ojos al otro lado del Rhin.

En Alemania, en efecto, borrada toda clasificación arbitraria, el feminismo cuenta con un contingente bien definido y cuadros de oficiales perfectamente organizados; 194 asociaciones se reparten el trabajo de propaganda y filantropía, y apenas hay ciudad que no tenga su *Frauen-Verein* (asociación de mujeres), cuyo conjunto forma el *Bund* (alianza), dirigida por un Consejo superior, reelegible cada cuatro años, y presidido actualmente por la señorita Augusta Schmidt. Bajo su toca, artísticamente encañonada, esta señorita tiene cabellos blancos, y de la desconcertante sencillez de su persona se desprende ese don que falta á veces á las más brillantes: la autoridad, autoridad procedente de una existencia irreprochable, y que contiene las impaciencias belicosas de algunos grupos asociados.

Las impacientes ó radicales están en minoría, y su jefe es la señora Mina Cauer, una fogosísima agitadora, socialista re-

calcitrante, que es, sin embargo, una gran señora, cuya fortuna y crédito alivian innumerables miserias, y cuyo periódico, *Frauenbewegund*, es bastante leído por los obreros de Berlín; tiene por segunda de su partido á Anita Angspurg, doctora en Derecho, de palabra magistral, como la señorita Schmidt tiene á la señorita Lange, que se ocupa, sobre todo, de educación y enseñanza, y que preside la «Asociación de las institutrices alemanas», á la que pertenecen 62 sociedades; su humor algo autoritario la resta simpatías, y es posible que el día en que haya que reemplazar en la presidencia de la *Frauen-Bund* á Augusta Schmidt, la elegida sea la señora María Stritt, presidente de la sociedad de Dresde, que, aunque radical, goza de gran prestigio por lo brillante y atractivo de su oratoria. A estos nombres debe unirse el de Lina Morgenstern, cuentista de cosmopolita reputación y corazón bondadoso, de cuya sensibilidad pueden dar testimonio los prisioneros franceses de la guerra franco-alemana.

IMPRESIONES Y NOTAS

Moreno Carbonero y la Ratazzi.—En sus *Cartas de una viajera*, insertas en la *Nouvelle Revue Internationale*, cuenta la princesa Ratazzi de Rute sus primeras relaciones con Moreno Carbonero, entonces desconocido.

Estaba en París hacía algunas semanas, de regreso de un viaje hechicero por Andalucía, y se paseaba en el jardín del hotel de Aquila, cuando un criado le presentó una carta.

—Puede usted retirarse—dijo la Rattazzi—cogiendo la carta.

—Es que, señora—replicó el criado—el joven que ha traído esta carta insiste en que se le conteste y en ver á usted.

No agradan á la Rattazzi las visitas fuera de los días en que recibe, é iba á contestar negándose, cuando en la letra del sobre reconoció la del pintor malagueño Ferrándiz, de

quien puede decirse que era «el más feo y el más espiritual de los hombres de talento del reino», y picada por la curiosidad abrió la carta. Era una recomendación en favor del *dador*, «un joven que irá lejos, un prodigio, uno de los futuros grandes maestros del arte». La carta era apremiante, y aunque el título de «mi mejor discípulo» que daba Ferrándiz á su recomendado no le imponía mucho, la Rattazzi dió orden de introducir al visitante, un jovencillo, casi un niño, con cara de colegial, que sin timidez ninguna declaró á la señora Rattazzi su atrevido pensamiento de exponer en aquellos salones sus últimas obras.

—Me han dicho, señora,—dijo—que dais mañana una reunión, y sería la ocasión propicia.

—¡Vaya un compromiso!—se decía la Rattazzi.—¡Qué idea la de ese Ferrándiz de mandarme este chiquillo! Va á llenar esto de mamarrachos. ¡Es pura locura!

Adivinando su vacilación, el joven insistió en enseñarle sus cuadros para convencerla, y poco después su equipaje artístico se desparramaba en el salón sobre las sillas y el piano, y de tal modo se las compuso, que no hubo más remedio quo resignarse. Al día siguiente se verificó la exposición.—Será un *succès d'estime*, pensaba la Rattazzi. Fue un exitazo, un verdadero triunfo, y unas horas después, de los cuadros de Moreno Carbonero, disputados por la concurrencia, no quedó ni uno solo que no se vendiera por el doble ó triple del precio esperado, y desde aquel día Moreno Carbonero marchó á pasos de gigante por el camino de la gloria en que tantos triunfos ha cosechado.

***

La nueva secta de la «iglesia del Dios vivo».—No hay país como los Estados Unidos para cosas y casos raros. Allí, como dice Norvins en la *Revue des Revues*, cuando un hombre ha ensayado sin éxito todos los recursos para vivir, no tiene más que fundar una religión. De ahí el gran número de sectas

que en la América del Norte pululan, y las extravagancias increibles á que sus adeptos se entregan.

Una de las más modernas, y que cuenta ya con muchos miles de adheridos, es la de los *Trabajadores de Sanford*, titulada también «iglesia del Dios vivo, pilar y fundamento de la verdad». Las contribuciones de sus enfermos y de sus fieles le han permitido ya construir en Shiloh un templo, coronado por doce torrecillas, el Hospital del «Tratamiento por la fe», una escuela bíblica y un asilo de niños en la montaña de Benlah, en el Maine, contando, además, en la prensa con su indispensable órgano, titulado *Las Lenguas de Fuego*.

Su fundador, F. W. Sandford, afirma haber recibido inspiración de Dios, hace unos ocho años, para fundar esta nueva religión. «Hace ocho años—decía á sus fieles últimamente—se me apareció Dios; no me dijo más que una palabra, una sola, y esa palabra ha bastado para enseñarme cuál debía ser la labor de mi vida; esa palabra era *Armageddon;* pasé una noche maravillosa y asistí á algo sobrenatural; los demonios fueron expulsados fuera de mí, sin que yo me enterara; y en nombre de Cristo, Dios se puso á hablar conmigo como con un amigo.»

La doctrina de Sandford es sencillísima, reduciéndose á la interpretación *literal* de la Biblia y á su conformidad con los preceptos mosaicos; el demonio es para ellos la personificación de las enfermedades; para curar éstas basta exorcizar al demonio y obligarle por fuerza á dejar el cuerpo de su víctima; para ello obligan á ayunar varios días al paciente, pues como el diablo es un mozo muy sensual, no le gustan los cuerpos enflaquecidos; luego rezan con mucho fervor, sin dejar nunca la Biblia de la mano, y golpean con ella al enfermo hasta obligar al demonio á salir de su cuerpo. Como es natural, con este sistema la mayor parte de los enfermos se mueren, pero es porque no tienen fe ó porque Dios quiere llevárselos, y con argumento tan perentorio se quedan tan frescos aquellos creyentes.

Por inverosímil que parezca esta secta, acabada de nacer, ha adquirido ya considerable desarrollo y tiene ramificaciones

en muchas ciudades de los Estados Unidos, siendo uno de sus grupos más importantes el de Manchester, dirigido por Hutchins. Este Hutchins era un impresor. Oyó á Sandford hace dos años predicar su doctrina, y convertido inmediatamente á la nueva fe, vendió su imprenta y transformó en iglesia su casa. No tenía fortuna; pero los enfermos y los fieles empezaron á venir á él, y hoy Hutchins posee una magnífica casa en Concord-Street, el barrio aristocrático de la ciudad.

¡El número de los tontos ha sido, es y seguirá siempre siendo infinito!

***

Los automóviles en el ejército.—El emperador de Alemania parece preocupado por el próposito del empleo de los automóviles á fin de lograr lo que los persas intentaron con los carros armados de guadañas: el aplastamiento y dispersión del enemigo. Difícil es, sin embargo—como dice con sobrada razón *Madrid Científico,*—que tan imponentes mecanismos tengan en todo tiempo la necesaria movilidad para que su intervención en la guerra resulte eficaz. Estos acorazados terrestres deben llevar, según los competentes, dos piezas de gran calibre para hacer fuego por delante, y por lo menos una ametralladora en cada flanco, con un observatorio suficientemente elevado para dominar el terreno y dar las órdenes; agréguese á este material el personal para el servicio de cada automóvil, las municiones, corazas, combustible y aparato motor, y se verá que el todo forma una masa enorme de dificilísimo manejo enmedio del campo.

Pero si el automóvil de combate es todavía hoy de discutible aplicación, no así el automóvil corriente, que puede prestar incalculables servicios para los transportes de víveres y municiones, ambulancias, material de ingeniería, telegráfico, sanitario y administrativo, para instalar cocinas, para el arrastre de las baterías y para otra multitud de usos á cual más interesantes en campaña.

***

El lenguaje de los monos.—Muchas han sido las tentativas llevadas á cabo por sabios y profanos para llegar á descubrir el lenguaje de los animales, y singularmente el de los monos; pero hasta ahora no se había encontrado el medio de hacer un estudio serio de este problema, por la dificultad de fijar de un modo estable los sonidos emitidos por los animales para hacer su análisis y descubrir sus elementos constitutivos. Hoy, con ayuda del fonógrafo, este análisis se ha hecho posible, y tan feliz idea es debida, según parece, al profesor L. R. Garner. He aquí cómo ha procedido, según el relato que hace en la *Rivista mensile de Psichiatria*.

En el parque zoológico de Cincinnati vió en una misma jaula, dividida en dos compartimientos, un gran babuino y varios monos pequeños, constantemente preocupados con la presencia del babuino; dos monos estaban siempre de centinela, y con sus gritos advertían á los otros monos los movimientos del babuino, admirándose Garner de la precisión que debian tener aquellos informes, porque siempre correspondía la actitud de los monos que los recibían á los movimientos que el babuino ejecutaba. Garner procuró distinguir é interpretar los gritos de los monos, y á fuerza de oirles repetir determinados sonidos llegó á determinar los que correspondían á cada actitud del babuino. Para obtener la fijación de aquellos sonidos se le ocurrió entonces emplear el fonógrafo.

De acuerdo con el Dr. Baker hizo sus primeros experimentos con un mono y una mona del Instituto Smitsoniano de Washington; separados uno de otro, Garner excitó al macho para que gritase, y sus gritos fueron fonografiados; trasladado después el fonógrafo á la jaula de la hembra, ésta se alarmó al escuchar el fonógrafo, comprendió perfectamente los gritos de cólera del macho, y contestó á ellos.

Tras este experimento, Garner hizo muchos otros, y el resultado de sus investigaciones ha sido descifrar hasta nueve sonidos diferentes, que expresan sensaciones de hambre, cólera, inquietud, etc. El lenguaje de cada especie es incompren-

sible para las demás. Este lenguaje es articulado, y estudiado por lingüistas como Rosenthal y otros, se ha reconocido que responde á una lengua relativamente desarrollada, aunque de tipo bajo y bárbaro.

***

Lo que leen los estudiantes de Berlín.—Así se titula un folleto que acaba de publicarse en Berlín, y que contiene curiosos datos, harto distantes de corresponderse con la idea que por acá tenemos de las aficiones de los cultísimos tudescos.

Los estudiantes de Berlín tienen á su disposición una biblioteca y un salón de lectura, bastante rica la primera y con todo el confort deseable el segundo, estando una y otro á disposición de los que quieran frecuentarlos mediante el abono mensual de unos cuantos *pfennigs*. Como los estudiantes no son ricos, es de presumir que los que no leen en la biblioteca no leen en ninguna parte.

Pues bien: de 5.000 estudiantes matriculados en la Universidad, sólo 335 concurren á la biblioteca, según el folleto de Kantorowicz. ¿Qué leen estos 335 estudiantes estudiosos? Novelas ante todo, desde las de Tolstoi á las de Zola, y sobre todo *Los Misterios de París,* de Eugenio Sue; *Nana* y las *Semivírgenes*, son también de las más leídas, y entre las obras de Tolstoi, apenas se lee *Guerra y Paz*, y en cambio goza de gran favor *La sonata de Kreuzer*. Después vienen los dramaturgos, principalmente Ibsen, Hauptmann, Sudermann, Halbe y Mæterlinck. La filosofía y la alta crítica literaria tientan muy poco á la juventud escolar, y en cuanto á historia, son preferidas las anécdotas y las Memorias picantes á los estudios serios y concienzudos.

¡La juventud es la misma en todas partes! Los escogidos son siempre los menos.

Fernando Araujo.

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

La recidiva nella Sociologia, nella legislazione e nella scienza del diritto penale, per l'avv. Vincenzo Manzini. Firenze, Casa editrice «Fratelli Cammelli», 1899.—Un vol. de XXIV-634 págs., 10 liras.

El de la reincidencia es uno de los problemas más difíciles de resolver para los defensores de las ideas antiguas sobre Derecho penal. Como en tantas otras cosas (v. gr., en punto á la tentativa, al concurso ó pluralidad de delitos, etc.), la lógica abstracta anda aquí por un lado, y por otro las exigencias reales: armonizar ambas cosas es bastante difícil, si no imposible.

Tal es el motivo de la grandísima variedad de soluciones que tocante á esta materia existen. Según los gustos y preferencias de cada cual, así se adopta una ú otra de ellas, ninguna en verdad satisfactoria y aceptada por todos.

El libro del Sr. Manzini es una excelente monografía relativa á la cuestión esta de la reincidencia. En ella está reunido todo lo más interesante que conviene saber acerca de tal tema, desde la historia de la reincidencia hasta las opiniones sustentadas por los autores más recientes en torno á los diversos problemas subordinados que la misma envuelve. El autor ha estudiado bien el asunto, ha consultado mucha bibliografía, y expone con orden y claridad.

Divide la obra en tres partes, ya indicadas en el mismo

título de ella, á saber: 1.ª, la reincidencia *en la Sociología;* 2.ª, la reincidencia *en la legislación*, y 3.ª, la reincidencia *en la ciencia del Derecho penal*. En la primera estudia las *causas* (individuales, sociales y políticas) de la reincidencia, y es un resumen de Sociología criminal. Para Manzini, el fenómeno morboso de que se trata es hijo exclusivamente de causas *sociales*. En la segunda parte hace una breve *historia de la legislación* tocante á la reincidencia, y después estudia ésta *en el Derecho positivo italiano* y *en la legislación comparada*. Por fin, en la tercera parte nos da á conocer — además de la suya—las varias *posiciones de los escritores* con respecto á las *distintas cuestiones* que la general de la reincidencia implica.

La doctrina de Manzini sobre la reincidencia está resumida en la siguiente definición que de ella da en la conclusión de su libro: «Reincidencia es aquella relación que existe entre dos ó más delitos de Derecho común, cometidos por la misma persona é irrevocablemente juzgados, menos el último, con sentencia condenatoria: todos ellos determinados por el mismo ó por distintos móviles dolosos; ó todos producidos por el uso del mismo ó de diversos medios anormales en la idea del Derecho; ó todos los cuales reproducen la misma falta: á consecuencia de lo cual se agrava la imputación del último delito, si éste ha sido cometido antes de que haya pasado el tiempo necesario para que prescriba la condena del anterior.»

P. Dorado.

La mala vita a Roma, per Alfredo Niceforo e Scipio Sighele.—Torino, Roux Frassati e C° editori, 1898.—Un vol. de 217 págs., 2 liras.

Lo más interesante hoy en el estudio de la criminalidad no es el delito ya ejecutado y la punición que le corresponde (la pena proporcionada, que se suele decir), sino las causas del mismo, al intento de perseguirlas y combatirlas para que *en lo futuro* no sigan teniendo eficacia. Como la terapéutica individual va de día en día dejando mayor campo de acción á

la higiene, del propio modo el horizonte de la previsión y consiguiente prevención social va ensanchándose de vez en vez más á expensas del de la represión, propia de pueblos y épocas infantiles. Mucho más importa, por eso, llegar á conocer quiénes son los delincuentes en potencia y los focos generadores de los mismos, que no quiénes han sido ya delincuentes de hecho y la manera como les castiga una legislación determinada.

Tal es la idea informante en nuestro tiempo de una grandísima parte de los estudios que publican los criminólogos, y tal es también la que ha inspirado este y otros estudios de los jóvenes, y no obstante muy conocidos escritores italianos Niceforo y Sighele.

Los grandes centros urbanos, por lo muy aglomerada que la población está en ellos, y por otras causas, son un semillero fecundísimo de criminales. En todas las grandes ciudades, Londres, París, Berlín, Nápoles, Madrid, hay una multitud de personas cuyas «ocupaciones» únicas son el ocio, el vicio y el delito. Esas ciudades son el terreno mejor dispuesto para el desarrollo del delincuente *profesional*.

Los autores citados dan á conocer en el libro á que se refiere esta nota esa hez social—*la mala vita*—de una de las grandes aglomeraciones urbanas de Italia, de Roma; mala vita que ellos han estudiado directamente. El retrato que de la misma nos presentan, está, por consiguiente, tomado *del natural*. Describen, intercalando á menudo ejemplos y nombres propios, los lugares de refugio de la mala vita, sus costumbres, su manera de vivir, las variedades que reviste, su jerga, sus bailes, sus cánticos, etc.; todo ello en lenguaje literario y muy cuidado, debido á lo cual, junto con el interés que el asunto ofrece, se lee el libro como si fuese una novela.

En España parece que tendremos también pronto un trabajo análogo relativo á la *mala vita* de Madrid. Lo están preparando igualmente dos jóvenes escritores de los que de ver-

dad valen, y que, como Niceforo y Sighele, tienen mucho de literatos.

P. Dorado.

Il Socialismo e il pensiero moderno, di Alessandro Chiappelli. Seconda edizione notevolmente emendata ed accresciuta.—Firenze, Successori Le Monnier, editori, 1899.—Un vol. de 434 págs., 4 liras.

Aún no hace mucho tiempo que se dió cuenta en estas mismas páginas de la primera edición del presente libro. Entonces se indicó cuáles eran los méritos que lo acompañaban, singularmente la notoria competencia con que se tratan las diferentes cuestiones que abraza y la ecuanimidad é imparcialidad de los juicios. Cabalmente, estas últimas cualidades, que se ve campean en todos los estudios que integran la obra, han sido la causa de que los adversarios del socialismo hayan calificado al señor Chiappelli de socialista, y los socialistas le hayan motejado de adversario del socialismo. Pero el autor explica bien tal fenómeno. «Quien considere el socialismo—escribe,—esta teoría del movimiento proletario, como el *exponente de un movimiento más amplio de ideas y de hechos,* como una de las formas en que se manifiesta hoy la *necesidad de una lenta pero evidente renovacion social*, que se manifiesta de diversos modos en las formas artísticas, en el movimiento reformador de la política social, en el revivir moderno de los ideales religiosos, se encuentra colocado en un punto de vista desde el cual le es imposible embestir ciegamente contra el socialismo, como si éste fuese una amenaza medrosa; igualmente que no puede tampoco, por otro lado, aceptar la doctrina del materialismo histórico ó del colectivismo, que son las que constituyen la parte más vulnerable del presente movimiento socialista».

De la buena acogida que el libro escrito con semejante espíritu ha tenido, testimonia el hecho de haberse agotado su primera edición en muy poco tiempo.

En esta segunda, además de haberse retocado y mejorado los estudios que formaban parte de la primera (que eran, como se recordará, los siguientes: *Patria y socialismo; Darwinismo y socialismo; Socialismo y arte; Filosofía y socialismo; Socialismo y pesimismo; La idea moral en el socialismo, y Religión y socialismo*), se ha añadido otro muy interesante sobre *El socialismo y la idea de la paz internacional,* escrito con ocasión de la conferencia recientemente reunida en La Haya. Se habla en él de la evolución histórica de la idea de la paz internacional, de los proyectos que ha habido al efecto, del valor de dicha idea y de la posibilidad ó imposibilidad de su actuación.

A mi modo de ver, la obra de Chiappelli es una de las que mejor aprecian la significación del socialismo y su relación con los otros principales problemas que trabajan al mundo moderno.

P. Dorado.

OBRAS NUEVAS

Altolaguirre (F.)—Impresiones del sitio de Manila. En 8.°, 95 págs.: 1,50 ptas.

Arcos Crespo (A. de).—Cuentos militares. En 8.°, 194 págs.: 2 ptas.

Baroja (P.)—Vidas sombrías. En 8.°, 160 págs.: 2 ptas.

Beltrán y Rózpide (R.)—La Geografía en 1898, y estado geográfico-político del mundo en 1899. En 4.°, 367 págs.: 8 ptas.

Berjón y Vázquez (A.)—El jubileo del año santo. En 16.°, 40 págs.: 25 cénts.

Blanco y Sánchez (R.)—Educación y enseñanza. Tratado elemenla de pedagogía. En 8.°, XVI-271 págs.: 3 ptas.

Idem.—Tratado elemental de lengua castellana. En 8.°, 266 páginas: 2 ptas.

Castillo Estremera (F).—Un día de guardia en San Juau de Dios. En 8.°, 64 págs.: 1 peseta.

Codera (F.)—Miscelánea de estudios agrícolas. En 12.°, 63 páginas.

Se reparte gratis.

Criado Domínguez (J.)—Tratado de agricultura. En 8.°, 104 páginas: 1,50 págs.

Danvila y Burguero (A.)—Diplomáticos españoles. D. Cristóbal de Moura, primer Marqués de Castel Rodrigo (1538-1613). En 4:°, 929 págs., y un retrato: 20 pesetas.

Deporta Torres (M.)—Las represalias; drama en cuatro actos. En 4.°, 67 págs.: 2 ptas.

Díaz de Escovar (N.)—Curiosidades históricas de Andalucía; colección de tradiciones, biografías, leyendas, narraciones, efemérides, etc. En 4.°. Cuaderno 1.°, 32 págs.: 80 cénts.

Idem.—Curiosidades malagueñas; colección de tradiciones, biografías, leyendas, narracciones, etcétera, relativas á la historia de Málaga y su provincia. En 4.°, 330 págs., en varias numeraciones: 8 ptas.

Díez Miñor (I.) y Pou de Barros (J. J.)—Los babiecas; juguete cómico en un acto. En 4.°, 20 páginas: 1 peseta.

Dostoyuski (F.)—El espíritu subte-

rráneo; versión española de Francisco F. Villegas (Zeda). En 8.°, 293 págs.: 3 ptas.

Durbán Orozco (J.)—Tardes grises. En 8.°, 147 págs.: 2 ptas.

Gomis Cornet (J.)—El porvenir de España y los partidos políticos. En 4.°, 27 págs.: 1 peseta.

González Pizarro (J. de D.)—Ganado vacuno; guía práctica para su multiplicación, cría y explotación. En 8.°, 395 págs.: 4,50 pesetas.

Isern (D.)—Del desastre nacional y sus causas. En 4.°, VIII-536 páginas: 6 pesetas.

Jiménez Prieto (D.) — La tiple mimada; zarzuela cómica en un acto. En 4.°, 47 págs.: 1 peseta.

Luc d'Ecil (J.)—Novelitas fin de siglo; cuadros de costumbres sociales. En 8.°, 153 págs.: 2 pesetas.

Marinel-lo (M.) —Anima; poesías. En 8.°, 208 págs.: 2 pesetas.

Martínez Vigil (R.)— El año Santo Pastoral. En 8.° mayor, 54 páginas.

Máximo y Ruano (D.)—Cartilla pedagógica. En 4.°, 32 págs.: 50 céntimos.

Medel Asensi (A.) — Estado actual de la policía en Madrid. En 8.°, 48 págs.: 50 céntimos.

Menéndez y Pelayo (M.) — Antología de poetas líricos castellanos. *Tomo IX.* Romances viejos castellanos (Primavera y flor de Romances). *Tomo II.* En 8.°, 360 páginas: 3 pesetas.

Miranda Carnero (P.)—La hidalga; novela. En 8.°, 265 págs.: 3 pesetas.

Morales (G.) — Luz de la sombra. En 12.°, 110 págs.: 1,50 pesetas.

Moreno (J. C.)—Cuadros históricos de la Revolución de Septiembre en las Palmas. En 4.°, 352 páginas: 3 pesetas.

Moreno García (C.)—Un nuevo aspecto del Quijote. En 4.°, 46 páginas: 1 peseta.

Moreno Godino (F.) — Sonetos de broma. En 8.°, 92 págs.: 1,50 pesetas.

Novo y Colson (P.)—Los garrochistas; zarzuela en un acto y cuatro cuadros. En 4.°, 39 págs.: 1 pta.

Ossé (J.)— Término probable del Arte Músico. La primera representación de la ópera La torre de Babel. En 4.°, 52 págs.: 1 peseta.

Pellicer (J.) — Tierra andaluza. En 8.°, 136 págs.: 2 pesetas.

Pérez Cortés y García Camacho (A.)—A la ruina de España; elegía. En 4.°, 12 págs.: 50 céntimos.

Pérez Zúñiga (J.)—Galimatías; artículos cómicos. En 8.°, 190 páginas: 3 pesetas.

Perrín (G.) y Palacios (M. de).—La chiqueta bonica; zarzuela en un acto y tres cuadros. En 4.°, 56 páginas: 1 peseta.

El Teatro.

Praga (M.)—La enamorada; drama en cuatro actos, arreglada del italiano para la escena española, por Manuel Bueno. En 4.°, 68 páginas: 2 pesetas.

El Teatro.

Raventós y Clivillés (S.) — Ley sobre accidentes del trabajo, de 30 de Enero de 1900. En 4.°, 19 páginas: 1 peseta.

Reig y Fiol (P.)—Las bodas de plata; comedia. En 4.°, 35 págs.: 1 peseta.

Rojas (F. de P.) — Electricidad y magnetismo. En 4.°, 306 páginas: 10 pesetas.

Ruíz y Benítez de Lugo (R.) — La enciclopedia del año (1899). En 4.° mayor, 634 págs.: 12,50 pesetas.

Sánchez (J. R.) — Nueve cuentos. En 12.°, 88 págs., con grabados: 1 peseta.

Sánchez de Arévalo (R.) — Vergel de los Príncipes. (Códice del siglo XV). Publicado por D. Francisco R. de Uhagón, dedicado al Excmo. Sr. Marqués de Jerez de los Caballeros. En 4.° mayor, XVI-78 págs.: 5 pesetas.

Tirada de 200 ejemplares numerados, de los cuales se ponen á la venta 50.

Sánchez Torres (F.) — Lo gubernativo en los Tribunales y Juzgados. En 4.°, 828 págs.: 13,50 pesetas.

Santías (A.) y Figueroa (G. de).— Anuario de la renta de tabacos de España. En 4.°, XCV-308 páginas, un mapa, 20 págs. de estados plegados: 3 pesetas.

Sbarbi (J. M.)—Discurso leído ante la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando. Contestación del Ilmo. Sr. D. Ildefonso Jimeno de Lerma. En 4.°, 39 páginas. *No se ha puesto á la venta.*

Tema: ¿Qué es música?

Soriano (M.) y Falcato (L.)— Los sobrinitos; juguete cómico-lírico, en un acto. En 4.°, 42 páginas: 1 peseta.

Teijeiro (M.) — La terapéutica que se impone. En 8.° mayor, 79 páginas: 1 peseta.

Trinchant y Fornés (J.)—Pí y Margall ante el regionalismo, la federación y la unidad de la patria. En 8.°, XIX-122 págs.: 1 peseta.

Uña Sarthou (J.)—Las asociaciones obreras en España (Notas para su historia). En 8.°, VIII-374 páginas: 4 pesetas.

Valbuena (A. de). — Agua turbia; novela. En 8.°, 355 págs.: 3 pesetas.

Vega (L. de). — Obras publicadas por la Real Academia Española. *Tomo X*. Crónicas y leyendas dramáticas de España. Cuarta sección. En folio, CLXVII-562 páginas: 20 pesetas.

Zayas Guarneros (P.)—Amor sublime; novelas de costumbres mejicanas. En 8.°, 409 págs.: 1 peseta.

INDICE

	Págs.
Murió y le enterraron (novela), por Holger Drachmann	5
La Literatura moderna en Francia, por Emilia Pardo Bazán	21
Retos y desafíos, por Juan Pérez de Guzmán	43
Las fiestas entre los musulmanes, por Rodrigo Amador de los Ríos.	62
Lo que fué la gacetilla, por Nicolás Pérez Merino	116
Poetas americanos: ¡Está borracho el César! por Narciso Tondreau. —*La Poesía,* por José Fiansón	136
Revista Hispanoamericana, por Iob	139
Crónica literaria, por E. Gómez de Baquero	159
Revista de Revistas, por Fernando Araujo	168
Notas bibliográficas, por P. Dorado y A. Posada	200
Obras nuevas	205

España moderna

AÑO 12. NUM. 137.

LA

ESPAÑA MODERNA

Director: JOSE LAZARO

MAYO, 1900

MADRID
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE IDAMOR MORENO
Calle de Blasco de Garay, núm. 9.

Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo, es indispensable el permiso del Director de La España Moderna.

LA ORDENANZA MILITAR

Enmedio del más silencioso y apacible de los paisajes, con el sosiego de que puede gozar una ciudad pequeña que tiene asegurados sus privilegios, su gobierno propio y su liceo, alzábase San Miguel, á la arilla del Sund, circuído por su llanura de arena.

Al caer de la tarde, bajando de la colina próxima al faro, al Oeste de la ciudad, se oían los prolongados sonidos de un instrumento de cobre, rústicos, como el solo de una sinfonía pastoril. Y poco después regresaban de la dehesa los ganados, sonando las esquilas, y detrás los pastorcillos con los pantalones remangados por encima de las piernas, cubiertas de polvo, y las curtidas rodillas.

Las criadas, presurosas al encuentro del rebaño, llevaban cada una su vaca de henchidas ubres; hasta que por fin se vieron los dos últimos animales, retardados, enmedio de la gran plaza, arrancando todavía una mata de yerba para rumiarla mientras los ordeñasen.

En la prisión militar, sita al extremo Sur de la ciudad, pasábase la lista nominal respectiva de los presos, y renovábanse los centinelas. Ruído de cadenas, y santo y seña entre los soldados.

Por una parte la prisión, edificio amarillento de dos pisos, con sus altas tapias de circuíto, parecía querer bañarse en el verdor de los frondosos abedules, al paso que, por la parte opuesta, dando á la gran plaza donde la yerba requemada y marchita por la sequía brotaba con mezquinos tallos á través de la arena, presentaba amenazadora el amazacotado frontis de su puerta de ingreso.

Más arriba, en la gran calle que conducía á la llanura arenosa, enteramente á la entrada de la ciudad, veíase el cuartel de los cosacos, larga y muy baja construcción de madera. En el interior, los soldados del Don cantaban melancólicamente sus vastas estepas y sus locas cabalgadas. Oíaseles desde la ciudad, y decían los habitantes:

—Lluvia tenemos, cantan los cosacos.

En el segundo piso, Noroeste de la prisión, en la parte destinada á los presos por deudas, hallábase Heckki Hyttonen, junto á la ventana. Acababa de desaparecer el rojizo resplandor vespertino; podía respirar con todo sosiego el aire tibio, pues no se empleaba gran severidad con los presos de su categoría. No eran criminales peligrosos, puesto que estaba entreabierta la ventana tras de la cual filosofaba.

Al día siguiente cumpliría su condena, podría regresar á su granjita de Piekämäki y vigilar la recolección de los henos.

¡Pensar que así quedaba el pontonero cobrado por sus 20 marcos!

Heckki Hytonen había gemido al principio por la crueldad de su acreedor, quien le hizo encerrar en el preciso momento de ser más necesario en la granja; luego se había tranquilizado. ¿Qué le importaba en el fondo estar preso? Esto no tocaba á su honor. Por otra parte, su mujer y su hijo mayor saldrían del apuro por sí solos. En cuanto á él, ¿no era como si se hubiese marchado para servir á jornal? ¿No vienen á ser cosas idénticas? Mañana acabará de quedar en paz, y regocíjase por ello de antemano. ¡Qué manera tan rara de hacerse pagar! Después de todo, ese era negocio del pontonero y no suyo.

Estiró los adormecidos miembros. Sí, dentro de poco estaría allá lejos, en su pueblo, con la hoz en la mano en la gran pradera que rodea su choza; de seguro que no estará segada aún.

Desde que entró preso, era la primera vez que pensaba en su liberación. ¿De qué le hubiera valido pensar antes en ello? Pero con la perspectiva de esa libertad muy próxima, despertóse en él un deseo, un deseo material y atormentador: ¡Tabaco!

Desde que estaba preso no había ni aun olido el tabaco. Esta era la más dura de sus privaciones. Y conforme iban sus pensamientos hacia su choza, junto á su mujer y sus seis hijos, veíase asimismo cada vez con mayor claridad en los umbrales de su puerta, después de comer...,. ¿Fumando? ¡Ciertamente, ah, sí! Tanto, que las hojas de tabaco crepitaban en la usada cabeza de yeso de su pipa, y el humo, llevado por las apenas sensibles brisas de la tarde, íbase en largas cintas blanquecinas por encima de la techumbre del establo..... Tan clara era la visión, que la boca se le hacia agua y se agitaban sus labios.

Al cambiar los centinelas, el cosaco Ivan Kurnakow fue puesto en el ángulo Noroeste del recinto, delante de la garita rayada. Mientras fue y vino por las cercanías la patrulla, subió y bajó sus cuarenta pasos por delante de la garita con exactitud reglamentaria, llevando al hombro su ligero fusil de cosaco; pero cuando los cinco cañones de fusil, después de haber relucido por última vez al sol poniente desaparecieron por fin, apoyó el fusil contra la pared, desabrochóse el cinturón del uniforme y tomó asiento en la garita, extendiendo las piernas cuan largas eran. No resultaba muy agradable eso de ser cosaco. Con voz sorda se puso á tararear las melodías nacionales que oía cantar á sus compañeros en el cuartel, y sus pensamientos vagaban á través de una vasta llanura por donde se extendía un ancho río gris amarillo, pesado y lento, pero tan familiar y bien conocido cual sólo puede serlo un río de la patria.

Tres años antes había salido del Don, siendo un mozo de diez y ocho años. Desde entonces estaba de guarnición en San Miguel, en país extranjero; y durante esos tres años había aprendido á jurar en la lengua del país, pero eso era todo lo que sabía de ella. La vida del soldado era fácil allí: hacer guardia delante de la cárcel, maniobras de vez en cuando y algunos raros ejercicios á caballo. Pero, aunque no tuviese por que quejarse, su sangre ardiente hervía á menudo de impaciencia, sobre todo en las largas horas solitarias, durante las cuales hacía guardia al paso reglamentario delante de la garita, mientras la espléndida claridad de las noches del Norte envolvía en profundo silencio la pequeña ciudad. Durante esas noches serenas en que todo callaba y no se movía una hoja, y no podía él cerrar los ojos sin exponerse á las más rígidas penas, exacerbábase aquella nostalgia de libertad hasta el punto de que apetecía ardientemente una diversión, un incidente cualquiera.

Pues bien, esa noche tuvo como un presentimiento semiconsciente. Espiaba cuidadoso á todos lados. Si los presos hicieran una tentativa para evadirse, al menos eso sería una diversión. Pero no; no descubría ninguna cosa anormal. Cruzóse de piernas, sacó del bolsillo una petaca y encendió la pipa.

El Sund orillado de juncos, con la superficie bruñida como un espejo, dormía bajo su cubierta de nenúfares. ¡Ningún ruído! Pegóse al fondo de la garita, y echando en silencio bocanadas de humo de tabaco seguíalo con la vista, mientras subía por la atmósfera sin desparramarse: tan quieto estaba el aire. Dejando vagar en torno suyo la mirada, sintióse oprimido por la estrechez del horizonte, que le ahogaba. Acordábase de otro horizonte lejano, lejos, muy lejos de allí; un horizonte de líneas ondulosas, el infinito de la estepa...

En aquel momento se estremecía Hekki Hyttonen arriba en la ventana.

¡Tabaco!

¿De dónde venía ese olor?

Abrió de par en par la ventana con precauciones; alargó su no afeitada cabeza, de grises barbas enmarañadas, y miró curioso á todas partes sin ver ninguna cosa.

El cosaco, disipando sus recuerdos, agarró otra vez el fusil, y para distraerse gritó el alerta con voz prolongada:

—Slusha-a-aj!

—Slushaj—le respondieron desde las cuatro garitas de los cuatro ángulos del recinto.

En el cuartel, al oir el capitán á sus hombres en sus puestos da vuelta tranquilo en la cama, al paso que los detenidos en las celdas, poco habituados á este brusco despertar, salen con sobresalto de sus confusos ensueños; entrechócanse sus cadenas é interrumpiendo su ronda el carcelero á través de los corredores, se detiene un momento para mirar por el ventanillo.

Hekki Hyttonen desfrunció la boca con amplia risa cándida, expresando el más grande amor al prójimo, y los sentimientos más benévolos que jamás tal vez se hayan visto encerrados entre cuatro paredes. Sacó fuera la cabeza todo cuanto pudo, y con acento de connivencia, gritó en fin, al cosaco:

—Escucha, corazón de hermano; haz llegar un poco de tabaco al pobre viejo que sólo aspira el vacío del aire.

Al sonido de esta voz levantó el cosaco atónito la cabeza, divisó al preso, y colérico le hizo con la mano señas de que se retirase á escape.

La consigna para con los presos era inflexíble; entre ellos y los centinelas el único intérprete es el fusil.

Pero apenas hubo visto el viejo al centinela con la pipa en la boca, no pudo tenerse de alegría.

—¿Con que eres tú quien fumas, corazón de hermano? Te devolveré triple tabaco del que me des tú esta noche.

—*¡Perkele!*—gritó el cosaco en su mejor finés, mostrándole el puño.

—Pero, ¿cómo se te ocurre jurar así, corazón de hermano? Yo no soy un ladrón..... El pontonero me ha hecho poner

bajo llave por veinte marcos..... pero tú tendrás tu tabaco en cuanto yo esté libre, mañana.....

Mientras el cosaco permanecía vacilante, sin saber de ninguna manera qué hacer, Heckki Hyttonen continuaba:

—Pero escucha, pues, corazón de hermano..... No pido mucho, nada más que una bocanada.....

—*¡Perkele!*—gritó Ivan de nuevo, cogiendo el fusil.

—¡Santo Dios como juras.....! ¡Eh, eh! No matarás á un hombre por eso. Yo soy Heckki Hyttonen de Pieksämäki.....

El cosaco no comprendía ni una palabra. Pero aunque el viejo parecíale harto confiado para ser un gran criminal, le molestaba su terquedad. Estaba terminantemente prohibido hablar con los presos; y como le oyesen, sufriría veinticuatro horas de arresto lo menos, sin contar con el castigo que le impusiera el capitán, quien, por su parte, no se limitaría á un bofetón. Ivan conocía á su capitán. Hizo una postrera tentativa, dejó el fusil y se puso á accionar con ambos brazos, como si hubiera querido espantar á una vaca, gritando:

—¡Perkele, perkele, perkele!

Pero los cómicos ademanes del cosaco hicieron reir locamente al anciano labriego:

—¡Qué fachas haces! Primero me amenazas con el fusil, luego vociferas como un loco, y todo ello en vez de darme sencillamente una pizca de tabaco.....

Ivan cogió otra vez el fusil.

—¡Eh! ¿Vuelves á las andadas? ¡Acaba de jugar con el fusil! ¿Qué dices.....? ¡No! Yo no soy un asesino, ni un ladrón; soy Heckki Hyttonen de.....

Heckki Hyttonen cesó de pronto de hablar. El cosaco, perdiendo la paciencia, le había intimado en ruso por última vez que se retirase; pero como el viejo se obstinara, había apuntado contra el marco de la ventana, para darle una lección, y hecho fuego.

Heckki Hytonen, con el nombre de su aldea en sus labios,

tambaleóse, extendió los brazos y cayó de espalda sin dar un grito.

La bala no había hecho más que rozar un ángulo de la ventana, y se alojó dentro del cráneo finés de Heckki Hyttonen.

El cosaco fue sumariado, pero quedó absuelto; trasladado al Afghanistan, ya no dispara contra pobres viejos fineses.

Pero en Pieksämäk, una mujer flaca, agotada por el trabajo, vióse obligada á dejar su granja con sus seis hijitos; y el pontonero no ha vuelto á ver nunca sus veinte marcos.

KARL A. TAVASTSTJERNA.

CERVANTES Y SU ÉPOCA

NACIMIENTO Y FAMILIA DE CERVANTES

Vano empeño y manifiesto error querer sublimar con glorias fingidas ó prestigios extraños la vida de los ilustres varones. En sus propios méritos, no en los ajenos, consiste lo excelso de su grandeza. No son abonadores de su fama y nombre las acciones de sus antepasados: reálzanlos y enaltécenlos sus propios hechos y virtudes. Inútil vanidad pretender encumbrarlos si sus mismos actos no los sacan del nivel común elevándolos sobre la generalidad con altas distinciones de gloria.

Con mayor motivo ha de procederse así al hablar de Miguel de Cervantes Saavedra, prodigio único en todo el universo mundo por sus heroicidades y talento. No necesita su esclarecido nombre de supuestos realces para su ensalzamiento y loa, teniendo tantos merecimientos indiscutibles por sí solo para la más espléndida glorificación.

Han querido algunos de sus biógrafos atribuirle origen nobiliario, casi regio, buscando progenies y entroncamientos de familia para demostrarlo, sin conseguirlo, poniéndose tanto empeño en ello, que hasta se ha tratado de autorizar la suposición con árboles genealógicos al efecto ideados con tanta ligereza como indiscreción, sin considerar que llevan la negativa de sus afirmaciones envuelta en la misma debilidad de sus

fundamentos. Pero esta leyenda debe ya desaparecer; debe ser rechazada por inconveniente y forjada á capricho.

No hacen falta á Cervantes ni prestigios prestados ni nobleza heredada, habiéndose creado tantos él por sí, en virtud de su soberano ingenio y dado tan gallardas muestras de su alteza de ideas y magnanimidad de sentimientos en todos los trances y ocasiones de su conturbada vida (1).

Dejando, pues, á un lado cuantas sutilezas, cavilosidades ó inverosimilitudes se han esparcido respecto de la procedencia de la familia de Cervantes y acerca de lo encumbrado de su abolengo, suposiciones innecesarias para su buen crédito y esplendor, empezamos nuestra obra rechazando en absoluto todo lo que en sus biografías se ha dado hasta ahora como verdadero, siendo falso; como comprobado, siendo supuesto; como labor de la investigación y de la crítica, siendo mera invención de vaguedades ó inexactitudes. Queden relegadas al olvido, como ofensivas á la certidumbre de los hechos, las afirmaciones del P. Sarmiento, las suspicacias de Pellicer, las divagaciones de Navarrete, las disparatadas alusiones de Méndez de Silva. En nada se fundó el primero, si con detenimiento se examina, al suponer originaria de la provincia de Lugo á la familia de Cervantes (2). En nada se apoyó el segundo para sustentar su opinión de que fuesen provinientes de aquélla las familias del mismo apellido que se establecieron más tarde en los reinos de Toledo y Sevilla, en la Mancha y en tierra de Alcarria (3). En nada se apoyó el tercero para pretender dar por indubitable que Cervantes descendía de los antiguos caballeros que fueron de Galicia y Castilla la Nueva con Fernando el Santo á la conquista de Sevilla, donde se quedaron en heredamiento desde entonces con gloria y acrecentamiento de su estirpe (4). En nada admisible se había fundamentado antes el desatinado cronista Méndez de Silva, autor, aunque inocente, de toda esa leyenda nobiliaria, para incluir el nombre de nuestro Cervantes en un tratado genealógico, por completo ajeno á él (5); como nada demostró tampoco el Marqués de

Mondéjar (6), con dar cuenta del escudo de armas de los Cervantes de Yepes ú otras poblaciones, pues nada tenía esto que ver con los Cervantes de Alcalá de Henares, padres de Miguel.

Compréndese bien que el deseo de dar como cierto un punto demasiado dudoso y aun obscuro en la vida del primero de los escritores patrios, fue el principal motivo de todas esas ficciones de que se ha querido rodear su nacimiento y su pretendida ascendencia de nobleza; compréndese que la intención ha sido la mejor: subir al elogiado hasta donde deseaba el rendimiento de una admiración inmensa. Pero es infructuosa tarea llegar hasta la exageración con ofensa de lo verdadero, desvirtuando la belleza de la sencillez con los adornos feos de la ampulosidad.

No comprendieron esos entusiastas preconizadores de Cervantes que era errónea y manifiesta equivocación querer hacer descendientes á los de Alcalá de Henares del árbol originario de Galicia, pudiendo ser éste quizá de otra región ó comarca, desconociéndose con precisión las ramas secundarias, las afinidades, los grados de parentesco más ó menos próximos y los enlaces de las diversas familias que llevaban el apellido de Cervantes en las distintas provincias de España y en el Nuevo Mundo, sin cuyos imprescindibles requisitos era de todo punto imposible llegar al acierto ni proceder siquiera con discreción y cordura. ¿Cómo era posible fijar con exactitud la filiación antigua, la rama verdadera á que pertenecía, por sus entronques, con la familia de Cervantes Saavedra, de Alcalá de Henares? ¿Por dónde, por qué documento, por qué pergamino, por qué indicios siquiera podía sostenerse sin error que descendía directamente de los Cervantes de Galicia, de la Alcarria, de la Mancha ó de Andalucía? ¿Se sabía quiénes eran verdaderos parientes y deudos suyos, y quiénes formaban nuevas y hasta extrañas familias, aunque todas llevasen el mismo apellido de Cervantes, por más que no procediesen de idéntico origen? (7).

A las conjeturas antiguas hay que añadir la que últimamente hizo el erudito escritor D. Julio de Sigüenza el año

de 1887, con tanta ingeniosidad presentada, que muchos la juzgaron basada en datos incontestables; pero, bien examinada, no reviste menos vaguedad que todas las anteriores. Creyó Sigüenza que el abuelo paterno de Miguel de Cervantes, Juan de Cervantes, fue natural de Talavera de la Reina, hijo de D. Nicolás, fundador de la rama del mismo apellido en aquella villa. Tuvo por cierto que nació en el último tercio del siglo XV, y que, concluídos sus estudios de Derecho, fue á principios del XVI corregidor de Alcalá de Henares, donde contrajo matrimonio. El tercer Duque del Infantado, D. Diego Hurtado de Mendoza, de quien debió ser su amigo, nombró después al licenciado Juan de Cervantes presidente del Consejo de sus estados, cuyo cargo desempeñó hasta la muerte de aquel prócer, acaecida en 1531. En Guadalajara, capital de los dominios ducales, nacieron dos hijos del licenciado, Doña María de Cervantes y D. Rodrigo, padre de nuestro Miguel, según parecer del mencionado escritor. Doña María, pretendida tía paterna del inmortal autor de *Don Quijote*, casó con un hijo natural del Duque, fruto de sus amores con Doña María Ruiz de Leguizamo, llamado D. Martín de Mendoza, los cuales tuvieron de su matrimonio una hija, de nombre Doña Martina. Habiendo quedado viudo en 1559 D. Martín, se hizo sacerdote, llegando á ser arcediano de Guadalajara y de Talavera, dignidades eclesiásticas largamente retribuídas del Cabildo de Toledo. Todos estos antecedentes, aunque curiosos, no se refieren á la familia de Cervantes Saavedra de Alcalá, según Sigüenza opina, de lo que extensamente hablamos más adelante con argumentos que no admiten réplica (8). El Juan de Cervantes de que se ocupó Sigüenza no era, no podía ser el mismo caballero de idéntico nombre que, por aquellos tiempos, fue corregidor de Osuna, estando el error de Sigüenza en haber querido aplicar á un solo personaje lo que se refería á dos diferentes, y quizá de diversas familias también, por más que llevaran uno y otro el apellido Cervantes; indicio muy incierto para fijar la verdadera ascendencia de la de nuestro

autor, pues ese apellido, como ya notó Sarmiento, «es comunísimo, y aún es más común el de Saavedra».

No necesitamos, pues, insistir en las genealogías fingidas, ni atribuir á Cervantes parentescos extraños, ni idear nuevos relatos ficticios, ni mentar siquiera aquellos supuestos disparatados que le hacían deudo de Príncipes, primo de Reyes, pariente de potentados (9).

Si no sabemos la verdad sobre el origen de su prosapia, confesémoslo con noble franqueza; pero no inventemos hechos ni genealogías que no tienen otra base sino nuestro capricho (10).

Hasta hoy el dato único, irrecusable y serio que poseemos acerca de la ascendencia de nuestro incomparable escritor, se limita á saber que su abuelo paterno se llamó Juan de Cervantes, el cual fue corregidor de Osuna por nombramiento del Marqués de Ureña. Sospéchase que allí murió en 1546. Nada sabríamos de este respetable personaje, el único antecesor de Cervantes de quien nos han quedado noticias, sin el testimonio de un compañero de Miguel cuando se hizo á petición suya en Argel una información de sus actos para que le sirviera á su vuelta á España, concluído el penoso cautiverio, de méritos para la recompensa merecida y que confiadamente esperaba. Luis de Pedrosa, que era alférez, natural de Osuna, vecino de Marbella, aporta datos en su declaración, que tienen señales indubitables de autenticidad. El padre de Luis había sido muy amigo del corregidor Juan de Cervantes, y por lo mismo sabía que el Marqués de Ureña le había nombrado para tan importante cargo en atención á sus grandes méritos. El abuelo de Cervantes correspondió á la confianza en él depositada, siendo modelo de gobernadores prudentes. Fue muy estimado como principal y honrado caballero, granjeándose la general aceptación por sus actos de rectitud y justicia (11).

Rodrigo de Cervantes, padre de nuestro Miguel, hijo del corregidor de Osuna, estudió la carrera de leyes, obteniendo el título de licenciado. Es verosímil que ejerciera su profesión

en Alcalá de Henares, donde su familia estaba, al parecer, avecindada, por más que ignoremos si nació allí. Lo indudable es que Rodrigo vivió en Alcalá en un período de tiempo que no varía, por lo menos, desde 1536 hasta 1554.

Casó por el año de 1540 con Doña Leonor de Cortinas, descendiente de familia distinguida, originaria de Barajas, á lo que se cree.

El primer hijo que tuvieron, según las partidas bautismales existentes en el libro parroquial de Santa María la Mayor, fue Andrés, bautizado el 12 de Diciembre de 1543; el segundo Andrea, que lo fue el 24 de Noviembre de 1544; el tercero llamóse Luisa; bautizáronla el 25 de Agosto de 1546 (12).

Tuvo además el matrimonio tres nuevos hijos, cuya fecha exacta de nacimiento se ignora: uno nombrado Rodrigo, que se hizo famoso por las armas; otro Juan, y otro á quien se conoce por Doña Magdalena Pacheco de Sotomayor, tenida hasta ahora por hermana natural, cuñada ó simple parienta de Cervantes; pero fue hermana legítima suya, de padre y madre, nacida en Madrid, aunque llevara dos apellidos extraños por completo al paterno y materno, por una de esas anomalías tan frecuentes en la época que historiamos, y cuyo secreto sólo podían saberlo y penetrarlo las propias familias; y que Doña Magdalena era hija legítima de Rodrigo de Cervantes y Doña Leonor de Cortinas, consta de manera irrecusable por la misma afirmación del padre de nuestro autor, en su testamento (13).

Feliz fue para aquel matrimonio ejemplar el natalicio de un nuevo varón, que había de hacer para siempre gloriosos sus nombres por haber tenido la dicha incomparable de procrear hijo tan insigne, por el que no sólo su familia, no sólo su pueblo, no sólo su patria, sino todos los pueblos y todas las naciones y todo el mundo serían engrandecidos y glorificados. No se sabe el día fijo en que nació Cervantes, aunque sospechan unos escritores que sería el 29 de Setiembre y por eso se le pondría el nombre de Miguel, y presumen otros que el mismo día en que fue bautizado, conjetura verosímil, por ser

muy generalizada costumbre en Castilla la Nueva y Castilla la Vieja en aquellos tiempos llevar á los niños á que los bautizasen el mismo día en que venían al mundo.

Lo cierto é indiscutible es que Miguel de Cervantes Saavedra recibió el primer sacramento el día 9 de Octubre de 1547 de manos del Rvdo. Bachiller Serrano, Cura de la iglesia de Santa María (14).

Gloria indisputable é inmarcesible será siempre la de Alcalá de Henares por haber sido la ciudad natal de Cervantes, título de mayor fama para ella que todas sus pasadas grandezas, merecimientos y renombre, monumentos y celebridades. Hubo un tiempo en que la desidia de los contemporáneos y la propia desgracia de Cervantes dejaron en la obscuridad todo lo referente á su nacimiento y familia, por más que pudo rastrearse con esperanzas de acierto cuanto á su ciudad natal se refería sólo con fijarse en su primera obra literaria de verdadero empeño, *La Galatea*, donde con ingeniosos rasgos y felices indicaciones delinea su figura, expresa su patria, decanta á su amada, revela su discreción y narra los sucesos de su malograda juventud aquel enamorado pastor Elicio, cuya sencilla figura encubría tan delicadamente al hijo inmortal de Rodrigo de Cervantes, al adorador de Doña Catalina de Palacios, al soldado heroico y desatendido. Pudo haber dudas respecto de la verdadera cuna del varón gloria de España, cuando era sombras todo en la vida de Cervantes; mientras no se examinaron con toda detención sus escritos; mientras no se descubrieron documentos y datos que disiparan todo error é hicieran imposible toda vacilación para lo futuro; pero insistir, como se hizo luego, y aún se hace por algunos en las mismas ligerezas antiguas, sin prestar oído á las voces de la razón, disipadoras de las falsedades forjadas por la sutileza, propagadas por la ignorancia, sustentadas en pasiones ó injusticias, es ya, más que extraño, terquedad incomprensible, imprudencia incalificable. Porque la crítica no es un juego de palabras que para nada sirve, ni indagación y apreciación de sucesos

que nada vale ni significa; por el contrario, es examen reposado de lo dudoso que averigua la verdad para general enseñanza; labor bendita de la inteligencia que lleva puesta la mira en la depuración de los hechos para triunfo de lo justo, luz del juicio, guía de la prudencia, satisfacción de la rectitud, premio del trabajo, corona del acierto. Sólo un exagerado orgullo de amor local ó una falta de consideración á los dictámenes de la crítica han podido eternizar polémicas enojosas respecto de asuntos ya pasados en autoridad de cosa juzgada. Solamente por obcecación, por vanidosa petulancia ó por temeridad ridícula se puede ya sostener ó sospechar siquiera que no fue Alcalá de Henares la ciudad donde nació Cervantes.

Aparte de la fe de bautismo, documento fehaciente, hay cinco testimonios más, incontestables, que lo comprueban, desde la mitad y fines del siglo XVIII y comienzos del XIX. El primero de ellos es la *Relación* de los cautivos rescatados en 1580 que encontró en la Biblioteca Real el erudito D. Juan de Iriarte; el segundo, los documentos de limosna y rescate descubiertos en el Archivo de la redención de cautivos, por F. Alonso Cano, á excitación del docto D. Vicente de los Ríos; el tercero, la información sobre méritos y servicios de sus hijos Miguel y Rodrigo, pedida por su señor padre; cuarto, la información hecha en Argel á instancias del mismo Miguel de Cervantes, después de rescatado, descubierta en Sevilla por indicaciones de D. Martín Fernández de Navarrete, y quinto, el libro del contemporáneo y amigo de Cervantes, F. Diego de Haedo, titulado *Topografía é Historia de la ciudad de Argel* (15). En todos esos inestimables é insustituíbles documentos, cuya fidelidad y rigorosa exactitud no es posible poner en duda, se expresa con toda claridad que Miguel de Cervantes Saavedra era un hijodalgo principal, muy pobre, natural de Alcalá de Henares (16). Ahora, recientemente, se ha descubierto y publicado uno nuevo que viene á corroborar la verdad de las anteriores afirmaciones y á echar el sello para siempre, como demostración de su indiscutible certeza, á la

vez que cierra el camino á novísimos atrevimientos y falsas é indiscretas presunciones. Es una información del cautiverio de Miguel de Cervantes, pedida por él mismo, escrita toda de su puño y letra, recién llegado á España, desde Argel. En dicho autógrafo, firmado en Madrid el 18 de Diciembre de 1580, dice terminantemente Cervantes que es «NATURAL DE ALCALÁ DE HENARES» (17). El dato es concluyentísimo; no admite subterfugios, y si vamos á dedicar todavía á este punto algunas líneas, es porque juzgamos conveniente dejarlo suficientemente esclarecido para evitar sucesivas caprichosas interpretaciones, desmenuzando hasta las más insignificantes sospechas que quieren darse aún, como comprobantes atendibles ó justificados, en perjuicio de la verdad y para sostenimiento de errores ó imposturas.

Los datos evidentemente inciertos que respecto del pueblo donde nació Cervantes forjaron los escritores sus contemporáneos, ó los de tiempos posteriores, han quedado desmentidos ó rectificados por el trabajo de la crítica. Dijo, por ejemplo, Lope de Vega, que Cervantes tuvo por patria á Madrid, en lo que le siguió más tarde D. Gregorio Mayans. Hízole de Esquivias Tamayo de Vargas; creyóle hijo de Toledo Claramonte y Corroy; juzgáronle sevillano Nicolás Antonio y Ortiz de Zúñiga; divulgó el mismo Mayans la sospecha de que pudiera haber sido natural de Lucena (18). Pero unas tras otras, quedaron anuladas tales aseveraciones en vista de los documentos que aparecían. Hubiera sido pueril y nunca vista tenacidad pretender que la mentira prevaleciese, estando la verdad tan de manifiesto.

Ha habido, sin embargo, una lamentable excepción, por la que se quiere aún rechazar toda documentación y todo buen juicio, á fin de que se reconozca y confiese una cosa totalmente imposible, cual es que se tenga por patria de Miguel de Cervantes Saavedra, no á Alcalá de Henares, como datos históricos irrecusables persuaden, sino Alcázar de San Juan, según procuran con apasionamiento innegable algunos escritores.

Tuvo esto su razón de ser, su explicación, su tiempo. Hoy es el colmo de la insensatez el sustentarlo. Es querer cerrar los ojos á la luz para vivir perpetuamente en las tinieblas. Basta con hacer un cómputo cronológico para llegar al firme convencimiento de la certeza. El homónimo del inmortal alcalaíno es verdad que se llamaba Miguel de Cervantes Saavedra, según reza su partida bautismal (19).

Es cierto también que esa identidad de los dos apellidos en el Cervantes, de Alcalá, y el Cervantes, de Alcázar de San Juan, motivó en los primeros momentos dudas y desconfianzas, ofuscados los partidarios del manchego por la exactitud rigorosa de la filiación paterna y materna; y se quiso sostener que éste era el autor del *Quijote* por no constar en la partida de bautismo del Miguel de Cervantes, de Alcalá, el segundo apellido *Saavedra*, aunque siempre lo empleó en las portadas de sus libros, dedicatorias, correspondencia particular, instrumentos y actos públicos. Pero esa sorprendente identidad de apellidos que producía tanta confusión, era más que real, aparente, en fijando la atención sobre el asunto. Sería grosero anacronismo atribuir al Cervantes, de Alcázar de San Juan, los hechos y méritos que sólo pueden referirse y tener debida aplicación y explicación en el Cervantes de Alcalá de Henares, aunque entrambos tuviesen el nombre de Miguel y ambos usasen idénticos apellidos de Cervantes y Saavedra. El Cervantes, de Alcázar, fue bautizado el 10 de Noviembre de 1558, es decir, once años y treinta y tres días después que recibió el primer sacramento el Cervantes que nació en Alcalá de Henares.

Pues bien; ajústense todos los sucesos, ó los más principales de la vida del gran escritor, á las fechas conocidas é indubitables de su bautismo y muerte, y se verán todos fidelísimamente comprobados con testimonios tan eficaces y claros, que harán plenísima y acabada prueba. ¿Quién otro pudo ser el valiente soldado Miguel de Cervantes, que perdió la mano izquierda en la batalla naval de Lepanto en 1571, sino el ga-

llardo joven de veinticuatro años nacido en Alcalá en 1547? ¿Quién, sino ese mismo mílite distinguido pudo ser aquel heroico cautivo que estuvo en prisiones y aherrojado en Argel durante más de cinco años, y tenía más de treinta, como consta en oficiales documentos, cuando recuperó en 1580 la suspirada libertad y logró el dulce consuelo de regresar á la amada patria? ¿Quién, sino el despierto é ilustrado mozo de veintiún años, que vió la luz por primera vez en Alcalá en 1547, pudo ser el autor de los notables, aunque incorrectos versos escritos á la temprana muerte de la malograda Reina Doña Isabel de Valois? ¿Quién, sino el bautizado en Alcalá en 1547, pudo ser el preso en Valladolid en 1605, teniendo, como él declaró entonces, más de cincuenta años? ¿Con quién va á confundirse el nacido en Alcalá, contando en 1612 sesenta y cinco años cumplidos, como confiesa con donosa ocurrencia en el Prólogo precioso de sus *Novelas ejemplares?* ¿Y quién otro ha de ser sino el hijo de Rodrigo de Cervantes y de Doña Leonor de Cortinas, el autor del *Quijote,* de *La Galatea,* del *Viaje al Parnaso,* de las *Comedias* y *Entremeses,* de *Persiles y Segismunda,* el desvalido comisionista de Sevilla y de Madrid; el ayudante estimado de Guevara, de Isunza y Oviedo; el recaudador de alcabalas; el socorrido con la limosna de algunos poderosos; el que concluyó la triste tragedia de su vida el 23 de Abril de 1616?

¿Qué resultaría, en cambio, si se quisiera atribuir ciegamente, como se pretende, todos esos hechos y datos indiscutibles, al Cervantes Saavedra de Alcázar de San Juan? Solamente absurdos nos daría el concordar ó el relacionar siquiera las fechas con los sucesos; meras conjeturas; disparatadas é inadmisibles deducciones. El discípulo aventajadísimo y tan querido del maestro Hoyos, autor de unas poesías que manifiestan bien á las claras su gran despejo y excelentes aficiones literarias, sólo tendría diez años; poco más de trece el soldado que, al frente de otros doce, peleó con inimitable denuedo y nunca vista bizarría en el combate de Lepanto; unos veinti-

dós, concluído su penoso cautiverio; únicamente cuarenta y seis cuando le prendieron en Valladolid; cincuenta y cuatro en 1612, y, finalmente, no hubiera muerto á los sesenta y nueve cumplidos de su edad, sino á los cincuenta y ocho. ¡Qué alteración más espantosa! ¡Qué confusión de datos, de hechos, de fechas, de pormenores, de antecedentes, de puntos históricos depurados sólo para poder acceder á las caprichosas indiscreciones de una temeridad sin racional apoyo, sin documentos que la justifiquen ni argumentos que la autoricen y la hagan respetable para ser seguida! No; la crítica tiene que rechazar sin contemplación de ninguna clase las pretensiones absurdas de los obcecados partidarios alcazareños, porque, de admitirlas siquiera en principio, seguiríase la negación de la verdad, la falsificación evidente de la Historia (20).

Tampoco es posible aceptar la consecuencia de que sólo el Cervantes de Alcázar puede ser el verdadero, por tener el segundo apellido explícito, que en la fe de bautismo del de Alcalá de Henares no consta. Ese apellido era, y es, bastante usual en España, y pretender que sólo habría que asignarlo á los Cervantes de Alcázar sería pensar en lo absurdo, sostener vanos supuestos dictados por el amor propio ó la irreflexión. Ríos, para apoyar sus razonamientos acerca de llevar Cervantes, el de Alcalá, el apellido Saavedra, llamándose su señora madre Doña Leonor de Cortinas, achacó esto á la costumbre, en tiempo de Cervantes prevaleciente, de adoptarse en vez de los maternos y hasta de los paternos, muchas veces, los apellidos de los ascendientes ilustres, de los bienhechores ó deudos cercanos, como recuerdos cariñosos de familia. Navarrete, fundándose en los falsos ó exagerados indicios de los imaginados árboles genealógicos de Méndez de Silva, dió por cierto y averiguado que Cervantes tomó el apellido Saavedra por haberse llamado así su bisabuela; afirmación desprovista de base, sin ningún viso de certeza ni aun de verosimilitud, pero que ha corrido con cierta autoridad por el crédito de quien, inadvertidamente, la sostuvo y propagó.

La verdad es que no hay que apelar á las ingeniosidades de Ríos ni á las afirmaciones de Navarrete, para explicar que Cervantes llevara por segundo apellido el de Saavedra. Por un documento, recientemente descubierto, sabemos que el padre de Cervantes, Rodrigo, usaba también el mismo apellido; de modo que lo que hacía nuestro Miguel era emplear los dos de su progenitor, sin necesidad de adoptar ninguno de sus deudos antepasados, esclarecidos, ya en armas, ya en letras, siendo aventurado afirmar, mientras nuevos datos no vengan á demostrarlo, á qué familia de los Saavedras pertenecería la de los Cervantes de Alcalá por sus enlaces y parentesco. Lo que sí es casi probable que no lo tenía con los Saavedras descendientes de los señores de Castellar y del Viso (21).

Justo es, por consiguiente, reducir las cosas á la fidelidad estricta de sus términos y fundamentos, sin ampulosidades ni exageraciones, que para nada necesita el nombre inmortal de Cervantes.

RAMÓN LEÓN MÁINEZ.

ILUSTRACIONES AL PRECEDENTE ARTÍCULO

1.ª

Opinión de Cervantes sobre los orígenes nobiliarios de las familias.

Nunca se preocupó para nada Cervantes, como hombre prudente y de suma discreción, de su supuesta procedencia encumbrada. En los virtuosos hechos cifraba el orgullo de su nombre. La nobleza de sus procederes era la que más ambicionaba, la que estimaba sobremanera, la única que llenaba su alma de satisfacción y fortalecíale en las amarguras de su vida, en los tristes días de sus pobres desamparos. Maravillosamente expresa sobre este punto su opinión en el capítulo VI

de la segunda parte de *Don Quijote*. «No todos los que se llaman caballeros (dice) lo son de todo en todo; que unos son de oro, otros de alquimia, y todos parecen caballeros; pero no todos pueden estar al toque de la piedra de la verdad. Hombres bajos hay que revientan por parecer caballeros; y caballeros altos hay que parece que á posta mueren por parecer hombres bajos. Aquéllos se levantan ó con la ambición ó con la virtud; éstos se bajan ó con la flojedad ó con el vicio; y es menester aprovecharnos del conocimiento discreto para distinguir estas dos maneras de caballeros, tan parecidos en los nombres y tan distantes en las acciones.»

Y como pone en boca de la sobrina de Don Quijote la donosa réplica de que «aunque puedan ser caballeros los hijodalgos, *no lo son los pobres*» (como si á él mismo aludiera), le contesta con las siguientes razones, llenas de verdad y sensatez: «Es grande la confusión que hay entre los linajes, y sólos aquellos parecen grandes é ilustres que lo muestran en la virtud (lo primero para él, ante todo y sobre todo), riquezas y liberalidades, porque el grande que fuere vicioso será vicioso grande, y el rico no liberal será un avaro mendigo; que al poseedor de las riquezas no le hace dichoso el tenerlas sino el gastarlas, y no el gastarlas como quiera, sino el saberlas bien gastar. Al caballero pobre no le queda otro camino para mostrar que es caballero sino el de la virtud, siendo afable, bien criado, cortés, comedido y oficioso; no soberbio, no arrogante, no murmurador, y sobre todo caritativo, que con dos maravedís que con ánimo alegre dé al pobre se mostrará tan liberal como el que á campana herida da limosna, y no habrá quien le vea adornado de las referidas virtudes, que, aunque no le conozca, deje de juzgarle y tenerle por de buena casta; y el no serlo sería milagro, y siempre la alabanza fue premio de la virtud, y los virtuosos no pueden dejar de ser alabados.»

Y, abundando en las mismas ideas, dijo en el prólogo de la citada *Segunda parte*, que «la honra puédela tener el pobre,

pero no el vicioso; la pobreza puede anublar á la nobleza, pero no obscurecerla del todo; y como la virtud dé alguna luz de sí, aunque sea por los inconvenientes y resquicios de la estrecheza, viene á ser estimada de los altos y nobles espíritus, y por el consiguiente, favorecida.»

Fidelísimo y peregrino retrato moral del propio Cervantes.

2.ª

Opinión del P. Sarmiento sobre los apellidos Cervantes y Saavedra.

El padre benedictino F. Martín Sarmiento, á quien se debe en primer lugar el escrito más razonado que se redactó en el siglo XVIII para dejar demostrado con testimonios irrecusables que Miguel de Cervantes Saavedra fue natural de Alcalá de Henares, quiso puntualizar también, pero no con tanto acierto, la verdadera genealogía de su familia. Al hablar en su obrita *Noticia de la patria (Alcalá) de él Miguel de Cervantes,* acerca de la *Topografía é Historia de Argel* del Padre Haedo (1), dice textualmente en el párrafo 68: «El cautivo, en nombre de Cervantes, dice que su linaje venía de un lugar de las montañas de León y de gente militar. Da á entender que

(1) Esta obra del distinguido literato, amigo y defensor del P. Feijóo, permanecía inédita, como otras muchas que dejó escritas. Pero ha sido publicada el pasado año de 1898 en Barcelona, á expensas del insigne cervantista D. Isidro Bonsons en la Imprenta *L'Avenç*, de Massó, Casas, Capo et C.ª, con beneplácito de los coleccionistas y bibliófilos. El señor Bosonns es merecedor de alabanzas por haber estampado esa curiosidad cervántica, tan digna de estima, y que ahora pueden disfrutar los aficionados á esta clase de estudios merced á su generoso desprendimiento.

La portada del libro es la siguiente: *Noticia de la verdadera patria (Alcalá) de él Miguel de Cervantes, estropeado en Lepanto, cautivo en Argel y autor de la historia de Don Quixote y conjetura sobre la Insula*

nació en ese lugar: eso ha sido para disimular su patria. Pero siendo Cervantes y Saavedra, no pudo ser su linaje primitivo del reino de León, sino del reino de Galicia. En Galicia, y en el obispado de Lugo, está el famoso país de Cervantes, muy nombrado por el conocido valor, fuerzas, estatura y robustez de sus naturales, á los que allí llaman *cervanteños*. Y así éstos como los del país de la *Carnota*, que allí llaman *carnotans*, y yo llamaría carnotenses, son celebrados en Galicia.» Y en el párrafo 69 añade: «El país de Cervantes, que es del señorío de los condes del Grajal, es lo más oriental de Galicia, que confina con las montañas de Asturias y del Bierzo, que pertenecen al reino de León. Así, el decir el cautivo que era originario de las montañas de León, ha sido para ocultar su origen.» Concluye sosteniendo, párrafo 73, que el autor de *Don Quijote* «era oriundo de Galicia por los dos apellidos Saavedra y Cervantes.»

Respecto de este último, debe observarse que son muy débiles razones en las que apoya su presunción el P. Sarmiento. Que haya y hubiese en Galicia pueblos ó distritos que lleven el nombre de Cervantes, como le tienen y conservan países y términos de otras comarcas españolas, nada dice para probar que sólo determinada provincia pudiera ser la única originaria del linaje de nuestro inmortal escritor. La verdad es que se alteranlas palabras de la novela histórica del cautivo para explicaciones acomodadas al propósito del P. Sarmiento, que

---

barataria de Sancho Panza. Por el Rvmo. P. M. F. Martín Sarmiento, benedictino. 1761. Edición cotejada con los manuscritos de la colección del señor Duque de Medina Sidonia, y de la *Biblioteca Arús*, de Barcelona. 1898. Librería de Alvaro Verdaguer. Barcelona. «VIII págs. de preliminares y 170 de texto, más una de colofón, que dice así: «Esta primera edición del manuscrito del P. Sarmiento, hecha á expensas del señor D. Isidro Bonsons, acabóse de imprimir en la ciudad de Barcelona el día 14 de Mayo del año M.DCCC.XCVIII, en la imprenta y librería *L'Avenç*, de Massó, Casas, Capo et C.ª» Edición especial de 100 ejemplares; 75 en papel común; 25 en papel de hilo superior.

era el de hacer deliberadamente á Cervantes oriundo de Galicia, achacando á omisión y silencio del autor, con el fin de ocultar su origen, lo que no podía atribuirse en aquel ingenioso relato sino á motivos naturales de pura imaginación en los momentos de componerlo. El origen de la voz Cervantes, tan común y divulgada en nombres de pueblos y apellidos de familias, es posible que fuese coetánea y casi semejante en su formación, en diferentes partes de España, no por derivarse exclusivamente de Galicia, donde hubiese habitantes que del título de su comarca se llamasen cervanteños, sino por corrupción y alteración del nombre propio de que tomaron principio y propagación, como veremos en otra nota.

Y en cuanto al apellido Saavedra tampoco puede limitarse la formación del vocablo á los naturales de Galicia. Como el de Cervantes, pudo crearse, aunque con diversas modificaciones, simultáneamente, en distintas provincias de las mismas palabras latinas que él cita, *sata-vetera,* sin necesidad de ceñirse á un punto exclusivo, ni hacer caso siquiera, por lo disparatado, de las explicaciones de algunos genealogistas, que el mismo P. Sarmiento rechaza.

Con los propios derechos que algunos críticos sostienen que Cervantes era descendiente de un linaje de Galicia, pudiéramos nosotros pasearnos por el campo de las imaginarias suposiciones para sacar en consecuencia que sus ascendientes habían vivido en otras comarcas de España; que para tales opiniones hay documentos, identidad de patronímicos y nombres de pueblos, muy curiosos y atendibles; pero eso sería incurrir en los mismos defectos y aventurados juicios que procuramos y procuraremos evitar en nuestro libro; y por tanto, dejámoslo de hacer. Sólo sí recordaremos que jamás Cervantes trató con mucha blandura á los naturales de Galicia. En la novela *La tía fingida,* enumerando las condiciones de los estudiantes de cada provincia que cursaban en Salamanca, se expresa así textualmente: «Los vizcaínos es gente corta de razones; pero si se pican de una mujer son largos de bolsa. Los manchegos

son gente avalentonada, de los de Cristo me lleve, y llevan ellos el amor á mojicones... Aragoneses, valencianos y catalanes, tenlos por gente pulida, olorosa, bien criada y mejor aderezada... A LOS CASTELLANOS NUEVOS TENLOS POR NOBLES DE PENSAMIENTOS, Y QUE SI TIENEN, DAN, Y, POR LO MENOS, SI NO DAN NO PIDEN. Los extremeños tienen de todo, como boticarios, y son como la alquimia, que si llega á plata, lo es, y si á cobre, cobre se queda. Para los andaluces hay necesidad de tener quince sentidos, no que cinco, porque son agudos y perspicaces de ingenio, astutos, sagaces y no nada miserables. Los GALLEGOS NO SE COLOCAN EN PREDICAMENTO PORQUE NO SON ALGUIEN. Los asturianos son buenos para el sábado, porque siempre traen á casa grosura y mugre. Pues ya los portugueses es cosa larga de pintarse sus condiciones y propiedades, porque como son gente enjuta de cerebro, cada loco con su tema; mas la de casi todos es que puedes hacer cuenta que el mismo amor vive en ellos envuelto en lacería.» Y en *La señora Cornelia*, después de elogiar á los vizcaínos, se dice de los gallegos que «es otra nación, según es fama, algo menos puntual y bien miradaque la vizcaína».

De aquí deduciríamos nosotros, si en el terreno de las suposiciones penetrásemos, que Cervantes no había tenido su ascendencia en Galicia, ó al menos él no lo creía así, sino en Castilla la Nueva. Lo cual resulta, ciertamente, por hechos comprobados.

3.ª

Vaguedad de las opiniones de Pellicer.

En nada pudo fundar su creencia Pellicer ni otros que como él piensan. Está por saber si el apellido Cervantes es exclusivamente originario de Galicia, como acabamos de indicar, ó si se formaron otros semejantes al mismo tiempo ó después en las

distintas comarcas de la Península. Esto parece lo más probable; por donde se ve cuán aventurado es sostener, como única respetable verdad, que las familias de dicho apellido que vivieron en Sevilla, Toledo, la Alcarria y la Mancha, descendían del tronco de Galicia, cuando pudo resultar todo lo contrario.

Pellicer no decide, sin embargo, en definitiva. Concluye por decir únicamente que «es verosímil que Rodrigo de Cervantes, avecindado en Alcalá, procediese de algunas de las ramas de Castilla la Nueva». *(Vida de Cervantes,* 1800, pág. 4.)

4.ª

El parecer de Navarrete, refutado.

Dos motivos tuvo Navarrete para sostener su opinión de que Cervantes procedía de los caballeros que acompañaron al Rey Don Fernando el Santo á la conquista de Sevilla. Uno, el haber seguido ciegamente las indicaciones absurdas del cronista Méndez de Silva; otro, el suponer que se marchó á Andalucía para estar al amparo de sus parientes. El primer antecedente es falso. Méndez de Silva no merece crédito alguno, por sus inexactitudes y ficciones respecto de asuntos genealógicos. El segundo extremo es solamente una presunción particular del docto biógrafo de Cervantes, desmentida en absoluto por los hechos. A poco que se fije la atención en éstos, quedan destruídos los paralogismos de Navarrete. Cervantes no fué á Andalucía porque confiara en su problemático parentesco con sus homónimos de Sevilla. Es posible que las familias que habían llevado ó llevaban allí ese patronímico no fueran, ni en grado lejano, parientes del gran escritor. Si él estuvo en Andalucía fue para desempeñar, por méritos propios, humildes cargos en que libraba su subsistencia y con lo que atendía á las necesidades de su familia. Nada tenía que esperar de deudos que no existían, que ni aun como particulares se conocían tal vez.

Para nada contó con ellos; nada obtuvo de ellos tampoco. Siendo algunos de gran posición, según se dice, nunca vemos que recurriera á ellos. Aun para sus fiadores, siempre le sirvieron personas extrañas. Sus protectores Guevara, Isunza, Oviedo, le buscaban empleos y le protegían por su exacto comportamiento y acrisolada honradez. Esa fue la única protección á que se acogió: á la rectitud de algunos funcionarios dignos, confiado sólo en el extricto cumplimiento de su deber.

Cuando estuvo preso en la cárcel de Sevilla por alcance no justificado de cuentas, no por el favor de esos deudos supuestos, sino por las propias razones con que defendió la pureza de sus actos, logró que se le pusiera en libertad. Sus únicos parientes en Sevilla fueron su diligencia y perspicacia, su talento é integridad. Los descendientes del Cardenal Cervantes acaso ignoraron siempre que estuvo de Comisario de la Armada en Sevilla el Cervantes de Alcalá de Henares.

5.ª

El cronista Méndez de Silva.

Decimos que fue autor, aunque inocente, de toda esta leyenda el cronista D. Rodrigo Méndez de Silva, porque él, verdaderamente, aunque propagó en su obra infinidad de absurdos respecto de las familias de Cervantes de España, Europa y del Nuevo Mundo, no incluye al autor del *Quijote* como descendiente directo de ninguna rama determinada, aunque insinúa la posibilidad de que pudiera ser pariente de alguna. Navarrete, por extremada sutileza, es quien dió importancia y vida á una mera hipótesis sin racional apoyo. *La Ascendencia ilustre del famoso Nuño Alfonso* en nada tenía por objeto glorificar á Miguel de Cervantes Saavedra, sino el de inventar hechos y proezas para lisonjear á determinados personajes con quienes nuestro autor no tenía que ver nada.

6.ª

Lo que dijo el Marqués de Mondéjar.—Unico escudo heráldico de Cervantes.

El Marqués de Mondéjar, en su *Discurso breve del apellido de Cervantes,* hace notar lo glorioso que ha llegado á ser éste, y cita el escudo de los Cervantes de Yepes y de otras familias homónimas ilustres. Es curioso el trabajo; pero nada tiene que ver con nuestro autor, que no se preocupaba de títulos nobiliarios ni de escudos de armas, ni nunca los tuvo, ni los solicitó, ni los quiso. Que los Cervantes y los Cervatos de alta prosapia ostentasen en sus blasones dos ciervas ó ciervos de oro en campo azul ó rojo, nada puede importar para la historia del humilde y desvalido Miguel de Cervantes Saavedra. Sus únicos blasones fueron un libro y una espada en campo de negrura, como símbolo de sus eternas desgracias.

7.ª

Origen probable del apellido Cervantes.

El origen que los genealogistas de príncipes y señores de privilegio han asignado al apellido Cervantes, parece que ha dejado fuera de duda que directamente procede del sustantivo latino *cervus* ó sus derivados. Pero si de esta manera pudo creerse, respecto de las familias nobles que así lo entendieron, dando por razón de sus afirmaciones el testimonio, no siempre veraz, de los escudos heráldicos, inventados las más de las veces por sutilezas de la adulación y autorizados por el orgullo, la vanidad y la rutina en las familias, no es posible aceptar el argumento como demostración decisiva y concluyente, en tér-

minos generales hablando, pretendiéndose lo mismo respecto de la nobleza titulada que refiriéndose dicho vocablo á todas las clases sociales.

Porque la verdad es que no todas las familias que en las diversas comarcas y antiguos reinos de España usaron el apellido Cervantes, ó lo emplearon para dar nombre á sus pueblos, tuvieron el mismo origen por la adopción de la palabra latina, ni á ella se contrajeron exclusivamente para definiciones rigorosas. En la corrupción del idioma latino, al formarse los dialectos y el lenguaje castellano, era natural que la pronunciación convirtiera en idénticos, nombres y apellidos que en un principio se formaron de vocablos diferentes y aun de acepciones distintas también. No concurrían las mismas circunstancias al adoptar, ó seguir usando, el vocablo ya formado, en la variedad de familias y de pueblos. Los que juzgaban que sus apellidos Ciervo, Cervato, Cervario, tenían respectivamente por palabra raiz la latina *cervus, cervatus, cervarius,* procedían lógicamente poniendo en sus escudos de armas dos ciervos ó dos ciervas, ya en campo azul, ya en campo rojo. Pero, ¿cuántas familias plebeyas adoptarían y transmitirían el patronímico Servante, Cervantes, Cervante, Zervantes, Cervandez ó Ceruante (que de todas esas formas se encuentra escrito en documentos privados, carta-pueblas, códices y obras impresas), sin tener para nada en cuenta la acepción tan admitida, y á la vez tan vaga, de cerval, cervino, cervario, cervateño, lo relativo ó perteneciente al ciervo, ingeniosa ficción heráldica después de todo? ¿Cuántas familias plebeyas, que llegaron luego á ser hidalgas por méritos y hazañas de algunos esclarecidos descendientes, no negarían á sus patronímicos esa misma supuesta filiación?

Origen más natural y sencillo tenía, en efecto, el apellido Cervantes, Çervantes, Zerbante ó Servantes, según nuestro humilde parecer. Los nombres de pueblos, que luego el uso vulgar convirtió en apellidos de familia por honrar á sus fundadores, y los patronímicos que, desde luego, revelaban el

nombre de los progenitores y llevaban consigo el sello de su abolengo, se formaron generalmente, ora en atención á las cualidades particulares que distinguían á sus habitadores, ora por la veneración y deseo de conservar el nombre de los padres y abuelos, gloriosa tradición de las familias, que ha constituído en todos los países y tiempos el santo culto de las virtudes domésticas por el respeto, por los recuerdos sagrados del hogar, por el puro homenaje de los filiales afectos. No es dudoso, por consiguiente, que el patronímico Cervantes trae su origen más genuino del nombre propio *Servandus,* tan vulgarizado en distintas comarcas hispanas por el santo así llamado, á quien se tributó culto desde muy antiguo en España como mártir. La corrupción del lenguaje hizo de Servandus, Servantius y Cervantius, de donde sale evidentemente el patronímico Cervandez, Servandez, Cervantes, Çervantes y Servantes, hijo de Servando. ¿No fue así como se formaron Améndez de Amando, Meléndez de Melendo, Fernández de Fernando, Méndez de Mendo? Casos se pueden citar que confirman nuestras no descaminadas apreciaciones. El maestro Venegas y el erudito Covarrubias hablan del Castillo de San Cervantes en el reino de Toledo, monasterio de templarios, según el primero *(Breve declaración de las sentencias y vocablos obscuros del castellano),* con la advocación de Sancto Servando, y monasterio de frailes benitos, según el segundo *(Tesoro de la lengua castellana)* con título de San Servando y San Germán. Fuera fundación el citado castillo del Rey Don Alonso, que ganó á Toledo; fuera este monarca solamente el reparador y amplificador, pues la fábrica antigua se atribuía al tiempo de los godos, ó fuese, en fin, como algunos pretenden, obra de algún personaje del reino de Toledo en honor del mártir San Servando, lo cierto y comprobado es que la generalidad hizo con el nombre del santo lo mismo que solía hacer con los apellidos procedentes del mismo, esto es, pronunciar Cervantes ó Servantes en vez de Servando, y aun incurriendo en la ligereza de aplicar el adjetivo *santo* al patronímico originario.

Anomalías y falta de reflexión, seguramente, pero que sirven de mucho para explicar la formación más verosímil del apellido Cervantes, y nos descubre su más probable origen y fundamento. Si en la formación de las lenguas y dialectos tan gran parte tuvieron siempre el uso y el vulgo, su influjo ha sido especialmente poderoso y decisivo en adoptar y conservar nombres y apellidos en las familias.

Dice muy bien Godoy Alcántara (*Ensayo sobre apellidos castellanos*) que la desinencia *ante* y *antes* la han conservado no sólo los patronímicos que tienen su primitivo en *antius*, sino los que terminan en *andus*. Pero esta manifiesta verdad destruye la equivocación admitida por él de ser la palabra *cervus* y sus derivadas las primitivas del patronímico Cervantes; pues ni *cervus*, ni *cervatus*, ni *cervarius* tuvieron en modo alguno posible terminación en *antius* ni en *andus*. Lo cual no pasa en los vocablos Servandus, Cervantius, Servans, Servantis, Servantes, Servantium, cuyas desinencias están bien expresas y acusan con claridad evidente, á pesar de las variantes ortográficas, la misma filiación del apellido que se discute. Servandez ó Cervantes, pues, se llamaron no sólo los descendientes de familias cuyos antepasados llevaron el nombre *Servandus* ó contribuyeron á la formación de los pueblos que lo adoptaron así, sino probablemente y en términos más amplios los procedentes de aquellos que, por observadores y guardadores fieles, rectos, cumplidores de su deber, celosos, exactos, amantes de la verdad, defensores de ella y de las libertades y derechos de todos se cognominaran vulgarmente *servantes*, como título de distinción gloriosa entre sus conciudadanos.

Y ¿cómo es posible, aceptadas estas naturales explicaciones de la formación de un apellido en el transcurso de los tiempos, cómo se puede pretender, ni afirmar, ni dar por cierto, averiguado é indiscutible, que todos los Cervantes se derivan de una misma, sola, idéntica familia? ¿Cómo han de ser todos originarios de Galicia? ¿Cómo se ha de poder fijar ni deslindar con verdad los grados exactos, los lazos legítimos,

la identidad legal, las relaciones siquiera más ó menos próximas que coincidieran, uniesen ó distinguieran á las distintas familias que llevaban el muy usual y propagado patronímico Cervantes, lo mismo en las plebeyas que en las hidalgas y nobles clases? Imposible. Caprichoso en extremo determinarlo: difícil y aventurado decidirlo.

8.ª

Refútase lo sostenido por Don Julio de Sigüenza.

No por mero espíritu de contradicción, sino fundándonos en razones que estimamos atendibles, hemos rechazado la afirmación que hizo el erudito escritor D. Julio de Sigüenza el año de 1887 (*Ilustración Española y Americana*) respecto de haber sido el abuelo de Cervantes natural de Talavera de la Reina, Corregidor de Alcalá de Henares y presidente del Consejo de los Estados del tercer Duque del Infantado, Don Diego Hurtado de Mendoza, con quien más tarde emparentó por casamiento de su hija Doña María con un hijo natural de aquél, Don Martín de Mendoza, habido de sus relaciones amorosas con Doña María Ruiz de Leguizamo.

El señor Sigüenza fue muy afortunado en descubrir algunos documentos acerca de la hija de Cervantes, Doña Isabel de Saavedra, que alteran por completo cuanto se sabía sobre su vida, difundiendo clarísima luz sobre las obscuridades que la envolvían. Pero en lo que aseveró respecto del licenciado Juan de Cervantes y su hija Doña María, quiso sutilizar tanto sobre bases deleznables, que el edificio de sus pretensiones se destruye por sí solo á causa de la debilidad de su consistencia.

Ni en 1882 ni en 1883, con haberse ocupado tan extensamente de la hija de Cervantes, llegó á sostener Sigüenza que dicho licenciado fuese abuelo de Cervantes, ni Doña María tía suya, hermana de su padre. Como dudando de ello, se li-

mitaba á preguntar si serían sus próximos parientes (1). Ya el año 87 se decidió á afirmarlo, pero con tan escasas pruebas, que no aciertan á convencer sus razonamientos ni sus conjeturas. Sigüenza asegura que tenía escrito un libro sobre este particular, y es lamentable que muriese sin publicarlo, pues en él se podrían leer datos, noticias, afirmaciones, ó breves indicaciones siquiera, referentes al esclarecimiento de su opinión, sin mentar los documentos que insertara, como ilustración, para justificar lo por él sostenido ó demostrado. Pero no pudiéndose hacer esa comprobación por haber quedado dicha obra, según creemos, sin concluir é inédita, hay que atenernos solamente á su mencionado artículo, bastante deficiente en la exposición y en las pruebas que ofrece; aunque desde luego puede asegurarse, por ese ligero croquis, imperfectísimo esbozo, que el señor Sigüenza procedía en esto con manifiesta equivocación, obcecado con la idea preconcebida de patentizar una verdad que él juzgaba haber descubierto para aclaración de hechos en la vida de Cervantes y de sus antepasados. El error de Sigüenza consistió, hay que decirlo, en querer relacionar y concertar lo que había adelantado Navarrete sobre un licenciado Pedro de Cervantes y una Doña María de Cervantes, que vivieron en el siglo XVII con lo que él tenía averiguado de un licenciado Juan de Cervantes y su hija Doña María, que habían existido un siglo antes, y á quienes el señor Sigüenza pretendió hacer, respectivamente, á todo trance, abuelo y tía paterna del autor de *Don Quijote*.

Para que se note y vea con toda claridad lo imposible que sería aceptar tamaña anomalía, hemos de discurrir brevemente. El señor Sigüenza quiere que el licenciado Juan de Cervantes, natural de Talavera de la Reina, hijo de D. Nicolás Cervantes, fuese el mismo Juan de Cervantes que consta era co-

(1) «¿Serían éstos Doña María y D. Pedro (todavía no le llamaba Juan) de Cervantes (los citados por Navarrete) parientes muy cercanos del autor del *Quijote?*»—preguntaba en la *Ilustración* el año de 1883.

rregidor de Osuna, por el Marqués de Ureña, después de 1531 probablemente, según testimonio verídico de una persona que conoció á Miguel y por su padre tenía noticias de su digno abuelo. Pero el Sr. Sigüenza no se fijó, para desechar su parecer, en que con su mismo escrito negaba la validez de sus presunciones. Si tantos testigos abonados y sin tacha certifican en los papeles revisados por él que el licenciado Juan de Cervantes fue corregidor de Alcalá de Henares, y ponderan sus méritos y bellas prendas y sus antecedentes nobiliarios, y hablan de su presidencia en la gobernación de los Estados de D. Diego Hurtado de Mendoza, y hasta de su parentesco con la casa ducal del Infantado por haberse casado un hijo natural del D. Diego con una hija legítima del licenciado, llamada Doña María, ¿cómo ninguno dice una palabra siquiera de aquel cargo que desempeñó luego, tan importante, tan á satisfacción de todos, con tanta suficiencia, celo y rectitud, de Corregidor de la villa de Osuna, donde se cree que falleció? ¿Tan poco habrían de significar en su vida hechos tan gloriosos para su nombre y fama, que habían de pasarlos en silencio, como cosa insignificante, sus preconizadores? ¿Puede explicarse semejante omisión sino por ser diversos los dos Juanes de Cervantes, á quienes se quiere hacer simultáneamente abuelo de Miguel; el Juan de Cervantes de que habló el alférez Luis de Pedrcsa y el Juan de Cervantes de que se ocupó Sigüenza? No es siquiera discreto suponer entre ellos la menor paridad. No hay identidad entre uno y otro. Son dos personas distintas, sin relaciones de afinidad, dos Cervantes que ni aun en el trato social pudieron conocerse, porque sobre proceder de diferentes familias, les separaba también la distancia enorme de las edades; ¡como que el uno había vivido cien años antes que el otro! El Juan de Cervantes, licenciado, natural de Talavera, hijo de D. Nicolás, debió nacer en el último tercio del siglo XV, puesto que, concluídos sus estudios de Derecho, fue nombrado á principios del XVI para ejercer el cargo de Corregidor y Justicia mayor en Alcalá de Henares á nom-

bre del Cardenal Cisneros; pudiendo ser este Juan que presenta Sigüenza aquel Pedro de Cervantes que, según Navarrete, desempeñó puesto tan elevado y de confianza en 1509. Pero ese Pedro ó Juan no ha de confundirse nunca con el otro Pedro (y aquí no puede alegarse equivocación de nombre) que consta fue también corregidor deAlcalá en 1640, ni es posible que la hija del licenciado de 1509 sea también la hija del otro corregidor de 1640, á los cuales parece referirse con preferencia Sigüenza en sus deducciones para concordar lo que él supone con lo que indica y refiere Navarrete. Este, en su *Vida de Cervantes*, habla (pág. 557) de un pleito que sostuvo la dicha Doña María sobre evicción y saneamiento de un censo, existente en el archivo de una cofradía de Alcalá de Henares, donde constaban otros pormenores respecto de su dote y pertenencias; pero esa Doña María no puede ser en modo alguno la de que habla Sigüenza. Porque la que quiere dar este escritor como tía de Cervantes, casada con un hijo natural del tercer Duque del Infantado, no puede ser la Doña María de Cervantes mentada por Navarrete, no sólo por lo absurdo del anacronismo de juntar en una misma persona hechos de diversas procedencias y tiempos, sino también por la imposibilidad de aplicar á una misma señora distintos casamientos y condiciones sociales y de familia. La hija del licenciado Juan de Cervantes (aunque ese licenciado sea el D. Pedro, Corregidor en 1509, natural de Talavera) casó en 1532 ó 33 con Don Martín de Mendoza, hijo del Duque del Infantado; en tanto que la hija del Corregidor de Alcalá en 1640, también Doña María, la del pleito, se sabe con datos ciertísimos, por su partida matrimonial, que casó en 1634 con D. Pedro de Castro. ¿Cómo puede hacerse de entrambas una sola y única persona? Las informaciones hechas, pues, ante el Corregidor D. Pedro de Cervantes, el de 1640, con las delaraciones de testigos para demostrar sus méritos y origen nobiliario, insertas en el protocolo del escribano Juan de Montoya, se relacionan con el padre de la segunda Doña María, la que se casó un siglo des-

pués que la otra, que, según Sigüenza, se desposó con un hijo natural del tercer Duque del Infantado; sin que las razones expuestas por él sirvan en lo más mínimo para probar el parentesco cercano de la primera con el inmortal escritor, ni pueda aventurarse tampoco la especie absurda de que lo fuese la segunda, la esposa de D. Pedro de Castro. Ha hecho confusión tan espantosa el Sr. Sigüenza de estos lejanos sucesos y desemejantes personalidades sólo por el prurito de sustentar sus paradojas, que ha sido menester esta sucinta relación de fundados motivos para el establecimiento de lo cierto y aceptable.

El árbol genealógico que de la ascendencia y descendencia de la familia de Cervantes pone Sigüenza en su citado artículo, y da como irrecusable, adolece de los mismos defectos é inexactitudes que los ideados y dados antes como ciertos é indubitables por Méndez de Silva y Fernández de Navarrete. Se contradicen, se confutan, se destruyen unos á otros. El árbol genealógico de Navarrete, por ejemplo, hace bisabúelo de Cervantes á un D. Diego; Sigüenza dice que se llamaba Don Nicolás. Méndez de Silva, aunque habla de los Cervantes de Talavera, no los considera progenitores de la familia de nuestro escritor, por más que los hace descendientes del tronco originario de todos, según se dice, del famoso Nuño Alfonso, hijo del conquistador de Toledo.

Sigüenza describe así la progenie de la familia de los Cervantes de Talavera, á quien sin fundamento atribuye el origen de la de Cervantes Saavedra, avecindada más tarde en Alcalá. El fundador de la casa de Talavera fue D. Nicolás de Cervantes, que murió antes de 1538. Su hijo el Licenciado Juan de Cervantes, procreó á Doña María de Cervantes, que casó con D. Martín de Mendoza, y á Rodrigo de Cervantes, que casó con Doña Leonor de Cortinas. Miguel de Cervantes, uno de sus hijos (de los otros no se hace mención en el árbol genealógico de Sigüenza), casado con Doña Catalina de Palacios, tuvo una hija llamada Doña Isabel de Saavedra, de

quien el Sr. Sigüenza supone fue madre la dicha Doña Catalina (falsedad evidente del árbol). Doña Isabel de Saavedra contrajo dos veces matrimonio, primero con Diego Sanz, de quien tuvo una niña de nombre Isabel, como su madre, y ya viuda, en 1608 con Luis de Molina, de quien tuvo otra hembra también llamada Isabel. Doña María de Cervantes, la pretendida tía paterna de Miguel, tuvo una hija de su matrimonio con D. Martín de Mendoza, que llevó por nombre Doña Martina. Doña María falleció en 1559. Su esposo se hizo sacerdote al quedar viudo, llegando á desempeñar pingües cargos eclesiásticos.

Aparte de los errores en que incurre Sigüenza al involucrar sucesos y fechas de tiempos apartados, como ya hemos visto, hay otras razones que echan para siempre por tierra el castillo de sus argucias. ¿De dónde tomó el árbol genealógico que presenta como lo más perfecto de la verdad? ¿Por dónde consta que es auténtico? ¿Dónde están sus indisputables comprobantes? Si ese árbol estaba ya formado á la vista de antecedentes directos de familia, desde tiempos antiguos, ¿cómo no lo copió Méndez de Silva en sus apuntes nobiliarios al hablar de los Cervantes de Talavera, llegando á decir que habían emparentado con los Duques de Osuna, cuando lo efectuaron, al parecer, con los del Infantado? ¿Cómo no encontró Navarrete ningún dato claro sobre esto en los tratados nobiliarios que siguió? ¿Por qué fue para todo el mundo un secreto ese flamante nuevo árbol de la rama de Talavera, inclusive para el mismo señor Sigüenza, hasta que en 1887 lo dió él como la última palabra de lo cierto, cuando en 1882 todavía dudaba si el Corregidor D. *Pedro* y Doña María de Cervantes serían parientes próximos ó lejanos de Miguel?.....

Lo más probable es que, después de haberse descubierto en el extinguido Consejo de Castilla los documentos que determinan y fijan con señales inequívocas la verdadera personalidad de Doña Isabel Cervantes Saavedra, destruyendo las inexactitudes y vagos indicios que de ella se conservaban, na-

ció el deseo de formar un árbol genealógico de la familia de Cervantes, de Talavera, incluyendo en él, más por capricho que con fundamento, las personas que se creyó oportuno para autorizarlo con apariencias sorprendentes. Hízose así á Don Nicolás Cervantes, fundador de los de Talavera, padre del abuelo de Cervantes, Juan, atribuyendo á éste, que quizás no fue Licenciado, aunque sí Corregidor de Osuna, la historia amorosa de su hija Doña María, casada con D. Martín de Mendoza; y ya puesto en este camino para inventar el nuevo árbol, se completó añadiendo desde 1531 lo que constaba del otro Juan de Cervantes, el verdadero abuelo de Miguel (aunque se ignora su naturaleza), lo que se refería de él desde aquella fecha hasta la de su muerte, resultando de aquí, como era natural, una serie de suposiciones, alteraciones y confusión de hechos y fechas, que causa espanto.

Conste, pues, resumiendo lo ya expuesto, que los datos genealógicos de Sigüenza no pueden admitirse en buena lógica:

1.° Porque se quiere dar por cierto lo que no se prueba, además de la imposibilidad cronológica.

2.° Porque los Cervantes de Talavera no fueron los ascendientes de la familia de Cervantes de Alcalá.

3.° Porque el Juan de Cervantes, de Talavera, no es el mismo Juan de Cervantes que estuvo de Corregidor en Osuna.

4.° Porque de admitir lo que pretende Sigüenza, había que dar por bueno el dislate de que Cervantes tuvo dos bisabuelos paternos, uno llamado Diego de Cervantes y otro Nicolás de Cervantes, de distintas comarcas y familias.

5.° Porque la Doña María de Cervantes, hija del Licenciado Juan, casada con D. Martín de Mendoza, no pudo ser la Doña María, hija del corregidor D. Pedro de Cervantes, de que habló Navarrete.

Y 6.° Porque es completamente infundado y gratuíto sostener que ni la una ni la otra fueran tía paterna de Miguel de Cervantes, hermana de su padre, nacida en Guadalajara, como

el padre de aquél, pues nada cierto se sabe sobre esto, siendo supuesto ó caprichoso cuanto se diga en contrario.

Vale más manifestarlo así que no seguir sancionando falsedades ó equivocaciones lamentables.

La familia de los Cervantes de Talavera pudo ó no estar emparentada con los Cervantes Saavedra de Alcalá; pero lo que sí sabemos es que ese parentesco no está probado, y sería harto indiscreto dar como verdades indiscutibles en una obra de crítica ingeniosidades ideadas para lograr semejante imposible aceptación.

Es sensible por eso que el diligente descubridor de los documentos cervantinos, D. Cristóbal Pérez Pastor, haya creído que los dos primeros que inserta en su colección, un poder de cierto Licenciado Juan de Cervantes, autorizando á su hija Doña María para que pudiese tomar á préstamo cien mil maravedís, se contraen al abuelo y á la tía paterna de Miguel, como si justificasen esos escritos lo dicho por el señor Sigüenza. Nada más aventurado que semejante demostración. Ni el poder del Licenciado, ni la obligación de pago de un préstamo recibido con la garantía del padre, demuestran sin refutación que ese Licenciado es el abuelo de Cervantes, ni esa Doña María tía suya, hermana de su progenitor. Los datos de Sigüenza son muy vagos, y muy vagas las observaciones que hace Pastor para fortalecer las conjeturas del primero. Por la fecha de los documentos (Mayo de 1531), parece que esa Doña María es la que se casó después con Don Martín de Mendoza; pero puede ser errónea tal consecuencia. Ni sólo habría un Licenciado Juan de Cervantes entonces, ni una sola Doña María. Quizás se refieran á las personas de quienes habló Sigüenza, quizás no. Tal vez esos instrumentos públicos no tengan ninguna relación con el Juan de Cervantes (ó Pedro) y su hija Doña María, á quienes hizo parientes tan cercanos de Miguel el señor Sigüenza con alambicamientos de ingenio.

Precisamente por aquel mismo tiempo, de 1530 á 42, vivía en Alcalá de Henares un Juan de Cervantes, que pudo ser el

Licenciado ú otro individuo del mismo nombre, casado con Doña María de Córdoba. ¿No pudo ser hija de este matrimonio la Doña María, que tomó á préstamo cien mil maravedís con autorización de su padre? Los documentos publicados por Pastor respecto de este particular son curiosos, pero nada resuelven para dar por válidas las suposiciones del señor Sigüenza.

9.ª

Nuevos argumentos contra las leyendas de linaje.

Se ha querido hacer á Cervantes, como hemos visto en anteriores páginas, descendiente de familias nobles y hasta de estirpe regia, siguiendo las vagas indicaciones que en uno de sus trabajos genealógicos dejó expresadas el cronista Rodrigo Méndez de Silva, escritor poco digno de crédito en el reinado de Felipe IV. Navarrete (*Vida de Miguel de Cervantes*, página 134 y siguientes) quiso sacar de su obra *Ascendencia ilustre del famoso Nuño Alfonso* pruebas que lo demostrasen; pero no logró conseguirlo. Por el contrario, las mismas sutilezas de que se vale para autorizar tales pretensiones destruyen por completo todo fundamento serio no ya de probanza, pero ni aun siquiera de verosimilitud. Navarrete no consideró la falsedad con que procedía aceptando hechos y datos no comprobados, y cuán ligeramente se exponía á sustentar opiniones del todo erróneas y hasta de discreto apoyo desprovistas. Méndez de Silva fue autor muy dado á formar progenies y árboles nobiliarios á medida de su capricho por halagar ó enaltecer á personas ó familias determinadas. Sin ser de los escritores más malos, en cuanto al estilo, del tiempo de la decadencia, su crítica es del más pésimo gusto, y á veces no se encuentra nunca en sus obras, más pretenciosas y plagadas de falsa erudición, que adornadas de sobrios y positivos méritos.

Ejemplo notable de lo que decimos es la genealogía que

hace del Dr. D. Francisco Marín de Rodezno, á quien dedicó en 1656 su *Catálogo real y genealógico de España, ascendencias y descendencias de nuestros católicos príncipes y monarcas supremos* (1). Era Rodezno señor de la villa del mismo título, colegial mayor del Arzobispo en la Universidad de Salamanca, canónigo de Toledo, del Supremo Consejo de la Santa y General Inquisición, y (cuando se publicó la obra) Presidente en la Real Chancillería de Granada. Pretendía Silva demostrar que era el doctor descendiente de la antiquísima familia Salazar, de alta alcurnia, tomando tan de atrás el origen de sus esclarecidos hechos, que supone fueron sus ascendientes defensores nada menos que de la ciudad de Numancia por la facción cartaginense el año 131 antes del nacimiento de Cristo, habiendo servido también á las órdenes de Julio César contra su competidor Pompeyo. De los apellidos de Salazar y Rodezno hace luego peregrinos enlaces y relaciones, entroncándolos y depurándolos hasta llegar á deducir su cierta y comprobada afinidad y semejanza. Todo, por supuesto, sin demostración alguna satisfactoria ni convincente, enmedio de un fárrago de citas y testimonios empalagosos. ¡Qué de proezas relata, qué de casos cuenta, qué de maravillosos hechos refiere! Sus ascendientes habían sido todos ricos hombres, mayordomos regios, caudillos célebres, caballeros de gran nombre y valía. Estuvieron

(1) El título completo de este estrafalario libro es el siguiente: «Catálogo real y genealógico de España, ascendencias y descendencias de nuestros católicos príncipes y monarcas supremos. Reformado y añadido en esta última impresión con singulares noticias, curiosos orígenes de familias, consejos, dignidades eclesiásticas y seglares; gloriosos hechos, varios sucesos y novedades antiguas, dignas de perpetua memoria. Por Rodrigo Méndez de Silva, coronista general de España y ministro del Real Consejo de Castilla. Que dedica al doctor don Francisco Marín de Rodezno, presidente de Granada. Con privilegio real. En Madrid: en la imprenta de doña Mariana del Valle. Año M. D. C. L. VI. A costa de Antonio del Ribero Rodríguez, mercader de libros. Véndese en la calle de Toledo y en Palacio.»

al servicio de los Reyes en las guerras de la Reconquista, derramaron su sangre, halláronse en Clavijo, en las Navas, en Roncesvalles; inmortalizaron los nombres con las heroicidades. Un conjunto, en fin, de lo histórico y lo fabuloso para barajar nombres y apellidos y buscar filiaciones, parentescos y ramas transversales á gusto y beneplácito del genealogista. Tenía Méndez de Silva la monomanía de los tratados nobiliarios; y cuando quería buscar nobleza ó ascendencia ilustre á un sujeto ó á una casa, convertía los más inverosímiles sucesos, merced á los recursos prodigiosos de su inventiva, en datos verdaderos que sirviesen de documentos irrecusables para la más completa demostración. Claro es que, la mayor parte de las veces, las genealogías degeneraban en relatos de disparates imposibles; los antecedentes estaban traídos contra todo principio de sensatez; los vínculos de parentesco y familia no parecían; eran falsas ó mal fundadas las citas, inciertas las alianzas, dudosos los servicios, fingidos los hechos, supuestos los nombres, desautorizadas las referencias, vanas las presunciones, nulos los méritos; pero la lisonja del escritor y la vanidad halagada del enaltecido canonizaban el cuento imprudentemente ideado, y la costumbre sancionaba después la obra malvada de la mentira.

Méndez de Silva fue, en orden á los trabajos nobiliarios, lo que el falsario Román de la Higuera respecto de la historia eclesiástica de España: un falsificador de la verdad, un inventor de patrañas genealógicas. No podía buscar Navarrete peor y menos abonado testigo para comprobar la ascendencia nobiliaria de Cervantes que al disparatado cronista citado (1). El cual llegaba, cuando se proponía mentir para sus fines parti-

(1) Las indicaciones hechas por Méndez de Silva en su *Ascendencia de Nuño Alfonso*, al copiar unas palabras de Haedo referentes á Cervantes en su *Topografía de Argel*, no pasaron de tales ni aun en su mismo criterio; y lo comprueba que habiendo también publicado una obra titulada *Población general de España*, no hizo mención para nada del nombre del

culares, hasta lo inconcebiblemente absurdo. De los Reyes de España contó cosas inauditas. A las familias á quienes procuró ensalzar, rodeólas de prodigiosas circunstancias. Hizo de los plebeyos grandes señores, y á éstos los colocó en las cumbres del principado y la realeza. Y cuando, agotado ya todo su ingenio en la ponderación del sujeto, quería sublimarle más en la estimación general por motivos especiales, dejaba entonces lo humano para enaltecer á su favorecido con los atributos de lo divino. Entonces contaba, por ejemplo, que un caballero llamado Quiñones, natural del reino de León, teniendo noticia de las predicaciones de Cristo en Palestina, había vendido toda su hacienda, que era mucha, y puéstose en camino hasta llegar á verle y comunicarse con él, oyéndole y siguiéndole, siendo uno de los que se hallaron en el banquete de los cinco panes y dos peces, y acompañó á Jesús el día que entró triunfalmente en Jerusalem. Entonces sostenía con toda formalidad que el Centurión que confesó á Cristo en la cruz era de un pueblo de la provincia de Málaga.

¿Qué crédito ha de merecer quien de tan desatinada manera discurría cuando quiere dar á Cervantes por uno de los descendientes del famoso Nuño Alfonso, Alcaide de Toledo, en el reinado de Alfonso VII? Verdad es que los datos que aduce son muy vagos, y él mismo no tiene certeza de que dice la verdad en este asunto por falta de documentos comprobatorios; pero Navarrete, completando la labor fantástica iniciada por Méndez de Silva, añadiendo algunos indicios sugeridos ó por suspicacia ó por inadvertencia, concluyó dando por cierto lo que sólo era producto del capricho y la arbitrariedad. Los árboles genealógicos de Méndez de Silva nada prueban; pero

---

inmortal escritor en el artículo *Alcalá de Henares*, cuando pudo haberse extendido sobre esto con copiosa erudición si tuviera pruebas indubitables acerca del origen noble de la familia de Cervantes, de Alcalá de Henares, uno de cuyos hijos llenaba ya el mundo con la fama de su portentoso talento.

tampoco lo consigue el nuevo que ofreció Navarrete con las adiciones que introdujo. Él creyó que con poner en él á Juan de Cervantes, abuelo de Cervantes, Corregidor que fue de Osuna por los años de 1531, ya estaba con toda claridad demostrado que nuestro autor procedía, por línea recta de varón, del célebre Alcaide de Toledo en el siglo XII, sin comprender que Juan de Cervantes podía ser pariente muy lejano, y quizás ni aun pariente siquiera, de tan antigua estirpe, cuando es dudoso hasta que estuviese enlazado con los Cervantes que residían en Sevilla en el siglo XVI, entre cuyos antepasados hubo Cardenales y otros personajes famosos, y aún no consta circunstanciadamente á qué familia de este apellido, de las entonces existentes, pertenecería nuestro escritor, siendo aventurado y caprichoso cuanto acerca de esto se diga. Caen, pues, por su misma base todas las argucias de que se vale Navarrete para robustecer y dar importancia á lo que no pudo pasar nunca de hipotética deducción. Cuanto trae acerca (1) de los Cervatos y los Cervantes, con los entroncamientos y parentescos subsiguientes que les asigna, ya según Juan de Mena, ya refiriéndose á Méndez de Silva, ya según sus propias sospechas, es divagar sin un comprobante siquiera atendible y cierto. Como no está comprobado tampoco lo que es-

(1) Navarrete quiere que se crea, sin más comprobación que su buen deseo, haber tomado un Gonzalo de *Cervatos* el apellido *Cervantes* con variación de algunos pormenores en el escudo, no sólo para diferenciarse del linaje de su hermano, sino en memoria también del castillo de San Cervantes, á cuya edificación asistió su bisabuelo con Don Alfonso VI, refiriendo lo mismo que dicen vagamente Venegas y Covarrubias respecto de su primitivo nombre de San Servando, convertido después, por alteración vulgar, en San Cervantes; y de «aquí tomó —dice— el apellido esta familia.» De todos modos, la suposición de Navarrete acerca de un pretendido antepasado de Cervantes Saavedra, viene á robustecer nuestra firme creencia de que la mayor parte de los que adoptaron ese patronímico, lo tomaron siempre del nombre *Servandus* y de sus derivados y parecidos; pero nunca de Cervatos, ni de las demás palabras procedentes de *Cervus*.

cribe respecto de que la familia Saavedra emparentó con la de nuestro Cervantes por haber casado un D. Diego de Cervantes con Doña Juana Avellaneda, hijo de D. Juan Arias de Saavedra, llamado el Famoso, segundo señor de Castellar y del Viso. En la genealogía de esta casa que hizo D. Alonso López de Haro en su *Nobiliario,* no se comprueba tal aserto, y eso que aquel autor escribió con datos fidedignos á la vista de todas las principales casas y caballeros de la nobleza española. El mal de todo ha estado en mezclar sucesos y nombres de otras familias de la más encumbrada aristocracia, queriendo confundir hechos, circunstancias y apellidos ajenos á los sucesos y vida del autor del *Quijote*, y de sus padres y abuelos (1).

No es preciso, después de todo, buscar antecedentes ni ejecutorias de nobleza á Cervantes, ni llegar hasta la puerilidad de quererle hacer, por méritos de sus antepasados, pariente de Carlos V, de Felipe II y del Príncipe D. Juan de Austria.

Todo eso de nada sirve; para nada lo necesita el nombre de Cervantes.

Fue descendiente de una familia de hidalgos, muy pobre, sin títulos ni prerrogativas más señalados que los de su honra y alteza de pensamientos, excelsa por sus virtudes y merecimientos propios. Nunca cifró él su orgullo en ser noble ni de alcurnia poderosa descendiente, sino en sus propios heroicos actos y en lo intachable de sus procederes de persona honrada, con perenne culto en su corazón á todo lo justo, lo recto y lo inspirado en los sentimientos puros y pundonorosos. Ni su condición caballerosamente humilde, ni su pobreza le dolían tanto, que no las estimase en más que todos los títulos y

(1) Aunque esos nombres se refieran á la rama de los Condes del Castrillo, falta demostrar lo que no ha hecho Navarrete, ni podrá razonablemente hacer nadie: que ese D. Diego Gómez de Cervantes fuese real y verdaderamente ascendiente, ó deudo siquiera lejano, de Miguel de Cervantes Saavedra. Todos los datos que se ofrecen son inciertos y caprichosos.

riquezas, si éstos no iban acompañados de las más nobles cualidades de perfección. Nunca mencionó para nada lo excelso de su linaje, aunque se preciaba de honrados y bien nacidos padres. Baste esto para su gloria de caballero por sus hechos, sin necesidad de atribuirle soñadas grandezas que nunca ambicionó, ni pretendidos orígenes nobiliarios que no tuvo, y que él mismo hubiera rechazado con dignidad si hubiese llegado á vislumbrar siquiera la tarea acometida por algunos escritores para desvirtuar la humilde historia de su nacimiento con inútiles y vanidosas ostentaciones.

10.ª

Documentos descubiertos por Pérez Pastor.—Otro Juan de Cervantes.

Don Cristóbal Pérez Pastor ha facilitado nuevos datos sobre un Licenciado Juan de Cervantes y su hija Doña María en sus *Documentos inéditos cervantinos* (Madrid, 1897), aunque no puede, ciertamente, asegurarse que esas personas sean las mismas de que habló D. Julio de Sigüenza. A título, pues, de mera curiosidad vamos á ocuparnos de ellos, por si comprobaciones posteriores viniesen á confirmar las deducciones del señor Pérez Pastor, aunque lo dudamos.

Desde la página 1 á la 7 de su libro publica dos documentos que se refieren á la hija del Licenciado. El primero es un poder del padre á Doña María, para que tome á préstamo cien mil maravedís, otorgado en Alcalá de Henares el 13 de Mayo de 1533, ante el escribano público de aquella villa Fernando de Atienza. Juan de Cervantes concede licencia y facultad á su hija Doña María, por estar debajo de la patria potestad, como menor de veinticinco años, para que pueda hacer cualquier obligación y recaudo á Diego de la Haya, cambio habitante en la corte de sus majestades por la referida cantidad

y cualquier juramento y solemnidad que conviniere, y dar en prendas joyas y bienes. Al mismo tiempo que á su hija, da poder cumplido también el otorgante al Licenciado Juan Sánchez de Villanueva, Relator del Consejo Real y al Licenciado Carrasco, Camarero del Obispo de Badajoz, para que pudieran obligarle por fiador de Doña María, y de mancomún ó por separado por el todo para la paga y cumplimiento de lo susodicho y otorgar en razón de ello cualesquier escrituras de obligaciones y juramento con las fuerzas y firmezas, penas, posturas, condiciones, renunciaciones de leyes y con las otras cláusulas y solemnidades que requiriesen ser otorgadas; todo lo cual desde luego daba por ratificado, obligando para ello su persona y bienes muebles y raíces, habidos y por haber, dando poder cumplido á cualesquier jueces y justicias ante quien dicho documento pareciere, á cuya jurisdicción se sometía, renunciando su propio fuero y domicilio para que, por todo rigor de derecho, se le apremiase á cumplir y pagar como si fuese condenado por sentencia definitiva por él consentida y pasada en autoridad de cosa juzgada. Renuncia cualesquier leyes que fuesen en su favor, ratificando el poder otorgado. Fueron testigos Andrés de Cervantes, hijo del dicho Licenciado, Alonso de Quirós, vecino de Alcalá y Pedro de Gil Martínez, vecino de Provencio. Este documento concluye así: «Yo, Fernando de Atienza, escribano de sus majestades y escribano público en la dicha villa, fuí presente en uno á lo que dicho es con los dichos testigos y lo escribí de otorgamiento de dicho Licenciado Cervantes que aquí en el registro de esta carta su nombre firmó, al cual doy fe que conozco ser el mismo otorgante, y por ende hice este mío signo á tal en testimonio de verdad.—Fernando de Atienza, escribano.»

El segundo documento es la obligación que hace Doña María de pagar á Diego de la Haya cien mil maravedís. Está extendido el mismo día que el primero en Madrid, ante el escribano Rojas, y por él Doña María y el Licenciado Villanueva, en nombre de Juan de Cervantes, se dan por fiador y principal

pagador de su hija, obligándose ella por sí y el Licenciado Carrasco por Juan de Cervantes á pagar en el término de dos meses la cantidad recibida, ó á quien su poder hubiere; «y para más seguridad de la paga de los dichos maravedís (palabras textuales), yo la dicha Doña María os doy en prendas un rosario que tiene ciento y una perlas orientales y una manga de raso con sesenta y un ojales de oro, en cada uno tres perlas, lo cual habéis de volver á mí al tiempo que os pague.» Doña María se obliga, y el Licenciado Carrasco obliga á Juan de Cervantes al doble del pago por interés, más daños y costas, si no se cumpliese lo estipulado, respondiendo con sus bienes, muebles y raíces, habidos y por haber, renunciando todo fuero, ley, derecho, plazo ó término que pudiera favorecerles y eximirlos del cumplimiento de sus obligaciones. El documento termina así: «En firmeza de lo cual otorgamos esta carta de obligación ante el escribano público y testigos de yuso escritos. Que fue hecha y otorgada en la villa de Madrid á 13 días del mes de Mayo, año del nacimiento de nuestro Señor Jesucristo de mil quinientos treinta y tres años.—Testigos que fueron presentes Diego de Rojas y Ruy Díaz de Pozoblanco, estantes en esta corte. Así lo otorgo y me obligo en nombre del dicho señor Licenciado Cervantes.—Doña María.—El Licenciado de Villanueva.—Rojas.»

11.ª

Lo único cierto que sabemos acerca del abuelo de Cervantes.

La declaración de Pedrosa, que consta en la colección de documentos sobre el cautiverio de Cervantes, que descubrió el señor Cean Bermúdez y se conserva en el Archivo de Indias de Sevilla, contiene noticias de vivo interés, referentes á Cervantes y su familia.

Las palabras textuales de la declaración, concernientes á

este punto, son las que siguen: «Este testigo tiene noticia y sabe que pasó por realidad de verdad que en la villa de Osuna, de donde este dicho testigo tiene declarado ser natural, donde tuvo en ella á sus padres; sabe este testigo que en ella fue corregidor Juan de Cervantes, el cual tenían y tuvieron por un principal y honrado caballero, y así, teniendo estos méritos, trajo y le dieron la vara de Corregidor por orden y merced del Conde de Ureña, padre del Duque Osuna, cuya es agora la dicha villa, y que el padre de este dicho testigo tuvo estrecha y ordinaria amistad con el dicho Juan de Cervantes, el cual, este testigo, ha sabido que el dicho Miguel de Cervantes es nieto del susodicho.»

Es muy verosímil que lo supiese por el mismo Miguel en sus conversaciones íntimas acerca de sus respectivos pueblos y familias, lo cual da un valor inestimable á las palabras de Pedrosa.

12.ª

Tres partidas bautismales.

Las partidas de bautismo de tres hermanos de Cervantes nacidos, como él, en Alcalá de Henares, son del tenor siguiente:

1.ª «En 12 días del mes de Diciembre de 1543 años fue bautizado Andrés, hijo de Rodrigo de Cervantes y su mujer Leonor de Cortinas: fueron padrinos Juan de Medina, sacristán. Testigos, la de Barreda y la del Licenciado Frías. Bautizóle el señor bachiller Serrano, cura.—El bachiller Serrano.»

(Libro primero de bautismos de la parroquia de Santa María la Mayor de Alcalá de Henares, que empieza el 4 de Enero de 1533 y concluye en Marzo de 1551. Folio 137.)

2.ª En 24 días del dicho mes y año susodicho (Noviembre de 1544) fue bautizada una hija de Rodrigo de *Carvantes* y de

Doña Leonor su mujer, que se llamó Andrea; y fue compadre mayor Melchor Méndez y Luisa de Contreras, su mujer, y bautizóla el señor bachiller Serrano, cura en esta iglesia de Santa María.—El bachiller Serrano.» (Ibidem: folio 154.)

3.ª «En veinticinco de Agosto de 1546 años, este día el señor bachiller Serrano bautizó una hija de Rodrigo de Cervantes y de Doña Leonor de Cortinas, su mujer, la cual se llamó Loisa; que fue su padrino que la tuvo en la pila el Licenciado Cristóbal Bermúdez. Testigos, Pedro Martínez del Arroyo y Francisco Sánchez, clérigo de Fuente el Saz.—El bachiller Serrano. (Ibidem, folio 177.)

Las anteriores partidas, con la de Miguel, que en otra nota se inserta, fueron remitidas, legalizadas, al señor D. Martín Fernández de Navarrete por D. Nicolás Antonio Heredero, cura de la parroquia de Santa María la Mayor de Alcalá de Henares el año de 1811, y publicadas en la *Vida de Cervantes*, páginas 551 y 52.

13.ª

Rodrigo de Cervantes, hermano menor de Miguel. Sus otros hermanos Juan y Magdalena.

Habíase creído hasta ahora que Rodrigo fue hermano mayor de Miguel; pero no estando esto demostrado, no puede hacerse tal afirmación sin exponerse á sostener errores. Se ha creído lo anterior por haberse juzgado, según indicaciones de D. Nicolás Antonio Heredero, que pudiera haberse llamado luego Rodrigo el niño bautizado en Alcalá el año de 1543 con el nombre de Andrés. Pero hay que desechar tal suposición, pues en nada probable ni fundado se basa. Es verdad que no encontrando el señor Heredero la partida de bautismo de Rodrigo en el libro que contenía las de otros cuatro hermanos suyos, sospechó si podría ser la de éste la que llevaba

el nombre de Andrés por cierta cifra embrollada que notaba en las letras; pero bien pronto él mismo niega la posibilidad de interpretarlo así, pues concluye diciendo «que no queda duda de que *no* es Rodrigo por la confrontación de caracteres de padre é hijo; ni parece leerse sino Andrés.»

Ignórase, pues, si Rodrigo de Cervantes Saavedra nació antes ó después de Miguel, ni dónde, aunque por el orden que nombra Rodrigo Cervantes (padre) á sus hijos en su testamento, resulta el primero en segundo lugar.

El ilustre cervantista Don Julián Apraiz, ha hecho atinadas observaciones sobre el asunto, de las que más adelante nos ocuparemos.

No sabemos tampoco dónde ni en qué año nació Juan de Cervantes, á quien cita el padre en su testamento como el tercero de sus varones. De Doña Magdalena Pacheco de Sotomayor sábese, por su partida de defunción, que era natural de Madrid, y á pesar de la variedad de sus dos apellidos, Don Rodrigo de Cervantes en el ya citado documento la pone como segunda de sus hembras, legítimas ambas, Doña Magdalena y Doña Andrea, y procreadas de su matrimonio con Doña Leonor de Cortinas. Han venido á esclarecer estos puntos de manera terminante varios interesantes documentos inéditos publicados por Don Cristóbal Pérez Pastor.

Antes de cerrar esta nota entendemos que es conveniente hacer constar que ni Andrés ni Luisa, bautizados en Alcalá en 1543 y 46 respectivamente, vivían en 1585, pues su padre no los menciona. Quizás Andrés murió siendo niño, y por eso se le puso Andrea á la hija que nació el año 44, con propósito de conservar en la familia el nombre de Andrés, hermano ó deudo de Rodrigo, padre de Cervantes. Pellicer, sutilizando demasiado, se aventuró á decir en su *Vida de Cervantes*, con vagos indicios, que Doña Luisa fue monja carmelita descalza, opinión que le pareció aceptable á Navarrete; pero el testamento del padre de Cervantes ha venido á echar por tierra todas esas conjeturas.

14.ª

Fe de bautismo de Cervantes.

La partida bautismal de Cervantes, que consta al folio 192 vuelto del libro primero de bautismos de la parroquia de Santa María la Mayor de Alcalá de Henares, dice textualmente:

«Domingo, nueve días del mes de Octubre, año del Señor de mil é quinientos é cuarenta é siete años, fue baptizado Miguel, hijo de Rodrigo de *Carvantes* é su mujer Doña Leonor; fueron sus compadres Juan Pardo. Baptizóle el reverendo señor Bachiller Serrano, Cura de Nuestra Señora.—Testigos: Baltazar Vázquez, sacristán, é yo que le bapticé é firmé de mi nombre.—El Br. Serrano.»

Los defensores de la opinión que hace al Cervantes de Alcázar autor de *Don Quijote*, han intentado valerse (y sostienen como último argumento de su triunfo) de la circunstancia de estar en la partida bautismal de Alcalá equivocado el apellido Cervantes, pues dice CARVANTES. Pero ese es un reparo harto pueril que no necesita refutación. En Alcalá de Henares había familias que llevaban los apellidos Cervantes, Caravantes y Çaravantes, y al hacer los asientos parroquiales, el amanuense los confundía algunas veces; lo cual en nada podía perjudicar la veracidad de la filiación cuando se conservaban, como en el caso presente, los del padre y de la madre en otros registros de hijos suyos. Carvantes dice también la fe de bautismo de Doña Andrea, y nadie la rechaza como distinta de ella.

Para comprobación de que Miguel de Carvantes ó Çarvantes, por defecto de pronunciación, disimulada la cedilla, como sucede en muchas ocasiones en los manuscritos de aquel tiempo, es el mismo que estuvo en Lepanto y Argel y escribió el *Quijote*, basta saber que era hijo de Rodrigo de Cervantes y

de su mujer Doña Leonor, como los otros, Andrés y Luisa, en cuyas partidas está escrito con toda claridad *Rodrigo de Cervantes*.

15.ª y 16.ª

Los más ilustres cervantistas del siglo XVIII.

Debe recordarse, para encomio de los literatos que con sus diligencias contribuyeron á la indagación y publicación de noticias referentes á la ciudad natal de Cervantes, que el erudito bibliotecario Don Juan Iriarte fue el primero que en 1748 indicó que el autor de *Don Quijote* era de Alcalá de Henares, por haberlo leído así en una *Relación* de 185 cautivos rescatados el año de 1580, impresa en Granada el 81, existente en la Biblioteca Real, donde se expresaba que «Miguel de Cervantes era de edad de treinta años, natural de Alcalá de Henares». El benedictino Fr. Martín Sarmiento, á quien participó la nueva el Sr. Iriarte, comprobóla después leyendo la *Topografía é historia de Argel* del P. Fr. Diego de Haedo, confirmando la opinión con observaciones propias y datos sacados de las obras de Cervantes. Coadyuvaron á dilucidar el asunto, obteniendo ó publicando copias de la partida de bautismo, los eruditos Martínez Pingarrón, Montiano y Luyando, D. Josef Miguel de Florez y D. Juan Antonio Pellicer.

Las dudas que se suscitaron sobre la verdadera patria de Cervantes por haber parecido la partida de nacimiento del Miguel de Cervantes Saavedra, de Alcázar de San Juan, retardaron por algún tiempo el triunfo de la verdad, y más estando perplejo el P. Sarmiento en un principio, y obstinado el trinitario Fr. Alonso Cano en que el de Alcázar era el Cervantes, autor de *Don Quijote*. El descubrimiento de las partidas del rescate de Cervantes en el archivo de la Orden de la Redención, por indicaciones del señor D. Vicente de los Ríos,

resolvió definitivamente el asunto en favor de Alcalá, y puso término á las incertidumbres y los reparos, concluyendo este sabio escritor y docto historiador de Cervantes con todos los escrúpulos que aún pudieran abrigarse en las *Pruebas* de la *Vida* que publicó la Real Academia Española en 1780. A Ríos, siguiendo lo dicho por el P. Sarmiento, toca la gloria de haber dicho la última palabra en esta cuestión. Todo lo que se ha escrito y sostenido después para negar que Alcalá de Henares es la patria del autor del *Ingenioso hidalyo*, ó se ha fundado en divagaciones ó no ha respondido sino al capricho de sostener inexactitudes por exagerado espíritu de pueblo ó comarca.

17.ª

Documento decisivo que demuestra que Cervantes nació en Alcalá.

Este importantísimo documento, que es el núm. 19 en la colección de los recogidos y anotados por D. Cristóbal Pérez Pastor (Madrid, 1897, pág. 65), dice al pie de la letra así:

«Ilustre señor: Miguel de Cervantes, NATURAL DE ALCALÁ DE HENARES, residente en esta corte, digo: que á mi derecho conviene probar y averiguar con información de testigos de cómo yo he estado cautivo en la ciudad de Argel y cómo soy rescatado y lo que costó mi rescate y lo (que) quedo á deber de él, y cómo yo salí á pagarlo á cierto tiempo. A vuestra merced (el Corregidor de Madrid) pido y suplico mande que los testigos que presentare, se examinen al tenor de este pedimento, y lo que dijeren y depusieren, escrito en limpio, en pública forma, en manera que haga fe, me lo mande dar para enguarda de mi derecho. Pido justicia, y para lo cual, etc.— *Miguel de Cerbantes.* Madrid, 18 Diciembre de 1580.»

De las deposiciones de los testigos Rodrigo de Chaves y Francisco de Aguilar, de que se dió traslado á Cervantes, hablaremos al historiar los sucesos de su cautiverio.

18.ª

Comprobaciones.

Véase: *Laurel de Apolo,* de Lope de Vega, silvas 5.ª y 8.ª; la obra inédita de Tamayo de Vargas que se conserva en la Biblioteca Nacional, titulada *Junta de libros*, artículo Miguel de Cervantes; *La letanía moral,* de Claramonte y Corroy, página 482 y al fin; Nicolás Antonio, *Biblioteca hispana nova,* artículo *Michael de Cervantes;* Ortiz de Zúñiga, *Anales de Sevilla,* año 1598.

La versión recogida por Mayans sobre ser natural de Lucena Cervantes, quedó completamente desmentida en vista de las indagaciones hechas de orden de D. Martín Fernández de Navarrete. Resultó de ellas, según afirmó la persona á quien dió el encargo D. Martín, el caballero D. Miguel Alvarez de Sotomayor, que «reconocidos los libros de desposorios desde el año 1564, en que principian, hasta el 1610, y los de bautismos desde 1519 hasta el 1600, no se halla en ninguno el apellido Cervantes, y sólo en los últimos dos partidas de los años 1556 y 1563 en que aparece el de Saavedra.» (*Vida de Cervantes,* pág. 554.)

19.ª

El Cervantes de Alcázar de San Juan.

La partida del Cervantes Saavedra, de Alcázar de San Juan, conocida desde 1758, se publicó por vez primera en 1765, con certificación de D. Pedro de Córdoba, teniente cura prior de la iglesia parroquial y mayor de la villa de Alcázar de San Juan, y es del tenor siguiente:

«En 9 días del mes de Noviembre de 1558 bautizó el licen-

ciado señor Alfonso Diaz Pajares un hijo de Blas de Cervantes Saavedra y de Catalina López, que le puso por nombre Miguel. Fue su padrino de pila Melchor de Ortega, acompañado (de) Juan de Quirós y Francisco Almendros y sus mujeres de los dichos.—El licenciado *Alfonso Diaz.*»

La referida partida se encuentra en uno de los libros bautismales de dicha iglesia, que principió el día 10 de Septiembre de 1506 y concluyó el 18 de Febrero de 1635, al folio 20. El cura D. Pedro de Córdoba hizo constar en su certificado que «al margen de dicha partida se halla escrito por nota lo siguiente: *Este fue el autor de la Historia de Don Quijote.*» La anotación se atribuye á D. Blas Nasarre, bibliotecario, persona de bien escasos méritos en literatura y editor, con nombre supuesto, de una reimpresión de *Don Quijote*, de Avellaneda, en 1732 y de *Las comedias* de Cervantes en 1749. Su gratuíta aseveración quedó muy pronto destruída para siempre con la publicación de documentos irrecusables. El señor Nasarre había ido á la Mancha con cierta comisión del Duque de Híjar, y habiendo visto la partida de Alcázar, falló desde luego con su presunción y ligereza habituales á favor de la Mancha; inadvertencia tanto mayor cuanto ya desde 1752 se sabía la existencia de la fe de bautismo de Alcalá y la opinión favorable á ella de muchos literatos distinguidos cuando él quiso resolver la cuestión en sentido favorable á Alcázar.

Las polémicas sostenidas por la rivalidad entre los dos pueblos para conseguir la palma del vencimiento acerca del gran título de gloria, respectivamente ambicionado, de ser la cuna del *Regocijo de las musas,* han sido muchas, apasionadas y prolongadísimas. No han cesado desde los tiempos de Sarmiento, Fr. Alonso Cano y D. Vicente de los Ríos (1). Las tradi-

(1) Aunque Ríos presentó un trabajo acabadísimo demostrando que el Cervantes de Alcalá era el único á quien se podía llamar autor de *Don Quijote*, no puede echarse en olvido que muchísimos años antes, desde 1761, lo tenía patentizado con multitud de discretas observaciones el erudito benedictino F. Martín Sarmiento. En su opúsculo sobre la verda-

ciones de pueblo; el afán de defender á todo trance lo que halaga el amor propio, aunque sea rechazado por la razón; cierta complacencia que hay siempre en las colectividades y los individuos por contar entre sus compatriotas á los varones insignes en armas y letras, todo se ha juntado para hacer enojosas é interminables semejantes disputas.

En 1837 se publicó en el *Observatorio pintoresco* una serie de artículos encaminados á sostener dicha opinión. La famosa edición del *Quijote* en Argamasilla, impresa el año 1863 en la misma casa donde se suponía que estuvo preso Cervantes, dió nueva consistencia á la tradición mencionada, aunque después se entibiaron los pasajeros entusiasmos, y aun se llegó á comprender la inconveniencia de haber estampado allí una lujosísima y especial edición de la obra maestra del Cervantes de Alcalá por seguir supuestos y jamás averiguados rumores manchegos.

Por aquel mismo tiempo publicó D. Ramón de Antequera,

---

dera patria de Cervantes, analiza con inmejorable criterio todo lo que atañe á este particular, copiando y examinando las partidas bautismales del Cervantes de Alcalá y el de Alcázar, haciendo notar la gran diferencia en la fecha de los respectivos nacimientos é imposibilidad razonable y cronológica de aplicar al segundo los hechos y documentos que se refieren al primero sin género alguno de duda. Su disertación, escrita con mucha sencillez é incomparable lógica, agrada y convence enmedio de su misma naturalidad. Fue el primero que ejercitó la crítica, para asignar á Alcalá de Henares la gloria de haber sido la cuna del inmortal Cervantes. Como dice acertadamente el Sr. D. Isidro Bonsons, que ha publicado recientemente á sus expensas el manuscrito del P. Sarmiento, «la obra del famoso benedictino tiene el mérito de ser el primer estudio crítico biográfico dedicado á fijar la verdadera patria de Cervantes».

Nada puede añadirse, en efecto, para rechazar las pretensiones de los alcazareños, á estos argumentos suyos, tan indestructibles y bien expresados: «Doy por cierta esa fe de bautismo; pero ni aun duda me queda, de que no viene al caso, de la patria del famoso Cervantes. Atiéndase á las fechas—1547 y 1558—y á los once años de diferencia entre las dos. ¿A quién persuadirá ninguno que el Miguel de Cervantes de Alcázar de San Juan era soldado en edad de nueve años? ¿Que de diez ú once era cama-

vecino de Argamasilla, un libro titulado *Espíritu analítico del Quijote* (Madrid, 1863), en que, entre otros temas que trató medianamente, quiso probar, sin lograrlo, que el inmortal escritor era hijo de Alcázar de San Juan; obra pesada, aunque algo curiosa, pero sin crítica.

Fue después incansable sostenedor de tal creencia el alcazareño D. Juan Alvarez Guerra, hombre de singular constancia, que en artículos publicados en periódicos de la Mancha, de Madrid y de toda España, en conferencias, folletos y libros, ha estado defendiendo tenazmente sus opiniones con encantadora buena fe, por espacio de más de veinticinco años, siendo resumen de sus trabajos, la obra *Sol de Cervantes Saavedra: su verdadera patria Alcázar de San Juan.* Madrid, im-

---

rero del Cardenal Aguaviva en Roma? ¿Que de trece era ya soldado en la escuadra de Marco Antonio Colona en el Mediterráneo?

»La fe de bautismo del de Alcázar de San Juan, aunque en sí cierta, tiene contra sí, para el asunto, la cronología. No hay autor que tal haya dicho. Y es despreciable la nota por lo dicho (la nota que puso D. Blas Nasarre al margen de la partida, diciendo que el Cervantes de Alcázar era el autor de *Don Quijote*). Al contrario, la fe de bautismo de Alcalá se conforma con la cronología en todo. Hay autor docto y coetáneo, y familiar de Cervantes, que lo confirma (el P. Diego de Haedo). No me opongo á que los dos Migueles hayan sido parientes, á la corta ó á la larga. Pero eso no es del caso.

»Así, lo que Cervantes dijo de los *Quijotes*, yo lo aplico á los dos Cervantes: el verdadero y famoso de Alcalá de Henares, y el que quiso contrahacerle en el Alcázar de San Juan por unas razones vagas que nada prueban contra la información que el Cervantes de Alcalá presenta en este papel. No digo que el otro Cervantes sea supuesto, sino que es de *subjecto non supponente*. Esto es, que ni ha sido, ni es, ni jamás podrá ser EL MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA estropeado en Lepanto el año 1571, cautivo en Argel el año 1577 y autor de la inmortal *Historia de Don Quijote de la Mancha*, el año de 1605. Del Cervantes de estas circunstancias se ha inquirido aquí la *verdadera patria* y se ha hecho patente que ha sido de Alcalá de Henares.» (*Noticia de la verdadera patria (Alcalá) de El, Miguel de Cervantes*, compuesta por el P. M. Fray Martín Sarmiento. Barcelona, 1898, págs. 62, 63 y 73.)

prenta de Nozal, 1878. De los escritos coleccionados en este libro debemos repetir lo mismo que ya dijimos en 1876, ocupándonos en la *Crónica de los Cervantistas* (t. II, pág. 248) de una hoja y varios artículos que sobre el mismo tema estampó aquel año en Madrid, y era lo siguiente:

«Increíble parece que después de tantas polémicas como sobre el particular se han sostenido, quedando siempre triunfante la causa de la verdad, que es la de Alcalá de Henares, se persista ahora en los mismos paralogismos de antes, queriendo demostrar que el autor del *Quijote* no nació en Alcalá de Henares, sino en Alcázar de San Juan. Este es un pleito sentenciado y concluído ya en tribunal superior, y es inútil, y hasta indiscreto y ocioso, querer remover la cuestión tan suficientemente discutida y con tanto conocimiento de causa fallada. Muy disculpable es el deseo del Sr. Alvarez Guerra, que al fin trabaja por su pueblo; pero de disculpable no pasa; pues ninguna razón abona su pretensión, ni argumento ninguno nuevo ofrece para persuadir ese derecho que pretende. Todos los sofismas que presenta los ha desmenuzado y rechazado la crítica más imparcial desde hace más de un siglo.»

Todavía se quiere sostener la inexactitud. En 1892 publicó en Madrid una obra D. Francisco Lizcano y Alamino, con semejantes pretensiones: titúlase *Historia de la verdadera cuna de Miguel Cervantes Saavedra y López, autor del «Don Quijote de la Mancha», con las metamórfosis bucólicas y geórgicas de dicha obra. Vida y hechos del Príncipe de los ingenios españoles, con una refutación analítica de las biografías que de este autor se han impreso hasta el día.* (Imp. de Gil y Navarro, Madrid, 1892). Obra de pesado análisis, que convence aún menos que las de Antequera y Alvarez Guerra, donde se quiere suplir los argumentos con divagaciones, explicación caprichosa de varios pasajes del *Quijote,* especialmente de la historia del cautivo, relatos novelescos y muchas sutilezas inadmisibles sobre las metamórfosis bucólicas y geórgicas del *Quijote;* materia de pasatiempo más bien que de estudio.

La cuestión de Alcázar ha tomado últimamente un aspecto nuevo, que vamos á examinar, deseosos del acierto.

Con motivo de haber sido llevado á la «Exposición histórico-europea», celebrada en Madrid en 1892, el libro parroquial de Alcázar que contiene la partida de Miguel de Cervantes Saavedra, natural de aquella población, algunas personas llegaron á dudar sobre su autenticidad al examinarlo. Las sospechas de algunos se divulgaron mediante la publicidad por la prensa. Un cervantista que firmaba con el pseudónimo de Dr. Póstumo, pretendió probar en el *Heraldo* que la partida bautismal de Alcázar es de todo punto apócrifa, y se fraguó la falsificación poco antes de que Nasarre pusiese al márgen aquella campanuda nota de «este es el autor del *Quijote*». Don Manuel de Foronda confirmó y amplió en un folleto el año 1894 lo indicado por el Dr. Póstumo en el anterior. Algunos escritores manchegos han contestado mezclando las razones con las intemperancias de lenguaje.

Imparciales nosotros en esto, como en todo, lo mismo nos apartamos de las evidentes exageraciones de Foronda y del Dr. Póstumo que de los apasionamientos de algunos de sus refutadores manchegos. Pecaron de suspicaces en extremo los que han puesto en tela de juicio y negado la autenticidad de la partida. No se han fundado en motivos justos y admisibles. Se dice que la partida es «no sólo apócrifa en su contexto, sino que los caracteres extrínsecos que la informan, dejan de ver bien á las claras la mixtificación más palmaria, la falsificación más tosca que jamás se dió en casos semejantes.» Si la partida es apócrifa, no pudo ser mixtificación solamente la fraguada sobre Cervantes Saavedra, sino que pasaría lo mismo con otras muchas. El tomo no está formado ni encuadernado por pliegos sueltos, de dos en dos hojas, de modo que fuera fácil sacar uno poniendo otro, sin que se hiciese visible el engaño. El libro está formado de cuadernillos de á cinco pliegos, en que unas hojas corresponden á otras, de suerte que no era posible esa suplantación sin que la página estuviese

arrancada y el cuadernillo con dos folios de menos. La numeración de éstos es rigorosamente correlativa; no hay alteración ni enmienda de ninguna clase, y por consiguiente, toda idea de falsificación se desvanece. No es posible que Nasarre fuese el fraguador del embuste por solo el gusto de poner su anotación al márgen. No siendo explicable que hubiese espacios en blanco en los folios donde se asienta la partida, ¿cómo se comprende que se encuentre en ellos? ¿Puede suponerse que mucho tiempo antes (dos siglos justos: 1558-1758) se había dejado allí un sitio reservado previsoramente para la futura falsificación?.....

Aparte de la dureza con que se ha expresado D. Antonio Castellanos en su opúsculo *Apuntes sobre la verdadera cuna de Miguel de Çervantes Saavedra* (Alcázar de San Juan, 1896), la verdad es que son muy atendibles las siguientes líneas: «No es cierto que el libro parroquial esté cosido á *lomo*, ni que tengan sus hojas independencia entre sí al ser desencuadernadas. Por eso resulta que en el cuadernillo que nos ocupa, encuadernado con los demás del libro, la hoja folio 20 en donde se halla la partida de Cervantes, forma pliego, guardada relación entre sí con la 23, y la folio 21 ó sea la siguiente á la hoja folio 20, guarda relación entre sí, forma pliego con la 22. Por lo tanto, al afirmar que es falsa la partida conservada en Alcázar y al asegurar la existencia de esa misma falsedad en dos hojas del tantas veces repetido libro bautismal, ese libro contiene 28 INSCRIPCIONES BAUTISMALES FALSAS, descontando las cuatro á la cara en blanco del folio 22 marcada con la palabra *Inutilizada*.»

Juzgamos y entendemos, después de examinados los antecedentes y dictámenes de las partes contrarias, que no hay superchería en la partida de Alcázar, pues las razones que se presentan no pueden destruir su validez, y hay que aceptarla como verdadera y auténtica.

El Cervantes de Consuegra.

No puede ser sospechosa tampoco la partida de bautismo de otro Miguel Cervantes, natural de Consuegra, que se hizo pública á principios del siglo XIX, y á quien habría que atribuir, según las tradiciones de que se hizo cargo Pellicer y han repetido otros biógrafos, esas persecuciones que se ha creído que padeció Cervantes el de Alcalá en los pueblos de la Mancha por diversas y nunca averiguadas causas.

La partida de ese Cervantes, legalizada en 1805 por Don Francisco Fabuel Caballero, vecino de Consuegra y notario público apostólico por la Curia romana y mayor de la vicaría general eclesiástica ordinaria de la sagrada y militar religión y su gran dignidad prioral, dice textualmente lo siguiente: «En primero del mes de Setiembre de 1556 años, yo Diego Abad de Arabe, clérigo, bapticé á Miguel, hijo de Miguel López de Cervantes y de su mujer María de Figueroa. Fue su compadre Rodrigo del Alamo y comadre su mujer Lucía Alonso. En fe de lo cual lo firmé de mi nombre.—Diego Abad, clérigo.» El citado documento existe en el archivo de la iglesia parroquial de Santa María la Mayor de la villa de Consuegra, en un libro de bautismos que empezó el 6 de Enero de 1553 y terminó á fines de Diciembre de 1564, folio 62, habiendo una nota al márgen, de letra más moderna que dice: *El autor de los Quijotes.* Esta partida la publicó por vez primera D. Martín Fernández de Navarrete, *Vida de Cervantes*, páginas 555 y 56.

La nota marginal es mero capricho de alguna persona ignorante, que no reflexionó cuán absurdas resultaban sus palabras, denunciadoras de su estolidez. Eso del autor de los Quijotes y el no haberse fijado en el patronímico López que precede al segundo apellido Cervantes, demuestran bien á las claras su inadvertencia y ningún gusto literario.

El Cervantes de Consuegra tiene dos años más que el de

Alcázar de San Juan, y con la diferencia de ese tiempo, todas las pruebas negativas que hemos aducido respecto del segundo son también aplicables al primero. No pueden referirse los actos y hechos de la vida de Miguel de Cervantes Saavedra, de Alcalá, al Miguel López de Cervantes, de Consuegra, por absoluta imposibilidad cronológica.

20.ª

Tenacidad en el error. Defensa de lo imposible.

Es sorprendente la tenacidad con que los alcazareños siguen todavía sustentando y defendiendo, después de refutados uno por uno, sus sofismas y arbitrariedades. Ahora se acogen á la alegoría, á la interpretación ingeniosa, á explicaciones acomodaticias que nada resuelven ni aclaran, á pesar de sus esfuerzos. La obra de Lizcano, ya citada, con sus 468 páginas en 8.° lo demuestra hasta la saciedad, pues no presenta una razón siquiera que abone sus presunciones. Creer que Cervantes está retratado fidelísimamente por sí mismo, con cabal exactitud, en la historia del cautivo; creer que allí se encuentra su más auténtica autobiografía, es aventurado y ocasionado á equivocaciones.

En la mezcla que allí se nota de recuerdos de sucesos propios y extraños, sólo el autor del escrito pudo saber la parte que de ellos eran fingidos y la parte que verdaderos; y pensar que la interpretación ajena ha de llegar á ser únicamente la fidedigna, es pensar en lo excusado. El señor Lizcano desmenuza, más bien que examina, la novelesca relación del cautivo, adaptando personajes, hechos, circunstancias y palabras á sus predispuestas combinaciones de sujetos, lugar y tiempo, sacando de ellas, como es natural, consecuencias descabelladas muchas veces; todo para hacer creer que allí se habla de D. Blas de Cervantes Saavedra y de Doña Catalina López de Ortega, padres del Miguel de Cervantes Saavedra de Alcázar,

y de su padrino de pila y pariente Melchor de Ortega, y de los hermanos de Miguel con sus nombres y cargos, y otros pormenores de su vida.

No se presenta un documento comprobatorio, ni un argumento atendible, abundando, en cambio, las noticias vagas, las tradiciones, los episodios novelescos, los diálogos ideados por el autor del libro como si fuesen los testimonios más veraces de su imaginada narración.

Cuando intenta persuadir que el Cervantes de Alcázar estuvo en Lepanto, lo quiere lograr mediante un diálogo que inventa entre D. Melchor Ortega y Miguel de Cervantes Saavedra, que vuelve á su patria al cabo de veintidós años de ausencia. ¿Y son por esos datos, dictados á capricho, por los que hemos de creer que el Cervantes de Alcázar es el que combatió en Lepanto, estuvo cautivo en Argel y escribió el *Quijote*?... Imposible. Tanto valdría creer en consejas y sueños.

21.ª

El apellido Saavedra.—Cuestión resuelta y terminada.

El documento citado es el 37 de los recogidos y publicados por D. Cristóbal Pérez Pastor (págs. 135-37), y es decisivo para resolver definitivamente que el segundo apellido de Cervantes, *Saavedra*, no lo tomó por adopción, ni porque su bisabuela, descendiente de familia noble, lo hubiese llevado. Eran los dos apellidos que tenía su señor padre.

La declaración de ser así, sin duda de ninguna clase, hállase en textuales palabras de un instrumento público: un asiento de servicio de Isabel de Saavedra (la hija natural de Cervantes, de que se hablará en los sucesivos capítulos con toda la extensión debida) en casa de Doña Magdalena de Sotomayor, la hermana menor de Cervantes. Este documento está otorgado ante el escribano Martín de Urraca, con fecha de 11 de Agosto de 1599. Bartolomé de Torres, procurador de nú-

mero de los de la corte, en nombre, y como curador *ad litem* que era de Isabel de Saavedra, pone á su menor á servicio con Doña Magdalena de Sotomayor «HIJA DEL LICENCIADO CERVANTES DE SAAVEDRA, SU PADRE, DIFUNTO»; palabras que, como dictadas de la misma Doña Magdalena, llevan consigo toda la validez necesaria para dejar cerrado el camino á nuevas conjeturas y suposiciones.

Ni los Cervantes, ni los Saavedras, originarios ó vecinos de Sevilla, cuando vivió nuestro autor, conocieron, ni trataron, ni tuvieron seguramente al de Alcalá por deudo. Ni su bisabuela fue de la rama de los condes de Castrillo, ni los descendientes directos de la casa de Castellar y del Viso se relacionarían siquiera con nuestro Cervantes, ni aun les pasaría á uno y otros por la imaginación que llegarían á ser parientes por cavilaciones de algunos genealogistas.

Una Doña Teresa de Saavedra casó con D. Juan Gaspar de Ulloa, primer Conde de Villalonso, Mayordomo del Rey Felipe III, cuyo hijo fue D. Diego Ulloa Sarmiento, segundo Conde de Villalonso, Caballero del Hábito de Alcántara. Don Fernando Arias de Saavedra, cuarto Conde de Castellar y señor del Viso, que en su edad floreciente dió muestras de gran valor, estuvo en la batalla naval de Lepanto con el señor Don Juan de Austria, «por cuyos servicios—dice López de Haro—le hizo merced el católico Rey Don Felipe II del Hábito de Santiago y Mayordomo del serenísimo Príncipe, su hijo. Casó en Madrid con Doña Beatriz Ramírez de Mendoza, hija de Garci-Ramírez de Cárdenas y de Doña Ana Mendoza. Entre sus hijos está D. Gaspar Juan Arias de Saavedra, quinto Conde de Castellar, señor del Viso y otros vasallos, Caballero de la Orden de Santiago, que este año de 1618 posee esta casa y estados.

¿Habrían oído, acaso, todos estos señores hablar siquiera del fecundo escritor Miguel de Cervantes Saavedra, á pesar de su tan decantado y ficticio parentesco?...

Con seguridad puede decirse que no.

RAMÓN LEÓN MÁINEZ.

POETAS AMERICANOS

RESURREXIT

¡Despierta, corazón! Encantadora
La musa bella que tus versos guía
Se levanta otra vez, como una aurora
Desbordante de luz y de armonía.
¡Sí, levanta, levántate rïente
Como en las horas de tu fe primera,
Y deja que la sangre más ardiente
Te anuncie, nuevamente, primavera!
¡No importa, no, si el huracán bravío
Batió la esfinge y destrozó la palma;
Siempre al invierno sucedió el estío
Y á la indomable tempestad la calma!
¡No importa si en tus noches de tristeza
Viste arrancarte la inmortal corona;
Que donde todo acaba ¡todo empieza!
¡La muerte con la vida se eslabona!
Deja dormir en el eterno olvido
Aquel cinematógrafo brillante
De tu pasada edad; gracioso nido
Tanto más bello, cuanto más distante!

No pienses más en reprimir tu anhelo
Conocida del mundo la asechanza:
Opón á las desdichas el consuelo
Y al triste desengaño, la esperanza.
Si es tu credo cantar, sigue cantando
Dispuesto siempre para el lance rudo:
Se dignifica el hombre que luchando
Muere, como el atleta con su escudo.
Sé, como el águila que en raudo vuelo
Traspone el risco donde el sol caldea
Y altiva, por la página del cielo,
Señora de los aires se pasea.
Como ella, desafía la borrasca,
Del mundo desdeñando los honores
Que pasan, como pasa la hojarasca
Barrida por los vientos bramadores.
¡Levanta, corazón! Dificultosa
Te será la jornada; acaso nunca
Llegues al valle donde el alma goza
Y la nostalgia del dolor se trunca.
Acaso, ya en alados escuadrones
Se alejen otra vez las golondrinas;
Aquellas que entonaron sus canciones
A la sombra estival de las glicinas.
Acaso, vuelvas á escuchar la queja
De cruel y punzadora remembranza
Que brega y lucha, cuando el sol se aleja
Sangriento, como un sueño de venganza
Acaso, vuelvan á romperse luego
Las vibradoras cuerdas de la lira:
Pero hoy que sientes alentar el fuego
Del ideal purísimo que inspira,
Debes, como el zorzal en la espesura,
Sin regla ni compás, independiente,
Cantar con entusiasmo la hermosura

De lo más noble que tu vida siente.
¡Debes cantar! Tu espíritu levanta,
Como en Septiembre se levanta el brote
Y todo se renueva, y nos encanta
Con su flor más azul el camalote.
¡Debes cantar! ¿Qué importa si á tu acento
La multitud con sórdido egoismo
Desdeña el esplendor del pensamiento
Por el que da servil materialismo?...
Mientras haya en las selvas mariposas
Ebrias ya con el néctar de las flores
Y en las tardes de Otoño, vagorosas,
Ligeras nubecillas de colores;
Mientras abra sus regios abanicos
La fronda tropical de los palmares,
Y allá, las aves de canoros picos,
Preludien hermosísimos cantares;
Mientras haya una dulce serenata
Y un mundo de sonrisas en la cuna,
Cuando derrama su fulgor de plata
Desde el cenit, esplendorosa luna,
Te darán, corazón, para extasiarte
Bañado por la luz de un nuevo día,
Su vigorosa inspiración, El Arte;
Su helénico laud, La Poesía.

Eugenio C. Noé,
Uruguayo.

SONETO

Cae al fin, nuestro «*Huascar,*» perseguido
Por enemiga multitud artera:
Ya de su pecho apágase el latido,
Que fue también de la nación entera.

Empapado de sangre, todo herido,
Es el cadáver de lo que antes era;
Pero el mástil, su brazo no vencido,
Bate el postrer girón de la bandera.

Y á través de la bóveda infinita,
Sobre esa tumba del valor peruano
Que de las ondas el espanto agita,

Va en las alas de azul del éter vano
Hácia Chile una voz que airada grita:
«*¡Caín! ¡Caín! ¿qué hiciste de tu hermano?*

José Augusto de Izcue.

RETOS Y DESAFIOS

D. Fernando de Toledo, hijo del Duque de Alba, y Don Carlos de Arellano, caballerizo del Conde de Aranda.—*Zaragoza, 1670.*—Después que D. Juan José de Austria, *el Malo,* fue investido con el Vicariato General de Aragón, por alejarlo de la corte y de sus pretensiones al Gobierno, sus camaradas vivían con él en continuos devaneos en Zaragoza, donde fijó su residencia. Uno de estos camaradas era D. Fernando de Toledo, hijo del Duque de Alba D. Antonio Martín, el cual, llegando un día de la primavera de 1670 á la orilla del río Ebro, entre los dos puentes que tenía la imperial ciudad, en un pradito que era el centro de reunión de las más elegantes damas y de los más airosos galanes de aquel tiempo, se acercó á hablar con unas tapadas que se hallaban en conversación con otros caballeros cortesanos. Sobre el desaire de la introducción, y pretender quitarlas á los otros, se armó la pendencia. Sacáronse y cruzáronse las espadas; mas apenas D. Fernando había medido la suya con D. Carlos Arellano, caballerizo del Conde de Aranda, á cuyo lado se pusieron los que con él estaban, llegaron los amigos del de Toledo y otros caballeros, y se deshizo el desafío.

D. Fernando, que no se había sentido herir, volvióse á sentar y á su conversación con las tapadas. Dióle de súbito un

desmayo. Acudieron con agua; pero le reconocieron muerto. D. Carlos de Arellano le había metido por entre la golilla la punta de la espada por el cuello; le sobrevino la hemorragia de la sangre y lo ahogó. No pudo pronunciar palabra: mas para enterrarlo en sagrado por morir sin confesión, por información de testigos se aseguró que había invocado en su agonía el sacratísimo nombre de la Virgen del Carmen. D. Juan de Austria mandó labrarle sepultura de mármol negro, rematada por una cruz, entre cuyos brazos, y á manera de epitafio, se pusieron estos cuatro versos, escritos por el mismo D. Juan:

Incierta punta violenta
Apagó joven aliento:
Pasa, caminante, atento;
Ruega por él, y escarmienta.

Este epitafio fue glosado por toda la corte poética de la camarilla de D. Juan, y aun por D. Juan de Austria mismo. Los demás poetas fueron el Conde de Eril, el Marqués del Villar, el Dr. Lumbierre, D. Manuel Sesé, D. José Porter, D. José Tafalla, Miguel Sánchez, D. Basilio de Lamarca, el médico Lanaje y el hoscense Montañés. Uno de estos poetas glosó todas las glosas de los demás con sus propios consonantes. Valen poco, y nunca se han publicado.

* * *

El Conde de Melgar, capitán de la Guardia de los Chambergos; su hermano segundo, hijo del Almirante de Castilla, y el Sargento mayor D. Francisco Trullóns, mallorquín, y los capitanes corazas D. Antonio de Córdova, D. Diego de Bracamonte y D. Duarte Correa. — *Valencia, 1670.*—Los antecedentes de este desafío, enteramente político, necesitan una larga exposición histórica de una parte de nuestra historia de la minoridad de Carlos II, que no se ha escrito todavía, permaneciendo ignorada é inédita en los do-

cumentos justificativos deltiempo, que forman parte de nuestros archivos y colecciones nacionales.

Desde la muerte del Rey Felipe IV, que conocía la incapacidad, las ambiciones y los perversos instintos de su hijo bastardo, aquel D. Juan José de Austria, hijo de la Comedianta, á quien el Nuncio Monseñor Giovane Battista Panfilio, que fue después Papa bajo el nombre de Inocencio X, la bendijo los hábitos cuando se retiró al convento, quedó el soldado vencido de las Dunas de Dunquerque y de Arronches, no sólo excluído de toda participación en el Gobierno de la Monarquía y en la tutela de Carlos II, sino expresa y perpetuamente desterrado á Consuegra, asiento del Priorato de la Orden de San Juan en Castilla, cuya dignidad y rentas disfrutaba. Tres largos años empleó en asiduas diligencias, ya con la Reina Doña Mariana, ya con su confesor el P. Everardo Neidthart, con quien sostuvo una íntima correspondencia epistolar, ya con los co-Regentes de la Junta de Gobierno, que eran á la vez los Presidentes de los más altos Consejos y Tribunales del Estado, en mendigar su asiento en la corte, el reconocimiento de su jerarquía de Infante de España, su entrada en el Consejo de Estado y su casamiento con una Princesa del Imperio, que le asegurara la sucesión del reino de Polonia. Mas viendo que por ningún camino lograba satisfacer ninguna de sus pretensiones, y sobre todo las de su aproximación al Gobierno supremo de la Monarquía, que era lo que, en realidad, ambicionaba, trocó hacia el confesor alemán de Doña Mariana de Austria toda la fingida devoción en enemistad y odio implacables, creyendo que él era el fuerte muro en que se estrellaba la audacia de sus pensamientos.

Desde la censura hasta la calumnia, en que envolvió la honra inmaculada de la austera soberana; desde la conspiración política contra su poder, hasta las asechanzas criminales contra su persona, ningún medio perdonó para deshacerse de él á todo trance; y aunque en la covachuela de Palacio había logrado con sus regalos y promesas hacerse de solícitos servi-

dores, y de su parte se ponían todos los grandes, que, aspirando á los más altas posiciones de la Gobernación y de la Milicia, no las obtenían; agotados todos los arbitrios políticos, descendió vilmente á la concepción hasta del crimen para aniquilar á su supuesto adversario. El primer instrumento que tomó para sus fines fue un aventurero francés, Mr. de Santoné, con el cual concertó que, ayudado de dos asesinos malteses, aguardasen, emboscados, entre la Encarnación y la huerta de la Priora, el paso diario del P. Neidthard cuando venía á Palacio, y allí le diesen muerte violenta. Santoné, por sus malos antecedentes, se sintió espiado, y, temeroso de la seguridad de su vida, denunció la trama al Presidente de Castilla, el cual llevó las averiguaciones documentales á la Junta de Gobernación. La gravedad de la materia impuso á todos; pero todavía la cuestión pareció más grave cuando se supo que á Santoné se le había abreviado la vida por medio de un veneno. Coincidiendo con estos sucesos, llegaron noticias de Flandes, donde repentinamente habían hecho una invasión los franceses, que se iban apoderando de las plazas del Charleroi y del Franco-Condado, mal presidiadas por nuestras fuerzas. Pareció á la Reina y á la Junta, que, para soslayar los nuevos conflictos que suscitaba el inquieto D. Juan y ofrecerle puestos proporcionados á los que en vida del Rey, su padre, había tenido, deberíasele ofrecer la jornada de los Países Bajos y el mando de aquellos ejércitos en opósito á los de los franceses. Con esto se le entretenían y doraban sus ambiciones, se le alejaba de la corte y de España, y se ponía coto á aquella injustificada rivalidad.

D. Juan, que, descubierto lo de Santoné, ya tenía en planta otro conato de asesinato contra el confesor, por medio de persona para él más segura, un soldado que había tenido á sus órdenes, llamado D. José Malladas, recibió con buen semblante las proposiciones que se le hicieron, pero pensando siempre en no salir de España hasta que el hecho contra Neidthard estuviese realizado. Tomó sus despachos, hizo su jor-

nada á la Coruña, y, aunque allí lo encontró preparado todo para el embarque inmediato, comenzó á sutilizar exigencias que dificultasen la marcha y dilatasen sus esperanzas, aunque de Flandes no cesaban de llegar los avisos de los progresos extraordinarios que hacían las armas de Luis XIV. Primero pidió las paces con Portugal: se firmaron. En seguida expuso la necesidad de la ampliación de sus facultades en el gobierno y administración de las armas, hasta un extremo á que nunca llegaron las otorgadas al Infante Cardenal: se le ampliaron. Propuso todos los cargos de la administración y el mando del ejército para sus favorecidos, agotando en ellos todas las gracias de los demás: se le concedieron. Demandó más gente y dinero, y aunque hubo que vencer los imposibles para improvisarlos, reunirlos y dirigirlos al punto de embarque, se vencieron y fue atendido. Solamente se le negó la confiscación que pidió de los seis millones en plata para particulares, que traían los galeones de las Indias, puesto que se le habían mandado recursos suficientes y sobrados para la campaña, con desamparo de otras atenciones, y era un secuestro injusto lo que proponía.

Entre tanto que el tiempo pasaba en tantas dilaciones, los que dejó en Madrid al cargo de matar al confesor le escribieron que para primeros de Junio de aquel año de 1668 su deseo sería cumplido, con cuyo aviso tomó la posta para Madrid á la novedad. Mas en el camino recibió nuevos correos, por los que supo que la justicia habiendo también descubierto los planes de Malladas, lo había agarrotado dentro de la propia posada en que vivía en la calle del Olivo. Su primer movimiento fue de terror y se volvió á toda prisa á la Coruña, donde comenzó á embarcar la ropa para la jornada; pero, habiendo recibido otras cartas de sus cómplices de Madrid, suplicándole no se alejara dejándoles en el desamparo, tomó nueva resolución y el 25 de Junio escribió á la Reina, pretestando un catarro y abandonando la empresa militar que se le había confiado.

Habiendo anunciado su llegada á Madrid para presentar sus descargos, mandóle la Reina restituirse á Consuegra; mas en su Priorato, tercera vez insistió en la necesidad del asesinato para deshacerse de Neidthard. D. Bernardo Patiño, hermano del capitán D. Mateo, secretario íntimo de D. Juan, fue el que recibió el encargo de prepararlo. Alejado éste por sus negocios de las cosas de la política, se creía al abrigo de toda sospecha y menos vigilado que las demás personas que formaban el círculo estrecho de D. Juan. Había favorecido en muchas ocasiones á un antiguo camarada llamado D. Pedro Pinilla, y con éste movió pláticas, hasta descubrirle y franquearle el proyecto del crimen. Pinilla no aceptó el partido, y teniendo un hijo criado del Marqués de Aytona, con consejo de éste se presentó ruidosamente en Palacio á declararse ante Su Majestad. La Reina dispuso inmediatamente la reunión de la Junta de Gobierno en su Real Cámara, y allí se dispuso la prisión de D. Bernardo Patiño, entregándolo á la justicia ordinaria, y la de D. Juan de Austria en una fortaleza de Castilla. Pero mientras el Marqués de Salinas, capitán de la Guardia Española, recibía orden de proceder á la prisión de D. Juan en Consuegra, la mujer del secretario de Estado D. Blasco de Loyola, Doña Úrsula de Velasco, despachó mensajero acelerado al de Austria para que se pusiese en salvo. D. Juan salió, en efecto, á refugiarse del Virrey de Valencia, del de Cataluña ó del de Aragón, mas no sin dejar á la Reina una carta irreverente, que por su mero espíritu constituía un delito *lesæ majestatis*. El Conde de Castrillo, en presencia de todos estos hechos, expuso á la Junta de Gobierno que la quietud de los reinos exigía desapoderarse ó de Don Juan de Austria ó del Inquisidor General. La misma Junta cooperadora de la autoridad de la Reina se dividió en opiniones, sobre cuyos debates no se guardó la reserva de su gravedad, y permitieron que desde la covachuela de Palacio resonaran en el camino errático de D. Juan. Este se propuso hacer el último esfuerzo de sus ambiciones y juntó un ejército de foragidos y revoltosos, paga-

dos con el dinero distraido de la frustrada expedición á Flandes y de las dilapidaciones cometidas por donde quiera que pasó. La declamación del tumulto ahogó los gritos de la razón, y formó la fiebre de la opinión pública, siempre tan impresionable y siempre tan desorientada. Don Juan ofreció á su tropa el saqueo de Madrid, y se acercó hasta Torrejón de Ardoz.

Madrid se alarmó, pero el principio de la autoridad y de la legitimidad aún sobrepujó á las vociferaciones de la rebeldía y de la insurrección. Los nobles ofrecen sus espadas á la Reina y ésta mandó organizarlos militarmente en aquel regimiento creado para su propia seguridad, y á quien por burlas dieron los contrarios el nombre de la *Chamberga*. Se confirió la coronelía á Aytona, las bandas de capitanes á los Condes de Fuensalida y de Melgar y á los Marqueses de Jarandilla y de las Navas, á D. Pedro de Luzon y á D. Alejandro Nieto, y ocupó el puesto de Sargento mayor D. José Garro Xavier, gran soldado. Sus filas se nutrieron de soldados viejos y de caballeros mozos, y toda la hidalguía de España interpuso su valor y sus blasones entre un bastardo desatentado, un Rey niño y una Reina escarnecida. Con todo, los hombres políticos y de Estado se inclinaron á la transacción. A Torrejón y á Guadalajara, asiento de Don Juan, fueron y vinieron sin cesar las embajadas de D. Diego Correa, del Cardenal Aragón, del Nuncio Borromeo, y al cabo se resolvió la salida de España del confesor y el Vicariato General de Aragón, para el rebelde Don Juan. El confesor salió al fin, el 25 de Febrero de 1669, y la Reina, humillada, despidiendo con lágrimas en los ojos al sabio consejero y al amigo leal, dijo, viéndole partir, á los Grandes de la Junta de Gobierno: *Heos llamado á mi presencia para deciros que me ha causado grande admiración y dolor en ver qúe yo en un caso tan nunca oído, como es el presente, donde se me perdió el debido respeto, y por violencia y por fuerza se me obligó á que yo sin causa alguna aparte de mí mi confesor, no tuve á nadie de mi parte que defendiese el decoro de la autoridad real y la inocencia de mi confesor; pero ahora echaréis de*

ver que no tuvo culpa en cuanto se me imputa: y yo fío de vos que de aquí adelante me asistiréis mejor y con más ley y atención á vuestras obligaciones.

Obtenido el primer suceso de la victoria, intentó aun Don Juan coger todo el haz de sus laureles, y antes de levantar el campo pidió la reposición en los puntos que se les habían quitado á los que le habían seguido, un hábito de Santiago para su Secretario D. Mateo Patiño, y la libertad de su hermano D. Bernardo, que aún permanecía preso; que se depusiera de sus cargos respectivos al Marqués de Aytona y á D. Diego de Valladares y que se licenciase la Chamberga. A todo lo que personalmente le atañía se correspondió, pero la Reina puso su veto á todo lo demás, y aunque D. Juan se hacía el moroso, se le obligó á marchar á su vicariato de Zaragoza. Así lo hizo; pero no sin dejar en Madrid gente estipendiada que promoviese cada día un conflicto, principalmente con la *Chamberga.* En Zaragoza tomó el pulso á la opinión, mientras dirigía á Valencia y á Cataluña agentes que le hicieran partido, y como en la capital de Aragón halló reductible en su lealtad y devoción á la reina al Conde de Aranda, en la noche del 19 de Marzo hizo á una turba embriagada de populacho y soldadesca asaltar su casa y registrarla toda, sin respetar ni el asilo, ni el pudor de la Condesa y de las damas asiladas en ella. Los Condes, su primogénito y sus criados, fueron colmados de injurias é improperios, y de los escritorios del Conde se sacaron todos los papeles y se llevaron á D. Juan, el cual, disfrazado, dirigió la hazaña desde la calle. Personas soeces de la más ínfima estofa se acercaban al Conde de Aranda, y con gritos furiosos le preguntaban: *¿Dónde está el veneno que por el Marqués de Aytona ha enviado la Reina para matar á D. Juan?*

Tenía el de Austria entre sus gentileshombres á los dos hijos del Marqués de Fuentelsol, D. José de Bracamonte, de la Orden de San Juan, y D. Diego Rubín de Bracamonte, baylio de la misma Orden y Capitán de su guardia. A este

D. Diego envió á sacar de la cárcel otro antiguo Capitán de caballos corazas, que por delitos comunes estaba preso. Llamábase D. Antonio de Córdova y Montenegro, y á precio de su libertad hizo firmara una declaración contra el Marqués de Aytona, Coronel de la *Chamberga,* el Marqués de Castel-Rodrigo, el Inquisidor general Valladares Sarmiento, el Conde de Melgar, primogénito del Almirante de Castilla, y el Conde de Aranda, que acababa de ser Virrey de Aragón, imputándoles que habían querido quitar violentamente la vida á D. Juan por medio de D. Jaime Castilblanch y su cuadrilla de bandoleros. Esta declaración se hizo pública, por mandado de Don Juan, en Zaragoza, Madrid y Valencia, y como fuese desmentida, mandó D. Juan á D. Antonio de Córdova, que desafiase al Conde de Melgar. El cartel del desafío no se suscribía sólo por el Capitán rehabilitado D. Antonio Córdova, sino por los de igual grado D. Diego de Bracamonte y D. Duarte Correa, todos del séquito del Vicario general de Aragón. Lo recogieron en el acto el Conde de Melgar y su hermano segundo y el Sargento mayor D. Francisco Trullons, que había sucedido en este cargo en la Chamberga á D. José Garro Xavier. El lugar del emplazamiento para el desafío eran las casas de Rafals, junto á Torrente, en el reino de Valencia, á donde se dirigieron los de Madrid con gran estrépito y alegría por todo el camino, y haciendo voz pública del objeto que llevaban. El Marqués de Aytona, en nombre de la Reina, había escrito al Virrey de Valencia lo que se había de hacer, y el Presidente de Castilla mandado á las justicias de aquella ciudad y de todo el reino, que donde quiera que encontrasen á D. Antonio de Córdova, escapado de las cárceles del reino, se le entregase al verdugo.

En Valencia, D. Juan había procurado mover en favor de los suyos la opinión popular; pero el Virrey recibía cartas sobre cartas, y las últimas del Secretario D. Pedro Fernández del Campo, con instrucciones muy reservadas de parte de Su Majestad, aunque sin haber pasado por el Consejo de Aragón,

por no inspirar confianza sus empleados. La orden de Su Majestad era que no permitiese el duelo: que los prendiese á todos, y á los reos de otros delitos los entregase á los tribunales; y que si éstos hacían algún género de resistencia, se usase con ellos la violencia hasta la muerte. El Conde de Melgar, su hermano y Trullons, llegaron á Requena, donde el Corregidor trató de prenderlos, según las órdenes recibidas; de allí siguieron á Alacuas, lugar del Marqués de Acosta, y de Alacuas á Torrente, donde les tenía cena y reposo preparado el canónigo D. Gaspar Guerau de Arellano. De Alacuas se pasaron al Rafols, á las casas de Vicente Trilles, y en ella, con mucho sosiego y alegría, estuvieron comiendo. A Rafols vinieron D. Juan de Cardona y otros caballeros de Valencia, y con ellos, sin recatarse, entraron en la ciudad. Llevados á la casa del Canónigo Guerau, de ella pasaron á la de la Almirantesa de Aragón, la joven Marquesa de Ariza, que era muy hermosa y moza, y luego á la de otro canónigo, Laudemio Chabert. Otra vez los sacaron de aquí para llevarlos á casa de Mosen Amores, Archivero de la catedral, y cuando salían de unas para albergarse en otras, llegaba la autoridad á preguntar por ellos, y para hacer el atestado de la información judicial. El ministro encargado de su detención era D. Antonio de Monserrat, y el pueblo, ignorante del fondo de la cuestión, tomaba parte por los otros, al ver que «la justicia estaba de parte de éstos y no quería topar con ellos».

Como al día siguiente era el del emplazamiento del desafío, el Virrey, muy de mañana, mandó tres compañías de arcabuceros que tomaran posesión de los alrededores; con ellos fueron todos los ministros de Justicia á caballo, así como la guardia de la costa. Por todo el reino se mandaron tomar los caminos, con orden á todas las justicias de prender ó matar al Córdova. Por último, en el llano de San Bernardo se juntaron como mil y doscientos hombres, y en el barranco de Carraixet había otros trescientos próximamente. Toda esta prevención duró del 22 al 25 de Mayo. El 24, día de la cita, el Conde de Melgar

fue á visitar el campo en el coche del Virrey, vestido á la Chamberga, con su lindo coleto, y se paseó por él como media hora. Cuando se tomó acta de su presentación, se acercó á él Monserrat con algunos ministros de Justicia, y los dos, con los sombreros en la mano, se saludaron muy cortésmente. Le dió Monserrat la orden de S. M. de rendirse á la justicia, y sin contestar palabra ni entregarle la espada, siguió con él hasta una alquería próxima, de donde sacaron sillas y se sentaron muy apaciblemente. En esto salió el hermano del Conde, acompañado del Mallorquín, diciendo: *Aquí estoy yo por mi hermano.*—Salieron los caballeros que estaban de escolta, y todos se pusieron de su lado. Recibido el auto de prisión la Justicia, en el coche del Virrey les llevaron al Real, y de allí á la casa de las Armas. El acta de la presentación en el campo del desafío, se había escrito durante el descanso en la alquería de D. Francisco Calatayud, y se firmó por veinte caballeros de los que habían estado por los trigos esperando al Conde.

El Arzobispo visitó á los hijos del Almirante de Castilla y se los quiso llevar á alojar en su palacio; pero el Virrey no lo consintió, obedeciendo las órdenes que tenía, de tratarlos como presos. Este les mandaba la comida, los visitaba con frecuencia y los sacaba á pasear por todo Valencia. Todos los nobles los visitaron, siendo los más asiduos y obsequiosos los Cardona, los Frígola, los Villarrasa y los Calatayud. Los partidarios de D. Juan, por su parte, no dejaban de esparcir murmuraciones entre el pueblo, y decían que el Conde de Melgar no había venido á batirse, sino á hacer ruido. Otros se iban de grupo en grupo por las plazas, diciendo:—*¿Quin bordell es éste? ¿Asó es modo de desafiu? ¿Y son cauallers? ¡Carabaces son! ¿Qui dirien de un pobre de nosaltres ab esta gran traició? Elles son grands gallines y no tenen gana de ferse mal, pues han vengut así.*

Cuando pasó el plazo del desafío, Melgar y los suyos tornáronse á Madrid, quedando viva la orden á las justicias para la prisión de Córdova. En efecto, en los primeros días de Julio

era preso en Navarra y conducido por trámites de justicia á Madrid, D. Antonio de Córdova. En las declaraciones que hizo ante los señores D. Antonio de Vidania y D. Lorenzo Santos de San Pedro, del Consejo Real, por ante D. Juan del Corral, Alcalde de corte, que hacía oficio de escribano, expresó que él había escrito la carta de acusación contra Ayton a, el Almirante, Castel-Rodrigo, el Inquisidor general y los Condes de Melgar y Aranda; pero que lo hizo de orden del señor D. Juan, que era quien le había mandado que la escribiese en aquella conformidad, y que de la misma suerte de orden suya había hecho la declaración ante el Regente de Zaragoza, dándole primero una instrucción por escrito de lo que había de declarar. En el tormento se confirmó en lo últimamente dicho, imputando á D. Juan la invención de su muerte por veneno y la inculpación al Conde de Aranda. Sin embargo, formado proceso y acusado de los delitos de falsedad, sedición, quebrantamiento de cárcel con violencia, armas de fuego y provocación á superiores, el Consejo en pleno votó por unanimidad la sentencia, condenándole á muerte de cuchillo, sentencia que, después de la consulta á S. M., fue confirmada. Al entrarle en capilla se le hallaron ciento cincuenta doblones en oro. La sentencia se cumplió en la Plaza Mayor de Madrid el jueves 12 de Febrero de 1671, de doce á una de la mañana.

En las acusaciones que para la muerte violenta de Don Juan se fraguaron en Zaragoza entre Don Juan y Córdova, se supuso que aquel crimen debía haberse cometido por Don Jáime Castilblanch y su cuadrilla de bandidos. La justicia y el Gobierno de la Reina Doña Mariana, puso mucho empeño en echar también mano á este malhechor, que tenía setenta y seis años de edad. Se consiguió prenderlo; se le trajo también á Madrid, y el lunes 14 de Febrero de 1672 fue también degollado en la Plaza Mayor, habiéndose averiguado en el proceso que se le hizo, que había dado muerte, por su mano ó por su órden, á ciento ochenta desdichados. Era de cuna hidalga y señor de la Torrebaja. Murió con gran valor.

El Almirante de Castilla y el conde de Cifuentes.—*Madrid, 1697.*—Del Almirante de Castilla, D. Juan Tomás Enríquez de Cabrera, último que disfrutó la dignidad de honor vinculado en la casa de los Duques de Medina de Rioseco, que como la condestablía vinculada en la de Frías quedaron extinguidas bajo el reinado de Felipe V, se conserva un nombre poco simpático en los papeles de su tiempo. En uno de la sala de manuscritos de la Biblioteca Nacional, se hace este breve resumen y juicio de su vida: «Nació en Génova, siendo cuna de su infancia los arrullos de la libertad. Vivió en Venecia, pues anheló ser su ciudadano, sin ser su habitador. Gobernó á Milán; murió en Portugal; adoleció de ambicioso. ¡Oh España! castiga con olvido su memoria. Sepultado entre las cenizas está su nombre, para que sea á la posteridad, antes que conocido, despreciado. ¡Le faltó valor para conquistarte: le sobraron industrias para perderte!»

Acerca de su desafío con su primo el Conde de Cifuentes, he aquí lo único que se sabe:

I.—*Carta del Conde de Cifuentes al Almirante.*

«Habiendo levantado la palabra que dí á D. Antonio de Leiva de ser tu amigo, queriendo ahora venir contigo para fenecer el duelo que no pudo empezarse, aunque te esperé en el campo cuatro horas en el sitio señalado, he venido á Madrid; y habiendo estado varias veces en las cercanías de tu casa, por los grandes resguardos de la justicia á quien yo tanto venero y respeto, no lo he podido conseguir, ni llamándote en campaña, ni como lance casual. Ahora que está menos ardiente el cuidado de la justicia, te llamo á venir á los cuatro Cantones; y no hacerlo por el camino ordinario con que se llama á semejante duelo, es para que logre por esto en libertad para venir conmigo en país libre, y tomarás el tiempo proporcionado para conseguirlo, y con respuesta de esto me lo señalarás. Y porque me dicen se te han ofrecido para asistentes á

este duelo algunos caballeros, me dirás cuántos son, que yo tengo hermanos y amigos que también están prevenidos para asistirme.—Dios te guarde.—De la Posada 7 de Diciembre de 1697.—Te b. l. m. tu primo y mayor servidor.—*El Conde de Cifuentes, Alférez mayor de Castilla.*

II.—*Respuesta del Almirante.*

«Primo y señor mío: acabo de recibir tu papel, cuando me hallo tan favorecido del Rey (D. l. g.), como explica la demostración de tenerme á sus reales pies; de que resultan tantos acechos é imposibilidades como es notorio, con que no me hallo con acción libre para hacer lo que siempre ha sido tan de mi agrado, como satisfacerte plenamente. Esto de cuatro Cantones es cosa risible, y cuando me llamaste á sitio que tenía posibilidad el vernos, lo acepté, y no se logró por lo que es notorio: y aunque tú te halles con menos grillos que yo por mis ministerios, bien sabes que el paraje donde me citas es donde no se teme nada: con que pudieras haber discurrido cosa más á propósito de la que me manifiestas desear.—Dios te guarde.—Aposento y palacio 9 de Diciembre de 1697.—Excelentísimo señor.—T. b. l. m. tu primo y mayor servidor.—*El Almirante.*»

III.—*Réplica del Conde.*

«Primo y señor mío: Con ignata repugnancia tomo la pluma en la mano en tiempo que sólo la espada debe ocupar tal lugar; pero siendo infalible precepto de la razón, ni por escrito, ni de palabras, ni de ninguna manera tolerarte nada que se pueda tener visos de soberanía afectada con el tropel de fieros sobre seguro, bien lejos de aquel verdadero valor que debía esperarse de la gran casa de Enríquez, esto me empeña á escribirte respondiendo á los puntos de tu papel para que el mundo sea árbitro de la razón.

Afirmas en tu papel recelos é imposibilidades para no tener acción libre para salir á reñir. Esto de imposibilidades yo no las encuentro, cuando diversas veces te ha visto el pueblo en la calle con tan plena libertad, que sólo la idea es la que labra imposibilidades; ni ningún racional llegará á creer que cuando tuvimos guardas de vista no las venciera tu grande autoridad, si concurriese el valor. Y con grande animosidad das por asentado que esto de cuatro Cantones es cosa risible. A esto te podrá responder la nobleza de toda Europa, de cuyos esforzados pechos se ha derramado sangre de tan grandes Príncipes como tú, sin que sea ejemplar la desgraciada prisión que experimentaste en Valencia cuando fuiste desafiado á los cuatro Cantones de D. Antonio de Córdoba.

Es verdad que saliste al campo cuando te llamé: pero con tan pesada madurez, que pasaron cuatro horas sin que nunca llegases señalado; y no habiéndote intimado orden del Rey, nuestro señor (q. D. g.), ni detenídote la justicia, hasta ahora todos están en la curiosidad, porque te retiraste, estando yo manteniendo el campo con mi segundo el señor Duque de Pastrana. Y debieras haber hecho reflexión del glorioso desafío que se riñó pocos días ha de cinco á cinco caballeros, sin que lo pudiera impedir la justicia, estando delante la gente, ni la autoridad del señor Conde del Montijo, estando presente. Confiésote de verdad que al punto de mi interior, y en ello no hay otra respuesta que la carcajada, pues tú ni tienes ministerio universal, ni yo he visto ministerio más descargado de los cuidados públicos, sin que á ti te disguste ser considerado así, conociendo yo sólo por un ministro que afecta más los tientos de la espada que las mesuras de Gabinete.

Siendo cierto no tienes ningunos grillos, aunque han intentado labrarlos con algunas acusaciones y calumnias, para que lleguen como verdades al piadosísimo genio del Rey nuestro señor (D. l. g.), aquellos caminos indirectos de que tú eres tan gran ministro. Dios me ha dado tanta honra, que quiere, por su bondad infinita, mantenerme en plena libertad; pues

aunque has minado todas las fuerzas de la justicia contra mi inocencia no me pueden encontrar, estando siempre mezclado entre sus cuidadosas diligencias. También me dicen pagas acatamientos á alguna gente ordinaria para el logro de me prisión, pero esto yo lo desprecio, ó por falso, ó porque es gente incapaz para que se me atrevan. Lo cierto es que si tú hubieras aplicado tantas tropas contra el Duque de Vendome no se hubiera perdido Barcelona con pérdida de tanta sangre de inocentes y leales vasallos de S. M.; pero tengo firmísima esperanza en la justicia vindicativa de Dios, que la justicia que hoy concitas contra mí, esa misma te ha de llevar al cadalso.

Dícesme que en el paraje donde te llamo, ningún duelo fenece, y que pudiera haber discurrido cosa más á propósito. Es verdad que cuando uno no quiere, no se riñe en los cuatro Cantones, pero en ninguna parte. Y también es cierto que cuando se quiere en todas partes se riñe. Pero, habiéndote refugiado á los reales pies de S. M., no cabe se ponga en práctica. La ronca que echaste al Sr. D. Antonio de Leiva, de que te querías encerrar á reñir conmigo en un aposento, sin que mi corta razón natural pueda comprender la metafísica complicada de valor y cordura de que estás á los pies del Rey para no reñir, y para dar á entender que quieres reñir, se discurre cosa más al propósito, siendo imposible yo discurra nada para lograrlo; pero la primera vez que te llamé, hiciste que salías y te retiraste. Cuando vine á Madrid te dejaste reguardar de la justicia; y ahora que te llamo á reñir á los cuatro Cantones, me avisas estás á los pies de S. M.

Yo también quedo á ellos, aunque tú por asilo y yo por respeto, y, habiendo discurrido maduramente con personas de reconocida honra y valor, como inteligentes en el duelo, dicen que lo más á propósito es que, habiéndote llamado á reñir el Conde de Cifuentes, y tú negádote á salir firmado de tu mano, se hallará disculpado en tomar satisfacción como pudiese en razón de duelo; y añaden que quien tiene tan anchas

las opiniones del pundonor para no salir á reñir, ¿qué política ó naturaleza le detendrá para disponer una alevosía? y en este caso debiera anticiparme. Y aunque esto es más opinión fundada en defensa natural, por el respeto que yo profeso al paraje en que te hallas, no cabe tomar tal resolución. Y así, por lo que á mí toca, ni por mi influjo, ni directa ni indirectamente, serás insultado, mientras te mantuvieses en Palacio. Asimismo gozarás de este indulto cuando estuvieses fuera de él, sirviendo á la persona de S. M.; pero espero no has de vivir siempre debajo de un tan gran sobresano patrocinio, porque la poderosa mano de Dios manda sobre los corazones de los Reyes; y cuando estés fuera de aquellos umbrales, serás acometido, como pudiere; y aunque pudiera ejecutarlo sin decirlo, no es el Conde de Cifuentes hombre que cometa una acción tal sin avisarla, publicando al mismo tiempo á las naciones este papel.

Y no quedes de agradecido á la tinta colorada que reserva mi silencio, que debe más á sí propio que á tus estímulos. Dios te guarde. Madrid, 22 de Diciembre de 1697.—Tu primo y mejor servidor.—*El Conde de Cifuentes.*

IV.—Cartel *que se puso en la corte y en toda Europa.*

El Conde de Cifuentes llamó al Almirante de Castilla á reñir á los cuatro Cantones, y no habiéndose atrevido el Almirante á salir, como consta de su respuesta impresa, el Conde no toma satisfacción de él por estar en el sagrado de Palacio, pero siempre que saliese de él sin asistencia de Su Majestad, la tomará.—*El Conde de Cifuentes.*

V

A la cuestión de los desafíos se puso freno poderoso desde el advenimiento de los Borbones. El siglo XVIII fue en toda Europa un siglo de mucha filosofía y de escasa caballerosidad.

Verdaderamente, este movimiento de reacción se había pronunciado cada vez más enérgicamente desde el reinado de Felipe IV. La mayor parte de los duelos, que entonces eran tan frecuentes, surgían de querellas baladíes. Las ideas del honor y de la generosidad habían sufrido una transformación fundamental. El Duque de Alba, D. Fadrique de Toledo, el conquistador de Navarra con Fernando V de Aragón, pasando por la plaza de Valladolid, vió al bizarro D. Francés de Beaumont, desmontado del caballo, perdida por el suelo la gorra y la capa y descompuesto ante el espectáculo de las damas, acuchillando á unos pícaros que habían llegado hasta las camas del freno del alazán que montaba, persiguiendo á un criado suyo. El noble anciano no titubea. Desenvaina su espada, se pone al lado del caballero contra quien se cometió el licencioso atrevimiento, le ayuda á castigar y ahuyentar á los agresores, y le cubre con su autoridad y sus canas venerables, mientras se recompone y vuelve con el aplauso de todos á su rua interrumpida. Estos lances eran ya un anacronismo en 1650: el que más y el que menos hacía lo que Villaverde canta en el *Entremés del Hospital de los Podridos:*

Tomen ejemplo en mí mismo:
Que cuando encuentro en la calle
Acuchillándose dos,
Echo á mi espada una llave.

Felipe IV se empeñaba en reformar la pragmática de los tratamientos y cortesías, porque por una señoría más ya salían las espadas á relucir; pero el Duque de Medina de las Torres le objetaba que aquellas materias estaban resueltas por Felipe II y Felipe III, y luego por las pragmáticas de 1623 y 1636, y que no convenía legislar mucho para que no obedeciera nadie. «No falta nada á la disposición—decía,—sino á la ejecución y á la obediencia.» Y como por mandato del Rey hubiera detenido y preso en sus casas respectivas al Conde de Aguilar y al hijo mayor del Conde de Puñonrostro, que se habían de-

safiado por una cuestión de precedencia, opinando que «toda tolerancia en materia de desafíos es en la conciencia del Príncipe escrupulosa, porque se opone á una de sus primeras obligaciones, el mantenimiento de la paz pública», pretendía echar el muerto al Presidente de Castilla, no para que procediera contra ellos como reos de delito común, sino para que inspirara resoluciones que, resolviendo el conflicto que tenían entre manos, sirvieran de medida de uniformidad para lo sucesivo. Pero el Presidente de Castilla, á su vez, replicaba que valía más no dictar disposiciones que no se habían de cumplir.

En 1678, bajo el Gobierno del Duque de Medinaceli, se tomó la primera disposición jurídica por la que el duelo quedó incluído entre los delitos que causaban desafuero. La *Ordenanza militar de Flandes* de 1701 abundó en medidas severas de represión, y Felipe V y Fernando VI legislaron por pragmáticas expresamente contra los desafíos. Al imperio y severidad de las leyes, ayudó el cambio radical que en aquel tiempo se operó en nuestras ideas y costumbres, y el siglo XVIII ofrece casi una laguna completa en la historia y los documentos de las leyes y de los accidentes del honor. Nosotros no tenemos realmente nada que decir, ni que apuntar en esta materia, hasta los últimos años del reinado de Carlos IV, ya entrado el siglo actual, en el cual, si no se registran lances ruidosos de esta especie, apareció, en cambio, en 1806, un librejo singular, dirigido «á defender los sacrosantos derechos del Ara, de la Naturaleza, de la Humanidad y del Trono», con el título de *Impugnación físico-moral á los desafíos*. Por más escarnio, la obrilla se consagraba «á la memoria de Miguel de Cervantes», el celebrado autor del *Don Quijote de la Mancha*, y el autor se encubría bajo el pseudónimo de *Don Lunar* H. M. S. S. F. N. M. I., en cuyo geroglífico él sabría lo que quería significar. En todo este libro, que se imprimió en Madrid, en la imprenta de Repullés, no se halla más que una idea digna de consignarse: «*Valor*:—dice el autor—*¿qué cosa es? Lo ignoro.*» Ignoramos también si el autor

de esta gallarda afirmación viviría aun dos años antes y residiría en Madrid, porque el *Dos de Mayo de 1808* pudo presenciar el más grande desafío que registra la historia humana, hecho en el Parque de Monteleón y en todas las plazas y calles de Madrid por dos Capitanes de Artillería, D. Luis Daoiz y D. Pedro Velarde, y un pueblo tumultuado, indefenso, sin armas, organización ni disciplina, al poder militar más formidable y de organización más sabia y compacta que hasta entonces se había conocido, y en aquel día eternamente memorable, y en aquel desafío perennemente sublime, pudo el autor de la *Impugnación físico-moral á los desafíos*, aprender lo que ignoraba: es decir, lo que es *el valor*.

La resurrección del desafío en nuestro siglo la produjo el choque de las pasiones políticas y la acerba rivalidad de los partidos, y fue un progreso evidente en la conducta vil de represalias con que desde las Cortes de Cádiz se habían hostilizado unos á otros. En las Cortes santificadas de la isla de León se iniciaron las persecuciones personales por el fanatismo de las ideas políticas; pero en estos disentimientos apasionados no se apeló al combate personal del honor por las armas, sino por el contrario, en la polémica del periódico y en la discusión acalorada del Club se luchó con la difamación y con la injuria, en las Cortes con la desaprobación y el voto del número, y en los altos árbitros del poder con las exhoneraciones, las agresiones á los intereses privados y hasta el destierro. En la reacción de 1815, la aflicción al enemigo de la acción y de la idea se produjo por disposiciones aflictivas de más grave consideración: por las prisiones, por los procesos, por las cárceles y por los presidios. En el segundo período constitucional la saña subió á mayores y alcanzó hasta al mismo monarca, que fugitivo tuvo que ampararse á los muros de Cádiz. En la reacción de 1823, los procesos judiciales llegaron hasta el patíbulo, y las opresiones populares, bajo las formas del motín, hasta los asesinatos. Con periódicas intermitencias llegaron estos atentados sociales hasta la muerte de

Fernando VII, y aun prosiguieron por mucho tiempo subsistentes hasta la mayor edad de la Reina Doña Isabel II y la caída de la Regencia usurpadora del Duque de la Victoria. Y si de aquí se eliminan nombres, sucesos y fechas, es porque esos datos pertenecen á otras ramas de la historia, y nunca se debe dar demasiado realce á tantos lamentables rencores.

Enmedio de éstos se realizó el primer desafío político-militar de nuestro tiempo, que en realidad revistió formas caballerescas, y que el General Córdova, Marqués de Mendigorría, nos ha conservado en la obra monumental de sus *Memorias íntimas*. Este fue el desafío entre el General Seoane y el Capitán de la Guardia, Manzano, que también posteriormente se adornó con los entorchados de General. La expulsión de la Reina María Cristina de Borbón de la gobernación del Estado y de la tutela de sus augustas hijas, y la usurpación de la regencia del reino, y de aquella tutela por el partido político cuyo espíritu se encarnaba en el General Espartero, había conmovido los ejes de toda la sociedad española. El acto de audacia que aquel suceso representaba, encontró una poderosa corriente de apasionada oposición hasta en clases que no tenían otras afecciones políticas que su adhesión y su fidelidad á la Monarquía y á los seres idolatrados en quien este augusto ministerio se representaba. La primera protesta en colectividad se hizo por las ilustres damas de la servidumbre de Palacio. Bastó el nombramiento de D. Agustín Argüelles como tutor de la Reina niña y de su augusta hermana la Princesa de Asturias, y los primeros cambios que hizo en la Mayordomía mayor y en la Intendencia de la Real Casa, para que en pocos días, del 2 al 19 de Agosto, presentaran las renuncias de sus cargos la Marquesa viuda de la Lapilla y Monasterio, la Duquesa viuda de Berwick y Alba, la Marquesa de Alcañices, la Condesa de Puñonrostro, la Marquesa de Montealegre, Condesa de Oñate, la Duquesa de Medinaceli y de Santisteban, la Marquesa de Malpica, Duquesa de Arión, la Condesa de Corres, la Condesa de Sástago, la Condesa de Humanes, la Mar-

quesa de Gracia Real y la Duquesa viuda de Gor. En la actitud de las damas se encontraban muchos otros elementos políticos y militares, y entre éstos se desconfiaba de los regimientos de la Guardia, á quien el Capitán general de Madrid trató de sacar de la corte. Hubo arrogancias y frases descompuestas de parte de sus oficiales, todos escogidos, de valor probado y de casas esclarecidas, y por parte del General Seoane se vertió contra ellos una frase deprimente y ofensiva para el acrisolado brillo de la reputación militar. Los oficiales se sortearon para desafiarlo, después que, explorado el ánimo de aquel jefe, cuyas ideas políticas exaltadas nada empecían al concepto sobresaliente que también había sacado de los campos de batalla, se supo que admitiría el lance. Tocó la suerte á Manzano, quien no sólo tenía que arrostrar el riesgo de un combate á muerte, sino, así como sus compañeros, el torrente desquiciado de la opinión popular de Madrid, muy liberalada, muy atrevida y muy borracha de motín.

El lance se realizó en la Puerta de Hierro, en la Moncloa, y el entonces Coronel Córdova fue el padrino de su subordinado. Las condiciones estipuladas fueron violentas: una pistola vacía y otra cargada á elegir. Al llegar Seoane al lugar del lance, llamó á Córdova en secreto y le dijo:—*Mi coronel, si yo mato á Manzano, no ocurrirá nada; pero si él me mata á mí, por la disposición que se advierte en las turbas populares de Madrid, puede correr algún peligro. Ahí tiene usted prevenido un caballo, que mi oficial de órdenes le entregará: tome usted este pasaporte para que pueda refugiarse en Portugal ó en Francia, y en este bolsillo va dinero para las necesidades de un viaje improvisado.*—El Coronel Córdova le contestó:—*Mi General: yo no tengo palabras con qué expresar á usted el agradecimiento que me inspira la nobleza de esta acción; pero caballo no necesita Manzano, porque llevará el mío; dinero tampoco, porque ya atenderemos esta necesidad: sólo acepto el pasaporte y le repito las expresiones de mi gratitud.*—Colocáronse los retados en los puestos y bajo el sol que les designó la suerte, y por

suerte también se les entregó la pistola á que cada cual había correspondido. Seoane apuntó á la cabeza de Manzano; Manzano al pecho del General. Se hizo la señal y se oyó el disparo. Seoane cayó y fue reconocido. No estaba muerto. La pólvora era floja y la bala se había aplastado en un botón de la levita militar cerrada. La contusión, á pesar de todo, era grave, y le produjo algunos días de cama. Algunos oficiales de la Guardia querían que el lance se repitiera, puesto que ninguno de los dos había muerto. Córdova se opuso, diciendo: —*El honor del cuerpo está reparado: si alguno quiere batirse, será conmigo.*—Y se dió por terminado el incidente.

No se ha de hablar aquí de desafíos menudos y sin importancia verificados en aquel tiempo, así entre la gente moza militar, como entre la gente moza literaria que se reunía en el *Parnasillo* de la calle del Príncipe. Uno provocó Espronceda, y tuvo que batirse por él el padrino á quien tocó el arreglo del duelo: de Martínez Villergas se cuenta que, en otro, llegó hasta el campo, se quedó en mangas de camisa y hasta se colocó en posición; pero al entregarle la pistola, dijo: «*Vaya, señores, yo no soy para esto*,» cogió su ropa y no volvió á hablar más de la cuestión. Pero entre estas anécdotas frívolas, surgieron los lances políticos, que son los únicos que han merecido desde 1840 una verdadera resonancia social. Una polémica acerada entre *El Eco del Comercio*, periódico progresista que fundó D. Fermín Caballero, y *El Correo Nacional*, el periódico moderado de D. Andrés Borrego, produjo un desafío entre sus respectivos redactores Isnardi y Sartorius. Fueron padrinos de Isnardi, otro de sus compañeros de redacción y el General Infante; de Sartorius, después Conde de San Luis, el Coronel D. Fernando Fernández de Córdova, á quien ya se ha visto intervenir en el del General Seoane, y el señor Las Heras. El duelo se llevó á cabo en Vistaalegre é Isnardi eligió el sable; mas aunque todas las condiciones del *Código de los desafíos* favorecieron á Isnardi, Sartorius le dió dos sablazos en la cabeza, con que acabó el lance. Como se ve, las ideas habían

entrado en otras corrientes. La polémica de los periódicos podía llegar hasta el agravio y vindicarse bajo tribunales, actos y leyes de pundonor; pero habían concluído aquellos odios, cuyos dictados equivalían á una acusación que armaba los brazos de los tribunales arbitrarios ó las manos de los asesinos anónimos. El duelo personal en el campo de las acaloradas luchas políticas, venía á ser un progreso en las ideas de la moral pública y general.

En 1850 tuvo enorme resonancia el desafío de Ríos Rosas con González Brabo. Los dos habían alcanzado merecida reputación de grandes oradores, y aunque González Brabo había ocupado posiciones tan elevadas como la Presidencia del Consejo de Ministros, Ríos Rosas por dos veces había renunciado las carteras que se le ofrecieron en los Ministerios que se formaron desde 1848 en que logró consolidar su gran reputación. El incidente surgió enmedio del debate parlamentario: Ríos Rosas pronunció la palabra *tránsfuga*; González Brabo le preguntó si la alusión iba á él dirigida. Ríos Rosas contestó de una manera afirmativa, y al querer entrar en la explicación del dictado, González Brabo, con aquel supremo teatro que le daba el cetro de la tribuna, se levantó, extendió el brazo derecho y la mano en dirección á su adversario y dijo: —*Basta, no necesito saber más.*—En efecto, se ahogó el debate, y hablaron las armas en las alturas de la Castellana.—La bala de González Brabo arrebató un bucle del peinado de Ríos Rosas, arrancándoselo de junto á la sién: la bala de Ríos Rosas hirió á González Brabo. En aquellas dos balas, la opinión descifró la incógnita de la fortuna entre dos corrientes de una misma política. González Brabo, con su herida, cayó, tuvo que quedarse perseverante en el campo de los *polacos* de donde pretendía salir; Ríos Rosas con su mechón de cabellos perdido, prestó espíritu á *los puritanos* que habían de ir en unión con el partido progresista hasta la revolución de 1854.

Al resucitar y consagrarse el desafío, como tribunal dirimente en las pendencias de la política, surgió inmediatamente

la ley de la oposición. Se discutía el Código penal, que aún está vigente, y se iba á legislar sobre los desafíos. Representantes del principio moral que los reprueba, salieron á la palestra Jove y Hevia, el actual Vizconde de Campo Grande, con sus *Estudios sobre el duelo*, y Alvarez Arenas, con sus *Cuestiones filosófico-político-sociales sobre el duelo*. La misma prensa militante quiso tener un contrapeso más para no hallarse expuesta cada día á las resultas de un mal humor, de una intemperancia, de una intención escondida, de una difamación insuficiente para un delito y sobrada para labrar el descrédito de una vida ó de un nombre, y en 1855 se celebró una reunión de periodistas de todos los partidos para intentar un remedio más eficaz que la atenuada coercisión de la ley penal. Se constituyó un tribunal de honor, el que resolvería todos estos conflictos. Lo formaron D. Pedro de la Hoz, de *La Esperanza,* como presidente; D. Felipe Picón, de *El Clamor Público*; D. José María Bremón, de *La España* y D. Cipriano del Mazo, de *El Occidente,* como vocales. La primera cuestión que tuvieron que dirimir afectaba á *El Iris de España* y á *La Soberanía Nacional,* y este último periódico fue compelido á satisfacer por medio de una rectificación en sus columnas. Hízola á regañadientes Sixto Cámara, y juró batirse con todos los miembros del tribunal antes que volver á rectificar pacientemente ideas ó hechos sostenidos por la prensa. Todos los periódicos liberales se fueron poniendo de su parte, creyendo que era rendir las manos atadas, ante los moderados de *La España* y los tradicionalistas de *La Esperanza*, hasta que el tribunal se deshizo con la reacción de 1856.

Desafíos no menos comentados fueron, en época posterior, el de D. Nicolás María Rivero, Director de *La Discusión*, con el Coronel D. Antonio Caballero de Rodas; el del ya citado Ríos y Rosas con el Director de *El Diario Español* D. Manuel Rancés y Villanueva, y el del Ministro de Hacienda D. Alejandro de Castro, con D. Constantino Ardanaz. Hubo de notable en el primero, que Rivero no tiraba ninguna clase de ar-

mas, y que marchó al lance como á un banquete entre amigos alegres y dicharacheros. Recibió la bala de su contrario en el vientre, y siendo él excelente médico y gran anatónomo, describiendo fácilmente la dirección que el proyectil había llevado dentro de sus propias vísceras, creía imposible que no las hubiera interesado de modo que la muerte no fuera de necesidad. Su herida promovió generales simpatías, y, durante el tiempo que estuvo de verdadera gravedad en la cama, todo Madrid hizo jubileo á su casa diariamente á informarse del proceso de su mal. En algunos círculos de Madrid se dijo que el Conde de Balazote, Caballerizo de S. M. la Reina Isabel, estaba de parte de esta señora á la cabecera de su lecho, aunque Rivero no se daba descanso en *La Discusión* en hostilizar no sólo á la Monarquía, sino á la Reina y hasta á la dama.

El período de la Revolución ofreció dos lances singulares, sobre alguno de los que hay que hacer alguna detención. El uno no fue político, sino puramente social y de trágicas consecuencias, por más que el que en él llevó la parte más desgraciada llevaba un apellido que por aquel tiempo ejercía una de las primeras influencias en la política palpitante. El incidente inicial ocurrió en el teatro de la Zarzuela. Un joven cubano, que se hacía llamar Conde de Jara, había ocupado una butaca, que no había adquirido en la taquilla. Llegó su poseedor, Don Celestino de Olózaga. Cruzaron entre los dos algunas palabras por la posesión del punto, llenando la pública espectación, pues el acto estaba comenzado y la platea henchida de damas. Al día siguiente se verificó el desafío en los Campos Elíseos, donde algunos años antes el tribuno del progresismo, D. Salustiano de Olózaga, tío carnal de D. Celestino, arrojó el guante al trono de Doña Isabel II, el guante que la revolución tenía en la mano. En la batalla, Olózaga se cegó, y al tirarse sobre su contrario, él mismo se entró por la espada de su adversario, que le atravesó el cuerpo de pecho á espalda.

El otro desafío fue el sostenido entre el Infante Don Enrique y el Duque Montpensier. Motivo del duelo, la publicación

de un manifiesto de cargos políticos del primero contra el segundo. Padrinos que prepararon el acto: por parte del Duque de Montpensier el General Marqués de Mendigorría y el General D. Juan de Alaminos; por parte del Infante Don Enrique, los Diputados republicanos D. Federico Rubio y D. Emigdio Santa María, pues aunque el Infante telegrafió á Logroño al Duque de la Victoria para que lo apadrinase, éste se excusó. El lugar del duelo fue el polígono militar de Carabanchel: las armas, la pistola. Todas las condiciones preparatorias del combate favorecieron al Infante Don Enrique. Se cambiaron cada uno dos tiros. En el primero del Duque pasó la bala silbando por el oído, y Don Enrique dijo: *Al segundo me mata.* Quitóse el reloj y lo entregó á uno de sus padrinos, con encargo privado que no se entendió. Al segundo disparo, su temor desgraciadamente se cumplió. Herido en la sien derecha, giró en círculo sobre los pies y derrumbó el cuerpo muerto. El Duque de Montpensier pidió al General Córdova su bastón, que había servido para fijarle el puesto, y algún tiempo después lo indemnizó con una caña filipina con puño de oro y anagrama y corona de brillantes. El caballero inglés M. Henry Colston Burs, que servía en la secretaría de la Legación de los Estados Unidos, se acercó al cadáver de Don Enrique, recogió en un pañuelo un poco de arena empapada en la sangre de su herida y la guardó para entregarla más tarde á los hijos del muerto Don Enrique, D. Francisco y D. Alberto de Borbón, de quienes era preceptor de lengua inglesa.

Pudiéranse añadir al cuadro muchos otros ejemplos menos públicos, aunque no menos interesantes; pero ¡ofrece tantas dificultades salvar todos los escollos de las conveniencias cuando algunos nombres viven, ó cuando menos las familias, algunas de las cuales restauran estas memorias siempre con penas! Un lance hubo, ignorado de muchos, con el General Damato, que es todo un drama digno de la pluma de Lope de Vega. El Conde de Tendilla estuvo á punto de lidiar otro con nuestro huésped proscrito de su país, el Mariscal Bazaine. Los de pe-

riodistas amigos, á quienes todos damos la mano y el sincero afecto del compañerismo, ¿quién no recuerda el encuentro de Luis Polanco, dirigiendo *El Imparcial,* con Albareda, y desde éste otros ciento, hasta el del Marqués de Valdeiglesias, director de *La Época,* con el Marqués de Romanones, propietario de *El Globo?* De lances de la más elevada esfera política, recientes están el del General Borrero con el General Martínez Campos, el del Duque de Tetuán con el Senador Sr. Comas. En los primeros, sólo hubo poca sangre y algún molimiento de hueso; en los segundos, los resolvió el seso, la prudencia, la generosidad y la discreción.

Es inútil tronar contra el desafío: el desafío es un refugio del honor. Nocedal lo impugna con vehemencia en *El Siglo Futuro,* y dice: *Si alguno me emplaza para un duelo, lo rehusaré y no me consideraré un cobarde; porque los principios estrechos de mi moral no lo admiten.* A renglón seguido, añade: *Pero si alguno me acomete con un palo, me defenderé con mi palo también; y mirando caritativamente por mi, como pueda, con el palo, le desollaré vivo.* El problema es el mismo. Sólo la divina humanidad de Jesucristo es capaz de ofrecer la mejilla izquierda al que ha dado un bofetón en la derecha. Los lances no se buscan, y no es cuerdo el que presume de hazañero ni de hazañoso. Pero ¡hay tantos que no se contentan, como los pobres Guzmanes, sólo con ser *buenos!*

JUAN PÉREZ DE GUZMÁN.

LOS SEGADORS

ESTUDIO HISTÓRICO-POLÍTICO DE LITERATURA POPULAR CATALANA

CONTESTACIÓN Á LA SIGUIENTE PREGUNTA DE «EL AVERIGUADOR POPULAR» *(El Liberal)* DEL 1.º DE MARZO DE 1900:

> **216.**—ELS SEGADORS.
> Desearía saber el origen de esa canción que tanto entusiasma á los catalanistas, y que es, por decirlo así, el himno del separatismo de Cataluña.
> J. M. RAMÍREZ ALBA *(Cáceres)*.

Al leer en «El Averiguador Popular» la citada pregunta con respecto al origen de la canción popular catalana *Los Segadors,* supuse que de sobra lloverían contestaciones á la redacción de *El Liberal*, y no me acordé más de ella. Pero habiendo transcurrido todo el mes de Marzo sin que nadie la haya contestado, me decido á hacerlo yo, sólo porque no quede desairado tema que á mi región y á mi ciudad concierne.

La corta pregunta del Sr. Ramírez Alba, implica larga respuesta. Trátase de un asunto de palpitante actualidad y de gran trascendencia nacional que, á no tardar, ha de ocasionar serios disturbios en Cataluña, y, por tanto, creo que los lectores de LA ESPAÑA MODERNA leerán con verdadero interés esta documentada é imparcial reseña histórica de *Los Segadors,* no publicada hasta ahora.

Principio por decir, para no parecer sospechoso al lector,

que soy catalán amante, como el que más, de mi tierra, de nuestra gloriosa historia, de nuestro arte característico, de nuestra literatura y hasta de nuestra lengua, sin que jamás haya dejado de estudiar, por eso, la «rica lengua castellana» y su valiosísima literatura. Repito, pues, que soy catalán, pero no «catalanista», para que no se me incluya en el número, reducido en verdad, de los separatistas á quienes tengo por enemigos de mi querida región, por lo mucho que la están perjudicando con sus infantiles algaradas, haciendo despertar el odio contra la laboriosa Cataluña en las demás provincias de España, perfectas hermanas de las nuestras.

Entre los catalanistas (entiéndase separatistas, porque á estos me refiero), no veo más que un caciquismo «político, clerical y económico» que invade los vastos campos de la ignorancia, y porque así lo comprendo, vivo completamente alejado del mal llamado «catalanismo», pero interesándome siempre y queriendo mucho á mi región y á España entera, mi nación.

I

Cataluña, rica en leyendas y canciones populares, no podía menos de cantar las amarguras pasadas durante la sangrienta guerra que Felipe IV, ó mejor su Ministro D. Gaspar de Guzmán, Conde-Duque de Olivares, la hizo tenazmente durante el segundo tercio del siglo XVII. Sus tristes acontecimientos, que narran fielmente los historiadores, no es del caso mencionarlos; pero sí es necesario decir que precisamente en aquellos azarosos tiempos tomó cuerpo la canción histórico-popular á que nos referimos, y particularmente en la jornada llamada «Corpus de sangre», cuya reseña es indispensable para nuestro objeto.

Después de cobrar de Cataluña un impuesto extraordinario, de invadirla de tropas so pretexto de una guerra con

Francia, y de vejaciones sin cuento con que el Conde-Duque apuraba la paciencia del Principado catalán, los ánimos del pueblo estaban ya sublevados, é irritados sobre todo por los desmanes del ejército castellano y de sus jefes, y contra los representantes del Gobierno central en Cataluña que los toleraban, cuando amanece el día 7 de Junio de 1640, festividad del *Corpus,* y entran en Barcelona por las varias puertas de la ciudad, con actitud pacífica al parecer, mil y pico de hombres llamados segadores, dispuestos á vengar los ultrajes de los gobernantes.

Poco antes del medio día trabóse un altercado entre un excriado del alguacil Montedrón y un segador, resultando herido éste en la refriega. Al ver los segadores que habían herido á un compañero suyo, promovieron gran alboroto, siguiéndoles el pueblo, y pronto gritaron todos: «*¡Visca la terra y muiran los traidors!*» — como dice el cronista Parets. — Ciérranse las puertas enmedio de una gritería inmensa; óyense algunos disparos, y principian los desmanes y venganzas del pueblo unido á los segadores, contra las personas más caracterizadas y afectas al Gobierno central, y son saqueadas é incendiadas sus casas, particularmente las de los jurisconsultos que formaban el Real Consejo: Gabriel Berart, Rafael Puig, Felipe Vinyes, Mir y Massó, la del *Mestre racional* Gran Guardiola, y la del Duque de Fernandina. Todos ellos pudieron escapar con vida del tumulto, excepto Berart, una de tantas víctimas del furor popular de aquella revuelta.

No tardaron los segadores en presentarse frente á Palacio, donde se había encerrado el Virrey de Cataluña, Conde de Santa Coloma, con sus hijos y servidores y algunos caballeros. Mas al tener noticia los Consejeros y Diputados catalanes de lo que estaba ocurriendo, personáronse inmediatamente entre los amotinados, hallándose allí con los frailes de San Francisco, quienes habían sacado el Santísimo Sacramento para calmar al pueblo, que quería derribar las puertas del Palacio ó quemarlas. Al comparecer las autoridades populares con los

Obispos de Barcelona, Vich y Urgel, pudieron apartar aquella oleada de desesperados y ganar tiempo para hacer custodiar el Palacio por tres compañías de la Ciudad.

Pero el Conde de Santa Coloma, que no se veía seguro en Palacio, pedía el parecer de los Consejeros, quienes le dieron á entender que se refugiase en la maestranza de Atarazanas, donde tuvo tiempo de penetrar con los suyos. Mas á medida que el día transcurría, Barcelona iba agitándose y se engrosaba más y más el número de los revoltosos, los cuales no tardaron en rodear el arsenal, impidiendo que el Conde pudiese escapar embarcándose, como era su intento, pues á tiros hicieron retirar una galera que, obedeciendo á las señas, iba aproximándose á Atarazanas.

Los sitiadores no solamente no permitían que el Virrey de Cataluña escapara por mar ni por tierra, sino que amenazaban aún asaltar el arsenal, y la inquietud del Conde aumentaba en aquella tremenda tarde, al oir la gritería feroz, salpicada de frecuentes disparos, demostrando la actitud agresiva del pueblo enfurecido contra él. La situación era ya insostenible y llegó el momento de intentar la salvación. Decidióse por mandar abrir un boquete en la pared que lindaba junto al mar, en el lado de la playa llamada de San Beltrán. Por dicho boquete escaparon, á última hora de la tarde de aquel mismo día, los hijos del Virrey, los Obispos de Barcelona, Vich y Urgel, los caballeros y servidores, en desordenada y espantosa confusión. El Virrey, temiendo más que los otros, no sin fundamento, fue el último que emprendió la fuga, seguido de su fiel criado; pero preso del azoramiento y fatiga de la jornada, andaba penosamente por entre aquellas rocas, en las cuales se estrellaban las olas del Mediterráneo, y al llegar á la orilla misma del mar cayó el Conde, á los últimos destellos del crepúsculo, con el cuerpo atravesado á puñaladas. Allí mismo quedó el cadáver del Virrey de Cataluña, hasta que por la noche, dos hombres, linterna en mano, fueron por él y lo llevaron al convento de la Merced donde fue enterrado por los religiosos de la comunidad.

Antes de finalizar el mencionado año en que tuvo lugar el referido «Corpus de sangre» por los segadores y el pueblo barcelonés, Felipe IV y el Conde-Duque de Olivares tenían ya preparado el plan de campaña. Con tiempo habían ido concentrando fuerzas en el bajo Aragón, entrándolas por Setiembre, y sin resistencia alguna, en Tortosa, ciudad que declaró no poseer el espíritu catalán; y de Tortosa salió el día 7 de Diciembre del citado año de 1640, numeroso ejército al mando del Marqués de Vélez, nombrado Virrey de Cataluña. Atacaron en seguida Cambrils y Tarragona, dando principio á la gran cruzada que duró todo el siglo, hasta que después de la Guerra de Sucesión y del heroico sitio que sostuvo Barcelona contra las armas de Felipe V, fue asaltada el 11 de Setiembre de 1714, perdiendo en aquel día Cataluña todos sus derechos y libertades, que aún llora.

II

Hecha esa narración, necesaria para indicar el origen de la canción popular catalana que nos ocupa, así como para comprender su «expresivo» texto, hagamos ahora la historia de éste, antes de transcribirlo.

Cataluña ha sido la primera región de España que ha secundado el movimiento *folklórico* iniciado á comienzos del siglo XIX en las naciones del Norte de Europa.

En 1853, el aventajado catedrático de Literatura en la Universidad de Barcelona, D. Manuel Milá y Fontanals, publicó un tomo intitulado *Observaciones sobre la Poesía popular, con muestras de romances catalanes inéditos,* dando á conocer escogida serie de canciones por él recogidas de la boca del pueblo, trabajo al cual venía dedicándose desde muy joven. Más tarde amplió esa obra, que publicó en dos volúmenes: *De la Poesía heroico-popular castellana,* un vol. en 4.°, de XLV-489 páginas, en Barcelona, imp. de C. Verdaguer, 1874, y *Roman-*

cerillo catalán, canciones tradicionales con algunas melodías, un vol. en 4.°, de XIX-459 págs., en Barcelona, imp. «La Renaixensa», 1882. Siguieron esa misma tarea el infatigable Don Francisco Pelayo Briz, publicando, de 1866 á 1877, cinco tomos en 8.° de *Cansons de la terra,* con sus correspondientes melodías. D. Pablo Bertrán y Bros dió también á la estampa, en 1885, sus *Cansons y follías populars* recogidas al pie de Montserrat, en un vol. en 8.°, con las melodías, sin que ninguno de esos haya aventajado, en este trabajo, al celoso y diligente escritor y hábil bibliotecario D. Mariano Aguiló y Fuster, cuya labor de recolección *folklórica* catalana es inmensa y valiosísima, pero casi toda inédita.

En el citado *Romancerillo catalán* de Milá, edición de 1882, —á la cual nos referiremos desde ahora en adelante,—hállanse dos canciones sobre «los segadores». Una en la página 259, con su respectiva melodía en la 445; es canción amorosa y corta, figurando á continuación una versión de la misma. Como Milá explica su obra en castellano, los títulos de las canciones catalanas los escribe también en castellano. Esa canción dice:

LOS SEGADORES

N'han baixat set segadós—d' aquí adalt de la montanya,
N'han baixat aquí á n el plá—per seguí las segadas.
Ay seguen arran que la palla va cara,
Ay seguen arran.
Lo mes petit de tots—porta la faus endaurada,
La faus endaurada n'es—y'ls didals en son de plata.
La filla del rey francés—d'ell s'en es enamorada,
L'en ha enviat á buscá—per un criat de la casa.
Ell ha dit que ya hey irá—á tres horas de la tarde.

Y su versión:

Si n'eran tres segadós—del cap de munt de la montanya,
J'en son anat á segá—al cap devall de la plana.
El mes petit qu'hí es—la faus en porta daurada,
El lligadó n'era d'or—els didals n'eran de plata. (1)

Continuando como la anterior.

(1) Como la ortografía catalana dista mucho de estar fijada, á falta de una Academia de la lengua, dejamos los textos citados tal como están escritos.

Conocemos otra versión de *Los Segadors*, que no deja de tener sus variantes, aun cuando en el fondo no es otra que la citada. Principia así:

Si n'eran tres segadors
baixavan de la montanya,
el mes petitet de tots
du la fals sobre-daurada.
Seguen arrán
que la palla va cara,
seguen arrán.

Y la segunda y famosa canción popular catalana que tanto da ahora que hablar y excita la curiosidad y hasta los «ánimos» de España entera, cuya letra damos á continuación, nos la ha legado también el querido y predilecto maestro de D. Marcelino Menéndez y Pelayo,—quien dirige la edición de sus *Obras completas*,—en la página 73 de su *Romancerillo*, cuidadosamente transcrita, con página y media de variantes. La canción ó romance tiene por título:

LA GUERRA DE LOS SEGADORES

Ay ditxosa Catalunya—qui t'ha vista rica y plena!
Ara'l Rey nostre senyó—declarada'ns té la guerra.
Lo gran comte d'Olivar—sempre li burxa l'aurella:
«Ara es hora, nostre Rey—ara es hora que fem guerra».
Contra de los catalans—ya ho veyéu quina n'han feta:
Seguiren vilas y llochs—fins al lloch de Rin d'Arenas,
N'han cremada una Iglesia—que Santa Coloma's deya,
Creman albas y casullas—los cálzers y las patenas
Y'l Santíssim Sagrament,—alabat signi per sempre.
Mataren un sacerdot—mentres que la missa deya,
Mataren un caballé—á la porta de l'Iglesia,
Don Lluis de Furriá,—y'ls ángels li fan gran festa.
El pa que no era blanch—deyan qu'era massa negre,
Lo davan a-n-els cavalls—sols per assolá la terra.
Lo vi que no era bo—etjegavan las aixetas,
Lo tiravan pels carrés—sols pera regá la terra;
A presencia dels seus pares—deshonravan las donzellas.
En davan part al Virrey—del mal que aquells soldats feyan:

«Llicencia'ls he donat yo,—molta mes s'poden pendre».
A vista de tot aixó—s'es esbalotat la terra.
Entraren á Barcelona—mil personas forasteras,
Entran com á segadós,—com eram á temps de sega.
De tres guardias que n' hi ha—ja n'han morta la primera;
En mataren al Virrey—al entrant de la galera;
Mataren als diputats—y als jutges de l'Audiencia.
Anaren á la presó,—donan llibertat als presos.
Lo Bisbe'ls va benehí—ab la ma dreta y esquerra:
«¿Hont es vostre capitá,—ahont es la vostra bandera?»
Varen treure'l bon Jesús—tot cubert ab un vel negre:
Aquí es nostre capitá,—aquí es nostra bandera.
«A las armas, catalans,—que-os han declarat la guerra.»

III

Llegó el día en que los vates catalanes, deseando obsequiar al poeta valenciano D. Vicente Wenceslao Querol, que fue mantenedor y Presidente del Consistorio de los Jochs Florals de Mayo de 1885, lo llevaron el martes 5 de dicho mes y año á San Miguel del Fay, deliciosísimo punto, del cual dice el famoso historiador y poeta catalán D. Víctor Balaguer: «..... id..... al santuario de San Miguel del Fay, donde todo »respira frescura, belleza y poesía, donde veréis admirables »grutas de estalactitas, donde os quedaréis asombrados ante »la rugiente cascada que día y noche, eternamente, pasa por »encima de la ermita describiendo un arco como para respe»tarla» (1).

Una vez allí los excursionistas, y después de visitar aquel lugar de Cataluña esmaltado de hermosas leyendas y tradiciones y de interesantes recuerdos históricos, hallábanse reunidos, esperando la comida, los representantes del Parnaso catalán, entre los cuales figuraban Verdaguer, el insigne autor de *La Atlántida*, Collell, Matheu, Guimerá y los invitados

(1) *Guía de Barcelona á Granollers*, pág. 88. (Barcelona, 1857.)

Querol y su hermano D. Aurelio, D. Teodoro Llorente y Don Enrique Gaspar, cuando principiaron á cantarse algunas canciones populares, de la *terra* desde luego, de cuyas se aprovechó el inteligente maestro catalán D. Francisco Alió, quien formaba parte de la expresada comitiva.

Alió, que tan entusiasta se había mostrado siempre por la música popular catalana, sacó el lápiz y el papel al caso, y anotó algunas de aquellas canciones; y allí mismo oyó de la potente voz del canónigo de Vich, D. Jaime Collell, y por vez primera en su vida, aquellas notas robustas y solemnes con que hoy se cantan *Los Segadors*.

Luego quiso Alió armonizar la melodiosa canción titulada *Los Segadors,* que había oído y recogido en San Miguel del Fay, pero al momento comprendió que su letra, trivial y picaresca, no era ciertamente publicable, y pensó en seguida en una sustitución. Afortunadamente conocía el maestro el *Romancerillo* de Milá y Fontanals,—cuyo busto había sido coronado en los citados Jochs Florals,—y no vaciló un momento en comprender que la letra que debía dar á la hermosa melodía popular que le enseñó el canónigo de Vich, era la de *La guerra de los segadores,* famoso romance histórico del siglo XVII, sugestivo y de gran valor é interés para Cataluña.

Mas como la transcripción de Milá no tiene *ritornello* y la música lo exigía, no gustándole á Alió el conocido

Seguen arrán
que la palla va cara,
seguen arrán,

intentó cambiarlo por otro, á cuyo objeto consultó con algunos poetas amigos suyos, decidiéndose por el que le propuso D. Ernesto Moliné y Brasés:

Bon cop de fals,
defensors de la terra,
bon cop de fals.

Por fin pudo terminar el concienzudo maestro su obra

«trascendental», muy ajeno del éxito que más tarde había de coronar sus esfuerzos.

Corrían los primeros días de Abril de 1892 cuando Alió lanzó al público un interesante volumen de *Cansons populars catalanas* armonizadas para canto y piano, con un prólogo del docto musicólogo Pedrell, obra que fue ciertamente aplaudida por los inteligentes.

En dicho volumen,—del cual se han hecho ya cinco ediciones,—hállanse reunidas 23 canciones con su correspondiente letra, y dos bailes; y en las páginas 42 y 43 aparecieron por primera vez *Los Segadors*, cuyo origen historiamos, con las modificaciones antedichas, notándose, además, la siguiente variación con respecto al primer verso transcrito por Milá:

Catalunya comtat gran—qui t'ha vista rica y plena!

Dice el maestro que hizo esta variación porque al verso sustituído le sobra una sílaba, como es muy cierto; pero ahora se nota un grave error de concepto que no aprobamos, puesto que jamás ha existido el Condado de Cataluña. Sabido es que á la reunión de los antiguos condados catalanes se la ha llamado siempre «Principado de Cataluña».

IV

La primera audición pública de las *Cansons populars catalanas* del maestro Alió, tuvo lugar en Barcelona el día 4 de Junio de 1892, ó sea el año mismo de su publicación, en una Exposición permanente de pinturas y objetos de artes, llamada Hotel de Ventas, que ya no existe. En aquella sesión musical allí organizada, la señorita Llorens cantó *Los Segadors*, acompañándola en el piano el señor Millet, director del Orfeó Catalá, causando gran sensación al auditorio, sin embargo de no ser la voz femenina la más propia para cantar tan vigorosa canción.

En seguida las sociedades corales, y sobre todo el Orfeó Catalá, popularizaron *Los Segadors*, que se cantaron también, dándoles «cierto carácter», en el Palacio episcopal de Vich, el día 3 de Setiembre de 1895, en presencia del Nuncio de Su Santidad, siendo Prelado de aquella diócesis el Doctor D. José Morgades y Gili.

Tal fue la acogida alcanzada por *Los Segadors* del maestro Francisco Alió, que otros compositores se decidieron á armonizarlos, figurando entre ellos Millet, Morera y Lapeyra, partiendo todos de la composición dada á conocer al público por Alió, y ciñéndose desde luego á la letra que nos ha dejado el sabio catedrático catalán D. Manuel Milá y Fontanals, padre y maestro de los catalanistas de buena cepa.

El aventajado maestro modernista D. Enrique Morera está armonizando algunas canciones populares catalanas, que publica sueltas bajo el título común de *Cançons Catalanes*. En 1897 publicó *Els Segadors*, modificándolos á su manera, pero ateniéndose á la letra de Milá, dándoles la ortografía «modernista», ó sea la adoptada por el establecimiento tipográfico editorial barcelonés llamado *L'Avenç*.

Pero la verdadera popularidad de *Los Segadors* no ha trascendido en Cataluña hasta que ha principiado á silbarse en Barcelona la *Marcha Real*, lo cual ha acontecido por primera vez (en estos tiempos), en el teatro del Tívoli, la noche del viernes 21 de Julio de 1899, en que se celebró allí una función dedicada á la escuadra francesa del Mediterráneo, anclada á la sazón en la rada de Barcelona. Al entrar el Vicealmirante Fournier y su Estado Mayor, entre una salva de aplausos, la orquesta de la compañía de zarzuela que actuaba prorrumpió en la *Marsellesa*, siendo frenéticamente vitoreada por la numerosa concurrencia entre la cual nos hallábamos; luego intentó tocar la *Marcha Real*, pero fue tal la nutrida silba que estalló en el Tívoli, que por dos veces tuvo que desistir la orquesta de su propósito.

El domingo siguiente, día 23, dió el Municipio barcelonés

una velada musical en el Palacio de Bellas Artes, en obsequio á la citada Armada francesa. Tocóse con acompañamiento de nutridísimos aplausos, el simpático himno de la vecina República, y promovióse después verdadero alboroto al «presumir» el público, que llenaba de bote en bote aquella vasta nave, que iba á tocarse la *Marcha Real*. Ante este preludio, comprendió perfectamente el Alcalde, señor Robert,—quien se hallaba en la presidencia con el Almirante francés,—que si se tocaba la *Marcha Real* el concierto acabaría en tragedia, no insistió en ello, con aprobación de cuantos allí estábamos, y dicho se está, pues, que tampoco se tocó aquella noche el himno nacional español. Mas el Orfeó Catalá, que tomaba parte en el concierto, supo aprovecharse del momento y cantó *Los Segadors*, que no figuraban en el programa, pero que fueron muy aplaudidos.

Desde la citada circunstancia y de lo mucho que lo sucedido dió que decir al Sr. Romero Robledo, en el Congreso, con perjuicio de su propósito, siempre ha sido silbada en Barcelona la *Marcha Real*, aplaudiéndose en todas partes *La Marsellesa*, y *Los Segadors* han principiado también á hacer fortuna. Así, pues, en virtud de la crisis que ha sufrido la *Marcha Real*, desde la llegada á Barcelona de la citada escuadra francesa, y de los sucesos municipales y políticos que motivaron la caída del Alcalde señor Robert y la del Capitán general de Cataluña señor Despujol, el catalanismo ha tomado algún incremento, y las diez ediciones de los sellos de correos de 1899, de la Unió Catalanista, obtuvieron tal favor, que llegaron á cotizarse en la Bolsa de Barcelona á precios verdaderamente fabulosos.

Después de aquellas ocurrencias, *Los Segadors* aparecieron en los periódicos catalanistas, y se escribieron algunos artículos en la prensa barcelonesa sobre esa canción, que la mayor parte de los catalanes ignoraba aún, repercutiendo chispazos en la prensa de Madrid y de provincias.

En aquellos momentos de verdadera efervescencia *segado-*

riana, los fabricantes é industriales, que nunca se olvidan de su negocio, también sacaron partido del catalanismo en ebullición, anunciando sus productos «sensacionalmente». Recordamos que la casa Santasusana, de Barcelona, mandó repartir un anuncio de sus máquinas de coser y hacer calceta, redactado en catalán é impreso con tinta roja, encabezándolo y terminándolo con un *¡Visca Catalunya!* Y en el dorso de la hoja hallábase una página musical con esta cabecera:

ELS SEGADORS

HIMNE NACIONAL DE CATALUNYA

REDUCCIÓ PER PIANO DEL MESTRE A. MARRACO (FILL)

Y con objeto, pues, de que se conociera bien entonces la letra de *Los Segadors,*—desconocida casi en Cataluña, donde parecía que no había ya más música popular que la del inolvidable Clavé,—un librero de Barcelona, portaestandarte del catalanismo reaccionario, dió á la estampa una hoja en cuarto (que vende á cinco céntimos), en la cual figura íntegra la letra de *Los Segadors,* introduciendo algunas variantes al texto de Milá y modificando la ortografía á su gusto, añadiendo, desde luego, el famoso *Bon cop de fals* del poeta Moliné.

He aquí esta nueva transcripción:

LOS SEGADORS

Catalunya comtat gran—qui ta' ha *vist tan* rica y plena!
Ara 'l rey nostre Senyor—declarada 'ns té la guerra.

Bon cop de fals,
Defensors de la terra,
Bon cop de fals.

Lo gran Comte de Olivar—sempre li burxa l' orella:
«Ara es hora nostre rey—ara es hora que fem guerra.»
Contra tots los catalans—ja ho veyéu quina n' han feta,
Seguiren viles y llochs—fins al lloch de Riu d' Arenes.
N' han cremat un *sagrat lloch*—que Santa Coloma s' deya;
Creman albes y casulles—y *corporals* y patenes;
Y 'l Santíssim Sagrament—alabat siga per sempre.
Mataren un sacerdot—mentres que la Missa deya.

Mataren un cavaller—á la porta de la Iglesia,
Don Lluis de Furriá,—y 'ls ángels li fan gran festa.
Lo pá que no era blanch—deyan que era massa negre,
Lo donavan als cavalls—sols per assolar la terra.
Lo ví que no era bo—engegavan les axetes,
Lo tiravan pels carrers—sols pera regar la terra.
A presencia dels *parents*—deshonravan les donzelles:
Ne donan part al Virey—del mal que aquells soldats feyan.
«Llicencia 'ls he donat jo—molta mes sen poden pendre.»
A vista de tot axó—s' es esbalotat la terra.
Entraren á Barcelona—mil persones forasteres;
Entran com á segadors—com eram en temps de sega.
De tres guardies que n' hi ha—ja n' han mort á la primera.
Ne mataren al Virey—al *enfront* de la galera,
Mataren als diputats—y als jutges de la Audiencia.
Anaren á la presó—donan llibertat als presos.
Lo Bisbe 'ls va benehí—ab la ma dreta y esquerra:
«Hont es vostre capitá—ahont es vostra bandera?»
Varen treure l' bon Jesús—tot cobert ab un vel negre.
«Aquí es nostra capitá—*aquesta* nostra bandera.»
A les armes, catalans,—que *'ns* han declarat la guerra.

Bon cop de fals,
Defensors de la terra,
Bon cop de fals.

Luego algunas sociedades corales de la Ciudad Condal abreviaron la letra de *Los Segadors* al adoptarla como «himno catalanista». Es curiosa esta reforma en tres estrofas y nueve *cops de fals:*

LOS SEGADORS

(CANSÓ POPULAR ADOPTADA PER HIMNE NACIONAL Á CATALUNYA.)

Catalunya comtat gran—qui t'ha vist tan rica y plena
Are 'l rey nostre Senyor—declarada 'ns te la guerra.

Bon cop de fals.
Bon cop de fals, defensors de la terra,
Bon cop de fals.

.....

«Hont es vostre capitá—ahon es vostra bandera?»
Varen tréure 'l bon Jesús—tot cobert ab un vel negre.

Bon cop de fals,
Bon cop de fals, defensors de la terra,
Bon cop de fals.
«Aquí es nostre capitá—aquesta nostra bandera.»
A las armas catalans—que 'ns han declarat la guerra.
Bon cop de fals,
Bon cop de fals, defensors de la terra,
Bon cop de fals.

Bien claro está que el pretendido «himno» no acusa sino un fanatismo *castellanófobo* sostenido por los tres elementos citados al principiar este estudio, como lo demuestra la elección de su Capitán y de su bandera, y el insistir ahora en que el Rey ha declarado la guerra á Cataluña, cuando tan pacífico está en la Corte, sin que

Lo gran comte d'Olivar—*ara* li burxi l' aurella.

V

Para terminar esta reseña histórico-literaria de *Los Segadors* hasta la fecha, sólo falta decir que otra agrupación catalanista, representada por el periódico quincenal, órgano de propaganda, *La Nació Catalana*, no contenta aún con el «himno», intentó, á fines del último verano, convocar á concurso á los poetas catalanes para procurarse otra letra que se adaptara á la música de la canción popular *Los Segadors*. La nueva letra debía «inspirarse en conceptos patrióticos que recordasen los actuales servicios prestados al catalanismo», y «vislumbrar halagadora esperanza», conservando desde luego el indispensable

Bon cop de fals, defensors de la terra.
Bon cop de fals.

Pero no llegó á efectuarse el mencionado certamen, debido á la fundada oposición que le hicieron los prohombres del catalanismo, por medio de una serie de cartas por ellos suscri-

tas, dando su opinión en contra, y publicadas el día 9 de Setiembre de 1899, en el semanario *La Atlántida*, número especial, dedicado por la empresa, en vista de la «importancia del asunto», á la Junta permanente de la Unión Catalanista y al pueblo catalán.

Diremos pues, en conclusión, que de la unión de la letra de «La guerra de los segadores», transcrita por el catedrático Milá, con la melodía tradicional de *Los Segadors* cantada por el canónigo Collell y puesta en solfa por el maestro Alió, resulta una hermosa canción popular catalana que viene á ser el gemido doloroso y profundo de un pueblo oprimido por el Gobierno del Conde-Duque de Olivares y por sus representantes en Cataluña, y avasallado por aquella feroz y desmandada soldadesca castellana invasora,—como reza fielmente la letra de la canción de perfecto acuerdo con la Historia,—pero que jamás esa canción será un himno, sino el eco de un lejano gemido, para los catalanes, aun cuando para los catalanistas pretenda ser una «enérgica protesta» contra el actual Gobierno central español y el grito de la «soñada» independencia de Cataluña.

JAIME OLIVER Y CASTAÑER.

DISCURSOS A LA NACIÓN ALEMANA

Á QUIÉN DEBERÁ CONFIARSE LA EJECUCIÓN DE ESTE NUEVÓ PLAN EDUCATIVO

El plan de la nueva educación nacional alemana queda suficientemente explicado para nuestro objeto. Ahora, la primera cuestión que hemos de resolver es la siguiente: ¿quién deberá encargarse de la ejecución, con quién hemos de contar y con quién hemos contado para ello?

Hemos presentado esta educación como el más alto y aun como el único asunto que debe ocupar nuestro patriotismo, y añado ahora que queremos, mediante ella, ser los primeros en preparar la mejora y la transformación de todo el género humano. Pero es necesario que ese patriotismo inflame á todos los alemanes, se extienda por todos los Estados de nuestra nación y se convierta en fuerza directora y preponderante de todas las determinaciones. Deberemos, pues, dirigir en primer término nuestra consideración hacia el Estado.

¿Realizará éste nuestras esperanzas? ¿Qué garantías puede darnos, tanto si se mira á cada particular Estado alemán como á la totalidad de Alemania, después de lo revelado en su anterior conducta?

En la Europa moderna, la educación no ha procedido, rigurosamente hablando, del Estado, sino del poder de quien el

propio Estado tomaba su autoridad, del Gobierno celeste y espiritual de la Iglesia. Esta nunca se consideró como un elemento del Estado terrestre, sino más bien como una institución de origen divino, implantada como un árbol exótico en todos los sitios donde le era posible echar raíces, á fin de procurarse ciudadanos; y su educación consistió, esencialmente, en impedir que los hombres se condenasen en la otra vida, y en prepararlos para ser felices en ella. La Reforma no cambió en manera alguna semejante estado de cosas, pero la Iglesia, después de haber luchado en otro tiempo contra el Estado, se unió á él, y este fue todo el resultado obtenido. En la educación, mantúvose el antiguo punta de vista. En tiempos más modernos, y hoy mismo, se ha admitido que la educación de los niños pertenecientes á las clases directoras era un asunto privado, propio de los padres, quienes podían dirigirlo á su antojo; pero estos niños no han aprendido por lo común más que aquellas cosas que eran necesarias para salir personalmente del paso, y la educación popular no tuvo jamás otro objeto que la felicidad celestial, no sirviendo la lectura y la escritura (cuando á tanto podía llegarse) más que para los estudios puramente religiosos. Todo otro desarrollo de las facultades humanas quedó abandonado al azar, á las influencias ciegas de la sociedad, á la vida real en sí misma. Los establecimientos científicos no estaban en principio destinados más que á formar eclesiásticos; la teología era la ciencia fundamental y esencial, la facultad directora; las otras le servían de accesorios y vivían de las sobras de aquélla.

Mientras los hombres colocados á la cabeza del Gobierno no tuvieron más que una idea obscura de la misión del Estado, y estuvieron dominados respecto de sí mismos y de los demás por la preocupación exclusiva de la salvación eterna, pudo contarse cuando menos, para esa educación, con su celo y sus serios esfuerzos. Pero andando el tiempo, la luz se hizo en el espíritu de aquellos hombres por lo que toca al primer punto, y puesto que la acción del Estado se les mostraba ya como apli-

cable sólo en la esfera de las cosas visibles, comprendieron que el cuidado por la salvación eterna de sus subordinados no correspondía á las atribuciones de aquél, correspondiendo á cada cual, si deseaba ser feliz en la otra vida, procurárselo por sí mismo. Desde entonces, creyeron hacer bastante con dejar que las fundaciones de los siglos piadosos y sus escuelas siguieran su primitivo destino; y aunque eso no podía ya bastar á los tiempos modernos, no se creyeron, sin embargo, obligados á intervenir activamente, ni autorizados á reemplazar las cosas antiguas por innovaciones útiles. Así, toda proposición de este género recibía por adelantado la respuesta de que el Estado no tenía dinero para tales cosas. Hubo, sin duda, algunas excepciones, pero fueron exclusivamente en provecho de la enseñanza superior, propia para extender por todas partes la fama de sus protectores; mas en lo que toca á esa masa de hombres que constituye el fondo del género humano, que suministra sin cesar á la cultura superior nuevos esfuerzos, y sobre la cual deben á su vez ejercer una influencia permanente los espíritus elevados, en cuanto al pueblo, ese fue olvidado, y desde la Reforma hasta nuestros días su educación ha estado siempre descuidadísima.

Si queremos obtener para hoy y para lo futuro algo mejor del Estado, es preciso absolutamente que sustituya la idea fundamental del fin de la educación que parece haberse formado hasta ahora , por una idea completamente diversa; porque si ha hecho bien en rehusar ocuparse de la bienaventuranza eterna de los ciudadanos, hay que tener en cuenta que la Iglesia, esa escuela destinada á formar ciudadanos para el cielo, no hará más que estorbar en la educación material, debiendo dispensársela de semejante cuidado; y, por otra parte, el Estado ha heredado su poder en este terreno, necesitando, por el contrario, de hombres formados para la vida terrestre; y cuenta que una educación completa, organizada en vista de las necesidades de este mundo, puede comprender y dar, por añadidura, la educación relativa á la otra vida. Hasta hoy día, cuando más ilus-

trado se creía un Estado, más se figuraba poder prescindir de ciudadanos morales y religiosos y tener suficiente con instituciones represivas para alcanzar su fin, debiendo marchar todo sin tropiezos con poseer medios coercitivos. Puedan á lo menos nuestras recientes y dolorosas experiencias haberle mostrado claramente que no puede hacerlo así, y que si ha caído tan bajo es justamente por falta de religión y de moralidad.

Pero puesto que el Estado no se cree quizá en situación de soportar los gastos de una educación nacional, ¡qué conveniente sería convencerlo de que, una vez hecho este gasto único, quedarían atendidas de la manera más económica posible sus demás obligaciones, y que si colocara al fin de este modo su capital no tendría ya necesidad de ningún otro gasto importante!

Hasta el presente, la mayor parte de los presupuestos del Estado se ha consagrado al sostenimiento de los ejércitos permanentes. Los admirables efectos conseguidos con este sistema ya los hemos visto, y no hace falta ver más; no entra en nuestro plan el sacar ventajas de la organización de esos ejércitos, causa especial de nuestras catástrofes. Si el Estado se decide al fin á organizar la mencionada educación nacional, el día en que una generación nueva haya pasado por nuestras escuelas poseeremos un ejército como nunca se ha conocido. En efecto; cada individuo, ejercitado plenamente en todos los usos posibles de su fuerza física y teniendo conciencia de ellos, poseerá el hábito de soportar los esfuerzos y las fatigas; su espíritu, desarrollado por la presencia misma de las cosas, estará siempre en actividad y en posesión de sí mismo; en su alma vivirá el amor del ser colectivo de que es miembro, del Estado y de la patria, y ese amor destruirá todo movimiento egoista. El Estado podrá llamar á hombres tales y ponerlos sobre las armas, seguro de que ningún enemigo ha de vencerlos. En los Estados regidos sabiamente, la atención del Gobierno se dirige al mejoramiento de la situación económica en el sentido más amplio de esa palabra y en todas sus esferas, pero á con-

secuencia de la escasa instrucción de las masas y de su profunda incapacidad, se ha gastado en ello gruesas sumas inútilmente, pues los resultados obtenidos son insignificantes. Nuestra nueva educación, por el contrario, suministrará al Estado clases laboriosas, acostumbradas desde la infancia á reflexionar sobre sus profesiones, y capaces de ayudarse á sí propias, y dispuestas á hacerlo así; si el Estado quiere acudir en su auxilio de una manera razonable, ellas se harán cargo al instante de la ayuda y aprovecharán con reconocimiento sus consejos. Todas las ramas de la economía doméstica adquirirán en poco tiempo y sin mucho trabajo un desarrollo tal como nunca se ha visto; y puesto que el Estado gusta de calcular, si llegase á conocer el valor real de las cosas, vería que el empleo de su capital le ha redituado el céntuplo. Hasta ahora, el Estado ha hecho mucho, aunque nunca lo bastante, por las instituciones de justicia y de policía, gastando muchísimo dinero en los establecimientos de detenidos y corrigendos, y los de Beneficencia todavía han absorbido mayores riquezas á medida que se han desarrollado, sin que, no obstante, hayan sido, á lo que parece, más que escuelas de pauperismo. Pero en un Estado cuyos ciudadanos se formasen en virtud de la nueva educación, la necesidad de los primeros disminuiría bastante, y el de los segundos desaparecería por completo. El niño, disciplinado en sus primeros años, no exigiría luego una mejora siempre difícil de obtener, y en un pueblo así educado no habría pobres.

¡Ojalá pudieran tener el Estado, y todos los que le aconsejan, el valor de mirar las cosas cara á cara y de confesarse á sí propios la verdadera situación de nuestros asuntos nacionales! ¡Ojalá comprendiese que la educación de las generaciones futuras es hoy día la única esfera en que puede obrar libremente, como dueño y señor de sus destinos y de sus resoluciones! A menos que renuncie en absoluto á la acción, no hallará ninguna otra cosa en que ejercitarse. El extranjero le permitirá que se dedique á este trabajo sin molestarlo,

sin sentir celos; y por otra parte resistir, oponer la fuerza á la fuerza, cosa es en que no podemos ya pensar; salta á la vista y todo el mundo está conforme en ello. Tal es nuestro primer supuesto. Si continuamos viviendo como hasta ahora, ¿cómo podríamos evitar la acusación de ser cobardes ó de amar indignamente la vida? Debemos decidirnos á no vivir ya más para nosotros mismos, á no considerarnos sino como la simiente de que saldrán algún día sucesores más dignos y á conservarnos para ellos hasta que se presenten á nosotros. ¿Qué cosa podríamos intentar si nos faltara semejante fin en nuestra existencia? Elementos extraños nos harán nuestras Constituciones, nuestros tratados, reglamentarán el empleo de nuestras fuerzas militares, nos prestarán un Código y hasta nos quitarán el derecho de aplicar ese Código y de experimentarlo; por el momento, estamos libres de todos esos cuidados (1). Sólo la educación ha quedado olvidada, y puesto que buscamos una ocupación para nuestras fuerzas, amparémonos pronto de ella. En su cultivo nos dejarán en paz. Aunque me equivoque, quiero, no siéndome posible vivir sino con esta esperanza, quiero, digo, creer en que llegaré á convencer á algunos alemanes de esta verdad: que sólo la educación puede salvarnos de todos los males que nos aplastan. Cuento precisamente con que la desgracia nos habrá enseñado á reflexionar y nos habrá hecho más serios. El extranjero posee, por su parte, otros consuelos y otros recursos; aunque este objeto llegase á ocupar por un instante su pensamiento, no es probable que se detenga en él y le preste atención; por el contrario, creo que en el extranjero á los lectores de los diarios les parecerá la pretensión graciosísima, y se divertirán mucho considerando que alguien ha podido esperar tan grandes resultados de la educación.

¡Ojalá el Estado y todos los que le aconsejan no se descorazonasen ante la nueva tarea, ante la consideración de que

(1) Alude á los efectos de la dominación napoleónica.

los resultados perseguidos son remotos! Sin duda las causas de nuestras actuales desgracias son muy complejas y difíciles de discernir; pero si se quisiera determinar la parte que corresponde á los Gobiernos, é investigar sus errores, se hallaría que los dueños del Estado, mayormente obligados que los demás hombres á prever el porvenir para dirigirlo, no han pensado, á la vista de los grandes sucesos de este siglo, más que en salvar lo mejor posible las dificultades inmediatas, y en lo que toca al porvenir no han contado con las fuerzas presentes, sino tan sólo con algún azar afortunado que cortaría la larga cadena de efectos y causas. Pero tales esperanzas son engañosas. Toda fuerza introducida en la trama de los acontecimientos continúa su camino y acaba su obra, y tras la primera negligencia, una reflexión tardía no puede en manera alguna detener los efectos. No podemos seguir cometiendo la falta de pensar tan sólo en el presente; el presente no nos pertenece. No cometamos la segunda falta aguardando de mano ajena un mejor porvenir. Todos los que, de entre nosotros, necesitan para vivir de algo más que el simple pan del cuerpo, no hallan en el presente nada que les pueda consolar del deber de vivir; la esperanza en su porvenir mejor es el único elemento en que nos sea todavía posible respirar ampliamente. Pero sólo un soñador podría fundar esa esperanza en otra cosa que los gérmenes depositados por nosotros mismos en el presente para preparar el porvenir. Permítannos, pues, los que nos gobiernan, que tengamos de ellos tan buena opinión como nosotros mismos, suponiendo en ellos los sentimientos de todo buen ciudadano; pónganse á la cabeza de la obra cuya necesidad tan claramente percibimos, y podamos ver todavía por nosotros mismos desarrollarse esa educación que debe algún día lavar nuestra memoria de la vergüenza adherida al nombre alemán.

Consienta el Estado en encargarse de esa misión, y aquella educación se convertirá en universal, pues el Estado la organiza en todo el territorio, haciendo partícipes de ella á todos

los ciudadanos sin excepción; y esa universalidad es precisamente lo que nos hace desear la intervención del Estado, ya que para ensayos individuales, para tentativas aisladas, hechas aquí y allá, podríamos, en rigor, contentarnos con el concurso de los particulares. Pero no debe confiarse en que todos los padres consientan de buen grado en separarse de sus hijos para entregarlos á esta nueva educación, cuya idea precisa será difícil explicarles previamente; debemos, por el contrario, prepararnos á ver que los padres suficientemente ricos para hacer que sus hijos se eduquen en el propio hogar, se declaren enemigos de la idea de una educación pública, sobre todo si esa educación separa tan por completo á los hijos de los padres, y dura tantos años. Frente á tal resistencia, los políticos han rechazado siempre la idea de una coacción, afirmando que el Estado no tiene derecho á usar de la violencia en semejante asunto. Pero si han de esperar á que la universalidad de los ciudadanos acepte voluntariamente esa reforma, y si, por otra parte, es cierto que sin educación no se producirá jamás esa voluntad general, los políticos pueden esperar sentados, y estar seguros de que la tradicional rutina durará hasta la consumación de los siglos. De esos políticos, los unos no consideran la educación más que como un lujo del cual cabe prescindir, como un gasto medianamente útil que hay que reducir todo lo posible, ó no ven en nuestros proyectos más que una tentativa aventurada que quizá pueda tener éxito, pero que también puede fracasar, y, sin duda, hay que alabar tanta prudencia; otros, penetrados de admiración por el estado floreciente de la educación pública, que ha logrado sin necesidad de ellos tan maravillosa perfección, se resignan difícilmente á tomar parte en cosa que no se les ha ocurrido á ellos: de unos y de otros nada tenemos que esperar, y realmente habría que compadecernos si se les dejase el cuidado de organizar un negocio tan esencial. Pero ya surgirán otros políticos que habrán de dar su opinión y poseerán una educación verdadera adquirida por propio esfuerzo, mediante un es-

tudio profundo y concienzudo de la filosofía y de la ciencia; y esos políticos tomarán en serio su misión, tendrán acerca del hombre y de su destino nociones firmes y precisas, y comprenderán la época presente y las necesidades actuales de la humanidad. ¡Ojalá hubieran podido tales hombres, al escucharnos, convencerse de que sólo mediante la educación podemos salvarnos de la barbarie que nos amenaza; ojalá pudieran tener siempre ante los ojos la imagen de la humanidad nueva que esa educación habrá de crear; ojalá estuviesen profundamente convencidos de la infalibilidad de los medios propuestos! No sería esperar mucho de ellos el suponerlos capaces de reconocer en el Estado, como supremo administrador de los intereses humanos y tutor de los menores, de cuya guarda responde tan sólo ante Dios y su conciencia, el derecho de obligar á que esos menores sean felices. ¿Existe hoy día un solo Estado que dude de su derecho á constreñir á los ciudadanos al servicio militar, arrancando, para ello, á los hijos del lado de los padres, quiéranlo ó no unos y otros? Y sin embargo, forzar á un joven á que lleve un género de vida antipático es provocar consecuencias mucho más graves y á menudo nocivas para su moralidad, su salud y las condiciones de su vida futura; mientras que esa saludable coacción que, una vez terminada la obra educativa se cambia en entera libertad personal, no puede traer más que consecuencias beneficiosas. En otros tiempos, el servicio militar era puramente voluntario; pero así que se vió que semejante forma de reclutamiento era insuficiente para el bien perseguido, no se ha vacilado en emplear la coacción, porque la cosa parecía suficientemente importante para legitimar el procedimiento. Si abriéramos, al cabo, los ojos á las urgentes necesidades de nuetros tiempo; si la cuestión de la educación pública acabara por imponérsenos, nuestros escrúpulos caerían por sí mismos; y, por otra parte, sólo con la primera generación habrá que usar de la fuerza, puesto que, una vez formada, obedecerá por sí misma, y á la vez la obligación impuesta para el servicio mi-

litar será inútil, mostrándose igualmente prontos á tomar las armas en defensa de la patria todos los ciudadanos educados en aquella forma. Para evitar al principio muchas reclamaciones, se podría, como con respecto al servicio militar se hizo en otro tiempo, limitar esa coacción referente á la educación nacional, dispensando de ella á las clases de ciudadanos que están ya exentos del servicio de las armas, de lo cual no se seguiría uingún perjuicio. Los padres razonables de los niños exceptuados, los enviarán de *motu proprio* á nuestras escuelas, y en cuanto á los demás, minoría ínfima, á quienes sus indiscretos padres dejarán crecer sometidos al sistema tradicional, servirán para mostrar, enmedio de la generación nueva, lo que era la educación antigua; serán testigos del pasado, que enseñarán á sus contemporáneos á comprender todo el alcance de su felicidad.

Esta educación deberá ser nacional para los alemanes, porque todos los que hablan nuestra lengua deben formar una raza, por lo que es preciso que todos los Estados alemanes tomen á su cargo el asegurar la educación á sus ciudadanos. Todos los alemanes comprenden la lengua en que se ha planteado la cuestión de la educación nueva, la lengua que ha servido y servirá para expresar y comprender los medios que hay que poner en uso, la lengua, en fin, en que se han ejercitado los mismos educadores, y que asegura en todas partes el mismo grado de «imaginabilidad.» Yo no puedo creer que el extranjero sea capaz de apropiarse esos medios con igual fuerza que nosotros, sin que se advierta en seguida que proceden de fuera, pues nunca los hará enteramente suyos. En cuanto á los alemanes, esta dificultad desaparecerá, porque todo está preparado y no hay sino que comenzar la obra.

Es un bien para nosotros que haya todavía diversos Estados alemanes, perfectamente distintos los unos de los otros. Esas divisiones que á menudo nos causaron perjuicios, pueden actualmente sernos beneficiosas para este asunto nacional. Quizás el celo de algunos Estados, deseosos de adelantar á los

otros en este camino, tenga más eficacia que el simple deseo de la propia satisfacción; porque, en efecto, aquel que entre todos los Estados alemanes sea capaz de tomar la iniciativa de esta nueva educación, se verá colocado en primer rango, y merecerá la estimación, el amor, el reconocimiento de todos los demás, que le llamarán su biehechor y el verdadero fundador de la nueva nacionalidad. Él les dará, además del ejemplo y el modelo que habrá de ser imitado, el valor necesario para la ejecución; él hará desaparecer todas las vacilaciones que aún puedan cohibirlos; de él saldrán los primeros libros, los primeros maestros de la nueva educación, para esparcirse por el territorio de los demás; y el que le siga inmediatamente, ocupará el segundo puesto. Para honra nuestra, y eso prueba que entre los alemanes no ha desaparecido completamente el sentido de las cosas superiores, muchos de los pueblos y Estados alemanes han discutido sobre quién de ellos poseía la civilización más perfecta; los unos han hablado de una libertad muy amplia, concedida á la prensa y al pensamiento; los otros han alabado sus escuelas y sus Universidades; quiénes su gloria y méritos pasados; quiénes, en fin, diversas cosas cuyo juicio era imposible hacer. Ahora ya será posible formularlo. Sólo puede ser fundamental la educación que tiende á convertirse en universal y á ilustrar á todos los hombres sin excepción. Cualquier otra quedará como cosa extraña, y por mucho que se vanaglorie de ello la gente, nunca la poseerá á fondo. Ahora se podrán comparar los pueblos en que la tan alabada cultura se halla tan sólo en ciertos hombres de la clase media, que la han propalado en sus escritos..... y aquellos en que, por el contrario, semejante cultura ha invadido las clases superiores que dirigen el Estado. Y será fácil juzgar el valor del celo desplegado aquí y allá en el establecimiento y progreso de las escuelas superiores, y ver si procede realmente de un puro amor por la civilización humana y no del deseo de brillar, quizá, incluso, de satisfacer propósitos de especulaciones financieras.

El primer Estado alemán que entre en este camino, sacará de él la mayor gloria; mas no permanecerá aislado por mucho tiempo, sino que hallará ciertamente imitadores y émulos. Lo importante es que uno comience. Luego, á falta de otra cosa, el amor propio, la envidia, el deseo de no quedar atrás, de hacer otro tanto, y de mejor modo si es posible, que el vecino, empujarán á los diversos Estados, uno tras otro, á seguir el ejemplo dado. Cabe ahora dudar todavía de las ventajas que prometemos á los iniciadores de la nueva educación, pero entonces veríanse claramente.

Si ahora mismo todos los Estados alemanes se aplicasen seriamente á organizar la instrucción pública conforme á nuestro plan, bastarían veinticinco años para formar la nueva generación; y todo el que pudiese contar con esos años de vida, debería esperar fundadamente ser testigo de prodigio semejante.

Pero admitamos, porque hay que preverlo todo, que en ninguno de los Estados alemanes se encuentre un político capaz de comprender lo que acabo de decir, de sentirse conmovido por ello y de arrastrar en esta dirección á la mayoría de sus colegas; en este caso, la iniciativa privada, el concurso de particulares bien intencionados, deberían emprender esta obra y realizar la nueva educación. Nos dirigiremos en primer término á los grandes propietarios, á quienes sería fácil crear en sus dominios escuelas organizadas según el nuevo sistema, para los hijos de sus colonos. Una de las glorias de Alemania, uno de los rasgos que la distinguen honrosamente de los otros países de la Europa moderna, es que se encuentran en el seno de esa clase social hombres que tienen por uno de sus deberes serios el procurar la instrucción y la educación de los niños nacidos en sus dominios, y que están prontos á realizar en ese sentido todo lo que de ellos dependa, con tal de que sepan cómo lo han de hacer. Debemos esperar que esos hombres no se negarían á estudiar con cuidado los métodos nuevos que se les indicara, y á fundar, por lo tanto, asociaciones para la

realización de medidas amplias y decisivas, con el mismo amor que han consagrado hasta aquí á esfuerzos aislados é imperfectos. Posible es, lo reconozco, que en algunos casos esos señores no hayan dado muestras de celo en favor de la educación popular sino porque hallaban personalmente más ventaja en tener vasallos instruídos que ignorantes. Pero habiendo abolido hoy el Estado las antiguas relaciones feudales y suprimido el móvil á que hacemos referencia, debe tomar á su cargo tanto las obligaciones como las ventajas anejas al feudalismo de antes, y cumplir exactamente esas obligaciones que antiguamente consentía *motu proprio* el señor á sus vasallos. Contamos también con las asociaciones que los ciudadanos de buena voluntad pueden formar en nuestras ciudades para el propio fin. A pesar de todas nuestras miserias, las almas de nuestros conciudadanos no están, que yo sepa, cerradas á las obras de caridad. Ciertos vicios de nuestras instituciones, derivados todos de la insuficiente educación, impiden á menudo que esta beneficencia alivie eficazmente la situación de los miserables, pareciendo más bien que la agrava. Empleemos de mejor modo esas intenciones benéficas, inclinándolas exclusivamente hacia ese objeto esencial y único que suprimirá la miseria y hará que la misma beneficencia sea inútil, hacia la buena obra de la educación. Contamos, pues, con una cooperación consistente, menos en donativos pecuniarios, que en una manera de obrar y de aplicar las propias fuerzas. Por último, consagre nuestra juventud intelectual, si las circunstancias se lo permiten, al estudio y á la realización práctica de los nuevos métodos, el tiempo que ha de transcurrir entre su salida de la Universidad y su entrada en los empleos públicos. No sólo prestará un servicio grande á la sociedad, sino que constituirá para ella misma un ejercicio de notable utilidad. En general, la masa de conocimientos que trae de la Universidad esa juventud, parece inerte y muerta; y gracias á la claridad que exige una enseñanza primaria fundada en la vista directa de las cosas, ganará en precisión y adquirirá vida propia; aprende-

rá, pues, á exponer su ciencia, y ejercitándose en explicarla, la dominará más en cierto modo; y como además el niño revela ingenuamente todos los caracteres de la humanidad, los jóvenes maestros adquirirán, al instruir á sus alumnos, un verdadero tesoro de conocimientos prácticos sobre el hombre y la vida, preparándose así para el gran arte de vivir y de obrar, de que en las escuelas superiores no se enseñan ni los rudimentos.

En resumen, si el Estado se niega á emprender la tarea que le incumbe, los particulares adquirirán toda la gloria de su iniciativa. Pero no queremos ni anticipar juicios sobre el porvenir, ni dar nosotros mismos aquí ejemplo de desconfianza y de duda; séanos, no obstante, permitido decir que si los Gobiernos abandonan ese gran asunto de la educación al esfuerzo de los simples particulares, no ocurriría nada contrario á la marcha del progreso entre nosotros. Pero, aun en ese caso, llegaría un día en que el Estado se viese arrastrado por el movimiento de la iniciativa privada; y aunque al principio procediese con timidez, luego, acordándose que es el Estado, es decir, el todo y no una parte, comprendería que tiene el deber de ocuparse, no de un aspecto solo de su misión, sino de la totalidad de ella. Entonces todas las empresas particulares organizadas para el fin educativo perderían su razón de existencia y entrarían en la organización general del Estado.

Si tal ha de ser la marcha de las cosas, la regeneración del país se producirá muy lentamente, al azar y sin que pueda calcularse cuándo tendrá fin. Pero esto no es una razón para permanecer inactivos, sino que es preciso comenzar alguna vez. Ya comenzada, una obra semejante no podrá por su propia naturaleza detenerse, sino que crecerá y se extenderá en todos sentidos. Cada ciudadano que reciba la verdadera educación se convertirá en testimonio vivo de sus buenos efectos y hará propaganda en favor de ella; queriendo satisfacer la deuda contraída, se erigirá á su vez en Maestro, y así cada alumno que se forme será un nuevo apóstol, creándose por modo tal una

sucesión de esfuerzos que no han de concluir hasta el total cumplimiento de la tarea empezada.

En el supuesto que el Estado permanezca ajeno á esta empresa, pudiera suceder que los padres acomodados se mostrasen poco dispuestos á enviar á sus hijos á las escuelas creadas por particulares según el nuevo sistema. Si así ocurre, dirijámonos en nombre de Dios á los pobres huérfanos, á los vagabundos de las calles, á todos los que la sociedad rechaza y desprecia. Como en tiempos pasados, en que la piedad particular creaba y dotaba ricamente asilos de instrucción para los desgraciados, especialmente en ciertos Estados alemanes, los padres y mayores de esos niños los dejarán venir á nuestras fundaciones, porque en ellas encontrarán el sustento necesario mejor que en parte alguna; demos pan á esos desgraciados pequeñuelos, para lograr que al propio tiempo acepten la educación del espíritu. No temamos que la miseria y el desorden en que anteriormente vivían sean obstáculo para nuestros proyectos. Arranquémosles completa y rápidamente de ese deplorable estado, y creemos para ellos un mundo enteramente nuevo; no les dejemos nada de lo que pudiera recordarles su antigua condición, que llegarán á olvidar convirtiéndose en nuevas criaturas. Hagamos tabla rasa de su espíritu, para que sea como una página en blanco en la que nuestra enseñanza y nuestra doctrina escriban sólo buenos preceptos. Qué testimonio sería contra nuestro siglo, qué ejemplo para la posteridad, ver algún día á esos seres, rechazados por el mundo en que vivimos y educados por nosotros fuera de él, convertidos, gracias á ese aislamiento, en el punto de partida de una humanidad mejor; y hasta pudiera suceder que esos pobres niños fuesen, frente á los hijos de quienes ahora los desprecian, los representantes, los tipos de un mundo nuevo, progenitores de nuestros héroes futuros, de nuestros legisladores, de los salvadores de la humanidad.

Lo que en primer término necesitamos es tener maestros y pedagogos capaces. La escuela de Pestalozzi ha formado ya no

pocos, y está pronta á formar otros muchos. Al principio, cada institución deberá considerarse como un plantel de maestros, y entonces, alrededor de los verdaderos educadores, se agrupará cierto número de jóvenes, decididos á entrar en este camino y á estudiar suficientemente el arte de enseñar á los demás. La sabiduría de los primeros educadores sabrá facilitar esta tarea en cada establecimiento. Sin duda la mayoría de los alumnos irán allí para aprender en provecho propio; pero no les será imposible, una vez adquiridas nociones suficientes, consagrar algo de su tiempo á enseñar, para mayor ventaja de la escuela que los ha recibido, á los alumnos menos adelantados.

Será preciso luego hallar una casa, una conveniente instalación, un emplazamiento de extensión suficiente. Sin duda, más tarde, cuando los que empezaron siendo niños alcancen, con el desarrollo de la institución, una edad que les permita trabajar para merecer la alimentación y un salario, se encargarán de los pequeños, y las fundaciones podrán, si entienden bien la economía doméstica, bastarse á sí propias. Pero antes de que esta generación sea capaz de tanto, tendrán necesidad de cuantiosos subsidios, y es de esperar que el público se someta gustoso á impuestos que no han de durar mucho tiempo. Rechacemos toda idea de mezquindad, que podría embarazar nuestro camino; porque si hubiéramos de vernos detenidos alguna vez por tamaña consideración, valdría más no empezar nada.

Con tal de que hallemos buena voluntad, seguros estamos de que todas las dificultades han de ceder ante ese acuerdo general y ese universal deseo de llegar al fin propuesto.

JUAN T. FICHTE.

CRÓNICA LITERARIA

LA PROTECCIÓN AL TEATRO NACIONAL.

La cuestión del teatro Español *ha estado sobre el tapete* en estos días pasados. Desde que la señora Guerrero se marchó con su compañía á América, donde, según el *Gedeón*, le tocan á cada paso la marcha del Presidente, ó sea la marcha real de allí (si pudiera haber marcha real en las repúblicas), el teatro Español ha ido de mal en peor. El Ayuntamiento, propietario del inmueble de la Plaza de Santa Ana, ha entendido sin duda que algo le tocaba de esta decadencia de la comedia hispana, al menos por la razón de lugar y como dueño del edificio. Y al cabo acordó ejercitar sus derechos dominicales sobre el antiguo Corral de la Pacheca, en forma que resultase *protegido* el arte dramático nacional, exigiendo al arrendatario futuro que en la temporada de invierno de cada año (como si dijéramos en la temporada oficial) se representen sólo obras españolas, quedando la empresa en libertad de atender después á su negocio y poner en escena las obras extranjeras que mejor le parezcan. Así ha querido conciliar el Ayuntamiento la utilidad del empresario con la protección á la dramática nacional; pero como ésta es lo primero y aquélla lo segundo en los planes municipales, dudan algunos que haya arrendatario que consienta en este orden de factores y no quiera invertirlo, po-

niendo primero su provecho y dejando para después el interés abstracto del Teatro Español.

Críticos de teatros y otras personas entendidas en la materia han discutido el tema, y en el curso de sus razonamientos ha venido á plantearse la cuestión de si el Estado debe subvencionar al Teatro nacional. En *La Epoca* ha publicado *Zeda* un interesante artículo defendiendo la afirmativa. Creo que el asunto bien merece que se le consagren algunos párrafos en estas Crónicas.

La cuestión parece á primera vista más sencilla que lo es. En su sencillez aparente entra por algo el modo de plantearla. Si se pregunta en general: el Estado, ¿debe proteger las letras? ó el Estado ¿debe proteger la literatura dramática nacional, el Teatro Español?, la mayoría de las gentes capaces de apreciar ó barruntar al menos la importancia social de la literatura, contestarán seguramente que sí y aun algunos creerán que se trata de una cosa tan evidente, tan sabida, que es casi una verdad de Perogrullo. Pero si se pregunta: el Estado ¿puede obligar á los ciudadanos, gústeles ó no el teatro, á que contribuyan á sostener uno en que se representen comedias y dramas españoles que no gustaran á todos y que sólo podrán presenciar los que vivan en Madrid ó vengan á la Corte?; entonces es posible que el número de contestaciones afirmativas disminuyera mucho.

Pero la cuestión es más honda. En la realidad práctica, es, sin duda, negocio poco menos que indiferente que el Estado subvencione ó no al Teatro Español. Ni las cargas públicas aumentarían con ello sobremanera, ni la subvención nos proporcionaría un florecimiento dramático. Los siglos de oro de las letras no han nacido al calor de subvenciones ministeriales. Mas en teoría, el asunto es muy importante. Como que *afecta* á la concepción general de los fines del Estado. Así como Cuvier reconstruía, partiendo de un hueso hallado por azar, toda la estructura, configuración y género de vida de un mamífero, se puede reconstruir toda una teoría del Estado

partiendo del hecho, insignificante en sí, de que se den ó se nieguen unos cuantos miles de pesetas de subvención al Teatro Español.

Primera solución. El Estado subvenciona, en efecto, al *arte dramático nacional*. Se considera en el deber de fomentar las letras, de proteger la producción nacional..... dramática. La lógica nos lleva derechamente desde esta premisa á la concepción paternal del Estado, que fue doctrina inconcusa en el antiguo régimen; á la teoría de que los Poderes públicos que son la encarnación del Estado, entidad abstracta, tienen el deber de hacer la felicidad de sus súbditos ó por lo menos de procurar el bien de éstos en vez de dejarles que lo procuren ellos mismos..... ó no lo procuren si no quieren. En tal concepto, el Estado, lo mismo que crea y sostiene industrias útiles para *no depender del extranjero*, estimula también la producción artística y literaria. Se cree obligado á suministrar á los ciudadanos literatura, escultura, pintura, etc., del mismo modo que les suministra correos y telégrafos, caminos, guardia civil y verdugo. Esta doctrina es una doctrina tutelar, que supone la incapacidad ó la inferioridad de los individuos y de las asociaciones particulares para proporcionarse ellos mismos todos esos bienes de que el Estado ha de ser dispensador, según los que así piensan.

Estos beneficios que proporciona el Estado *paterfamilias*, tienen naturalmente su reverso. Como el Estado no tiene propiedad particular ó si la tiene alguna vez por circunstancias transitorias, nunca es suficiente (fuera del Principado de Mónaco) para cubrir los gastos públicos, y como no tiene tampoco otros órganos físicos de que valerse que los individuos, cada servicio nuevo que presta á los ciudadanos, supone, por una parte, una cuota de impuesto, y por otra, alguna restricción de la libertad individual. El Estado, padre ó tutor, usufructúa el peculio ó los bienes de los súbditos, que son para el caso los hijos ó pupilos. Y en las varias gradaciones de esta teoría, se llega hasta la concepción socialista que reconoce el

derecho á la vida y al trabajo, y suprime la propiedad particular. El tutor se encarga de mantener al pupilo; *frutos por alimentos*.

Con todo, esta doctrina, sin llegar á sus últimas consecuencias ni al rigor lógico de sus deducciones (la lógica, como ciencia abstracta es ajena en cierto modo á la vida real, esencialmente concreta), es la que tiene más partidarios conscientes ó inconscientes en los países latinos, donde la iniciativa individual suele ser perezosa y se quiere que lo haga todo el Estado, cual si aún conservaran estas sociedades el sello y la herencia del cesarismo romano.

Los que profesan la teoría de que el Estado debe proteger oficialmente las letras, suelen incurrir en una notoria inconsecuencia. La censura previa de las producciones literarias, el permiso de imprimir libros y de representar comedias, les parece un anacronismo y una impropiedad, algo que no es de estos tiempos, ni de la competencia del Estado. Y sin embargo, es esta una consecuencia lógica de la doctrina tutelar ó paternal. Si el Estado tiene la obligación de *dar literatura* á sus súbditos, claro es que debe suministrarles aquella que considere buena, no sólo en relación con los principios de moral y de orden público, sino también desde el punto de vista de las reglas estéticas. Así como el padre de familia impide la entrada de libros malos ó necios en su casa, debe el Estado preservar de lecturas perniciosas ó de espectáculos dañosos á los ciudadanos. De lo contrario, tendrían razón para pedirle cuentas aquellos con cuyo dinero fomenta la producción literaria. De suerte que si se piden las subvenciones, hay que admitir los censores.

Segunda solución. El Estado no subvenciona al Teatro Español ni á otro teatro alguno. Deja á las letras que florezcan solas, si pueden. Se alegra mucho de que den fruto, y no se mete con ellas. De la concepción paternal del Estado pasamos á la concepción puramente jurídica, al Estado, órgano de Derecho, que se limita á mantener la paz y el orden social y á

restablecerlos allí donde se alteran. Esta teoría, al revés de la anterior, supone que los individuos y las asociaciones particulares son mayores de edad y no necesitan andadores para perseguir sus fines, ó que, en todo caso, son más aptos para procurar su bien que los Poderes públicos, los cuales se limitan á mantener la armonía entre esos bienes particulares para que no se perjudiquen unos á otros. Es la teoría que se ha llamado del Estado-gendarme, del Estado-Guardia civil; y aunque en esta denominación haya habido intención despectiva, cual si pareciera poco, comparado con el esplendor mayestático y la misión de providencia terrena que supone la concepción tradicional del Estado, ese modesto papel de mantenedor del orden y perseguidor de criminales, bien mirado es una expresiva y magnífica metáfora aquella imagen del Poder público, colocado enmedio del movimiento social como un guardián del orden. ¿Qué mejor representación del Estado que ese Guardia civil ó ese gendarme? Al cabo, el Estado es un mal menor. Mientras sea necesario, vale más que se limite á ser gendarme, que es para lo que más falta hace.

La intervención del Estado en todo aquello que está fuera del círculo jurídico, tiene algo ó mucho de enojosa y molesta. Restringe, más ó menos, los dos grandes bienes del hombre: la libertad y la propiedad, que es un instrumento de la libertad. Trae consigo la secuela del funcionarismo, de la reglamentación, del expedienteo, una extensa organización parasitaria que, una vez establecida, procura multiplicar sus funciones para asegurar y justificar su existencia. Si la protección oficial al teatro llegara á ser un hecho, la consecuencia más inmediata y más segura sería la creación de una oficina más, con algunas prebendas laicas.

La solución que se dé al problema del teatro nacional, ó más claro, del teatro subvencionado, depende, pues, en último término, de la noción que se tenga de los fines, las atribuciones y deberes del Estado. Partiendo de cualquiera de las dos teorías extremas á que he aludido, esa solución no ofrecería

dificultad. Pero rara vez se profesan *puras* las teorías, sin mezcla de elementos de contemporización con las doctrinas opuestas ó con *las impurezas de la realidad,* y más rara vez todavía se traducen en instituciones ó reglas reales esas teorías, sin perder mucha parte de su vigor lógico y de su integridad y pureza.

En cierto sentido, puede decirse que el *Estado paternal* pertenece al pasado, y que el *Estado Guardia civil* es el Estado futuro. Con todo, ningún Estado histórico, ni el de los Incas del Perú, ha sido absolutamente paternal ó tutelar, ni ha considerado en todo como *alieni juris* á sus súbditos. Por el contrario, es de prever que el Estado del porvenir, por mucho que se desprenda de funciones tutelares, no se resignará nunca ó tardará mucho en resignarse á ser meramente Guardia civil y sólo Guardia civil. Mientras el Estado exista, ya buscará razones ó pretextos para extender algo más allá su esfera de acción.

En la actualidad, la concepción reinante del Estado y su *práctica* son eclécticas. Se reconoce la naturaleza jurídica del Estado, pero se admite la necesidad de que desempeñe transitoriamente ciertas funciones tutelares, que, en realidad, correspondería cumplir á la sociedad sin mediación de los poderes públicos, pero que aquélla, en su estado actual de progreso, descuidaría acaso, ó no desempeñaría bien si el Estado no las tomara á su cargo y supliese las deficiencias de la masa social. Claramente se advierte en este concepto la mezcla de las dos teorías extremas.

Ya en ese terreno de la actualidad y de la práctica cabe preguntar si entre las muchas funciones tutelares que desempeña *históricamente* el Estado español debe figurar como una más el teatro nacional ú oficial. Los ejemplos de los países extranjeros sirven aquí de poco, pues no son iguales las circunstancias de riqueza, cultura y opinión pública de los diferentes pueblos, y en el terreno concreto de la práctica no convienen á todas las naciones las mismas recetas, como no convienen á

todos los individuos los mismos medicamentos, aunque los tratados de terapéutica señalen tratamientos generales.

Lo primero que la experiencia nos muestra, respecto *de nuestro caso,* es decir, del caso español, es que el Estado de que se trata anda muy escaso de recursos y no cumple bien la mayor parte de las funciones tutelares que le están encomendadas. En un Estado en que las atenciones de primera enseñanza están á cargo de los Ayuntamientos (que las satisfacen del modo que todos saben), es un absurdo y hasta una inmoralidad pretender que se introduzca en los presupuestos generales la más corta partida destinada á subvencionar al *Teatro*, cosa al fin de lujo é infinitamente menos importante que el procurar que aprendan á leer y escribir los millones de españoles que lo ignoran. Antes que subvencionar al Teatro Español, habría que subvencionar al idioma nacional y á la cultura, sosteniendo buenas ó siquiera medianas escuelas. Donde no hay escuelas en la medida que se necesitan, ni caminos y canales en la proporción que fuera menester, ni otros muchos servicios de primera necesidad, dedicar un solo céntimo del contribuyente á superfluidades sería una insensatez, un rasgo de bohemio, que, sin tener que comer, gastase el duro recien obtenido *con el sable* en una gardenia para el ojal de la mugrienta levita.

Y á más de todo esto, ¿habría siquiera la esperanza de que la protección oficial al Teatro fomentara efectivamente la literatura dramática? Creo que no. Nuestro teatro clásico, el *grande,* el verdadero, aburre soberanamente al público de los lunes, y al de los martes y de todos los demás días de la semana. Un plebiscito otorgaría la protección al género chico. El teatro serio moderno (prescindiendo ahora de toda apreciación sobre su mérito) no se queda sin representar porque carezcamos de un *coliseo* subvencionado. Malas ó buenas, funcionan todas las temporadas dos ó tres compañías que ponen en escena comedias españolas y comedias extranjeras. Ninguna obra de Echegaray, Sellés, Benavente, Galdós, Blasco, Dicenta, etc.,

se queda por lo general sin representar por falta de teatro. La afición del público á la dramática castiza no crecería por el hecho de que el Estado fuese empresario ó coadyuvante en el papel de *caballo blanco*. Para que creciese sería preciso que se escribieran obras mejores, y esto no puede decretarlo el nuevo Ministerio de Instrucción pública. Ahora, cada autor escribe las suyas todo lo mejor que se le alcanza, y de ahí no pasa. Lo mismo sucedería entonces.

Para difundir verdaderamente la afición al teatro español habría que volver á la tradición de la antigua esplendidez edilicia. Los magistrados populares acostumbraban antiguamente á costear espectáculos y juegos gratuítos, pero no á costa del dinero público, sino del suyo propio. Si los partidarios de la protección al Teatro nacional hallasen á mano algunos de estos Mecenas, la cuestión se simplificaría mucho.

*
* *

Escrito lo anterior, leo en un periódico que uno de los nuevos ministros, el Sr. García Alix, es partidario del teatro subvencionado. ¡Dios nos la depare buena! Pero nada quiero borrar de lo escrito, por aquello de *Amicus Plato, sed magis amica veritas.*

E. Gómez de Baquero.

REVISTA DE REVISTAS

SUMARIO:—Historia: La historia de los boers. = Filosofía de la Historia: Los argumentos en pro y en contra de la guerra anglo-boer.= Estética y Bellas Artes: Juan Ruskin.—Las ideas estéticas de Federico Nietzsche. = Literatura: *Siluetas parisienses*: Julio Renard, Eduardo Rod, Pablo Verlaine y Esteban Mallarmé. = Impresiones y notas: Chamberlain, Maestro.—La Reina Sofía.—La mujer boer ante la invasión.—El anteojo gigantesco de la Exposición.—La Prensa contemporánea.

HISTORIA

La historia de los boers.—Pocas historias hay—dice Julio Leclercq en la *Nouvelle Revue Internationale*—tan atractivas como la de los boers.

Esta historia comienza en cierto modo con el éxodo del «gran *trek*», que tuvo por causa el disgusto de los boers con el Gobierno inglés del Cabo. Los boers dejaron sus tierras y fueron en busca de otras regiones donde pudieran vivir con libertad, pues el boer ama, ante todo, la libertad, sin dejar por eso de amar el orden y de ser respetuosísimo con la ley. En la colonia del Cabo los cafres podían saquear á los boers, y los boers no podían defenderse por sí, ni eran defendidos por el Gobierno; hartos de semejante conducta emprendieron el gran *trek* ó emigración, y se dirigieron al Norte de la colonia inglesa, en dirección al río Orange, en 1833.

Bajo el mando de Pieter Retief, tan bravo como inteligente y piadoso, cruzaron el Orange y redactaron un docu-

mento en que exponían las razones de su emigración y su resolución de conservar su independencia en las regiones inexploradas en que iban á establecerse. Largo tiempo marcharon sin ser inquietados por las tribus indígenas, en grupos diseminados que acampaban donde quiera con sus tiendas y sus carros; pero al acercarse al río Vaal, los zulús se lanzaron dando gritos sobre el primer campamento boer, que quedó destruído por completo, sin que sobreviviera ni uno solo de aquellos emigrantes al encarnizado combate que allí se entabló.

Los matabeles, llevándose los rebaños de los sorprendidos boers, y abierto su apetito, corren hacia las blancas tiendas que anuncian la llegada de otra nueva bandada de emigrantes y los atacan por sorpresa otra vez; algunos, sin embargo, pudieron escapar del segundo desastre, y corrieron á dar aviso á los compatriotas que les seguían. Advertidos del peligro, los boers no se acobardaron; lanzaron emisarios en todas direcciones, y los diseminados *laagers* se agruparon, y los preparativos de defensa se apresuraron, disponiendo en cuadro los carros, y llenando los intersticios con espinosas ramas de árboles. Apenas dispuesto todo, se presentan los feroces matabeles ensordeciendo el aire con su gritería, y se precipitan furiosos sobre el campamento; los boers, con la sangre fría y la previsión del cazador práctico, apuntan y disparan y no pierden un tiro, mientras sus mujeres tras ellos cargan los fusiles; la sangrienta lucha dura largo tiempo, y al fin los matabeles se retiran, dejando el campo lleno de cadáveres.

Noticioso el núcleo principal de los emigrantes de lo ocurrido, celebraron consejo al pie del Tabanchu ó «montaña negra», y acordaron dar una severa lección á los indígenas para obligarles al respeto y al temor; se preparó una expedición, y en 1837 cien hombres escogidos atravesaron el Vaal, mandados por Gert Maritz, é hicieron pagar caro á Moselitatre, jefe de los matabeles en el kraal de Mosega, las sorpresas de los dos campamentos boers. Hecho esto, recuperaron sus perdidos carros y volvieron tranquilamente á su campo, dirigién-

dose al Natal y atravesando el Drakensberg no sin grandes fatigas y penalidades.

Diseminados de nuevo en pequeños grupos, Retief, con 70 jinetes escogidos marchó en busca del rey de los zulús, con la esperanza de obtener la concesióu de territorios para el pacífico establecimiento de los emigrados. Dingaan, el rey de los zulús, los recibió cariñosamente concediéndoles todo el país situado entre el Tugela y el Umzimbubu, y tratándolos como á huéspedes favoritos; para despedida, Dingaan los invitó al espectáculo de una danza militar en su kraal, y los boers aceptaron sin recelo, penetrando en el kraal después de dejar depositados sus fusiles. La danza empezó, y los guerreros salvajes giraban vertiginosamente en círculo, acercándose cada vez más á sus huéspedes, hasta que de pronto, cuando estrechado el círculo casi tocaban á los boers, la danza se convierte en furiosa acometida, y los infelices emigrantes, que estaban sentados en el suelo completamente indefensos, se ven atacados y cogidos por aquellos salvajes, que los condujeron á una colina próxima, machacándoles allí los cráneos, sin que ni uno solo escapara de la horrible matanza, de la que sólo fue testigo el misionero americano Owen.

Aquel mismo día las hordas zulús abandonaron su kraal y se dirigieron á sorprender á los descuidados boers, cayendo al rayar la aurora sobre las esparcidas tiendas de las orillas del Bushman y el Blauwkrantz y degollando á gran número de boers, cogidos por sorpresa. Rehechos, sin embargo, de su primera emoción, los emigrados se dispusieron á la defensa, improvisando con sus carros un reducto, y tras largo y sangriento, y á veces indeciso combate, lograron rechazar á sus agresores, no sin perder centenares de preciosas vidas, que hicieron se diera á la ciudad que más tarde se levantó en aquel sitio, el nombre de *Weenen*, «lágrimas».

Un escarmiento ejemplar era preciso, y en Abril de 1838, ochocientos jinetes al mando de Piet Uys y de Hendrick Potgieter, se pusieron en marcha hacia el kraal de Dingaan; los

zulús resistieron el asalto, pero tuvieron que dispersarse. En esta dispersión los boers, persiguiendo á los fugitivos, se diseminaron también, y entonces los zulús se rehicieron, y un grupo numeroso cayó sobre el jefe Uys y unos cuantos compañeros; la lucha se entabló cuerpo á cuerpo, y Uys, herido mortalmente, rogó á los suyos que le abandonaran á su suerte y se salvaran; mientras así lo hacían, su hijo Piet, joven de catorce años, al ver á su padre amenazado por las azagayas de numerosos zulús, se olvida de todo, y sin escuchar más voz que la de su corazón de hijo, vuelve la brida de su caballo, se precipita enmedio del grupo, mata á tres zulús, y cae acribillado de lanzazos al pie del cadáver de su padre.

Desalentados con tantas pérdidas los emigrantes vacilaban, cuando se les reunió una nueva caravana que acababa de pasar las montañas; recobrando con esto la esperanza, pasaron el Tugela al mando de Pretorio, vencieron en varios combates á los zulús, ayudaron á Panda contra su hermano Dingaan, haciéndole proclamar rey de Zululandia, derrotándole y haciéndole buscar asilo en otra tribu, y pactaron con el nuevo rey un tratado de sólida alianza, fundando la República de Natalia.

Los boers esperaban ser allí independientes; pero los ingleses les disputaron aquel dominio, y tras varias alternativas, Natal fue proclamado en 1843 territorio inglés. Los boers entonces pensaron en fundar su Estado al otro lado del Drakensberg; pero allí también en 1844 la Gran Bretaña proclamó su soberanía en el territorio hoy formado por el Estado libre de Orange, confirmándose esta declaración en 1848.

Muchos colonos boers, irritados por la dominación inglesa, se sublevaron, dirigidos por Pretorius; la batalla de Boomplatz decidió el triunfo en favor de los ingleses, y los valientes é indómitos boers tuvieron que emigrar de nuevo; atravesaron el Vaal, mandados por Pretorius, y fundaron la República del Transvaal, dándole por capital á Pretoria, del nombre de su jefe.

La colonia del Orange fue reconocida en 1854 como República libre, á consecuencia de sucesos interiores que decidieron

á Inglaterra por esta solución, y una y otra Repúblicas hubieran crecido y prosperado si las ambiciones anglosajonas no hubieran dificultado su pacífico desarrollo. En 1877 Inglaterra se anexionó arbitrariamente el Transvaal, provocando la guerra de la independencia, que acabó con la completa derrota de los ingleses en Langs Nek, en Iugogo y en Majuba, y con el reconocimiento de la independencia de la valiente República, siendo harto conocidos los últimos acontecimientos que han provocado la actual guerra anglo-boer, en que el Orange y el Transvaal, unidos en estrecho abrazo, se han levantado contra las irritantes pretensiones de los Rhodes y Chamberlain, y las repugnantes y odiosas intrigas y combinaciones de los accionistas de las minas de oro, esas minas que debieran ser como el premio de la constancia y laboriosidad de un pueblo heroico, y que quizá lleguen á ser, por la cobarde complicidad del silencio de todas las naciones, la ocasión de su ruina y aniquilamiento.

FILOSOFIA DE LA HISTORIA

Los argumentos en pro y en contra de la guerra anglo-boer.—Los ingleses, más que ninguna otra nación, discuten con calor, no sólo los hechos de la guerra surafricana, sino también la justificación posible de esta guerra, aduciendo argumentos que la Historia, el día de mañana, ha de tener muy en cuenta al juzgar con criterio imparcial la conducta de ambos contendientes.

El campeón de la paz, el simpático Stead, director de la *Review of Reviews,* formula diez razones en favor de la paz, contra las cuales aducen otras diez los partidarios de la guerra, singularmente Cecilio Rhodes y Chamberlain.

Los argumentos de Stead, para pedir que se ponga fin á las hostilidades, son los siguientes: 1.°, la ruptura procede de una equivocación; 2.°, no se ha ensayado el arbitraje; 3.°, es falso que en el Transvaal se haya urdido ningún complot contra el

poder inglés en el Africa del Sur; 4.°, se ha demostrado la ignorancia de los hombres de Estado ingleses, que suponían que el Transvaal había de ceder cuando viera que la cosa iba de veras; 5.°, la afirmación de la debilidad militar de los boers es un error manifiesto que ha extraviado á la opinión; 6.°, si es cierto que Inglaterra no quiere conquistar minas ni territorios, no hay por qué proseguir la guerra; 7.°, la igualdad de trato en el Transvaal para boers é ingleses, está cada vez más comprometida con la continuación de la guerra; 8.°, la situación del Cabo se agrava, no siendo el mejor medio de seducir á los africanders el andar á tiros con ellos y con sus hermanos; 9.°, el imperio británico ha perdido con la guerra defensores y prestigio; 10.°, la guerra es injusta é inútil, y Dios no puede dar la victoria á quienes combaten contra Él.

A esto contestan los belicosos: 1.°, la guerra fue siempre inevitable; 2.°, Krüger obró de mala fe; 3.°, el Transvaal ha violado las convenciones; 4.°, el Transvaal desconoce el predominio de Inglaterra; 5.°, los boers quieren arrojar á los ingleses del Africa del Sur; 6.°, Inglaterra debe seguir siendo la potencia preponderante en el Africa del Sur; 7.°, los intereses lesionados de ingleses y de uitlanders exigen la prosecución de la guerra; 8.°, Inglaterra desea derechos iguales para todos los hombres; 9.°, el interés mismo de los africanders reclama la dominación inglesa, por estar roídos por el funcionarismo y la corrupción; 10.°, la protección á los indígenas exige la desaparición del poder boer.

Estos argumentos son de tal naturaleza, que no vale la pena discutirlos, bastando tan sólo recordar, como réplica á los de mayor fuerza aparente, estos dos versos de Víctor Hugo, oportunamente citados por Le Foyer:

«C'est afin de pouvoir t'égorger qu'on t'insulte
La calomnie ayant pour but l'assassinat» (1).

(1) Para poderte degollar te insultan teniendo la calumnia por objeto el asesinato.

Aparte de esta argumentación, que pudiera llamarse de momento, vienen los argumentos tomados de la Sociología, de la filosofía social, y estos merecen fijar por un momento la atención.

«El mundo—dice Demolins—pertenece á los pueblos de superioridad social; los derechos de la civilización, el interés eminente de la humanidad, exigen que los pueblos superiores dominen á los inferiores.» Las naciones, pues, en nombre de la superioridad social, ¿deben convertirse en salteadoras de provincias y gitanas de Estados—como dice Le Foyer—ó deben ser ciudadanas respetuosas del derecho, que es precisamente lo que constituye su verdadera superioridad? El derecho de conquista en nombre de la superioridad social es la resurrección hipócrita, anacrónica y miserable, del capricho de la usurpación de los antiguos reyes. Es pretender fundar la propiedad en la expropiación; es la supresión de toda propiedad nacional, la abolición de la patria, la inseguridad permanente, la anarquía. Porque cada cual es inferior á otro, y cuantas veces hubiera dudas sobre la superioridad relativa, habría que recurrir á la guerra, y sería imposible el desarrollo normal de las naciones.

«Los sacrificios que nos imponemos—dice Balfour—se harán en interés de los derechos de la humanidad y de la civilización.» Pero, ¿cuál es el derecho de la humanidad? Un pueblo no es menos que un hombre, y es absurdo y criminal negar á un pueblo la autonomía que se concede á un hombre, y es nulo todo contrato que pretenda ligar á dos pueblos sin ser libremente aceptado por ambos. Puede uno imponerse una obligación, pero no imponerla á los demás. Toda conquista violenta es, pues, un atentado contra la humanidad.

Aun siendo puramente económica, no es lícita ninguna conquista. Nadie tiene el derecho de imponer á los demás sus productos, como no puede imponerle sus órdenes. Los tiempos modernos han creado una especie nueva de esclavos: el *esclavo comprador*. Antiguamente el amo hacía trabajar y ven-

der al esclavo; hoy es el amo el que trabaja y vende, y el esclavo el que tiene que comprar; pero ambas esclavitudes son inhumanas.

Colonizar es cultivar y educar: un pueblo puede querer educar á otro y éste querer que otro le cultive y le eduque, y esta colaboración de dos pueblos de desigual cultura es la colonización, que no es una violencia, sino un pacto; no es una relación de despotismo y vasallaje, sino que debería ser una relación de amor. ¿Qué colonización prospera? La que se adapta á las costumbres del país, respetuosa, liberal, generosa. ¿Qué colonización fracasa? La que se apoya en la violencia de las armas ó en la violencia de la ley. Los pueblos se deben unos á otros respeto en absoluto, y ayuda relativamente.

Claro es que entre los pueblos, como entre los ciudadanos, hay disputas, querellas y crímenes. ¿Cuál es en tales casos el modo de resolver los conflictos que pueden surgir con arreglo al «interés superior de la civilización y de la humanidad?» Nadie puede hacerse justicia á sí mismo, ni puede ser juez en causa propia. El empleo de la fuerza caracteriza la anarquía antisocial; la civilización implica la obligación de establecer y aceptar el arbitraje. ¿Qué ha hecho Inglaterra? Rehusar el arbitraje. Desde entonces, el mundo reconoció culpable á Inglaterra, porque, como dice Richet, «rehusar en principio el arbitraje es hacer confesión solemne de intenciones criminales.»

ESTÉTICA Y BELLAS ARTES

Juan Ruskin.—Muerto poco há, á los ochenta y un años, Juan Ruskin puede considerarse—como dice en la *Nuova Antologia* Hugo Fleres—como el más valiente campeón de los críticos reaccionarios, que, rebuscando entre las cenizas de los altares abatidos, encuentran todavía una chispa de sentimiento religioso, con la que pretenden prender fuego á la ciencia.

Como la parte más aparente de las doctrinas materialistas se reduce á pura charlatanería, se hace á la ciencia culpable de nuestros desengaños, cuando los culpables somos los que nos hemos apresurado á entregarnos á nuestras ilusiones. Hemos esperado que la ciencia fuese un taumaturgo, y apenas si es un médico: error nuestro el haber creído demasiado en tal medicina, y en cargarla con la responsabilidad de nuestros males.

Los efectos de la maravillosa elocuencia de Ruskin se explican porque, no limitándose á las palabras, trascienden á los actos, predicando con el ejemplo. Ruskin es, no sólo el expositor, sino el campeón de sus teorías. Si este soñador no fuese inglés y rico, sus palabras serían declamación. Ruskin detesta los ferrocarriles, pero los utiliza continuamente; condena el lujo, y se rodea de obras de arte; pero un día su patrimonio de cinco millones se ve disipado por sus viajes, estudios y placeres, y entonces Ruskin se despoja de todo para vivir de su trabajo literario, que le produce unos cien mil francos al año. Y desde entonces nada tiene suyo.

Ruskin nació en Londres en 1819, y su padre, un rico vinatero instruído, le hizo recorrer Europa entera desde niño. De todas las manifestaciones del arte, la que Ruskin sintió siempre más profundamente fue la del color, distinguiendo así tres zonas artísticas; la de los dibujantes, personificada por Rafael, con Roma por centro; la de los claroscuristas, dominada por Rembrand, en Amsterdan, y la de los coloristas por el Beato Angelico, en Fiésole. Ruskin afirma que la Naturaleza, maestra única, enseña las leyes de Fiésole, su ciudad preferida hasta que, como Byron y Wagner, se entregó á los encantos de Venecia.

Las condiciones esenciales del arte para el institutor del prerrafaelismo son cuatro: una técnica impecable y duradera, la serenidad en el reposo y en la acción, el rostro considerado como lo más importante del cuerpo, y la expresión apartada de todo vicio ó dolor. En estos principios estéticos no figura la composición, porque componer es pretender añadir algo á la

visión de la Naturaleza, y para Ruskin la Naturaleza es ya todo el arte. Así es que la diversidad de las escuelas consiste en el modo con que el artista se pone frente á la Naturaleza: el ecléctico reproduce, el realista obedece y el idealista escoge.

Importa fijar el valor de la gastada expresión «sentimiento de la Naturaleza», que para muchos denota el sentimiento del campo y para otros cualquier manifestación de la realidad; Ruskin no es de estos últimos; quiere que una figura ó un paisaje sean reproducidos con absoluta ingenuidad, pero no admite que esa figura esté deformada por un vicio ó una moda ridícula, ni que el paisaje aparezca mezquinizado por las mutilaciones que le han hecho sufrir en nombre de la civilización. Para Ruskin el sentimiento de la Naturaleza es casi exclusivamente el sentimiento rural, porque prefiere un hermoso paisaje á la más hermosa figura humana, y no hay velo de sombra en una frente pensativa que le entusiasme tanto como una nubecilla en el azul del cielo. De las nubes, sobre todo, está Ruskin enamorado, porque allí no llega la mano del hombre, cruzando libremente el cielo, encendiéndose con los rayos rosados del alba ó los áureos del ocaso, sin que lleguen ingenieros ni comerciantes á profanarlas.

En Ruskin el sentido de la vista no sólo era el sentido soberano, sino el exclusivo; y dado su amor fundamental á los aspectos libres de la Naturaleza, amó sobre todas las artes la pintura y sobre todas las pinturas la del paisaje, prefiriendo á la música, á la poesía y hasta á la escultura, la arquitectura, por ver en ella como una continuación de la Naturaleza misma. El esteta hubiera querido sacrificar todo al goce del sentido de la vista, suprimiendo los ferrocarriles que afean la campiña, y haciendo desaparecer las fábricas que ensucian el aire. ¿Qué importa que una tela esté tejida con la amable irregularidad que atestigua el sentimiento del que la ha tejido? Y Ruskin fundó fábricas textiles de las que fue excluído el vapor, y enseñó que jamás el arte debe ser industrial, sino la industria esforzarse por hacerse artística.

¿Qué ha ganado la humanidad con la absorbente colaboración de las máquinas? Hoy la riqueza ha crecido; pero, ¿no han crecido también bastante más las necesidades? El molino Grotte en el poema sueco de Victor Rydberg, transforma la sangre de las gentes en oro; pero, ¿no sería mejor que el oro se convirtiese en sangre y que, con menos riquezas, hubiera más salud, más serenidad, más alegría? Todos los progresos sociales son inútiles, cuando no dañosos, como asevera Ruskin; pero, ¿se puede admitir que la solución del problema social dependa de una propaganda estética?

Aunque la filosofía de Ruskin fuese poco satisfactoria y su crítica esté llena de contradicciones y lirismos, es innegable que ha ejercido benéfico influjo en el desarrollo intelectual, y que no sólo los artistas ingleses y americanos, sino en general todos los estudiosos y especialmente las señoras, recibieron en su educación artística el maravilloso impulso de las teorías de Ruskin, que empezando á escribir á los quince años, ha dejado como obras principales los cinco volúmenes de *Modern Painters* (1843-60), el de *The seven Lamps of Architecture* (1849), los tres de *The stones of Venice* (1851-53), el de *Lectures on Architecture and Painting* (1853), el de *Sesame and Lilies* (1865), los ocho de *Fors Clavigera* (1871-84) y los de *Mornings in Florence* (1875-77), *Guide to the principals pictures of Academy of fine arts at Venice* (1877), *Praeterita* (1885-89) y *The Pleasures of England* (1890).

Su obra maestra, sin embargo, fue su propia vida. Todos cuantos le visitaron en Brantwood, su residencia favorita, quedaban fascinados; y esa misma impresión de fascinación sintió Carlyle oyendo una de sus conferencias, teniéndole también por maestro León Tolstoi; sus lecciones en la cátedra de Oxford atraían numerosísimo auditorio, compuesto en su mitad de señoras procedentes no sólo de Inglaterra, sino de Escocia, de Irlanda y de los Estados Unidos. El secreto de su influencia oratoria, casi mágica, estaba en que, más que hombre de doctrina, Ruskin fue hombre de sentimiento;

para Ruskin, artista más que filósofo, el gusto y la razón se undían en un solo sentimiento: en la pasión de la belleza.

***

Las ideas estéticas de Federico Nietzsche.—Hoy el nombre de Nietzsche—dice Butti en la *Nuova Antología*—está bastante divulgado para que se pueda hablar de él sin presentación; su vida desventurada es conocida de cuantos se ocupan de cosas intelectuales, y su locura, que dura hace años y lo encamina lentamente á la muerte, es seguida con curiosidad en las crónicas de los periódicos. Nietzsche ha obtenido con la propaganda modesta y digna del libro largas y apasionadas discusiones, logrando que su nombre haya llegado á ser una enseña política contrapuesta á la de Carlos Marx. No es, pues, el caso de repetir lo que ya se ha dicho sobre las ideas de Nietzsche en sociología y moral, expuestas en sus libros más famosos, *Así hablaba Zoratustra* (1), y *Por encima del bien y del mal;* pero puede ser interesante la exposición de sus ideas estéticas, y del papel importantísimo que asigna al arte en la vida, contenidas en otros libros menos conocidos.

El Arte—dice en su *Ensayo de crítica sobre sí mismo*—es «la actividad esencialmente metafísica del hombre; la existencia del mundo no puede justificarse sino como un fenómeno estético». Nietzsche rechaza la explicación puramente ética de la vida, y propone sustituir el arte á la moral como fundamento de todos los fenómenos sensibles. «Yo no reconozco —dice—en el fondo de todo lo que fue sino un sentido artístico y un símbolo de arte oculto, un Dios si se quiere, pero un Dios simplemente artista, para quien la creación ó la destrucción, el bien ó el mal son manifestaciones de su capricho indiferente y de su omnipotencia; un Dios que se libra, fabri-

(1) Esta importantísima obra, la fundamental de Federico Nietzsche, acaba de ver la luz en castellano primorosamente traducida.

cando mundos, del tormento de su plenitud y de su plétora, de los sufrimientos que le ocasionan los contrastes que en él se acumulan».

El pesimismo de Schopenhauer inspira á Nietzsche, y es natural que con semejantes ideas Nietzsche se muestre acérrimo enemigo de la doctrina cristiana. «En verdad—dice—nada es más contrario á la justificación puramente estética del mundo que la doctrina cristiana, que no es ni quiere ser más que moral, y que con sus máximas absolutas relega el arte al reino de la mentira; entreviéndose tras esta apreciación hostil del arte, la hostilidad á la vida, porque toda la vida descansa sobre apariencias, arte, ilusión óptica, necesidad del perspectiva y de error.» Nietzsche bautiza su doctrina con e nombre de «dionisiaca,» tomado del nombre griego de Baco, y separando los dos conceptos afines y paralelos de lo bello y lo bueno, hace de ellos dos principios divergentes, enemigos inconciliables.

Como consecuencia de este antagonismo entre la moral y el arte, la religión y la estética, Nietzsche afirma que «el arte levanta la cabeza cuando las religiones pierden terreno». El arte se convierte así en un sucedáneo de la fe, sustituyendo á ésta como consuelo, alivio y distracción de la realidad terrena. No puede, sin embargo, decir que la sustituya como enseñanza, guía y freno, y este es el gran defecto de su teoría, pues si tal exclusivo eclecticismo pudiera entrar algún día en el dominio de la vida, no redimiría al hombre de la barbarie nativa, sino que le haría más bárbaro. La belleza no es regla de conducta, y los hermosos gestos á la Tailhade sólo son cosa respetable en el campo de las frases y de los cenáculos literarios.

El arte moderno, después de derrotada la fe, está á punto de ceder su puesto á la ciencia, que no tardará en suplantarlo; para él, Voltaire fue el último de los grandes escritores. Hoy, rotos todos los frenos irracionales del arte greco-francés, nos hemos acostumbrado á considerar irracional todo freno y todo

límite; así, el arte «se encamina á su liberación final y toca al mismo tiempo todas las fases de su infancia y de su desarrollo, repitiendo, al correr á su ruina, las de su natividad y sus progresos». Estas palabras, teniendo en cuenta que son de 1876, constituyen casi una profecía: el prerrafaelismo anglosajón, el decadentismo y el simbolismo de Francia, el acre é ingenuo trecentismo, y el sexcentismo verboso y melódico italiano, son todos movimientos retrógrados del espíritu, retornos á períodos pasados é inferiores del arte.

Para Nietzsche el arte está condenado á morir, y el artista llegará á ser un magnífico retazo del pasado, siendo el hombre de ciencia su desarrollo ulterior. La religión para él ha muerto, llevándose consigo los mejores tesoros de nuestra alma, el espíritu de sacrificio, de abnegación, de castidad y de amor; el arte está en la agonía y se llevará los sueños, las fantasías, los entusiasmos, los dulces errores y el culto divino de la belleza; la ciencia vendrá luego; pero, ¿qué nos dará en cambio? Brunetière ha mostrado sus daños y peligros, pero incurriendo en exageraciones é inexactitudes. Nietzsche, con sus afirmaciones tajantes, reduce el progreso á una línea esquemática, cuyo error histórico es evidente. La sociedad ha vivido siempre con la fe, con el arte y con la ciencia, y es de presumir que seguirá siempre viviendo del mismo modo, porque los hombres se renuevan, pero no dejan de ser hombres.

Si en el *Así hablaba Zaratustra* se desarrolla todo el sistema filosófico del autor—la eterna evolución y el eterno retorno de las cosas—fuerza es reconocer que esta obra es esencialmente una obra de arte, como el *De natura rerum,* de Lucrecio. Pero Nietzsche no es artista por la sola expresión verbal de su pensamiento, sino por su naturaleza, por su alma y por su vida. Su existencia novelesca y vagabunda, sus estudios musicales, su predilección por la pintoresca soledad de las montañas, hasta su misma locura, son necesidades y consecuencias de su temperamento lírico, manifestaciones irresistibles de su espíritu ávido del delicioso veneno de la belleza.

La multitud ignora los martirios de un alma artista; estos dolores los conoce Nietzsche porque los sabe explicar con claridad insuperable. «El genio artístico — dice — quiere hacer gozar; pero si se mantiene en esfera demasiado alta, le faltan los que pueden disfrutar de aquel goce: ofrece una comida que nadie quiere saborear; y esto le hace, según las circunstancias, conmovedor ó ridículo, porque en el fondo no tiene ningún derecho para obligar á los hombres á gustar del placer; su guitarra suena, pero ninguno quiere bailar. ¿No es esto trágico? Es verdad que en compensación tiene el placer de crear; pero sufre, quizá porque su ambición y su envidia son demasiado grandes.»

La observación de Nietzsche sobre la creencia del público en la inspiración del artista es agudísima, hallándose muy bien desarrollada en su trabajo sobre *El alma de los artistas y de los escritores*. El vulgo cree que todo artista es un *inspirado,* algo sobrenatural en quien las obras de arte surgen espontáneas y repentinas, «como en obscuro matorral los hongos»; si por casualidad asisten al penoso trabajo de un artista que consume tiempo é ingenio para expresar bellamente una idea, se sienten desilusionados, se imaginan que aquello no es obra de genio, sino de paciencia, y que si ellos se dedicaran á ejecutarla con el mismo empeño, obtendrían el mismo resultado, con lo cual se juzgan iguales al artista, y no pueden ya admirarlo.

Esta creencia en la inspiración es, según Nietzsche, un prejuicio: «la improvisación artística — dice — está á un nivel bastante bajo en parangón con las ideas de arte escogidas seria y laboriosamente; todos los grandes hombres son grandes trabajadores, no sólo infatigables en el inventar, sino en el repudiar, limpiar, modificar, acomodar».

De esta ilusión general ha nacido el culto del genio artístico. ¿Qué consecuencias lleva al ánimo del artista este fetichismo? «Es síntoma peligroso—dice Nietzsche—que el hombre sea presa de cierta especie de miedo religioso de sí mismo,

trátese del célebre miedo de los Césares ó del de los genios: cuando el perfume del sacrificio, que sólo debe ofrecerse á Dios, penetra en el cerebro del artista, al punto éste comienza á tropezar y á estimarse por algo sobrenatural. Las consecuencias, á la larga, son las siguientes: el sentimiento de la irresponsabilidad y de los privilegios excepcionales, la persuasión de que con solo su presencia hace un favor; la rabia loca por cualquier comparación que no le exalte; cesando de ejercer la crítica de sí mismo, las plumas acaban por caer una á una de sus alas; la exaltación excesiva mina las raíces de su fuerza, y acaba por hacer de él un hipócrita cuando la fuerza le falta.»

Para concluir, he aquí tres citas entre las más amargas y paradójicas de sus obras. Las damos sin comentarios:

El mejor autor: «El mejor autor será el que se avergüence de ser un literato.»

Ley draconiana contra los escritores: «Debería considerarse un escritor como un malhechor que sólo en rarísimos casos merecería ser absuelto; esto sería un remedio contra la invasión de los libros.»

Los juglares de la civilización moderna: «Los juglares de las Cortes medioevales corresponden á los periodistas de hoy; es la misma especie de hombres, que no existen frecuentemente sino para mitigar el efecto de las situaciones patéticas á fuerza de charlar, y para cubrir con su clamoreo los golpes demasiado pesados y solemnes de los grandes acontecimientos; antes al servicio de los príncipes, y hoy al de los partidos. Considerar el estado de escritor como una profesión debería pasar, si fuésemos justos, como un estado de demencia.»

LITERATURA

Siluetas parisienses. — Julio Renard. — Julio Renard —dice Zadig en la *Revue Bleue*—estudió los animales, y conoce perfectamente á los hombres. Los conoce, y trata de des-

cribirlos. Es esencial y completamente realista: habiendo visto á los hombres, sus aptitudes y sus hechos, no los deforma, no los desnaturaliza al separarlos, sino que expresa cuanto ve con exactitud casi fotográfica. Y como su observación es tan precisa, parece á veces amarga, lo que prueba que en el mundo no todo marcha bien; y como sus obras finas y menudas, y maravillosamente labradas son resultado del más clarividente realismo, emana á veces de ellas cierta profunda filosofía que Julio Renard ni siquiera ha sospechado.

La elegancia discreta, que es la medida y la armonía, sólo puede venir de un espíritu clásico, y Julio Renard es un realista clásico, teniendo de los clásicos la brevedad, la exquisita brevedad, que es la cortesía de los escritores, preciosa siempre, y hoy estimada como virtud indispensable. Para lograrla, Renard trabaja lo indecible, porque en este espíritu todo es esfuerzo y método. Julio Renard, á Dios gracias, carece de facilidad; la facilidad, que puede ser la gracia del genio, es la vulgaridad del talento, y Renard está exento de esta odiosa vulgaridad.

Ahora bien: Julio Renard, que tiene un gran talento, tiene, sin embargo, muchos amigos, y eso podría serle funesto. Vale más sufrir la envidia de sus rivales que su impertinente admiración. Se necesita, en efecto, ser tan presumido y tonto como un humorista, para pretender que Julio Renard es un humorista. Es posible que Julio Renard no llegue á poseer toda la gloria de que es digno, por el empeño de su camarilla en darle notoriedad; quisieron crear en su honor un snobismo y le perjudicaron. El snobismo, en resumidas cuentas, empequeñece todo lo que toca.

*
* *

Eduardo Rod.—Es melancólico y grave, pero sin ceño ni pedantería; Eduardo Rod es—dice Zadig—el más francés de los suizos. En nuestra época, presuntuosa y fútil, hay que

querer á este escritor serio y sencillo, enemigo de todas las fantasías, suavemente razonador y pacíficamente moralizador, que conquista los corazones ganando los espíritus.

En todo novelista hay dos hombres: uno es frecuentemente sencillo y leal; pero el otro, entre pillo y servil, es el que escribe las novelas. En Eduardo Rod, el novelista no se distingue del hombre, hecho todo de franqueza é incapaz de engañar, sin consentir nunca, por agradar, en ningún sacrificio. Decía Voltaire que «el deseo de agradar es al espíritu lo que el adorno á la belleza»; pero Rod no quiso sacrificar nada de su talento ni de su corazón al empeño de agradar.

Eduardo Rod es el novelista de la inteligencia y del corazón, y para él, el hombre es el único autor de su dicha ó de su desgracia. No se detiene en operaciones pueriles de análisis, ni se cuida de la psicología, sino de la moral, fijándose más en las intenciones que en los actos. Los actos le parecen resultado secundario de las inteligencias, y Rod atiende más á la incertidumbre de las almas, á las luchas interiores de la inteligencia y de unas almas con otras.

Eduardo Rod estudia, sin embargo, las pasiones humanas, pareciéndole, como á todos los novelistas, que el amor es la pasión dominante. Pero como Rod es moralista, considera el amor en sus efectos sociales, traducido frecuentemente en adulterio; y como el adulterio, en las novelas de Rod, aparece como consecuencia del matrimonio, resultan condenados á la vez el matrimonio y el adulterio.

Eduardo Rod, crítico ó moralista, tiene una teoría, que llama *el intuitivismo*, nombre que significa que el hombre debe estudiarse á sí mismo para conocer á los demás; y así es como Rod derrama en el mundo su íntima melancolía. No creyendo que la novela tenga por único objeto distraer agradablemente, Rod la asigna una noble misión: la de ser una enseñanza moral. Son muy raros los novelistas que ejercen influencia en los hombres, porque sus obras, en general, sólo son el reflejo de las costumbres contemporáneas, y se contradicen. Eduardo

Rod, por su penetrante sinceridad, puede obrar sobre algunos espíritus escogidos; afortunadamente, su influencia no es perniciosa; es triste, es pesimista, y nos excita á la acción sana y confortadora, la única que puede distraernos de la vida.

*
* *

Pablo Verlaine y Esteban Mallarmé.—He aquí dos poetas sobre los que se ha escrito y divagado mucho: uno ha muerto hace cuatro años, y el otro acaba de desaparecer á su vez, publicándose al presente las obras de ambos. Para comprender la belleza y las diferencias esenciales de sus poesías, hay que saber—dice en *La Revue Naturiste* Alberto Fleury—cómo han vivido.

La existencia de Verlaine es la más tormentosa y menos literaria imaginable. Léanse sus *Confesiones* y se verá su infancia en una ciudad de provincia; su juventud como oficinista asiduo á su trabajo; un matrimonio del que esperaba grandes delicias, un deplorable infortunio amoroso y una vejez miserable y abandonada, reducida á una casi mendicidad con tropiezos aventureros, cuestiones en los Tribunales, años de prisión, destierro, hambre y miseria, arrastrando sus harapos de taberna en taberna y de hospital en hospital.

¿Cómo no ha de ser su estilo incoherente y barroco, con vida tan barroca é incoherente? Hay algo, sin embargo, en él que forma el elemento esencial de su espíritu, y es que no se desalienta jamás, brillando siempre la esperanza en el horizonte de su vida. Si se queja con fuerza cuando sufre, no se regocija con menos fuerza cuando le toca en suerte un placer. Cada uno de sus versos es la reproducción auténtica del instante en que fue escrito, desde los días en que escuchaba la música en la plaza de Metz, hasta los días en que arrastraba su vejez por los cafés del barrio latino.

Mallarmé, por el contrario, es un hombre cuya labor literaria fue completamente independiente de su existencia. Fi-

guráos la agitación de nuestra época en París; con su tumulto en política, su ruido en la calle, y la continua fiebre que devora la vida de todos. En semejante medio, las ideas de arte son casi desconocidas; en el pueblo se lucha por la revolución social, la burguesía, amenazada, piensa en defender sus privilegios, y las clases altas sólo defienden su rango, gracias á especulaciones bursátiles. Enmedio de tal barullo todos quieren llegar... ¿á qué? nadie lo sabe con certeza, pero ante todo á vivir, que es la gran preocupación; la gente se empuja, los fuertes se comen á los débiles, y hay cadáveres que alfombran el suelo, y en esta batalla continua la razon social aparece de cuando en cuando barriendo á los rezagados é inválidos, construyendo hospitales y presidios.

¿Se puede imaginar que enmedio de tal espectáculo haya alguien que sea indiferente, sin interesarse en nada de lo que pasa, viviendo sólo consigo mismo? Pues hay uno, que vive dando lecciones de inglés, comiendo tranquilamente lo que saca de su trabajo con su mujer y su hija, repleto de lecturas superiores, absorbido por la literatura, de gusto exquisito, espectador indiferente de todo lo que no sea emanación de su alma delicada; y ese uno es Esteban Mallarmé. Enamorado de Baudelaire y de Edgardo Poe, todo el espanto del uno y todo el esplín del otro han pesado sobre él.

Su poesía es un trabajo: razona su impresión, la estudia y se esfuerza en transcribirla con autenticidad; y no se trata aquí de su respeto á las reglas clásicas, sino de su preferencia por tal epíteto ó palabra en lugar de otra que podría parecer perfecta. ¿Dónde, pues, estaba la inspiración de este poeta? Es inmediata y de conjunto, especie de visión instantánea que se graba en su espíritu, madura lentamente, se disgrega y se reconstituye, en fin, hasta su proyección verbal; entonces le asedia la palabra y se elabora la forma, pero la sensación primitiva queda intacta.

En cuanto á su influencia directa ó indirecta ¿dónde y cómo descubrirla? No ha depurado, como se dice, la lengua

francesa; no la ha enriquecido, no ha popularizado nada ni ennoblecido expresiones ni vocablos, y es demasiado personal para haber podido crear escuela. Representa una rara curiosidad literaria, quizá enfermiza á veces, siendo en literatura lo que un Goya en pintura, ó un Chopin en música, agudo, enervante y sutil.

Pablo Verlaine, por el contrario, es un iniciador. Víctor Hugo fue un sombrío y brillante profeta; Leconte de Lisle un mármol puro y lejano; Verlaine fue *nosotros*. Verlaine es íntimo por excelencia, vibrante, sensible, accesible á todos. Nos ha trazado el camino de las palabras sinceras; ha hecho su obra según su propia vida, sin cuidarse de *hacer una obra*, sino de *vivir*. Su cualidad dominante es la ternura. Lo que dice brota espontáneamente de su corazón ó de sus sentidos, nunca de su cerebro, y supremamente humano, enriquece el universo con toda la riqueza de su alma.

Ambos poetas representan su época, sintetizando su tiempo: uno es sensitivo y otro sentimental; uno tiene el trato frío y reservado, y otro es todo pasión y exuberancia; Mallarmé es un artista y Verlaine un hombre.

IMPRESIONES Y NOTAS

Chamberlain maestro.—El Rdo. Carlos Fellows recuerda lo que Chamberlain fue como pedagogo, mostrando de qué manera ocupaba sus domingos hace treinta años el actual Ministro, enseñando en las famosas *Sunday Schools* ó escuelas dominicales, de que tan orgullosos están los anglosajones.

«Chamberlain—dice—se estrenó como Profesor en 1866, después de la muerte de su primera mujer, y en aquel tiempo estaba muy distante de ser tan *smart* como hoy, mostrando lamentable descuido en su modo de vestir. Su método atendía más á la cultura del espíritu que á la formación del alma, tendiendo más á instruir que á moralizar. El Profesor conseguía

fijar la atención y mantener despierto el interés de sus alumnos; nunca era pesado ni fastidioso; inspiró á muchos de sus oyentes amor al saber, y los alentó en aquel camino. Pero el fervor religioso le faltaba por completo. Chamberlain prefería los libros de filosofía, de historia ó de ciencias á la Biblia, y era muy exigente con sus alumnos, no tolerando la menor falta de disciplina, y encolerizábase fácilmente. No se sabe, sin embargo—añade Fellows,—que haya recurrido en ningún caso á los castigos corporales.»

***

La Reina Sofía.—El antiguo secretario particular de la Reina de Holanda, Ph. Zilcken, publica en *La Nouvelle Revue Internationale* sus recuerdos personales sobre la persona y los escritos de su soberana.

Zilcken escribía lo que la Reina Sofía le dictaba en páginas de papel «demasiado hermoso, demasiado rígido y demasiado duro», que formaban libros encuadernados con fuertes broches, en los que era muy penoso escribir, pues cuando se llegaba al último tercio de la página, la mano carecía de apoyo, y había que escribir en el aire siguiendo el dictado bastante rápido de la Reina.

Allí se escribía de todo: cartas íntimas, siluetas de personajes históricos, pensamientos sobre el hombre, la civilización, la libertad, la poesía de diferentes países, el Dante, el Tasso, Shakespeare y la poesía india; opiniones sobre filosofía y crítica literaria, estudios históricos y consideraciones sobre la política europea. «Dos colosos—escribía un día—amenazan á Europa: Rusia y los Estados Unidos. Sólo Napoleón y algunos ingleses lo han comprendido.»

Otro día la ocupó mucho tiempo el testamento político del Conde de Nesselrode, y luego un estudio sobre Napoleón III, á quien llamaba Luis desde que, de niños, habían trabado amistad en Stuttgard; después fue un trabajo muy serio sobre la

Revolución de 1848, y luego otro sobre el destierro de Jacobo II en Saint-Germain, y su expedición á Escocia.

Una de las cosas que más llamaron siempre la atención de Zilcken en la colección de preciosas miniaturas que adornaban uno de los salones del palacio del Bosque, residencia de verano, era un retrato de Marat con la divisa ó inscripción siguiente: «No pudiendo corromperle, le asesinaron.»

***

La mujer boer ante la invasión.—Los boers tienen las simpatías del mundo entero; pero están solos. Es decir, cuentan únicamente con dos aliados: sus mujeres y Dios.

En la primera fase de la guerra, la mujer boer, mientras los hombres estaban en campaña, ha dirigido las operaciones de la recolección. Después, arreciando el peligro, se ha decidido á tomar las armas, no sólo cargando los fusiles de sus maridos, hijos ó hermanos, sino ejercitándose en el tiro y tirando á su vez.

Es un espectáculo tan interesante como penoso—dice Samuel Cornut transcribiendo en la *Revue Bleue* un artículo de *L'Express* de Bloenfontein—ver á las mujeres haciendo en todas partes la labor de los hombres, sembrando, arando, segando, trillando y dirigiendo las granjas con sin igual inteligencia, sin derramar una lágrima ni exhalar una queja. Cuando estos trabajos le permiten algún descanso, se instala en su carro de bueyes y emprende un viaje peligroso de cuatro ó seis días para ir á ver á su marido, á quien encuentra á veces en el campo de batalla, emboscado tras una roca al acecho del enemigo; no se cambia una palabra ni una mirada; la mujer baja del carro, oprime la mano del guerrero, le presenta algún alimento y carga su fusil; y los dos cumplen con heroismo espartano su deber.

Para dar una idea de los sentimientos de la mujer boer, he aquí lo que dice una señora orangesa en *El Express*: «Quiero

decir una palabra á nuestros valientes compatriotas que, á la hora del combate, se quedan tranquilamente en sus casas, éste en su oficina, aquél en su escuela, el otro en su finca. Yo les pregunto: ¿qué hacéis ahí, cuando la sangre de nuestros padres y la que corre en la guerra actual gritan venganza? ¿Qué hacéis aquí cuando está en juego nuestra independencia? ¡Despertad, los que dormís; empuñad vuestro maüser, ensillad vuestro caballo, y en marcha para la frontera! Yo he visto entre los transvaalenses que atraviesan nuestra República, ir á la guerra niños de trece años, mientras que nuestros hermosos mocetones, nuestros soberbios oficinistas se quejan, unos de padecer del hígado, y otros de tener malos los brazos ó las piernas, exhibiendo todos un certificado del médico para disculpar su cobardía. ¡Vergüenza sobre vosotros! ¡Vergüenza sobre vuestras mujeres, que son bastante ladinas para reteneros entre sus faldas!»

***

El anteojo gigantesco de la Exposición.—Uno de los *clous* más interesantes de la Exposición de París, ha de ser seguramente el anteojo monstruo de Deloncle, de 60 metros de largo, que ha de exhibirse en el palacio de la Óptica.

Madrid científico da curiosos pormenores de la fabricación del objetivo de este anteojo gigantesco, objetivo que ha de tener 1,25 metros de diámetro y que será el mayor hasta el presente conocido.

Lo que distingue—dice—la fabricación del vidrio de óptica del vidrio común no es tanto la composición (toda lente acromática se compone de una lente de *crown-glass* y otra de *flint-glass*) como el trabajo á que los materiales se someten. La limpidez de un pedazo de cristal, que parece perfecta á primera vista, está muy distante de serlo, siendo fácil ver, si se le examina en sus bordes ó bajo cierto ángulo, que su materia se presenta en forma de tejido desfilachado, presentando el

aspecto de un jarabe espeso cuando se remueve, siendo estos defectos inevitables, y no estando exentos de ellos ni las mejores lunas de Saint-Gobain, siendo por lo mismo preciso tratar la masa con especialísimo cuidado para producir cristal de óptica.

En el horno, construído al efecto en particulares condiciones, se introduce un crisol de tierra refractaria que tiene la forma de un cilindro terminado por una cúpula y con una abertura ó boca; en el horno sólo ha de penetrar el borde de la boca del crisol, estando el resto cerrado por un muro. Calentado de modo que en treinta horas se ponga al rojo blanco, se carga entonces de materias vitrificables, esperándose á que los grumos que forman instantáneamente desaparezcan, lo cual suele suceder á las quince horas. Entonces se vuelve á caldear con fuerza, elevando la temperatura á 1.600 y 1.800 grados, sucediendo á veces que los crisoles saltan y hasta los ladrillos entran en fusión, teniendo que volverse á empezar. Si no ocurre ningún percance, el vidrio se afina, y cuando las muestras, que se sacan de tanto en tanto con una cuchara, no presentan burbujas, se destapa el crisol y se desescoria la masa vidriosa.

Entonces se procede al *braceaje:* un obrero, con la cara protegida por una máscara y enguantado de amianto, agita el líquido con una varilla de hierro guarnecida de tierra refractaria en su extremidad; este trabajo es penosísimo, no pudiendo resistirlo cada hombre más de cinco minutos seguidos, por lo cual se necesita establecer numerosos relevos y turnos durante las diez ó quince horas que dura la operación, hasta que la masa queda tan espesa y pastosa que apenas puede moverse en ella el agitador. Llegado este caso, se contiene el fuego y empieza el enfriamiento, que tiene que ser lento, para que el cristal sea lo menos frágil posible.

El enfriamiento de la masa destinada al objetivo en la fábrica de Mantois, de París, ha durado dos meses. En todo ese tiempo, no era posible saber si el bloque de cristal estaría en-

tero ó no; pues si estaba fragmentado, todo el trabajo era perdido, y los pedazos no servirían más que para hacer lentes ordinarios ó «diamantes americanos.» Afortunadamente, no se produjo ningún percance, y Mantois tuvo el placer de encontrar en el crisol un bloque bastante grande para la construcción del gran disco.

Cortado con sierra y pulimentada la superficie, pudo examinarse el interior del bloque; las partes defectuosas de la superficie, que presentan estrías ó filamentos, se eliminan con la sierra ó la piedra de asperón; pero los defectos más profundos exigen operaciones muy delicadas, para las cuales se coloca el bloque en el horno de moldear, y se calienta lentamente hasta que la masa adquiere cierta fluidez. Se vuelve entonces á enfriar, pulir y examinar, y si vuelve á presentarse algún defecto en el interior, hay que repetir la peligrosa operación del moldeamiento hasta cuatro ó cinco veces, á fin de que no le quede ni una grieta ni un pelo. El disco de 1,25 metros debe pesar entonces 230 kilos de krown y 360 de flint.

Se le da entonces la forma de lente, se pulimenta, se examina el temple del vidrio por medio del prisma de Nikol, y se entrega definitivamente al óptico un año próximamente después de haber empezado á trabajar en su construcción. ¿Es extraño, cuando se sabe la suma de esfuerzos de habilidad y de gastos que supone la obtención de los cuatro discos entregados por Mantois para el anteojo gigantesco de la Exposición, que cada uno de ellos haya costado 75.000 francos?

*
* *

La Prensa contemporánea.—De la información abierta por *La Revue Naturiste*, sobre lo podrido de la Prensa contemporánea, merecen recogerse las opiniones siguientes:

De Pablo Alexis: «Los pueblos tienen la Prensa que merecen.»

De Harduin: «El lector quiere que el periódico que compra sirva sus pasiones y satisfaga sus gustos.»

De Urbano Gohier: «La Prensa estará siempre al nivel de su público, tal como la merece y como es capaz de gustarla. Son raros los periodistas conscientes de su dignidad, y numerosos los serviles auxiliares de todo propósito feo, porque el público bosteza ante las discusiones razonables, y corre tras los cebos más groseros.»

De Enrique Berenger: «Debería pedirse al director de un periódico garantías legales de honorabilidad, y á los redactores garantías profesionales de capacidad, suprimiendo la comedia del testaferro llamado gerente, atacando al capital anónimo y á los accionistas ocultos, castigando la calumnia y el erotismo con fuertes multas, y organizando el Tribunal de la Prensa.»

De Mauricio Le Blond: «Hoy el periódico no es ya el intermediario entre lo selecto del pueblo y la masa de la nación. Si se fundan nuevos diarios no es para crear movimientos de ideas y exponer doctrinas, sino para lucrar negocios.»

De Enrique Maret: «La Prensa, como la nación, está en plena decadencia: después de haber sido doctrinal, no ha tratado más que de divertir; el día en que los periódicos se pusieron á *perra chica*, precio inferior á lo que cuestan, cayeron en manos de los hombres de negocios y especuladores. No se ha tratado ya sino de atraer á la multitud, primero con noticias, informes, indiscreciones y polémicas personales, y luego con escándalos, ultrajes, difamaciones, mentiras y calumnias. Hoy la Prensa, salvo raras excepciones, es una «cloaca». Habrá que esperar el momento en que acabando de apoderarse el asco de los lectores, los diarios se transformen, como los ingleses, en simples agencias de información. Quizá entonces los libros y revistas adquieran la importancia á que han llegado en Inglaterra. En ese caso deberíamos felicitarnos del resultado, porque la Prensa diaria me parece irremisiblemente perdida.»

Fernando Araujo.

REVISTA HISPANOAMERICANA

SUMARIO.—Los Congresos hispanoamericanos: el segundo panamericano de los Estados Unidos que se verificará en México; el de Noviembre próximo en Madrid.—Favorable acogida con que ha sido recibida la invitación de la *Unión Iberoamericana*.—El crucero español *Río de la Plata* en Chile.—Emulación de festejos en Santiago y Valparaiso en honor de los marinos españoles.—El banquete del Presidente Errázuriz.—Retribución en la Argentina á los obsequios dispensados en España á los marinos de la fragata-escuela *Sarmiento*.—El decreto suprimiendo del *Himno nacional argentino* las estrofas ofensivas á la madre patria.—Los votos de la aprobación común.—Obsequios dispensados al Ministro de España señor Arellano y Arróspide en Buenos Aires.—El banquete del Presidente Roca y los del Centro Naval y el Círculo de las Armas.—Otros acuerdos.—La opinión de la Prensa en Europa.—La opinión de la Prensa argentina.—Telegramas documentales.—Asuntos pendientes.

Hay en estos momentos un verdadero pujo de Congresos hispanoamericanos. Apenas la *Unión Iberoamericana* anunció el de carácter político, económico y mercantil que se ha de celebrar en Madrid en el próximo mes de Noviembre, la Secretaría de Relaciones de los países latinoamericanos establecida en el Ministerio de Relaciones Exteriores del Gobierno de los Estados Unidos se ha apresurado á convocar otro Congreso panamericano semejante en fines y tendencias al que se reunió hace algunos años en Washington por iniciativa del Ministro Mr. Blaine; y nuestra vecina la República francesa, que en esto de preparar Congresos para animar su Exposición universal no se ha quedado corta, ha dispuesto otro que ha de tener lugar en París. Del Congreso de París

tenemos aún pocas noticias. Del que ha sido propuesto por Mr. Hay á los Gabinetes de todos los Estados iberoamericanos para principios de Febrero ó Marzo de 1901 tenemos más, y ha bastado que se elija á México, en competencia con el Perú, como punto de su celebración, para que la Prensa mexicana olvide sus temores de absorción, prestándose encantada á un acto de que el Gobierno de los Estados Unidos se promete para sus miras ulteriores resultados más ventajosos que los que obtuvo del Congreso anterior. La invitación de Mr. Hay, aunque precedida de la consulta previa á los representantes de los Estados iberoamericanos acreditados en Washington, los cuales, con las debidas reservas, dieron seguridades que á la Prensa norteamericana disipan toda duda sobre la unanimidad de la concurrencia, no ha sido contestada todavía por muchos de los Estados. Lícito es sospechar que aun los mismos asistentes no podrán presentarse al Congreso de México sin aquellas reservas que aconsejan la más alta prudencia, cuando enmedio del protectorado que los Estados Unidos se arrogan y de la confraternidad con que les brinda, todo el mundo ve con claros ojos los avances que ahora hace con su influjo para aislar todo el mundo latinoamericano de los vínculos naturales de raza y origen, avances que sin cesar extreman sus tentativas á convertirse *de influjo en imperio*. La política de los Estados Unidos ha sido desde el principio de su constitución engañar por la astucia, preparar por la intriga y domar por la fuerza para lograr las sucesivas dilataciones de su poder. Es de esperar que los Estados iberoamericanos, á pesar de la dedada de miel que se da á México, no se dejen hipnotizar por un enemigo astuto, contra el que hay que estar siempre alerta. Sobre este punto, conviene leer el editorial que *El Chileno* acaba de consagrar al problema del Canal de Nicaragua y á la absorción del Centro.

La iniciativa de la *Unión Iberoamericana*, domiciliada en Madrid, ha logrado despertar otro muy distinto movimiento de confianza en el Norte, en el Centro y en el Sur. No se han

satisfecho los dos mil periódicos que se escriben en lengua castellana en América con reproducir íntegro el programa de los problemas que se han de someter á la deliberación del Congreso de Madrid. Muchos de ellos, aun en aquellas Repúblicas que, como por ejemplo, las del Centro, completamente disgregadas hasta de nuestras relaciones comerciales desde el tiempo de su independencia, han conservado á través del tiempo, y bajo la influencia de ajenos instigadores contra España, las ya anacrónicas prevenciones de la época de la lucha, consagran entusiastas artículos para recoger y apoyar la idea, y es posible que al Congreso hispanoamericano de Madrid asistan algunas de aquellas jóvenes nacionalidades que resistieron concurrir á las fiestas centenarias del Descubrimiento en 1892.

En 1892 todavía podía ejercerse en estos países una sugestión contra España, en los recónditos pensamientos que se abrigaban de arrojar absolutamente de aquel mundo la bandera de la nación que constituye la cabeza y el vínculo supremo de su raza dominante; mas después del despojo, todo el mundo ve con vista serena el inícuo espectáculo que ofrecen Cuba miserablemente engañada y sin poder conseguir su independencia, hacia la que clama, mientras el astuto auxiliar afirma cada vez más en ella su posición; Puerto Rico entregado á la barbarie y al hambre; todos los Estados Centrales conmovidos y amenazados en la integridad de sus territorios bajo el pretexto de la protección de los canales; Venezuela y Colombia entregadas á las hordas de la anarquía, y la una defraudada en sus esperanzas por la parcialidad de los laudos arbitrales, y la otra exprimida en sus recursos, saqueada por las reclamaciones y los arbitrajes, fatigada por las luchas de separación y sin que se la deje respiro para reponerse en la paz de tantas desdichas, atizadas por invisibles manos; las fronteras del Brasil y Bolivia atropelladas por la invasión de buques que llevan armas á rebeldes excitados á las actitudes de los ocupantes del Acre y abriendo nuevos resquicios á las ir ge

rencias del dolo; las del Estrecho de Magallanes asaltadas por no disimuladas codicias; Chile y la Argentina minadas por insinuaciones hipócritas para volver á despertar en ellas las recién apagadas iras; el Perú alentado á alianzas que provoquen nuevos conflictos con Chile y el Ecuador, oyendo cada día la incesante solicitud de sus archipiélagos ambicionados. Entre tanto, todas las relaciones con Europa, por uno ú otro concepto, tratan de perturbarse, tendiendo sólo bajo las provechosas doctrinas de Monroy á crear aquel aislamiento de que no se salve más que una sola influencia. A Alemania todos los días se le recuerdan estas doctrinas, como si Alemania tuviera preparado algún ejército de invasión en aquellos continentes, donde en los treinta últimos años se han creado tantos y tan importantes intereses germánicos. A Inglaterra se le ha querido aletargar con el laudo de las Guayanas para que aflojara en el Centro, y no habiendo aflojado, se ha tratado de hacer gravitar contra ella las mociones convenidas del Senado americano en favor de los boers, á fin de obtener bajo esta presión que se derogue el tratado Clayton-Bulwer, como si á pesar de esta derogación y de la guerra del Africa del Sur, la Gran Bretaña pudiera distraer su mirada de la cuestión de los canales. A Francia se le ha dado un toque de aviso en sus últimas posesiones antillanas de la Martinica, y á Dinamarca se bebe los vientos por ahuyentarla del pedazo de tierra que en el mismo archipiélago posee. Todo esto en 1900 lo ve aquella parte de la América española que en 1892 se dejó dominar del canto de la Sirena contra España, y que observa los amenazadores incrementos que toman por días aquellas fuerzas gigantescas de la hermana mayor del Norte, que cuando menos se piense podrá desencadenarlas para aplastar tantas existencias minúsculas; que los 66 millones de almas que constituían en 1894 la población de la República absorbente, en 1898 se habían convertido en 77 millones, y que en dos años más, en 1900, se acerca á los 80; que en ese tiempo la producción manufacturera casi ha duplicado su actividad, que en su co-

mercio exterior, así como para lo que exporta ha alcanzado cifras ya hiperbólicas, éstas han descendido de una manera considerable en la importación, y que de continuo el movimiento de progresión que lleva la invasión de sus productos en todos los mercados americanos, al paso que en éstos no quedará ni una pieza de oro para un museo, los Estados Unidos serán los monopolizadores únicos en aquel hemisferio del metal que constituye el patrón de la moneda circulante. Todos estos motivos de alarma hacia las miras ulteriores de la hermana mayor, que se han hecho patentes desde 1892, operan hoy una reacción inevitable, que sería en vano tratar de ocultar, hacia el interés de raza y de familia, y anhelándose los beneficios de la unión hasta en aquellas apartadas regiones donde la falta de relaciones recíprocas por largo tiempo había producido los sentimientos de reserva contra España que se dejaron notar en las fiestas centenarias del Descubrimiento y en la guerra colonial, la iniciativa del Congreso Iberoamericano ha sugerido en estos países expansiones tan elocuentes como las que revelan los siguientes párrafos de uno de sus periódicos:

«Para unirse es preciso conocerse, y esto es lo que falta por realizar. Hay entre españoles y americanos, y aun entre los mismos americanos de diversas Repúblicas, prevenciones y suspicacias que sólo por el trato y conocimiento de unos y otros pueden desaparecer. Estrechar las relaciones comerciales, además de llenar el indicado fin, será muy conveniente para los intereses materiales de nuestros pueblos. Los productos naturales de Hispano-América, pueden encontrar muy buen mercado en España, así como de allí pueden venirnos mercaderías similares á las de otros países europeos, tal vez de mejor calidad y á menos costo. El café, por ejemplo, puede encontrar hoy en la madre patria magnífica colocación, y aquí la pérdida de sus colonias le imposibilita de surtirse como antes del café de Cuba, de Puerto Rico y Filipinas. En cambio, podían traernos géneros catalanes y otros artículos de las industrias que allí existen y progresan.

»Además de las relaciones sociales y mercantiles, conviene estrechar las morales, por medio de los frutos de la educación y de la inteligencia. Nada contribuye tanto á la unión de las razas como la unidad del idioma. Pueblos que tienen la misma lengua y conservan el mismo espíritu, aunque estén separados por la distancia y el tiempo, siempre se guardan la atracción del cariño, y siempre se buscan á través de la historia y del espacio. Separados por el mar los pueblos griegos de la antigüedad buscaban á sus hermanos en el Sur de Italia. Separados por el mar Inglaterra y los Estados Unidos, se tienden fraternalmente los brazos. Los pueblos de origen español, separados por el mar y las cordilleras, deben buscarse del mismo modo y estrecharse con la misma intimidad. Para esto, nada tan eficaz como conservar la unidad del idioma y fomentando las relaciones intelectuales, desde los principios elementales de la educación. A este fin ayudará evidentemente la fundación del *Instituto Pedagógico Iberoamericano* que se quiere realizar en Madrid.»

Como esta parte de los pensamientos iniciales de la *Unión Iberoamericana* ha de llevar al Congreso del próximo mes de Noviembre, en los artículos á que se hace referencia se elogian y comentan con aprobación todas las demás. Realmente, es preciso confesar que los temas que se han de someter á la deliberación del Congreso, ni pueden estar mejor concebidos, ni pueden ser más útiles, prácticos y acertados. Estrechar las relaciones políticas y sociales entre España y las naciones de su origen; estudiar el medio creador de una gran corriente de opiniones que mueva á los Gobiernos hispanoamericanos á realizar una alianza íntima entre España y los pueblos de su sangre, resolviendo á la vez los problemas que pudieran ser motivo de discordia entre los pueblos hispanoamericanos, por medio de un Tribunal arbitral que juzgue los conflictos que puedan surgir entre los pueblos hermanos, quedando este Tribunal constituído por los Jefes de los Estados aliados; proponerlos medios adecuados al desarrollo de las relaciones mer-

cantiles é industriales entre los pueblos hispanoamericanos, con los oportunos para llegar con franca reciprocidad al cambio mutuo de las riquezas y productos; formar un nuevo plan armónico y sistemático de Tratados de comercio y franquicias comerciales que conduzcan al término que se apetece; crear, así en América como en España, Museos, Depósitos y Exposiciones permanentes iberoamericanas de productos naturales, industriales y mercantiles, en las que el consumidor y el productor encuentren las facilidades necesarias para sus contratos y cambios; fundar en Madrid un *Instituto Pedagógico Iberoamericano de Ciencias, Artes y Oficios*, en que, partiendo de la comunidad del idioma, se estrechen los ideales de cultura por el legítimo cambio intelectual, y á la vez un *Banco Colonial Hispanoamericano* con sucursales y delegaciones en las capitales y Centros mercantiles americanos, constituye un programa de pensamientos óptimos que ni pueden ser más simpáticos en todos los pueblos de nuestra raza, ni que más prácticamente responda á la necesidad suprema de unión que en todos ellos enérgicamente se sienten en todas las conciencias ilustradas y patriotas.

El primer resultado que ha de dar de sí el Congreso de Noviembre próximo es el de que una vez y directamente, y no por referencias extrañas, lleguemos á conocernos. Tal vez en toda la América de nuestro origen hay un conocimiento más detallado de España, que el que nosotros tenemos de aquel mundo tan extenso, con haberlo sacado de la obscuridad y la barbarie, haberlo poseído durante cuatro siglos y haberlo perdido ayer de mañana. Las colecciones y museos que de sus productos generales poseemos en nuestro Jardin Botánico y Museos, siendo signos de una cultura evidente y siempre progresiva con relación al tiempo en que se formaron, resultan ya primarios é insuficientes al plan regenerador que la concepción del Congreso implica. Acaso sea lástima que la época de su celebración se haya fijado tan aceleradamente; porque con más espacio para prepararlo, desde luego hubieran podido

estar representados en él, ya por la fotografía, ya por las especies naturales, ya por la estadística, las localidades y los productos, en forma que su examen ocular hubiera prestado grandes facilidades á los estudios que habrían de completar después el concierto y el número. Cualquiera puede comprender cuán interesante sería tener á la vista, con los hermosos panoramas de Méjico y de los lagos centrales, los bosques impenetrables del Valle del Amazonas, las vistas sorprendentes de las ciudades de Pará y Manaos, los encantadores paisajes en que abundan la bahía de Río Janeiro y la majestad del Estrecho de Magallanes, entre las reproducciones de calles, de edificios, de haciendas, de obras de la última civilización, de tipos naturales, de bosques, de flores, de frutos. Para muchas de las cuestiones que se han de tratar, estos datos, con los del número en todo, sería de gran oportunidad haberlos aglomerado, porque ellos son los llamados á formar más concienzudamente nuestro conocimiento recíproco.

Al entusiasmo de la Prensa americana, ha respondido en nuestra Península el patronato que para sí ha reclamado el Gobierno y la Junta de organización que por Real decreto acaba de formarse. El presidente de esta Junta será el Ministro de Estado; el vicepresidente, el presidente de la Unión Iberoamericana; y hay vocales, socios de honor é individuos de una Comisión ejecutiva de organización. A la Junta de honor pertenecía, además de las personas referidas, D. Práxedes Mateo Sagasta, el Marqués de Comillas, el General Martínez Campos, el Duque de Tetuán, los señores Moret, Canalejas, Groizard, Linares Rivas, Gil, Marqués de la Vega de Armijo, Duque de Almodóvar del Río, Navarro Reverter, General Marqués de Tenerife, General López Domínguez, Duque de Veragua, Marqués de Estella, Girona, Labra, y un representante nombrado por cada una de las Reales Academias, Colegio de Abogados, Ateneo, Sociedad Geográfica, Cámara de Comercio, Industria y Navegación de Madrid, Centro del Ejército y de la Armada, Centro Instructivo del Obrero,

Círculo de Bellas Artes, Asociación de Ganaderos, Fomento de las Artes, Sociedad Económica de Amigos del País, Círculo de la Unión Mercantil é Industrial, Círculo Industrial Minero, Liga Nacional de Productores de España, Compañía Arrendataria de Tabacos, Compañía Trasatlántica Española, Asociación de Escritores y Artistas, Asociación de la Prensa, Banco de España, Banco Hipotecario y Banco de Castilla. La Comisión organizadora además, de la que es Presidente el señor Rodríguez San Pedro, de la Unión Iberoamericana, la forman los señores Llaveria, Batlle y Hernández, Marqués de Corvera, Gasset, Ruiz de Velasco, Vizconde de los Asilos, Marqués de Villaviciosa de Asturias, Samuel, Piernas y Hurtado, Martos, Sepúlveda, Vicente Cabello y Aso, Díez Pinedo, Vizconde del Puerto, Sarthou, Pando y Valery Armitias. La invitación á los Estados que han de concurrir, se hará por la Junta Suprema de Patronato. No están aquí todos los nombres que debieran figurar en la organización, y en cuanto al acto, no tememos, con Rubén Darío, que todo el proyecto se disuelva en discursos. La Prensa de Madrid y de todas las capitales ha acogido las disposiciones del Gobierno con marcada aprobación. «El primer efecto de esa solemnidad internacional tiene que ser el de aproximar á los pueblos de la lengua española, consiguiendo que la raza entera se estreche y comunique de modo más íntimo que hasta aquí:» ha escrito *La Época*. Por su parte, *El Imparcial* cree que «dada la condición de los emigrantes y las circunstancias que deben concurrir en ellos hasta la mejora constante de las relaciones diplomáticas, desde el comercio intelectual hasta el tráfico mercantil, todo ello empujado por una gran corriente de afectos, puede ser materia de fértil labor en el Congreso proyectado;» y *El Liberal*, recogiendo mejor el espíritu de lo que hace dos años venimos sosteniendo en las modestas páginas de La España Moderna y el espíritu del testamento del señor Castelar, que publicado en nuestras páginas ha dado la vuelta a mundo, transcrito en toda la Prensa de América de las dos

lenguas, ha añadido á su vez: «No nos hagamos ilusiones. América quiere estar con España. Desea constituir con ella en un porvenir no lejano una fuerza semietnológica que contrapese el influjo de las razas sajona y eslava, y haga sentir su acción decisiva en los destinos del género humano.» Nosotros... todo lo hemos dicho en dos años de propaganda. Hoy, aunque no llamados á compartir las tareas del éxito, sólo nos toca recrearnos en la parte moral que nos pertenece en la sabia iniciativa de la Unión Iberoamericana, secundada y protegida por el Gobierno de Su Majestad. A esta protección se unirá en breve, no lo dudamos, el de aquellos jefes de Estados Iberoamericanos en quienes, como sucede con Porfirio Díaz, Cabrera Estrada, San Clemente, Campos Salles, Cuesta, Roca, Errázuriz, Romaña, Pando, Alfaro, se halla la palanca de los destinos futuros de la América de nuestra raza.

*
* *

Mientras aquí se preparan estos actos de superior importancia, la resonancia que en toda América ha tenido el espectáculo no esperado de nuestras expansiones paternales con los marinos de la nave argentina que, dando la vuelta al mundo, ha tocado en nuestro puerto comercial de Barcelona y militar de Cartagena, no sólo ha producido en la República mayor del Plata la debida retribución de la consideración y el entusiasmo hacia la madre patria, sino que este sentimiento simpático y atractivo se ha difundido por toda la América de nuestro origen. Con las últimas fiestas que en la Península se han hecho á los marinos de la *Sarmiento* ha coincidido el pase de nuestro crucero *Río de la Plata* por el estrecho de Magallanes, su entrada en el Pacífico y su arribo á Santiago de Chile. La recepción que allí se ha dispensado al hermoso buque, regalado á España por sus connacionales de las colonias argentina y uruguaya, ha tendido á reflejar en lo posible lo que en España se ha hecho con los marinos hispanoamericanos de la Argen-

tina, que para toda la América de nuestra sangre han tenido virtualmente su más amplia representación. A pesar de los achaques que mantienen en estado verdaderamente valetudinario á nuestro Ministro en Chile, el Sr. López Guijarro, este distinguido funcionario, en unión del cónsul español D. Manuel Quintana, concurrieron á recibir la nave en Valparaíso, enmedio de la numerosa colonia de Valparaíso y Santiago. Las fiestas en honor de los marinos se han sucedido sin descanso durante su permanencia en las aguas chilenas. El Presidente de la República, D. Federico Errázuriz, les ofreció un espléndido banquete en su residencia oficial de Santiago, y con un *lunch,* á que asistió todo el aristocrático mundo civil y militar de aquella capital, el *Círculo Español.* En Valparaíso hubo, en obsequio de los marinos españoles, función de gala en el teatro, conciertos, recepciones solemnes, á semejanza de las de la capital, y otros dos banquetes, uno en la residencia oficial del cónsul Sr. Quintana, y otro en el *Círculo Español.* Las manifestaciones de adhesión á nuestra patria en todos los actos intervenidos por el Presidente de la República, las autoridades chilenas, los centros y corporaciones oficiales y la sociedad más distinguida de aquella aristocrática República, revistieron los tonos de la fraternidad más íntima, habiéndose desbordado el entusiasmo en los brindis y discursos con todo el entusiasmo, toda la fe y todo el abandono de los calurosos afectos de familia.

***

Si pudiera decirse que en las manifestaciones hechas en Chile á los marinos del *Río de la Plata* parecía emularse á los actos con que en la Argentina se han querido retribuir los obsequios de Madrid y Barcelona á los marinos de la *Sarmiento,* acaso no tuviéramos nada que exagerar. Con todo, la página lisonjera con que en la capital de la Argentina se ha contestado á la página lisonjera escrita en honor de sus marinos por

Madrid y Barcelona, formará con el tiempo una de las tradiciones más hermosas de la solemne reconciliación de España con sus hijas independientes de América, de la solemne consagración por la madre patria de las nuevas fuerzas de autoridad y poder con que se levantan estos jóvenes pueblos á proseguir los espléndidos destinos de una Historia de tantos y tan prolongados anales ilustres, y de la solemne reconstitución de aquellos vínculos que engendraron la sangre y las gloriosas conquistas de la civilización, y que estrecharán más enérgicamente en lo sucesivo una más íntima comunicación de ideas y pensamientos, una más uniforme dirección de conducta y de aspiraciones, y una relación más acertada de intereses comunes y permanentes. Si aun después de la acción modificadora del tiempo pudieran perdurar en actos secundarios y baladíes los recuerdos de los viejos rencores de la lucha, los celos y las prevenciones que en toda existencia emancipada perpetúa la memoria, no exenta de temores que no se razonan, de la antigua dependencia, esos actos secundarios en prenda de sinceridad de afectos han quedado anulados oficialmente por el decreto presidencial que limita la letra del *Himno nacional argentino,* que, como trasunto de su época, escribió con la virulencia de la contradicción la pluma de Vicente Fidel López, á las dos únicas estrofas que engrandecen el sentimiento del amor nacional argentino sin ultrajar el nombre de la augusta matrona, á quien aquel pueblo independiente deberá siempre el culto de la maternidad. Este decreto ha sido firmado por el Presidente General Roca y por los ministros don Felipe Yofre, D. José María Rosa, D. Emilio Civit, D. Manuel García Merou, D. Luis María Campos y D. Martín de Rivadavia, no habiendo sido suscrito por el Dr. Amancio Alcorta, porque cuando el referido documento se publicaba salía de Barcelona, procedente de Londres y Roma, de regreso para su país. Y ¡cosa notable!, aunque en toda sociedad política existen siempre algunos caracteres sombríos que en toda ocasión resisten aquellas innovaciones que parecen amenguar la pure-

za de las tradiciones que sostienen la fe de la patria, la prensa argentina, con admirable unanimidad de pareceres, ha elogiado un decreto, sobre el cual los periódicos han escrito: «Siempre hemos creído que el *Himno Nacional* debía ser modificado; mas si algún momento ha sido propicio para ejecutarlo, ya que no para suprimirlo enteramente, es éste en que España saluda nuestra nave, como si fuera tripulada por sus gloriosos marinos. En el Himno hay estrofas que no deben cantarse más, porque son estrofas de odio y de cólera contra un pueblo, que si bien en 1810 era nuestro enemigo, en estos momentos *nos ayuda en la obra de formación y de hacernos una nación.*» Otro periódico, *La Nación,* el órgano del General Mitre, á su vez ha dicho: «Las relaciones que nos ligan con España, robustecidas diariamente por nuevos vínculos de solidaridad y de unión, han llegado á crear una corriente de simpatía y de afecto, en la cual se confunden ambos pueblos. Nos adherimos, pues, á los unánimes aplausos que la solución del Gobierno ha merecido.» Y después añade, con mayor elocuencia: «Lo que es de desear es que las nuevas corrientes de cordialidad internacional entre los dos países no queden limitadas á esta manifestación de sentimientos, que sólo debe servir como de punto de partida para robustecer relaciones más positivas, creando así una base de unión permanente y duradera con beneficio recíproco de ambos países. La supresión de las estrofas del himno estaba hace mucho tiempo en el espíritu argentino, y es de felicitarse que haya sido consagrada ahora con la autoridad de una sanción oficial» (1).

(1) El decreto del Gobierno argentino dice así:

«Buenos Aires, Marzo 30 de 1900.—Considerando: Que el himno nacional contiene frases que fueron escritas con propósitos transitorios, las que hace tiempo han perdido su carácter de actualidad;

Que tales frases mortifican el patriotismo del pueblo español y no son compatibles con las relaciones internacionales de amistad, unión y concordia que hoy ligan á la Nación argentina con la España, ni se armonizan con los altos deberes que el preámbulo de la Constitución impone al

No se conocen por nuestros periódicos todos los telegramas que se han cambiado entre los dos Gobiernos español y argentino, con motivo de los obsequios dispensados á los tripulantes de la *Sarmiento*. ¡Lástima que en sus columnas, que mañana pasarán á ser documentos de la historia, no hayan quedado perpetuados, como los han perpetuado los periódicos de Buenos Aires, estos testimonios solemnes de un suceso del que, como *La Nación* cree, debieran derivar grandes vínculos para el porvenir. Mas aunque de la condición de una Revista parece despegarse el entrar en ciertos informes menudos, la de La España Moderna no titubea en llenar el vacío en que la Prensa política diaria ha incurrido, pues estos datos mañana

---

Gobierno federal de garantizar la tranquilidad de los hombres libres de todas las naciones que vengan á habitar nuestro suelo;

Que por aquel motivo, y en diferentes épocas y especialmente en los últimos años se han producido manifestaciones que han llamado la atención del Gobierno general, pidiendo que se conserve la música actual del himno nacional y se modifique el texto de algunas de sus estrofas;

Que si bien esto no es posible, porque el Poder Ejecutivo no puede alterar el texto oficialmente consagrado por una sanción legislativa, entra en sus facultades determinar cuáles sean las estrofas del mismo himno que deben cantarse en los actos oficiales y festividades nacionales, desde que al respecto no hay disposición legal alguna;

Que sin producir alteración en el texto del himno nacional, hay en él estrofas que responden perfectamente al concepto que universalmente tienen las naciones respecto de sus himnos en tiempos de paz, y que se armonizan con la tranquilidad y la dignidad de millares de españoles que comparten nuestra existencia, las que pueden y deben preferirse para ser cantadas en las festividades oficiales, por cuanto respetan la tradición y la ley sin ofensas para nadie, el Presidente de la República, en acuerdo general de Ministros, decreta:

Artículo 1.° En las fiestas oficiales ó públicas, así como en los colegios y escuelas del Estado, sólo se cantarán la primera y la última cuarteta y el coro de la canción sancionada por la Asamblea general de 11 de Mayo de 1813.

Art. 2.° Comuníquese, publíquese é insértese en el Registro nacional.—Roca.—*Felipe Yofre.—José María Rosa.—Emilio Civit.—M. García Mérou.—Luis María Campos.—Martín Rivadavia.*»

acaso nos hagan falta en el propósito con que perseveramos en la índole de este trabajo.

La retribución de los obsequios hechos en España á los marinos de la *Sarmiento* no se ha hecho solamente por el decreto anteriormente referido, sino que, como expresión de la cordial correspondencia que ya existirá siempre entre Gobierno y Gobierno y pueblo y pueblo, y, como dice *El Tiempo,* de Buenos Aires, «como manifestación de nuestros sentimientos por la madre patria», se escalonó en una serie de agasajos á nuestro representante diplomático el Sr. Arellano y Arrózpide, en que tomaron parte el Presidente de la República, el Centro Naval, el Intendente municipal y el Círculo de las Armas. El banquete ofrecido por el General Roca en la casa de Gobierno al Sr. Arellano lo fue, además, de despedida de este distinguido diplomático, que, llamado por el Gobierno de Madrid, ya se ha puesto en camino para Europa. A este banquete fueron invitados todo el alto mundo oficial argentino y las personas más conspicuas de su alta sociedad política. El banquete del Centro Naval, de setenta cubiertos, fue presidido por el Ministro de Marina D. Martín de Rivadavia, concurriendo toda la plana mayor del Cuerpo de la Armada argentina, que se encontraba en Buenos Aires, Rio Santiago, Tigre y Bahía Blanca, habiendo sido la etiqueta el uniforme de gala. Los jefes de la Armada argentina que asistieron al acto fueron el Contralmirante Daniel de Solier, los comodoros Rafael Blanco, Enrique Howard y Augusto Lasserre, y los Capitanes de navío Manuel T. García, Atilio S. Basilari, Valentín Feilberg, Jorge H. Lowry, Diego Laure, Félix Dufourg y Gregorio Aguirriberry.

Otro banquete, acaso el más interesante y expansivo, fue el del *Círculo de Armas.* La *Sala de Esgrima* fue la designada para el acto, y el Presidente de esta Sociedad, Dr. Adolfo F. Osma, no sólo invitó al Ministro Sr. Arellano y personal de la Legación y Consulado de España, sino al Presidente de la Asociación Patriótica Española D. Gonzalo Segovia y á algu-

nos miembros distinguidos de la misma. Los socios de este Círculo forman lo más escogido de la sociedad bonaerense, y entre los cien nombres de los que asistieron al banquete se hallaban los hijos del General Roca y los de su antecesor en la Presidencia el Dr. Uriburu con Beazley, González Segura, Lainez, Teniente General Luis M. Campos, Posse, Diego de Alvear, hermano de la Princesa de Wrede, Quintana, Mona, Enrique Guerrero, Carlos Dinot, Carlos Campos, Jorge Lubary, Faustino M. Lezica, Ambrosio Olmos, Luis M. Doyhenard, Gregorio de Laferrere, Julián Aguirre, Osvaldo Saavedra, Fernando Pérez, Ernesto y Alejandro Madero, Mariano de Vedia, Angel J. Villa, Carlos Vega Belgrano, Ezequiel Barrenechea, Manuel Dolz, Carlos F. Lynch, Rufino Varela, Antonio F. Piñero, José A. Ojeda, Belisario F. Arana, el Ingeniero Joaquín Belgrano, Carlos Aubone, Fermín Moyano, Carlos T. de Alvear, Alfredo Madero, Jaime Llavallol, Amadeo Jolly, Alberto Peró, Isaías Mendiburu, Mario Carranza, Mariano H. de la Riestra, Marcelino Ugarte, Luis Agrelo, Carlos M. Arnadas, M. O'Farril, Angel J. Villa y otra multitud, cuya nómina sería muy prolongada. En la hermosa sala decorada con panoplias y escudos de armas, unidos por guirnaldas y plastones de flores naturales, en cuyo centro se destacaba un escudo de España, iluminado con lamparillas eléctricas de los colores argentinos y españoles, al llegar al momento de los brindis, el Presidente del Círculo, Sr. Lainez, se levantó á hacer el ofrecimiento de la comida en estos términos:—«Señor Ministro: señores: no intentaremos siquiera retribuir la cordial hospitalidad que ha reunido en un común sentimiento de fraternidad á los soberanos y al pueblo español para recibir á los marinos argentinos en ese viaje cien veces feliz de la *Sarmiento;* pero deseábamos una ocasión que nos aproximara á españoles y argentinos para confirmar definitivamente que somos los primogénitos de la raza y los hijos siempre cariñosos de la madre patria. Por eso, lo que con otros países fue un deber de cortesía internacional, debió ser para

nuestros jóvenes marinos un emocionante placer, algo como un anticipo á los goces de la vuelta á la patria, cuando pisaron tierra de España y, junto con las caricias del idioma nativo, asomaba en cada sonrisa un reflejo del alma española, de esa alma que después de las desgracias busca una reparación en nuevos é inextinguibles anhelos de expansión, y encuentra con el trabajo inteligente y asiduo lo que en siglos pasados alcanzaba por la espada de sus guerreros y conquistadores. La España y la República Argentina son países que se necesitan y se complementan: el distanciamiento, más que un error sería un atentado, y por eso deben ser atendidos los justos reclamos de España, que, después de darnos medio millón de sus hijos, nos pide también un poco de hospitalidad para sus industrias. Pasadas las primeras expansiones, antes que el viento borre promesas y anhelos, hagamos votos por que este acercamiento quede marcado por un tratado de amistad y comercio, fundido en molde nuevo, y que dé á España un sitio de preferencia y á nosotros una prolongación del propio país en el continente europeo. Señores: Por S. M. la Reina; por la prosperidad y grandeza de la España moderna.»

El Sr. Arellano, Ministro de España, se levantó á seguida y dijo: «Señores: con natural emoción me levanto para expresar el más profundo reconocimiento á los organizadores de este banquete, de tanta y tan honrosa significación para mi patria, y al Sr. Láinez por las elocuentes y benévolas frases que acaba de pronunciar. Los sentimientos que han inspirado en España las demostraciones con que ha sido acogida la brillante dotación de la fragata *Sarmiento* son los que allí nacen de lo más íntimo del corazón cuando se trata de hispanoamérica; es la fuerza de la sangre, son los lazos de familia ajenos á todo cálculo é interés, y que ni siquiera dependen de la reciprocidad ó de circunstancias del momento; son vínculos indisolubles como el que crea la identidad del idioma, haciéndonos respirar el mismo ambiente intelectual; y bien ha dicho mi ilustre Jefe el Sr. Silvela: la obra de Cervantes, Shakes-

peare y Camöens, es de mucha mayor trascendencia y duración que la de los ejércitos victoriosos. Repecto de la República Argentina, existen razones especiales que avivan los afectos á que me refiero: en esta hermosa tierra residen más de 500.000 españoles que, por su acendrado patriotismo, son acreedores á la predilección de mi Gobierno, y aquí se han arraigado y viven felices al calor de los hogares que crearon y del bienestar labrado por su trabajo, su honradez y la generosa hospitalidad argentina; y además — ¿por qué no decirlo?—España siente halagado su amor propio, y es natural que se sienta orgullosa de ver surgir á orillas del Plata la patria de sus hijos cual Estado de inmensas riquezas, de grandioso porvenir, y cuya cultura, que constituye ya una civilización hispanoamericana, es reconocida en el mundo entero. Dejémonos, pues, llevar por estas expansiones, que no pueden ofender ni perjudicar á nadie; procurémonos mutuas y positivas ventajas, que caben perfectamente dentro de nuestras leyes; estudiemos los problemas económicos á que se ha referido en brillantes períodos el Sr. Láinez, y no olvidemos que estrechando los lazos que nos unen, honramos la memoria de nuestros progenitores. Brindo, señores, por que la República Argentina realice sus más altos ideales, por la distinguida sociedad de Buenos Aires, á quien yo, y alguien que es para mí más que yo mismo, debemos atenciones y deferencias tan excepcionales; brindo por el Presidente y miembros de este Círculo, reiterándoles una vez más mi gratitud por su demostración de simpatía á España, que coincide, señores, con el día en que ha brillado más puro el sol del escudo argentino festejando con sus fulgentes destellos el himno á las dos patrias, y brindo por el ilustre General Roca, y por todos los firmantes del decreto de hoy. ¡Señores! ¡Al gran pueblo argentino, salud!»

Otros oradores, el Marqués Morra, el General Campos y el Sr. Valera Ortiz, pronunciaron otros discursos de tintes muy expresivos, y es justo considerar este acto en el primer rango

de los obsequios dispensados al Ministro de España; pues si los banquetes del Presidente Roca y del Centro Naval fueron realmente la retribución oficial obligada á los agasajos tenidos por España, el banquete del Círculo de las Armas puede decirse encarnaba los sentimientos más íntimos y espontáneos de las clases dirigentes por su ilustración y por su opulencia, que se hallan en cabeza de la naciente, próspera y ya poderosa sociedad argentina.

A los banquetes y á las fiestas del Intendente municipal Sr. Bullrich hay que añadir los acuerdos tomados de dar el nombre de *Plaza de España* á la que da acceso al Hospital Rawson, entregar una placa conmemorativa al Hospital Español, obsequiar á los Municipios de Madrid y Barcelona con dos álbums conteniendo vistas de Buenos Aires, tomadas de la valiosa colección que posee la Sociedad Fotográfica Argentina, y encargar al escultor español D. Mariano Benlliure la ejecución de un artístico jarrón decorativo para ofrecerlo á S. M. la Reina Regente de España.

* * *

Los entusiasmos producidos por los obsequios hechos en España á los marinos argentinos, han tenido gran resonancia en todos los Círculos políticos de los Dos Mundos, y el Ministro argentino en Londres, D. Luis Domínguez, dirigió desde la capital de la Gran Bretaña el día 27 de Marzo un telegrama al Comodoro Rivadavia, Ministro de Marina del Gobierno de Buenos Aires, en que decía: «Felicítole por el triunfo moral que han conquistado el Comandante y la Oficialidad de la fragata *Presidente Sarmiento*. Mi amor propio nacional está satisfecho del triunfo que enorgullece á la República.» No ha sido tan lisonjera la opinión de algunos periódicos europeos, principalmente en Italia y ¡Austria! La *Politisch Correspondenz* en la capital del Imperio austro-húngaro, no pudiendo dejar de reconocer que estas recíprocas manifestaciones de

afecto entre España y la Argentina fomentan la legítima esperanza de una aproximación de relaciones é intereses, de grandes intereses entre la antigua metrópoli y las nuevas nacionalidades americanas de su sangre, duda que puedan tener, «por razones obvias», otros alcances. No obstante, no es en los periódicos ó interesados, ó de todo punto indeferentes, donde hay que tomar el pulso á los efectos que quedan en agradable perspectiva. Inspirados en sentimientos concordes con los nuestros, he aquí cómo se expresan los periódicos de Buenos Aires. *La Nación*, el órgano de Mitre, escribe: «Las calorosas demostraciones con que han sido recibidos nuestros marinos en España; las finezas de que los han hecho objeto, tanto los Soberanos como las autoridades y el pueblo; el afecto fraternal que se ha manifestado entusiasta y franco hacia este joven país en la vieja y noble tierra española, tienen natural y espontáneamente un eco más que simpático en la orilla del Plata; una vibración unísona y reveladora, mejor dicho, que determina cuán unidos, y con qué estrechos vínculos, estamos á la patria de nuestros antepasados. El pueblo argentino lee con profunda emoción los telegramas en que se da cuenta de la acogida hecha á sus representantes en la tierra clásica de la hidalguía, y no se equivoca al darla todo el significado que tiene, todo su valor, como expresión de levantados sentimientos de fraternidad, de esos que nunca pueden conocerse con frialdad, pues invitan á la entusiasta correspondencia.» No copiamos lo que, al mismo respecto, dice *El País*, órgano del Sr. Pellegrini, *La Prensa, El Tiempo*, todos los periódicos, en fin, que llegan á nuestras manos, y que representan los varios matices de la sociedad política y del pueblo argentino. Sólo tomaremos de *La Tribuna*, el órgano del General Roca, estos párrafos no menos expresivos: «No se han hecho en España nunca con marinos extranjeros distinciones como las que han recibido y vienen recibiendo el Jefe, la Oficialidad y la dotación de la fragata-escuela *Sarmiento*. El Presidente del Consejo de Ministros, Sr. Silvela, y otros Ministros del Gabinete,

recibirán en la estación del ferrocarril del Este al Comandante Belveder y á los Oficiales que le acompañan, y poco después la Reina Regente y el Rey los recibirán en audiencia especial en Palacio, en donde por la noche serán obsequiados con un banquete de gala, seguido de recepción. Tienen todos estos actos una significación que no es posible desconocer. España, pueblo y Gobierno, al unísono, recibe excepcionalmente á los marinos argentinos, queriendo así significar cuán sinceros y arraigados son los sentimientos de cordial afecto y de viva simpatía que tienen para este pueblo, retribuyendo en esa forma los que aquí se profesan á la colectividad española. Es ese el modo de acentuar las corrientes que unen á los dos pueblos, á los que no separan ni aun desagradables recuerdos; que tuvieron una historia común hasta hace menos de un siglo, y que tienen en el porvenir bien delineados sus destinos, sin que haya posibilidad de que en ningún tiempo los aparten intereses encontrados. Deber es agradecer á la madre patria la manera cómo recibe al hermoso buque que pasea por los mares nuestra gloriosa bandera, y los agasajos que se dedican á nuestros marinos, con los que celebra, justamente orgullosa, la prosperidad de un pueblo al que dió origen en tiempos no lejanos y que hoy figura en el mundo con toda la lozanía y todo el vigor de los organismos jóvenes y sanos.» En otro número añade: «Días de regocijo íntimo y fecundo serán, pues, estos en que, tanto en España como en la Argentina, se tributan recíprocas muestras de un cariño nunca desaparecido ni amortiguado, las primeras autoridades y los núcleos sociales más selectos de una y otra nacionalidad; y es gloria de las respectivas Armadas el haber sido portadoras en sus más jóvenes naves del mensaje simbólico evocado de tanta noble virtud y de tanto sentimiento regenerador. Apenas apagados en el ambiente los ecos de las fiestas con que el *Río de la Plata* fuera acogido en aguas argentinas, repercuten en las del Mediterráneo y en el propio corazón de la ilustre villa de Madrid, en torno de la nave nacional tripulada por la juventud,

la esperanza y la promesa de la patria en su Marina naciente y ya rodeada de brillo y de prestigio. *La Tribuna,* poseída de estos sentimientos, saluda hoy á la madre augusta, á España, en la persona de su Reina y de su Rey, de sus dos más grandes ciudades, de sus dignos, cultos y laboriosos hijos residentes en la República, é invita á todos sus compatriotas á adherirse en forma visible á las demostraciones que aquí ha suscitado la recepción de amor y fraternidad tributada en Barcelona y Madrid á los tripulantes de la *Sarmiento.* Nada hay más fecundo en bienes y bendiciones para el porvenir que estos abrazos francos y espontáneos, que suprimen los Océanos y funden en una sola personalidades distintas.»

*
* *

Justo es manifestar aquí, que aunque en la espontaneidad con que el sentimiento público en España ha iniciado estos movimientos de atracción hacia los ilustres tripulantes de la *Sarmiento,* no puedan ejercerse más sugestiones ni influencias que las que inspira la fuerza de un instinto seguro, se tributen los elogios más sinceros á la representación diplomática que la Argentina tiene en España, en la distinguida persona del Sr. Quesada, á quien entre nosotros lo consideramos como un español más. Su propio Gobierno así lo reconoce, y en la explosión de los sentimientos concordes que en esta ocasión y con este motivo el telégrafo de Buenos Aires ha comunicado á Madrid y el de Madrid á Buenos Aires, no deben quedar obscurecidos los telegramas siguientes, que engarzamos para que sirvan de documentos al porvenir.

Madrid 21 de Marzo.—*Señor Presidente de la República.*—Ayer el Presidente del Consejo de Ministros, Sr. Silvela, respondió á la mía confidencialmente, diciendo:—«S. M. la Reina Regente me ha encargado hoy participe á V. E. su deseo de tener á su mesa el miércoles, á las ocho de la noche, á los marinos y á V. E., y que V. E. se sirviera llevarlos á Palacio á

las siete y media, para ser presentados á la Reina, á S. M. el Rey y á SS. AA. RR. las Infantas, antes de la comida».—No es posible más honrosa demostración.—El Alcalde-presidente del Ayuntamiento, la Unión Iberoamericana, la Sociedad de Escritores y Artistas, el Ateneo científico y literario, la Sociedad de Geografía, el Círculo de la Unión Mercantil é Industrial y otras corporaciones preparan un espléndido recibimiento.—En la estación serán recibidos por representaciones del comercio y de la Universidad, según invitaciones de los diarios. Salud á V. E.—Quesada.

—He venido á Barcelona con el Secretario de la Legación para agradecer en el banquete á bordo de la fragata *Presidente Sarmiento* los afectuosos agasajos dispensados á los marinos argentinos por las autoridades y el pueblo. Fue ésta una fiesta fraternal y entusiasta, á pesar del tiempo tempestuoso que reinaba. El Comandante Belveder y los Oficiales merecen elogios calorosos por su distinción correcta. Juzgo brillante el triunfo moral de la Marina argentina por los homenajes expresivos á la República. Saludo á V. E.—Quesada.

Buenos Aires 30 Mayo.—Señor Ministro argentino.—Madrid.—Ha interpretado V. E. mis deseos al hacer acto de presencia en el banquete de la *Sarmiento*, y al agradecer en nombre del Gobierno y del país las honrosas manifestaciones de que han sido objeto nuestros marinos. Quedamos profundamente reconocidos á estas pruebas de simpatía, y esperamos una oportunidad para retribuirlas en la medida de nuestro afecto por España y de nuestro reconocimiento á la hidalguía.—Roca.

Señor Ministro de España.—Buenos Aires.—Sírvase V. E. agradecer al señor Presidente de la República Argentina sus manifestaciones, que consolidan la amistad demostrada por las cordiales y espontáneas muestras de cariño en las dos ciudades más importantes de España.—Silvela.

La Nación, de Buenos Aires, pone este remate, esencialmente inmediato y práctico, á las fiestas que se describen:

«Las manifestaciones á nuestros marinos, si bien deben ser retribuídas por otras análogas, no deben hacer olvidar que con *este platonismo internacional* no es como se identifican los pueblos, sino por los lazos materiales del interés. Acaso los españoles recibirían con más agrado *un tratado de comercio que les abriese nuestro mercado á sus productos un tanto castigados*. Obras son amores.»

***

Tienen para nosotros tanta importancia las manifestaciones que han motivado la presencia de los marinos de la República Argentina por vez primera en nuestros puertos, las derivaciones que de este suceso han de provenir, la resonancia que en toda América han tenido, y las consecuencias que nos es lícito esperar que desde luego empiecen á tocarse así en los trabajos del Gabinete como en los del mutuo concierto, adelantándose todos estos hechos á la próxima realización del Congreso hispanoamericano de que antes nos hemos ocupado, que á estos asuntos hemos tenido que subrogar todos los demás que con importantes materiales teníamos dispuestos sobre el tapete. Pero á un mes sucede otro mes y á una Revista otra Revista. La muerte de Vizcarra en el Perú, las elecciones chilenas, las polémicas entre el Perú y Chile por las provincias de Tacna y Arica, los fabulosos sucesos de Acre, los trágicos accidentes de la revolución de Colombia, el nuevo movimiento á la unidad que se despierta en el Centro en presencia de los problemas de Nicaragua, son todos asuntos que exigen el espacio de que hoy no podemos disponer.

Iob.

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

La poesía lírica en Cuba: apuntes para un libro de biografía y de crítica, por Martín González del Valle, catedrático que fue de la Universidad de la Habana y exdiputado á Cortes por Pinar del Río (Isla de Cuba).—Barcelona, tipografía de Luis Tasso, 1900.—8.°, 349 págs.

Se observan dos tendencias, que no se contradicen, en los coleccionistas y críticos del verjel de la poesía hispanoamerinana: una que procura individualizar y atesorar la Minerva local de cada uno de los Estados en que el inmenso antiguo dominio de España se ha subdividido; otra que se encamina á hacer del óbolo de cada parte de esta nueva literatura tan dividida, un símbolo de unidad, caracterizado por un movimiento uniforme. Que cada región americana de las que gozan la unidad del idioma que le dimos, con la alcurnia de un Parnaso de once siglos, quiera recabar para sí el honor de la parte que en la labor común todas ponen, no puede ser motivo de censura, sino de elogio. Al fin y al cabo las influencias locales se habrán de ir ejerciendo á la larga en cada una de estas jóvenes nacionalidades, y día llegará en que, con un mismo cimiento filológico, no sea uno mismo, ni el modo de discurrir, ni el modo de expresar que distinga al escritor del Norte del del Centro, ni aun en el mismo continente meridional al de Colombia y Venezuela del de las márgenes del Plata, ni al de las vertientes del Andes sobre el Pacífico. Que, por el contrario, otros trabajen por conservar sobre la base de la literatura este símbolo superior de la unidad de raza, es todavía, en

nuestro concepto, una aspiración más digna de aplauso; pues cuando en el continente septentrional toda la que la puebla se ha estrechado entre sí tan íntimamente en fuerza, en dirección, en tentativas y en pensamiento, conviene que en el vasto territorio que puebla la que es parte de nuestra sangre, ya que repugne llegar á otra gran federación, conserve al menos estos caracteres superiores de la unidad de su espíritu.

El libro que tenemos delante pertenece al de los que aspiran á recabar para sí solos la gloria de la propia labor que les pertenece, y el Sr. González del Valle, ya biografiando, ya elevando á las cimas de su crítica los nombres y las obras de los escritores más ilustres que ha producido la isla de Cuba hasta acabar en ella la posesión española, traza aquella línea sublime, que á las generaciones por venir hablará harto elocuentemente de lo que fue la colonización de España en aquel mundo, cuando el curso del tiempo separe á los nuevos pueblos emancipados de la tradición de lo que el furor de la contienda ha apellidado dura coyunda y la realidad de estos frutos de nuestro culto magisterio nos defienda de las calumnias de la Historia.

Un libro casi exclusivamente de crítica y de alta crítica, no puede ser sometido á otra nueva. El Sr. González del Valle es un maestro y un preceptista, y al reunir en vistoso ramillete los nombres de Zequéira, Rubalcaba, Heredia, Gómez de Avellaneda, *Plácido el mulato,* Palma, Milanés, Teurbe de Tolón, Alfonso, Luaces, López de Briñas, Mendive, León Zenea, Vinajeras, Varona, Martínez, Piñeyro, Fornaris, Pérez de Zambrana y Tejera, si ya borda un Olimpo á la escuela futura del Parnaso cubano, engrandece con ellos la facundia infinita de la augusta maestra, progenitora de tantos ilustres talentos, aunque muchos de ellos rebelados contra su madre.

Toda América saludará con aplauso la obra del Sr. Gonzáles del Valle. Nosotros también, desde las páginas de La España Moderna, lo saludamos con orgullo al tomar de su precioso libro la parte de gloria que reintegra á España de la

alta misión que ha cumplido en la cultura intelectual de América durante cuatro siglos.

G.

Historia del Matrimonio en la especie humana, por Eduardo Westermarck, prólogo de Alfredo R. Wallace, traducción española de La España Moderna: un volumen de 576 páginas. Madrid, 1900.—Su precio, 12 pesetas.

Pocas obras pueden recomendarse tan sin reservas á las gentes que gustan de los estudios históricos y sociológicos como esta del Profesor de Helsingfors (Finlandia) Sr. Westermarck. Es una obra de sabio en toda la extensión de la palabra: erudición de primera mano, lógica en los razonamientos, claridad en la exposición, originalidad en las conclusiones; todo esto hay en la *Historia del Matrimonio,* que acaba de publicarse en lengua española. Que mi juicio no es exagerado, lo demuestran, de un lado, los elogios á este libro dedicados por un hombre de ciencia tan eminente como Alfredo R. Wallace, y de otro, el éxito alcanzado en el mundo científico por el libro mismo. Según el ilustre Wallace, «pocas ocasiones ha tenido de leer discusión más completa y filosófica de algunos de los problemas antropológicos, á la par más difíciles y más interesantes». El éxito resulta palmario teniendo en cuenta que la obra del Sr. Westermarck, publicada por primera vez en inglés en 1891, alcanzó pronto los honores de una segunda edición, traduciéndose luego al francés y al italiano, al sueco y al ruso, y ahora al español.

El asunto de que trata el Sr. Westermarck es interesante en extremo: el origen y las transformaciones del matrimonio en la especie humana. Sabido es cuánto se ha estudiado este gran problema por los sociólogos é historiadores del hombre primitivo en nuestros tiempos: los Darwin, Bachofen, Mac Lenan, Morgan, Tylor, Lubbock, Spencer, Post, han investigado con métodos diferentes la condición doméstica de la humanidad en sus formas más rudimentarias, llegando algunos

de ellos á conclusiones análogas favorables á la existencia de un comunismo primitivo promiscuo, de un período de matriarcado, etc., etc. Ahora bien: el trabajo de que damos cuenta recoge las investigaciones de todos esos sociólogos é historiadores, las rehace, las critica, renueva en sus cimientos mismos toda la pesada labor que suponen, y ratifica en términos, atrevidos á veces, originales no pocas, lógicos y rigurosamente científicos casi siempre, las teorías que los mismos habían formulado. He aquí el juicio que el citado A. R. Wallace emite de la obra crítica del profesor Westermarck, comparándola con los trabajos de los grandes maestros de la sociología: «Al pronto, entre semejante conjunto de autoridades competentes y un sabio hasta ahora desconocido, la elección no es dudosa. Sin embargo, me atrevo á asegurar que el juicio de los pensadores independientes será, en la mayoría de los puntos litigiosos, favorable á este advenedizo que con tanta audacia ha atacado las conclusiones de nuestros autores más estimados.»

El libro del señor Westermarck se recomienda principalmente á cuantos, con una precipitación lamentable y sin pararse á considerar por sí mismos las fuentes y los juicios de los sociólogos de gran autoridad, aceptan y dan como definitivas, hipótesis más ó menos verosímiles, pero hipótesis al cabo.

He aquí, para terminar, el plan de la *Historia del Matrimonio en la especie humana*. El autor fija primeramente su criterio en cuanto al método de investigación; luego determina el *origen del matrimonio* y señala su antigüedad; en tres largos é interesantísimos capítulos (de los más importantes del libro) discute la grave cuestión que entraña la hipótesis de una *promiscuidad primitiva*; á continuación examina el matrimonio y el celibato, el amor en los hombres, los medios de atracción sexual, la eleccción sexual y la selección; en dos capítulos, también de gran interés, trata la cuestión tan debatida de la prohibición del matrimonio entre parientes; dedica otro capítulo al matrimonio *por captura* y *por compra*, y después estudia los ritos y ceremonias matrimoniales, las formas

del matrimonio humano, dedicando el último capítulo á examinar la duración del matrimonio.

A. Posada.

La criminalidad en Asturias, por D. Manuel Gimeno Azcárate, teniente fiscal de la Audiencia de Oviedo.—Oviedo, 1900.—Un vol. en 4.° de VI-98 páginas, con gráficas y tablas estadísticas. Sin indicación de precio.

El Sr. Gimeno excita á sus compañeros de profesión á que hagan en sus respectivas provincias lo que él ha hecho en la de Asturias, donde ejerce el cargo de teniente fiscal, ó sea: estudiar, con los correspondientes datos estadísticos á la vista, la criminalidad de la circunscripción territorial en que desempeñan sus funciones, las causas generales ó locales que determinan esa criminalidad y el descenso ó crecimiento de la misma, y los remedios que cabe utilizar contra las referidas causas criminógenas. Si, en efecto, siguieran los demás fiscales de España el consejo y el ejemplo del Sr. Gimeno, harían, sin duda, una obra beneficiosa, más beneficiosa de la que suelen hacer limitándose á despachar rutinariamente asuntos tras asuntos, como si fuesen comerciantes al por menor.

El libro del Sr. Gimeno comprende, además de otros capítulos de menor interés y de algunos estados numéricos y representaciones gráficas de la criminalidad en Asturias, cuatro capítulos, consagrados al examen de las causas del crecimiento de la delincuencia en dicha región, capítulos cuyos epígrafes son: *Aumento de población, El alcoholismo, Uso de armas* ó *Investigación, represión y cumplimiento de penas.*

P. Dorado.

OBRAS NUEVAS

Acebal (J.)—Cuentos penales. *Primera serie.* En 8.°, 97 págs.: 1 peseta.

Anuario de la legislación y jurisprudencia españolas, por la redacción de la Revista de los Tribunales y de Legislación universal. *Año 1899.* Tomo tercero. En 4.°, 498 págs.: 10 pesetas.

Ballesteros y Márquez (S.)—Nociones de legislación de primera enseñanza. En 4.°, 44 págs.: 50 céntimos.

Barbasán Lagueruela (C.)—Biblioteca de los «Estudios militares.» —Teoría de la táctica. En 8.°, 4 tomos, 490-367-323 y 381 páginas, con grabados y láminas: 20 pesetas.

Batlle (C. de.)—Fray Gabriel; novela. En 8.°, 194 págs.: 3 pesetas.

Bello Sanjuán (F.)—El riojano; ensayo dramático en un acto. En 4.°, 33 págs.: 1 peseta.

Bendito (E.)—Un viaje á Júpiter. En 4.° may., 32 págs. 1 peseta 25 céntimos.

Beruete y Moret (A. de.)—Entre rocas; drama en tres actos y en prosa. En 4.°, 50 págs.: 2 pesetas.

Bonafoux (L.)—Risas y lágrimas. En 16.°, 95 págs.: 75 céntimos.

Carrandi (E. A.)—La guerra hispanoamericana ante el Derecho internacional. En 8.°, XV-218 págs.: 3 pesetas.

Casanova (S.) y Cozar (R. de.)—Anuario de la Villa de Puerto Real para 1900.—*Año VI.*—En 8.°, 70 págs.: 2 pesetas.

Casero (A.) y Larrubiera (A.)—El sábado de gloria; sainete. En 4.°, 43 págs.: 1 peseta.

El Teatro.

Catálogo provisional del Museo de arte moderno. En 8.°, 96 páginas: 50 céntimos.

Cavestany (J. A.)—La Duquesa de la Vallière; comedia. En 4.°, 78 págs.; 2 pesetas.

Coello (R.)—Serpentina; juguete cómico en tres actos. En 4.°, 90 páginas: 2 pesetas.

Colom Sales (J.)—El último lío; sainete en un acto. En 4.°, 46 páginas: 1 peseta.

Díaz Guijarro (E.) y Martínez Ruíz (A.)—El Código civil interpretado por el Tribunal Supremo. *Tomo primero.* En 4.°, LX-482 páginas: 8 pesetas.

Díez Pinedo (E.)—Anuario de la Bolsa, del Comercio y de la Banca para 1900.—*Año IX*—En 8.° mayor, 544 páginas, tela: 5 pesetas.

Enseñat (J. B.)—¡Que no se entere

el marido! comedia en un acto. En 4.°, 29 págs.: 1 peseta.

Escalafón general de empleados activos de la Hacienda pública. En 8.° apaisado, 128 páginas: 1 peseta.

Fernández de Béthencourt (F.)—Historia genealógica y heráldica de la Monarquía española, Casa Real y Grandes de España. *Tomo segundo.* Grandes de España, su origen, sus hechos, sus fundaciones, títulos, alianzas y blasones de todos los tiempos. En folio, VIII-632 páginas, con escudos heráldicos: 30 pesetas.

Ferrer (L. M. de). — El desarme de Europa y las garantías de paz general. En 4.°, 32 págs.: 75 céntimos.

Figuerola Aldroféu (M.)—Un marido en libertad; zarzuela en un acto. En 4.°, 32 págs.: 1 peseta.

Fuentes (Fill) (F.) — ¡Ho se to!; comedia en dos actes y en prosa. En 4.°, 62 págs.; 1,50 pesetas.

Gallego Ramos (E.) — Trabajos de campaña y herramientas de las tropas de infantería. En 4.°, 43 págs.: 1 peseta.

García Núñez (M.) — Tratado completo de Matemáticas. *Cuaderno 1.°* Operaciones fundamentales con números enteros. En 4.°, V y pág. 1.ª á 82: 2,50 ptas.

Gómez Carrillo (E.)—Bohemia sentimental. En 8.°, 154 págs.: 50 céntimos.

González del Valle (M.)—La poesía lírica en Cuba; apuntes para un libro de biografía y de crítica. En 8.° estrecho: 350 págs.

Larra (Hijo) (L. de).— El diluvio universal; comedia en dos actos. En 4.°, 52 págs.: 1,50 pesetas.

Locatelli (F.) — El Rey de la Alpujarra; zarzuela cómica en un acto. En 4.°, 32 págs.: 1 peseta.

López Silva (J.) y Fernández Shaw (C.)—Los buenos mozos; sainete. En 4.°, 55 págs.: 1 peseta.

Llave y García (J. de la).— Marina de guerra, guerra marítima y defensa de las costas. En 4.° mayor, 234 págs.: 5 pesetas.

Marco (L.) — Tratado práctico de Medicina y Cirugía modernas. *Tomo I.* En 4.°, XVII-622 pág.: 10 pesetas.

Marina y Muñoz (J.) — La flexión verbal francesa. En 8.°, 51 páginas: 1,50 pesetas.

Martínez Alcubilla (M.)—Apéndices al Diccionario de la administración española. En 4.°, 908 páginas: 12 pesetas.

Medina (J. T.) — El Tribunal del Santo Oficio de la Inquisición en las provincias del Plata.—Santiago de Chile, 1900.—En 8.° mayor, 424 págs.: 14 pesetas.

Idem. — Historia del Tribunal del Santo Oficio de Cartagena de Indias.—Santiago de Chile, 1899.—En 8.°, 458 págs : 12,50 pesetas.

Menéndez Pidal (R.) — Poema del Cid; nueva edición anotada. En 4.°, VI-113 págs.: 5 pesetas.

Merino de Heredia (P.)— Relación en verso de un combate entre araucanos y españoles, ocurrido en Chile en 1579. — Santiago de Chile, 1899.—En 8.°, XXX páginas de prels., 24 hoj. para la Relación: 3 pesetas.

Merino (G.) y Lucio (C.)—¡A cuarto y á dos!... zarzuela en un acto. En 4.°, 42 págs.: 1 peseta.

El Teatro.

Mínguez y Vicente (M.) — Tratado de estadística. *Tercera parte.* Es-

tadística aplicada. En 4.°, 268 páginas: 3 pesetas.

Moncerdá de Maciá (D.)—La familia Asparó; novela. En 8.°, 256 págs.: 3 pesetas.

Navas Ramírez (J.)—Ronda mayor; juguete cómico en un acto. En 4.°, 32 págs.: 1 peseta.

Núñez y Meriel (G.) — Gramática castellana. En 8.°, 136 págs.: 2 ps.

Opisso (A.)—Arte y artistas catalanes. En 8.°, 198 págs.: 2 pesetas.

Prytz (L.)—Rara avis; ensayo de novela. En 8.°, 97 págs.: 2 ptas.

Rabassa y Dalmau (J. M.) — Los días de mi marido; diálogo dramático en un acto. En 4.°, 23 páginas: 1 peseta.

Reconstitución y europeización de España. Programa para un partido nacional; publícalo el Directorio de la Liga Nacional de Productores. En 4.°, XXVI-366 páginas: 6 pesetas.

Reyes (I. de los). — La sensacional Memoria sobre la Revolución filipina de 1896-97, por la cual fue deportado el autor al castillo de Montjuich; ilustrada con retratos de notables revolucionarios. En 8.°, 128 págs.: 2 pesetas.

Ríus (L.) — Bibliografía crítica de las obras de Miguel de Cervantes Saavedra. En 4.°; *Tomos I y II*, VIII-403 págs. y una de erratas, retrato y 11 reproducciones de portadas, el tomo I; 381 págs. y una de erratas, el tomo II: 40 pesetas.

Royo Villanova (A.) — La descentralización y el regionalismo (apuntes de actualidad). En 8.°, XIX-121 págs.: 1,50 pesetas.

Ruiz y Benítez de Lugo (R.)—Aristocracia de escritores españoles. En 4.°, 266 págs.: 4 pesetas.

Idem. — Gente de bastidores. En 4.°: 3 pesetas.

Ruiz y Contreras (L.)—Semi-teatro. Pródigo. Los padres y los hijos. En 8.°, 170 págs.: 1 peseta.

Ruiz Valle (E.) y Martínez (F.)—El gachó del arpa; juguete en un acto. En 4.°, 31 págs.: 1 peseta.

Salinas (G.) — Cinco libros de epigramas. En 12.°, 175 págs.: 50 céntimos.

Sánchez-Bort (P.)—La jerezana; juguete cómico en un acto. En 4.°, 30 págs.: 1 peseta.

Sánchez de Castro (M.)—La cremación de Don Quijote. En 8.°, 38 págs.: 50 céntimos.

Sánchez Ortigosa (C.)— Terapeútica de las enfermedades infecciosas de ciclo término fijo. En 4.°, XV-100 págs.: 3 pesetas.

Sellés (Hijo) (E.) — Predicar y dar trigo; comedia en un acto y en prosa. En 4.°, 21 págs.: 1 peseta.

Unamuno (M. de).—De la enseñanza superior en España. En 8.°, 112 págs.: 1,50 pesetas.

Urales (F.)—Ley de herencia, drama en cuatro actos. En 8.°, 78 págs.: 2 pesetas.

Vigo (M.) — Andrés el repatriado; cuadro dramático. En 4.°, 23 páginas: 1 peseta.

Westermarck (R.)—Historia del matrimonio en la especie humana, por R. Westermarck, profesor de Sociología en la Universidad de Helsingfors (Finlandia). En 4.°, 576 págs.: 12 pesetas.

Zamacois (E.)— De carne y hueso. En 4.°, 160 págs.: 50 céntimos.

Zamora (J. M.)— Pepito Rodríguez Arriola. (Apuntes para la biografía de este prodigioso músico). En 8.°, 50 págs. y retrato: 1 peseta.

INDICE

	Págs.
La ordenanza militar, por Karl A. Tavastsjerna	5
Cervantes y su época, por Ramón León Mainez	12
Poetas americanos: Resurrexit, por Eugenio C. Noé, uruguayo.— *Soneto*, por José Augusto de Izcue	70
Retos y desafíos, por Juan Pérez de Guzmán	74
Los segadors, por Jaime Oliver y Castañer	102
Discursos á la nación alemana, por Juan T. Fichter	118
Crónica literaria, por E. Gómez de Baquero	134
Revista de Revistas, por Fernando Araujo	142
Revista Hispanoamericana, por Iob	169
Notas bibliográficas, por G., A. Posada y P. Dorado	193
Obras nuevas	198

CATÁLOGO

por orden alfabético de materias, de las obras que se venden en la Administración de LA ESPAÑA MODERNA, Cuesta de Santo Domingo, número 16, principal, Madrid.

ANTROPOLOGIA

Ferri. — Antropología criminal, 3 pesetas.—Nuevos estudios de antropología criminal, 3 pesetas.

Lombroso. — Antropología y psiquiatría, 3 pesetas. — El hipnotismo, 3 pesetas.—Aplicaciones judiciales y médicas de la antropología criminal, 3 pesetas.—Ultimos progresos de la Antropología criminal, 3 pesetas.—En colaboración con Ferry, Garofalo y Fiorreffi: La Escuela criminológico positivista, 7 pecetas.

Westermarck.—El matrimonio en la especie humana, 12 pesetas.

ARTE

Taine.—Filosofía del Arte, 3 pesetas.—La pintura en los Países Bajos, 3 pesetas.— El ideal en el Arte, 3 pesetas. — El Arte en Grecia, 3 pesetas.—Nápoles, 3 pesetas.—Roma, 2 tomos, 6 pesetas.—Florencia, 3 pesetas.—Venecia, 3 pesetas.—Milán, 3 pesetas.

BIOGRAFÍA

Araujo.—Goya, 3 pesetas.

Asensio.—Pinzón, 3 pesetas.— Fernán Caballero, 1 peseta.

Barbey. — El Dandismo y Jorge Brummel, 3 pesetas.

Becerro de Bengoa. — Trueba, 1 peseta.

Bergeret.—Mouton (Merinos) 1 peseta.

Bourget.—Taine, 0,50 pesetas.

Campoamor.—Cánovas, 1 peseta.

Dorado.—Concepción Arenal, 1 peseta.

Fernández Guerra. — Hartzenbusch, 1 peseta.

Fernán-Flor. — Zorrilla, 1 peseta.— Tamayo, 1 peseta.

Gautier.—Nerval y Baudelaire, 3 pesetas.—Madama de Girardin y Balzac, 3 pesetas.—Heine, 1 peseta.

Gladstonne. — Los Grandes Nombres, 5 pesetas.—Lord Macaulay, 1 peseta.

Goethe.—Memorias, 5 pesetas.

Haussonville. — La Juventud de Lord Byron, 5 pesetas.

Heine.—Memorias, 3 pesetas.

Lange.—Luis Viver, 2,50 pesetas.

Macaulay.—Vida, Memorias y Cartas, 2 tomos, 14 pesetas.—La Educación de Lord Macaulay, 7 pesetas.

Maupassant.—Zola, 1 peseta.

Menéndez y Pelayo.—Núñez de Arce, 1 peseta.— Martínez de la Rosa, 1 peseta.

Meneval. — María Stuardo, 6 ptas.

Molins.— Bretón de los Herreros, 1 peseta.

Pardo Bazán.—El P. Coloma, 2 pesetas.—Alarcón, 1 peseta.—Campoamor, 1 peseta.

Passarge.—Ibsen, 1 peseta.

Picón.— Ayala, 1 peseta.

Renan.—Mi infancia y mi juventud, (agotada).— Memorias íntimas, 2 tomos, 6 pesetas.

Sainte-Beuve —Tres mujeres, 3 pesetas.—Retratos de mujeres, 3 pesetas.

Stuart-Mill.—Mis Memorias, 3 ptas.

Tolstoy.—Mi infancia, 3 pesetas.—Mi Juventud, 3 pesetas.—Mi confesión, 3 pesetas.

Valera.—Ventura de la Vega, 1 pta.

Wagner. — Recuerdos de mi vida, 3 pesetas.

Zola.—Jorge Sand, 1 peseta.—Víctor Hugo, 1 peseta.—Balzac, 1 peseta. Daudet, 1 peseta.— Sardou, 1 peseta.—Dumas, 1 peseta.—Flaubert, 1 peseta. — Chateaubriand, 1 peseta.—Goncourt, 1 peseta.—Mousset, 1 peseta.—Gautier, 1 peseta.—Stendhal, 1 peseta.—Sainte-Beuve, 1 peseta.

CRITICA LITERARIA

Caro.—Nuestras costumbres literarias, 3 pesetas.—La crítica en la actualidad, 3 pesetas.

Zola.— Estudios literarios, 3 pesetas. Mis odios, 3 pesetas.—Nuevos estudios literarios, 3 pesetas.—Estudios críticos, 3 pesetas.—El naturalismo en el teatro, 2 tomos. 6 pesetas.—Los novelistas naturalistas, 2 tomos, 6 pesetas.— La novela experimental, 3 pesetas.

ECONOMIA

Buylla, Neumann, Kleinwachter, Nasse, Wagner, Mithof y Lexis.—Economía, 12 pesetas.

Goschen.—Teoría sobre los cambios extranjeros, 7 pesetas.

Kells Ingram.—Historia de la Economía política, 7 pesetas.

Laveleye.—Economía política, 7 pesetas.

Rogers.—Sentido económico de la Historia, 10 pesetas.

FILOSOFÍA

Boissier.—Cicerón y sus amigos, 8 ps.

Caro.— El pesimismo en el siglo XIX, 3 pesetas.—El suicidio y la civilización, 3 pesetas.—Littre y el positivismo, 3 pesetas.—El derecho y la fuerza, 3 pesetas.

Collins.—Resumen de la filosofía de Spencer, 2 tomos, 15 pesetas.

Fouillée.—Historia de la Filosofía, 2 tomos, 12 pesetas.

Lubbock.— El Empleo de la vida, 3 pesetas.—La vida dichosa, 3 ptas.

Nietzsche.—Así hablaba Zaratustra, 7 pesetas.

Schopenhaüer.—Fundamento de la moral, 5 pesetas.—El Mundo como voluntad y como representación, 12 pesetas.—Estudios escogidos, 3 pesetas.

Spencer.—*Principios de Sociología.* Comprende: Los datos de la Sociología, 2 tomos, 12 pesetas.—Las inducciones de la Sociología y Las instituciones domésticas, 9 pesetas.— Las instituciones sociales, 7 pesetas.—Las instituciones políticas, 2 tomos, 12 pesetas.—Las instituciones eclesiásticas, 6 ptas.

Idem.—*Principios de moral.* Comprenden: La moral de los diversos pueblos y La moral personal, 7 pesetas.— La justicia, 7 pesetas.—La beneficencia, 6 pesetas.

Idem.—El organismo social, 7 ptas.—El progreso, 7 pesetas.—Exceso de legislación, 7 pesetas.—De las leyes en general, 8 pesetas. Ètica de las prisiones, 10 pesetas.

Stahl.—Historia de la Filosofía del Derecho, 12 pesetas.

Taine.—Filosofía del Arte, 3 ptas.

HIGIENE

Hirsch, Stokvis, Kochs, Würzburg. — *Estudios de higiene general*, 3 pesetas. Comprende las siguientes monografías: Desarrollo histórico de la higiene pública, por Hirsch, profesor en Berlín.—Patología comparada de las razas, por Stokvis, profesor en Amsterdam.—Las infecciones, por Kochs, profesor en Berlín, y Cómo decaen las naciones. Causas y remedios, por Würzburg, jefe de estadística de Berlín.

HISTORIA

Campe. — Historia de América, 2 tomos, 6 pesetas.

Dowden.—Historia de la Literatura francesa, 9 pesetas.

Fouillée.—Historia de la Filosofía, 2 tomos, 12 pesetas.

Garnet.—Historia de la Literatura Italiana, 9 pesetas.

Goncourt.—Historia de María Antonieta, 7 pesetas.—Historia de la Pompadour, 6 pesetas.

Murray.—Historia de la Literatura clásica griega, 10 pesetas.

Renán.—Estudio de Historia religiosa, 6 pesetas.—Las Vidas de los santos, 6 pesetas.

Stahl.—Historia de la Filosofía del Derecho, 12 pesetas.

Taine.—Historia de la Literatura Inglesa contemporánea, 7 pesetas.—Historia de la Literatura Inglesa, Los Orígenes, 7 pesetas.

Tolstoy.—El sitio de Sebastopol, 3 pesetas.

Westermarck.—El matrimonio en la especie humana, 12 pesetas.

Uriel.—Historia de Chile, 8 pesetas.

Wolf.—Historia de las Literaturas Castellana y portuguesa, con notas de M. Menéndez y Pelayo, 2 volúmenes, 15 pesetas.

JURISPRUDENCIA

Aguanno.—La Génesis y la evolución del Derecho civil, 15 pesetas.—La Reforma integral de la legislación civil, (2.ª parte de La Génesis), 4 pesetas.

Arenal.—El Derecho de Gracia, 3 pesetas.—El Visitador del preso, 3 pesetas.—El Delito colectivo, 1,50 pesetas.

Asser.—Derecho internacional privado, 6 pesetas.

Burgess.—Ciencia política y Derecho constitucional comparado, 2 tomos, 14 pesetas.

Carnevale.—Filosofía jurídica, 5 pesetas.—La Cuestión de la pena de muerte, 3 pesetas.

Dorado Montero. — Problemas jurídicos contemporáneos, 3 pesetas.—El Reformatorio de Elmira (Derecho penal), 3 pesetas.

Fouillée. — Novísimo concepto del Derecho en Alemania, Inglaterra y Francia, 7 pesetas.

Framarino.—Lógica de las pruebas (en Derecho penal), 2 tomos, 15 ps.

Gabba. — Derecho civil moderno, 2 tomos, 15 pesetas.

Garofalo. — La criminología, 10 pesetas.—Indemnizaciones á las víctimas del delito (2.ª parte de La criminología), 4 pesetas.

Giuriati.—Los errores judiciales, 7 pesetas.

González.—Derecho usual, 5 ptas.

Goodnow.—Derecho administrativo comparado, 2 tomos, 14 pesetas.

Gross.—Manual del Juez, 12 ptas.

Gumplowicz. — Derecho político-filosófico, 10 pesetas.

Hunter. — Sumario de Derecho romano, 4 pesetas.

Ihering. — Cuestiones jurídicas, 5 pesetas.

Krüger.—Historia, fuentes y literatura del Derecho romano, 7 ptas.

Lombroso, Ferry, Garofalo y Fioretti.—La escuela criminológico-positivista, 7 pesetas.

Macaulay. — Estudios jurídicos, 2 tomos, 6 pesetas.

Manduca.—El procedimiento penal y su desarrollo científico, 5 pesetas.

Martens. — Derecho Internacional (público y privado), 3 ts., 22 ptas.

Meyer.—La administración y la organización administrativa en Inglaterra, Francia, Alemania y Austria. — Introducción y exposición de la organización administrativa en España, por A. Posada, 5 pesetas.

Miraglia.—Filosofía del Derecho, 2 tomos, 15 pesetas.

Mommsen.—Derecho público romano, 12 pesetas.

Neumann.—Derecho Internacional público moderno, 6 pesetas.

Posada.—La Administración política y la Administración social, 5 pesetas.

Ricci.—Tratado de las pruebas en Derecho civil, 2 tomos, 20 pesetas.

Savigny.—De la vocación de nuestro siglo para la legislación y para la ciencia del Derecho, 3 pesetas.

Sighele.—El delito de dos, 4 pesetas.—La muchedumbre delincuente, 4 pesetas.—La teoría positiva de la complicidad, 5 pesetas.

Spencer.—La Justicia, 7 pesetas.—Exceso de legislación, 7 pesetas.—De las leyes en general, 8 pesetas.—Ética de las prisiones, 10 pesetas.

Stahl.—Historia de la filosofía del Derecho, 12 pesetas.

Sumner-Maine.—El antiguo Derecho y la costumbre primitiva, 7 pesetas.—La guerra según el derecho internacional, 4 pesetas.—Historia del Derecho, 8 pesetas.—Las instituciones primitivas, 7 pesetas.

Supino.—Derecho mercantil, 12 pesetas.

Tarde.—Las transformaciones del Derecho, 6 pesetas.—El duelo y el delito político, 3 pesetas.—La criminalidad comparada, 3 pesetas.—Estudios penales y sociales, 3 pesetas.

Varios autores.—(Aguanno, Altamira, Aramburu, Arenal, Buylla, Carnevale, Dorado, Fioretti, Ferri, Lombroso, Pérez Oliva, Posada, Salillas, Sanz y Escartín, Silió, Tarde, Torres-Campos y Vida).—La Nueva Ciencia Jurídica, 2 tomos, 15 pesetas.

Idem.—(Aguanno, Alas, Azcárate, Bances, Benito, Bustamante, Buylla, Costa, Dorado, F. Pello, F. Prida, García Lastra, Gide, Giner de los Ríos, González Serrano, Gumplowicz, López Selva, Menger, Pedregal, Pella y Forgas, Posada Rico, Richard, Sela, Uña y Sarthou, etcétera).—El Derecho y la Sociología contemporáneos, 12 pesetas.

Vivante.— Derecho mercantil, 10 pesetas.

MISCELANEA

Alcofurado.—Cartas amatorias de la Monja Mariana Alcofurado, 3 pesetas.

Baudelaire.—Los paraisos artificiales, 3 pesetas.

Castro.—El libro de los galicismos, 3 pesetas.

Gautier.—Bajo las bombas prusianas, 3 pesetas.

Gay.—Salones célebres, 3 pesetas.

Hamilton.—Lógica parlamentaria, 2 pesetas.

Lemonnier.—La Carnicería (Sedan) 3 pesetas.

Stead.—El Gobierno de New York, 3 pesetas.

Stendhal.—El Amor, 3 pesetas.—Curiosidades amatorias, 3 pesetas.

Tolstoy.—Fisiología de la guerra, 3 pesetas.—Placeres viciosos, 3 ptas.

Varios autores.—(Thebussem, Manuel del Palácio, Picón, Campoamor, Pardo Bazán, Zorrilla, Palacio Valdés, Ferrari, Oller, Sellés, Valbuena, etc.)—Novelas y caprichos, 3 pesetas.

NOVELA

Balzac.—Eugenio Graudet, 3 pesetas.—Papá Goriot, 3 pesetas.—Ursula Mironet, 3 pesetas.—César Birotteau, 3 pesetas.—La quiebra de César Birotteau, 3 pesetas.

Barbey d'Aurevilly.—El Cabecilla, 3 pesetas.—Venganza de una mujer, 3 pesetas.—Las Diabólicas, 3 pesetas.—Una historia sin nombre, 3 pesetas.—La Hechizada, 3 pesetas.

Cherbuliez.—Miss Rovel, 3 pesetas. La tema de Juan Tozudo, 3 pesetas.—Amores frágiles, 3 pesetas. Paula Meré, 3 pesetas.—Meta Holdenis, 3 pesetas.

Coppée.—Un idilio, 3 pesetas.

Daudet.—Jack, 2 tomos, 6 pesetas.—La Evangelista, 3 pesetas.—El sitio de París, 3 pesetas.—Novelas del lunes, 3 pesetas.—Cartas de mi molino, 3 pesetas.—Tartarín en los Alpes, 3 pesetas.—Cuentos y fantasías, 3 pesetas.

Dostoyuski.—La Casa de los muertos, 3 pesetas.—La novela del presidio, 3 pesetas.

Ferrán.—Obras completas, 3 pesetas.

Flaubert.—Un corazón sencillo, 3 pesetas.

Goncourt.—Querida, 3 pesetas.—Renata Mauperin, 3 pesetas.—Germinia Lacerteux, 3 pesetas.—La Elisa, 3 pesetas.—La Faustin, 3 pesetas.—La señora Gervaisais, 3 pesetas.

Korolenko.—El Desertor de Sajalín, 2,50 pesetas.

Lemonnier.—La Carnicería (Sedán), 3 pesetas.

Merimée.—Colomba, 3 pesetas.—Mis perlas, 3 pesetas.

Neera.—Teresa, 3 pesetas.

Rod.—El Silencio, 3 pesetas.

Sardou.—La Perla Negra, 3 pesetas.

Sudermann.—El Deseo, 3,50 ptas.

Tolstoy.—La sonata á Kreutzer, 3 pesetas.—Marido y mujer, 3 pesetas.—Dos generaciones, 3 pesetas. El Ahorcado, 3 pesetas.—El príncipe Nekhli, 3 pesetas.—En el Cáucaso, 3 pesetas.—La Muerte, 3 pesetas.—El sitio de Sebastopol, 3 pesetas.—Los Cosacos, 3 pesetas.—Ivan el Imbécil, 3 pesetas.—El canto del cisne, 3 pesetas.—El camino de la vida, 3 pesetas.—Mi confesión, 3 pesetas.—Los Hambrientos, 3 pesetas.

Turguenef.—Humo, 3 pesetas.—Nido de hidalgos, 3 pesetas.—El Judío, 3 pesetas.—El rey Lear de la Estepa, 3 pesetas.—Un desesperado, 3 pesetas.—Primer amor 3 pesetas.—Aguas primaverales, 3 pesetas.—Demetrio Rudin, 3 pesetas El Reloj, 3 pesetas.—Padres é hijos, 3 pesetas.—La Guillotina, 3 pesetas.—Tierras vírgenes, 5 pesetas.

Varios autores. — Ramillete de cuentos, 3 pesetas. —Tesoro de Cuentos, 3 pesetas.—Cuentos escogidos, 3 pesetas.

Zola. — Las veladas de Medan, 3 pesetas.—La novela experimental, 3 pesetas.—Los novelistas naturalietas, 2 tomos, 6 ptas.—El Doctor Pascual, 2 tomos, 6 pesetas.—Los hombros de la Marquesa, 3 pesetas.

PEDAGOGÍA

Buisson.—La educación popular de los adultos en Inglaterra, 6 pesetas.

Guyau.—La educación y la herencia, 8 pesetas.

Macaulay.—La educación, 7 ptas.

Tolstoy.—La escuela de Yasnaya Poliana, 3 pesetas.

POESIAS

Campoamor.— Ternezas y flores, Ayes del alma, Fábulas; todo en un tomo, 3 pesetas.—Doloras, Cantares, Humoradas; todo en un tomo, 3 pesetas.

Ferrán. — Obras completas, 3 pesetas.

SOCIOLOGÍA

Caro.—El suicidio y la civilización, 3 pesetas.—El derecho y la fuerza, 3 pesetas.

Engels.—Origen de la familia, de la propiedad privada y del Estado, 6 pesetas.

Fouillée.—La ciencia social contemporánea, 8 pesetas.—Novísimo concepto del Derecho en Alemania, Inglaterra y Francia, 7 pesetas.

Garofalo. — La superstición socialista, 5 pesetas.

Giddings. — Principios de Sociología, 10 pesetas.

Grave.—La sociedad futura, 8 pts.

Gumplowicz.—Lucha de razas, 8 pesetas.

Janet.—La familia, 5 pesetas.

Kid.—La Evolución social, 7 pesetas.

Max-Muller.—Origen y desarrollo de la religión, 7 pesetas.

Spencer.—*Principios de Sociología.* Comprenden: Los datos de la Sociología, 2 tomos, 12 pesetas.— Las inducciones de la Sociología y Las instituciones domésticas, 9 pesetas. —Las instituciones sociales, 7 pesetas.—Las instituciones políticas, 2 tomos, 12 pesetas.—Las instituciones eclesiásticas, 6 pesetas.

Idem.—*Principios de moral.* Comprenden: La moral de los diversos pueblos y La moral personal, 7 pesetas.—La justicia, 7 pesetas.—La beneficencia, 6 pesetas.

Idem.—El organismo social, 7 pts.— El progreso, 7 pesetas. — Exceso de legislación, 7 pesetas.—De las leyes en general, 8 pesetas.—Etica de las prisiones, 10 pesetas.

Sumner-Maine. — Las instituciones primitivas, 7 pesetas.

Tarde.—Las transformaciones del Derecho, 6 pesetas.—Estudios penales y sociales, 3 pesetas.

Tolstoy.—Placeres viciosos, 3 pesetas.—El dinero y el trabajo, 3 pesetas.—El Trabajo, 3 pesetas.—

Los Hambrientos, 3 pesetas. — ¿Qué hacer? 3 pesetas.— Lo que debe hacerse, 3 pesetas.

Varios autores.—(Aguanno, Alas, Azcárate, Bances, Benito, Bustamante, Buylla, Costa, Dorado, Pello, Prida, García Lastra, Gide, Giner de los Ríos, González Serrano, Gumplowicz, López Selva, Menger, Pedregal, Pella y Forgas, Posada, Rico, Richard, Sela, Una y Sarthou, etc.)— El Derecho y la Sociología contemporáneos, 12 pesetas.

Westermarck.—El matrimonio en la especie humana, 12 pesetas.

TEATRO

Ibsen.—Casa de muñeca, 3 pesetas. —Los Aparecidos y Edda Gabler, 2 dramas, 3 pesetas.—La dama del mar y Un enemigo del Pueblo, 2 dramas, 3 pesetas.

Zola.—El Naturalismo en el teatro, 2 tomos, 6 pesetas.

VIAJES

Darwin.—Viaje de un naturalista alrededor del mundo, 2 tomos, 15 pesetas.

Taine.—La Inglaterra, 7 pesetas.

Tcheng-Ki-Tong.—La China contemporánea, 3 pesetas.

LOS GRANDES AUTORES CONTEMPORÁNEOS

Neera.—Teresa, 3 pesetas.
Rod.—El Silencio, 3 pesetas.
Lemonnier.—La Carnicería (Sedán), 3 pesetas.
Sudermann.—El Deseo, 3,50 pesetas.
Korolenko.—El Desertor de Sajalín, 2,50 pesetas.
Turguenef.—Tierras Vírgenes, 5 pesetas.

España moderna

AÑO 12. NUM. 138.

LA

ESPAÑA MODERNA

Director: JOSE LAZARO

JUNIO, 1900

MADRID
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE IDAMOR MORENO
Calle de Blasco de Garay, núm. 9.

Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo, es indispensable el permiso del Director de La España Moderna.

EN LOS BANCOS DE TERRANOVA

Meses y meses llevábamos en los bancos de Terranova para la pesca del bacalao. Veranos é inviernos pasaban y volvían, y nosotros siempre en el mismo sitio, enmedio del mar, entre dos mundos, Europa y América. Cuatro ó cinco veces por año íbamos á Miquelón para vender nuestra pesca y comprar víveres; luego volvíamos á alta mar y regresábamos al mismo sitio para pescar el bacalao y retornar á Miquelón. Yo nunca bajé á tierra, ¿para qué? Veíase poca gente en aquel agujero abandonado, donde sólo habitaban pescadores y comerciantes en pescado. Nuestro barco era ruso y se llamaba el *Kongo:* un verdadero ruso, una barraca vieja, que de sus años juveniles conservaba algunas inscripciones medio borrosas encima de las portas. Eramos á bordo ocho hombres: dos holandeses, un francés, dos rusos y yo; los otros dos eran negros.

El *Kongo* estaba provisto de cuatro canoas pequeñas *(dories)*. Por la mañana íbamos en esos botes, para sacar las redes, á las tres en verano, al rayar el alba en invierno; y por la noche las echábamos, exactamente en el mismo sitio, á setecientas ú ochocientas brazas al Oeste Suroeste del *Kongo*.

Pasaban días tras días, y nosotros siempre allí. Ninguna diversión en nuestra existencia; á menudo no distinguíamos el domingo del lunes. La única y muy extraordinaria cosa quo diferenciaba nuestra suerte de la de los demás pescadores de Terranova, era que el patrón llevaba consigo á bordo su mujer, joven repugnante, con las manos llenas de verrugas, con

el cuerpo descarnado como un esqueleto. Todas las mañanas la veíamos al abandonar el *Kongo*. Salía de la litera medio dormida aún, despechugada..... Pero á pesar de su suciedad y aunque nunca nos dirigía la palabra, los marineros la amábamos mucho, cada cual á su manera, y ninguno de nosotros hubiera podido pasarse sin su presencia. Nos habíamos vuelto fáciles de contentar, verdaderamete muy fáciles.

Nosotros no éramos marinos, sino simples pescadores. Un marino viaja, desembarca, y por larga que sea la travesía, siempre acaba por echar pie á tierra; al paso que nosotros no nos movíamos del mismo sitio, con las anclas clavadas en la arena. Y esto sucedía desde tan largo tiempo atrás, que habíamos perdido hasta el recuerdo de la tierra firme, habiendo cambiado mucho en nosotros mismos. Nos habíamos embrutecido muchísimo con aquella monotonía eterna, pero embrutecido muy de veras. No viendo más que la niebla y el mar, no oyendo más que los rugidos del viento y de la tempestad por encima y por debajo de nosotros, ya no nos preocupábamos por nada y no teníamos ni la sombra de un pensamiento. ¿Para qué pensar? Nuestra continua promiscuidad con los peces nos había convertido á nosotros mismos en moluscos, en extraños animales marinos, rampando en su barca y conversando en un lenguaje propio de ellos.

No leíamos nada, no leíamos nunca. No hubieran podido llevarnos cartas allí, en alta mar, y además la incesante absorción de la niebla acre, el manejo sin fin del pescado crudo, y sobre todo, nuestra no interrumpida estancia en los bancos, habían muerto en nosotros todo deseo de leer. Comíamos, trabajábamos y dormíamos. El único de nosotros que no había perdido por completo la cabeza y que aún se interesaba por algo, era el francés. Mensualmente, con mucha regularidad, me llamaba aparte al puente para preguntarme con la voz más seria:

—¿Crees que habrá ahora guerra en mi país?

Nos habíamos vuelto indiferentes para todo, hasta el punto

que ni siquiera nos importaba ya gran cosa hablar juntos. Harto bien conocíamos la respuesta á cada una de nuestras preguntas, añadiéndose á esto lo difícil de hacernos comprender unos de otros. ¿Qué importaba que el inglés fuese el idioma oficial á bordo? Los holandeses, lo mismo que los franceses, tenían la cabeza demasiado dura para aprenderlo, y hasta los rusos, cuando la frase se prolongaba por fuerza, se hacían un lío, y volvían cómicamente á su lengua materna, proporcionándonos inútiles impaciencias. Eramos infelices y estábamos abandonados de todas maneras. ¡Abandonadísimos en verdad!

De vez en cuando, mientras sacábamos las redes, pasaba á lo lejos un barco de emigrantes, osado coloso espectral, que, después de dar un silbido, se perdía de nuevo entre la bruma. Era una visión casi terrorífica la de aquel monstruo gigantesco, apareciendo para desaparecer al punto. Si ocurría esto en la obscuridad de la noche, las luces de las lumbreras que agujereaban el casco del buque, parecían mirarnos con sus redondos ojos ardientes de vaca, y no podíamos contener gritos de sorpresa y de espanto. Con tiempo tranquilo sufrimos el contragolpe del aire, desalojado por ese espectro formidable, y nuestros botes se zangoloteaban durante largo tiempo en las olas levantadas por su paso.

Si el tiempo estaba un poco más claro, Tatzel, mi compañero de *dory,* que tenía buena vista, descubría á veces un velero á lo lejos; pero ninguno de los barcos se aproximaba lo suficiente para permitirnos distinguir la tripulación. Nunca veíamos nada que estuviese fuera de nosotros mismos: el cocinero, los ocho pescadores, el patrón gotoso y su mujer.

Extrañas sensaciones se apoderaban á menudo de nosotros, cuando, tendidos boca abajo, sacábamos las redes: era como si manos invisibles las hubiesen retenido en las profundidades del mar, queriendo derribar nuestros *dories.* Vociferábamos los gritos de mando con rechinamiento de dientes, medio locos de espanto, sin saber ya dónde estábamos ni qué hacíamos, sobreexcitados por aquella lucha contra los ocultos

poderes del fondo del Océano, que se negaban á soltar su presa. Si uno solo de nosotros era acometido por uno de tales accesos, «cantaba para hacer buen tiempo» (como decíamos nosotros), porque acusábamos de ello á la niebla.

Muchas veces nos parecía también ver surgir de esa intensa niebla seres fantásticos que nos saludaban, inclinando sin descanso sus cabezotas espeluznadas y greñudas; aquellas formas fofas, altas como montañas, atravesaban el blanco vapor, siguiendo las ondulaciones del viento, flotando, pesadas, del Este al Oeste, hendiendo los aires sus vedijosos miembros, y desplegándose tras ellas sus largos mantos. Una noche tuvimos Tatzel y yo una visión simultánea: un gigante bajaba y subía por el espacio, echando llamas por la cabeza y mugiendo como el huracán; ambos lo vimos. Muy poco después apareció un *steamer*, y prorrumpimos en un grito al resonar su silbido á lo lejos.

Pero si, durante la mañana abordábamos al *Kongo* después de sacar las redes y de quedar bien llenos nuestros *dories*, nuestra presa y la satisfacción de haber conducido á buen término la faena más dura de la jornada nos atontaban y enloquecían de otro modo. Acontecíanos entonces hallar un placer contranatural en dar tormento á la pesca, en atormentar á nuestros propios peces. Sobre todo, los dos rusos enfermaban de antojos de cometer semejante pecado. Cogían por la cabeza los grandes bacalaos, clavaban los dedos en sus ojos blandos, y, levantándolos así en el aire, se desternillaban de risa al ver tal espectáculo. Cierta vez sorprendí á uno de ellos mordiendo un pez vivo, clavando los dientes en la carne cruda y dejándolos allí durante dos minutos, cerrados los ojos de voluptuosidad. Aquellos gordos cuerpos de pescados nos sobreexcitaban á todos. Con júbilo feroz les abríamos los estómagos lisos, vivos aún; les desgarrábamos el vientre, registrándoles las entrañas durante mucho mayor tiempo del debido, y ensuciándonos con su sangre. El francés pretendía estar exento de esos instintos de bruto; por el contrario, ardía

en insensato amor por la mujer del patrón y nos lo decía á todos, no pudiendo ni siquiera callárselo ya.

—¡La amo, sólo Dios sabe cuánto la amo!—repetía cien veces diarias.

Uno de los negros, al cual llamábamos el doctor porque en su primera juventud se había dedicado un poco á la Medicina, también estaba apasionado por ella. De buena gana le hubiese tendido de un puñetazo cuando me hizo la confidencia de ello, pues lo mismo me pasaba también á mí.

Pero ella, flaca, perezosa y sucia, vivía entre nosotros sin sospechar nada. Ni siquiera nos concedía una mirada. Un día en que estaba yo ocupado en la popa del barco, allí donde, por lo común, solía estar ella sentada en una silla de tijera mirando al frente con fijeza, tropecé en unos montones de cuerdas embreadas y estuve á punto de caerme. Perdí de tal modo los estribos, que en vez de avanzar retrocedí, contemplando entontecido los cables. Ciertamente, hube de tener un aspecto muy ridículo. ¿Por qué no se reía? ¿Y por qué me miraba, si no era para reirse de mí? No le dió la gana, y ni siquiera pestañeó.

—¡Está enmohecida!—dijo Tatzel en su lenguaje figurado.—¡Pardiez, se enmohece pasmosamente!

Sin embargo, ninguno de nosotros, y por nada del mundo, hubiera podido pasarse sin su presencia.

Preparada la pesca y vueltas á echar las redes, terminada nuestra faena del día pasábamos una ó dos horas en comer y fumar; luego descendíamos al fondo de la cala.

Y entonces, cuando no estábamos demasiado rendidos de cansancio, si por acaso nos daba gana de charlar, podíamos hacerlo hasta referir de tarde en tarde algún pequeño episodio de nuestra existencia, todo esto en un lenguaje grosero é imperfecto, mezclado de juramentos y obscenidades.

El francés sabía el final de la historia de un hombre «que no podía ver una mujer sin desearla», y contaba ese final á menudo, siempre con el mismo buen éxito; los rusos, fuera de

sí, se reían sin parar cuando lo comenzaba. Su cándida y brutal alegría les forzaba á hacer muecas con la boca.

—Bueno..... ¿y después?—le interrumpían.—¡El final..... el final!

Sin embargo, lo conocían tan bien como nosotros.

Tatzel no tenía la misma suerte con su historia, pues rara vez le prestábamos atención. ¡Era tan difícil comprenderle, estaba tan flojo en el inglés, y lo poco que sabía lo destrozaba tan cruelmente! Al pretender hablar de cosas para las cuales no topaba con las palabras, mirábanos á todos, uno tras otro, con aire entristecido. ¡Verdaderamente era muy digno de lástima!

Tatzel era el mayor de los dos holandeses, de sórdida suciedad y un poco sordo; pero en lo demás, buen muchacho y servicial. En verano y en invierno llevaba en las orejas unos tapones de algodón, gruesos tapones amarillentos por el uso. La dejadez de su cuerpo era extraordinaria, y la vida á bordo le había hecho volverse en absoluto un niño. Tumbado en su amaca, fumando acre tabaco, escupiendo á tuertas y derechas sin mirar dónde, comenzaba siempre su historia así:

—Era una noche, en Amsterdam..... una noche en Amsterdam..... Precisamente acababa yo de alistarme y era mi última noche en tierra..... ya no recuerdo la hora exacta, pero era tarde, muy tarde. Al salir de la cervecería para dirigirme á bordo, comencé por arremangarme el pantalón..... aunque estaba yo más borracho que una cuba. A cada paso me fallaban las piernas. A pesar de todo, tomando por la calle de Leopold iba yo camino adelante, cuando se presentó una cosa..... una cosa..... (porque, á pesar de mi borrachera, la ví.....) y muy cerca de mí, enmedio de la calle. Pues, me creáis ó no me creáis, ¡era una señora!—Y el viejo guillado se erguía en su amaca y nos miraba, prosiguiendo así:

—¡Una gran señora!

Callábase luego; pues acabándosele allí su conocimiento del inglés, no podía continuar.

—¡Cómo! ¿Era verdaderamente una gran señora quien te seguía por las calles de Amsterdam?—preguntaba el doctor en son de zumba.

—Sí, ¡una gran señora, una gran señora!—respondía en cantado y riéndose á mandíbula batiente.

Estaba excitado hasta el punto de darnos dos veces su palabra, mientras nosotros nos desternillábamos de risa. Esforzábase en acabar su relato, pero de nuevo se quedaba cortado. Encarnizábase su viejo cerebro, y hacía esfuerzos sobrehumanos para encontrar la palabra que nos explicase lo chistoso de la historia; pero no consiguiéndolo, se callaba desesperado. Y, sin embargo, tenía en ello tanto empeño, que á la postre, agobiado por el recuerdo de la dama y el desconsuelo de no poder hacerse comprender, hacía explosión en su propio idioma, vomitando un turbión de palabras y de sonidos extraños que nos era imposible entender, excepto á su compatriota; pero éste dormía y roncaba en su litera. Esa era la historia de Tatzel, la única que sabía y que siempre terminaba así, comenzando invariablemente por aquella memorable noche en Amsterdam. En efecto, la aventura era muy verosímil; y ciertamente, ninguno de nosotros se hubiera atrevido á ponerla en duda.

Luego nos quedábamos reflexionando acerca de esta historia, mientras por fuera rugía el mar, vacilaba la lámpara dentro de su anillo de estaño, y sobre nosotros pateaba el vigía encima del puente, con sus pesados zuecos de madera. Y caía la noche.

Despertábame á veces hacia media noche, semiasfixiado por las emanaciones de todos aquellos hombres que se agitaban en sueños. La linterna iluminaba sus cuerpos abultados por las burdas camisetas de lana; los rusos, con sus tres ó cuatro pelos en la barba, parecían focas. De cada hamaca salían suspiros entrecortados por palabras indistintas. Los negros, enseñando la dentadura brillante de blanca, hinchando las negras mejillas, dejaban escapar un nombre familiar. De la ha-

maca del holandés más joven, salían revueltas, con ronquidos, carcajaditas análogas á hipos, interrumpidas por ese nombre, siempre el mismo: el de la mujer del patrón. Todos estaban locos por ella; y los brutos la llamaban entre sus ensueños, cada cual en su lengua. Sólo Tatzel dormía con el sueño apacible y sano de una marmota.

Las acres nieblas que penetraban por las portas, el humo del tabaco, el olor de todos aquellos hombres sudorosos y de aquellos peces á bordo, condensábanse en un vapor espeso y asfixiante, que me obligaba á cerrar los ojos tan pronto como quería volver á abrirlos. Dormíame de nuevo, oprimido en una pesadilla por una flor gigantesca que se ponía encima de mí, enlazándome con sus pétalos húmedos, chupándome el jugo, tragándoseme, tenaz y segura, plácida y sin ruido. Y el mundo desaparecía para mí.

Luego bajaba el vigilante y nos echaba afuera.....

KNUT HANTUM.

POETAS AMERICANOS

EL CANTO DEL OLVIDO

En la vida
Todo aquello que buscamos con locura y adoramos con el alma,
Pasa y muere;
Porque todo es fuego fatuo que surgiendo de la nada
Un momento brilla y luego va muriéndose y se acaba.
Su recuerdo,
Como extraño panorama,
Como pálida silueta,
De una cosa muy lejana,
También tiene su crepúsculo y se borra lentamente
Como un sueño en lontananza.
Y la vida
Tan amarga,
Tan mezquina,
Tan unida á la desgracia;
Donde todo es tan instable,
Donde todo es polvo y nada,
Donde todo es humo y lodo
Que se extingue y que se acaba;

Seguí siempre su camino fecundando la materia
Infeliz y miserable; al gusano dando alas,
Savia al árbol, sangre ardiente á nuestras venas,
Y tinieblas y tinieblas insondables á las almas.

—

¡Ay! yo he visto
Del amor ardiente y puro que tu espíritu guardara
La agonía,
La agonía dolorosa de un amor de níveas alas,
Que la garra del hastío implacable destrozaba.
Él moría
En el nido de ternuras que tu espíritu formara.
Y aquel nido
De ilusiones siempre blancas
Y recuerdos
Que él amaba,
En la sombra
Del olvido se ocultaba;
Y el amor se estremecía
De terror, y sollozaba
Al mirar tan triste y frío el desierto en lontananza:
¡Esa estepa del olvido!
¡Esa estepa tan extraña!
Donde mueren los recuerdos,
La pasión y la esperanza!

—

Tus pupilas,
Que el amor en otro tiempo animó con ley del alma,
Ya no brillan!
Y tus labios están fríos como el mármol de una lápida!
Entre tanto, llora y muere tu pasión hermosa y casta;
Y al morir

Asomóse á tus pupilas, cual postrera llamarada,
El amor que se moría!
¡Fue la última mirada,
El adiós de tu pasado,
El adiós de toda el alma!
Ay! Después, la indiferencia
Borró todo con sus alas,
Y el amor sin ilusiones, y proscrito emprendió marcha
Por la estepa del olvido!
Su silueta dulce y blanca,
La silueta de aquel sueño de pasión que duró un día,
Triste y sola fue perdiéndose en la niebla funeraria;
Fue borrándose, borrándose
Como el alma de un perfume del que al fin no queda nada.

EDUARDO ECHEVARRÍA.

Bogotá: 1900.

EL PADRE DE MORATIN

AL SR. D. CÉSAR DE SALAVERT Y SOLÁ,
mi amigo de muchos años.

Las festividades cívicas que ha promovido la traslación de los restos mortales de Meléndez Valdés, Moratín, Goya y Donoso Cortés, traídos del suelo extranjero donde antes reposaron, á que gocen de su quietud eterna bajo la tierra amada de la patria que les dió cuna, habla, dolores y gloria, ha puesto en la arena de la curiosidad cuanto á estas ilustres figuras nacionales les concierne. Respecto á Moratín, yo mismo me he complacido en dar por vez primera á luz pública algunos de los interesantes apuntes inéditos que su amigo de toda la vida, el abate D. Juan Antonio Melón, escribió para que sirvieran á D. Manuel Silvela de noticias de su vida íntima, al escribir la sentida biografía de su amigo y huésped, y de que Silvela no había hecho íntegro uso por creer, en su gran respeto hacia varón que tanto amaba y por propia meticulosidad de carácter, que el arte, sobre la tumba, tiene el deber de cubrir todas las debilidades del hombre por pequeñas que sean, y que la figura que modela la pluma, como la que modela el cincel, debe estar en todo sometida á las líneas ideales de la perfección. Nuestro tiempo entiende las cosas de otro modo, y se recrea en analizar al hombre-hombre, renunciando á aquellos convencionalismos artísticos que se complacen más en la artificiosa regularidad de un parque donde las plantas han sido

recortadas por las tijeras de un jardinero decorativo, que en la armónica simetría del bosque virgen, donde el imperio de la Naturaleza ha dibujado las líneas singulares de su propia espontaneidad. Así, pues, no he dejado de ver con complacencia el curioso interés con que han sido buscados aquellos apuntes, que sólo se refieren á algunos puntos ligeros de la vida de Moratín, de quien, por ahora, no me propuse hacer un nuevo bosquejo de toda su hermosa fisonomía intelectual y moral.

Del padre de D. Leandro nadie ha querido ocuparse, como si el buen D. Nicolás hubiera sido un pelele, y sin que los modernos rebuscadores de antecedentes antropológicos se hayan propuesto descubrir la gradación ascendente en que unas mismas facultades se fueron desarrollando en los individuos de esta familia verdaderamente genial. Melón, que me ha facilitado tanto el camino de todas mis indagaciones, refiere en sus apuntamientos para Silvela que el abuelo de Leandro, es decir, el guardajoyas de la Reina Doña Isabel de Farnesio, Don Diego Fernández de Moratín, fue poeta, ó al menos escribió algunos versos, en que mostró felices disposiciones para la poesía, sin que ni de ello hiciera profesión, ni lo constituyera en inclinación ó hábito frecuente de su vida. Su padre, Don Nicolás, con más vasta educación académica, casi profesó ya más las musas que las leyes. Otro hermano de éste, D. Miguel, observó la misma conducta de su padre; de modo que, habiendo escrito con facilidad algunos versos, ni los apreció como culta singularidad de su espíritu, ni trató de llamar sobre sí la atención pública con ellos. Por manera, que al venir á la vida D. Leandro recibía de la línea paterna una herencia que en él había de alcanzar sus últimos esplendores, y que había venido siendo sentida y mejorada en tres generaciones de los de su familia. ¡Y cuidado si para imponerse á la sucesión de la sangre tuvo que hacer esfuerzos la Naturaleza! Porque ya el matrimonio ó cruzamiento del primero de los de esta generación de poetas, efectuóse con una dama de la Alcarria, cuyo padre y cuyos ascendientes no pudieron tener inclinaciones

más contrarias á las de la poesía, si, como el mismo D. Nicolás escribió en su *Carta histórica* al Príncipe Pignatelli, *sobre el origen y progresos de las fiestas de toros en España*, sus ascendientes maternos gallardearon de buenos rejoneadores de estos animales en plaza, y su propio abuelo, el padre de Doña Inés González Cordón, tendía muerto de una estocada un berrendo del Jarama, como recordaban los ancianos de Pastrana que aún vivían cuando Moratín dictaba la obra en que compendiaba la historia del toreo desde Alfonso VI y Alfonso VII, el Emperador, hasta Francisco y Pedro Romero, el fraile de Pinto y el fraile del Rastro, Cándido y Joaquín Rodríguez.

Si en cada una de estas generaciones las facultades literarias se fueron robusteciendo en el fondo y afinando en la forma, indudablemente se debió tanto á la disposición natural del espíritu como al ambiente de la educación. D. Nicolás, bajo el patrocinio de la Reina Doña Isabel de Farnesio, que en su viudez y soledad del Real Sitio de San Ildefonso dulcificaba sus melancolías con las tempranas gracias del hijo primogénito de su guardajoyas, alegre, festivo, cuentero y mimoso, hizo estudios fundamentales capaces de poner en ignición las llamas que ya ardían en su imaginación juvenil. Observando los accidentes de su vida y la condición de sus obras, toda su existencia, por cierto no muy prolongada, debió consagrarla más al platonismo de sus estudios predilectos que á la explotación de las facultades lucrativas que emanaban de su carrera. Y ateniéndonos á los datos que nos proporciona la biografía que de su padre escribió D. Leandro en 1821, y de cuya veracidad no es lícito dudar, pues toda esta familia de los Moratines aparece muy equilibrada en el culto de la verdad, las pasivas ocupaciones de ayuda de guardajoyas de la Reina, para que esta señora le nombró en San Ildefonso cuando acabó su carrera, y las pasivas ocupaciones que este empleo le proporcionó en Madrid cuando á la muerte del Rey Fernando VI, su madre, la Reina Doña Isabel se vino de aquel Real Sitio á tomar las

riendas del Gobierno hasta la llegada de Nápoles de su otro hijo Carlos III, bien se nota que sólo las invirtió en el deleite de los libros, en los borrones de la imaginación y en saciar la curiosidad por conocer los establecimientos literarios que existían en la corte, y los edificios públicos destinados á los espectáculos.

Sería un error creer que los estudios con que pulió su espíritu D. Nicolás tuvieron la amplitud que alcanzaron las antiguas Universidades de España desde el siglo XV hasta la declinación del XVI, y que han tenido é impuesto á Europa y al mundo las Universidades alemanas desde fines del siglo XVIII hasta el último tercio del XIX. En materia de arte y literatura, el canon de los tiempos del padre de Moratín ni siquiera lo establecían Aristóteles y Horacio. Desde 1737, la *Poética* de las Universidades era la de Luzán, y Luzán no era más que Hugo Blair traducido al castellano. De modo que era inútil que algunos espíritus escogidos, entre los que desde luego se contó D. Nicolás, mostrasen inclinaciones y aun deseos vehementes de impulsar un verdadero renacimiento de la cultura española, que fue la maestra de Europa durante dos siglos, si el patrón de todas las innovaciones que se pretendían en el palenque de la inteligencia era el patrón francés. El mismo padre de Moratín es el ejemplo más vivo de la contradicción flagrante en que incurrían aquellos laboriosos regeneradores. Herencia aún del último siglo, las clases populares adoraban el nombre de Calderón de la Barca, único de los escritores dramáticos del teatro que fundó Lope de Vega y engrandecieron Vélez de Guevara, Ruiz de Alarcón, Rojas, Zorrilla, Moreto y Solís, que, enmedio de la rabiosa hostilidad que contra el teatro y las comedias sostenían el Episcopado, las Ordenes religiosas y el fanatismo común, había logrado mantener el imperio y el prestigio de su nombre, al menos, en las dos fiestas rituales del año, las del Corpus y las de Navidad, en que de inmemorial costumbre se daban al pueblo de Madrid dos representaciones al aire libre en la plaza de Palacio y en la pla-

za de la Villa, en las que, aunque las obras que habían de ejecutarse se sometían á la elección de los Monarcas, el pueblo, con sus aplausos ó sus silbidos, fallaba en definitiva lo que le era agradable ó no; y al fin, después de repetidos ensayos para introducir en estas fiestas populares obras de los autores nuevos, el pueblo se había aferrado á los autos sacramentales de D. Pedro Calderón, no admitiendo otros. Blasfemaron los de la escuela innovadora contra la salvajez de aquel teatro no sometido á reglas de proporción, como las que establecieron los modelos clásicos y habían restaurado los nuevos ingenios de Francia; pero se daba el caso de que mientras aquí se lograba proscribir por bárbaro de la escena al genial y profundo autor de *La vida es sueño,* y se tomaban por canonistas innovadores del arte á los refundidores extranjeros del Cid, Molière y Corneille, que se levantaban como los astros supremos, á quienes se debía imitar en todo, no tenían otras fuentes de inspiración que el mismo antiguo teatro español que en España se condenaba.

D. Leandro Fernández de Moratín, en la vida de su padre D. Nicolás, trató de bosquejar á grandes rasgos, aunque con la juiciosa discreción que constituía el fondo de su entendimiento, el estado de degradación en que la literatura se hallaba al concluir el primer tercio del siglo XVIII y el supremo esfuerzo que hubo que hacer para sacarla de su atolladero é implantar las reglas del buen gusto. Pero es lástima que, ni en este trabajo, en el que debió ser, como lo fue, muy conciso, ni en los *Orígenes del teatro español*, por no haber llegado más que hasta el momento de la aparición de Lope de Vega, el ilustre escritor no entrase más de lleno en la revelación del cuadro que ofrecía nuestra literatura nacional, desde la muerte de Carlos II, y sobre todo, nuestro teatro, que era á la sazón su forma más popular y genuina. Cuando ocurrió el cambio de dinastía, hacía poco que Calderón de la Barca había dejado de existir, aunque sus obras continuaron viviendo en la mente y en el corazón del pueblo, como la fe de una tradi-

ción perdida, hasta que la labor tenaz de los innovadores del siglo XVIII, formados en el modelo literario de Francia, impulsaron al Conde de Aranda á hacer suscribir á Carlos III el decreto que lo expulsó de la escena. Todavía alcanzaron los primeros años del reinado de Felipe V, Solís, Zamora y otros escritores dramáticos no despreciables. Pero de cualquier modo, el nombre y la idolatría popular profesada á Calderón, bastó en el largo paréntesis que sufrió el total eclipse de nuestro genio, para salvar en la afición general aquel culto al teatro, sobre cuya base un nuevo impulso del espíritu nacional en cualquier tiempo hubiera podido recomponerle. Sin el respeto al nombre de Calderón de la Barca, al venir á la vida el primero de los dos Moratines, ni el menor vestigio hubiera encontrado del teatro que por tan lentos pasos se fue ingiriendo en nuestra literatura desde *La danza de la muerte,* hasta las representaciones zaragozanas que enjaretó D. Enrique de Aragón, el Duque de Villena; desde Rodrigo Cota á Juan del Encina; desde Torres Naharro á Juan de Timoneda; desde Cristobal de Castillejo á Gil Vicente; desde Lope de Rueda á Juan de Malara; desde Alonso de Cisneros á Cristobal de Virués, y desde Juan de la Cueva hasta Miguel de Cervantes, ascendientes ilustres de Lope y de sus esclarecidos prosecutores. En gran decadencia se había pronunciado el teatro desde que murieron Rojas, Zorrilla y Moreto; grandes luchas habían sostenido para que no lo excluyeran enteramente de nuestras costumbres nacionales las ideas del fanatismo que se impusieron á los desórdenes políticos y á la decadencia militar de la menor edad y del reinado del último de los Austrias. Sólo el respetable nombre de D. Pedro Calderón, con sus obras profundamente filosóficas y casi místicas, y con su representación y su autoridad como eclesiástico, pudo hacer subsistir aún, por más de medio siglo, la base principal de nuestra literatura que de la total degeneración de las ideas nacionales había ido á caer en el más absorbente extranjerismo, y logró dilatar hasta el momento feliz de la aparición de los primeros regeneradores

un hálito, aunque desmayado, de lo que había sido en los tiempos de su grandeza nuestra cultura y nuestra genio.

Cuando, prosecutor de Luzán, vino al palenque literario D. Nicolás Fernández de Moratín, toda la literatura de nuestra patria estaba constituída, ó por una traducción servil, ó por un pálido reflejo de imitación de la de Francia.

Cuando logren desenterrarse del polvo de los archivos, donde yacen, los largos martirologios por que el teatro pasó desde la Junta que sobre él se formó bajo Felipe II, con los teólogos García de Loaisa, Fray Diego de Yepes y Fray Gaspar de Córdova, parecerá mentira que pudiera desarrollarse y adquirir los vuelos que alcanzó bajo Felipe IV un género literario que pasó por tantas contradicciones y tantas alternativas. Mientras la Junta de teólogos de Felipe II lo condenaba, el Arzobispo y el clero catedral de Toledo llevaba todos los años de Madrid sus compañías de farsantes para solemnizar sus fiestas votivas. Después de la muerte de Felipe IV, tan protector del teatro, de las comedias y de los farsantes, que tuvo proscenio propio en su palacio del Buen Retiro, escribió obras dramáticas y engendró en una comedianta, los escrúpulos de la Reina viuda Doña Mariana de Austria, á quien las comedias le agradaban, no descansaron en su conciencia, hasta que la declaró diversión lícita otra Junta, compuesta de don Francisco Ramos del Manzano, D. García de Medrano y don Antonio de Vidania. Carlos II era tan aficionado á las comedias como su padre, y hasta tal punto, que en las Carnestolendas del año 1697 (14 de Febrero) dió orden de que todas las tardes del Carnaval las compañías de comediantes pasasen á palacio á hacer sus representaciones, sin darlas al público, por lo que los Consejos tuvieron que hacerle presente los gravísimos inconvenientes á que esta disposición se prestaba, siendo los menores el inminente temor de un motín. Con todas estas predilecciones, el Estado eclesiástico no dejaba de menudear protestas sobre protestas y de fulminar condenaciones sobre condenaciones, como las que contiene el *Discurso teológico*

del P. Ignacio de Camargo. Por manera, que, después de la proclamación de Felipe V, habiéndose expedido el 17 de Octubre de 1714 una Real cédula para que pudieran hacerse comedias libremente en todos los dominios de la Monarquía española, al año siguiente el Abad de Vivanco, Presidente del Consejo de Castilla, á instancia del Arzobispo de Granada, las prohibió enteramente en esta ciudad; de muchas ciudades se obtuvo el voto de los Municipios, declarando que en ningún tiempo ni por ningún motivo las admitirían en los límites respectivos de su jurisdicción; en 1729 se obtenía por Pamplona, capital de Navarra, Bula de Benedicto XIII, prohibiéndolas para siempre en ella; en 1737, el autor ó empresario Carlos Rafael García tuvo que alzarse al Consejo en queja, porque, llegando de representar en San Felipe de Játiva, y habiendo empezado sus representaciones en Cartagena, se presentaron tras ellos en misión unos Padres de la Compañía de Jesús, que amotinaron al pueblo contra los comediantes, haciéndoles salir aceleradamente y descalabrados de la ciudad; y el mismo Consejo en el mismo año tuvo que desaprobar la conducta del Arzobispo de Burgos, por haberse introducido á embarazar la representación de otra compañía, estándose ejecutando *Los áspides de Cleopatra,* que con entremés y baile habían anunciado.

Al año siguiente, de 1738, otro alboroto mayúsculo en Murcia, á causa de las comedias. Se presentaron los farsantes; tomaron la casa teatro, que era de propiedad del convento de Santa Ana, de frailes hospitalarios de San Juan de Dios, é inmediatamente el Obispo prohibió la representación que se anunció. Púsose de parte de los comediantes el prior Fray Antonio Martínez Moreno, y en Junta, á que asistieron Fray Juan de la Soledad, Presidente; Fray Ginés Fernández Cap, consiliario; Fray Andrés Barbero del Pozo; Fray Feliciano Santos, Procurador; Fray Vicente Boronat, Fray Antonio Latorre, Fray Cayetano Roldán y Fray Gabriel Mathusa, todos religiosos de dicho convento, acordaron negar en este punto

la obediencia al Obispo, por destinarse las rentas que producía la casa Comedia al sostenimiento del Hospital de Nuestra Señora de Gracia. El Obispo lanzó la excomunión contra los que asistiesen al teatro, y el pueblo de Murcia se amotinó, teniendo el prelado que retractarse, y acudiendo para lo sucesivo á la autoridad del Consejo.

El año 1743 tocó el turno á Cádiz. Un Padre de la Compañía de Jesús, el Padre Gaspar Díaz, acababa de publicar una *Consulta teológica acerca de lo ilícito de representar y ver representar las comedias, como se practica en el día de hoy en España*. El pueblo de Cádiz, la compañía de que era autor Felipe Calderón y Corterreal, con todos los individuos de su *farsa cómica*, é invocando los intereses de la Congregación de Nuestra Señora de la Novena, por medio de las autoridades militares de la plaza recurrieron al Rey, pidiéndole su protección. El Rey hizo reunir, para consultar la instancia, el Consejo que presidía como su gobernador el Cardenal de Molina, y el Consejo mandó recoger el libro del Padre jesuíta, ordenando á las autoridades que se atuviesen en el amparo de los farsantes á las Ordenanzas de Teatros que se habían dado en 1725, y agregando únicamente á sus disposiciones el deber que imponía á las compañías de anunciar previamente las obras que habían de representar en cada función, fijando un cartel que las especificara en el lugar público más inmediato á la puerta de entrada del teatro y en letra y sitio donde se pudiera leer fácilmente. A causa de otra publicación semejante á la del Padre Díaz en Cádiz, en 1745 tuvo que reunirse en Valencia otra Junta de teólogos, que defendió la licitud de las representaciones ante su Prelado; mas como éste insistiese en su prohibición, conminando á los asistentes y representantes con las censuras de la Iglesia, estado en que se vivió en la ciudad del Turia por espacio de tres años, el Capitán general, Duque de Caylus, en 1748, celebró en su residencia oficial una reunión de la nobleza, comisiones de las clases ilustradas y pudientes y del Hospital de la Misericordia, para elevarse al Rey

contra la actitud del Arzobispo. Fernando VI no osó desautorizar al Prelado: aprobó la prohibición, y siendo la casa donde las comedias se representaban propiedad del Hospital, ordenó que se convirtiera en casa-habitación de uso ordinario para que sus rentas fueran más permanentes. En vista de esta determinación, el Obispo de Orihuela solicitó del Rey que la prohibición de las comedias decretada para Valencia se hiciera extensiva á todo el territorio de aquel Arzobispado, sobre lo que obtuvo el decreto de 12 de Setiembre de 1750, y luego, en 2 de Setiembre de 1755, otro que lo ratificaba, y comprensivo no sólo de las comedias de máquina real, sino de los espectáculos de volatines y de las comedias en domicilios privados.

Ya había escrito D. Nicolás Fernández de Moratín su comedia *La Petimetra,* de corte enteramente francés y cuyo influjo extranjero hasta en el título se reflejaba *(Petit-maïtre,* en femenino, castellanizado), que aunque nunca se representó se dió á la imprenta en el año 1762, y las luchas de la Iglesia contra el teatro seguían en todo su vigor. En Bilbao, en 1764, se le prohibió representar al *capataz* de una compañía de farsantes que llegó de Madrid, aunque llevaba en forma las licencias correspondientes. El Consejo, presidido ya por el Conde de Aranda, el verdadero organizador del teatro moderno con la cooperación asidua de Moratín, expidió este mismo año su Cédula Real para que los cómicos llamados de la legua pudieran representar libremente donde quiera; pero en seguida vino el Intendente de Palencia solicitando su prohibición en aquella ciudad «por el estado general de penuria en que el vecindario se hallaba por la escasez de granos, y por la distracción que causaban á más de quinientos estudiantes, teólogos y artistas, que frecuentaban sus escuelas». En Murcia no se alcanzaba levantar la prohibición que el Obispo había impuesto en 1753, y de Valladolid y Burgos, el Arzobispo de Tebas, confesor de Carlos III, prevenía de Real orden que inmediatamente saliesen, así de aquellas capitales como del territorio de todo el arzobispado, los cómicos y las cómicas que se ha-

bían introducido en él. ¡Sólo en Madrid quedaba una sombra de protección en las tradicionales fiestas en que se representaban hacía cerca de un siglo los *autos sacramentales* de Don Pedro Calderón de la Barca! ¿Fue un acertado consejo el que por Moratín se dió al Conde de Aranda para que expidiera la Real cédula por la que se prohibió para lo sucesivo que volviesen á representarse? Los *autos sacramentales* de Calderón, eran el último hálito de un teatro y de una literatura brillante que perpetuaba el noble sentido del espíritu nacional. Realmente, á partir de este momento, se fundó un nuevo teatro y una nueva literatura, de que los dos Moratines, padre é hijo, fueron palanca de superior potencia; pero si en la literatura que en la lira de D. Nicolás Fernández de Moratín produjo los dos cuadros hermosísimos de la *Empresa de Micer Jacques Borgoñón* y la *Fiesta de toros en Madrid,* no hizo otra cosa que restaurar el ambiente poético que crearon Garcilaso en Toledo, Herrera en Sevilla y los Argensola en Zaragoza, el teatro que en vano se ensayó en *Lucrecia* en 1763, en *Hormesinda* en 1770 y en *Guzmán el Bueno* en 1777, no tuvo la regularidad y el ambiente modernista suspirado hasta *El viejo y la niña*, de Leandro, *El café, El Barón* y *El sí de las niñas,* que, aunque en contraposición con la *barbarie* secular de los poetas originales del siglo XVII y la *barbarie* reinante ó traducida ó imitada del peor gusto francés, abrieron un camino expedito y fecundo para las evoluciones del porvenir, en que otra vez había de pretender recobrar su perdida preponderancia el genio nacional de la Musa española.

Razón tenía D. Leandro Fernandez de Moratín al bosquejar la biografía de D. Nicolás, su padre, en presentarle en la cumbre de los atletas esforzados que intentaron sacar del encenagamiento de la ignorancia á nuevos horizontes de vida y de propia conciencia un país que había llegado en todas sus servidumbres á todas las degradaciones más humillantes. Pero más justo hubiera sido con su propio progenitor, si en vez de presentarlo en abierta lid y alta visera con aquellos

caracteres despreciables ante los que, como en toda época de degradación moral é intelectual sucede, la opinión de su siglo andaba de rodillas, creyendo fuesen un Euclides en el Piscator salmantino, un Aristóteles en Julián de Castro, un César Augusto en el Marqués de la Olmeda, un Esopo en Nieto, un Virgilio en Rejón, y otras sublimes personificaciones del pasado en Bazo, Camacho, Montoro, Benegasí, Navarro, Lobera, Bidaurre, Ibáñez, Furmento, Nifo, Eparraguirre y Cernadas, espantosos endriagos de las letras que tuvo de desenmascarar, hubiese puesto en todo su relieve aquel estado social tan abrazado á su fanatismo y á su ignorancia, que semejantes fuerzas de resistencia oponía á todo movimiento de regeneración. Indudablemente las obras de D. Nicolás Fernández de Moratín, desde *La Petimetra* (1762), *Lucrecia* (1763) el *Desengaño al theatro español... sobre los autos sacramentales de Don Pedro Calderón de la Barca* (sin año), *El Poeta* (1764), *La Diana* (1765), *Hormesinda* (1770), *Las Naves de Cortés destruídas* (publicada después de su muerte en 1785), *Guzmán el Bueno* (1777), la *Carta histórica sobre el origen de las fiestas de Toros* (1777) y el caudal de sus *Poesías*, que como obras póstumas su hijo publicó en 1821 en Barcelona, en 1825 en Londres, y que después han vuelto á reproducirse en París por Baudry, y en Madrid por Aribau, son triunfos sobre la densa tiniebla de su tiempo, y abrieron un camino nuevo é inflamaron una nueva antorcha á las letras patrias del porvenir. Pero más que por el honor de estas obras, de las cuales algunas hay que vivirán sobre el planeta cuanto tiempo se hable en él la lengua de Garcilaso y Lope de Vega, los homenajes de la posteridad se le deben por su misión docente sobre el espíritu de aquel hijo glorioso á quien tan equilibrado dejó en todas las facultades del entendimiento.

No refiere D. Leandro Fernández de Moratín en la vida de su padre el desempeño del cargo de censor de las obras literarias que le fueron sometidas de 1777 hasta pocos días antes de su muerte, ya por el Consejo de Castilla, ya por la Sociedad

Económica Matritense de Amigos del País, ya por el Director de los Reales Estudios de San Isidro, D. Manuel de Villafañe. Esta labor no la hacía sólo D. Nicolás. La lectura de las obras que se dirigían á su censura para obtener las licencias con que ser impresas, se hacía entre el padre y el hijo. Uno de los dos leía en alta voz. En un papel que cada uno tenía delante, apuntaban las notas que se les ocurrían. A veces suspendían la lectura para emitir sus opiniones; y aunque D. Leandro profesaba tal respeto á su padre, que jamás se había permitido discordar de sus conceptos, D. Nicolás lo exhortaba á emitir su opinión antes de pronunciar él la suya. Esta ocupación que en los tres últimos años de la vida de D. Nicolás fue muy frecuente, le proporcionaba el medio de profundizar las ideas críticas y estéticas de su hijo, sobre las que le fijaba sus dogmas, siempre fundados en aquella exquisita noción que él tenía de lo bello, de lo noble, de lo bueno y de lo verdadero, y con cuya elocuente enunciación D. Leandro perfeccionaba las inspiraciones de su buen sentido. D. Leandro dice que en ningún libro aprendió tanto como en aquellas íntimas lecciones, en que el magisterio todo era amor paternal.

La primera de las obras que el Consejo de Castilla sometió á la censura de D. Nicolás Fernández de Moratín fue la traducción de *La Poética de Horacio,* de D. Thomás Iriarte. Todos los de este apellido eran amigos de Moratín y habituales contertulios á la Academia privada del salón de la Fonda de San Sebastián. Cuando llegó el manuscrito, la obra no era desconocida del padre, porque Iriarte la había leído en aquella tertulia, en la que se había debatido mucho sobre ella. Conocía, por lo tanto, sus aciertos y sus lunares, y las ventajas y desventajas que tenía sobre las otras traducciones que ya existían de la *Epístola á los Pisones,* principalmente la del maestro Vicente Espinel, de 1572, y publicada en 1591, la cual, reproducida por López de Sedano en el *Parnaso Español* con grandes encomios, movió á Iriarte á emprender la suya para rectificar los errores ó las libertades en que incurrió el antiguo

poeta de Ronda. Moratín no participaba de los entusiasmos del último traductor, y mucho menos de su acritud contra le rondeño, que, siendo estudiante en Salamanca, fue el primero en darle una interpretación en castellano, forzada por las exigencias del metro. Oyó D. Nicolás la opinión de su hijo, en todo concorde con la suya, y conformándose con ella, dejóle redactar su lacónico informe, que él se limitó á suscribir, y en el cual se decía: «✠ M. P. S. La traducción de la *Poética de Horacio,* por D. Thomás de Iriarte, que V. A. me ha mandado censurar, la juzgo muy digna de la luz pública; pues, *además de su mérito,* no hallo cosa opuesta á la Religión y Regalías. Madrid 8 de Mayo de 1777.—*Licenciado D. Nicolás Fernández de Moratín.*»

Esta tarea, D. Nicolás se la impuso en cuantas obras censuró, aunque no todos los dictámenes están escritos de letra de D. Leandro, sino que el mayor número son de su propia mano. Enmedio del laconismo ritual á que estaban sujetas estas censuras, se advierte en ellas, por lo general, un gran espíritu de benevolencia para todos los escritores; en algunas, la benevolencia sube al rango de elogio, y en otras se tiende á estimular aficiones incipientes. Hay pocas en que se niega que se dé la licencia; pero las hay. Por la censura de D. Nicolás, ordinariamente con la colaboración de su hijo, pasaron, en 1777, un libro más satírico que ingenioso, pero siempre ameno, titulado *Los enredos de un lugar ó historia del célebre abogado de Conchuela,* que escribió D. Fernando Gutiérrez de Vegas, vecino de la villa de Pareja, y que á Moratín le pareció escrito con gracia, invención y moralidad, y además todos los números, desde el 5 hasta el 14, del *Semanario Económico,* que dirigía D. Juan Cubie, y que en aquel año se publicaron. Llevan aprobación de D. Nicolás, en 1778, las *Obras del Cura de Fruime,* la tragedia *Ana Bolena,* de D. Lorenzo María de Villarroel Ruiz de Alarcón; las *Obras* de D. Vicente García de la Huerta, y la tragedia *El Conde Don García,* del mismo Marqués de Palacios, Villarroel y Alarcón. Del Cura de Fruime,

decía en carta al Director de los Reales Estudios el 19 de Febrero: «Ya tenía yo alguna noticia de este cura, y había visto varias obras suyas, que así manuscritas como impresas, han corrido con aplauso y han gustado generalmente por su gracia y naturalidad. Tales son las que se comprenden en el primer tomo, todas sueltas, y á asuntos diferentes, y muchas defendiendo á Galicia de las zumbas de otras provincias, con cuyo motivo el autor retorna también á las suyas, pero sin agraviar á nadie y con el decoro que es propio de esta clase de escritos.» En otra carta, del 6 de Abril, añade: «En todas las obras comprendidas en los tomos segundo al quinto, el autor demuestra su genio festivo, pero al mismo tiempo su piedad. En la sátira tiene sal, en la chanza guarda decoro y decencia, y en los asuntos sagrados da á entender que tiene un verdadero celo del culto. Sus pensamientos á la Virgen, Nuestra Señora, son tiernos y sentidos.» Respecto á García de la Huerta, observa el mismo laconismo que con la *Poética de Horacio,* de Iriarte; y del Marqués de Palacios, D. Lorenzo María de Villarroel y Ruiz de Alarcón, dice, al tratar de la tragedia *Ana Bolena:* «El autor se va poniendo en el buen camino, y prosiguiendo sus tareas con mayor despacio que el que él mismo dice haber gastado en ésta, se puede esperar que adelante mucho; por lo que no es razón ahogarle en los principios, sino animarle con la licencia que pide para su impresión.» Palacios siguió escribiendo sin duda con la misma precipitación con que engendró su *Ana Bolena;* mas al presentar su *Conde Don García,* Moratín se circunscribió á decir en su censura: «*En esta tragedia, nada se halla contra nuestra Religión ni nuestras Leyes.*»

En Febrero del año 1779 se le envió otro libro titulado *La Cuaresma poética,* de quien era autor el presbítero D. Felipe de Eguía y Requena, examinador y teólogo del Tribunal de la Nunciatura, que ya lo había dado á la estampa en 1739, á nombre de *D. Íñigo Caballero.* El libro era tal, que en un soneto se llamaba al amor de Cristo, *amor del Cupido Nazareno,* con otras locuciones semejantes. Su autor, al pretender repro-

ducirlo en su propio nombre, lo expurgó también de algunas de estas extravagancias de lenguaje y de concepto; con todo, Moratín decía en su censura: «He leido este libro con mucha devoción, pero no con la admiración y asombro que sus censores precedentes, pues se conoce que el piadoso autor subía mejor la cuesta del Calvario, que la del Parnaso.»

La obra en que en este año se deleitó la censura de D. Nicolás y la avidez de aprender de su hijo D. Leandro, fue la de la *Colección de poesías antiguas* que reunía y publicaba Sánchez. D. Nicolás no alcanzó á ver más que los dos primeros tomos, uno en Junio de 1779 y otro en Marzo de de 1780, habiendo sido esta la última obra que censuró, pues se le acababa la vida, hasta el punto de que la firma, abreviada sólo al *Nicolás de Moratín,* muestra en la inseguridad de los rasgos de la letra la casi total falta de pulso. De que debieron agradarle mucho, no cabe duda, al escribir que la obra «es muy digna de imprimirse por su antigüedad y utilidad notoria. ¡Ójala, añade, el laborioso colector hubiera hallado originales más correctos, ó hubiese empleado su innegable habilidad más en interpretar que en copiar tan exactamente! Pero de cualquier modo, es apreciable esta obra, como lo es por sus circunstancias una estatua gótica ó etrusca, aunque mutilada é imperfecta.»

También halló motivos, no sólo para elogiar sus escritos, sino para alentar su ánimo, en Doña Antonia Hernández de Oliva, de cuya pluma se sometieron en 1779 á la censura de Moratín tres diferentes escritos: unos *Diálogos en verso*, con motivo del fallecimiento del Capitán general D. Pedro de Cevallos, el restaurador de las provincias del Río de la Plata, una traducción de la *Andrómaca* de Racine y un tomo de *Poesías*. En la traducción de la *Andrómaca* decía Moratín al Consejo de Castilla: «Aunque no tuviera más mérito que el poder excitar con su ejemplo á desterrar la ociosidad de muchas damas, me parecería por eso justo que se le diese la licencia que pide.» La misma benevolencia tiene con D. Damián Mazón y Rama (pseudónimo de D. Ramón Amad y Romani), D. Juan

Domingo de Albisu y Loynaz (D. Martín Anselmo de Orive) y D. Pedro Trullunch, que escribieron, el primero una *Oración* contra los gatos; el segundo una *Disertación* en su defensa y Trullunch una *Declamación* contra los que defienden á los ratones. En Moratín, esta polémica debió causar diversión y risa y aplaudió, en su censura sobre todo, el último de los tres papeles. Con lo que no pudo ser tolerante fue con el *Calendario sacro-poético* de D. Antonio Angel de Travega, beneficiado de las parroquiales unidas de San Andrés y Santa María la Blanca de Burgos. Al devolverlo le ponía esta nota: «*Es cosa indigna de imprimirse, pues no tiene circunstancia que la haga siquiera tolerable.*» También es de Marzo de 1780 esta censura y la firma muy temblona.

El nombre y la fama de D. Leandro, sin duda, ha perjudicado á la de su padre, como en el siglo XVII la del Rector de Villahermosa, Bartolomé Leonardo de Argensola, perjudicó á la de su hermano Lupercio. Si D. Leandro no hubiera sido astro de tal magnitud que todo lo eclipsa, indudablemente don Nicolás se contaría entre los mayores poetas, ó por el mayor poeta de su tiempo, aquel poeta que no ha tenido igual en el color y riqueza de las descripciones, y que con la palabra ingrata puede formular de este modo la visión de un caballo,

Los ojos son de esmeralda,
El color de blanco cisne,
La cola joyante seda,
Y hasta el estribo las crines.

D. Leandro, que todo se lo debía, acabó de inmortalizarle en la brillante biografía en que retrató así al poeta como al hombre, ignorándose aún bajo cuál de los dos conceptos lo hace más atractivo; pero D. Leandro no fue jamás el genio, y sólo á la sabia y asidua dirección de aquella educación con que su padre amplió las alas de su espíritu, se debió aquel gigante que descuella por tantas facultades superiores de equilibrio, de armonía y de regularidad. Los talentos de Moratín,

pulidos en el crisol de aquella educación, no fueron más que el grado máximo de estas sobresalientes cualidades. D. Leandro fue el producto de tres generaciones de una educación sistemática y progresiva.

JUAN PÉREZ DE GUZMÁN.

NOTAS SOBRE LA EXPOSICIÓN DE GOYA

Entre las solemnidades celebradas con motivo de la traslación y sepelio en la madre patria, de los restos de Goya, Moratín, Meléndez Valdés y Donoso Cortés, figuraba, con muy buen acuerdo, la celebración de una Exposición de obras escogidas del genial pintor, muchas de ellas difíciles de ser estudiadas y admiradas por los amantes del arte patrio y entusiastas de tan insigne artista, al hallarse hoy en poder de particulares.

Deferentes los felices poseedores de tan preciadas joyas con el patriótico proyecto, han enviado sus lienzos al flamante Ministerio de Instrucción Pública, en uno de cuyos salones obtienen general aplauso, resultando la Exposición, por el número, excelencia y novedad de sus ejemplares, una galería importantísima, que, con justicia, ha ocupado la atención pública.

La impresión unánime es la de que Goya poseyó con creces condiciones suficientes para figurar entre los primeros maestros del color que inmortalizaron sus nombres. El autor de tantas maravillas debe contarse indiscutiblemente entre los que más alto honor han dado al arte á que consagró su larga vida.

A las obras que de él conocíamos hay que agregar otras

muchas que ahora vienen á aumentar su fama, á la vez que ayudan á dilucidar ciertas obscuridades de su vida y proceso de su arte.

Difícil es decir algo nuevo substancial y en grado interesante de personaje tan conocido y casi contemporáneo, como lo es el eximio artista que con tantos bríos abrió las puertas de la pintura en nuestro siglo. Su personalidad nos es casi familiar: podemos decir que á poco si lo hemos tratado, que de oídas por lo menos tenemos de él verídicas noticias, y aunque no en número abundante, aún pudiéramos hallar privilegiados mortales, que quizá recordarán, en sus primeros años, á aquel buen viejo, tan sordo como valiente y laborioso hasta sus últimos alientos.

Muchos han sido los cronistas y enumeradores de sus obras, quienes, al contarlas, han pretendido á la vez retratar á su autor, haciéndolo con muy opuestos rasgos; pues mientras unos recogían noticias entre los que fraguaban la leyenda del héroe, presentándonoslo poco menos que digno de la cárcel por sus aficiones á las malas compañías, pendenciero, escandaloso en sus amoríos, amigo de la chusma torera y aprovechado explotador de aristocráticas damas; otros, en cambio, lo convertían, por reivindicarlo, en vulgarísima persona, cuando no lo llevaban á proceder, en determinadas ocasiones, cual si fuera su ideal el imitar á los santos.

Ni lo uno ni lo otro: Goya, como todos sus contemporáneos, ofreció muy distintas fases, tanto en su vida como en sus obras. Figura saliente de la sociedad en que vivía, con méritos y condiciones para hacer gran papel en ella, ni la contradijo ni se propuso enmendarla; y si como artista obtuvo un aplauso general, impuesto más que explicado, como hombre, como carácter, fue tan español de entonces, que no podían por menos que recaer en él las mayores simpatías de sus contemporáneos. No eran éstos dechado de virtudes ni de buen sentido, y aunque Goya se hallara por encima de todos ellos, como aragonés de carácter entero y de espíritu despierto, no

por eso debemos suponerlo dotado de heroismos morales, que más le hubieran alejado que hecho grato á la sociedad que tanto le encumbraba, y que estaba encargado de trasladar á las generaciones venideras en sus rasgos más salientes. Harto hizo en desahogar su pesimismo ó malhumor de indirecto modo en algunas de sus obras, en que la intención no puede ser más clara.

Pero, dejando al hombre y viniendo al artista, no podemos sustraernos á la sugestión que todas sus obras ejercen en el espíritu, despertando, á más de la emoción estética que siempre produce la presencia de lo bello, un supremo interés humano como ningún otro pintor ha causado con sus inspiraciones. Otras ideas, otras sospechas, sin querer, nos asaltan, pues es tan humano en sus asuntos, tan penetrante en sus intenciones, que ningún otro pintor ha sido más novelista ni literato que él, obteniendo por ello una popularidad y general aprecio, cual ningún artista la ha conseguido. Velázquez, maestro para los maestros, lo que también pudiéramos decir del Greco; Alonso Cano, Zurbarán y Murillo, sublimes ilustradores de los altares y del dogma entre nosotros, lograron la perfección infinita de la realidad ó la idealidad que perseguían; pero el interpretar la vida en sus rasgos más humanos, popular ó aristocrática, desde la cabaña al alcázar, nadie lo ha comprendido ni expresado con más fortuna que el aragonés insigne.

Flotan, por decirlo así, murmurios de pasadas historias por aquel salón en que las imágenes de seres ya extinguidos nos presentan un instante feliz de su existencia, tan bien simulada, que á poco los creemos vueltos á la vida; y si apreciadas son aquellas adorables imágenes en el hogar, donde aún el amor filial las venera, allí reunidas, ante el público y frente las unas á las otras, nos trasladan á su época, á la sociedad de su tiempo, ilustrada por sus varones más ilustres y sus más renombradas bellezas. Visitar la Exposición de Goya es contemplar el cuadro completo de nuestro siglo á sus co-

mienzos, tan distinto del que ofrece á sus postrimerías, comprendiéndose apenas cambio tan completo, siquiera del balance resulte para nosotros la peor parte.

Ofrece además doble interés, pues pudiendo admirar á nuestro placer lo conocido, ó aquello de que había noticias, sale á la pública espectación, con ocasión tan propicia para su lucimiento, mucho desconocido que aumenta los timbres del artista y proporciona sobre él nuevos datos, fortalecidos con documentos reveladores de muy curiosos detalles, que pueden también añadirse para el más perfecto concepto del artista y de sus obras.

Muy grato es poder gozar á nuestro sabor de obras tan famosas como el celebérrimo retrato de la XIII Duquesa de Alba, Doña María Teresa Cayetana de Silva y Alvarez de Toledo, imagen elegantísima de la más bella hembra de su tiempo, inmortalizada por el pincel del artista enamorado de tanta gentileza, que á su pesar le rendía el mayor tributo, como ideal hallado ante el que había que rendirse.

¿Logró el genial artista verse correspondido por tan rara beldad? ¡Quién lo sabe! ¡Quién podrá descubrir el misterio! Sólo puede asegurarse que lo imposible puede vencerse alguna vez por el reconocimiento de los méritos que adornan á los grandes hombres.

¡Quién fuera la modelo de aquellas dos saladísimas majas echadas, la una vestida y la otra desnuda, que tienen secuestradas para su recreo los académicos en sus salones! He aquí otro misterio. Por su cara, ninguna famosa fisonomía de su tiempo nos recuerdan, pero por su lindo cuerpo y delicada tez nos ofrecen formas apropiadas para lucir talles tan esbeltos y airosos como la más coqueta Eva, al deslizarse aérea sobre las alfombras de los más lujosos salones.

Era Goya, sin duda, admirable interpretador de las gracias femeninas: el retrato de la Marquesa de Lazán nos lo demuestra elocuentemente.

La multitud se extasía ante aquella imagen bellísima, pues

pocos retratos de mujer más hermosos creo que haya producido la mano de ningún artista.

Puede calificarse este retrato como el más genuíno ejemplar del estilo Imperio en la pintura, pero avalorado con las positivas condiciones que faltan á las obras de tal estilo para obtener el título de verdaderamente clásicas.

Sus grandiosas líneas, su esbeltez y proporciones, la caída de sus paños, el tocado de su cabeza y sencillez de sus accesorios, corresponden por completo al gusto más de moda en sus días; pero no cae por esto en aquella frialdad académica é insípida corrección que caracteriza el estilo napoleónico, porque nuestro artista puso en él todo el calor de nuestra sangre, toda la genial tradición de nuestro arte, quizá más en esta obra que en otra alguna, inspirado sin duda por las nativas cualidades del modelo.

Goya poseía en sumo grado esta alta condición de los grandes retratistas, la de identificarse con sus modelos, y de aquí la constante variedad de estilos, y el que nunca interpretara igualmente á distintos personajes, luciéndose, como es natural, en aquellos que representaban más genuínamente el tipo patrio.

Quién diría que el autor del último retrato era el mismo del lindísimo de la Marquesa de Pontejos, acabado tipo de la elegancia á lo Luis XV, pero al que en vano pretendería llegar el propio Baucher ó Greux.

Otro prodigio de su pincel, entre los ya consignados por los autores (1), es el del niño que lee un papel de música, tenido por el *nieto del autor*, que por sus cualidades especialísimas, en nada lastimadas por algún deterioro, pues su estado de conservación es perfecto, puede colocarse al lado de los más famosos y excelentes que puedan existir. Cómo se haya conseguido tanta frescura y trasparencia, á la par que tanto carácter de verdad y gracia infantil, no es posible explicarlo

(1) Núm. CXIV del Goya, por el Conde de la Viñaza.

ni el propio autor podría decírnoslo; sólo se comprenden tales prodigios por un esfuerzo del genio cuando la inspiración coadyuva á sus propósitos.

¡Cómo no citar, por último, el del presbítero D. Antonio Llorente, el historiador de la Inquisición, en el que parece que Goya pidió prestados sus pinceles á Velázquez para interpretar tan híbrido personaje!

Nuestras Academias y centros oficiales han enviado casi todos los retratos y lienzos que del insigne pintor poseían; los personajes retratados nos son perfectamente conocidos, y algunas composiciones, como la alegórica que ha devuelto á la luz con ciertas modificaciones el Municipio, ayudan á levantar la fama del artista: el centro menos afortunado en la posesión de sus obras es el Banco de España; en algo había de serlo; las que presenta, si es que son suyas, son de las menos felices que salieron de sus manos: sólo el retrato del Conde de Cabarrús ofrece caracteres de ser del pincel de nuestro artista.

***

Entre las obras exhibidas por los particulares, es donde realmente existen mayores sorpresas y motivos de nuevos estudios. La identificación de muchos personajes podemos obtenerla por las dedicatorias que del propio Goya llevan ante su firma; pero en muchos su modestia ó sencillez los aparta del interés histórico, aunque sea preciso concedérselo por su relación con el artista.

RETRATOS

D. Ceferino Araujo, el último biógrafo de Goya, consigna ya entre sus obras, la preciosa cabeza de *La Feliciana* (1), propiedad del Sr. Ferriz.

(1) Núm. 76 del Catálogo de la Exposición.

Hoy se sabe quién era esta linda joven, pues se trata de una hija de Bayeu, el pintor paisano y cuñado de Goya, y por tanto, es su sobrina.

Núm. 31. D. Tomás Pérez Estala.—En un rollo de papel que tiene en la mano izquierda el retratado se lee: *D. Thomas Perez Estala.*—P. Goya.

Sentado en un sofá de fondo amarillo, viste casaca azul y chaleco blanco; su fisonomía nos presenta la de un hombre de fortísima complexión, aún joven; según nuestros antecedentes, fue el retratado abuelo materno de la señora que lo expone, persona de mucho viso en la corte de Fernando VII. Dueño de la fábrica de paños de Segovia conocida por la Casa Grande, puede decirse que fue el último gran pañero segoviano.

Lienzo: alto, 1,02; ancho, 0,79.

Araujo y el Conde de la Viñaza citan entre sus retratos uno de

La Duquesa de Alba, de medio cuerpo; pero como no la describen ni añaden dato alguno, sospechamos no será el número 32 del Catálogo, adquirido recientemente por el señor Barrio, y que es de lo más lindo y acabado del gran autor; como que se trataba de su ídolo.

Aparece en este lienzo la Duquesa de frente, elegantísimamente vestida con traje blanco, rayado de lila, y un lazo blanco y azul en el pecho: de igual cinta es el del sombrero blanco que cubre su cabeza: ciñe su talle, además, cinturón negro. En la mano izquierda lleva una llave dorada, teniendo entre los dedos de la derecha un anillo; apoya el brazo en un mueble, sobre el que aparece un perrito de lanas.

Por su estilo, y edad de la representada, pudiera suponerse este retrato el primero que hizo Goya de la aristocrática dama.

Lienzo: alto, 0,88; ancho, 0,66.

Núm. 34. Doña María Teresa Apodaca de Sesma.—Hermoso retrato, de más de medio cuerpo, en el que aparece la dama sentada en una silla, totalmente vestida de blanco, sobre fondo claro, con sólo un ligero lazo azul en el pecho. El

estado de conservación de tan delicada obra es perfecto.

Lienzo: alto, 1,28; ancho, 0,96.

Núm. 35. D. Ramón de Posada y Soto, primer presidente del Tribunal de Justicia en Cádiz, en 1812.—Ofrece este retrato el severo aspecto propio del personaje que representa. Viste casaca morada obscura, y aparece sentado en un sillón, con los brazos cruzados.

Lienzo: alto, 1,07; ancho, 0,96.

Núm. 40. El Marqués de San Adrián.—En una piedra sobre la cual se apoya el personaje retratado, se lee: *El Marqués de San Adrián, por Goya,* 1804.—Ni el Conde de la Viñaza, ni Araujo, tuvieron noticia de este importantísimo retrato, que hay que considerar como uno de los más notables de su autor. El Marqués, de gallarda figura, viste traje elegantísimo de su tiempo, consistente en frac pardo, chaleco blanco y pantalón de pana amarillo, con bota alta de montar. Apóyase en un bloque de piedra, sobre el que tiene el sombrero, sujetando con una mano la fusta y con la otra un librito de memorias.

Lienzo: alto, 2,09; ancho, 1,27.

Núm. 44. D. Manuel Silvela.—Ni Araujo, ni la Viñaza, citan este conocido retrato del abuelo del actual Presidente del Consejo de Ministros. Viste el retratado frac verdoso, con chaleco blanco y corbata azulada, apareciendo sentado y con una de las manos sobre la cadera. Su edad representa como unos treinta años, siendo por su valentía y entonación uno de los magistrales retratos de Goya. Figura de más de medio cuerpo (1).

Lienzo: alto, 0,95; ancho, 0,64.

Núm. 45. D. Leandro Fernández de Moratín.—En un papel firmado, *Goya.*—Después de muy curiosas disquisiciones se ha concluído por identificar este retrato con el famoso

(1) Los números de este retrato y el siguiente salieron trocados en el Catálogo de la Exposición.

poeta. Aparece éste ya viejo, con gran peluca negra, vestido de negro y un papel sobre la mesa, con la firma del autor. Este retrato debe ser, pues, el que hizo en Bayona en 1824, presentándonos tintas y toques que recuerdan mucho los del Greco. También se puede observar en él la tendencia que se nota en los últimos de Goya de achicar las cabezas de sus modelos.

Lienzo: alto, 0,60; ancho, 0,49.

Núms. 47 y 48. La señora doña Antonia Zárate, madre de D. Antonio Gil y Zárate.—De uno de estos dos retratos da cuenta Araujo, pero sin determinar á cuál de ellos se refiere. Como son tan interesantes, por representar á la misma persona, el uno llena de salud y el otro con aspecto de minada por traidora enfermedad, resulta el contraste tan saliente, que interesa y conmueve en sumo grado.

El núm. 48, ó sea el que representa á esta señora ya enferma, es un prodigio del pincel y una nota profundamente patética, pues nunca creemos haya dado el Arte imágen más llena de psicologismo, ni más sentida expresión del sér que en plena juventud y belleza se halla irremisiblemente á las puertas de la muerte.

Alto del núm. 47, 1,05; ancho, 0,84.

Idem del núm. 48, 0,71; ancho, 0,58.

Núm. 64. Retrato de la suegra de Goya (?).—Cobre circular, de 0,08 de diámetro.

Núm. 65. Retrato de un cuñado de Goya (?) quizás Ramón Bayen.—Cobre circular, de igual diámetro del anterior.

Estos dos retratos, con cuatro más de que tenemos noticias, formaban una colección de miniaturas de familia, valientemente tocados y muy raros por sus dimensiones. Constituyen un ejemplar precioso de cómo se pueden pintar con soltura cabezas en pequeño, contrastando con todas las miniaturas de su tiempo, tan lamidas por lo general y amaneradas.

Núm. 80. Retrato de señora.—Vestida de blanco con

cinturón y lazos rosa. Ofrécese al espectador sentada en un sillón, sobre el que ha dejado antes su abrigo de pieles.

Lienzo: alto, 1,12; ancho, 0,79.

Núms. 49 y 83. El Duque de San Carlos.—Son estudios ó bocetos para el que, de tamaño natural, existe en la Dirección del Canal Imperial de Aragón en Zaragoza.

El de la figura entera mide: alto; 0,77; ancho, 0,60 lienzo.

El estudio de la cabeza, en tabla, mide: alto, 0,59; ancho, 0,43.

Núm. 81. Doña María de las Mercedes Fernández.—Viste de blanco, con el pelo suelto y flores en la cabeza. Lleva en la mano izquierda un papel en que se lee: *Doña María de las Mercedes Fernández, por Goya*, 1794. Algunos curiosos observadores han supuesto desfigurado este epígrafe, sospechando tanto por él, como por ciertos rasgos fisionómicos, que el retrato en cuestión es uno de la célebre *Tirana*.

Lienzo: alto, 1,08; ancho, 0,80.

Núm. 89. Retrato de un anciano.—Han sido improductivos cuantos intentos se han hecho para identificar este personaje.

Parece un párroco ó anciano eclesiástico, cuya abundante nariz y sano color es muy propio del que llega á avanzada edad tras una existencia piadosa y arreglada.

¿Será D. José Duaso y Latre? En casa de este bondadosísimo sabio vivió Goya oculto durante tres meses, huyendo de las iras de Fernando VII, en cuyo tiempo intentó retratarlo por cuatro veces, quedando siempre descontento de su obra.

Lienzo: alto, 0,59; ancho, 0,49.

Núm. 91. Doña Rita de Barrenechea, Marquesa de la Solana y Condesa del Carpio.—Viste de negro con mantilla y guantes blancos, adornando su cabeza un gran lazo rosa y unas flores; tiene cruzadas las manos, y en la derecha el abanico.

Figura de cuerpo entero, admirable por la precisión de su dibujo.

Lienzo: alto, 1,83; ancho, 1,24.

Núm. 96 D. Pantaleón Pérez de Nenín, Teniente coronel del Regimiento de húsares de María Luisa.—Viste el traje militar propio de su instituto, apareciendo de pie, ante el caballo, que se distingue en el fondo; apoya su mano derecha en el bastón de mando, y la izquierda en el sable.

Gallarda figura de cuerpo entero.

En el sable se lee el nombre del retratado, con la firma de un autor, y fecha de 1808.

Lienzo: alto, 2,05; ancho, 1,24.

Núm. 86. Goya pintando.—Curioso retrato del artista, en el que aparece de cuerpo entero, vistiendo marsellés y calzón corto, con sombrero de copa en la cabeza. Se halla en actitud como de retratar al espectador, y es notable, entre otros conceptos, por la luz que inunda la estancia en que figura el retratado.

Lienzo: alto, 0,42; ancho, 0,28.

Núm. 99. Retrato de un dibujante.— Representa, según los últimos informes de completo crédito al importante político D. Evaristo Pérez de Castro en su juventud, vestido con frac gris, sentado, y apoyando todo su cuerpo sobre una mesa, en la que aparece un tintero y varios dibujos: con su mano derecha sostiene un lapicero, apoyando la izquierda en la cadera. Figura de más de medio cuerpo. Es, sin duda, uno de los más bellos retratos que figuran en la Exposición.

Lienzo: alto, 0,99; ancho, 0,69.

Núm. 100. Personaje desconocido.—Aunque sin ostentar una ejecución extraordinaria, no deja de ofrecer en su totalidad caracteres de entonación y conjunto magistrales.

Parece ser de un dibujante, pues tiene entre sus manos un papel, en el que se han trazado y pintado unas grecas para bordados.

Lienzo: alto, 1,06; ancho, 0,80.

Núm. 101. Retrato de Goya.—Aparece de frente al espectador, pintando un lienzo: figura de medio cuerpo.

Firmado: *Goya.*

Lienzo: alto, 0,18; ancho, 0,12.

Núm. 104. D. Antonio Foraster.—Cabeza de anciano con uniforme militar.

Lienzo: alto, 0,45; ancho, 0,37.

Núm. 105. Tiburcio Pérez.—Soberbia figura de medio cuerpo, pero en la que nadie reconocería el retrato de un Académico de Mérito de la Sección de Arquitectura de la de San Fernando, aunque haya noticia de las excentricidades de este sujeto. Aparece en mangas de camisa y cruzado de brazos, con el resto del traje negro, teniendo los lentes en su mano derecha.

Firmado: *A Tiburcio Pérez. Goya,* 1820.

Lienzo: alto, 1,02; ancho, 0,81.

Núm. 106. D. Juan Antonio Cuervo, Arquitecto de la Renta General de Correos y Director que llegó á ser de la Academia de San Fernando.—Aparece sentado en un sillón, ante una mesa, sobre la que se extiende el plano de un edificio. Viste el traje de Académico, y por la valentía de toque y expresión y vida de su cabeza, presenta una de las muestras más brillantes de la maestría de su autor.

Firmado: *D. Juan Antonio Cuerbo Director de la Real Academia de San Fernando. Por su amigo Goya*, año 1819.

Lienzo: alto, 1,28; ancho, 0,87.

Núm. 107. Doña Josefa Castilla Portugal de Garcini.—Esta señora, cuyo marido veremos inmediatamente, aparece sentada, vestida completamente de blanco, con las manos cruzadas y teniendo suelta su rubia y abundante cabellera. La más plácida expresión de salud y bondad se manifiesta en su semblante, y es digna compañera de su marido, no menos felizmente retratado por el insigne maestro.

Firmado: *Doña Josefa Castilla de Garcini, por Goya*, año 1804.

Lienzo: alto, 1,04; ancho, 0,82.

Núm. 108. D. Ignacio Garcini, Brigadier de Ingenieros. —Vestido con el traje militar propio de su grado, nos presen-

ta este bizarro personaje, animada su prodigiosa cabeza por el pincel del artista, tal aspecto de verdad, que con razón es reconocido su retrato como uno de los más magistrales que se han dado á conocer en el salón. Figura de medio cuerpo, compañero del anterior.

Firmado: *D. Ignacio Garcini. Por Goya*, 1804.

Lienzo; alto, 1,04; ancho, 0,82.

Núm. 109. José Romero.—Segun el Catálogo: se nos presenta vestido de torero, con el capote al hombro y las manos cruzadas. Figura de medio cuerpo.

Lienzo: alto, 0,92; ancho, 0,76.

Núm. 110. Doña Manuela Girón y Pimentel, Duquesa de Abrantes.—Aparece esta señora en actitud de entonar una canción, siguiendo el papel de música que tiene en su mano. Viste traje azul con manto amarillo; y adorna su cabeza una corona de rosas blancas, pretendiendo sin duda representar algún personaje clásico (1).

Firmado: *Doña Maria Girón, Duquesa de Abrantes, por Goya.*

Núm. 113. D. Joaquín M. Ferrer, Presidente del Consejo de Ministros en 1841.—Es un retrato admirable por la brillantez de su color.

Aparece este hombre de Estado de pie, con un librito de pasta roja en su mano derecha. Figura de medio cuerpo.

Firmado: *Goya. Paris,* 1824.

Lienzo: alto, 0,73; ancho, 0,59.

Núm. 115. Doña María Ignacia Álvarez de Toledo, Marquesa de Astorga y Condesa de Altamira.—Figura de cuerpo entero, sentada en un sofá con su hija en los brazos. Viste traje rosa muy claro con toquilla blanca, siendo de este color el vestido de la niña.

Lienzo: alto, 1,92; ancho, 1,15.

Núm. 117. La Marquesa de Caballero.—Viste la Mar-

(1) Véase más adelante el documento que damos sobre este retrato.

quesa traje azul á la moda de sus días, apareciendo de frente, sentada en un sillón con forro de damasco rojo: lleva al cuello un medallón, y en las manos el abanico y un papel con su nombre y la firma del autor. Sospechamos, sin embargo, que sea este lienzo réplica del que de esta Marquesa, ó sea la señora Doña Soledad de la Rocha, poseen sus sucesores.

Lienzo: alto, 1,06; ancho, 0,84.

Núm. 118. Doña María Manuela Alvarez de Coiñas.—Hermoso retrato de medio cuerpo, en que aparece esta bella señora vestida de negro con cuello blanco, cadena y reloj de oro, con un pequeño abanico en su mano derecha. Pertenece por su estilo al último de su autor, como pintado en 1824.

Firmado: *Goya,* 1824.

Lienzo: alto, 0,73; ancho, 0,60.

Núm. 123. La señora de Cean Bermúdez.—Aparece lujosamente vestida con traje muy adornado de lazos y blondas. Está sentada en un sillón, con un neceser sobre la falda y en actitud de picar sobre él un dibujo para bordar. Figura de más de medio cuerpo.

Alto, 1,21; ancho, 0,85.

ASUNTOS VARIOS

Núm. 66. San Pedro en oración.—Cabeza de extraña catadura para representar un bienaventurado.

Firmado: *Goya.*

Lienzo: alto, 0,73; ancho, 0,65.

Núm. 67. Capricho.—Es más bien el boceto de un friso ó recuadro correspondiente á la embocadura ó decoración de un teatro casero, pintado seguramente por Goya para que sirviera una sola noche, pero en el que se ve admirablemente reflejado el híbrido gusto neoclásico que realizaban en el teatro, tanto en su acción como en todos sus accesorios, los preceptistas secuaces de Moratín y su escuela.

Lienzo: alto, 0,31; ancho, 0,95.

Núm. 70. Santa Isabel curando á los leprosos.—Boceto.

Lienzo: alto, 0,33; ancho, 0,23.

Núm. 71. Prisión de San Hermenegildo.—Tal parece ser el asunto representado en este boceto, compañero del anterior y de las mismas dimensiones.

Núm. 84. La degollación.—Un bandido corta la cabeza á una mujer, teniendo otro la de una víctima anterior.

Tabla: alto, 0,33; ancho, 0,47.

Núm. 85. La hoguera.—Acércanse á ella algunos hombres desnudos.

Tabla: iguales dimensiones que la anterior.

Núm. 87. Un milagro de San Antonio.—Boceto con algunas variantes para el grupo principal de la cúpula de San Antonio de la Florida.

Lienzo: alto, 0,26; ancho, 0,38.

Núm. 88. La gloria.—Boceto, compañero del anterior y de las mismas dimensiones, para el presbiterio de San Antonio de la Florida.

Núm. 114. Una procesión.—Obsérvase cierta intención caricaturesca en el grupo de frailes que la componen.

Lienzo: alto, 0,49; ancho, 0,60.

Núm. 119. Suerte de vara.—Presenta mucha semejanza con las litografías de este tiempo, y según el Catálogo, fue pintado en París en 1824.

Lienzo: alto, 0,50; ancho, 0,61.

Núm. 120. El sueño.—Hermoso estudio de mujer dormida, de medio cuerpo y tamaño natural.

Lienzo: alto, 0,44; ancho, 0,76.

Núm. 111. La Oración del Huerto.—Inspirada composición que hubiera dado lugar, sin duda, al mejor cuadro religioso de Goya, á haberlo ejecutado. La pintó sobre una tabla negra sin preparar, que le sirve de fondo.

Firmado: *Goya fecit,* año 1819.

Tabla: alto, 0,47; ancho, 0,35.

DIBUJOS, GRABADOS, LITOGRAFÍAS, AUTÓGRAFOS, ETC.

También en esto ha sido abundante en novedades la Exposición, porque á más de los conocidos, entre los dibujos se han presentado colecciones ó cuadernos tan notables como el número 155, de treinta y ocho de ellos, expuesto por el Marqués de Casa Jiménez y que aparece abierto por el precioso apunte de la vista de Madrid, para el fondo *de la Romería de San Isidro,* del Museo del Prado; y el no menos importante núm. 162, de D. Aureliano Beruete, de otros treinta y ocho dibujos con leyendas autógrafas. Siguiendo el catálogo, se encuentran otros inéditos, como el núm. 129, ó sea los *retratos de Cárlos IV y María Luisa,* dibujos originales para los grabados de la guía de forasteros; los tres á la sepia (núm. 139); el librero Villarreal (núm. 149); *El retrato de Goya,* dibujo á la pluma (número 149); *Un mendigo*, al lápiz (núm. 152); *El portero Ochoa,* dibujado para un agua fuerte (núm. 152) y entre las litografías la núm. 158, *suerte de vara en el campo*, estampa no catalogada por Lefort, y de la que no se conoce más que el ejemplar expuesto.

Tal es el considerable número de obras antes desconocidas que se han exhibido en la Esposición de tan famoso artista. Si su nombre no fuera tan universal y reconocido, bastarían éstas con creces para inmortalizarlo; y eso que aún abrigamos la creencia de que existen muchas más que permanecen en la sombra. Todavía, después de impreso el Catálogo, han sido presentadas y admitidas varias, más ó menos notables, pero de las que recordamos como inéditas y con todos los caracteres de auténticas, un lindo retrato de graciosa joven, con mantilla negra y la firma del autor en la piedra de una sortija que lleva puesta, y otra repetición, con variantes, de la *Casa de locos* que presenta la Academia de San Fernando. También es muy digna de mención *La moza de cántaro*, perteneciente á la testamentaría de D. Emilio Castelar.

*
* *

Si interesantes son las obras de este gran artista, no lo son menos aquellos documentos á él referentes en alguna manera. Las cartas presentadas casi todas son conocidas y por lo tanto no aportan datos nuevos importantes sobre la vida ó las obras de nuestro artista. De algunas más sabemos en poder de particulares, pero sin que diluciden tampoco punto alguno concreto, por lo que pasamos á examinar otros documentos de verdadero interés, que hemos tenido la suerte de hallar en importante archivo.

Escasos documentos inéditos se hallan expuestos en el local de la Exposición. Si se exceptúa alguna carta desconocida, puede decirse que pocos datos nuevos averiguamos por lo que de mano del artista ó con referencia á él se ha presentado.

Nosotros, no obstante, hemos tenido la suerte de hallar algo de interés aún en el archivo de la casa de Osuna, de lo que galantemente autorizados vamos á dar cuenta, ampliando lo publicado en ocasión anterior (1).

Ya entonces consignábamos el hecho de que Goya pintó los retratos de los Reyes Carlos IV y María Luisa, en dos óvalos, con destino á las fiestas de su coronación. En curioso oficio se describen estas fiestas, celebradas en el palacio ducal, consignando que para el 17 de Enero se construyó en el picadero de la casa y en solos once días, un magnífico salón de baile, que se destruyó inmediatamente de celebrado el sarao, por ser de tablas, bastidores y adornos con lienzos y pastas. Es más que probable que todo ello fuera dirigido por Goya, luciendo en el testero los dos retratos de los soberanos, en cuyo honor se celebraba la fiesta.

Pocos meses después, con motivo de la entrada y coronación de los Reyes y jura del Príncipe de Asturias, en los días 21, 22 y 23 de Setiembre, se celebraron parecidas fiestas en la Casa de Osuna, para lo cual se construyó en el mismo sitio otro magnífico salón de baile y nueve salas para la cena.

(1) *Historia y Arte*: *Nuevos datos sobre Goya y sus obras*, pág. 195.

Los Duques, para eterna memoria, mandaron abrir láminas del plano y aspecto del salón en estas solemnidades, de las que existe oficio, abonando tres mil reales de vellón á José Jimeno, grabador, «por los nueve dibujos que hizo y doce láminas que gravó de la planta baja del salon y templete, y varios adornos que sirvieron para las funciones que se hicieron en la casa del Duque en celebridad de la Coronación de los Reyes y jura del Príncipe Nuestro Señor (fecha de 30 de Octubre de 1792).»

No se han hallado estos retratos de Goya en la Casa de Osuna, por lo que es muy probable que los regalaran á los Reyes, siendo este uno de los motivos de la entrada en Palacio del célebre pintor.

Es muy curiosa también la carta de Doña María de Uria y Alcedo sobrina del General Urrutia, en que le pide permiso á la Condesa de Benavente para que el pintor Esteve haga una copia del célebre retrato de su tío, que desde luego debió ser considerado como un prodigio del pincel, según la estimación que de él se hizo desde que fue pintado. Dice así:

«Excma. Señora:

Muy señora mía: Deseando sacar un retrato por el que V. E. tiene de mi difunto tio, el General Urrutia y habiendome valido para ello de D. Agustin Esteve, estimaría muy particularmente el que V. E. se sirba mandar se ponga dicho retrato a la disposición de este pintor, a cuyo favor quedaré sumamente reconocida.

Nuestro Señor guarde la vida de V. E. muchos años. Madrid 12 de Maio de 1803. B. L. M. de V. E. su afectísima servidora, *María de Uria y Alcedo*.

Excma. señora Duquesa de Osuna.»

La Duquesa le contestó atentamente diciéndole que lo tendría á su disposición en cuanto le devolviera el retrato el Duque del Infantado, que se lo había pedido.

Esto nos demuestra que debe existir la copia hecha por Esteve,.y que quizá el Duque del Infantado deseó también te-

ner repetición del retrato del General, bien por mano del mismo Goya ó por otro pintor de su tiempo.

Ya dimos cuenta en la publicación citada de un libramiento *de mil quinientos reales vellón á favor de D. Francisco de Goya por importe de unas estampas que ha tomado S. E. de su casa,* y ahora podemos añadir que, al dorso del documento, al firmar Goya el recibo de la cantidad, especifica que es «*por los cuatro libros de Çaprichos grabados a la agua fuerte por mi mano*» (fecha de 17 de Enero de 1799).

En una cuenta de *Mayordomía* y *Caballerizas* de 1816 se encuentra una partida interesante respecto al retrato que antes citábamos, de la Duquesa de Abrantes. Dice así: «Son data 4.000 reales entregados al pintor D. Francisco Goya de orden de S. E. en consideración al retrato que ha hecho de la Excelentísima señora Duquesa de Abrantes, según consta del abono número 29.» Como la fecha conviene con la de la firma del cuadro, se refiere á éste, sin duda, la partida transcrita.

Respecto al magnífico retrato del Duque de Osuna, de cuerpo entero, pintado en 1816, vimos hace tiempo entre los papeles de tan curioso archivo un verdadero expediente incoado por Goya para el cobro de esta obra, que empieza por una petición del abono de su importe.

El artista dirige, además, al Duque, solicitud en forma de oficio, redactada en los siguientes términos:

«Excmo. señor: Despues de haver tenido la satisfaccion de llenar los deseos de V. E. con su retrato de cuerpo entero, que tube el gusto de hacer este Agosto ultimo, V. E. me preguntó por escrito cuanto devia enviarme por el referido retrato, a lo que contesté que jamás habia tasado mis producciones, pero que en vista del vibo deseo que tenía V. E. en corresponder con mis tareas, las creia recompensadas con haverle servido, y al mismo tiempo con diez mil rvn. Distraido con mi trabajo no he llamado la atencion de V. E. sobre este asunto hasta este momento, en el que necesitando de dicha cantidad desearé se me satisfaga como es justo. Dios guarde á V. E. mu-

chos años. Madrid 17 de Noviembre de 1816.—*Francisco de Goya.*»

El Duque decretó favorablemente el oficio al día siguiente, y atendida la súplica se le abonó el importe en 28 de Marzo de 1817.

La Esposición de Goya ha sido, por tanto, una felicísima idea de fecundas consecuencias, pues gracias á ella hemos podido contemplar reunidas las obras maestras del genial pincel de nuestro autor, hoy más que nunca famoso.

Pero no debemos concluir sin consignar un hecho. La Comisión, que merece toda clase de plácemes por el acierto con que ha cumplido su cometido, no ha podido ejercer la severa censura que deseara con las obras presentadas, nunca más difícil que en la ocasión presente. Á esto es debido que hayan figurado en el Salón bastante número de ellas que sin duda hubieran producido en Goya, de por sí poco sufrido, algún arranque de mal humor al verlas figurar como suyas. Téngase en cuenta que en sus días vivieron pintores tan estimables como Esteve, Carnicero, Asensio Juliá el Pescadoret, Paret y Alcázar, el desterrado Muller y otros que en mucho reconocieron y hasta en lo que pudieron trataron de imitar los méritos del maestro, de los que sería fácil señalar la paternidad en no escasos lienzos que han figurado en la Exposición. Esto, lejos de rebajarla, la hace más interesante, pues así pudiérase ampliar su enunciado diciendo, que ha sido la exhibición completa pictórica española de Goya y su tiempo.

N. Sentenach.

LOS HIJOS VENGADORES.

EN LA LITERATURA DRAMÁTICA

SUMARIO: I. Las pasiones toman distinto carácter según la raza, el temperamento y la civilización.—II. *Orestes.*—III. *El Cid.*—IV. *Hamlet.*—Su verdadero carácter literario.—V. Monumentos del mito de *Hamlet*, anteriores al drama de Shakespeare.—VI. Leyenda primitiva de *Hamlet*, traducida de la *Historia* latina de *Saxo-Grammaticus.*—VII. ¿Es Hamlet personaje histórico ó creación mítica de la fantasía popular?—Recuerdos de Dinamarca.—Castillo de Kronborg.—Sepulcro apócrifo de *Hamlet.*—*Saxo-Grammaticus.*—Molbech.—VIII. Moratín, traductor de *Hamlet.*—Injusticia y error de la crítica seudo-clásica con respecto á Shakspeare.

ORESTES.—EL CID.—HAMLET [1]

FUENTES DE ESTOS TRES MITOS

I

LAS PASIONES TOMAN DISTINTO CARÁCTER, SEGÚN LA RAZA, EL TEMPERAMENTO Y LA CIVILIZACIÓN

No ofrece la Historia, y especialmente la historia literaria, estudio alguno más interesante que el de las transformaciones y diferencias esenciales que se advierten en las ideas y en los sentimientos humanos según los tiempos, las razas, las reli-

(1) Muy pronto verá la luz un tomo de estudios de historia y de crítica literaria, del ilustre Marqués de Valmar, entre los cuales ha de figurar el presente.

Al libro acompaña un prólogo de Menéndez y Pelayo que, entre otras merecidas alabanzas, dice: «Estas obras, muy dignas de atención por su acendrado y castizo lenguaje, contienen alta enseñanza crítica y copiosas é importantes investigaciones históricas.»—*(N. del D.)*

giones y las costumbres. Sin llegar á las atrocidades gigantescas de enterrar vivas á las viudas y quemar á los esclavos como honra funeral de magnates bárbaros, ni á la *económica* costumbre de matar á los viejos, á los impedidos y á los hijos *sobrantes,* seres molestos y onerosos á la familia, y otros horrores á que llega el hombre cuando la civilización no modera sus salvajes instintos, se hallan también grandes monstruosidades morales en ilustres pueblos que fueron lumbreras de cultura en remotas edades. La obligación que imponía la ley mosaica de sustituir, como esposo, un hermano á otro hermano cuando habían sido infecundos los matrimonios (el *levirato);* los *ilotas* de Lacedemonia, y los *parias* de la India; el casamiento entre hermanos, ley sagrada de la sabia Egipto, cosas son que causan espanto y grima al corazón cristiano.

Pero, sin ahondar tanto en los desvaríos y miserables aberraciones del espíritu humano, puede afirmarse que apenas hay un sentimiento, aun de aquellos que son universal é inalterable patrimonio de la humanidad, que no adquiera, según las influencias psicológicas y fisiológicas de cada pueblo, de cada época y á veces de cada individuo, tan peculiares formas y tan profundas divergencias, que cuesta trabajo reconocer un origen común en el impulso íntimo de pensamientos y pasiones que en sus manifestaciones externas toman rumbos tan distintos y producen resultados tan diferentes.

Las letras, que suelen ser luminoso espejo de la índole moral, etnográfica, religiosa y política de las naciones, demuestran á cada paso la exactitud de las precedentes observaciones. Las obras del ingenio que la posteridad no condena al olvido, llevan siempre consigo el sello inmortal de los impulsos morales que mueven la sociedad humana; esto es, las creencias, los afectos, las preocupaciones, los ambiciosos vuelos, las engañosas ilusiones, fuentes todas de donde nacen las acciones, gloriosas ó perversas, de los hombres.

El honor caballeresco, el fanatismo religioso ó político, son pasiones artificiales que se crean y manifiestan con muy diver-

so modo y carácter, al impulso de las costumbres, de los cultos, de las instituciones y de las leyes. Estos y otros ardorosos movimientos del alma pueden ser peculiares á épocas y á razas determinadas.

El embeleso del amor, los arrebatos del odio, los afanes de la ambición, los anhelos de la gloria, las angustias de la codicia, el infernal tormento de la envidia, el ansia punzadora de la venganza, son sentimientos y pasiones comunes á la familia humana. Y, sin embargo de su generalidad y persistencia, toman caminos y formas diferentes, según las circunstancias idiosincráticas de la raza y del individuo, y según el estado social de civilización ó de barbarie. La educación, el clima, la posición social, influyen también no poco en la forma de expresión de las pasiones eternas del hombre. Una dama aristocrática de Berlín ó de Londres no da rienda á la desesperación ó la ira con desaforados gritos y descompuestos ademanes, como la placera de la Halle de París ó la manola de Lavapiés de Madrid. El septentrional, por lo común flemático y reflexivo, espera ocasión para la venganza; el meridional, irreflexivo é irascible, se ciega y acomete. En todos es igualmente intensa y viva la dolorosa energía de las pasiones; pero la máscara que toman, al enseñorearse del alma, tiene innumerables matices.

Esto explica cómo la venganza, por ejemplo, que es una de las pasiones más adecuadas á las obras de imaginación, y que ha dado pábulo tantas veces á la novela y al drama, se ha pintado siempre con tan diferentes formas y colores; lo cual se ve con perfecta claridad si se pára la atención en la venganza provocada por causas de una misma índole, y se comparan las obras literarias en que han sido desarrollados sus impulsos y sus estragos.

No hay asunto dramático más grave y más conmovedor que la venganza ejercida por los hijos en desagravio de los padres. Innumerables son los dramas por él inspirados. Pero basta comparar los tres más ilustres que ofrece la literatura de todas las edades para convencerse de los diversos impulsos y

efectos que producen las pasiones en razas y en civilizaciones distintas.

Orestes, El Cid, Hamlet. Tres instrumentos típicos de filial venganza, creados por las letras espontáneas y vigorosas de Grecia, de España y de Inglaterra. Pero ¡qué personajes tan diversos! Los móviles que provocan estas tres venganzas y los medios empleados para consumarlas, dan á cada una de ellas un sello privativo y profundo. Los tres vengadores son tres caracteres en que se reflejan respectivamente otras tantas razas y civilizaciones.

II

ORESTES

El mito literario del *Orestes* de la Grecia antigua ha sido determinado y fijado con el sello de la inmortalidad por el genio sublime de Esquilo. Pero ya mucho antes existía en la poesía helénica. Un vate insigne de Hímera, *Stesícoro,* compuso un poema, La Orestia, cuyo título pasó á ser el de la famosa trilogía de Esquilo. Desgraciadamente, no ha llegado á nosotros aquella importante obra. Consta su existencia por testimonios históricos de la antigüedad. En un fragmento que los ilustres críticos alemanes Geel y Bergk, con no escaso fundamento, atribuyen al mismo poema, asoma claramente la influencia religiosa de la fatalidad, base primordial de las concepciones dramáticas de Esquilo. Contenía también un sueño de Clitemnestra, que tal vez inspiró al poeta trágico la terrible visión de la serpiente que refiere á Orestes el coro en *Las Coéforas,* y que decide al parricida á cometer el horrendo atentado.

Puede creerse fácilmente que las pasiones y los caracteres de la trilogía *La Orestia* pertenecen exclusivamente á Esquilo. El vigoroso y fácil pincel con que traza los personajes de Clitemnestra, de Egisto y de Electra, y la sabia unidad de las tres partes inseparables de esta admirable trama, denotan un

ingenio original y poderoso. Pero ¿quién sabe si en el alto sentido moral de la obra fue Esquilo inspirado por *La Orestia* de Stesícoro?

Para excitar á la venganza á Orestes, dice el coro en *Las Coéforas:*

«Permita Júpiter que triunfe la *ley de equidad.* ¡Agravio por agravio....., muerte por muerte! *Mal por mal* es sentencia de los antiguos tiempos.»

Esta horrible ley de venganza, *ley de equidad* en la dura moral pagana, ley de iniquidad en la moral generosa de los cristianos, se dulcifica y se transforma en *Las Euménides,* última parte de la trilogía. Allí, la decantada ley del *talión,* de la antigüedad, se convierte en la santa ley de la rehabilitación moral del delincuente por medio del escarmiento, de la pena, de la plegaria y del arrepentimiento.

Digno en verdad era Stesícore de sostener y propagar, como apóstol de verdades morales, el gran principio de la *expiación.* Era uno de aquellos poetas que daban á la poesía lírica de los dorios una grandeza y una amplitud que la hacía frisar con la epopeya y la tragedia. Así lo afirman ilustres críticos de la antigüedad. Longino le llama *muy homérico.* La *Antología* lo convierte en un segundo Homero. Quintiliano dice de él que «sostuvo con la lira el peso de la epopeya».

Aquel grandioso lirismo, que, con sus formas múltiples y flexibles lo abarcaba todo, tradiciones teogónicas, leyendas religiosas y heroicas, costumbres públicas y privadas, glorias recientes de la patria, cuanto constituye la vida real é ideal de las naciones, era la fuente natural del drama griego. No parece dudoso hoy día que en Grecia la tragedia nació del *ditirambo,* himno á Baco, entusiástico por excelencia, y especialmente de los *coros trágicos* de Sicione, que menciona Herodoto, narraciones patéticas en forma de himnos ditirámbicos, especie de *trenos,* que constituyó lo que se llamó entonces τραγικος τρόπος (modo trágico). La tragedia griega fue en un principio puramente lírica, y por transmisión natural llegó á ser

la tragedia dramática, que constituye una de las más brillantes glorias de la civilización literaria de Atenas.

Fue Stesícoro, según afirman los antiguos, inventor del *coro* en la tragedia, y después de esta creación de tan grande entidad en el teatro helénico, escribió (tomando los asuntos de las epopeyas de Homero y de Hesiodo) poemas de estro elevado, que pudieron llamarse epopeyas líricas.

Según la expresión de un escritor de nuestros días, era «el más épico de los grandes líricos». Se han conservado muy pocos versos de este famoso siciliano; pero en cambio conocemos muchos de los asuntos épicos de sus poemas. Horacio y Plinio el Mayor, en él admiraban la sublimidad y el alto sentido. Afirman que el esplendor, la pasión, el raudal de la elocuencia poética, hacían recordar en sus obras á las de Píndaro. ¿Cómo no había Stesícoro de ostentar tan nobles prendas en el grandioso asunto de su *Orestia?* Este poema no podía menos de contener magníficos cuadros de las tremendas luchas y trágicos conflictos de la sanguinaria familia de los Atridas. Atendida la grande autoridad de Stesícoro, bien puede conjeturarse que Esquilo no desdeñaría inspirarse en aquella celebrada obra. ¡Grave é irreparable pérdida! Si hubiesen llegado á nosotros, así *La Orestia* como los cantos patéticos de Stesícoro en las fiestas heroicas de la Grecia Magna, tal vez hallaríamos en ellos clarísima luz para juzgar de los orígenes del teatro griego, y se nos harían más visibles los vínculos que, en aquellos tiempos de creación poderosa, enlazaban con la tragedia naciente la alta lírica y la epopeya.

Muchas obras anteriores y posteriores al *Hamlet,* de Shakspeare, tienen manifiesta conexión con los elementos principales que constituyen este famoso drama; mas en pocas se advierten tan profundas analogías como en *La Orestia,* de Esquilo, que el trágico inglés no conocía. Orestes no titubea, como Hamlet, cuando llega el momento de obrar; pero antes razona consigo mismo, consulta á las *coéforas,* que, con Electra, le excitan á la venganza de su padre; sufre las angustias

de quien se halla subyugado por un deber supremo que le impone imperiosamente la religión y que la naturaleza condena, y emplea el disimulo y la astucia para lograr su objeto, á la vez piadoso é impío.

La horrenda idea de poner á un hijo vengador enfrente de una madre culpada, es fundamental en ambos dramas. *Orestes* y *Hamlet* desprecian cada cual á su madre con igual intensidad y energía. La diferencia consiste en que Orestes, con mayor entereza y alucinado por las visiones y los oráculos, mata bárbaramente á su madre, mientras que Hamlet, débil, escéptico é irresoluto, se contenta con insultar á la suya ó emplear con ella su lenguaje habitual, mezcla de ironía, de ira y de ternura.

Esquilo hace salir en *Las Euménides* el espectro de Clitemnestra, y el de Darío en *Los Persas,* como Shakspeare hace que aparezca á Hamlet el Rey su padre, y Julio César á Bruto, para dar mayor vigor á los sentimientos con el terrorífico influjo de la aparición de los muertos, siempre poderoso en la imaginación popular. No presenta Esquilo á los ojos de Orestes la sombra irritada de su padre; pero hace que el oráculo de Apolo estremezca su corazón, amenazándole con ella, si no da á los asesinos de Agamenón la misma muerte que ellos dieron á este monarca desventurado.

«El Dios — dice Orestes en *Las Coéforas,* — me habló también de otras furias que suscitaría contra mí la sangre paternal, y del espectro de un padre que haría relucir en las tinieblas sus pupilas.»

La índole hipócrita de Egipto coincide con la del Rey usurpador Claudio. Cuando le anuncian la llegada de un forastero que trae la triste nueva del fallecimiento de Orestes, dice así:

«¡Orestes muerto!..... Nuevo manantial para nosotros de penas é inquietudes, cuando un homicidio, aun reciente, lastima y despedaza el alma.»

Casi del mismo modo aparenta Claudio sincera aflicción por la muerte del Rey que asesinó con fratricida mano:

«Tan reciente está todavía la muerte de nuestro amado

hermano, que sería bien que nuestros corazones permaneciesen abismados en la tristeza.»

El Horatio de *Hamlet,* amigo incomparable, se asemeja al Pílades de *La Orestia.*

Coincidencias singulares, pues todo induce á conjeturar que Shakspeare no conocía la admirable trilogía. Unas han podido nacer de la afinidad de los asuntos respectivos; otras, de los naturales encuentros que á veces tienen los entendimientos privilegiados.

Pocos pasajes pueden dar más cabal idea del espíritu fatalista, del vigor, de la lisura y de la concentración del numen trágico de Esquilo, que la horriblemente bella escena de *Las Coéforas,* en que Orestes mata á su madre. Es breve y rápida, y la reproducimos aquí, á pesar de nuestras creencias de que los poetas griegos son intraducibles en las lenguas modernas.

Orestes, después de haber dado muerte á Egisto, se presenta á su madre con la espada desnuda, y le dice:

ORESTES

También á ti te busco. Él tiene ya su merecido.

CLITEMNESTRA

¡Ay! ¡Has muerto, Egisto de mi alma!

ORESTES

Amas á ese hombre. Pues bien, descansarás en su mismo sepulcro; guárdale fidelidad hasta en la muerte.

CLITEMNESTRA

Detente, hijo amado. Respeta este seno en que has dormido tantas veces, y donde tus labios mamaron la leche que te alimentó en la infancia.

ORESTES

(Conteniéndose.)

Pílades, ¿qué debo hacer? ¿He de atentar á la vida de mi madre?

PÍLADES

¿Y los oráculos de Loxias (Apolo)? ¿Y la fe de tus juramen-

tos? Granjéate la enemistad de todos los hombres, pero nunca la de los dioses.

ORESTES

Tienes razón. Tus consejos son acertados. (A Clitemnestra.) Sígueme: te he de inmolar junto á ese hombre. Cuando vivía, lo has preferido á mi padre. Muere para dormir todavía á su lado, pues que eras amante de ese hombre y enemiga de aquel á quien debías amar.

CLITEMNESTRA

¡Te he dado vida en tu niñez; déjame envejecer!

ORESTES

¡Tú, asesino de mi padre, vivir junto á mí!

CLITEMNESTRA

Fue el destino, hijo mío, quien cometió el delito.

ORESTES

El destino va á darte ahora la muerte.

CLITEMNESTRA

¿No te espanta, hijo mío, la maldición de una madre?

ORESTES

¡Madre tú, que me has condenado al infortunio!

CLITEMNESTRA

¿No te he confiado á leales guardadores?

ORESTES

Siendo yo hijo de un hombre libre, de dos maneras me has vendido.

CLITEMNESTRA

Y ¿cuál es el precio que he recibido?

ORESTES

La vergüenza me impide llamarlo por su nombre.

CLITEMNESTRA

Dílo; pero declara al mismo tiempo las culpas de tu padre.

ORESTES

Mujer ociosa en el hogar, no acuses al que sufría tantas penalidades.

CLITEMNESTRA

Triste es para una mujer la vida lejos de su esposo.

ORESTES

Las fatigas del esposo sustentan á la mujer ociosa en el hogar.

CLITEMNESTRA

¿Intentas, hijo mío, inmolar á tu madre?

ORESTES

No soy yo quien te arranca la vida; eres tú misma.

CLITEMNESTRA

Repara que hay perros irritados (las Furias) que vengan á las madres.

ORESTES

Y ¿cómo evitaría los que vengan á los padres si dejase impune el asesinato del mío?

CLITEMNESTRA

¡No hay remedio! El sepulcro me espera, y son en balde las lágrimas con que imploro la vida.

ORESTES

El destino de mi padre ha fallado sobre tu suerte.

CLITEMNESTRA

¡Ay de mí! ¡He aquí la serpiente que yo he alimentado! Fue profético el terror que me inspiró aquel sueño.

ORESTES

Has cometido un parricidio: un parricidio será tu castigo.

(Saca á Clitemnestra con violencia fuera de la escena.)

En la insolencia con que habla á su madre se asemeja no poco el *Orestes* de Esquilo al *Hamlet* de Shakspeare; pero no ciertamente en la resolución implacable con que procede á la inmolación de su madre. No es impetuoso y gallardo como el *Cid*, sino inexorable como el destino que representa. Sin embargo, por más que los críticos se empeñen en sostener que este Orestes es ciego instrumento de la fatalidad, la verdad es que los móviles que inducen á Orestes son en gran parte humanos. Cierto que el mismo Esquilo hace exclamar al coro de

Las Euménides: «Potente Apolo, no eres cómplice del crimen; eres su único autor;» cierto también que la inspiración que resplandece en *La Orestia* es profundamente religiosa, y que ella da á esta sublime obra carácter hierático solemne; pero ¿quién podría negar que al lado de este espíritu, y con él mezclado y confundido, aparece muy á las claras el sentimiento humano? Si despojado Orestes de la sensibilidad y de la responsabilidad moral inherentes á la raza humana, quedase convertido en un mero ejecutor de preceptos divinos, en una especie de verdugo, impasible é irresponsable, de los dioses, sería una figura irrevocablemente odiosa, que no causaría á los espectadores terror ni compasión, sino únicamente repugnancia. Si estrictamente fuese instrumento de ajena venganza, ¿qué significación tendrían las *Furias,* esto es, los remordimientos que devoran su alma?

En la misma escena que hemos reproducido; donde tan visible se manifiesta el espíritu fatalista, asoma también, no sólo algo humano, sino algo personal en la reconvención que dirige á Clitemnestra por haberle despojado de todos los bienes y condenado desde la niñez á un mísero destierro. Aún más terminante y explícito asoma el interés personal del hombre en estas palabras:

«Debo creer en los oráculos, y aun cuando no creyese, la venganza ha de cumplirse. ¡Cuántos motivos juntos! Los mandatos del dios, la dolorosa pérdido de mi padre, y la indigencia que me abruma. Y ¿he de dejar á un pueblo semejante y á los más esclarecidos mortales cuyo valor destruyó á Troya, avasallados por dos mujeres? porque este hombre tiene corazón de mujer.»

A vueltas de estas razones de interés religioso, personal y político, en que el impulso humano sobrepuja al impulso divino, Orestes, cuando escucha de los labios de las coéforas el sueño de su madre, arrebatado por la influencia que ejercían la religión de los muertos y las visiones infernales del sueño en el fanatismo de los griegos, prorrumpe en estas bárbaras palabras:

«Ese monstruo espantoso que amamantó mi madre, es presagio cierto de su muerte violenta. Su sueño lo dice. Yo mismo seré la serpiente, y morirá á mis manos.»

Eurípides camina por rumbo diferente. Su *Orestes* no es ya ministro y víctima de las divinidades infernales. El sentido de su carácter es completamente humano. La violencia de los remordimientos destroza su alma y enflaquece su cuerpo. Enfermo y supersticioso, su razón se altera, y cae en el delirio de la desesperación. No se disculpa, como el *Orestes* de Esquilo, con el imperio de los dioses. Cuando Menelao, con grima y lástima, le pregunta cuál es la enfermedad que le devora, Orestes le contesta sencillamente: «Mi conciencia, el sentimiento de la atrocidad de mi delito.»

El Agamenón de Eurípides no es aquel implacable instigador de la venganza familiar que hace sanguinarios y desnaturalizados á sus hijos. Su *Orestes* dice:

«Si hubiese podido preguntar á mi padre si debía yo matar á mi madre, me habría suplicado con instancia que no clavara el acero en la garganta de la mujer que me dió el ser, pues que por este medio no había de volver á la vida.»

Aquí asoma el espíritu analítico y humano del poeta filósofo. Falta la fe. Orestes, en el drama de Eurípides, interesa sin duda, porque siente y padece. Pero no tiene el carácter imponente, la ingenuidad épica, el sello hierático de *La Orestia* y demás creaciones de Esquilo. Este era poeta y teólogo, que sabía juntar en noble alianza lo humano á lo divino. De aquí nacen su vigor y su incomparable grandeza.

Esquilo, trasladando á sus trágicas concepciones la elevación homérica, había obtenido el premio en trece certámenes dramáticos; y como los poetas presentaban á cada concurso una tetralogía, esto es, cuatro piezas, resulta que cincuenta y dos obras del eminente dramaturgo de Eleusis alcanzaron la corona del triunfo. Como suele acontecer en pueblos de índole movediza, que viven en continuos vaivenes morales y políticos, pocos años después se había entibiado el grande espíritu

de la fe antigua, y las realidades terrestres, sin místico vuelo y sin sobrenatural influjo, bastaban para cautivar al pueblo de Atenas. Así floreció, insigne testimonio de los cambios del arte según los cambios de las ideas, el poeta de Salamina, Eurípides, grande ingenio sin duda, pero que ya baja rápidamente la pendiente de la decadencia. Vive en una atmósfera nueva de filosófico escepticismo, y tiene en poco los sublimes dramas de Esquilo, porque la indiferencia religiosa le ha hecho incapaz de sentir su heroico sentido, su elevación moral.

III

EL CID

La fuente del mito literario *El Cid Campeador* es el *Romancero,* esto es, el espíritu caballeresco, arrogante, generoso, osado, del antiguo pueblo español.

Guillén de Castro, creador del tipo dramático del *Cid,* en su comedia titulada *Las Mocedades del Cid,* no fundó su noble inspiración sino en narraciones fantásticas del pueblo y en el concepto que, por la lectura de las crónicas, había formado de las costumbres violentas de la Edad Media. Esto lo patentiza el insigne poeta valenciano introduciendo en sus dramas trozos enteros de preciosos romances vulgares, y prescindiendo de las ideas y de los sentimientos morales de su época, para levantar el honor á un ideal quimérico que sólo puede encontrarse en los libros de Caballería.

En la segunda parte de *Las Mocedades del Cid,* el palenque en que, por acrisolar la fama de una hidalguía notoria, nadie, con razón, podía poner en duda, manda Arias Gonzalo, uno tras otro, á tres de sus hijos á una muerte segura, es uno de los más horribles y repugnantes cuadros que ha presentado teatro alguno. Aquel honor, que requiere un sangriento holocausto que conculca las más sagradas leyes de la natu-

raleza, no es honor, es meramente inhumanidad y barbarie. No se paraba mucho en esto el recio temple de la musa dramática de Guillén de Castro. Así es que en la primera parte de *Las Mocedades del Cid,* obra en verdad admirable por la concepción y por el brío, el héroe castellano habla y obra con todo el impetuoso denuedo que cuadra al invencible adalid, creado, á imagen del pueblo español, por la tradición leyendaria. El temerario arrojo, la presunción caballeresca, el temperamento arrebatado, el ánimo generoso y bizarro, el fácil olvido del acatamiento que á toda autoridad se debe; todas estas cualidades, malas ó buenas de la raza española, asoman en la creación del *Cid.* El mismo Conde Lozano se desmanda grandemente dando una bofetada al anciano Diego Laínez, en presencia del Rey; y en cuanto á Rodrigo de Vivar, más disculpable por más joven y más ofendido, olvida el amor, el Rey, el peligro, hasta lavar en sangre el honor de su padre.

Guillén de Castro no era de los que aprisionan su ingenio con las cadenas convencionales de las poéticas. A la manera de los grandes poetas trágicos de Grecia, deja entrar de lleno el elemento épico en sus composiciones teatrales.

Este es el vengador filial, propio de la España del siglo XVI, en cuya literatura, genuinamente nativa entonces, se refleja con toda claridad el carácter nacional, tal como lo habían formado las gloriosas vicisitudes históricas de aquellos apartados tiempos.

Corneille, al escribir su obra maestra *Le Cid,* formó un conjunto armonioso digno de su genio; pero los elementos esenciales de su admirable drama pertenecen á Guillén de Castro: el asunto, esto es, la dramática lucha entre el honor y el amor, en que el honor lleva la ventaja; situaciones de pasión y energía; pensamientos llenos de vivo ingenio ó de heroico espíritu. En cuanto al carácter del Cid, nada ha creado el gran dramaturgo francés. Su *Cid* es el *Cid* del poeta español. Habla con suma gala y elegancia, pero obra y siente como el paladín español del *Romancero,* hijo de la ardorosa inspiración popu-

lar de Castilla. Una de las mayores glorias de Corneille es que, á pesar de hallarse embargada su noble fantasía por el apocado y frío sistema que avasallaba la escena francesa, no le arredraba la soberana audacia del teatro español, muy semejante en esto al teatro inglés. Su poderoso instinto le hacía sobreponerse á las preocupaciones doctrinales; y cuando quería dar vida y calor á sus inspiraciones escénicas, «tocaba al teatro español, como Anteo tocaba á la tierra», buscando en aquella dramática libre lozanos y vigorosos cuadros del movimiento de los afectos y de las pasiones de la humanidad.

Algunos han creído que el héroe del *Poema del Cid* se refleja también en el *Cid* dramático de Guillén de Castro. Probablemente Guillén de Castro no conoció este poema. Fueron manantiales de su inspiración los romances populares y las tradiciones novelescas del famoso adalid castellano. El Cid del poema es un carácter harto diferente del Cid del Romancero; sus impulsos de honor son igualmente heroicos, pero más graves y reflexivos.

IV

HAMLET.—SU VERDADERO CARÁCTER LITERARIO

El drama *Hamlet* está lleno, en verdad, de ingeniosísimas situaciones, de profundos estudios del alma humana, de diálogos animados y vigorosos, de pasiones ardientes, de poéticos resplandores; obra singular, única en la literatura dramática del mundo. En ella andan amalgamados tan heterogéneos y discordantes elementos, que sólo ha podido combinarlos, con visos de armonía, el genio poderoso del inmortal dramaturgo inglés: por una parte, la desnuda y bárbara energía de una primitiva tradición leyendaria de los escandinavos, fuente de la concepción dramática; por otra, las cavilaciones filosóficas de ánimos endebles y enfermizos, las embozadas arterías de

una corte culta y refinada, las vacilaciones morales de un siglo que duda y se transforma, el estro melancólico de la musa británica; esto es, cuanto había en la sociedad contemporánea, que puede ser dramática, pero nunca épica; cuanto había en la inspiración de Shakspeare, hijo de una época analizadora y escéptica.

Pero á pesar de los grandes primores y de las peregrinas dotes que resplandecen en esta obra extraordinaria, que tanto ha llamado y llama la atención del mundo literario, hay en ella un defecto capital, en el cual se estrellan todos los encomiásticos esfuerzos y las críticas lucubraciones de sus más ardientes admiradores: *el carácter de Hamlet*. Este carácter constituye la esencia del drama, y por ello es forzoso darle el primer lugar en el examen de esta obra.

Gœthe, heredero, como lord Byron, del espíritu escéptico que, por vez primera en la literatura moderna, introdujo Shakspeare en el teatro, ve evidentemente con eterna fruición aquella sombría y melancólica figura del Príncipe dinamarqués, que, precursor lejano del siglo XVIII, se engolfa dolorosamente en el acerbo mar de la incertidumbre y de la duda; mas no intenta sostener que cuadre tal carácter, según los sanos principios estéticos, á la vida, á la unidad, al movimiento de la escena.

Hamlet es indudablemente una personificación ingeniosa, y á veces profunda, de la censura y del castigo que merecen la perfidia y la vileza humana. Ya irónico, ya descarado, ya sutil y dialéctico, se muestra sin cesar implacable con la maldad y la flaqueza. Pero irresoluto, como quien anda siempre entregado á filosóficas lucubraciones, más parece nacido para discutir que para obrar. No es ciertamente el protagonista dramático que conviene al terrible cuadro de la filial venganza, trazado en la leyenda escandinava: es el símbolo de las dolencias y de las transformaciones morales, fruto inevitable de los hondos sacudimientos, político, social y religioso, que el Renacimiento trajo consigo.

Orestes venga á su padre, movido por la irresistible fatalidad de la teogonía helénica; fatalidad, no ciega, como algunos suponen, sino terrible y violenta en su ley moral inexorable, que emplea hasta el crimen para castigar otro crimen mayor, y no exime á los mortales, instrumentos suyos en la tierra, del torcedor de los remordimientos, como se ve en las Furias, que destrozan el alma del desventurado hijo de Agamenón. Su situación es clara, firme y vigoroso el arranque de sus sentimientos y sus pasiones, y por eso es su figura en alto grado conmovedora y trágica.

No es menos dramática la figura del Cid, que, para vengar á su padre, ni un solo instante titubea, imperiosamente avasallado por dos impulsos, á los cuales su alma noble y enérgica no sabe ni quiere resistir: la ternura del hijo y el sagrado honor del caballero.

Hamlet ¡qué diferencia! carece por completo de la entereza y de la consecuencia que tan grandemente requieren sus propósitos y sus pensamientos.

Nada empeña tanto la atención del espectador en el teatro, como ver á los personajes seguir constantemente el camino que les señala su peculiar naturaleza según las vicisitudes del interés dramático. El menor desvío en este punto causa tibieza y provoca la censura hasta del más indocto. La unidad de carácter vale tanto como la unidad de acción, y es uno de los principales secretos del interés escénico. Hamlet, como lo presenta Shakspeare, es una especie de baladrón de la virtud, que, como todos aquellos en quienes la palabra prepondera sobre los grandes impulsos del corazón, no tienen en el fondo sino flaqueza y apatía. Alma desasosegada y tétrica, sin ilusiones, sin entusiasmo; habla, intenta, medita mucho, pero se asusta de la acción, y cuando llega la ocasión de realizarla vacila y retrocede. Así, por ejemplo, con espíritu anticristiano, ve en el suicidio el único medio de librarse de los afanes de la vida, que su alma enclenque no puede sobrellevar; pero suicida *platónico* y reflexivo, se pára ante el horror de lo des-

conocido. Donde más de manifiesto pone su índole inerte é indecisa, es en la escena tercera del acto tercero, cuando, al ver arrodillado y orando al asesino usurpador, juzga propicia la ocasión para consumar la venganza en que cifra todo su anhelo, como el fin mayor de su existencia. «Obremos, pues», exclama: pero en el momento mismo detiene su ímpetu vengador la repentina reflexión de que matar en tal momento á aquel malvado sería enviarle al cielo, esto es, darle galardón, y no castigo. Este refinamiento, nada cristiano, de crueldad y encono no es más que el sofisma sutil con que el hombre débil é irresoluto quiere engañarse á sí propio para dar largas á una acción vigorosa y extrema que no está en su naturaleza. Jamás habría ocurrido tan ingeniosa rémora á hombres del temple de Orestes ó del Cid.

Ni aun el amor es en el Príncipe dinamarqués pasión verdadera y dramática. Quien ama de veras es la inocente Ofelia, á quien cuestan la razón y la vida las bárbaras palabras y los retrocesos ofensivos del inconsistente amador. Cuando la ve en la sepultura, esto es, cuando ya no hay remedio, entonces prorrumpe Hamlet en dolientes lamentaciones y en hiperbólicas protestas de amor. «Achaque es de ánimos apocadas é indecisos—dice á este propósito un certero crítico francés — no saber con claridad lo que desean, hasta que ya les es imposible alcanzarlo.»

Todo es incierto é incompleto en el carácter del Príncipe dinamarqués. No es el impío que desconoce y niega los consuelos y las potestades del cielo; no es tampoco el creyente que acata y venera los misterios divinos. Desconfía de todo, y la duda es su verdugo y la fuente de su flaqueza. ¿Qué verdad, qué ímpetu, qué entereza cabe en su resolución de filial vengador, si duda unas veces del crimen mismo que ha de vengar, y otras de la aparición del Rey, su padre, que tan vivo terror le infundió al principio, y que desencadenó en su ánimo la infernal pasión de la venganza?

No hay duda que causa enfadosa impresión en el teatro,

como en la realidad de la vida, un personaje que cree y no cree, que siente y no siente; que, como sacando fuerzas de flaqueza, se muestra firme y austero en designios y en palabras, y forma briosos propósitos que no ha de realizar. El drama vive de pasión y de acción, y nada requiere tanto en los personajes como vigor, fijeza, claridad, determinación de impulsos y carácter. Esto es cabalmente lo que se echa de menos en Hamlet.

No cautiva á Schlegel (Guillermo), uno de los más conspicuos y profundos reformadores de la crítica moderna y el más entusiasta admirador de Shakspeare, el carácter de Hamlet. Merecen citarse sus palabras:

«*Hamlet* es la tragedia del pensamiento. Inspirada por meditaciones profundas, que nunca acaban, acerca del destino del hombre y de la sombría confusión de los acontecimientos terrestres, esta obra suscita meditaciones en la mente del espectador. Drama tan enigmático se asemeja á las ecuaciones irracionales que es imposible resolver, y en las cuales queda siempre una fracción de magnitud desconocida... Lo sorprendente es que una obra que encierra tan recónditas é impenetrables miras, parece hecha á primera vista para agradar á la multitud. Todo en ella es extraordinario y animado. La única circunstancia que podría dar motivo á considerarla como menos dramática que las demás, es que la acción principal se detiene, y aun al parecer retrocede en las escenas últimas, resultado inevitable de la índole del asunto. El objeto general del drama es poner de manifiesto que el espíritu reflexivo que se afana por contrapesar todas las relaciones y las consecuencias posibles de un designio hasta los últimos límites de la previsión humana, embarga las fuerzas activas del alma.

»Según mi modo de entender las miras del poeta, no puedo juzgar tan favorablemente como Gœthe el carácter de Hamlet. Es, en verdad, un Príncipe de entendimiento maravillosamente cultivado, que junta á una noble ambición la facultad de admirar en los demás las prendas de que no está dotado. Es

ingeniosísimo en la ficción del papel de loco, y así, con las verdades que les dice, como con el peregrino donaire con que de ellos se mofa, persuade de su locura á los mismos encargados de espiarle; pero en los muchos proyectos que á cada paso forma y que nunca realiza, demuestra la flaca voluntad de que adolece. Tiene inclinación natural á seguir sendas torcidas, y lo hace á veces sin que la necesidad le obligue á ello. A menudo procede de mala fe consigo mismo, y los entorpecimientos que se forja son meros pretextos para esconder su falta de entereza... Hamlet carece absolutamente de verdadera fe; duda de sí propio y de todo en el universo. Pasa de la confianza religiosa á un escepticismo escudriñador. Cree en el espectro de su padre cuando le ve; pero en cuanto se desvanece, se convierte para él en mera ilusión. Se aventura hasta decir que sólo por la imaginación son las cosas buenas ó malas. Se extravía el poeta con su héroe en un laberinto de ideas que no tienen fin ni principio, y ni el cielo mismo se digna responder con la marcha de los sucesos á las demandas que, con mayor ahinco, le dirige. Una voz que viene, al parecer, de arriba, pide venganza de un monstruoso crimen, y la venganza no se efectúa. Cierto es que, al fin y al cabo, los delincuentes reciben el castigo; pero esto acontece por una especie de casualidad, y no, como se debía, para presentar un ejemplo solemne de la justicia divina, por medio de un encadenamiento de consecuencias inevitables. La indecisión, la perfidia ó un repentino arrebato, arrastran á todos los personajes á una ruina común, y la misma suerte está deparada á los inocentes que á los culpados. En esta obra está presentado el destino humano como una esfinge gigantesca, que propone un tremendo enigma á los mortales, y hunde en el abismo de la duda á quien no acierta á resolverlo.»

Incontestables nos parecen estos juicios del más perspicaz y elocuente de los críticos alemanes. En un solo punto puede acaso diferirse de su opinión, á saber: en la detención y retroceso de la acción, que atribuye á las últimas escenas del dra-

ma. A nosotros se nos antoja que en las últimas escenas la acción cambia de rumbo, pero no se pára y entorpece, sino que, por el contrario, se precipita para llegar á un desenlace más conforme á la leyenda romántica y violenta que á la índole filosófica y subjetiva del pensamiento generador del drama.

Mas no ha de creerse que Shakspeare ignoraba los achaques morales del héroe de su drama. El mismo Hamlet reconoce y declara en varias ocasiones su inconsistencia y su apatía. Dice, aludiendo á la inactividad de sus propósitos, que sus «pensamientos llevan en sí una cuarta parte de cordura y tres cuartas partes de cobardía». En el monólogo con que termina el acto segundo, expresa con vehemencia y claridad la desesperación y la vergüenza que le causan su falta de vigor moral, y la preponderancia que tienen en su índole las palabras sobre la acción.

«¡Y yo—exclama—inteligencia burda, alma de cieno, permanezco en estúpida inacción, indiferente á mi propia causa!.... Soy un cobarde..... ¡Qué sandez la mía!.... ¡Bravo proceder! ¡Yo, hijo de un padre asesinado; yo, á quien el cielo y el infierno excitan á la venganza, me contento con desahogar mi indignación con palabras, y prorrumpir en vanas imprecaciones, cual podría hacerlo la última de las prostitutas!!.... ¡Qué vergüenza!»

Shakspeare, al pintar el carácter de su héroe tan desmesuradamente indeciso y apático, esto es, tan contrario al interés dramático, que nace por lo común del brío, resolución y fijeza en los afectos y propósitos, no procedía inadvertidamente. El grande escritor sabía lo que hacía. No era su objeto desarrollar, como en *Macbeth*, en *Otelo,* en *Iago*, en *Hotspur,* en *Coriolano* y en *Ricardo III*, la violenta imagen de implacables y desenfrenadas pasiones. En *Macbeth* principalmente, obra sublime, cuyo carácter grande y terrible, según la expresión de Schlegel, sólo puede compararse á *Las Euménides* de Esquilo, no prepondera el pensamiento sobre la acción: corre ésta vigorosa, encadenada y rápida, hasta la postrera

catástrofe, fatalmente lógica y espantosa. En *Hamlet*, la índole y el rumbo del pensamiento fundamental son muy distintos. *Macbeth* todo es acción; *Hamlet* todo es pensamiento. El Príncipe dinamarqués, que no tiene ni culpas, ni amor, ni ambición, ni remordimiento, ni nada de lo que mueve al hombre en la esfera común de la vida; que trata á la humanidad con desdén é ironía, porque no ve en ella sino el mal, es una figura simbólica de las angustias y vaivenes del alma cuando pierde ésta el equilibrio de los sentimientos morales y el firme asiento de la fe. Hamlet no es malo, ni se atreve á ser anticristiano; pero su escepticismo filosófico embarga su corazón, turba su entendimiento y le inutiliza para la acción práctica y útil de la religión y de la vida. «No existen por sí ni el bien ni el mal; todo consiste en el concepto que de ellos formamos»; ésta es la desconsoladora y siniestra doctrina que profesa *Hamlet*.

No puede dudarse que Shakspeare ha querido hacer de su héroe una representación simbólica de la época turbada é indecisa en que él vivía. Y lo ha conseguido plenamente, dando al propio tiempo á su obra el carácter de generalización sublime, que asoma siempre aun en las pinturas individuales de sus dramas. Hamlet es en muchas cosas el hombre de la Edad Media: en su amargura desesperada, en su falta de entusiasmo, en su desprecio de los hombres, en el vacío de su corazón, en su inclinación al suicido, en la confusión de su conciencia; es el pensador pesimista, el filósofo descreído, que no acierta á resignarse como cristiano á los misterios de la muerte ni á los sinsabores de la vida, y que ha de llamarse, andando el tiempo, *Werther, Fausto, Jacopo Ortis, Obermann* ó *Manfredo*.

Shakspeare, identificado siempre con los tipos generales de la humanidad, que retrata en sus obras, desaparece en ellas como autor y como hombre. En *Hamlet,* por excepción, no acontece lo mismo. ¿Quién no siente palpitar en el famoso *to be or not to be,* y en la elocuente censura de los vicios sociales del segundo monólogo, el alma dolorida y escarmentada

del gran poeta? Análogas ideas, igual melancolía, se hallan en algunas poesías del autor, especialmente en un soneto en que expresa vivamente, como impresión personal suya, el menosprecio y el desaliento que le causan las miserias y las injusticias de la sociedad humana. El *tædium vitæ* asoma por doquiera, así en la corte brillante, pero hipócrita y corrompida, de Isabel de Inglaterra, como en las clases cultas y pensadoras. Muestra de ello es una carta (publicada por un autor alemán) del famoso Conde de Essex, prócer rico, animoso, de todos envidiado, escrita en 1599 á la Reina con motivo de una comisión importante que le confiaba la augusta señora. Merecen citarse algunas palabras: «¿Qué servicios puede esperar V. M. de un ánimo turbado, caviloso, enflaquecido por las pasiones, de un corazón despedazado por angustias y sinsabores, de un hombre que aborrece cuanto le rodea y le conserva la existencia?» Esta profunda misantropía en el colmo del favor y de la fortuna, es claro testimonio de que había empezado la hora del aburrimiento y del hastío, del precoz cansancio de la vida, de la duda orgullosa y fría, de la melancolía moderna, visible decaimiento del vigor cristiano, que cifra en la *conformidad* la más necesaria y consoladora de sus virtudes.

¡Cuánto más se parece *Hamlet*, el desalentado filósofo del drama, al Conde de Essex que al *Hamlet* de la leyenda épica, al *vikin* (rey del mar y pirata), que ni estudió en las Universidades de Wittenberg, ni dejó de cumplir lógica y resueltamente su venganza cuando llegó el momento oportuno!

Hamlet no está escrito, como las demás obras de Shakspeare, con fin verdaderamente dramático. ¡Qué importa al poeta-filósofo el mito primitivo de la relación leyendaria de Saxo, que probablemente no conocía? El héroe de la tradición dinamarquesa no es para el poeta más que un pretexto. Buscaba un campo en que desplegar los audaces vuelos de su imaginación, su estro inagotable, los amargos devaneos de su espíritu, y lo halló en otro *Hamlet* anterior al suyo, que probablemente intentó refundir, como había refundido tantos otros

dramas, y que se convirtió en la peregrina obra donde reina el soberano ingenio de Shakspeare con su opulenta fantasía y con sus dialécticos primores.

El anacronismo voluntario de la Universidad de Wittenberg en tiemqo de Hamlet, demuestra que lo que empeñaba la atención de Shakspeare no era la historia del Príncipe escandinavo de épocas fabulosas, sino la pintura indirecta del estado social y moral de Inglaterra. Wittenberg, donde Lutero había publicado su ruidoso programa de las noventa y cinco tesis, es en el drama como el emblema de la reforma, cuyo espíritu «vive y razona (según la expresión acertada del Doctor Vischer) en la implacable dialéctica de Hamlet.» Marlowe había colocado en esta ciudad, cuna del protestantismo, una parte de la acción de su *Fausto,* y su nombre no podía menos de sonar como foco de libres y audaces pensadores en los oídos de los ingleses. Los demás anacronismos de *Hamlet,* como la artillería; el cristianismo de los antiguos dinamarqueses, adoradores de Odino y de Freya; la guardia suiza del Rey usurpador; las representaciones dramáticas en que se habla de Hércules, de Hécuba y de Roscio; el pedante *eufuismo* de Polonio, moda cortesana de los contemporáneos del poeta, y otros señalados anacronismos de los demás dramas, como poner á Maquiavelo en boca de Ricardo III, no son ignorancia de Shakspeare, como sin razón se ha supuesto. Es sistema, como lo fue igualmente en el teatro español, no sacrificar en lo más mínimo á la exactitud erudita la impresión popular. A esta idea corresponde la famosa declaración de Lope de Vega:

> Escribo por el arte que inventaron
> Los que el vulgar aplauso pretendieron,
> Porque, como las paga el vulgo, es justo
> Hablarle en necio para darle gusto.

En otro concepto, pero con el mismo espíritu de considerar el teatro como arte vulgar y no cortesano, decía de las obras dramáticas inglesas el citado Nash, á principios del siglo XVII:

«El pueblo está ansioso de ellas; pero se cuida poco de los que las escriben. Así es que los autores no se apuran mucho para componerlas. Roban, traducen, amplifican y ponen en escena el cielo, la tierra, el infierno, lo que es y lo que no es, los acontecimientos de ayer, crónicas, novelas, cuentos. Se burlan de todo, y con tal de que nos diviertan, no les pedimos otra cosa.» Shakspeare, prodigando en sus obras todos los tesoros del genio, seguía instintivamente esta poética popular, como la seguían Lope, Tirso, Calderón y los demás creadores del teatro español, el cual tiene con el teatro inglés profundas y evidentes afinidades. Shakspeare quería, ante todo, ser entendido de su público, compuesto, en su mayoría, de plebe y clase media; y puede advertirse que en las obras de asuntos británicos es exactísimo en épocas, hechos y costumbres, mientras que en asuntos extranjeros nada le importa ser infiel á la verdad histórica y geográfica, y pone todo su conato en asimilar los caracteres y las acciones á los usos y á las ideas de la nación inglesa.

Schlegel manifiesta claramente en esta parte su luminosa opinión con respecto al *Hamlet,* en los siguientes términos:

«Convenía á menudo á Shakspeare dar el color de su época á acontecimientos de remotas edades. Por esta razón, aunque se trata de hechos de la antigua historia del Norte, reinan en *Hamlet* las formas y el lenguaje de la sociedad de moda, y hasta el traje contemporáneo. Sin estas circunstancias no habría sido dable convertir al héroe en pensador escéptico, que es la idea fundamental de la obra.»

Los críticos franceses neoclásicos, que, sin caer en ello, cometían también anacronismos, atribuyendo á héroes antiguos espíritu y pensamientos modernos, no debían haberse manifestado tan severos con lo que malamente juzgaban bárbaras impropiedades escénicas del dramaturgo inglés. No era, por cierto, menor impropiedad anacrónica presentar en los teatros de París y Versalles á César con peluca y con espada (que no llevaban nunca los romanos en tiempo de paz), y á Rodoguna con tontillo.

La esencia eminentemente subjetiva y metafísica del carácter de Hamlet le da cierto viso de parentesco y semejanza con la índole reflexiva y analizadora de la raza alemana, por lo cual el erudito Gervinus exclama: «Hamlet es la Alemania: como él, exclusivamente consagrados á las cosas del espíritu, olvidábamos el mundo externo; como á él, nos llegaban más al alma Wittenberg y su escolástica, que el honor y la gloria de la nación..... Perdimos también, como Hamlet, el gusto á la vida; y prescindiendo de lo real, nos refugiamos en el imperio de lo ideal. El concepto de la vida instintiva llegó á depravarse por el abuso de la reflexión y de la gimnasia intelectual, y el sentido de la acción por devaneos quiméricos.» A esto contesta un ingenioso crítico francés: «*Hamlet* no es *la Alemania;* es *el hombre moderno:* por eso esta obra maestra del entendimiento humano es, de un siglo á esta parte, el libro más estudiado, más leído y más comentado.»

A nosotros nos parecen extremadas ambas opiniones. En Hamlet vemos, en efecto, el símbolo profético del hombre moderno, más inclinado á la palabrería, á la discusión y á la sofistería que á la resolución pronta, noble, clara y generosa. Este es el sentido universal del mito de Shakspeare; pero en la preponderancia del pensamiento sobre la acción, del designio filosófico sobre el sentimiento, y de la ironía sobre la indignación, se nos antoja que en Hamlet se reflejan no exclusivamente la nación germánica, sino generalmente las naciones neoteutónicas.

No hay que decir que en esta obra filosófica de Shakspeare el sentimiento religioso es por demás escaso y mal definido. Sin embargo, el espíritu cristiano que alguna vez asoma en ella establece entre los mitos de los hijos vengadores griego y británico, en su respectivo proceder con sus madres, una diferencia esencial.

La situación de Hamlet, si bien, por lo irrespetuosa, es poco grata y simpática con respecto á su madre, está muy lejos de la fiereza cruel del desnaturalizado Orestes, el cual des-

de luego toma la odiosa actitud del asesino de Clitemnestra. Hamlet es de suyo blando y poco resuelto, y además, ni la Reina Gertrudis es la impenitente y soberbia Reina de Argos, ni el padre del Príncipe dinamarqués impone á su hijo, como Agamenón, la muerte de su madre: antes bien, le recomienda respeto y miramiento. Así dice la sombra (acto 1.°):

«Cualquiera que sea la forma en que emprendas la venganza, permanece moral é intachable, y nada hagas contra tu madre. Confía su castigo al cielo y al pasador agudo que lleva en el corazón.»

Pero es innegable que, desde el punto de vista dramático, lleva Orestes gran ventaja á Hamlet, porque tiene su carácter más unidad y más firmeza. Dadas las preocupaciones y las falsas doctrinas religiosas del paganismo helénico, es la figura de Orestes tan verdadera y lógica como conmovedora. La religión le absuelve, la naturaleza le condena: á un tiempo piadoso y malvado, buen hijo y parricida. Estos contrastes no son debilidad é inconsecuencia, son leyes fatales de la situación moral, religiosa y política del desgraciado Príncipe. Cabalmente en ese abrumador conflicto de sentimientos y deberes estriba el alto interés dramático de *La Orestia*.

En el carácter de Hamlet falta por completo la unidad, y este es el defecto capital del drama admirable de Shakspeare.

En suma, no es la venganza filial la esencia de la concepción dramática de *Hamlet,* pues, más que por este sentimiento, se devora el alma el Príncipe ideólogo por las imperfecciones humanas y por los misterios de la vida y de la muerte. Podría imaginarse que Shakespeare ha querido darlo á entender así poniendo á su drama otro hijo vengador, Laertes, y haciendo á éste ardoroso, de idiosincrasia meridional, hombre que obra y no cavila. Podría comparársele á Orestes ó al Cid, si no envenenase la espada con que piensa dar muerte á Hamlet. Tan vil acción no cabe ni en el héroe griego ni en el caballero castellano.

V

MONUMENTOS DEL MITO DE «HAMLET» ANTERIORES AL DRAMA DE SHAKSPEARE

1.°

La historia de los Reyes de Dinamarca, por Saxo-Grammaticus.

Se imprimió por primera vez en París, el año 1514, con este título:

«*Danorum Regum heroumque Historiæ stilo eleganti a Saxone grammatico natione Sialandico necnon Roskildensis ecclesiæ præposito: abhinc supra trecentos annos conscriptæ et nunc primum literaria serie illustratæ tersissimeque impressæ.*»

Al fin del libro:

«*Hactenus Saxo Grammaticus Sialadensis, ver disertissimus. Quæ accurata diligentia impressit in inclyta Parrhisiorum academia Iodocus Badius Ascensius. Idibus Martiis, MDXIIII, supputatione romana.*»

La leyenda de Hamlet, escrita por Saxo, está sacada de antiguas tradiciones dinamarquesas. Así lo declara el sabio Molbech en el apunte siguiente, que nos comunicó en Copenhague y conservamos autógrafo:

«L'histoire fabuleuse (ou l'Aventure) de Hamlet repose, dans la source la plus ancienne, sur le récit remarquable et assez étendu de Saxo Grammaticus, à la fin du 3^{me} et le commencement du 4^{me} livre de son *Histoire danoise*. On voit clairement que Saxo dans sa narration a suivi un recueil d'anciennes traditions danoises sur la vie pleine d'aventures romantiques d'un fils de Roi, ou plus exactement d'un Prefet de Jutlande, Horwendill, qui épousa Gerrutha (mère de Hamlet), dont

le nom a été changé par Shakspeare en Gertrude. Au reste, l'inmortel poëte anglais n'a pas, comme on sait, suivi Saxo, lui-même, mais une ancienne *Hystorie of Hamblet,* qui est la traduction d'une des nouvelles de Belleforest, publiées en 7 volumes, 1564 et sq... Shakspeare n'a pas de même pris que très peu des événements racontés par Saxo. Notre ami Mr. Oehlenschlæger a suivi assez proche la source originale de Saxo dans sa tragédie *Hamlet,* une *Ilias post Homerum,* dont j'ai vu une représentation, mais que je n'ai pas encore lue.»

2.°

Sagas islandesas.

He aquí, traducida, la noticia que el ilustre Molbech nos dió acerca de ellas:

«El asunto interesante y poético de la antigua tradición de las aventuras de *Hamlet* no pasó inadvertido para los islandeses, cuya imaginación y habilidad para la narración oral en prosa aprovechaba los asuntos poéticos y románticos de la Edad Media para forjar con ellos *sagas,* no históricas, sino de pura fantasía. Esta clase de *sagas* corresponden, al menos en su mayor parte, á una edad bastante moderna (los siglos XIV, XV y XVI). Esto acontece cabalmente con las narraciones islandesas de la historia fabulosa de *Hamlet,* de la cual se conservan tres *sagas* diferentes, dos en prosa y una en verso:

1.ª *Sagan af Amloda, Hardvendils Sijni.* (Saga de Amlod *(Hamlet)*, hijo de Hardvendil.)—Colección de Arnas Magnæus, de la Biblioteca de la Universidad de Copenhague, núm. 221. —Es casi una traducción de *Saxo* con algunas alteraciones ó adiciones.

2.ª *Saga af Amloda edr Ambales.* (Saga de Amloda ó Ambales; *Hamlet).* Es tres ó cuatro veces más extensa que el número anterior. El fundamento de esta saga es, sin asomo de

duda, la narración de *Saxo,* pero extremadamente alterada con respecto á los hechos y á los nombres de las personas. Nada se dice en ella ni del viaje á Inglaterra, ni siquiera de la muerte de Hamlet. El célebre historiógrafo dinamarqués Sr. Suhm, no concede á esta novela islandesa, en prosa, mayor antigüedad que el siglo XV.—La misma colección de manuscritos de la Universidad de Copenhague.

3.ª *Rimur af Ambales.* (Poema de Ambales). Es producción moderna, del siglo XVI ó del XVII, como todos los *Rimur* ó poemas de los islandeses. Es una paráfrasis prolija y enfadosa del núm. 2, esto es, de la novela islandesa de la historia de Hamlet.

Como se ve, estas obras de la literatura islandesa, en su edad de bronce ó de hierro, es decir, en su último período antes de la Reforma luterana, confirman esta observación: que la tradición de Hamlet no existe en forma alguna más auténtica ni más antigua que en la historia de *Saxo-Grammaticus.*

3.º

La Danske Rimkronnike

(Crónica rimada dinamarquesa.)

Esta crónica en verso fue, según indicamos en otro lugar, el primer libro impreso en Dinamarca. No pudo ser escrito antes de la segunda mitad del siglo XV, pues la serie de los Monarcas, cuya historia contiene, termina en Cristiano I, que subió al trono en 1448. Toma de *Saxo-Grammaticus* la mayor parte de los sucesos; pero la forma es singular: consiste en una cadena de monólogos con carácter dramático, en los cuales cada personaje refiere patéticamente su propia historia. Hamlet cuenta la suya, abreviando con exceso y desfigurando no poco la bella leyenda épica de *Saxo.*

Es posible y aun probable que esta crónica fuese conocida

en Inglaterra mucho antes que las *Historias trágicas* de Belleforest. Eran íntimas y continuas las relaciones comerciales y políticas entre la Gran Bretaña y los tres reinos escandinavos, que adquirieron grande importancia europea en los veinticinco años que duró la famosa Unión de Calmar. Jacobo I de Inglaterra, hijo de la desventurada María Estuardo, que, siendo Rey de Escocia, había pedido apoyo á la corte de Dinamarca contra la cruel Reina Isabel, en 1589 se trasladó á Copenhague para contraer matrimonio con la Princesa Ana, hija de Federico II. ¿Qué mucho que con tantas conexiones llegase directamente á Inglaterra la interesante y popular leyenda de Hamlet?

4.°

Historias trágicas de Belleforest.

François de Belleforest, historiógrafo francés en tiempo de Enrique III, publicó, con el título de *Histoires tragiques,* una copiosa colección de relaciones y novelas sacadas en su mayor parte de las obras del famoso novelista italiano Bandello. En el tomo IV (impreso en París el año de 1570, por Jean Hulpeau, rue Saint-Jean-de-Latran, à l'Arbre Sec) se halla la historia de Hamlet con este epígrafe:

«Avec quelle ruse Amleth, qui depuis fut Roy de Dannemarch, vengea la mort de son père Horwendille, occis par Fengon son frère, et autre occurence de son histoire.»

No nos fue posible dar con las *Histoires tragiques* en las bibliotecas de Copenhague. Las encontramos más adelante en la Biblioteca Nacional de París. La novela de *Hamlet* es la relación misma de *Saxo-Grammaticus,* unas veces mutilada, otras prolijamente amplificada, y, por lo común, desnaturalizada con reflexiones y discursos morales, en que la mitología, la ortodoxia, la historia bíblica y romana, forman una amalgama

singular y afectada de la erudición y las ideas de la época de Belleforest, con la épica llaneza de la leyenda escandinava.

En 1596 se publicó en Londres una traducción inglesa de las *Histoires tragiques*, de Belleforest, que probablemente leería Shakspeare.

5.°

Un drama sobre Hamlet, *anterior á Shakspeare.*

El diligente y sagaz historiador de la literatura dramática inglesa, M. A.-W. Ward (1876), admite, como otros insignes críticos, la probabilidad de un *Hamlet* dramático anterior al de Shakspeare. Las dos primeras ediciones de la obra de éste, muy diferentes entre sí, son de los años 1603 y 1604. La primera, imperfecta y pobre con respecto á la segunda, puede y debe ser una refundición de las muchas que hizo el gran poeta, y que se convirtió después en la obra magistral que tanto admira el mundo literario. El Barón Herman Von Friesen, Catedrático de la Universidad de Viena *(William Shakspere' Dramen.* Wien, 1876), que ha estudiado con luminosa crítica el teatro de aquel grande hombre *(Shakspere Studien.* Wien, 1874-1875), se inclina á creer, no solamente que existió un drama sobre *Hamlet* anterior al de Shakspeare, sino que este poeta tomó de él cosas importantes, principalmente la revelación del fratricidio hecha por el monarca aparecido.

La verdad es que esta revelación sobrenatural, poderoso núcleo del drama, no se halla ni en *Saxo,* ni en las *Sagas,* ni en la *Crónica rimada dinamarquesa,* ni en Belleforest, mientras que Lodge, en un folleto *(Wit's Miserie and the World's Madness)* publicado en 1596, menciona el papel del aparecido que gritaba en el teatro con tono lamentable: «¡Hamlet, venganza!»

Añadiendo á este hecho otros tres muy significativos:

1.° Que en el catálogo (1594) de Henslowe, librero de Lon-

dres, está consignada la existencia de un drama *Hamlet,* como obra ya representada y no nueva.

2.° Que en una carta del satírico Nash, tan conocedor del teatro de su época, habla ya en 1588 burlescamente de un *Hamlet* dramático.

3.° Que en 1603, comediantes ingleses, que desde 1597 recorrían la Alemania representando, traducidas al aleman, las obras dramáticas aplaudidas en Londres, pusieron en escena un drama, probablemente traducción del primitivo *Hamlet* (inglés), titulado *Der bestrafte Brudermord, Prinz Hamlet aus Dœnnemark* (El fratricida castigado, ó Príncipe Hamlet de Dinamarca); y teniendo en cuenta, además, que no hay indicio histórico de que antes de 1582 se representase *Hamlet* alguno en que hubiese, como autor ó refundidor, tomado de Shakspeare la menor parte, parece, no sólo probable, sino muy cercana á la verdad la conclusión de los Sres. Clarendon y Wright (*Clarendon Press Series,* 1872), que hallamos reproducida en la *Historia* de Ward, á saber:

Que ha existido un drama antiguo fundado en la leyenda de *Hamlet,* del cual ha entrado gran parte en el *Hamlet* publicado en 1603, el cual es una especie de bosquejo que hacia 1602 había preparado Shakspeare para la escena, refundiendo el texto anterior, y que sólo en la obra perfeccionada de 1604 tenemos el *Hamlet* verdadero y cabal del poeta filósofo.

¿De dónde, pues, sacó Shakspeare el mito de *Hamlet?* Por lo mucho que lo desnaturaliza y transforma, y por las circunstancias capitales que le agrega, bien puede afirmarse que no fue directamente de la legendaria narración de *Saxo* ni de las versiones que, conservando su genuino espíritu, la reproducen. Todo induce á creer que imitó el pensamiento y parte de la trama de un *Hamlet* ya representado en el teatro, y que, aun teniendo á la vista la novela de Belleforest ó la *Crónica rimada,* no quiso ó no se atrevió á cambiar ciertas circunstancias de la economía del drama (cual la ilógica y sangrienta hecatombe final), tales como el público las conocía.

Como quiera que sea, la creación de Shakspeare no consiste en la trama, ni mucho menos en el desenlace: consiste en el carácter del héroe, triste, pero admirable estudio psicológico de la transformación moral del siglo XVI.

6.°

Analogía con Hamlet *de algunos dramas anteriores.*

Todos los críticos de nota atribuyen por conjetura á Tomás Kyd, poeta dramático que murió por los años de 1594, el *Hamlet* dramático anterior al de Shakspeare. Fúndase la conjetura en que Kyd es el autor de un drama titulado *La Tragedia española, ó Jerónimo,* en cuyo enredo y pensamiento se advierten singulares analogías con el drama de Shakspeare. Son tales, que juzgamos oportuno dar siquiera una idea brevísima del asunto.

Se hallan en guerra España y Portugal. El animoso campeón español Andrea, novio de Belimperia, sobrina del Rey de España, muere en un combate á manos de Baltasar, hijo del Rey de Portugal. Los españoles, sin embargo, mandados por el valiente General Jerónimo, alcanzan la victoria, y Horacio, hijo de Jerónimo, hace prisionero á Baltasar. Pero Lorenzo, hermano de Belimperia, se atribuye pérfidamente la hazaña de Horacio, por donde nace entre ellos enconada enemistad.

Todo esto se explica en un *Prólogo,* y aquí comienza la acción del drama.

Aparecen en escena el espectro de Andrea, y la Venganza, personaje alegórico, que promete al espectro que la mano de su novia vengará su muerte. Sale después el Rey de España, y ante él se presentan Lorenzo y Horacio con el Príncipe portugués Baltasar, reclamando á éste, cada uno por su parte, como prisionero suyo. El Rey sale del apuro conciliatoriamente, no negando la razón á ninguno de ellos, y dejando á Bal-

tasar prisionero en su corte con los honores debidos á su alta jerarquía, para entablar con él de este modo tratos de paz. Baltasar requiere de amores á Belimperia, secundado por Lorenzo, el hermano de esta Princesa; pero ella, lejos de dar oidos á las pretensiones del matador de su antiguo novio, da su corazón á Horacio, el amigo de Andrea.

Celebran una tarde los dos amantes una tierna entrevista. El traidor Lorenzo los sorprende acompañado de Baltasar. Sujetan á Horacio y le ahorcan de un árbol cercano. Belimperia es sepultada en estrecho calabozo. Logra desde allí dar noticia del crimen al padre de Horacio, Jerónimo, el cual, por una carta de uno de los culpados, que la casualidad había hecho caer en sus manos, se hallaba ya enterado del horrendo lance.

Jerónimo y Belimperia miran como deber sagrado el vengarse: aquél, de los asesinos de su hijo; ésta, del Principe portugués, que sucesivamente ha dado muerte á sus dos amantes. Como es arduo el cumplimiento de tal designio, Jerónimo se finge loco, esperando que llegue ocasión oportuna para realizar la venganza. Sábese de allí á poco que el Rey de Portugal ha de venir á España para concertar paces en persona. Prepáranse grandes festines á fin de recibir bizarramante al monarca lusitano, y Jerónimo, aunque, al parecer, con la razón turbada, dispone una representación teatral, en la cual deben tomar parte con él Belimperia, Baltasar y Lorenzo. Según la trama de este intermedio, *Perseda* (Belimperia) ha de dar muerte al sultán *Solimán* (Baltasar), y un bajá (Jerónimo) á un caballero (Lorenzo).

Estos homicidios se realizan en la escena: en vez de aparentar que hieren á sus víctimas, el General y la Princesa las matan verdaderamente á puñaladas. Sorprende á los espectadores tan excesiva verdad escénica, y entonces Jerónimo les explica los justos motivos de aquella sangrienta catástrofe, y en seguida mata al padre de Lorenzo y se mata á sí propio.

Hay, como se ve, en *La Tragedia española,* del propio

modo que en *Hamlet,* visión de espectro, premeditación de venganza, demencia fingida para realizarla, drama en el drama, desenlace violento, y en él lujo de sangre y muerte simultánea de inocentes y culpados.

En otro drama de aquellos tiempos, *Hoffman ó El Padre vengado,* escrito por Enrique Chettle, impresor de comedias y colaborador dramático de Shakspeare, hay también circunstancias análogas á algunas del *Hamlet;* entre ellas merece recordarse que la heroína se vuelve loca como Ofelia.

Este drama, famoso en pasados tiempos, y después olvidado, ha sido reimpreso en Londres el año 1852.

El Marqués de Valmar.

(Se concluirá).

LA MUERTE POR EL HONOR

RECUERDOS DE LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA

Varias veces, en presencia de la hermosa epopeya española que empezó *el dos de Mayo* de 1808 en las calles de Madrid y terminó el 31 de Agosto de 1813 en la ermita de San Marcial, en los Pirineos, me he preguntado: ¿por qué del triunfal Olimpo donde el heroismo acumuló tantos dioses, algunas de sus mayores figuras permanecen como veladas tras las brumas ingratas de una indiferencia criminal ó de un olvido todavía más vituperable? Y entre aquellos personajes ilustres, que parecen arrancados de los poemas de Homero y vueltos á la vida para exaltar los últimos grandes prestigios legendarios de la patria española, destacábase en uno de los lugares más preeminentes ante mi vista la silueta de aquel Duque de Alburquerque, el salvador de España en el tabernáculo nacional de Cádiz, cuya grandeza está graduada á la misma altura que la de Daoiz y Velarde en el Parque de Monteleón, la de Castaños en Bailén, la de Palafox en Zaragoza, la de Alvarez en Gerona y la de Errasti en Ciudad Rodrigo y Menacho en Badajoz. ¡El Duque de Alburquerque! ¡El redentor de España en el extremo austral de la Península, ante la bárbara invasión continental del invencible corso en el siglo XIX, como allá en el siglo VIII lo fue en los montes cántabros el Infante Don Pelayo, ante la bárbara invasión asiáticoafricana de las hordas de Tarif!

He recorrido las páginas de las historias hasta ahora escritas por propios y extraños sobre la guerra hercúlea de la Península al comienzo del siglo XIX, y he de confesarlo ingenuamente: he quedado entristecido ante tanta ingratitud. Al Duque de Alburquerque todavía la Historia no le ha discernido sus líneas de gigante. El arte aún no le ha erigido una estatua. Ignoro si el pincel ó el cincel guardaron á la posteridad tos viriles trazos de su enérgica fisonomía. La poesía, que ha levantado al honor del romance y la leyenda tantos caracteres secundarios, no ha cubierto su sepulcro de las sagradas flores que nutren de eternos aromas el aliento de las vírgenes Pimpleas. No conozco más que el breve y sibilítico *Epitafio* que consagró á su patética muerte aquel Arriaza que cantó á Ricardos y á Trafalgar, que escribió el *Himno del Dos de Mayo* y el *Himno de la victoria*, y que en pindáricas odas celebró la batalla de Salamanca y la entrada de lord Wellington en Cádiz, después de los laureles de Ciudad Rodrigo. ¡Qué lacónico aquel epitafio, aunque qué profundo! ¡Cuánto deja que adivinar!

He aquí lo que dice:

Grande en la cuna y en la lid valiente;
En Talavera y Alcabón glorioso;
Fue en las puertas de Alcides al torrente
Del galo audaz antemural dichoso:
Y viendo al fin que con maligno diente
Se acercaba la envidia al lauro hermoso
Que en su frente el honor dejó enlazado,
Murió con sólo imaginarle ajado.

¡Diente maligno! ¡Envidia osada! ¡Honor ajado! ¿No merecen estos conceptos alguna explicación, sobre todo si se atiende que estos atropellos del honor contra el héroe, salvador de la patria, por el diente maligno de la envidia, pasado cerca de un siglo desde aquellos acontecimientos, prosiguen gravitando sobre la memoria gloriosa de aquel Titán de la cuna y de la

lid, á quien la Historia, el Arte y la Poesía no han conseguido, tras tanto tiempo, desagraviar y enaltecer debidamente?

Qué significado tiene en la lucha inmortal de la Independencia española la defensa de Cádiz y la isla de León, salvándolas de la ocupación del ejército francés, no hay para qué ponderarlo. Sin aquel pequeño recinto inaccesible á la codicia del invasor, ¿dónde hubieran podido establecer su asiento estable los poderes que, conservando la unidad de la Monarquía, debían prestar un núcleo permanente de estímulo á la resistencia é imprimir una dirección tenaz á la larga campaña del rescate? El primer momento de la insurrección nacional por todos los ámbitos de la Península representó las imágenes de la anarquía. Nació un conato de movimiento á la unidad en la iniciativa del Conde de Floridablanca y se organizó momentáneamente en Aranjuez aquella Junta Suprema Central gubernativa del Reino, que al primer amago de las armas enemigas tuvo que salir ahuyentada y fugitiva, buscando errante un refugio estable en las fronteras de Portugal ó en los extremos de Andalucía. En Sevilla no se halló más garantida que en Aranjuez, y cuando el Rey José, después del estrago de la batalla de Ocaña, pasó los contrafuertes de Sierra Morena, desplegando sus ejércitos por las llanuras andaluzas, con mayor presteza que antes abandonó las orillas del Tajo tuvo que alejarse de las del Guadalquivir, sin abrigar la convicción plena de que contaría con el seguro necesario ni aun dentro de las estrechas murallas de la indefensa Cádiz. Por todas partes la nación daba los centuplicados ejemplos de la abnegación ó del heroismo. Por todas partes el patriotismo se imponía los más costosos sacrificios. Pero, ¿qué exito más inmediato ó más lejano había que esperar de tantos denodados esfuerzos, si en cada división territorial de la Monarquía habíanse erigido organismos soberanos sin subordinación entre sí, sin dirección uniforme, sin pensamiento armónico y sin recíproca convención? Las luchas con que tropezó la Junta Central desde que llegó á Sevilla, sólo se adivinan leyendo los

últimos documentos autógrafos del Conde de Floridablanca, su ilustre Presidente. Dos días antes de su muerte, escribía de su puño y letra una representación de tres pliegos, casi ilegibles, en que en vista de la impugnación que se hacía á los poderes que representaba, de las rivalidades en que se hallaban encendidos los Generales más ilustres que hasta entonces habían combatido, Cuesta, Blake, Castaños, Heredia, Hinestrosa, al solo anuncio del mando que se había discernido para el Marqués de la Romana, que en aquellos momentos llegaba de Dinamarca é Inglaterra, y ante las murmuraciones y el descontento que estos negocios viles despertaban, enfrente de un enemigo que con actividad vertiginosa se hacía dueño de todos los extremos de la nación, presentaba su renuncia solemne, «deseando que se le exonere de su encargo, pues ochenta y un años y fatigas de toda su vida no son para aumentarlas con las desconfianzas de sus conciudadanos».

No es necesario acudir á la memoria de los motines soliviantados en Sevilla por el inquieto Conde del Montijo contra los vocales de la Junta Central, cuando á la aproximación de los franceses se pronunciaron en dispersión aturdida y vergonzosa. La situación era de tal pánico en toda Andalucía, que el Rey José, por etapas regulares, llegó á Sevilla, y el General Sebastiani á Granada, donde fueron recibidos sin la menor resistencia, antes por el contrario, enmedio de la pública aclamación. Cádiz, habituada á las trágicas complacencias y á las desmedidas arbitrariedades de la Junta Suprema en ella constituída, y que no había resignado de todo punto las atribuciones soberanas que se había abrogado ante la misma Regencia, púsose desde luego enfrente de ésta cuando se acercaba á sus muros, obligándola á constituirse fuera de ellos, en la isla de León. Sometido el poder á unos cuantos improvisados de la fortuna; teniendo á su arbitrio las turbas sicarias de un pueblo sediento de desorden, de sangre y de botín, en sus calles había visto la perla del Atlántico arrastrar á aquel infeliz General Solano, Marqués del Socorro, cuyo crimen había sido

vivir esclavo de los deberes de la lealtad; en las manos de sus turbas sanguinarias había visto las inocentes hijas de aquel otro General Moreno que había rendido en su propia bahía la escuadra de Rosilly, dispuestas á inmolarlas á sus furores, sospechando de la fidelidad de su padre, por no conocer el secreto de un servicio eminente que tuvo que desempeñar en el mar, hasta verle volver al puerto trayendo naves francesas apresadas; con el terror de amenazas semejantes había visto amedrentar al Marqués de Villel, encargado de las fortificaciones de la ciudad, á quien se trató de asesinar, y que para librarle de sus odios hubo que recluir al castillo de Santa Catalina, donde murió; al Conde de Tilly, cuya expedición á África en busca de auxilios y cuyos servicios en la Junta de Sevilla no le pudieron salvar de los odios de una injusta persecución. Había en la ciudad una Junta de defensa; se habían levantado milicias urbanas y fuerzas de voluntarios; pero estas mismas fuerzas eran brazos de la demagogia espantosa que en la ciudad imperaba, mientras aquella Junta gastaba el tiempo en discusiones ruines, sin energía ni capacidad para atender á los deberes de la propia salvación que se había impuesto. Si las avanzadas del ejército del Rey José, que mandaba el General Víctor, en vez de entretenerse en Sevilla en la embriaguez codiciosa del botín opulento que de esta ciudad se sacó, hubiera procedido con mayor celeridad en su movimiento hacia Cádiz, esta ciudad no hubiera podido librarse de su ocupación. El mismo Duque de Alburquerque lo reconoce en su *Manifiesto* publicado en Londres: «Cuando llegué con mi pequeño ejército á la Isla de León—dice,—estaba aquel punto, único y verdadero antemural de Cádiz, en tal estado indefenso, que á haberse atrevido las tropas francesas que nos seguían á hacer un ataque denodado, se hubieran apoderado de él, y después de Cádiz.» D. Adolfo de Cádiz, en sus inclinaciones hacia las ponderaciones hiperbólicas del anécdota vulgar, aunque tan gaditano siempre, no oculta que cuando el 31 de Enero el General Castaños, uno de los Regentes del Reino, pasó á reconocer las

fortificaciones y llegó al puente de Suazo, sólo halló en él, para su custodia.... ¡un soldado inválido!

La operación militar que el Duque de Alburquerque, contrariando las órdenes que había recibido, realizó para verificar su gallardo movimiento retrógrado desde las llanuras de Écija hasta las puertas de Cádiz, después de observar el número, la superioridad y las intenciones del ejército francés, no hay forma de describirla con más sencillez, sobriedad y exactitud que el mismo Duque de Alburquerque lo refirió en el *Manifiesto* referido. Gómez Arteche ajusta fielmente á él su relación. Era el movimiento de superior estrategia y previsión militar que podía meditar y poner en ejecución un gran soldado, que al medir las fuerzas que mandaba, consistentes en ocho mil escasos hombres de infantería y seiscientos caballos, insuficientes para tratar de contener la avalancha de un ejército de cuarenta mil combatientes de todas armas, comandado por un Rey presunto y tres de los Mariscales más acreditados del Imperio, ni se pronuncia en fuga, ni se repliega á punto distante para evitar el choque; sino que estudia el campo que le rodea, analiza los resultados de la irresistible invasión, pesa todo el problema de su triunfal y total dominio de Andalucía, y fijos los ojos en aquel punto matemático, aislado del continente, cercado del mar, constituído por éste en una ciudadela inexpugnable de ser pronto asistido y preparado á la defensa, pone allí su objetivo, no titubea, no consulta la desnudez y la falta de aprovisionamientos que pone á prueba la constancia y el valor de los que manda, y llevando picada su retaguardia por el enemigo avisado que le persigue, adelanta con denuedo, acelera sus marchas, y llega impávido al término de su jornada á infundir con su presencia el valor y la confianza en Cádiz ya perdida, desde que allá llegaron las noticias alarmantes de los fáciles progresos del irruptor. «Mi presencia, escribe el mismo Duque de Alburquerque, venció el abandono á que la población inerte de Cádiz se había entregado, convencida de que no había medio de defenderla.

Todos me vieron trabajar noche y día en hacer construir las defensas más indispensables. El pueblo acudió á mi llamamiento con el pico á las obras, con el fusil á las escuelas de instrucción, y con el entusiasmo á cubrir los servicios militares. De aquellas turbas formé otro ejército. Lo improvisé todo, y el pueblo, considerándome su providencia, me alzó en triunfo y me aclamó con delirio. Puso su fe en mí y me llamó su salvador. Le conduje á los fuertes, á las trincheras, á recibir y á derramar la lluvia de fuego que diezmaba sus vidas, y ví allí perecer á muchos aclamando juntamente, en la agonía, mi nombre unido al de la patria, por todos idolatrada. Todos querían poner en mis manos los signos supremos de todo poder, sus vidas y sus fortunas, y antes que la Regencia del Reino me confiriese el 28 de Febrero el gobierno militar y político de la plaza, que desde el 6 de Noviembre anterior había desempeñado flojamente el General D. Francisco Venegas, y en quien se proveía el virreinato de Santa Fé de Bogotá, y de que se me condecorara con los títulos de Capitán General de los cuatro reinos de Andalucía y de jefe de su ejército de operaciones, ya la voz popular me había levantado de una manera efectiva á todas aquellas jerarquías, siendo los primeros en constituirse á mis pies los miembros de aquella Junta Suprema, que todavía limaba sus prerrogativas á la Regencia, y que se consideraba soberana de toda la Monarquía porque mi espada y mis soldados habían tenido la fortuna, auxiliados por Dios, de erigir á Cádiz en el supremo baluarte salvador de la Nación. No estaba por este hecho vencido el enemigo y arrojado del suelo sagrado que con planta impura hollaba; pero la patria y su unidad estaban salvadas en Cádiz, y en el reducido espacio con que el mar borda la isla de León, renacido el altar de Covadonga, ofrecía á sus poderes tutelares sólido asiento estable para constituir un Gobierno de representación nacional que pudiera llevar á todos los límites de la Monarquía esclavizada las inspiraciones de su emancipación.»

No fue, por lo tanto, desconocida al Duque de Alburquer-

que toda la importancia de su gloriosa hazaña, ni la operación gallarda que para realizarla tuvo que desarrollar, fue, por este concepto, el resultado del acaso, ni el triunfo de la casualidad. ¡Ah! El Duque de Alburquerque tenía de mucho tiempo atrás formada la conciencia de su propio valer, y su larga historia sólo ofrece irrecusables testimonios de aquellas prendas personales que le dirigieron en toda ocasión y en toda prueba á las cumbres del mérito, con rasgos de una superioridad indiscutible. Acaso este sentimiento, no equivocado, de sí mismo, fue el que más contribuyó á fijar las líneas de su carácter, excepcionalmente enérgico, temerariamente resuelto, pulcro hasta llegar á lo inconcebible del desinterés, y susceptible en materia de honor hasta lo uraño y puntilloso. Desde la guerra contra la República francesa, el Príncipe de la Paz, que era tan diestro en la elección del mérito, le había puesto en la baraja de sus predilectos, donde tanto descollaron Ricardos, Morla, Gravina y Romana. En 1793 dióle la Capitanía general de Aragón, en la que sustituyó al anciano D. Félix O'Neille, en la confianza de su arrojo. Bajo su vigilancia se pusieron los prisioneros de la guerra, y cuando, á consecuencia de la entrada de los franceses por los puntos del Pirineo navarro, el Príncipe de Castelfranco le pidió refuerzos de Zaragoza, le envió á Jaca todas las fuerzas que tenía en la hermosa ciudad del Ebro, aceptando el ofrecimiento que ésta le había hecho de cubrir con su paisanaje hasta las guardias del Parque de Artillería, de los almacenes de pólvora y los dos de efectos militares y pertrechos de guerra. Al paisanaje de Zaragoza confió la guardia de su propio palacio, y habiéndose quedado sólo con 70 soldados en tan populosa ciudad, amaestró 2.000 paisanos en el uso de las armas y en los servicios de guarnición.

Desde que al grito de la patria herida dejó la residencia de Francia, donde se hallaba, para concurrir con los Infantados, los Parque Castrillo, los Castelar, los Anglona, los Osuna y otros grandes de su clase á empuñar las armas en defensa de la patria invadida y en rescate del trono secuestrado y cauti-

vo; desde Valencia, donde contribuyó á la repulsa de Moncey, siempre se le observó en el campo de los héroes, y con frecuencia ayudado de la fortuna. General de caballería ligera, la caballería era el arma de su predilección. Los escuadrones que sirvieron bajo su mando más de una vez lograron ganar los lauros de la victoria, y él ponía tal esmero en el cuidado, en la educación y en el abastecimiento de sus soldados, que éstos, á pesar de lo enérgico y crudo de su carácter, lo amaban como á un padre. No gustaba aventurar la vida, ni el honor, ni la confianza de los que mandaba, para que no fueran víctimas de la imprevisión ó de la impericia. Había inspirado á la caballería de su división un ardor indescriptible, y conociendo las rivalidades de que estaba minado todo el ejército y los que lo mandaban, vivía en la invencible suspicacia de que sus émulos trataban de comprometerlo ó de desacreditarlo. En sus cartas particulares al Marqués de Astorga, que había sucedido en la presidencia de la Junta Central Superior á Floridablanca y al Arzobispo de Laodicea, así con frecuencia se lo decía, sobre todo después de Uclés, cuya derrota atribuía á la impericia de Venegas, y después de Ciudad Real y de Medellín, fracasos debidos á la impericia é irresolución de Cartaojal. Desde mediados de Marzo de 1809 estuvo en una disputa perpetua con este último General sobre los movimientos y las intenciones del ejército francés. Alburquerque se empeñaba en que el enemigo no trataba más que de caer sobre el ejército de Extremadura, para lo que esperaba que Cuesta lo atacase; mas si llegase este caso—escribía á Cartaojal—«no dudo que V. E. determinará que por esta parte (Ciudad Real) se le llame la atención. Si son batidos, aquí contribuiremos á deshacerlos. Pero no lo dude V. E.; el enemigo se propone caer sobre Extremadura y no se necesita gran penetración para comprender lo que interesan en Andalucía estas operaciones». Al mismo tiempo le transmitía los avisos recibidos de que los franceses concentraban sus fuerzas en Toledo y una parte se dirigía á Talavera. Entre las órdenes de Cartao-

jal, que le mandaba adelantar hacia Toledo con sus 4.000 caballos y cuatro piezas montadas y sin infantería, porque el movimiento que le ordenaba y la escasa fuerza que por allí tenía el enemigo no la hacía necesaria, y las réplicas de Alburquerque, que le advertía que «si desde aquí pudiese caminar por llanuras hasta encontrar al enemigo, lo haría desde luego á marchas dobles; pero sin tener ni un batallón de infantería llevaba expuesta toda la caballería, en términos que, sin poder defenderse, podría ser pasada por las armas»; recibió de Cuesta el aviso de que el enemigo, con fuerzas superiores, había atacado su derecha sobre el Tajo, y le requería para que, acelerando su marcha, acudiera en su auxilio á las alturas de Guadalupe. No perdió momento y logró incorporarse al ejército amenazado; mas cuando á vista del enemigo el día 28 de Marzo, sobre el campo de Medellín, se colocaba con las divisiones de los Brigadieres Echevarri y Bassecourt, formando el ala derecha de la línea de batalla, según las órdenes que se le habían transmitido, presentóse inopinadamente el General D. Francisco Eguía, de superior graduación, para tomar el mando de aquellas tropas y la dirección del combate. La empresa fue desgraciada, como se sabe; Alburquerque y su caballería, á quien acompañaha el Coronel Whithingham, comisionado del Gobierno británico, se salvaron del horrendo sacrificio en que se inmoló aquel ejército, sosteniéndose con valor admirable, abriéndose paso por entre el enemigo, que había roto nuestra izquierda y centro. Pero considerando que la conducta del Marqués de Cartaojal había sido la causa de un suceso tan doloroso y desgraciado, *que jamás se borraría de su memoria*, pidió inmediatamente á la Junta Central de Sevilla su separación del mando, persuadido de lo infructuoso de sus afanes, aunque dispuesto siempre á sacrificarse por la patria. «S. M., se le contestaba el 3 de Abril, conoce el justo sentimiento de V. E. por las desgracias de la patria, y no se persuade de que éstas hayan disminuído el valor y patriotismo que le caracteriza; antes bien, ve por las dolorosas expre-

siones de V. E. una prueba más de aquel ardor y energía que ha manifestado delante del enemigo y en los peligros de las armas. Como en circunstancias tan críticas sería una pérdida para la nación la separación del ejército de un jefe del carácter y talentos militares de V. E., y tiene presente la utilidad que puede recibir de sus servicios, lejos de admitirle la renuncia que hace, piensa emplearle más activamente y proporcionarle nuevas ocasiones de acreditar su celo, bizarría y pericia.» Y galardoneándole con la gran cruz de Carlos III, le nombró Comandante de la segunda división de caballería del ejército de Extremadura, de que seguía siendo D. Gregorio de la Cuesta General en jefe, hasta que en Agosto del mismo año, después de haber contribuído ilustremente á la gloriosa jornada de Talavera, viéndose reprendido de Cuesta, que le imputaba haberse dejado sorprender en la acción del Puente del Arzobispo del día 8, por la caballería de Morthier, cuando él tenía la conciencia de haber cumplido en aquella malaventurada jornada con el todo de sus deberes, conceptuando que su honor no le permitía que quedase en opiniones su reputación en punto tan delicado, pidió ser juzgado en un consejo de guerra, siendo tan esclavo guardador de los fueros de su honra como asiduo servidor de los intereses de su patria.

Tal era el hombre que por un rasgo heroico de su propia inspiración había acudido á salvar á Cádiz de la ocupación del ejército, que se enseñoreaba ya de casi toda la Península, y á constituir en aquel reducido recinto, que el mar limitaba por casi todo su murado perímetro, el baluarte inaccesible de defensa, de la vida y de la emancipación de España. Y la verdad es que Cádiz entera se manifestó llena de inmensa gratitud al que en toda clase de documentos públicos circulados por los dos mundos, su propia Junta Suprema acreditó como su verdadero salvador. Por desgracia, si este concepto ya no se pudo borrar nunca de la Historia, no se dejó ceñir á su frente su aureola inmarcesible, sin que acibarara la emulación y la enemistad el goce de tan legítima gloria. La piedra de

toque en que se había de procurar que se estrellase, fue la de los elementos que en los primeros instantes de su llegada se le ofrecieron para racionar, municionar y vestir su pequeño ejército, por quien él se desvivía, que llegaba á la isla, á su fortificación y defensa, desfallecido de hambre y de cansancio, casi desnudo, con los pies descalzos y doblemente vacías sus mochilas y sus cartucheras, y que, después de asegurada la defensa, se les regateaban estos recursos, entre tanto que la Junta le imponía la condición de que por ella se manejarían los fondos públicos, en lo que la perspicacia de Alburquerque adivinó toda la trascendencia política y económica de semejante concesión. En lo político la Junta de Cádiz disputaba á la Regencia los atributos de su soberanía, y si en este punto tuvo que ceder, fue bajo el influjo del embajador británico, que amenazó que Inglaterra anularía los compromisos que había contraído con España, en virtud del tratado suscrito en Londres, si el Poder representativo de la nación no se concentraba en un Gobierno único y soberano, que administrase y rigiese el país á nombre del monarca cautivo. Respecto á la administración económica, Alburquerque, árbitro entonces de la situación, encontró no menores peligros. En su *Manifiesto* no disfraza sus impresiones. «Por lo que oí á los individuos de la Junta —dice—vine en conocimiento de que aquélla no miraba *tan puramente* por el interés general, como yo había creído.» Y más adelante añade: «Jamás me atrevería á dar tan siniestra interpretación á la conducta de la Junta de Cádiz si no hubiera oído yo mismo, de boca de algunos de sus individuos, las especulaciones más miserables sobre este punto.» Ello es que el ejército estaba desnudo; que había miembro de la Junta que en sus provistos almacenes tenía setecientas piezas de paño, y que no se transferían á la administración militar, esperando á ver si les daban el manejo de los caudales públicos, «para ganar de lo contrario ocho reales en vara». La Regencia, cohibida por la presión de los gaditanos, carecía de resolución para apoyar las firmes resoluciones de Alburquerque. Este ha-

bía conseguido que se le nombrase en el gobierno superior político y militar de la plaza un segundo en D. Andrés López de Sagastizábal, así para poderse él consagrar más asiduamente á la atención del ejército y de la defensa, cuanto para que se trasparentase mejor la rectitud y limpieza de sus operaciones y declinar en él las relaciones políticas con la Junta y con la Regencia. Pero, viendo que algunos individuos de la Junta, decididos, como comerciantes, á sacar de la situación todo el provecho que pudieran para sus intereses privados, luego que agotó los resortes de las negociaciones persuasivas, se vió en la necesidad de levantar el velo de aquellas censurables codicias, y se dirigió al público «para llamar su atención en favor de la causa de la patria».

Aquella fue la tempestad aun enfrente del enemigo. El Obispo de Orense, Saavedra, los Generales Castaño y Escaño y el americano Lardizábal y Uribe, que componían el Consejo de la Regencia, no se consideraban con influjo suficiente para intervenir de una manera victoriosa entre aquel General, á quien Cádiz, la patria entera, debían su salvación, y aquellos señores opulentos que habían hecho en 1808 donativos por valor de 11.342.361 reales, y préstamos por otros 12.000.000. Su ascendiente sobre el pueblo de Cádiz era poderoso, y este pueblo, que sabía cómo se arrastraban por la calle las autoridades contra quienes se enconaba, cómo se reducían otras al silencio, al pánico ó á la fuga, estaba en una continua agitación. Alburquerque, no teniendo fe en ninguno, y creyendo que era indispensable levantar inmediatamente un poder de representación más soberano que el que en Cádiz se arrogaba prerrogativas que no le correspondían y que el que en la isla de León se hacía impotente bajo los recelos del miedo, se pronunció abiertamente, como ya lo había hecho el Marqués de la Romana, por la más perentoria reunión de unas Cortes. Todos los odios se extremaron, y los de la Junta, para azuzar contra el Duque aquel populacho veleidoso en cuyos hombros se había celebrado la exaltación del salvador, le acusaron de que

pretendía erigirse en dictador, casarse con la hermana del Cardenal de la Scala, cuñada del Príncipe de la Paz, apoderarse de los millones que se creía que Inglaterra nos adelantaba como auxilios para la guerra, y evadirse de Cádiz con rumbo á América, para captarse allí una corona en alguna de nuestras posesiones coloniales. Otros le acusaban por su intimidad con los ingleses, imputándole que les había querido entregar la entrada y guarnición de la ciudad, que era lo mismo que entregarles la plaza; y todas estas fábulas, inflamando los ánimos, amenazaban con la repetición de uno de aquellos sangrientos conflictos, que hubiera venido á ser una nueva mancha de honor contra un hombre á quien la patria entera no debía sino profunda admiración y gratitud. Enmedio de este cuadro vergonzoso, la Junta también acometía al Duque de Alburquerque, y tratando de defenderse de los cargos que éste había formulado contra ella, le hería más abiertamente en su honor personal con el epíteto de *embustero*.

La intervención del Ministro británico consiguió hallar un término paliativo para superar, aunque no fuese más que momentáneamente, aquella crisis tan aguda. Aunque en Londres nos representaba el ilustre General de la Armada D. Juan Ruiz de Apodaca, se propuso á Alburquerque para una Embajada extraordinaria que negociara más directamente en la corte de Inglaterra los auxilios que España necesitaba para la prosecución de la guerra y las medidas que había que tomar para frustrar los manejos de los que, valiéndose de las desdichas patrias, habían venido de Venezuela á buscar calor en los Gobiernos de Europa para provocar en América una insurrección general contra la dominación de España. Alburquerque, bajo la oferta solemne de que en Londres recibiría una reparación total de los agravios de la Junta, dejóse vencer por las suplicaciones de todos, y conservando el mando supremo militar de los cuatro reinos de Andalucía y en jefe de su ejército de operaciones, enmedio de las grandes fiestas cívicas con que Cádiz celebró el *Dos de Mayo* de 1810, dió su consentimiento

para aquella comisión temporal diplomática, disponiéndose con toda diligencia su más pronto embarque. Pidió para que le acompañasen, como ayudantes, al Coronel de caballería ligera Conde de Buñol, que, como otros títulos del Reino, servía gratuitamente en diversos cuerpos del ejéroito; al Capitán de Ingenieros D. Ignacio María Ordobas, y al de Infantería D. Esteban Folch, y como secretario, al Comisario de guerra D. Manuel María Guerrero. No se le concedieron, sin embargo, más que dos ayudantes, Buñol y Folch, ambos de opulentas familias valencianas, y por secretario de su Embajada se le designó á D. Manuel Abella, Oficial de la Secretaría de Estado, que desde Enero se hallaba en Londres comisionado para hacer rectificar en los periódicos de aquella capital las especies equivocadas que se vertían contra la alianza y la guerra de España, y para publicar otros artículos en que se describiera nuestra verdadera situación.

El 18 de Mayo desembarcaba en Portsmouth y el 22 llegaba á Londres, alojándose con sus ayudantes en Clarendon-Housse. El mismo día de su llegada recibió la visita del Ministro del Foreign Office, Marqués de Wellesley, que le llevó á comer á su casa, y el 30 era recibido en audiencia particular por el Rey Jorge III. El 3 de Junio fue presentado á la Reina Carlota de Mecklenburgo-Strelitz, y el mismo día al Príncipe de Gales y á sus hermanos los Duques de York, de Clarence, de Kent, de Cumberland, de Sussex y de Cambrigde, con sus respectivas esposas. El mismo honor recibió de las Princesas, hijas del Rey, y del Duque de Glocester, su sobrino. Todos le hablaron de los heroísmos ejemplares de los españoles. El Rey Jorge, además, le dió seguridades de que continuaría sus auxilios en favor de España, y la Reina Carlota le habló con mucho interés de la suerte desgraciada del Rey Fernando y de toda la nación. Toda la alta sociedad de Londres le tributó una acogida tan entusiasta y cariñosa como la que se había dispensado poco antes al Marqués de la Romana, y Apodaca y D. Pedro Ceballos, que como particular se mantenía en

aquella capital, escribían ponderando los obsequios que se le hacían. No obstante, en Londres se creyó que Alburquerque pediría préstamos metálicos, y antes que este caso llegara, el Marqués de Wellesley le significó que, teniendo Inglaterra necesidad de numerario, convendría que en la Península se facilitasen por el Consejo de la Regencia las cantidades que se necesitaran para el mantenimiento de los ejércitos británicos de España y Portugal, las cuales les serían puntualmente retribuídas por el Gobierno de Londres; pero Alburquerque le representó que nuestro Tesoro estaba completamente exhausto y que España acababa de concederle el permiso para extraer diez millones de pesos de Nueva España, cantidad que sólo podía permitirse á un Gobierno tan unido á nuestra justa causa y que la sostenía con tanto empeño. Wellesley se dió por convencido, y sólo ofreció algunas remesas de fusiles y armamento, de que carecían los ejércitos que se formaban en la Península. Sobre lo de las gestiones que hacían las comisiones venezolanas que habían llegado á Londres en demanda de protección y de recursos para sostener y propagar la insurrección en que la provincia de Caracas se había pronunciado, no recibió declaraciones muy esplícitas; pero la suerte también en esto le fue favorable, pues habiéndose dirigido pliegos de Caracas para los Sres. D. Simón Bolívar y D. Isidro Antonio López Méndez, *comisionados del Gobierno de Venezuela cerca de S. M. Británica,* vinieron á sus manos por traer en el sobre una nota que decía: *Del Real servicio de S. M. Fernando VII,* por cuyo contenido pudo informar de plano á la Regencia de la Isla de León sobre el estado real en que se hallaban las negociaciones que nuestros insurgentes de Venezuela hacían cerca de todos los Gabinetes de Europa. No obstante, la ocupación principal de Alburquerque en Londres se circunscribió á la redacción é impresión del *Manifiesto acerca de su conducta con la Junta de Cádiz y arribo del ejército de su cargo á aquella plaza,* y luego que lo tuvo impreso, lo remitió profusamente á España, acompañado de dos representaciones, una á la

Regencia y otra á las Cortes, que al cabo se habían reunido é inaugurado sus sesiones el 24 de Setiembre, y en las que hacía presente: primero, que desde su llegada á Londres no se le había enviado el menor arbitrio para sostener con decencia su representación en aquella corte tan costosa, ni las pagas de sus ayudantes, por lo cual, viendo altamente comprometida la dignidad de su posición, y habiéndose negado la casa Mora y Sotilla, banqueros de la Embajada de España, á facilitarle cantidad alguna, porque en Cádiz las letras *terceras* que giraban no se satisfacían, tuvo que pedir á Ruiz de Apodaca setecientas libras esterlinas para sus empeños y doscientos doblones para el sueldo de sus ayudantes, habiendo tenido además que dar licencia al Conde de Buñol para restituirse á la Península por haber quebrantado su salud el clima de Londres; segundo, que aún no se le había dado la reparación debida á su honor, como se le había ofrecido, en nombre de la Junta de Cádiz, la cual, como en el escrito que había hecho se probaba, se olvidó en su conducta para con él de lo que debía á las tropas con que tuvo el honor de salvar aquella ciudad de la dominación de los invasores, y mucho más de lo que se debía al honor militar del General que las mandaba; y tercero, que su carrera eran las armas, que él estaba resuelto á sacrificar su vida y cien vidas que tuviera en aras de la independencia de su patria, y que, así, pedía se le relevase del cargo diplomático que desempeñaba en Londres, y se le volviese al mando personal de sus soldados y á continuar los peligros y azares de la guerra.

El *Manifiesto* y las representaciones del Duque de Alburquerque cayeron en las Cortes de la Isla de León y en el Consejo de la Regencia de Cádiz como una bomba. Los individuos de la Junta de Cádiz, que habían herido en su honor al que había salvado esta ciudad, y en ella la ciudadela de la resurrección de España, tenían amigos en las Cortes y amigos en la Regencia, donde medraban además algunas disfrazadas emulaciones contra el Duque; pero á pesar de esto, las Cortes,

en su sesión del día 13 de Enero de 1811, á propuesta del diputado Luján, pusieron á la orden del día la felicitación que por su instalación habían recibido de Alburquerque, quien les había renovado su más vivo deseo de sacrificarse por la patria; su *Manifiesto* de vindicación de su conducta; su instancia para que se le reparara en su honor, y la hoja militar de sus servicios. El diputado Luján trazó la historia de las operaciones de su ejército desde que desde las orillas del Guadiana, al entrar los franceses por Sierra Morena, corrió, ó para contenerlos, ó para defender el poder supremo que se hallaba establecido en Sevilla, ó para garantir en Cádiz un pedazo de suelo inmune que sirviera de santuario á la existencia, al Gobierno y á la libertad de España: adujo en su favor que aunque por modestia él en su *Manifiesto* no hubiera expresado que cuando se hallaba cerca de Sevilla recibió órdenes de volver sobre Córdoba, él había sido testigo de que no volvió porque preveía que iba á perder su ejército, y más bien quiso no obedecer la orden que sacrificarlo en vano. Exaltó su resolución feliz al marchar para proteger á Cádiz, y declaró que esta resolución y el denuedo con que la cumplió y sostuvo, fue la salvación de la patria.—«Si existimos—añadía—es por él y su ejército; si vive España, es por él y su ejército; si esta provincia es libre, lo debe al Duque de Alburquerque; y en cuanto á su vida privada, ¿de qué honras no es merecedor el caudillo que para mantener el ejército que mandaba ha vendido su cabaña; que para dar alimento á sus soldados llevó sus vacadas al ejército, y que enajenó todo su peculio para sostener en defensa de la nación aquel ejército que lo miraba como un padre, que lo adora, y que, ausente, clama siempre por él?»—Luján pidió que las Cortes declarasen á él y á su ejército beneméritos de la patria, y que sin demora se le restituyera al mando de sus soldados.

El diputado Terrero prosigue á continuación su noble apología. Describe su ánimo belicoso; su patriotismo acendrado, que en él es una verdadera pasión; pondera su fortuna, que

no le había sido ingrata en los campos de batalla, como si Dios le señalase con el dedo para el mando de nuestros ejércitos, y aunque de semblante fiero, de carácter uraño, de severidad inflexible, subyuga al soldado que él educa, que lo acaricia con su obediencia y lo estimula con su amor. Otro diputado, Garoz, dice que Alburquerque no había cesado en el mando de los distritos militares y del ejército de Andalucía, y Laguna, en un enérgico razonamiento, sostiene que el Duque era el que había salvado la nación.

El Diputado Aner confirma luego que las penosas campañas de Alburquerque en el Tajo y Guadiana, habían excitado siempre la admiración general. «Su calidad, su juventud, su bizarría, animan las esperanzas redentoras que en él tiene depositadas la patria. Su presencia se hace necesaria en el ejército; mas si la declaración de benemérito puede despertar contra él mayores emulaciones que las de que es injusta víctima, que venga y que con su espada demuestre que es digno de todas las recompensas.» Creus no creía que la declaración de benemérito podía suscitar la rivalidad de los ejércitos de Aragón, de Cataluña, de Galicia, sino servirles de estímulo en sus esfuerzos. No obstante esa declaración, ¿sería bastante para que el Duque de Alburquerque se diese por satisfecho en las heridas que la Junta de Cádiz infirió á su honor? La Junta de Cádiz dió un *mentís* á sus denunciaciones, y éste es un ultraje que se debe reparar ante todo. Creus pidió que las Cortes oyeran en la barra á la Junta de Cádiz, y que ésta diese sus descargos; porque de la veracidad y del honor inmaculado del Duque de Alburquerque nadie podía dudar. Suazo volvió de nuevo á los panegíricos del Duque. Recordó, hasta provocar el aplauso, su gloriosa retirada de Mora y Consuegra después de la derrota de Uclés, retirada que mereció los elogios hasta de los mismos franceses, que en ámbito más reducido la comparaban á la de Moreau; recordó la jornada del 20 de Julio, cuando dirigiéndose el Mariscal Víctor hacia Madrid, y estando nuestro cuartel general en Santa Olalla, la vanguardia

mandada por el intrépido Zayas fue cargada por todo el ejército francés. «Alburquerque—dijo el orador—se presentó con su caballería, maniobrando como en una parada. Intentó el enemigo varias veces envolverle. No lo consiguió. Con esto dió lugar á que Cuesta pasase el Alberche y que el ejército tomara posiciones. Pasamos á Talavera, y de resultas se dió aquella batalla de inmortal renombre en nuestra historia, en que, peleando sin tregua dos días consecutivos, rechazamos los 40.000 franceses del Rey José, mandados por los Mariscales Jourdan, Víctor y Sebastiani. Sin el auxilio de Alburquerque hubiéramos sido envueltos, y en lugar de lisonjearnos el honor de la victoria, hubiéramos sufrido la afrenta de un nuevo descalabro. S. M. está en el deber de dar á aquel caudillo las satisfacciones que su honor demanda, y declararle benemérito de la patria.» Gómez Fernández, sin impugnar abiertamente esta proposición, hizo con sus ambigüedades una oposición embozada; pero Esteban se levanta y dice: «La voz pública recomienda los hechos del Duque de Alburquerque; él pide volver á los campos de batalla y la patria lo necesita. ¿Qué recompensa se ha dado á los defensores de Cádiz y de la Isla? España no puede olvidar aquel ejército que, privado de todos los recursos, descalzo, desnudo, acosado de cerca por el enemigo hasta el puente de Suazo, tuvo esfuerzo para superar la larga serie de laboriosas pruebas que se eslabonan desde su entrada en la Isla hasta la batalla de Chiclana. Las Cortes manden que se diga á la Regencia que soldados como Alburquerque no son para esterilizarlos en ocupaciones diplomáticas, sino para combatir al frente de los ejércitos. La nación fía grandes ventajas en el valor y en los talentos militares del Duque de Alberquerque. La nación le reclama y pide su reparación y las recompensas que merece. Déselas Su Majestad.» A Esteban sigue el Barón de Antella: «Yo no conozco — dice — al Duque de Alburquerque, sino por la gloria de sus hechos y por los elogios de la voz popular. Su nombre y sus hazañas llenan toda mi alma, y me hago intérprete de los

deseos de toda la nación, que quiere y pide que se le restituya al ejército.»

Enmedio de esta atmósfera caldeada, Aguirre se levanta y dice: «La Junta de Cádiz contestará al *Manifiesto* del Duque de Alburquerque. El Duque de Alburquerque se ha engañado...» Estas palabras promueven la tempestad. Unos le mandan que calle, otros le apostrofan con injurias, y el orador se sienta rodeado de las manifestaciones más elocuentes de la reprobación general. D. Juan Nicasio Gallego trata de cortar la acritud del asunto, creyendo que la discusión se hacía muy prolongada y que al Poder ejecutivo era al que tocaba resolver la cuestión. Ni sus hábitos, ni la respetabilidad de su nombre coartan las expresiones del desagrado, y como á puja le suceden en el uso de la palabra otros oradores que se esfuerzan en levantar el nombre del héroe sobre todos los abismos de la emulación. Burrull dice: «Represento á Valencia, y en nombre de esta ciudad he de rendir aquí el homenaje de su gratitud al Duque de Alburquerque. Cuando Moncey llegó á sus inmediaciones desde Madrid, Alburquerque le salió al encuentro con la división que mandaba, y Valencia no olvida su heroismo.» Morales de los Ríos dice á continuación: «Represento á Cádiz: Cádiz reconoce al Duque de Alburquerque y á su ejército como su heróico libertador. Permitidme ser aquí el intérprete del agradecimiento profundo de esta ciudad que con su libertad le debe la salvación de la patria.» Pérez, el diputado por Méjico, se levanta después: «Lo que la proposición que se ha hecho pide—dice—me parece muy poco para lo que el Duque de Alburquerque merece. Yo mismo leí en la plaza de la Puebla de los Angeles el *Manifiesto* de la Junta Suprema de Cádiz, en que se encarecía su gloriosa retirada. Si V. M. me lo permite, ofrezco con los demás americanos, mis dignos compañeros, costear una medalla para condecorar con ella á ese General y á ese ejército, á los que se le regatean los premios que merecen.» Grandes aplausos acogen esta proposición, que queda en el momento aceptada. Pero ni

aun así el debate se limita. Pelegrín, Villanueva y Espigá prosiguen con frenesí los elogios del caudillo ausente, y cuando Llamas dijo que para premiar se necesita conocer el valor del mérito que se recompensa, Villanueva protesta enérgicamente de aquellas palabras y dice: «El mérito del Duque de Alburquerque está esculpido en el corazón de cuantos aman la libertad de la patria.» González pide que no se pierda el tiempo, y que puesto que la espada del Duque hacía falta en España, que se concretaran las proposiciones que se habían formulado y se procediera á su aprobación. En efecto, se desecha por vaga la del diputado Luján, y se aprueba otra de Garoz que decía así: «Se declaran al Duque de Alburquerque y su ejército *beneméritos de la Patria* por sus servicios, y principalmente por el de haber cubierto los puntos de la Isla de León y Cádiz, evitando la invasión del enemigo.»

Cuando esta proposición estuvo aprobada, García Herreros lee algunos párrafos del *Manifiesto* del Duque de Alburquerque, y dice que, con el premio ya concedido, el glorioso caudillo aún no se daría por satisfecho, y que á las Cortes tocaba invitar á la Regencia para que la Junta de Cádiz le diese las satisfacciones debidas á los ultrajes que le había inferido. Muchos diputados se adhieren á esta nueva moción; otros la impugnan, y Suazo, para terminar, después de seis horas continuas de sesión, dice que «las expresiones aventuradas que dijo la Junta en descrédito de aquel ejército desaparecerían, después del acuerdo de las Cortes, como la autoridad de dicha Junta había desaparecido á la vista de V. M.» Creus también cree el asunto terminado, y que ni el honor, ni los premios, ni las reparaciones del Duque de Alburquerque, cuyo prestigio estaba tan alto, podían salir de la soberana jurisdicción de las Cortes. Con esto se dió fin á aquella sesión y á aquel debate, cuyos ecos habían de producir efectos tan diversos en la plaza de Cádiz, y en Londres y en Clarendon-Housse. En Cádiz, como el diputado Aguirre había anunciado, los individuos de la Junta se dieron gran prisa á redactar é imprimir una con-

testación al *Manifiesto* que el Duque envió desde Londres, más acre y violenta que la que había producido en aquella situación inexplicable entre un caudillo á quien Cádiz, la patria entera, debían un servicio tan eminente, y una Junta insurrecta que aún regateaba á la Regencia y á las Cortes mismas los títulos de su soberano poder. Los comerciantes de esta Junta, acusados públicamente por Alburquerque de haber querido especular con los intereses de la nación enmedio de la gravedad de las circunstancias por que España, y Cádiz sobre todo, había pasado, no se dieron descanso, á fin de que por el mismo buque que llevase á las costas de Inglaterra los *Decretos* de las Cortes, los de la Regencia, el *Diario de las Sesiones* y las cartas de congratulación al Duque de Alburquerque de todos los poderes y de todos sus amigos, recibiera también los nuevos agravios de aquel puñado inicuo de tenderos, que, con impune atrevimiento, osaba humillar la ingénita arrogancia de aquel hombre tan superior. Esta vil intriga no hubo previsión ó medios de evitar que pudiera desarrollarse en todas sus partes.

Si en realidad en Londres los asuntos diplomáticos no absorbían gran tiempo ni producían grandes cuidados al Duque de Alburquerque, las atenciones incesantes de que era objeto de parte de aquella sociedad aristocrática y militar en cierto modo dulcificaban las exaltaciones con que el extremado celo de su honor dominaba su imaginación. Desde la muerte de la Princesa Amalia, sexta hija del Rey Jorge III, mas primera de las de su larga prole que perdía en los cincuenta años que llevaba de reinado, el anciano monarca se afligió tanto que cayó enfermo, luchando algún tiempo entre la muerte y la vida, lo que impresionó mucho á aquella corte, hasta que renunció sus poderes en su primogénito Jorge IV, Príncipe de Gales, que tomó el título de Príncipe Regente. Pero los esparcimientos que con este motivo perdió en el seno de una sociedad que siempre se ha identificado con las emociones de sus Príncipes, procuraban por otra parte proporcionárselos

Apodaca y Cevallos, con otros muchos españoles de distinción que la guerra de la Península había arrojado á las playas británicas. Las delectaciones con que estos trataban de distraerle no vencían la natural agitación de su impaciencia, hasta que al cabo, con el *Correo de Portsmouth*, en los primeros días de Febrero de 1811 recibió una hinchada balija de cartas y documentos, y entre otros, todo el proceso del decreto de las Cortes con la declaración de benemérito y el decreto de la Regencia, fechado el 27 de Enero en la Isla de León, por el que se le confería el mando y dirección de un ejército de operaciones, el del sexto ejército de la Península, con la Capitanía general del Reino de Galicia, vacante por renuncia del Teniente general D. Nicolás Mahy. En el mismo correo recibía la orden de trasladarse á España terminado el objeto de su Embajada extraordinaria, y se disponía que con él regresasen á la Península, á bordo del *Algeciras*, su secretario D. Manuel Abella, que había de volver á su cargo de Oficial de la primera secretaría de Estado, que desempeñaba D. Eusebio de Bardaxi y Azara, y D. Pedro Cevallos, cuyos talentos la Regencia se disponía á aprovechar en puesto proporcionado á su rango. Alburquerque, en el ansia de volver á España, inmediatamente impetró la audiencia para despedirse de aquella familia real. Mas cuando todo lo disponía para su viaje, un nuevo pliego llegado á sus manos por desconocido conducto volvió á arrebatar su ánimo en agitaciones de cólera y furor al verse otra vez herido en su honra en la contestación de la Junta de Cádiz á su último *Manifiesto*, que de una manera artera se hacía llegar hasta él.

¿Qué pasó, á la lectura de aquel documento, en el ánimo del Duque de Alburquerque? Nadie puede mejor describirlo que el triste testigo de aquella situación y sus trágicas consecuencias, D. Manuel Abella, en la comunicación que con fecha del 19 de Febrero dirigió á su jefe el Ministro de Estado Bardaxi y Azara. Dice así esta comunicación:

«Desde que el Duque de Alburquerque recibió la contesta-

ción de la Junta de Cádiz á su *Manifiesto*, que fue traída por algún pasajero del navío inglés que llegó á Inglaterra á principios de este mes y que la insertó en un periódico de Portsmouth, empezó á ocuparse en rebatir las injurias que contenía y que, según sus continuas explicaciones, no podía disimular sin ser tenido por impostor y enemigo del bien y de la patria. Sobrecogido de esta idea y lleno de ella, se encerró en un cuarto con su amanuense y trabajaba día y noche, sin tomar otro alimento que café, té y algún caldo. Era imposible soportar una vida tan trabajosa y agitada, y aunque algunas personas procuraban disuadirle de su empeño, no se prestaba á semejantes insinuaciones. Había yo merecido al Duque de Alburquerque bastante consideración; pero mi influencia y mis reflexiones fueron inútiles para que se abstuviese de llevar adelante su proyectado trabajo. El día 15 me mandó llamar muy de mañana y conocí por su manera de hablarme, muy ajena de la que había observado hasta entonces, que estaba atacado de delirio. Avisé inmediatamente á un médico que le había asistido en algunas ligeras indisposiciones y al que trataba con amistad. Fuí á hablar al mismo tiempo á una persona á quien el Duque miraba con respeto y afición para que tratara de verle ó escribirle, disuadiéndole de una idea que tanto perjudicaba á su salud. El día 16 vino el médico á casa á las ocho de la mañana, á decirme que el Duque estaba furioso; que era imposible sujetarle, y de consiguiente, necesario avisar al Doctor Simón, profesor muy acreditado para la curación de estas enfermedades.

»Avisóse inmediatamente, y á las doce se juntaron cuatro médicos y declararon al Duque en el desgraciado estado de furioso. Dispusieron que se trasladara á una casa fuera de Londres; que se buscasen dos personas de las que estaban acostumbradas á asistir enfermos de este mal, y que ellas fuesen las únicas que le cuidasen y manejasen. Todo lo hizo el Dr. Simón con indecible presteza y buena voluntad, y el Duque fue trasladado aquella misma tarde á la casa que se le

había buscado. S. A. el Príncipe Regente había señalado el día 19 para la audiencia de la despedida, y siendo imposible cumplir con esta ceremonia, certificaron los médicos de que la salud del Duque no le permitía acudir á la audiencia, y que no podía ocuparse en negocio alguno, ni atender al cuidado de los suyos domésticos. De todo dí cuenta de palabra al Ministro Plenipotenciario de S. M. y le pasé oficio, cuya copia acompaño; y como me dijese que no tenía fondos para acudir á los gastos que era indispensable hacer, escribí á D. José Moreno de Mora, del comercio de esta ciudad y buen amigo del Duque, en los términos que verá V. E. por la copia también adjunta.

»Visitó frecuentemente el Dr. Simón al Duque en su nuevo alojamiento el día 17, y pidió para su mayor satisfacción á otro médico muy famoso en esta corte, el cual acudió á la consulta, y ambos quedaron encargados de la salud del Duque. Dijeron que si tenía fuerzas para resistir los furiosos ataques de los tres ó cuatro días primeros, podrían esperanzar de su curación; pero que estaba muy expuesto á morir en estos días. Ayer 18, continuó con igual furor; pero por la tarde le hallaron algún tanto más sosegado, y aun nos dijeron que dormía, cosa nueva y muy útil, á lo que todos creíamos. Pero á las once de la noche observaron los asistentes y criados del Duque que le faltaban los espíritus, y que todos los síntomas anunciaban su próxima muerte. Vino un criado corriendo á avisar al Ministro Plenipotenciario de S. M. Me avisó á mí al mismo tiempo. Acudió aquel con el Sr. D. Pedro Cevallos y un capellán español. Acudí yo igualmente. Pero como la distancia de la casa del Duque á la nuestra es de cerca de una hora, cuando llegamos fue tarde. Un aparente sueño acabó con su vida, digna de mayor suerte. En sus delirios era General del ejército; animaba sus tropas para el combate; estaba en continua lucha, y ¡hería y mataba á Napoleón! Jamás se le oyó una expresión que denigrase á nadie, ni manifestara cólera ó resentimiento.....»

Todo lo demás sobra para estos apuntes. El Marqués Wellesley y el Subsecretario del *Foreing Office* se asociaron al duelo de Apodaca y Cevallos, viniendo en persona á contemplar el cadáver del malogrado héroe, y el *Times* le consagró honores inusitados. Las Cortes de Cádiz volvieron á oir los fúnebres panegíricos del valor y del honor, y España perdió, enmedio de la crisis de sangre y fuego por que pasaba, uno de sus caudillos más ilustres. ¡El honor causó su muerte, y la envidia fue su asesino! De sus verdugos de la Junta de Cádiz, la Historia desdeña conocer los nombres.

NICOLÁS PÉREZ MERINO.

CRÓNICA LITERARIA

Varios folletos elocuentes.—Balance del siglo xix, por D. Juan Pérez de Guzmán.—Tres ensayos, por D. Miguel de Unamuno.—La Vida nueva.—Ariel, por D. José Enrique Rodó.

Los aficionados á visitar puestos de libros viejos, habrán tropezado muchas veces en sus peregrinaciones de rebusca con un mediano volumen titulado *Varios libros elocuentes*. Él me ha sugerido el título de esta crónica, título que tengo por tanto ó más verdadero que el del libro en cuestión, pues los folletos de que voy á hablar son de cierto elocuentes cada uno en su género, y la cortedad de su extensión hace resaltar más lo sugestivo de su contenido, facilitando el que la atención pueda abarcarlo de una ojeada, y presentando más limpias del fárrago de los escritos dilatados y difusos, las líneas de cada objeto y la expresión de cada materia.

Voy, pues, á tratar de diferentes folletos publicados recientemente, y que merecen más atención que muchos libros voluminosos.

Uno de ellos es el de D. Juan Pérez de Guzmán: *Balance del siglo XIX,* compuesto de varios artículos que salieron á luz en el periódico *La Epoca,* y del cual folleto se ha hecho una corta tirada de 100 ejemplares, circunstancia (aparte de su mérito) que hace de él una curiosidad bibliográfica.

Los lectores de La España Moderna conocen lo suficiente

el castizo estilo y la sólida y variada erudición histórica y literaria del señor Pérez de Guzmán, para que yo necesite esforzarme en hacer resaltar estas cualidades, al hablar del referido folleto. Del interés que su asunto ofrece basta con enunciar el título, para que sin trabajo se comprenda.

El siglo XIX, su carácter, sus bienes y sus males, los adelantos que han conseguido en él las sociedades humanas, las orientaciones sociales que en él se han perdido ó han quedado obsurecidas y olvidadas, las ventajas y desventajas que el curso de la civilización ha producido en este período, vienen siendo tema muy discutido, por lo general con ligereza y apasionamiento. No han advertido muchos que el desarrollo de los sucesos humanos no se sujeta á estas divisiones cronológicas, ni se distribuye con regularidad en ellas, puesto que no son tales divisiones, al cabo, más que límites artificiales establecidos por los hombres para entenderse con más facilidad y dar ilación al curso de la historia.

Hay mucho de ilusión subjetiva en esto de considerar un siglo como un período histórico, como una fase completa de la vida social; pero la costumbre, que es una segunda naturaleza, ha dado tanta fuerza á esa representación especial que nos formamos de dichas divisiones del tiempo, que en cada siglo descubrimos un conjunto de caracteres y rasgos que le dan una como fisonomía particular. El único fundamento real que puede tener esto es que, siendo un siglo período suficientemente largo, dado nuestro horizonte histórico y la duración de la vida humana, han de haber ocurrido en él cambios sociales y hechos dignos de memoria. Mas fácilmente se advierte que estas mudanzas y sucesos sólo por rara casualidad se amoldan á los límites de una centuria, siendo lo común que se enlacen y continúen sin consideración á la barrera ideal que establecemos entre cada período de cien años. El siglo XIX, por ejemplo, si se le considera como el siglo de las revoluciones, *de la emancipación de los pueblos*, debería empezar á contarse lo más tarde desde 1789: Si lo miramos desde el punto de vis-

ta del desarrollo de la industria y de las invenciones mecánicas, habría que fijar su comienzo en la fecha de la invención de las máquinas de vapor, etc., etc.

Con todo, el historiador puede proponerse hacer la historia de un siglo como la de cualquier otro lapso de tiempo, y aun son convenientes estas recapitulaciones de un período, no tan largo que se dificulte la visión precisa de los pormenores de lo acaecido en él, ni tan breve que su contenido resulte demasiado parcial y fragmentario, y sea sólo como una escena suelta de la tragicomedia humana, que apenas da idea del argumento al espectador.

Ahora que finaliza ó ha finalizado (según algunos) el siglo, es el momento más oportuno, el *de mayor actualidad,* para estos estudios y estos juicios. Se han publicado ya varios y seguramente se publicarán muchos más. De generalidades sobre el siglo, pintándole los unos como un portento de los tiempos, como una edad de oro, como el *siglo*, en fin, *de las luces*, cual si hasta ahora la humanidad hubiese vivido en las tinieblas; representándole los otros como un período de rara corrupción y relajamiento moral, dorado por fuera con el esplendor de los adelantos materiales: de estas generalidades, repito, todo lo que había que decir y más, se ha dicho. Queda, no obstante, por hacer la parte más seria de la labor histórica, el inventario razonado de los bienes y los males del siglo. Y de este estudio son parte y antecedente los datos de la historia particular de cada nación.

Un compendio de esta tarea, en lo referente á España, es el folleto del Sr. Pérez de Guzmán. Con la brevedad propia de los trabajos periodísticos, pero resumiendo en corto espacio gran copia de datos, nos presenta el autor los principales aspectos de nuestra vida pública en este siglo. Los títulos de los cinco artículos que forman tan interesante opúsculo bastan para indicar su contenido. Son estos: *Lo que era España en 1800 y lo que es en 1900; Los Reyes y las instituciones nacionales de 1800 á 1900; Las guerras y las revoluciones; La*

riqueza, la economía y la deuda; La cultura, la educación y el trabajo.

No para uno, sino para varios libros daría asunto suficiente y sobrado este cuadro de materias, sobre las cuales dice el señor Pérez de Guzmán, en estilo muy literario, mucho más de lo que á primera vista parece, que pudiera contenerse en uu breve folleto de 80 páginas en 12.°

Revela este opúsculo muchas y muy variadas lecturas históricas; pero, á mi parecer, el punto de vista en que se coloca el distinguido escritor del folleto es el del publicista político, antes que el del historiador, que á sí mismo se impone la contemplación objetiva de los hechos. El Sr. Pérez de Guzmán, que es uno de nuestros mejores periodistas políticos, aunque la fortuna haya sido poco generosa con él en estas lides de la vida pública, donde vemos de continuo elevarse á tantas medianías que apenas llegan á lo mediano, no se coloca en la posición de espectador y mero narrador de los hechos. Aspira á llevar al ánimo de sus lectores la impresión amarga de nuestra caída, y á despertar en ellos el deseo y la esperanza de nuestro renacimiento. Bajo este aspecto, pertenece el folleto á la *literatura de la regeneración* nacida al golpe de nuestras desdichas, aunque su objeto sea muy distinto del de los infalibles programas, ya pesados y enojosos, que para transformarnos de pies á cabeza salen á luz todos los días.

Por esta tendencia de su escrito, acaso se muestra demasiadamente optimista el Sr. Pérez de Guzmán al apreciar la situación de España al final del siglo XVIII. Con todo, hay que convenir con el erudito escritor en que la Balanza del siglo XIX arroja un resultado muy desfavorable para nosotros. Muy discretamente lo ha dicho también D. Juan Valera en la reciente solemidad académica celebrada en honor de Goya, Moratín, Meléndez Valdés y Donoso Cortés, con motivo de la traslación de sus cenizas.

De los bienes y los males del siglo muchos han sido comunes á los pueblos civilizados, mas otros bienes y males han

afectado particularmente á esta ó la otra nación, y de los beneficios y perjuicios generales no todas han participado con igual intensidad ni en la misma proporción. A nosotros nos cogió el siglo ya en decadencia, pero todavía éramos un factor en el concierto europeo; nuestros inmensos dominios coloniales apenas cedían en importancia á los de Inglaterra y eran superiores á los de las demás naciones de Europa; nos separaba de éstas menor distancia en cultura y en riqueza que al presente; nuestra representación en el mundo era, en suma, mucho mayor. El siglo XVIII, dígase lo que se quiera, había sido un período favorable para España. Pasado nuestro esplendor del siglo XVI, tras el cual vino la decadencia gradual que nos lleva al momento crítico de fines del reinado de Carlos II, la Casa de Borbón nos *europeizó* de nuevo, usando de la palabra que ha puesto en circulación el Sr. Costa. Aunque los tiempos de Carlos IV no eran ya los de Carlos III, quedaba en pie todavía mucha parte de aquella positiva campaña de regeneración. Pero en el siglo XIX nos hemos ido quedando atrás poco á poco, y á su fin nos hallamos pobres, atrasados, disminuídos de categoría entre las naciones y despojados de los últimos restos de nuestro imperio colonial. Es cierto que de algunos males del siglo nos ha cabido menor parte que á otros pueblos, como de la corrupción de costumbres, del desarrollo del socialismo, etc.; pero en la distribución de sus beneficios nuestra participación ha sido mezquina, y casi siempre tardía. Así que, aun habiendo progresado en muchas cosas, nuestra situación *relativa* es, en efecto, peor que fue en el pasado siglo, porque nos separa mayor distancia de las grandes naciones europeas, que han progresado más y más deprisa. En tiempos de competencia incesante, de *strugle for life* despiadada como siempre, pero acelerada y continua como nunca, nos encontramos rezagados y débiles. Por otra parte, el carácter de la civilización contemporánea ha hecho desmerecer muchas de las cualidades que poseemos: la sobriedad, el valor individual, la viveza de imaginación, la conformidad y el sufrimiento, y

en cambio ha aumentado el valor de otras que nos faltan ó de que estamos peor dotados, como el espíritu de iniciativa industrial y mercantil, la constancia en el trabajo y el estudio, los hábitos de economía, de orden y *vida jurídica,* el genio reflexivo y la tendencia á la asociación libre.

El Sr. Pérez de Guzmán termina su folleto con palabras de esperanza. Cree que con los progresos de la educación y la aplicación á las ciencias positivas podremos remediar nuestros males. Lo más hondo y grave del problema está en esto: nuestra decadencia, ¿es decrepitud irremediable? ¿O es sólo enflaquecimiento pasajero debido á tantas guerras, tantas revoluciones y tantos trastornos en que hemos disipado nuestra riqueza y fomentado todos los malos instintos que son secuela del imperio de la violencia y del desorden? Como regla de conducta, debemos creer que son remediables nuestros males, ó mejor dicho, debemos obrar como si lo creyéramos. Por eso hace bien el ilustrado autor de la *Balanza del siglo XIX* en terminar su escrito con palabras de aliento y de esperanza.

*
* *

D. Miguel de Unamuno, el sabio Catedrático de la Universidad salmantina, nos muestra de nuevo en los *Tres Ensayos* que acaba de dar á la estampa, la profundidad de su espíritu filosófico y su originalidad como pensador y como literato. No quiero decir con esto que no haya antecedentes de lo que Unamuno dice en sus *Ensayos.* ¿De que no los hay? *Nihil novum sub sole.....* Pero si, genéricamente, la luz del sol no alumbra cada día nada nuevo, específicamente, el espectáculo que sus rayos iluminan es nuevo á cada aurora. La representación de cada objeto ofrece puntos de vista inagotables. No hay cosa por vulgar, por escudriñada que parezca, que no sea capaz de presentarse bajo un aspecto nuevo ante la mirada de un espíritu original. Y Unamuno no piensa *con autores,* sino por cuenta propia.

De los tres ensayos que contiene el folleto del Sr. Unamuno, *¡Adentro!, La ideocracia, La fe,* el primero es el himno de la vida interior, de la emancipación verdadera del espíritu, que debe buscar en sí, *adentro,* y no fuera, al universo. Es un hermoso ideal este que traza Unamuno, de vivir uno su propia vida dejando correr su espontánea vena, sin sujetarla á cauces trazados de antemano. Ideal eminentemente aristocrático y raro, pues serán siempre muy contados los hombres que conscientemente lo profesen y practiquen y que estén dispuestos á hacer por su independencia interior, por el desarrollo pleno de su personalidad, los sacrificios y esfuerzos que comúnmente se hacen por los señuelos externos, por los bienes y las glorias del mundo, por la abnegación hacia alguna causa.

«El hombre de hoy—dice Unamuno—no es el de ayer ni el de mañana, y así como cambias, deja que cambie el ideal que de ti propio te forjes..... Avanza, pues, en las honduras de tu espíritu, y descubrirás cada día nuevos horizontes, tierras vírgenes, ríos de inmaculada pureza, cielos antes no vistos, estrellas nuevas y nuevas constelaciones..... No encadenes tu fondo eterno, que en el tiempo se desenvuelve, á fugitivos reflejos de él..... Querer fijarse de antemano la vía, redúcese, en rigor, á hacerse esclavo de la que nos señalen los demás; porque eso de ser hombre de meta y propósitos fijos, no es más que ser como los demás nos imaginan, sujetar nuestra realidad á su apariencia en las ajenas mentes..... No sigas, pues, los senderos que á cordel trazaron ellos; ve haciéndote el tuyo á campo traviesa, con tus propios pies, pisando sus sementeras, si es preciso..... No te creas más ni menos ni igual que otro cualquiera, que no somos los hombres cantidades. Cada cual es único é insustituíble..... No quieras influir en eso que llaman la marcha de la cultura, ni en el ambiente social, ni en tu pueblo, ni en tu época, y mucho menos en el progreso de las ideas que andan solas.....»

No es preciso prolongar las citas para que se aprecie el carácter y el pensamiento de este ensayo. Es indudable que á

muchos parecerá su doctrina ajena á toda realidad, por ser tan notorio que la inmensa mayoría de los hombres, lejos de proponerse, ni concebir acaso, ese ideal de vida independiente, *autónoma,* vive sujeta á lo *de fuera,* sigue los caminos ya trazados y atempera en todo su conducta, no al impulso íntimo de su sér—al carácter, como manifestación individual de la voluntad, según la doctrina de Schopenhauer,—sino á los dictados de la opinión social. ¡Hay tan pocas vocaciones verdaderas! Así como el individuo, en general, trabaja para la especie sin saberlo, el hombre trabaja también para la sociedad, que es la forma de organización de su especie, convertido en ruedecilla del colosal mecanismo por el concurso de causas que desde la cuna le acomoda á los usos establecidos, le sugiere las ambiciones de las recompensas sociales y le empuja por los senderos habituales. La moral de Unamuno en este ensayo es una moral aristocrática; moral de *almas solitarias,* es decir, de almas que se bastan á sí mismas y que en sí mismas llevan el mundo; pero, con todo, no presenta el carácter de soberbia, de misantropía y de sequedad inhumana, que hace poco simpáticas las doctrinas análogas de Nietzche.

Unamuno proclama una moral anarquista en el fondo (en el sentido filosófico de la palabra, no en el político é histórico que le han dado modernamente las luchas sociales), pero de un anarquismo dulce y humano. «En amarnos y no en entendernos—dice—estriba la verdadera vida.»

Los *Ensayos,* reunidos en el folleto de que vengo tratando, se relacionan íntimamente entre sí. El segundo, *La ideocracia,* es, en cierto modo, una prolongación del pensamiento del primero. El autor combate la tiranía de las ideas. «Vivir todas las ideas para con ellas enriquecerme yo, en cuanto idea, es á lo que aspiro..... Quiero ser su dueño, no su esclavo..... El que calienta las ideas en el fondo de su corazón, es quien de veras se las hace propias..... Son vehículo, nada más que vehículo de espíritu; son átomos que sólo por el movimiento y ritmo que transmiten sirven..... Entre los derechos íntimos que

tenemos que conquistar... no es el menos precioso el inalienable derecho á contradecirme, á ser cada día nuevo, sin dejar por ello de ser el mismo siempre..... No son nuestras doctrinas el origen y fuente de nuestra conducta, sino la explicación que de ésta nos damos á nosotros mismos y damos á los demás..... Las ideas, externas á nosotros, son como atmósfera social, por que se transmiten calor y luz espirituales; en ellas se refleja la del sol del espíritu, sin que por sí iluminen: hay que mantener aérea esa atmósfera, para poder en ella y de ella respirar..... Es la inteligencia para la vida; de la vida y para ella nació, y no la vida de la inteligencia.....»

El pensamiento de Unamuno viene aquí á coincidir con el de Schopenhauer; la impugnación de la ideocracia es una de las formas de expresión del carácter subalterno y secundario de la representación respecto de la voluntad. Desde el punto de vista, principalmente psicológico, de estos *Ensayos,* la protesta contra la tiranía de las ideas es el aspecto subjetivo de la cuestión. Pero mirada objetivamente, varía por completo. La idea *hecha,* que puede suponer una servidumbre espiritual para la inteligencia superior que se halla en continua elaboración de ideas, es para la generalidad, para la masa vulgar de los hombres, el medio de comunión y de ingreso en la vida del pensamiento. Y aun en la vida práctica, las ideas, aparte de su utilidad propia como signos y fórmulas del conocimiento directo de las cosas, tienen ese otro gran valor de ser como banderas espirituales. Son símbolos vivos que han movido y mueven á las muchedumbres, siendo para ellas fuente de pensamiento, de afectos y de acción.

El tercer *Ensayo* versa sobre la fe. Su lema, es una frase de Ibsen en *Brand:* «La vida y la fe han de fundirse.» Esa fusión de la fe y la vida, ese sentido de la fe como creación en vez de creencia, de la fe como «conciencia de la vida en nuestro espíritu», es el aspecto que estudia y expresa Unamuno en este *Ensayo.*

Más que crítica he procurado hacer exposición. La crítica,

tratándose de escritos cuyo punto de vista es el que Unamuno adopta en sus Ensayos, tiene escasa aplicación y acaso ninguna utilidad. Por lo que toca á la forma literaria, el rasgo que me parece más digno de notarse en estos opúsculos del autor de *Paz en la guerra,* es la facilidad, la docilidad podía decirse, con que el lenguaje refleja el pensamiento, lo cual es signo de la espontaneidad de éste y revela también las facultades artísticas del autor.

***

Otro folleto muy notable: *Ariel,* por D. José Enrique Rodó, catedrático de literatura de la Universidad de Montevideo y uno de los pensadores y de los escritores más distinguidos de la América española. Este precioso opúsculo forma parte de una serie de folletos titulada *La vida nueva,* de la cual van publicados tres. El primero comprende dos estudios: *El que vendrá* y *La novela nueva.* En aquél expresa el Sr. Rodó, en términos muy poéticos, la esperanza mesiánica de un futuro revelador de la buena nueva literaria, que está por venir, y que vendrá algún día á restablecer la armonía, la fe y el entusiasmo perdidos hoy en la confusión moral y estética que domina sobre las ruinas de las antiguas escuelas. A mi parecer este estudio hay que tomarlo en sentido simbólico, pues cada día se hacen más difíciles los profetas, los reveladores y los jefes de escuela capaces de ejercer universal influencia. La complejidad creciente de la vida, hace necesarias acciones colectivas, cooperaciones de muchos, donde antes bastaba sólo el genial empuje de una individualidad sobresaliente.

El otro estudio, *La novela nueva,* tiende á hacer resaltar el carácter comprensivo de la novela moderna, reflejo de esa misma complejidad de la vida contemporánea á que acabo de aludir.

El segundo folleto es un excelente estudio crítico de Ruben Darío y de su libro *Prosas profanas,* estudio en el cual

pone de relieve el Sr. Rodó su delicado gusto, su claro juicio y su conocimiento de las letras contemporáneas.

El tercero es el que lleva por título *Ariel*. El genio familiar de Próspero, aparece aquí como número inspirador de la juventud americana. El Ariel del Sr. Rodó tiene á mi parecer más próximo parentesco con el Ariel del *Caliban* y *L'Eau de Juvence* de Renan, que con el Ariel primitivo, el *airy Spirit* de *Tempest*.

En forma de plática familiar, de discurso de despedida que dirige un maestro á sus discípulos al separarse de ellos, terminadas las tareas de las aulas, expone el señor Rodó su concepción del ideal que debe proponerse la juventud americana, desenvolviendo en noble y elevado estilo doctrinas estéticas, morales y políticas de gran actualidad.

Es este uno de los escritos más elocuentes que ha producido la inspiración literaria en la América moderna, y en él se advierte una madurez de pensamiento, un equilibrio estético y un espíritu de continuidad con la tradición literaria y la tradición filosófica europeas, que pocas veces hallamos en los escritores del Nuevo Mundo.

Comienza el señor Rodó recomendando á la juventud la fe en el porvenir. «¿No nos será lícito á lo menos—dice—soñar con la aparición de generaciones humanas que devuelvan á la vida un sentido ideal, un grande entusiasmo, en las que sea un poder el sentimiento, en las que una vigorosa resurrección de las energías de la voluntad ahuyente con heroico clamor, del fondo de las almas, todas las cobardías morales que se nutren á los pechos de la decepción y de la duda?»... «La fe en el porvenir, la confianza en la eficacia del esfuerzo humano son el antecedente necesario de toda acción enérgica y de todo propósito fecundo.»

Expone después el autor de *Ariel* los peligros que trae el espíritu de especialización en las civilizaciones adelantadas, en las cuales es necesario recordar, como lo hizo Guyau y lo hace el escritor uruguayo, que «hay una profesión universal:

la *de hombre*». «Dentro de la diferenciación progresiva de caracteres, de aptitudes, de méritos, que es la ineludible consecuencia del progreso...., — escribe el Sr. Rodó — cabe salvar una razonable participación de todos en ciertas ideas y sentimientos fundamentales que mantengan la unidad y el concierto de la vida..... «Yo os ruego que os defendáis en la milicia de la vida, contra la mutilación de vuestro espíritu por la tiranía de un objetivo único é interesado.»

Otro de los puntos que trata excelentemente el señor Rodó es el de la influeacia del arte como elemento de educación humana, lamentando el desdén de los espíritus vulgares, que consideran como una vana superfluidad las manifestaciones artísticas. «Nunca la criatura se adherirá de más segura manera al cumplimiento del deber que cuando, además de sentirle como una imposición, le sienta estéticamente como una armonía... La virtud es también un género de arte, un arte divino... A medida que la humanidad avance, se concebirá más claramente la ley moral como una estética de la conducta.» En el curso de esta doctrina ruskiniana hace el autor de *Ariel* observaciones sagaces y formula juicios muy atinados sobre las relaciones entre la moral y la estética.

También el problema de la democracia, considerada por tantos pensadores como un obstáculo para la elevación intelectual y estética de las sociedades modernas, como un régimen de mediocridad dotado de virtudes y preocupaciones burguesas, ocupa la atención del Sr. Rodó. A la democracia histórica opone una democracia ideal que no excluya la superioridad de las mejores. Pero esta democracia, en que no imperaría el *demos,* sino para elegir voluntariamente guías y conductores que enderezasen sus pasos por senderos de perfección, es probablemente una hermosa utopia, en contradicción hasta ahora con la Historia y con las experiencias de lo presente. Con todo, hay que elogiar al Sr. Rodó cuando combate la inhumana y satánica concepción del superhombre nietzcheano. Mientras no se descubre una fórmula que equilibre la

influencia de las diversas capacidades en el gobierno de los pueblos, ó mientras los progresos de la libertad individual no reduzcan á función más secundaria de las sociedades, la función política que hoy absorbe tanta parte de su vida, la democracia puede ser un mal menor, cuyos inconvenientes irán atenuándose algún tanto á medida que crezca la difusión de la cultura.

En un libro dedicado á la juventud americana, el llamado *americanismo,* la tendencia y el carácter de la civilización especial de la República anglosajona del Nuevo Mundo, era cuestión que no podía omitirse. El Sr. Rodó ve un peligro para los pueblos de la América latina en la atracción que ejerce la prosperidad material del coloso yankee. Pero no incurre el discreto é ilustrado profesor de Montevideo en la vulgaridad, que á nosotros nos ha sido tan funesta en fecha no lejana, de menospreciar las cualidades positivas de la República sajona, considerándola como un pueblo de mercachifles, atento sólo al lucro inmediato y desprovisto de virtudes morales. Parécele una especie de *snobismo* político «la imitación de cuanto hacen los preponderantes y los fuertes»; quiere que la América latina haga honor á la herencia de su raza, á su tradición étnica, pero reconoce la grandeza ruda de la civilización norteamericana, su sólido optimismo, «la escuela de voluntad y de trabajo» que han sabido crear los descendientes de los puritanos, según la frase de Philarete Chasles.

Esta imparcialidad le autoriza para hacer una crítica severa y razonada del utilitarismo yankee y le lleva después á comprender y explicar cómo en la armonía de la Historia este exceso de materialidad y positivismo no será perdido para los fines del progreso humano. «La alza del positivismo norteamericano — dice — servirá á la causa de Ariel en último término. Lo que aquel pueblo de cíclopes ha conquistado directamente para el bienestar material con su sentido de lo útil y su admirable aptitud de la invención mecánica, lo convertirán otros pueblos ó el mismo en lo futuro, en eficaces instrumen-

tos de selección. Así, la más preciosa y fundamental de las adquisiciones del espíritu—el alfabeto que da alas de inmortalidad á la palabra—nace en el seno de las factorías cananeas y es el hallazgo de una civilización mercantil que, al utilizarlo con fines exclusivamente mercenarios, ignoraba que el genio de razas superiores lo transfiguraría convirtiéndole en el medio de propagar su más pura esencia.»

Comprende perfectamente el señor Rodó que la iniciación de los pueblos jóvenes de América en los refinamientos superiores de la cultura, es obra del tiempo. Pero las generaciones nuevas deben trabajar por el advenimiento de ese porvenir. «La obra mejor—escribe—es la que se realiza sin las impaciencias del éxito inmediato, y el más glorioso esfuerzo es el que pone la esperanza más allá del horizonte visible.» Estas bellas palabras resumen el final del folleto y compendian en cierto modo su intención y su espíritu.

E. Gómez de Baquero.

REVISTA HISPANOAMERICANA

SUMARIO: — Las últimas fiestas argentinas en favor de España. — La plaza de España.—Serenata monstruo.—*El Himno Nacional* y el *Himno de la reconciliación.* — Exposición Hispanoargentina en Buenos Aires.—Los problemas hispanoamericanos.—La conquista pacífica en Méjico.—Los canales interoceánicos, y la anexión de las cinco Repúblicas del Centro á los Estados Unidos.—Las perturbaciones de los Estados suramericanos y el ferrocarril interpolar. — Necesidad de la unión.—La fórmula de la unión.

Aún no se ha apagado en la América del Sur el eco de las simpatías hacia España, despertadas por la presencia del crucero *Río de la Plata* en las aguas del Pacífico, después de su visita á las capitales argentina y uruguaya, y por el paso de los marinos argentinos por Barcelona, Madrid y Cartagena. El programa de las fiestas celebradas en Buenos Aires, no ha concluido hasta el mismo día 24 de Mayo, en que en Madrid escribimos estas líneas. Puede afirmarse, que después del decreto presidencial limitando el *Himno Nacional Argentino* á sus dos primeras estrofas, y de los banquetes que en la revista anterior reseñamos, los dos sucesos más interesantes en la continuada explosión de estas fiestas, han sido: el acto oficial y solemne de bautizar la *Plaza de Inválidos* de la populosa capital del Plata con el nombre de *Plaza de España,* y la serenata monstruo que las sociedades españolas de toda la República, han dado al Presidente general Roca, en la noche del 24

de Mayo, coincidiendo con las fiestas *mayas* que anualmente se celebran en aquella ciudad.

La colocación de las placas denominativas de la nueva *Plaza de España,* fue de una solemnidad tan ostensible, que los más acreditados periódicos locales dicen que sobre todo, el momento en que se embanderó la plaza con banderas españolas y argentinas al son de la majestuosa *Marcha Real,* tocada por las bandas unidas del 2.°, 8.° y 10.° de línea, la de la marinería y la de la policía, «no se había presenciado hasta ahora jamás en fiestas análogas celebradas en nuestro país.» La fiesta fue ofrecida al Ministro de España Sr. Arellano y Arróspide, y á la colectividad española, por el Intendente Municipal del pueblo de Buenos Aires, y *La Nación,* órgano del general Mitre, *El País,* órgano del Sr. Pellegrini, y *La Tribuua*, órgano del Presidente general Roca, dicen concordes que «sellará para siempre los lazos de la confraternidad entre españoles y argentinos.» En la solemnidad á que nos referimos, hay una nota que no puede echarse al olvido. Al concluir la ceremonia oficial y después de los discursos consiguientes, el Intendente Municipal dió un estrecho abrazo al Ministro de España, entre las delirantes aclamaciones y aplausos de la multitud; el Secretario de la Intendencia leyó una carta del Dr. Vicente Fidel López, excusando su presencia por padecer una molesta indisposición, y adhiriéndose con todas sus patrióticas simpatías á aquel acto. La importancia de esta adhesión estriba, en que el Dr. López es el autor del *Himno Argentino* mutilado por el decreto Presidencial con el unánime asentimiento de la opinión.

La fiesta del 24 de Mayo ha sido la retribución de la colectividad española de toda la República Argentina, á la supresión de las estrofas hostiles á España del *Himno Nacional,* y á las manifestaciones del pueblo argentino en pro de la consolidación perpetua de los vínculos de confraternidad que han de unir para siempre la joven República con su antigua metrópoli. El acuerdo tomado para esta última festividad se li-

mitaba: 1.° á la concurrencia de todas las sociedades españolas establecidas en todo el territorio de la federación, con sus orquestas, bandas musicales y coros, para cantar en la noche del día mencionado, ante las puertas de la residencia presidencial de Buenos Aires *(Casa Rosada)*, primero, el *Himno Nacional Argentino,* como ha quedado oficialmente establecido después del decreto del Gobierno del general Roca; segundo, un nuevo *Himno* llamado *de la confraternidad,* cuyas estrofas ha escrito el joven poeta argentino D. Manuel López Weigel, y cuya música es obra del maestro español D. Felix Ortíz y San Pelayo, residente en Buenos Aires. Esta festividad había de ser ofrecida al Presidente de la República, en un discurso pronunciado por el *Presidente de la Asocioción Española* de la capital, doctor D. Gonzalo de Segovia. En este acto solemne se había de tributar además al mismo ilustre Jefe del Poder ejecutivo un *Albun conmemorativo* por el mayor número de personas de toda condición social, de las que constituyen la colonia española en todos los Estados de la federación, y en cuya cubierta, en una placa de oro grabada por un artista argentino, campearía una expresiva dedicatoria. La demostración festiva se ha llevado, en efecto, á ejecución hace siete días, habiendo concurrido á ella con sus orfeones, rondallas, orquestas y orquestillas, bandas y masas corales, las sociedades siguientes: *Asociación Patriótica Española; La Banya*; *Centre Catalá; Centro Gallego de Barracas del Sur*; *Centro Méndez Núñez; Centro Navarro; Centro Orfeón Asturiano; Círculo Hispanoamericano*; *Círculo Valenciano; Coral Catalunya; Laurak Bat*; *Montepío Monserrat; Orfeón Español; Orfeón Gallego; Orfeón Gallego Primitivo; Socorros Mutuos de Barracas; Socorros Mutuos de Buenos Aires; Submarino Peral; Unión Española de mozos y cocineros; Veloz Club Español,* y los directores, redacciones y bandas de los periódicos *Correo Español, Correo de España y Eco de Galicia.*

A la cabeza de la columna, é inmediatamente detrás de la Comisión organizadora, presidida por la Junta directiva de

la *Asociación Patrióttca,* marchaban en compactas hileras las delegaciones de las provincias. En esta monstruosa demostración de las masas de los españoles, se agregaron multitud de individuos del país y de otras colectividades de las que más simpatizan en la República Argentina con los españoles. Por último, como complemento de estas fiestas, y para que los sentimientos que en ellas se han desbordado tengan un fin práctico que prolongue más el aliciente del interés, se ha proyectado celebrar en Buenos Aires una Exposición general de productos españoles, á la que confluya la mayor parte de las instalaciones que se han construido para la Exposición Universal de París que se está verificando, y para cuya realización en el acto se suscribieron más de doscientos mil duros de capital, nombrándose á la vez las Juntas organizadoras de programa y ejecutivas. El pensamiento de esta Exposición abarca, no sólo los productos de la naturaleza y la industria, sino todas las esferas del saber y del arte; para lo que se introducirá en el programa, como elemento importantísimo de atracción y de estudio, la reproducción de escenas locales de aquel y este hemisferio, dentro de las razas aborígenes y la que fue colonizadora, cuadros de costumbres y otros objetos vivos de la etnografía de los dos pueblos hermanos.

Aunque no en esta intensidad de demostraciones y entusiasmos, el crucero *Río de la Plata,* después de haber hecho la navegación del Magallanes por los canales de Smitt y empleado en ella diez días desde Punta Arenas á Talcahuano, soportando dos fuertes temporales que pusieron á prueba sus condiciones marineras, y permaneciendo en Talcahuano otros quince días para repostarse de carbón de Cardiff, que le fue ofrecido galantemente por el gobierno de Chile, desde esta última población ha venido siendo objeto de una serie de obsequios dispensados á su tripulación, así por las autoridades locales, como por las colectividades españolas allí residentes, que los periódicos de Concepción, Santiago y Valparaíso menudamente describen, y por lo que se demuestra que los sen-

timientos fraternales de mutua atracción en todas partes de América, son tan poderosos y espontáneos, que á poco esfuerzo de intención y de perseverancia podría abrirnos recíprocos horizontes de una amistad y comunicación indestructibles. El primer banquete ofrecido á nuestros marinos al penetrar en las aguas del Pacífico, fue el que les dió el Intendente de la provincia de Talcahuano, en el que por parte de los que dispensaron y por parte de los que recibieron el obsequioso agasajo, se ostentó la gallardía y distinción de raza que tan potentemente reacciona en América, en expresiones de entusiasmo y afecto hacia la que fue madre civilizadora de tantos pueblos ilustres. Esos obsequios no han cesado un momento durante la navegación que el *Río de la Plata,* con la tripulación de que es jefe el Sr. Mac-Mahón, lleva hecha por los nuevos Estados de aquel mar, cuyos lejanos límites fueron descubiertos al mundo por nuestra intrépida exploración. ¡Ójala que estos sentimientos aquí se trataran de hacer más sólidos y eficaces, con pensamientos que hicieran frecuente el cambio de comunicaciones y de intereses de aquellos pueblos con el nuestro! Fuertes son los lazos que crea el amor de la patria ausente, que tal vez no se ha de volver á ver más. Pero el más vulgar sentido político nos empuja á otras empresas de condición más permanente que las expansiones que se exaltan con lo que les lleva en nombre de la patria un día solo de presencia y de recuerdo. En Chile y en el Perú, como en la Argentina y en el Uruguay, el entusiasmo de la visita del *Río de la Plata* se irá desvaneciendo con el tiempo y el olvido. Aprovechemos las circunstancias con iniciativas prácticas. ¿Mas se estudian, por ventura? ¿Ha nacido aquí ni un solo proyecto en situación tan favorable? Tal vez para el *Congreso hispanoamericano* del próximo mes de Noviembre se reserven todos los proyectos y todas las iniciativas prácticas; pero, entretanto, séanos lícito desconfiar. A estas horas ¿se sabe por nadie qué delegaciones enviará la Argentina y el Uruguay, Chile y el Perú? ¿Se sabe qué ilustres personalidades de aquellos países

vendrán á prestar el concurso de sus talentos al éxito de la prometida Asamblea? ¿Se sabe qué problemas, ya de interés moral, ya de interés material, serán sometidos á acuerdos concordes de unión y de perseverancia?

***

No será porque no falten cuestiones trascendentales, así en el orden moral como en el de nuestros intereses recíprocos materiales. En el orden moral, la muchedumbre de problemas generales de raza que están sobre el tapete no tiene número. En el orden material, ¡cuanto es necesario hacer para buscar los términos y establecer la base de armonía sobre que se pueden constituír determinaciones útiles y eficaces! Echando la mirada por el vasto campo de las jóvenes nacionalidades hispanoamericanas, siempre, en toda ocasión, en todo momento, en toda actualidad, esos problemas están planteados en formas que inquietan. Sería un error gravísimo querer desfigurar la realidad alarmante de las cosas, con los encomios de algunos esfuerzos aislados y de algunas iniciativas particulares, que siendo muy dignas de alabanza, porque marcan la dirección del camino por donde con unánimes voluntades se podría aspirar á la meta suspirada en los avances del progreso y en la conservación de la personalidad y la independencia de toda la raza de nuestro origen, no son suficientes para contrarrestar las poderosas sugestiones con que, desde otros lados, se deslumbra á aquellas vírgenes sociedades con perspectivas de engrandecimientos que entrañan la inevitable pendiente de la sumisión hasta la absorción.

Méjico es la primera en reconocer la inutilidad de los esfuerzos que hace, con éxitos á la vista, para conquistar en todas las esferas de acción de una nacionalidad independiente la merecida graduación que ya le corresponde en la escala de los pueblos civilizados y civilizadores. Todos los adelantos humanos encuentran inmediatamente en la República que pre-

side el General Porfirio Díaz calurosa naturalización, segunda naturaleza. Pero en las empresas que en Méjico se promueven se hace imposible evitar la máxima participación que se atribuye el espíritu emprendedor, el espíritu astuto y el oro norteamericano. Estos intereses que de fuera vienen á pretexto de fomentar los intereses de Méjico, jamás renuncian á los intereresses ulteriormente políticos del país de donde proceden. Perpetuamente permanecen extranjeros en el país donde se asientan, amparados de las inmunidades de su bandera, sosteniendo con ella el principio de la absorción pacífica á que tienden y haciendo preponderar sus caracteres distintivos de raza sobre los originales de la nación que admite su residencia, su explotación y su influjo. Esa invasión mañosa de intereses que algún día pueden colocarse en completo antagonismo con los intereses nacionales del país que admite su residencia, y crear los conflictos que pongan en peligro su propia seguridad, ya empieza á notarse por los hombres observadores de Méjico, y la nación comienza á tener conciencia de la perspectiva ominosa que se le prepara. Ya hay en Méjicó periódicos mejicanos que escriben: «Entre las manifestaciones de la conquista pacífica por el yankee para apoderarse de Méjico, cuenta la pretensión de acostumbrar al comercio y á la industria á anunciar los giros, las mercancias en venta, los productos manufacturados, las compañias que forma y las empresas que acomete, en su idioma inglés. El yankee que abre una tabla de carne de res ó de puerco, una tienda de vinos ó de antigüedades, ó funda una compañía bancaria, minera, ferrocarrilera, de explotación de terrenos, etc., anuncia en inglés su título ó razón social, en los periódicos, en todas partes. La conquista hecha por las armas, si más rápida y desde luego dominadora, no es ni más ni menos efectiva que la que emplea medios que conduzcan á modificar los sentimientos del pueblo que invade, á hacerle aceptar sus costumbres y á unir al invadido con el invasor por el lazo poderoso de los intereses. El imperialismo yankee sueña con anexionarse á Méjico, y para

ello trata de ir borrando, con maña y poco á poco, las fronteras mejicanas y en hacer de las razas hispanoamericanas esclavas de las razas anglo-sajonas, mientras no cuente medios suficientes para destruirlas. Méjico no da á los Estados Unidos, desde que hace más de cincuenta años nos arrebataron una tercera parte de nuestro territorio, pretexto de ninguna clase para que nos invadan, aunque diversas ocasiones ellos lo han buscado con todo ahinco; pero á semejanza de los zapadores que despejan el camino para el avance del fuerte del ejército, el capital de la Unión Americana se derrama sin cesar en Méjico, cruza su territorio de vías férreas, establece fábricas y empresas de explotación lucrativas, se interesa en la propiedad del suelo que produce, se va apoderando de todo el comercio por menor y marítimo, solicita de continuo privilegios que subordinan los intereses nacionales á los intereses yankees, y poco á poco Méjico va quedando cautiva de los intereses extranjeros que el día del menor trastorno ó de la menor oposición pueden dar origen á reclamaciones que lleven por secuela la inminencia de una intervención. Entre tanto la invasión pacífica crece sin que tienda jamás á compenetrarse con nosotros. El colono yankee llega acompañado de su mujer para no verse en la necesidad de formar familia con la mujer mexicana, y la mujer norteamericana que viene sola á Méjico no busca compañero sino en los de su propia nacionalidad. Si tienen hijos, ni los educan ni los emplean entre nosotros, de quienes no toman ni aun el idioma, sino que de niños los envían á educar en su país, donde cuidan de que se establezcan, permaneciendo perpetuamente extranjeros de la nación á donde vienen á hinchar sus fortunas. Y aun en el círculo que entre nosotros mismos forman, intentan imponer las costumbres de su patria, sin acomodarse en nada á las nuestras, ni constituir sociedad, ni trabar amistades sino con los de su raza. La producción de los Estados Unidos inunda nuestro mercado sin proporcionar la baratura en precios para hacerlos preferir á los que antes recibíamos de Europa, sino por la imposición

de la proximidad, la inundación de sus productos y la exclusión á que obligan á todas las banderas, pudiéndose decir que en las leyes de nuestro comercio se han arrogado y ejercen en nuestros propios puertos mayor imperio que la nación soberana á cuyos derechos debieran someterse. Los modales, las diversiones, los espectáculos, los juegos, los ejercicios físicos y los hábitos que no están de acuerdo con nuestro carácter nacional ni con nuestros antecedentes étnicos y de herencia, trabajan con tesón por que se adopten y se vulgaricen sin examen y sin placer, por quienes ignoran lo que vale la personalidad que se caracteriza por las prendas y los sentimientos tradicionales de raza y de nacionalidad, y que se derivan de las energías que han constituído el cuerpo libre é independiente de una nación. Es preciso abrir los ojos ante esta amenaza insensible y ante esta invasión que se va apoderando de nosotros y enervando nuestras cualidades distintivas de raza y de pueblo libre é independiente. Es preciso que, ante las previsiones de un porvenir que se nos presenta preñado de peligros, nos apresuremos á levantar murallas de defensas propias para resistir desde un principio las fuerzas de la sagacidad que emplean los yankees, que cada día en mayor número afluyen á nuestro territorio, en el que, aunque lo explotan con grandes beneficios, permanecen siempre como extranjeros, y que, sin embargo, tratan de llevarnos insensiblemente por un camino funesto, á cuyo término y en no largo plazo está visiblemente la pérdida de nuestras costumbres particulares, de nuestros sentimientos de raza y de nuestra libre nacionalidad.»

*
* *

Si en Méjico, periódicos inspirados en el más puro patriotriotismo, como *El Universal, El Tiempo* y otros, hablan ya este lenguaje de visible azoramiento ante los problemas obscuros que en toda América se levantan á los destinos de nues-

tra raza, ¿qué habrá que decir de lo que sucede en el Centro, tomando pie en la cuestión de los caminos interoceánicos? Si el tratado John Hay-Pauncefote del 5 de Febrero último, que ha anulado, en todas sus bases fundamenlales de salvaguardia y garantía, el tratado Clayton-Bulwer de 19 de Abril de 1850, daba ya motivo bastante para meter en un puño el ánimo de las pequeñas é indefensas nacionalidades del Centro América, ¿qué efecto deberá de haber producido en ellas el espíritu del proyecto del canal de Nicaragua que el 5 de Mayo último habrá sido aprobado por la Cámara de los Representantes de Washington? El Presidente de los Estados Unidos ha sido autorizado por este proyecto para adquirir de las Repúblicas de Costa Rica y de Nicaragua, á las que ya en ese documento sólo se llama *Estados,* como si formaran ó estuvieran próximas á formar parte de la gran federación, el dominio de una parte de su propio territorio para excavar en él, construir y proteger un canal de profundidad y condiciones suficientes para la navegación de los barcos de mayor tonelaje y calado que en la actualidad se usan, debiéndose extender este canal desde un punto situado cerca de San Juan del Norte (Greytown) en el mar Caribe, vía lago de Nicaragua, á Brito en el Océano Pacífico. La anchura de esta faja de terreno no será menor de cinco millas en el interior, y tres en las costas; y cuando se haya obtenido el pleno dominio para los Estados Unidos sobre el territorio á que se ha hecho referencia, la Secretaría *de la Guerra* del Gobierno norteamericano procederá á los trabajos de excavación, construcción del canal y vía acuática por la ruta y en la forma mencionadas, con todas las exclusas y demás aparatos necesarios para el tránsito de los buques, más puertos cómodos y seguros á las extremidades de dicho canal, y aquellas *obras de defensa* que se consideren necesarias en el Estado Mayor militar de la gran República del Norte, para la seguridad y protección del canal y sus puertos.

El tratado Hay-Pauncefote, al que, según las declaraciones que oficiosamente han hecho por medio de los periódicos

de carácter internacional todas las potencias de Europa, se adherirán los Gobiernos todos de los dos mundos, sin exceptuar el de Francia, que desmayadamente quiso sostener un principio de protesta reclamando la necesidad del control internacional sobre el canal interoceánico, parece que asegura, dejando subsistente el artículo 8.° del tratado Clayton-Bulwer en toda su integridad (1), la absoluta certidumbre de que el canal de Nicaragua, aun siendo propiedad exclusiva de los Estados Unidos, será en toda ocasión un camino comercial y en ninguno una vía estratégica; mas desde el momento en que el Gobierno de Washington ha rehusado atender las indicaciones de Inglaterra que ha pretendido cooperar á los gastos de las obras, compartiendo la igualdad de derechos entre las dos naciones, se ha obstinado en que así su apertura como los capitales que en ella se inviertan sean exclusivamente norteamericanos y ha resuelto á toda costa hacer suya también exclusivamente la ancha faja del territorio que atraviese, exigida á los Gobiernos soberanos de Nicaragua y Costa Rica, deja anulado por su base de hecho y de derecho el sostén del equilibrio en el istmo centroamericano, y hasta la garantía de que la independencia de aquellos territorios, no menoscabada por las exigencias ó las imposiciones de un poseedor extraño y poderoso, no abriría resquicio por donde se pudiera ver comprometida así la personalidad y la independencia de los dos Estados á quienes se obliga al sacrificio de su integridad territorial, sino las demás Repúblicas vecinas, cuya autonomía peligra

(1) La Prensa española no ha publicado hasta aquí ni el texto del tratado Hay-Pauncefote, ni el artículo subsistente del tratado Clayton-Bulwer. He aquí uno y otro documentos:

«Su Majestad la Reina del Reino Unido de Gran Bretaña é Irlanda, Emperatriz de la India, y los Estados Unidos de América, deseosos de facilitar la construcción de un canal marítimo que una los Océanos Atlántico y Pacífico, y de remover á ese fin toda objeción que puede surgir de la convención de 19 de Abril de 1850, comúnmente llamada Tratado Clayton-Bulwer, á la construcción de dicho canal, bajo los auspicios del Go-

por la solidaridad de los intereses de toda la región prolongada y casi aislada que se sitúa entre los dos grandes continentes de América. ¿Qué mucho, por lo tanto, que después de haberse hablado de resistencias á la cesión do estos dominios,

---

bierno de los Estados Unidos, sin debilitar el principio general de neutralización establecido en el art. 8.° de aquella convención, han nombrado para ese objeto por sus plenipotenciarios:

El Presidente de los Estados Unidos, á John Hay, Secretario de Estado de los Estados Unidos, y S. M. la Reina de la Gran Bretaña é Irlanda, Emperatriz de la India, al muy H. Lord Pauncefote, G. C. B., G. C. M. G , Embajador extraordinario y Plenipotenciario de S. M. en los Estados Unidos; los cuales, habiéndose comunicado sus respectivos plenos poderes, que se hallaron estar en debida y propia forma, han convenido en los artículos siguientes:

Artículo 1.° Queda convenido que el canal puede ser construído bajo los auspicios de los Estados Unidos, ó directamente á su propia costa, ó por donación ó empréstito de dinero á individuos ó corporación, ó por medio de suscripción ó compra de títulos ó acciones; y que, con sujeción á las disposiciones de la presente convención, el dicho Gobierno tendrá y gozará de los derechos incidentes á dicha construcción, igualmente que el exclusivo derecho de proveer á la regulación y manejo del canal.

Art. 2.° Las altas partes contratantes, deseando conservar y mantener «el principio general de neutralización», establecido en el art. 8.° de la convención Clayton-Bulwer, adoptaron, como bases de dicha neutralización, las siguientes reglas, substancialmente como se encuentran en la convención entre la Gran Bretaña y ciertas otras potencias, firmada en Constantinopla el 29 de Octubre de 1888, para la libre navegación del Canal marítimo de Suez, á saber:

1.° El Canal estará libre y abierto, en tiempo de guerra como en tiempo de paz, á buques de comercio y de guerra de todas las naciones, en términos de completa igualdad, de modo que no habrá diferencia contra ninguna nación ó sus ciudadanos ó súbditos, respecto de las condiciones ó gravámenes de tráfico ó de otra especie.

2.° El Canal jamás será bloqueado, ni se ejercerá ningún derecho de guerra, ni se cometerá ningún acto de hostilidad dentro de él.

3.° Los buques de guerra de un beligerante no repondrán sus provisiones ni tomarán otras en el Canal, excepto en cuanto sea estrictamente necesario, y el tránsito de dichos buques por el Canal será efectuado con la menor dilación posible, de acuerdo con las disposiciones en vigor, y

después de haberse amenazado con la usurpación y la ocupación violenta, después de haberse echado á volar la especie de que los Gobiernos de Nicaragua y Costa Rica al fin deferían y prestaban su asentimiento *á arrendar* á los Estados Unidos,

---

únicamente con la intermisión que resulte de las necesidades del servicio. Las presas quedarán, en todos respectos, sujetas á las mismas reglas que los buques de guerra de los beligerantes.

4.° Ningún beligerante embarcará ni desembarcará tropas, municiones de guerra ó materiales de guerra en el Canal, excepto en casos de impedimento accidental del tránsito, y en tal caso, se resumirá el tránsito con todo el despacho posible.

5.° Las disposiciones de este artículo se aplicarán en las aguas adyacentes dentro de tres millas marítimas de uno ú otro extremo. Buques de guerra de un beligerante no permanecerán en esas aguas más de veinticuatro horas en cualquier tiempo, excepto en caso de avería, y en ese caso, partirán tan luego como sea posible; pero un buque de guerra de un beligerante no partirá dentro de las veinticuatro horas de la partida de un buque de guerra del otro beligerante.

6.° Los útiles (the plant), establecimientos, edificios y todas las obras necesarias para la construcción, mantenimiento y operación del Canal, se considerarán parte de él para los fines de esta convención, y en tiempo de guerra como en tiempo de paz, gozarán de completa inmunidad de ataque ó daño por parte de los beligerantes y de actos calculados para perjudicar su utilidad como parte del Canal.

7.° No se erigirán ningunas fortificaciones que dominen el Canal ó aguas adyacentes. Los Estados Unidos, sin embargo, quedarán en libertad de mantener, á lo largo del Canal, la policía militar que sea necesaria para protegerlo contra actos ilegales y desórdenes.

Art. 3.° Las altas partes contratantes, en cuanto se verifique el canje de ratificaciones de esta convención, lo pondrán en conocimiento de las otras potencias y las invitarán á adherirse á ella.

Art. 4.° La presente convención será ratificada por el Presidente de los Estados Unidos, mediante el parecer y consentimiento del Senado, y por Su Majestad Británica; y las ratificaciones serán canjeadas en Washington ó en Londres, dentro de seis meses de la fecha, ó antes si fuere posible.

En fe de lo cual, los respectivos plenipotenciarios han firmado esta convención y puesto en ella sus sellos.

Hecha por duplicado en Washington A. D. 5 de Febrero de 1900.—*John Hay.—Pauncefote.*»

por un plazo de dos siglos, el territorio necesario para la excavación, después de haber ponderado la excelente disposición de los Presidentes de las dos Repúblicas, y aun los de las Repúblicas hermanas y limítrofes como el Doctor Zaldívar, del Salvador, á prestarse á la cesión que se les reclame y á cuya pretensión obliga ya la proposición votada el 5 del pasado Mayo en la Cámara de representantes de Washington al Presidente de los Estados Unidos, de súbito el telégrafo de los dos mundos haya anunciado los trabajos que con grandes esperanzas de éxito se llevan á cabo en la América central para incorporar totalmente los cinco Estados que la constituyen á la gran federación del Norte, á cuyos trabajos contribuían después de una reunión numerosísima celebrada en Nueva Orleans hombres políticos de la mayor importancia de Guatemala, el Salvador, Honduras, Nicaragua y Costa Rica ,que ya han sido en sus patrias respectivas Presidentes de República, Ministros, Generales, representantes de sus Asambleas y otras notabilidades?

La cuestión es que la tenacidad de los Estados Unidos en sostener las ideas que conciben; la perseverante acción con que persiguen su realización; la suma de medios ya sagaces, ya coercitivos, de que disponen y emplean, y la imposibilidad absoluta de la resistencia entre sociedades nacientes, enanas, discordes, indefensas y el Hércules del Norte, dotado de las fuerzas colosales de su cohesión, de su prosperidad y de su audacia, amilana á los que no han tenido previsión para ver de lejos los peligros, y si los han vislumbrado, nada han hecho para conjurarlos, enfrascados y enervados en las luchas sin nombre de sus rivalidades intestinas; que estas rivalidades, manejadas desde invisibles reductos por el sagaz gigante, han mantenido esas sociedades en el grado de impotencia moral y material en que vegetan, y que así como de trámite en trámite se ha ido descendiendo desde la primera actitud de resistencia á todo conato de intentar contra la integridad de sus dominios territoriales á las declaraciones de los Zelayas, de

los Zaldívar, de los Regalado, que ya anuncian hasta con júbilo que sus países respectivos ven con más simpatía la dominación del Canal en proyecto por los Estados Unidos, que la protección que pudiera dispensarles ninguna potencia de Europa; del mismo modo, cuando en la esfera de las negociaciones oficiales y de las vías de hecho se plantee el problema en perspectiva de la anexión y de la absorción, y sobre todo, después que el Poder ejecutivo de la gran República del Norte se vea compelido á proceder en obediencia de lo que dicten el Senado y la Cámara representativa, cuyo voto anexionista desde ahora debe ser esperado, primero se pretextará la resistencia, después se pedirán condiciones, y, al cabo, la absorción se verificará, sin que la protesten más que aquel número insignificante de hombres que en toda causa humana antes se proscriben voluntariamente hasta de su hogar y de sus intereses, que transigir con la injusticia.

*
* *

Como las promesas deslumbradoras de los canales interoceánicos, que todavía no se hallan en vías de ejecución material, á pesar de tantos estudios técnicos, de tantos cálculos económicos, de tantas comisioness de la Cámaras, de tantas disputas de la prensa, de tantos Tratados de la diplomacia y de tantas negociaciones de Gabinete, son todos esos grandiosos proyectos con que de continuo los Estados Unidos aturden la incauta fe é inflaman la fácil admiración de sus pobres y jóvenes hermanas latinas las Repúblicas del Sur. El canal interoceánico del itsmo aún no se halla sino en proyecto; pero la cuestión formal que á su sombra está planteada, es la de la próxima desaparición de los Estados latinos en que se halla dividida la América Central, para que vayan á ser engullidos en las deformes fauces del monstruo yankee. Toda la América de nuestra sangre se halla persuadida de esta irresistible conclusión del gran problema. ¿Pero escarmientan por ello? ¿Po-

nen algo de su parte para prevenir, para atajar sobre sus propias cabezas igual peligro? Colombia perece en desoladoras convulsiones revolucionarias; Venezuela, que está muy lejos de tener asegurada la paz de su propia casa, ayuda á los agitadores de su hermana y vecina; de la amenazada Nicaragua, salen contra la antigua capital de la gran Colombia las expediciones armadas, que van á dar pretexto para que en Washington suene la palabra *intervención;* Alfaro, que tiene en entredicho las islas Galápagos, y que estaría siempre muy lejos de ser una excepción en el naufragio común, permite que las fronteras del Ecuador sean el refugio de los revolucionarios criminales colombianos, á quienes colocan fuera de las leyes de toda simpatía los horrorosos delitos, los repugnantes actos salvajes que llevan cometidos en los seis meses que hace tienen convertida su pobre patria en un lago de sangre y en teatro de horror; y allá, en la parte austral, donde parecía haber sentado su trono salvador la prudencia, la vigilancia, la precaución y el patriotismo, las resoluciones encaminadas á estrechar los vínculos de la unión y de la cordialidad se relajan, las rencillas de vecindad se vivifican y crean esa mansa inquietud política, económica, social, en que viven, sin excepción, el Brasil y las Repúblicas del Paraguay y de la Plata, y las asentadas detrás de la cordillera en las riberas Pacíficas y en las cumbres de los Andes, paralizando el movimiento progresivo de sus mejoras interiores, debilitando sus fuerzas de resistencia y de defensa y abandonando á las debilidades de exigidas complacencias los medios reconstructivos de aquel poder con que aun apenas hace dos años llamaban sobre sí la atención del universo.

Ya están extenuadas, si no rotas, las patrióticas reconciliaciones de Punta Arenas. La retribución de la visita del general Roca á Río Janeiro, se dilata siempre en específicas excusas. Chile y el Perú vuelven á atizar sus antiguos odios, y entre las dos hermanas limítrofes las relaciones diplomáticas por la cuestión de Tacna y Arica lleva por el camino inevitable

de nuevas complicaciones. Bolivia insiste en su pretensión de obtener un puerto á donde hacer bajar de sus altas cumbres los riquísimos frutos de su suelo á las aguas del Pacífico, mientras en las fronteras brasileñas el problema de la usurpadora República de Acre la pone en la pendiente de conflictos en los que aún ignora, si, herida por la espalda, los sindicatos norteamericanos monopolizadores de sus preciosas gomas, le pondrán al cuello los proyectiles de dinamita en la lejana República de la Unión del Norte. Pero ¿quién desconfía quién no responde á sus mimosos llamamientos, quién no se rinde pasmado á las promesas grandiosas de su fecunda invención?

Detrás de los proyectos de los canales interoceánicos, que todavía no existen sino en los fracasos de Panamá y en los planes de Mac-Kinley, aparece otro proyecto de interés universal americano aún más gigante: *el ferrocarril interpolar*. ¡Ahí no es nada! Un ferrocarril que, partiendo de Nueva York, una esta ciudad mercantil con Buenos Aires, y cuando la Patagonia se una con Chile en el Sur y con el Canadá al Norte, un ferrocarril que tendrá sus dos extremidades en los hielos polares del Sur y del Norte. ¡Ahí es nada! ¡2.094 millas de camino férreo en los Estados Unidos; 1.614 en Méjico; 169 en Guatemala; 220 en San Salvador; 71 en Honduras; 205 en Nicaragua; 360 en Costa Rica; 1.365 en Colombia; 668 en el Ecuador; 1.785 en el Perú; 587 en Bolivia; 1.050 en la Argentina! ¡Digo! ¡Un trayecto de 10.221 millas de ferrocarril panamericano! ¡La absorción universal por los Estados Unidos de todos los productos comerciales de América entera! ¿No es esto para perecer de admiración? ¡Atrás, Europa! ¡Todo, todo americano y todo sometido á una nueva é inmensa confederación, la confederación de los Estados Unidos del Norte! ¡Así como así, una especie de Imperio ó de República Universal en América, como el Imperio Universal que jamás pudieron realizar en el viejo mundo, después de Roma, ni el Pontificado, ni el Imperio Apostólico, ni la Monarquía de Carlos V y de Felipe II, ni la Monarquía de Luis XIV, ni el Imperio de Napoleón, ni

el Imperio de lord Beasconfield! ¡Qué grandeza de pensamiento! ¡No hay más allá! ¡Sobre todo si ese Imperio ó República universal panamericana lleva el signo de la raza sajona y piensa y habla en inglés!

*
* *

Aunque los pueblos hispanoamericanos no puedan resistir el deslumbre de tanta fascinación, justo es que, abatiendo un poco las alas de lo que les seduce, observen con calma en torno de sí, analicen la realidad de lo que sucede, y se dispongan á óptimas prevenciones. Méjico se alarma enmedio de la normalidad y de los progresos que alcanza en su vida civil; el Centro siente el collar que le aprieta la garganta; Colombia, Venezuela y el Ecuador, se miran desoladas por sus perturbaciones políticas, sin que tengan el valor de denunciar la mano alevosa y oculta que las mueve, aunque la vean; entre el abrazo de Chile y la Argentina se puso la astucia de Buchanam; entre los brazos de la Argentina y el Brasil se colocan gérmenes de descomposición; al Perú se le excita contra Chile; á Bolivia se le amenaza con acabar de desgarrarla en las afluencias del Amazonas. ¡Hay que pensar en sí mismos! ¡Hay que que ver claro y pronto! ¡Hay que dictar la fórmula de la unión!

Nosotros, que deseamos dar en Madrid el abrazo más estrecho á todos nuestros hermanos de América, ¿podremos halagar la idea de que esa fórmula surja en Madrid?

Iob.

REVISTA DE REVISTAS

SUMARIO.—Literatura: Siluetas contemporáneas: Gabriel de Annunzio.—Siluetas parisienses: José María de Heredia.—El asedio del crítico.—Los clichés de estilo.=Psiquiatria: Los hombres de genio.—Historia política: El imperialismo inglés.=Enciclopedia: En la linde de dos siglos.=Política internacional: Brunetière, Deschanel, Francia y el Vaticanismo.=Impresiones y notas: Las tendencias actuales de la literatura italiana.—La Exposición de París y sus atractivos.—El amoniaco en los incendios.—El papel como abrigo.—Cómo encuentran las hormigas su camino.—La censura en Rusia.—Una leyenda sobre la peste.—El periodismo en Europa.—La evolución histórica del carácter de Ulises.

LITERATURA

Siluetas contemporáneas: Gabriel de Annunzio.—En las novelas de Annunzio—dice Zadig en la *Revue Bleue*—apenas hay más que una cosa prodigiosamente provocativa, y es la personalidad misma del escritor. Se dice que no hay gente más vacía que la que está llena de sí misma; no hay seguramente novelas más vacías que las de Annunzio, porque sólo están llenas de su autor.

Un cómico no tiene personalidad; Annunzio tampoco tiene personalidad literaria. Desde su juventud ha recorrido todas las literaturas, tratando de imitar á alguien para ser original, no habiendo nadie que haya sufrido más influencias que él, resumiendo en sus obras, como arlequín literario, á todos los escritores contemporáneos, entregándose á las más contrádictorias imitaciones y adornándose con todos los colores de moda. Transporta dinamarqueses y belgas, ingleses, alemanes y hasta rumanos, á fin de parecer el más ingenioso de los no-

velistas italianos, y Bourget, Tolstoi, Peladan, Nietzsche y Ruskin se encuentran y se reconocen en sus libros. Y así es Annunzio psicólogo, ó moralista, ó pesimista, ó jocoso, ó naturalista, ó idealista. Sólo carece de sinceridad.

No es, sin duda, despreciable aptitud la de poderse asimilar ó copiar tantos escritores tan diferentes. Pero ¿qué prueba, sino que Annunzio no tiene concepción personal de la vida, ni conocimiento particular de los hombres? Entonces, ¿por qué escribe? ¿Juzga necesarias sus elaboraciones novelescas, que revelan la más absoluta abdicación intelectual y moral? ¿Y cómo tras semejante humildad se muestra en seguida tan vanidoso?

Después de haber imitado á los escritores de todas las latitudes, Annunzio se imita á sí mismo, no viendo ya á nadie en el Universo, y estudiando en sí mismo la última maravilla descubierta. ¡Y con qué procedimientos! Annunzio es apto para todo, menos para novelista: es poeta como nadie, y más artista que poeta, no siendo dudoso que es pintor, y siendo magníficamente orador. Todo cuanto escribe es lírico, á menos de que sea épico; en todo caso, su lirismo es épico cuando le conviene, y siempre fácilmente sublime; y por añadidura es dramático en sus novelas; pero en cambio en sus tragedias ¡perdonad, si todavía bostezo como han bostezado en Francia todos los espíritus distinguidos, aunque algunos pretendieran bostezar de admiración!

Se ve que Annunzio es hombre de genio; y, sin embargo, no ha inventado nada, prolongando y exagerando un antiguo error. Escribe novelas que apenas son narraciones, sino sensaciones, impresiones, descripciones, pinturas ó disertaciones, novelas de aficionados á las letras ó á las artes, pero no novelas de novelista.

Y Annunzio escribe novelas de amor, porque ha amado mucho y le han amado mucho, sin que se oculte de decirlo; todo lo contrario; lo dice y lo pregona: amó y fue amado, ama y le aman, y si por casualidad ocurriera que se cansara de

amar, no podría ocurrir que se cansaran de amarle. Y su amor se despliega en epítetos, porque el nuevo D. Juan es demasiado charlatán para ser activo, y no hace nada, ni siquiera chiquillos, siendo sus transportes esencialmente verbales y verbosos, sensualidad redundante y prolija, de la que el verdadero D. Juan si viese al Stellio Effrena de *Il Fuoco* se reiría. Cuando el joven poeta Stellio Effrena, que es además un novelista genial, un genial ateneista y un dramaturgo genial, ama á la antigua trágica Foscarina, es evidente que la naturaleza misma no podría permanecer indiferente, y Annunzio asocia entonces la naturaleza al amor.

Existe entre los sentimientos y el barómetro poética armonía, y el amor mismo es higrométrico, porque el amor de los días de lluvia no se parece al de los días de sol. Y se explaya bajo la irradiante limpidez del cielo italiano y resplandece en su azul... ¡y adelante el sol, y las estrellas, y la luna, y los canales, y las lagunas, y las góndolas, y en las góndolas los gondoleros, y el amor, y la belleza, y los antiguos cuadros que se ven en los antiguos museos de los antiguos palacios, y el arte, y el amor, y la belleza, y la Umbría y la Toscana, y Pisa sobre todo, y sobre todo Florencia y Venecia la bella, y patatín, patatán!... Y es admirable que Annunzio gaste tantas facultades poéticas, artísticas, amorosas y otras, para llevarnos á la conclusión de que las góndolas son barcos. ¡Y cuánto amor en estas novelas de amor! ¡Cuántas palabras y cuántas frases!

Las mujeres son las que nos han impuesto á este verboso transalpino. La sociedad aristocrática, en su presuntuosa ignorancia de cosmopolitas sin discernimiento, iguala al que siembra ideas con el que arroja palabras al viento, á un Annunzio con un Tolstoi. Los salones no son hoy más que Hoteles de Ventas de las glorias literarias, y sin mesura en sus entusiasmos hicieron insolente y mortificante el triunfo de Annunzio, triunfo efímero por otra parte, pues Annunzio fue reemplazado en seguida en el favor de las que forman el gusto

francés, y ya se ha olvidado el nombre del moldo-válaco que le sucedió.

***

Siluetas parisienses: José María de Heredia.—Aunque estemos bien convencidos—dice Zadig—de que las formas políticas son en la vida de un pueblo mucho más importantes que las formas poéticas, nos choca más una modificación en la forma de los versos que en la forma de Gobierno. La poesía irregular es prosa avergonzada de sí misma. Es mucho más seductora nuestra poesía tradicional, y por eso nos encanta la armonía lentamente elaborada de los versos de Heredia.

Heredia posee, ante todo, una imaginación prodigiosa que se alimenta del espectáculo de todas las edades, de la mitología y de la historia, y que al mismo tiempo se empapa en la filosofía. Verdad es que Heredia sorprende, sobre todo, el aspecto exterior de las cosas; pero ¿no es eso lo que los hombres y hasta los poetas pueden conocer con exactitud? Toda la labor de Heredia es como un resumen de la historia legendaria ó verídica del mundo, y en la vida universal apenas hay más que una fuerza natural cuyos efectos omita decir este poeta filósofo: el amor; y en verdad que debe agradecérsele este olvido.

Heredia tiene sorprendente gusto por las ideas claras y los espectáculos sencillos, y como sólo lo que puede resumirse es preciso y bien determinado, por eso Heredia no abandona nunca la forma del soneto. Es mucho más difícil no poner nada en un soneto que en un largo poema, y la proligidad es mucho más temible y funesta en un soneto que en cualquiera otra forma; ambos vicios literarios son ignorados por Heredia, y en ninguna parte se encuentra más plena brevedad que en sus obras: poesía sonora y coloreada, vigorosa y regular, en que las palabras traducen exactamente las cosas, y cuya armonía, interior y exterior á la vez, conquista los corazones encantando el oído con su belleza clásica.

La personalidad de Heredia es muy característica, distinguiéndose de todos sus contemporáneos por su excepcional facultad de «concentración» literaria. No ha escrito más que una sola obra, pero de gran superioridad. Hemos perdido el gusto de profundizar, y como no se resume sino lo que se profundiza, no sabemos ni podemos ya resumir; nuestra literatura perece por el «desarrollo»: poetas y prosistas todos son fecundos y prolijos hasta el exceso. Sólo Heredia prolonga la tradición clásica de la mesura, escribiendo poemas en corto número y poemas cortos.

¡Y cuán cierto es que el nombre mismo, sonoro y armonioso de Heredia completa la armonía de su personalidad y de su poesía, fundido todo en indestructible unidad! No hay género literario más fácil de imitar que el «género Heredia»; pero tampoco lo hay cuya imitación haga resaltar más el valor del modelo. Heredia y Sully Prudhomme son los últimos representantes de una raza aniquilada por las condiciones sociales en que vivimos: hoy un poeta sólo lo es hasta los treinta años; después, si la poesía subsiste en el hombre, el poeta muere, y de sus cenizas nace el prosador. Heredia, por fortuna, ha sido, y es, exclusivamente poeta.

***

El asedio del crítico.—Luis Forest ha podido hojear un millar de volúmenes pertenecientes al difunto Francisco Sarcey, el insigne crítico, y estudiando sus dedicatorias, ha publicado en la *Revue des Revues* sus impresiones. La posición de Sarcey era tan elevada, y sus relaciones de redacción ó bastidores tan numerosas, que no es extraordinario hallar en su biblioteca libros dedicados por autores enemigos. Entre estas dedicatorias hay, por lo sencillas, que valen un volumen, como esta, por ejemplo: «A Francisco Sarcey, Catulo Mendes.» Otras, como la de *Yanthú*, del cruel cronista Juan Lo-

rrain, «A Francisco Sarcey—temblando—pero no sin esperanza.—Juan Lorrain», producen no poca sorpresa.

Juan Moreas le envió un libro de versos con estas palabras: «A Francisco Sarcey — en homenaje.» Sarcey cortó la primera página, y al tropezar con el primer verso

Le soir n'est plus des ganses ni de la danse

no debió seguir adelante, y por eso el resto del libro está sin cortar.

Sarcey tenía la costumbre de guardar las cartas de autores relativas á sus libros bajo la portada de éstos. Cartas y dedicatorias tenían por objeto conseguir una mención en cualquier artículo del crítico, y no pocos autores, cuando la mención se hacía esperar, enviaban otro ejemplar de recordatorio.

Las artimañas empleadas para lograr un artículo del poderoso periodista, son poco variadas. La adulación á alta dosis la emplean casi todos, llegando algunos, en su delirio de cortesanía, á romper su incensario en la sonriente cara del crítico. Las fórmulas con que terminan las cartas, son las corrientes, siendo de notar en los encabezamientos la diferencia entre los parisienses, que suelen llamar á Sarcey «querido maestro», y los provincianos que, con raras excepciones, le llaman siempre «*Monsieur*» ó «*Cher Monsieur*».

En los libros, las fórmulas de dedicatoria son algo más variadas: «A Francisco Sarcey, homenaje de profundo reconocimiento y viva amistad», de Juan Aicard, en *Otelo;* «Al más espiritual de los críticos, un hombre del 48», de Félix Pyat, en *El trapero de P aris;* «A mi antiguo amigo, recuerdo de un horno de estimación de su afectísimo» E. Cadol, en *Jacobo Cernol;* «A Sarcey, al dios de los críticos, al crítico de los dioses..... de la escena», Albino Valabregue, en *Matrimonios parisienses;* «Al crítico cuya franqueza lamento», de Julio Leconte, en *El lujo;* «A Fr. Sarcey, tan mal informado, pero tan buen compañero», Feliciano Mallefille, en *Los Escépticos;* «A vos, mi bueno y queridísimo maestro, muy afectuosamente»,

Pedro Wolff, en *Fiel;* «A un tío severo, un sobrino bien educado por él», de Tristán Bernard, en *¡Vamos, señores!*

Entre los medios puestos en juego para conmover al crítico, uno de los más ingeniosos, empleado principalmente por comentaristas de obras clásicas, es el de enviar un ejemplar dedicado al hijo del cronista, el joven Santiago Sarcey. La generalidad de los autores no imploran elogios, deseando únicamente que se ocupen de sus obras, aunque sea para reventarlas, pues como dice uno de ellos, «si yo fuese tan despreciable, no se ocuparían de mí»; otros apelan al recurso de lisonjear el amor propio del autor, diciéndole que sólo á él revelarán su verdadero nombre, oculto por un pseudónimo, ó dándole detalles íntimos acerca del modo con que han escrito la obra, ó consultándole sobre el título, ó dándole el artículo hecho, ó procurando hacer nacer la polémica en torno de su obra acusando á hombres eminentes de plagiarios. Hasta los herederos de hombres más ó menos ilustres solicitan fervorosamente la atención del crítico para lograr un éxito.

El maestro de aldea y el profesor de Universidad, el grafómano y el sabio, el gramático y el novelista, el poeta y el cancionero, el rey de la escena y el joven aficionado, todos acudían á Francisco Sarcey, ofreciéndole sus homenajes; y al abrir los libros enviados al crítico, leyendo las cartas que contienen y las dedicatorias y testimonios de reconocimiento que encierran, llega uno á darse cuenta del prodigioso poder del crítico de *El Tiempo,* y se ve uno obligado á inclinarse con respeto ante tan inaudita actividad unida á una erudición verdaderamente excepcional por lo universal y lo profunda, comprendiéndose entonces la justicia con que el mundo entero saludaba y acogía cuanto emanaba de la pluma autorizada de Francisco Sarcey.

*
* *

Los clichés de estilo. — Un *cliché* es la reproducción en relieve de un impreso en caracteres movibles, de modo que

pueda tirarse un número indefinido de pruebas sin nueva composición. Un *cliché* significaría, pues, etimológicamente—dice en la *Revue Bleue* Jorge Pelissier—una frase reproducida con frecuencia. El empleo universal de frases sin cesar repetidas, no basta, sin embargo, para hacer clichés: el refinado Acis de La Bruyère no quiere decir «llueve», por no hablar como todo el mundo; la expresión que usara en cambio, podía llegar á ser un *cliché* mientras que la palabra rechazada no merecerá jamás ese nombre.

Gustavo Flaubert reconviene á Pablo Alexis en una de sus cartas por haber escrito «romper el silencio»; conocido es su aborrecimiento á los lugares comunes, y lo mismo critica el «romper el silencio» de Pablo de Alexis, que censura á Merimée por haber dicho «tomar las armas», lo cual no es obstáculo para que á él mismo se le hayan escapado no pocas expresiones semejantes. Al evitar como clichés locuciones perfectamente sencillas so pretexto de que forman parte del dominio común, se expone uno á reemplazarlas por otras que á veces tienen menos propiedad. Al prohibirnos decir—como lo hace Albalat en su *Arte de escribir en veinte lecciones*—«dirigir una acusación», «se hizo oir un ruido», «no disimuló su deseo», obligándonos á poner en su lugar «acusó», «sonó un ruido», «confesó que deseaba», no siempre se irá ganando en el cambio, porque entre «no disimuló su deseo» y «confesó que deseaba» hay un matiz bastante sensible para que cada expresión conserve su puesto, como un ruido puede «hacerse oir» sin resonar, y «dirigir una acusación» es más expresivo que «acusar»; en tal caso, mejor sería prohibir las expresiones de «hacer perjuicio», «tener envidia», sustituyéndolas por «perjudicar» y «envidiar».

Las Preciosas se cuidaban poco de la brevedad, pero se hicieron ridículas por su odio al cliché; por no decir como cualquiera «despabilad el candil», ó «vamos á comer», decían «quitad lo superfluo á este ardiente» y «vamos á dar á la naturaleza el acostumbrado tributo», creando así los más abo-

minables clichés. La expresión propia y sencilla no es nunca vulgar, y no hay medio de decir «tráeme las zapatillas», de mejor manera que con esa frase. Por eso la lengua científica no tiene clichés, y siempre se dirá que «el camino más corto para ir de un punto á otro es la línea recta».

En los clichés pueden distinguirse dos especies caracterizadas por la falta de personalidad ó por la admisión de una personalidad extraña. Muchos escritores, en efecto, se expresan constantemente por medio de frases hechas, pudiendo ser muy buenos espíritus, pero no artistas; sus escritos no tienen nada de ridículo ni de reprensible, pero tampoco nada de personal que denote algún modo particular de ver ó de sentir. Los otros tienen color y vivacidad, pero precisamente las frases más brillantes son las que menos soportan el ser repetidas: fueron bellas en su primera frescura, pero redichas resultan ridículas, revelando en quien las repite falta de originalidad y pretensiones estilistas.

Esas expresiones son las que merecen propiamente el nombre de clichés, especialmente las perífrasis y metáforas. Hay, sin embargo, que distinguir; cuando Albina dice á Agripina en *Británico*

> ¡Cómo! ¿Mientras Nerón *al sueño se abandona*,
> Venís vos á esperar aquí su despertar?

se comete una perifrasis; pero si «se abandona al sueño» se reemplazase por «duerme», esta palabra no expresaría la tranquilidad, el descuído de Nerón contrastando con la inquietud de Agripina; esa perifrasis no es un cliché. Clichés, en cambio, lo son, por ejemplo, «el astro del día» por «el sol», «la líquida llanura» por «el mar», «el fatal lazo» por «la cuerda», «el águila de Meaux» por «Bossuet», «los trabajos de Marte» por «la guerra».

La metáfora produce todavía más clichés que la perifrasis, y el mismo modo de hablar puede ser metafórico para unos y no tener para otros más que una significación abstracta: cuando José Prudhomme dice «el carro del Estado navega sobre

un volcán», estos términos no tienen para él nada de metafóricos; cuando Alberto Wolf decía «hundid el escalpelo en ese talento todo superficie, ¿qué queda en último análisis?, un pellizco de cenizas», el espiritual cronista no veía ninguna de las imágenes que evocaba, como eran invisibles para Malherbe las incoherentes figuras de sus conocidos versos á Luis XIV

> Toma tu rayo, Luis, y vé como un león
> A dar el postrer golpe á la última cabeza
> De la rebelión.» .

Las locuciones metafóricas en que todavía vive la figura, son las que producen más clichés. Tales son expresiones como «tener la espada de la ley, derramar el veneno de la lisonja, tener sobre los ojos la venda de la superstición, minar las bases del edificio social, sacudir la tea de la discordia, cauterizar las llagas sociales, seguir la corriente de la opinión», etc. Y todavía hay que distinguir entre estos clichés, siendo más ridículos aquellos en que la metáfora ha conservado mejor su valor pintoresco.

Los mejores escritores emplean frases hechas cuando sólo tienen valor lógico: diga Flaubert lo que quiera, seguiremos diciendo «tomar las armas» y «romper el silencio», porque cualquier otra equivalencia sería menos sencilla. No se escribe bien sino cuando se tiene un estilo propio. La originalidad de un escritor consiste, sobre todo, en las imágenes, y precisamente los clichés metafóricos son los que dan vulgaridad al estilo. El buen escritor evita las metáforas hechas, y si no tiene imaginación se contenta con el término propio antes que repetir imágenes anticuadas. En cuanto al gran escritor—Saint-Simón, Víctor Hugo, Michelet—la novedad de sus figuras desconcierta el gusto medio del público, hasta que acaba por imponerlas como naturales.

Sin originalidad pueden hacerse obras estimables, pero no se es escritor. ¿Debe por eso empeñarse nadie en singularizarse? Hay multitud de cosas que un gran escritor dirá lo mis-

mo que un escritor sin genio. Por eso hemos distinguido dos clases de clichés; la regla no consiste en decirlo todo de distinto modo que los demás, sino en expresar su propia visión. Flaubert mismo, resumiendo toda la retórica en la exactitud, decía á su discípulo Maupassant: «Vé á dar una vuelta, y me contarás exactamente lo que hayas visto.» Y si al dar la vuelta, Maupassant tropezaba con algún «fresco rostro» ó «abundante cabellera», ni el discípulo buscaba un epíteto más raro, ni el maestro, con todas sus delicadezas, censuraba epítetos tan comunes.

PSIQUIATRIA

Los HOMBRES DE GENIO.—Mucho se discute, especialmente desde la publicación de las teorías de Lombroso, las cuestiones relativas á la naturaleza del *genio,* mereciendo recogerse los últimos trabajos de Grasset, Toulouse, Renda, Sergi y otros muchos, y los artículos publicados por la *Nuova Antología*, la *Rivista Moderna di cultura, Cosmos* y *La Naturaleza.*

Aristóteles había observado ya que la mayor parte de los hombres ilustres de su tiempo padecían atrabilis, reconociendo Diderot que el genio y la locura se tocan, escribiendo Moreau de Tours que el genio es una neurosis, y proclamando Lombroso que el genio es una manifestación no convulsiva de la epilepsia.

El concepto que suele formarse del hombre de genio es el de un hombre superior abstracto, despojado de los caracteres comunes de los demás hombres, que come, viste, ama, conversa y anda de un modo original, sin tener vicio ni defecto alguno, ó si lo tiene, es también un fenómeno singular y propio; es el eterno proceso psicológico del culto á los muertos y de las inscripciones sepulcrales, inconsciente é involuntaria idealización, que, eliminando todos los defectos, sólo perpetúa la memoria de las buenas cualidades. Recuérdese á este pro-

pósito á Napoleón Bonaparte y á María Antonieta. ¿Quién puede hablar de los defectos de Napoleón ni de los vicios de María Antonieta? Uno y otra, en los Inválidos y en la Conserjería, son objeto de culto, y para sus adoradores son figuras inmaculadas. De este concepto del genio ha nacido la reacción contra las investigaciones personales, especialmente contra la teoría degenerativa del genio.

Para Lombroso, el genio es un producto de la degeneración de la especie, y sus obras son el equivalente psíquico de la epilepsia; las convulsiones ordinarias del epiléptico se resuelven en el hombre de genio en creaciones geniales. Aparte del concepto de la degeneración, lo que más se ha discutido en la teoría lombrosiana es la teoría de la psicosis epileptoide, lo mismo en los hombres de genio que en los criminales. Es verdad que la inspiración, como la crisis epiléptica, es instantánea, intermitente é inconsciente, pero lo mismo sucede con las distracciones: el Obispo de Munster, al volver á sus habitaciones cierto día que había salido, leyó en la puerta de su antecámara el rótulo que en tales casos solía ponerse, «Monseñor está ausente», y se sentó tranquilamente, esperando su propio regreso. ¿Era por eso un epiléptico ni un loco? No, sino simplemente un distraído.

Lombroso explica, además, las anomalías y regresiones atávicas del genio por la teoría biológica de la fagocitosis, por la lucha de los fagocitas del organismo, descrita por Roux y Metchnicov, y que produce el predominio de unos órganos á costa de la atrofia de otros; esta explicación, sin embargo, dada en *El hombre de genio*, fue abandonada después en *Genio y Degeneración,* introduciendo Lombroso, bajo la influencia de la obra de Vandervelde y Massart, la evolución regresiva, como explicación del origen del genio.

Las teorías de Lombroso, especialmente la degenerativa y epileptoide, han sido admitidas por Tamburini, Tonnini y Venturi, mientras para Max Nordau el genio es «la primera aparición de un individuo de funciones nuevas, y por ende de nue-

vos tejidos, destinados á convertirse en típicos para la especie entera», concepto que arranca de una aplicación inexacta de la hipótesis darwínica de la fijación por herencia de un carácter divergente.

Según las investigaciones de Galton, el genio es un sér tan raro, que apenas si se encuentra uno entre cada millón ó cada diez millones de hombres; es, pues, como dice Sergi, una divergencia, una anomalía y una excentricidad como la de los idiotas y los criminales; sólo que así como sobre éstos no hay duda de estimarlos como degenerados, respecto al genio las opiniones varían. Si atendiéramos, no á la persona, sino á la superioridad de sus productos y actos, deberíamos decir con Morselli, Nordau y Venturi, que constituyen una divergencia evolutiva y progresiva; y si nos atuviésemos á las abstracciones de los filósofos y sentimentales, debiéramos ver en ellos la perfección humana ideal; pero ni éstos estudian al genio con todos sus atributos humanos, ni aquéllos han podido demostrar el acuerdo de su teoría con la doctrina de la evolución, pues siempre el hombre de genio ha sido cosa rara y excepcional, sin haber jamás constituído raza ni variedad nueva, no quedando en pie más teoría que la degenerativa de Lombroso, que pueda explicar la aparición del genio.

Importa calcular, para no confundir unos hechos con otros, los abusos de energía para medir la resistencia de cada cual: Alejandro Humboldt pudo trabajar hasta los ochenta años sin mostrar agotamiento, y Gœthe terminaba la segunda parte del *Fausto* á los ochenta y un años, mientras Alejando Manzoni, habiendo producido mucho menos, tuvo que dejar de trabajar á los sesenta años. El problema es éste: ¿qué relación hay entre los hechos, los estados degenerativos y la superioridad de espíritu del genio? ¿Son estos hechos causales, simples concomitancias, ó accidentales?

Lombroso no ha tratado de demostrar que la degeneración sea la causa eficiente del genio, pero ese es realmente su concepto; ha encontrado una psicosis epileptoide, pero ésta no

sirve sino para explicar el momento de la creación genial, no la presencia de los caracteres degenerativos. Sintiendo la necesidad de completar su doctrina, recurrió una vez á la teoría fagocítica y luego á la evolución regresiva; pero cualquiera de ambas explicaciones implicaría adaptación y por ende equilibrio en el genio y condiciones favorables á su existencia, y esto se halla en plena contradicción con las doctrinas fundamentales de Lombroso.

Las manifestaciones típicas del genio para Lombroso se realizan en condiciones que confirman su naturaleza epileptoide, por la analogía del acceso epiléptico con el momento de la inspiración, la inconciencia activa y violenta que crea en el genio y se agita espasmódicamente en el epiléptico, y la intermitencia del acceso creador, siempre instantáneo é inconsciente. Las apariencias están todas aquí en favor de Lombroso, adquiriendo gran valor la teoría del *equivalente psíquico* correspondiente á la creación genial y que sustituye en el genio al movimiento convulsivo del epiléptico, concepto profundo que, si no en todos los casos, como cree Lombroso, es fácil comprobar en algunos.

Sergi, sin embargo, niega dos hechos de los apuntados: la instantaneidad y la inconsciencia del fenómeno, como condiciones propias y exclusivas del genio. El pensamiento de todo hombre se elabora *siempre* en la inconsciencia y se manifiesta en la conciencia cuando está ya formado, surgiendo entonces instantáneamente en todo hombre, hasta la primera edad. Si Newton y Galileo hubieran tenido que llegar al descubrimiento de las leyes naturales por razonamientos voluntarios y conscientes, jamás hubieran encontrado aquellas leyes. Y si no es sostenible el concepto de Lombroso sobre el carácter epileptoide y patológico de la creación genial, tampoco es más acertada la afirmación de Marselli atribuyendo al genio una *hiperconciencia*.

Pero, entonces, ¿no puede estar determinado todo el proceso inconsciente de la creación genial por algún otro carácter

patológico? Preguntado Newton cómo había conseguido descubrir la ley de la gravitación, contestó: «Pensando en ella siempre»; Hamilton ha confesado por su parte que la solución del problema en que hacía *quince años* estaba pensando, sin lograr resolverlo, se le ocurrió de pronto, mientras atravesaba un puente en Dublin. ¿Quién no ve aquí la idea fija como un delirio que atormenta al hombre de genio, y que se convierte como en un fuego interno, al que convergen todos los rayos de la actividad intelectual? La diferencia entre esta idea fija del genio y la del loco consiste en su contenido: la del loco no puede realizarse, y la del genio se realiza, libertándole; el fenómeno tiene, pues, carácter patológico; pero, afortunadamente, se soluciona y termina en la creación genial; y esto mismo demuestra también la unilateralidad del genio, por la cual las demás actividades no pueden tener desarrollo normal correlativo, como en el hombre equilibrado.

Y todavía hay, según Sergí, otra diferencia entre el delirio de la idea fija del genio y el del loco: en el primero la idea surge de una visión profunda de los fenómenos regulares, y en el segundo es una sensación superficial que predomina en la conciencia; la profundidad de la actividad inconsciente es en el genio como un abismo, y en el hombre normal como un mar de fondo bajo, y la ascensión del abismo central á la luz de la conciencia parece tanto más instantánea é inconsciente cuanto mayor es la profundidad. Si Newton busca una ley que regule la caída de los graves, y Galileo estudia los movimientos isócronos del péndulo y Colón ve la esfericidad de la tierra, todo eso es visión en fenómenos que todos observan, pero que sólo tiene el hombre de genio, y á cuya visión especial se llama *intuición*, vista intelectual interna.

Este sentido íntimo puede ser obtuso ó agudo, perezoso ó rápido; en el hombre de genio tiene la mayor claridad intelectiva unida á la mayor profundidad de penetración. Donde más se manifiesta la intuición genial es en la ciencia y en la actividad, no debiendo confundirse ésta con la actividad auto-

mática, producto de la experiencia y la adaptación. Si Napoleón concebía los efectos de un combate era por intuición. En los genios de otro tipo, como los artistas, la intuición reviste otras formas y manifestaciones, pudiendo llamarse *impresionabilidad*; esta sensibilidad excesiva á las impresiones externas de las cualidades sensibles se produce á costa de la mentalidad pura. De aquí dos tipos de hombres de genio: el inventor y el artista.

Hay desequilibrio en los hombres de genio, porque no se conserva la correlación de desarrollo en las funciones psicológicas, y unas avanzan mientras las otras se detienen: de aquí la degeneración y hasta la locura, las extravagancias en el modo de vivir y de conducirse en la vida común, la ineptitud para las exigencias prácticas de la vida, la puerilidad de algunas manifestaciones psicológicas, etc. Pero esto no resuelve el problema en su forma paradójica de que la degeneración sea causa de la genialidad, porque se podría objetar que no es causa, sino un concomitante más ó menos necesario ó accidental. Pero si se conviniese por todos en que el genio se encuentra constantemente unido á la degeneración y no se estimase como producto evolutivo biológico de la humanidad, sino como un fenómeno patológico, quizá no fuera tan difícil la solución del problema.

Aquí está el punto difícil de la cuestión, aunque Lombroso con numerosos ejemplos lo haya ampliamente demostrado: Augusto Comte fue atacado de locura en su cátedra; Villemain tuvo el delirio de las persecuciones; Tasso sufrió alucinaciones; Gerardo Nerval fue encerrado en un manicomio y se suicidó; Newton se volvió loco en su vejez; Beethoven, Donizetti, Wagner, Salvator Rosa y muchos otros artistas fueron excéntricos; Gui de Maupassant murió loco; Zimmermann murió del mismo modo, hipocondríaco y alucinado; Rousseau se creyó perseguido, y huía de las posadas dejando en ellas su equipaje, creyendo ver hasta en los vientos contrarios la prueba de un complot universal; acaba por escribir á Dios una

carta familiar y al intentar depositarla debajo del altar de Nuestra Señora de París encuentra la verja cerrada y cree que hasta el cielo se conjura contra él; Baudelaire murió como O'Connell y Donizetti, de parálisis general, siendo típicas sus «bromas nerviosas» como la siguiente: un día, sintiendo impulsos de acometer «algo grande y brillante, «abrió su ventana y viendo en la calle á un cacharrero ambulante, le gritó que subiese, gozando al pensar en el trabajo con que el pobre hombre subiría cargado hasta el sexto piso de una mala escalera; cuando al fin se presentó en el cuarto, Baudelaire le increpó porque no llevaba vidrios de colores, para que los pobres vieran hermosa la vida y lo empujó por la escalera; después se asomó de nuevo á la ventana y cuando el cacharrero apareció en la calle, le tiró un tiesto de flores, que derribó y destrozó su mercancía, y mientras el infeliz se lamentaba en la calle, Baudelaire sentía «el infinito goce» gritando: «¡La vida hermosa! ¡La vida hermosa!»

Estos hechos y cien otros citados por Lombroso y Grasset parecen demostrar la teoría degenerativa. Pero, ¿pueden reducirse á la psicosis epileptoide todas las formas degenerativas del genio? Sergi cree que no. La intuición inconsciente no es fenómeno excepcional ni tiene carácter morboso ni menos epileptoide. En vez de reducir á una sola las formas de psicosis del genio, deben admitirse varias. Hay que examinar individualmente cada hombre de genio para poner en relación sus caracteres y deficiencias con sus producciones, é investigar la dependencia causal de éstas, si acaso existe. Puede afirmarse, en resumen, que la degeneración es la causa próxima de la naturaleza genial, quedando reservada al porvenir la solución del problema de la variedad del genio y de las causas ocasionales de sus manifestaciones.

Respecto á la influencia social sobre el hombre de genio, no parece dudoso lo erróneo de la teoría que estima al genio como producto del ambiente en que vive. ¿Qué influencia social había sufrido Newton para encontrar las leyes de la gra-

vitación universal, ó Galileo y Copérnico para sus descubrimientos? Estos hombres trabajaron como apartados del movimiento social, á semejanza de Humbold, encerrado en el Observatorio de París contemplando el cielo día y noche mientras se desarrollaban en las calles las trágicas escenas de la revolución francesa.

Ni aun en el arte puede afirmarse que el genio dependa siempre de la influencia social y que sea un fenómeno sociológico, siendo testimonio de su independencia Wagner, por ejemplo, cuyas producciones han nacido fuera de las tendencias comunes y contra el ambiente artístico reinante. El que representa la cultura existente, si sabe resumirla de un modo elevado y superior, es un gran sugestionado, no un genio.

HISTORIA POLITICA

El imperialismo inglès.—La declaración de Salisbury —dice Ouida en la *Nuova Antologia*—de que Inglaterra no aspira en la guerra con los boers á conquistar oro ni tierras, se ha convertido en la resolución de coger uno y otras á manos llenas: siempre acaban así los juramentos de los conquistadores. Una nación es como un niño, y nada es más fácil que corromperlo; el pueblo inglés, hipnotizado por sus directores, está ébrio, y en su embriaguez correría á su ruína en pleno delirio de vanidad feroz, como los napolitanos del Renacimiento corrían con histérico furor, riendo y ahullando, hacia la playa, y lanzándose cogidos de las manos en el mar hasta que desaparecían tragados por las olas. Tres siglos hace, el imperio español era el dominio más potente y espléndido de la tierra. ¿Qué queda de él? Fue demasiado extenso, demasiado soberbio, y cayó en pedazos.

Inglaterra se ha educado en mala escuela en los últimos tiempos: en la guerra con los afridis de la India, los ingleses destruyeron todas las provisiones dejando en la miseria á

aquellos pobres montañeses; en la guerra con los matabeles, la brutalidad de los ingleses con los indígenas fue terrible; en la campaña de Kitchener en el Sudán, la ferocidad llegó al último límite con los fusilamientos en masa de los vencidos y los ultrajes á las desenterradas reliquias del Mahdí. Inglaterra, que se subleva ante la crueldad de los demás, aplaude y santifica la suya.

Y no es lo sólo censurable la guerra con los boers; es el espíritu nacional con que la guerra es mirada, el modo con que los predicadores excitan en diez mil iglesias las más bajas pasiones, la ferocidad de los periodistas y de los oradores, el instinto brutal de la crueldad que por todas partes brota y que en los menores detalles se revela: en Cork, por ejemplo, un borracho que golpeaba á una señora dando gritos contra Krüger, sólo fue castigado con diez pesetas de multa, mientras otro borracho que no hacía daño á nadie, pero que gritaba en favor de Krüger, era condenado á dos meses de prisión; en Londres, un hombre que disputaba con su cuñado sobre la guerra, le dió tan furioso golpe en la cabeza, que le mató; el juez dijo que tal acometida era excusable en momentos como el de la victoria sobre Cronje, y dejó libre al homicida.

El Gobierno y la nación se hallan en un estado de exaltación completamente mujeril, y la conciencia de su hipocresía les pone en contradicciones ridículas; así, en un momento llaman á Cronje un rebelde, y en otro le hacen tratar con honores insignes, dándole por carcelero á lord Bathurst; las tropas tan pronto son llamadas «soldados de la reina» como «soldados imperiales»; Cronje es considerado digno de ser honrado como Napoleón, y Krüger como un infame rebelde que merece ser descuartizado en cuanto lo cojan. Y así se ha cambiado el carácter inglés sustituyendo la pomposidad á la sencillez, el estrépito al silencio, la codicia á la generosidad, la fanfarronería á la modestia, y la ferocidad á la misericordia.

Este imperialismo—dice en la *Revue des deux Mondes* el senador holandés Kuyper—sumerge cada vez más la idea na-

cional en un concepto ecuménico, tratando en cambio de asimilar todo el mundo á su tipo nacional; *urbi et orbi* es el lema tácito de sus decisiones, y cuantas veces corre riesgo su supremacía, aparece la persuasión maquiavélica del *Salus populi suprema lex,* ahogando en la masa de la nación las más santas inspiraciones, y deslizando el imperialismo como un estreptococo en la sangre de la multitud, envenenándola y haciendo doblegar las conciencias. Kuyper espera que los ingleses recobrarán su antiguo carácter, y apela del «Filipo borracho al Filipo sano»; pero decididamente cree que no se verá tal milagro en nuestro tiempo, á menos de que la ducha fría de un gran desastre haga reaparecer la sobriedad y la humildad, y ponga clara la vista cegada por la embriaguez.

Es sorprendente ver hombres de buen sentido alegrarse de que 160.000 soldados hayan podido batir á 30.000 aldeanos, y escuchar á la mayoría de la Cámara acusando de traición á la minoría que censura la guerra; hace esto pensar en aquella señora escocesa que decía que de todo el mundo sólo se salvarían ante Dios ella y el párroco, añadiendo: «¡Y todavía tengo mis dudas sobre la salvación del párroco!»

Inglaterra camina por una vía donde cree encontrar su salvación, y no sueña siquiera que puede ir en derechura á su ruina; la sofocación de la libertad es daño peor que la pérdida de Ladysmith y de Kimberley; ganar «prestigio» cuando se pierde la libertad, es imitar al perro de la fábula que dejó caer su pedazo de carne en el agua por coger el que en ella se reflejaba. Hoy es imposible expresar en Inglaterra ningún sentimiento en favor de los boers sin verse sometido á la más brutal acometida, no pudiendo celebrarse sin violencias ninguna reunión en favor de la paz. En Stratford-on-Avon la canalla atacó y destruyó algunas casas sólo porque sus moradores eran favorables á los boers; en Hull, gran ciudad comercial, fue quemada una efigie de Krüger con su Biblia bajo el brazo. ¡Y la Biblia es el libro sacrosanto de Inglaterra! ¿A dónde se va á parar por semejante camino? ¿Y qué puede es-

perarse de la respuesta del ministro Balfour, interrogado en la Cámara sobre el modo con que el Gobierno pensaba cortar tales excesos, y contestando que éstos eran inevitables, dada la excitación del país, y que lo mejor que podía hacerse era recomendar á la minoría del pueblo que no irritase al público con opiniones impopulares?

La libertad y el militarismo no pueden vivir juntos. Inglaterra ha resistido muchos siglos á la esclavitud de los cuarteles; pero el espectro de la conscripción ha surgido por vez primera en el horizonte, y si la fiebre continúa será inevitable que el pueblo tenga que sufrir, en una ú otra forma, el servicio obligatorio; no podrá comer los dulces de la conquista sin tomar también el amargo de la servidumbre armada.

Su religión es una frase, una fórmula sin influencia en la vida; ya tenía algo de fariseismo, pero ahora pone la Bolsa antes que el templo. A esto han contribuído innumerables causas: el egoismo inculcado en las escuelas; la difusión del lujo y de la glotonería; el concepto de la guerra como especulación mercantil; la doctrina del *self-help* y del culto del yo; la lectura de las novelas sensacionales, llenas de delitos, violencias y atrocidades, y el enorme sitio que ocupan en la vida las diferentes clases de *sport,* convertidos en espantosa manía y en escuela de brutalidad. Para los ingleses la guerra del Transvaal es una partida de caza, y las gentiles damas de la alta sociedad, acostumbradas á cazar el ciervo, marchan al Cabo para gozar del espectáculo del derramamiento de sangre holandesa, con la misma alegría que las damas romanas del Imperio iban al circo á las luchas cruentas de los gladiadores. Añádase á todo esto la enorme cantidad de cerveza y bebidas de todas clases que queman la sangre y embotan el cerebro de los más, y las escuelas de mal gusto, que son los *Music-halle*, y no sorprenderá ver el cambio operado en el tipo nacional.

El carácter inglés ha cambiado completamente, contribuyendo no poco á ello el snobismo, introducido por la nueva aristocracia, compuesta en general de industriales y bolsistas

enriquecidos. ¡Una sola familia de fabricantes de cerveza ha recibido tres títulos! Con tal de ser muy rico, cualquiera puede estar seguro de sentar á su mesa cuantos príncipes se le antojen; el oro es el único móvil de la guerra y el solo criterio de la posición social. Y como el dios del oro jamás ha tenido el poder de purificar ni exaltar el carácter humano, por eso ha gastado el carácter inglés, ocupando el puesto de los demás cultos.

Federico Harrison ha dicho con exactitud que ser pobre en Inglaterra es admitir que se ha quebrado en la vida; el lujo es el único criterio del talento, del valor, del éxito, de la moralidad. La *Chartered Company* formada por Cecilio Rhodes como la *De Beers*, que realiza 625 millones de oro y diamantes al año, saca esta enorme suma de las labores de las minas, en las que sólo se emplean indígenas sometidos á un trabajo forzado semejante á la esclavitud; aquellos miserables africanos pasan el día bajo tierra, y cuando salen, son encerrados en un recinto llamado *compound*, del que no pueden salir; una vez por semana se les administra un purgante enérgico para ver si han tragado algún diamante, y todo indígena está obligado á permitir que golpeen su cuerpo con un martillo especial para ver si han escondido algún diamante bajo la piel. Estos hechos y otros muchos han sido expuestos en la Cámara por el diputado Juan Burns el 6 de Febrero, y nadie ha podido contradecirlos. ¡Y por esa especulación se hace la guerra! ¡Y por esa especulación ha hecho la prensa su propaganda belicosa! ¡Y por esa especulación se han gastado ya 1.700 millones de francos y han perecido 15.000 ingleses!

Lo único divertido y consolador de todo esto es la posibilidad de que Rhodes y Chamberlain riñan entre sí, porque el militarismo está furioso con Rhodes, y Rhodes desprecia el modo con que se ha dirigido la campaña militar; pero es de temer que nos sea negada esta diversión tan instructiva. Mientras llega, no deja de ser visible el espanto que la sola amenaza de destruir á Johannesburgo ha despertado en Inglaterra.

La destrucción de Pretoria, por el bombardeo y el hambre, parece á los ingleses un acto justificado y laudable. Pero ¡destruir á Johannesburgo! Los financieros ingleses se estremecen de agonía pensando en que esta destrucción costaría la pérdida... ¡de 60 millones de libras esterlinas!

ENCICLOPEDIA

En la linde de dos siglos.—A propósito de los últimos libros de Walace (*The Wonderful Century*), Stein (*An der Wende des Jahrhunderts*), Zeigler (*Die geistigen und socialen Strömungen des XIX Jahrhunderts*), Weber (*Die Wissenschaften und Künste der Gegenwart*), Fierens-Gevaert (*La Tristesse contemporaine*), Merz (*History of European Thougt in the Nineteenth Century*), Morselli (*L'Ereditá materiale, intellettuale e morale del secolo XIX*) y otros, estudia Alejandro Cappelli en la *Nuova Antologia* los caracteres del siglo que acaba y las esperanzas del que empieza.

Ningún tiempo— dice el sabio Profesor de la Universidad de Nápoles—ha tenido, como el nuestro, la conciencia precisa de su responsabilidad ni ha podido hacer mejor su examen de conciencia. Ha de ser difícil, sin embargo, á los futuros historiadores encerrar en una fórmula comprensiva los complicados movimientos de este siglo, imponiéndole, por decirlo así, un nombre. Si los ingleses se empeñan en llamarlo «el siglo de la Reina Victoria», tal designación será siempre demasiado exclusivamente nacional, y no puede, por lo mismo, tener hoy el alcance ni la exactitud que sus similares de «siglo de Pericles, de Augusto, de León X». El que atienda principalmente á la obra de la ciencia podrá titularlo «siglo de las ciencias físicas», y por sus fecundas aplicaciones «siglo de las invenciones y descubrimientos», mientras otros podrán llamarlo «siglo de la crítica histórica» ó, atendiendo á la cultura de los últimos decenios, «siglo de las ciencias sociales»; quien considere

los cambios substanciales de los métodos de producción económica, podrá titularlo «siglo de la industria mecánica», y si atiende á los grandes sucesos políticos, «siglo de las formaciones naturales», ó de las exploraciones geográficas, ó de la expansión colonial; y si considera los grandes movimientos sociales, «siglo de la democracia» ó «siglo del socialismo internacional».

Como quiera que sea, el siglo ofrece los signos visibles de una edad de transición, y como tal, de crisis y contrastes. Por un lado presenta el espíritu nacional todavía tenaz y vigoroso, y por otro la dilatación de sentimientos cosmopolíticos; el culto de los héroes, llevado hasta la idolatría y la expansión del espíritu democrático, esencialmente purificador; la más invencible repugnancia á toda forma de dogmatismo y el renacimiento multiforme de las necesidades religiosas; la conciencia, cada vez más clara, de la solidaridad colectiva y la resurrección del individualismo romántico, exagerado hasta la concepción pietzscheana del Superhombre; la oscilación perenne entre el idealismo y el realismo en el arte; el espíritu tenazmente conservador resistente á toda renovación social, y el ímpetu innovador y revolucionario; la inquietud del presente, generadora del pesimismo, y el ansia febril de conmociones y placeres; el espíritu crítico más refinado tocando en el escepticismo, y la propensión á toda forma sensible del misterio, rayana en superstición; confianza ilimitada en el poder de la ciencia y desmayos repentinos de esa fe; refinamientos de la sensibilidad moral y del espíritu protector de toda debilidad y miseria, y arranques desenfrenados del más exagerado egoísmo.

Esta polaridad de tendencias que cierra el siglo produce un estado de anarquía espiritual que deberá resolverse en una síntesis social en el siglo que nace. Pero para que sea posible esta convergencia que presentimos, es preciso que se pueda descubrir en las líneas directivas del siglo las señales de aquel *clinamen,* para decirlo con Lucrecio, donde las fuerzas sociales han de encontrar su equilibrio.

Los merecimientos positivos del siglo son, á pesar de las antítesis agudas que al morir presenta, múltiples y grandes. Ferrocarriles continentales y piróscafos, telegrafía y telefonía, los rayos Rœntgen, el análisis espectral, la fotografía astronómica, la anestesia y la antisepsia, la doctrina de la conservación de la energía, la teoría molecular del gas, la medida de la velocidad de la luz y de la rotación terrestre, la teoría de las combinaciones químicas en proporciones definidas, el estudio de los meteoros, la historia de las épocas glaciales, la prehistoria y la paleontología, los grandes descubrimientos geográficos en los continentes y la exploración de los mares polares, la teoría celular y la embriología, la teoría bacteriológica y la idea de la evolución orgánica, la licuefacción del aire y el empleo del calor solar como fuerza motriz, los estudios sobre la locomoción aérea, todos estos son ya títulos adquiridos de gloria duradera y grandes y fundadas promesas de glorias futuras.

Pero más que en los progresos positivos de la ciencia, está la grandeza del siglo en la nítida conciencia de la investigación científica, en el desarrollo del instrumento mismo del conocer. Y sin embargo, no podría constituir verdadero título de gloria esta gran obra intelectual y material si en el balance del siglo hubiera de apuntarse la decadencia de los valores morales, como muchos afirman. No sabemos si nuestra felicidad aumenta, ó si los beneficios de los maravillosos descubrimientos de la mecánica y de las industrias son sólo privilegio de unos cuantos, estando privada de ellos la mayor parte de la familia humana, que parece gemir en la sombra de la muerte mientras el sol de la civilización brilla en las altas cimas de la vida; ni aqueja menos nuestro espíritu otra duda: la de si, al propagarse los sentimientos benéficos, acrece verdaderamente la suma del bienestar social al preservar de la natural eliminación aquellos seres cuya infelicidad irradia en torno suyo consumiendo la vida social.

Si hemos de hacer justicia á la edad en que vivimos, fuer-

za es reconocer que si los valores morales tienden á decaer en el individuo, crecen en la misma proporción como función social. Nuestro siglo no ha sido, ciertamente, un siglo artístico, si por arte se entiende, no una obra individual ó un ornamento de la vida, sino una forma viva, una necesidad universalmente sentida; ni un siglo religioso, si se compara con la originalidad creadora de las grandes épocas religiosas de la Historia. Pero ha sido sin duda un siglo de grandes obras colectivas sociales, y todos los signos anuncian que este poder creador irá desarrollándose hasta constituir una nueva forma de derecho, el derecho social. Si no tenemos ya los héroes del pensamiento de otras edades, la virtud intelectual es más difusa; si no se piensa mucho, son muchos los que piensan.

El siglo despertó en una aurora de sangre; pero el clamor de las batallas sacudió el sopor de las generaciones é infundió nuevas aspiraciones en los espíritus. Si la poderosa fuerza del napoleonismo y la exaltación del poder militaresco se extendió á lo largo del siglo, sintiéndose todavía sus efectos, no sólo llevaba en sí misma la vengadora Némesis de Waterlóo, sino que provocó el despertar de las conciencias nacionales, abriendo el período glorioso y memorable de las guerras de independencia, sucesoras de las guerras de conquista. Pero una vez constituído el nuevo orden de las nacionalidades recompuestas, la función histórica del militarismo debía esterilizarse: la palabra de «patria» era precursora de otra que hoy corre por el mundo: la palabra de paz y «humanidad». Verdad es que las fuerzas que resisten á esta palabra de humanidad no son menores que las que hicieron frente á la de patria; pero el movimiento de la conciencia civil está orientado en adelante en esa dirección. Y más que la circular del Czar á las potencias, conspiran á este fin el cosmopolitismo social y las cargas insufribles de los presupuestos militares; y sobre todo, la conciencia pública, que rechaza la posibilidad de una guerra general entre naciones cultas, y apenas, como necesidad todavía inevitable, tolera los conflictos de las expansiones coloniales.

Junto á este movimiento hacia el ideal aparece el espíritu religioso, de cuyo despertar surgen por doquiera indubitables signos, siendo el arte uno de sus grandes exponentes. Pero, sea que este espíritu de reacción idealista conduzca con Bourget, con Coppée, con Huysmans, y más resueltamente con Brunetière, á una restauración neocatólica, sea que se dirija, con Mæterlinck y otros, por los caminos obscuros del misticismo neoplatónico de la teosofía y del ocultismo, carece en todo caso de verdadera vitalidad, como aquel movimiento de restauración reflejo de la decadencia del paganismo intentó en vano reavivar en la sociedad antigua la apagada llama de la conciencia religiosa: en uno y otro caso, el fenómeno queda circunscrito á los límites de contada aristocracia intelectual, que por sí sola es incapaz de renovar y vivificar la sociedad. Los verdaderos movimientos religiosos vienen del fondo del alma popular: así conquistó el Cristianismo al mundo, y así se propagó el movimiento franciscano en la sociedad de su tiempo.

Sería temerario, sin embargo, negar la elocuencia de los hechos como signo de los tiempos; desde los puntos más distantes, las almas se encuentran por misterioso consenso como conspirando por el Dios ignoto, y no sólo en el campo del arte y entre los literatos, sino entre hombres de ciencia del valor de Wallace y de James se reconoce la necesidad de una fe, y grandes estadistas como Gladstone, Balfour y Luzzati la proclaman. Los que dicen que esta necesidad de creer y este vago anhelo de las almas es un retorno atávico ó un estigma degenerativo, no ven que todo ello procede del mismo espíritu histórico y crítico que informa el movimiento científico de nuestro tiempo. No nos basta ya la visión lúcida y precisa de las cosas, habiéndosenos revelado todo un mundo de espontaneidad instintiva, de energías misteriosas que tienen sus más profundas raíces en lo íntimo de nuestro sér. Y si la crítica misteriosa puede haber destruido la fe en tal ó cual forma de religión, ha hecho conocer la necesidad del mismo instinto reli-

gioso como función perenne del espíritu humano. El tipo espiritual de Cristo, cuya palabra sigue siendo la más viva y la que obra secretamente en el fondo de la agitación proletaria, vuelve de los campos del pensamiento y del arte por mil caminos á la conciencia moderna, y enmedio de tantas cenizas de pesimismo, es fuego animador, y enmedio de tantos canales cegados por el egoismo mercantil, es fuente de agua viva que agita y purifica.

La vida mental del hombre está en la íntima forma de la reflexión, y de aquí resulta el carácter y el valor de un período histórico. Las teorías pasan, los métodos se perfeccionan, los resultados se corrigen ó completan, la estructura social ó las formas sociales se van modificando; todo esto tiene su día. Lo que queda de un siglo, como herencia vital, son dos ó tres grandes ideas directivas, dos ó tres grandes hechos capitales, y las pocas obras de espíritu donde estas ideas y hechos se han impreso más vivamente, son las que sobrenadan en el gran naufragio de la Historia. Á esta visión del mundo y de la vida del siglo que muere concurrieron tres grandes coeficientes: la reflexión crítica que abrió paso á las exigencias ético-religiosas como fuerza directiva de la vida; la gran idea de la evolución natural, de la que emerge el concepto del mundo como inmensa unidad orgánica y viviente; y la nueva orientación hacia nuevas formas de vida y hacia cimas más excelsas de idealidad civil.

Á nadie es lícito decir de dónde vendrá la palabra de vida que el mundo moderno espera. Pero todo induce á creer que si la cultura científica extenderá cada vez más su acción sobre la vida, no será ella sola la que dirija á la humanidad. La política del siglo XX se desenvolverá quizá sobre el vasto terreno de la expansión colonial, donde la joven América pretenderá medirse con los Estados europeos, y el continente africano y el oriente de Asia serán probablemente los dos campos de acción internacional. Pero una cosa parece cierta: que la política de los Estados en nuestro sistema civil, se orientará siem-

pre hacia una forma de política social y no podrá separarse nunca del problema de las reformas civiles. Si las multitudes con su agitación mantienen viva la cuestión social, las clases directoras deberán renovarse ó ceder. Y esta obra de renovación será lo que quede del movimiento socialístico como su ruto mejor.

POLITICA INTERNACIONAL

Brunetière, Deschanel, Francia y el Vaticano.—Con el título de *La hija primogénita y la misión Brunetière,* y firmada por «XXX», inserta la *Rivista política é letteraria* de Roma un artículo interesante, digno de ser seriamente meditado por cuantos se preocupan de asuntos internacionales y de historia interna.

¿Cómo puede explicarse que un hombre como Brunetière, director de la *Revue de Deux Mondes,* haya hecho un viaje á Roma, y dado una conferencia en la Cancillería, para mostrar el modernismo de Bossuet al sostener las teorías de la Providencia y de la noción de las diversas Iglesias, tema tan acariciado por León XIII? ¿Cómo puede explicarse que Deschanel, Presidente del Congreso de los Diputados de Francia, haya tenido empeño en demostrar, en su discurso de recepción de la Academia Francesa, que su elección académica no la debía á su escaso equipaje literario, sino á su alta posición política, recordando con tal motivo que, lo mismo que Hervé y Thiers, estima como gravísimo error el haber sostenido el principio de la nacionalidad italiana?

Bossuet no ha sido para Brunetière más que un pretexto, como el discurso de recepción de Deschanel no ha sido sino una ocasión bien aprovechada para hacer ciertas manifestaciones. El verdadero motivo del primero, era hacer la corte á León XIII, como el del segundo era declarar que el republicanismo francés no está reñido con la restauración del Poder

pontificio, no por lo de pontificio, sino por lo de Poder, porque á Francia no le conviene una Italia grande y unida, sino una Italia dividida y débil.

La franqueza de Deschanel ha demostrado que el espíritu francés es inmutable, y que, obligado á resignarse al hecho de una Alemania poderosa, trata de asegurarse contra el hecho de una Italia fuerte; que los sucesos que se han desarrollado en Francia contra Italia no son casuales, sino que eran la expresión de una concepción política permanente, desde los tiempos de Luis XIV hasta nuestros días, hasta el discurso del republicano Deschanel y la conferencia del neomístico Brunetière, cuyo verdadero objeto ha sido hacer comprender una vez más al Vaticano que Francia es siempre la hija primogénita de la Iglesia, y que la unión de las Iglesias es un programa espiritual que puede tener, gracias á Francia, su expresión política.

León XIII estaba ya persuadido de ello, y toda su política francófila lo demuestra; así, mientras Brunetière calificaba el palacio de la Cancillería de «territorio papal» porque, como el Vaticano y otros edificios, es residencia de Embajadores ó Ministros de varias grandes potencias, se ve que al regresar á París le recibe el ministro de Estado en el Quai d'Orsay, y que el Papa en persona encarga al Obispo de Orleans que haga saber al clero y á los fieles de Francia que él, el Sumo Pontífice, sin desconocer los méritos de los Asuncionistas, juzga peligrosa toda manifestación en su favor que revista carácter político.

Este incidente de los Asuncionistas demuestra, que no todas las milicias papales son tan obedientes y disciplinadas como el Vaticano quisiera; el Papa ha predicado la sumisión á la República y parte del clero francés ha escuchado su voz; pero otros la han desoido; aun éstos, sin embargo, adversarios del Gobierno establecido, no son menos servidores de los intereses de Francia en el extranjero, como lo prueba el éxito de las negociaciones seguidas en China por el Obispo de Pekin y

que han dado por resultado, con el protectorado francés de los cristianos del extremo Oriente, la transmisión á una Compañía francesa de la concesión del ferrocarril de Luku-kiao á Pao-Ting-Fú, el desarrollo del Colegio franco-chino de Pekin, el establecimiento de concurridas escuelas en diferentes puntos del Imperio, y otras muchas ventajas positivas.

Y todo esto resulta tanto más significativo cuando se observa la conducta de Roma con Inglaterra, apenas las dificultades de la guerra anglo-boer pusieron de relieve los apuros en que Inglaterra se encontraba; la hostilidad del Vaticano está á punto de producir un grave cisma entre los católicos ingleses, habiendo tomado la iniciativa el cardenal Vaughan en una carta cuya publicación ha producido honda impresión en los ánimos; y como el *Osservatore* ha censurado á los católicos ingleses por ser más ingleses que católicos, la *New Æra* le ha contestado que se equivocaba lastimosamente quien creyera que los católicos ingleses, en el caso improbable de una liga católica protegida ó apoyada por el Papa contra Inglaterra, habían de estar con la liga por ser católica, y no con Inglaterra por ser protestante. Monseñor Giles, rector del Colegio inglés de Roma, envió una protesta firmada por los principales católicos ingleses, que *La Voce della Veritá* se negó á insertar, estando entre los primeros firmantes el Arzobispo de Trebisonda, Stonor, los Protonotarios apostólicos Stanley y Lennon, el prelado doméstico del Papa, Campbell, etc.

¿Es acaso por espíritu religioso por lo que la prensa más autorizada del Vaticano ha tomado parte por los boers contra los ingleses, hasta enajenarse las simpatías de tan elevados dignatarios católicos y de la gran masa popular inglesa? Nada de eso, pues si protestantes son los ingleses, no menos protestantes son los boers. Todo ello obedece á la política, y depende por una parte de lo que Inglaterra representa siempre de liberal en el mundo, y por otra de todo lo que representa Francia en los intereses de la Santa Sede. Y según declara Brunetière, «jamás hubo ningún Papa más francamente, más resuelta-

mente amigo de nuestro país; nadie desea más que él esa paz, esa inteligencia de los partidos, y esa reconciliación nacional de que todos hablan y que tan pocos trabajan por realizar, y á la que él contribuirá con todos sus esfuerzos y con profunda sinceridad».

El Gobierno francés tenía que tratar con el Papa algo tan delicado y tan sutil que no podía confiarse á la diplomacia oficial, y eligió al efecto un mensajero grato al Papa y perteneciente al mundo del periodismo culto, que tanto aprecia León XIII; este mensajero, para abrirse mejor paso, eligió el medio más adecuado para el efecto que buscaba, y así se ha visto á Brunetière calentarse en frío por el modernismo de Bossuet, en nombre de la teoría de la Providencia y de la unión de la Iglesia, mientras el Papa por su parte consentía en considerar como pecado venial el galicismo de Bossuet.

¿En qué ha consistido realmente la misión de Brunetière? ¿En tratar confidencialmente la cuestión sólo de los Asuncionistas? Puede ser. De un lado, mientras León XIII ha enseñado la conversión á la República, los Asuncionistas se han mostrado eclécticos; de otro, las grandes riquezas de las Congregaciones religiosas constituyen un grave tema en un país donde es axiomático que *l'argent fait tout*. El libro de Pablo Desachy, *La France noire*, recientemente publicado, muestra que en 1781 había en Francia 23.000 religiosos y 37.000 religiosas, mientras un siglo después los religiosos son 30.287 y las religiosas 127.753, habiendo desde entonces crecido no poco este número; este ejército dispone de un patrimonio inmueble confesado de dos mil millones, que resulta realmente de diez mil millones, y maneja fondos cuyo balance es de tres mil millones anuales. Francia se preocupa de esta situación, y mientras procesa á los Asuncionistas y suspende el sueldo de los Obispos, negocia en Roma con el Papa.

Como la estancia en Roma de Brunetière ha sido breve, posible es que no haya tratado de nada más con León XIII. Pero el Papa es viejo, y aunque su fuerza de resistencia sea

maravillosa, hay que considerar como relativamente próximo el futuro cónclave. Ahora bien, ¿en qué situación de relaciones personales con los príncipes italianos de la Iglesia se hallaría Francia? Se ha pretendido recientemente, con escaso fundamento, que León XIII había designado como sucesor al Cardenal Gotti; se ha pretendido que el Cardenal Parrochi había caído en desgracia por motivos políticos más que por incongruencias personales; se ha hablado mucho del buen Cardenal Capecelatro por sus pretendidas manifestaciones de transigencia. ¿Cuáles son verdaderamente los aires dominante en el Vaticano, y cuál es la verdadera situación del personal papificable? Brunetière no sólo ha visto en su conferencia á diez Cardenales, y entre ellos á Rampolla y á los dos Vannutelli, sino que ha sido presentado por el Cardenal Parrocchi precisamente.

¿Y el Gobierno italiano? ¿Por qué medios y por qué personas comunica con el ambiente vaticano? Todo lo que en aquel ambiente se va combinando con Francia y aun con otras potencias se escapa, mientras por otras exigencias no acierta Alemania á poner la sordina á su política de afirmaciones antivaticanistas.

IMPRESIONES Y NOTAS

Las tendencias actuales de la literatura italiana.—Así se titula un interesante ensayo de crítica científico-literaria publicado por Fausto Squillace en Turín, y que va precedido de la siguiente profesión de fe, á guisa de prólogo: «Creo que el arte es una energía social; se transforma, pero no perece; el medio de su estudio amplio y seguro es la crítica científico-artística; su objeto debe ser sociológico; eso es lo que he querido mostrar.»

Squillace pasa revista á la evolución de la crítica literaria, desde las antiguas escuelas de Alejandría, Pérgamo, Roma,

Francia, España, Inglaterra y Alemania, á los progresos con Leissing, Villemain, Sainte-Beuve, Girardin, Taine, etc., analizando después la teoría de la degeneración en la literatura, que tanta aplicación ha tenido á la crítica con los trabajos de Lombroso y Max Nordau.

Estudiando después las tendencias literarias de la Italia actual, reconoce la existencia de tres sistemas ó direcciones: el *realismo,* representado por Juan Verga y Lorenzo Stecchetti; el *misticismo,* por Antonio Fogazzaro, y el *egoismo,* por Gabriel de Annunzio, terminando con una luminosa síntesis titulada *sociología literaria*, en la que muestra la importancia é influencia social de cada una de las escuelas literarias en boga.

***

La Exposición de París y sus atractivos.—Neymarck, en la *Revue Scientifique,* publica la lista de las Sociedades organizadas en París para explotar los diversos atractivos que encierra el vasto recinto de la Exposición, y que son otros tantos alicientes para las visitas del público al grandioso espectáculo de aquel certamen universal de cultura. En esta lista no figuran *El Vesubio en París, El viaje aéreo, La India francesa en la Exposición*, *El palacio del canto*, *El palacio de las fiestas,* ni otras muchas Sociedades, porque no ha sido posible adquirir datos concretos sobre el coste de sus instalaciones. Las 52 Sociedades de la lista representan un capital nominal de 54.328.000 francos, dividido en 711.143 acciones y 149.690 partes de fundador. Con arreglo á las cotizaciones actuales, estos valores han obtenido no despreciables mejoras, representando un precio efectivo de 65.963.000 francos. He aquí la lista de estas Sociedades, la mayor parte de las cuales han de desaparecer al mismo tiempo que la Exposición, aunque otras se han fundado para sobrevivirla:

SOCIEDADES	Capital social en millones de francos.	Acciones.
Torre Eiffel	5,100	10.200
Gran globo terrestre	2,500	100.000
La Optica	1,000	10.000
La aldea suiza	3,000	30.000
Sociedad de dioramas animados	1,250	88.000
Panorama de la misión Marchand	0,500	5.000
La vuelta al mundo	2,000	4.000
El mareorama	1,250	12.500
Andalucía en tiempo de los moros	0,650	1.300
Venecia en París	0,950	9.500
Acuario y fantoches Guillaume	1,000	2.000
Palacio luminoso Ponsin	0,400	400
Exposición minera subterránea	0,400	400
Palacio del vestido	2,000	80
Palacio de la mujer	0,650	1.300
Palacio del baile	0,750	7.500
El palacio cabeza abajo	0,750	30.000
Sociedad francesa del ciclorama	0,500	5.000
Sociedad del fonorama	0,150	1.500
Panorama de Madagascar	0,500	1.000
La sección argelina	0,500	5.000
Los viajes animados	0,160	1.600
Teatro de cuadros vivos	0,150	150
Teatro indo-chino	0,350	3.500
Restaurant Kammerzell	0,500	1.000
La feria	0,270	540
Sociedades de cafés restaurants	0,600	1.200
Sociedad otomana	0,500	5.000
Restaurant internacional de la Exposición.	0,300	3.000
Gran rueda de París	4,000	160.000
El palacio del mar	0,550	5.500
La calle del Cairo de 1900	1,500	15.000
El epiciclo	0,750	7.500
El combate naval	1,000	20.000
Gran circo fantástico	1,000	10.000
Museo Mombur	0,340	700
Panorama de Roma	0,600	6.000
Diorama y panorama de Fashoda	0,250	2.500
El estadio de Atenas	1,500	15.000
París en 1400	0,850	1.700
Teatro gigante Columbia	0,600	6.000
El hipódromo	3,000	30.000

SOCIEDADES	Capital social en millones de francos.	Acciones.
Circo-palacio Campos Elíseos	1,600	16.000
Despachos automáticos	0,173	173
Transportes eléctricos	4,000	40.000
Rampas móviles	1,000	11.000
Sociedad del Trocadero y Passy	1,500	15.000
Sociedad general de empresas y representaciones	0,150	300
La hucha de 1900	0,600	1.200
Compañía de viajes populares	0,350	3.500
La unión de 1900	0,100	200
Sociedad de viajes-primas	0,075	3.000

*
* *

El amoniaco en los incendios.—El amoniaco, según parece, no sólo sirve para apagar los incendios producidos por el alcohol en los borrachos, sino los incendios producidos por las llamas en los edificios. Dos hechos, referidos por el *Journal of the Franklin Institute* y reproducidos por *La Naturaleza*, lo demuestran.

Un local que contenía muchos miles de kilos de algodón fue presa del fuego, probablemente producido por combustión espontánea, y cuando su interior estaba convertido en ardiente brasero, se salvó de la destrucción sin más que arrojar á la hoguera unos cuantos litros de amoniaco.

En otra ocasión, los vapores de gasolina que se desprendían de un recipiente de 200 litros, prendieron fuego á la tela de un taller de blanqueo, llenándose la habitación instantáneamente de llamas. Un boticario que vivía junto á la fábrica cogió una damajuana de vidrio que tenía unos seis litros de amoniaco, y la arrojó al fuego con fuerza para probar el efecto. El resultado fue instantáneo: la damajuana se hizo pedazos, el líquido se derramó por la habitación, y las llamas se convirtieron en negra humareda, que no tardó en desaparecer, sin que quedara rastro de fuego.

*
* *

El papel como abrigo.—La aplicación del papel de periódicos á los vestidos y á las camas como elemento de abrigo en las clases pobres se va generalizando. En las temporadas de temperatura variable, nada más cómodo que meterse, por si acaso, un periódico en el bolsillo, y así como se abre el paraguas si llueve, se saca el periódico si se siente frío, poniéndolo debajo del chaleco para abrigar el pecho ó la espalda, y se siente inmediatamente la variación de temperatura interior con la adopción de semejante prenda.

La revista *Cosmos* recomienda también el empleo del papel para hacerse una especie de tapabocas, mejor y mas cómodo que los que suelen usarse, para lo cual basta tomar el pañuelo del cuello y armarlo con una tira de papel. Este pañuelo así armado, no sofoca como los tapabocas y abriga mucho más que los pañuelos ordinarios, pudiéndose aligerar ó reforzar á gusto de cada cual, según las ocasiones.

*
* *

Cómo encuentran las hormigas su camino.—Las hormigas tienen cierto conocimiento de los alrededores de su hormiguero, sirviéndoles de puntos de mira los objetos vecinos; tienen también senderos conocidos, y cuando se las saca de ellos se encuentran visiblemente desconcertadas. Bethe, que ya había hecho estudios para averiguar cómo se reconocen entre sí las hormigas de la misma colonia, ha hecho varios experimentos para descubrir los medios de que se valen para orientarse.

Según la *Revista de Chile*, Bethe ha colocado un poco de azúcar sobre un papel ennegrecido á la salida de un hormiguero: la primera hormiga que salió no descubrió el azúcar; la segunda, después de muchas revueltas, tomó un grano y regresó, pero suprimiendo á la vuelta todas las curvas que había hecho á la ida; la tercera, que salió antes del regreso de la segunda, encontró la pista de ésta y cargando con su granito de azúcar volvió por el mismo camino; todas las que la siguie-

ron cruzaron al ir por el mismo sitio, pero al volver cada una fue abreviando distancias y al cabo de una hora el camino trazado era perfectamente recto. Las hormigas seguían su ruta lo mismo á la luz del sol que cuando se las sumía en la mayor obscuridad; pero una tira de papel atravesada en su camino las molestaba mucho, se detenían al llegar al papel, buscaban paso á la derecha, á la izquierda y por debajo, se arremolinaban en torno del obstáculo y no se atrevían á cruzarlo. Cuando por fin se resignaron á pasar por encima y establecieron su nueva ruta, Bethe quitó el papel, y la indecisión reapareció enseguida; las hormigas llegaban al sitio en que antes estaba el papel, se detenían y no sabían por donde ir.

Otro experimento fue el de dejar que las hormigas trazaran un camino sobre una placa de vidrio: una vez fijada la ruta, Bethe pasó el dedo sobre el vidrio á través del sendero; las hormigas, al llegar á aquel sitio, se detienen desconcertadas, habiendo perdido la pista. Sin duda al pasar dejan algún olor ó huella imperceptible para nosotros, y al hacerla desaparecer se quedan sin orientación.

Otro experimento consistió en colocar un puñado de larvas en un papel cerca del hormiguero; si una hormiga procedente del nido descubre las larvas, se lleva una, y en seguida vienen por más otras hormigas por el mismo camino. Pero si en lugar de esto, se toma una hormiga y se la pone junto á las larvas, coge una y se vuelve con trabajo al hormiguero, pero sin que salgan otras hormigas en busca de las demás larvas; ni aun la misma hormiga descubre las larvas por el camino del regreso, lo que parece indicar que entre la pista de ida y la de vuelta existe alguna diferencia misteriosa que no nos es dado descubrir.

Este último experimento, sin embargo, nos parece poco concluyente. ¿No podía explicarse el hecho relatado, por el temor de las hormigas á ser víctimas de una violencia como la sufrida por su compañera al ser cogida del nido para deposi-

tarla junto á las larvas? Es verdad que la hormiga había salido bien de tan extraña aventura; pero el peligro corrido y el susto recibido eran harto positivos para que ni ella ni ninguna otra quisieran verse de nuevo en tales trances.

***

La censura en Rusia.—No se puede concebir en la Europa occidental—dice al *Berliner Tageblatt* un periodista moscovita—el modo con que la censura periodística se ejerce, sobre todo en provincias. El censor examina ante todo si el artículo infringe los reglamentos generales de la censura ó las circulares especiales de la prensa; luego profundiza (!¡) el espíritu del artículo, investigando si es hostil al Gobierno ó si *podría* serle perjudicial de alguna manera; y por último, estudia si *podría* leerse entre líneas, y si el contenido del artículo podría desagradar á algún personaje. Todo lo que publican los periódicos tiene que ser revisado por el censor, y esta vigilancia paraliza y acaba por matar toda iniciativa, toda independencia en la prensa.

He aquí algunos ejemplos de asuntos prohibidos al periódico *Novoie Obozrenzniye* el año pasado: Una correspondencia de Batoum, en la que se decía que «las epidemias de enfermedades infecciosas no disminuían»; una nota en la que, con arreglo al último censo, se fijaba en 223.000 habitantes la población de Kiew y en 565.000 la de Odessa; otra nota de Suchum, en la que se hablaba de una petición solicitando la creación de una comisión encargada de averiguar las causas de la decadencia del cristianismo y de la desgraciada situación del clero, etc., etc.

***

Una leyenda sobre la peste.—En la *Revue Scientifique* cuenta A. Loir, con motivo de las epidemias de peste en Tú-

nez, la siguiente leyenda oriental, que atribuye al Cardenal Lavigerie:

«Paseándose un día un marabú por los alrededores de Esmirna vió pasar á la peste.

»—¿Dónde vas, Peste?—le preguntó.

»—Voy á Esmirna.

»—Para seguir haciendo de las tuyas, sin duda, ¿eh? Pues mira: te suplico que perdones á los habitantes de esta ciudad, son amigos míos.

»—Tranquilízate; en consideración á tu súplica, me contentaré con mil víctimas solamente.

»Al año siguiente, el marabú volvió á encontrarse en el mismo sitio con la Peste.

»—¡Oh, maldita Peste!—le dijo.—Me habías prometido no matar más que mil personas, y has matado más de veinte mil.

»—Te aseguro—respondió la Peste—que cumplí mi palabra, y que no causé más de mil víctimas; las demás las ha matado el miedo.»

Esta leyenda no es del Cardenal Lavigerie, pues nosotros la hemos leído en una colección de chistes y cuentos española, de la primera mitad del siglo.

***

El periodismo en Europa.—Alberto Bonard dedica en la *Bibliotheque Universelle* un estudio á los periódicos y periodistas, reconociendo en la prensa periódica tres tipos principales: el inglés, el alemán y el francés. La prensa inglesa se consagra, ante todo, á la información, siendo el reporter del tipo de Archivaldo Fobtes el mejor periodista. En la prensa alemana domina la documentación, reseñas de Asambleas, actas de Congresos, etc., con pocos asuntos de prensa, á menos de que un Bismarck solicite al efecto los órganos de la opinión. Ni el periodista inglés ni el alemán suelen firmar sus artículos, siendo, por consiguiente, su nombre ignorado del pú-

blico. En Francia ocurre todo lo contrario, y por eso los periodistas son legión, siendo indiscutible que «por el brillo de la forma y el nervio y precisión del pensamiento, la prensa parisién no tiene rival.»

***

La evolución histórica del carácter de Ulises.—Según demuestra cumplidamente el eruditísimo P. Cesáreo en la *Rivista di Storia Antica*, Ulises aparece entre los griegos como engañador, lleno de doblez, cualidad no deshonrosa en la moral de los tiempos heroicos, en los que el título de pirata no era injurioso; entre los latinos fue considerado, á causa de su doblez, como uno de los mayores malvados de la historia mitológica; en la Edad Media como pecador legendario, á quien Dante reserva uno de los tormentos especiales del infierno; y en nuestros tiempos se ha convertido en un símbolo poético y noble como el que pinta Tennyson en sus *Lotofagos*.

Para exponer estas vicisitudes—como dice la *Rivista Politica e Leteraria*—Cesáreo ha puesto á contribución escritores griegos, latinos, italianos, franceses, ingleses, alemanes, españoles y árabes, logrando demostrar que los tipos legendarios, lo mismo que los reales y rigurosamente históricos, están sujetos á las leyes darwínicas de la adaptación y del *uso y no uso*.

Fernando Araujo.

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

Pensieri di varia filosofía e di bella letteratura, di Giacomo Leopardi. Volume quarto.—Firenze, successori Le Monnier, 1899.—Un tomo de 439 páginas, 3,50 liras.

Tiene este tomo del *Zibaldone* de los *Pensamientos* de Leopardi el mismo carácter abigarrado que tienen los anteriores, según hicimos notar al dar cuenta de ellos á su debido tiempo en La España Moderna. Sin embargo, en este volumen cuarto predominan muchísimo los estudios y observaciones de carácter lingüístico, sobre la índole de las lenguas antiguas (hebreo, griego, latín) y modernas (francés, italiano, español), sobre particularidades gramaticales, sobre derivaciones y transformaciones de palabras, etc. Como todos los escritos del gran poeta, ofrece este libro gran abundancia de pensamiento en todas sus páginas.

Copiaré, lo mismo que hice otras veces, algún fragmento:

«No hay que confundir—dice—la pureza de la lengua, la cual es obligatoria en todos los escritos de cualquier nación, con la elegancia, que no es obligatoria sino en algunos escritos, mientras en otros no sólo no es necesaria, sino que es imposible. No debe, pues, pensarse que porque la lengua italiana sea muy capaz de elegancias, y porque al leer la mayor parte de nuestros escritores experimentemos una grandísima complacencia, no debe pensarse, digo, que por eso los escritores didascálicos, etc., cuando no resultan elegantes, no sean italianos. Vuelvo á decir que la precisión *moderna,* que es extre-

mada, y que en semejantes escritos y géneros es de primera necesidad, y que hoy se prefiere á todas las demás cualidades, es por su propia naturaleza absolutamente incompatible con la elegancia; y, en efecto, nuestro siglo, que es el siglo de la precisión, no es ciertamente el de la elegancia en ningún género. Pero la precisión es perfectamente compatible con la pureza, como puede verse en Galileo, el cual, allí donde es preciso y matemático, no es jamás elegante, pero siempre es purísimo italiano. Pues nuestra lengua, lo mismo que cualquiera otra, es incapaz de un estilo que reuna dos cualidades esencialmente contradictorias entre sí, pero es muy capaz del estilo preciso no menos que del elegante, á semejanza de la griega y al contrario de la francesa, la cual, siendo muy capaz de precisión, es incapaz de elegancia (de lo que nosotros, los latinos y los griegos, entendemos y entendían por elegancia), y de la latina, muy capaz de elegancia pero incapaz de precisión, por lo que apenas corrompida se aplicó á las sutilezas teológicas, escolásticas, etc. (entre las cuales, por el contrario, fue criada la nuestra y creció la griega), y aun á las de la filosofía griega después de Cicerón, razón por la que es inadaptable completamente á las cosas modernas y á las traducciones de cosas modernas.»

P. Dorado.

La Justice par l'Etat. Etude de Morale Sociale, por Paul Lapie: un volumen de 215 páginas.—Félix Alcan, editor. París, 1899.—Su precio, 2,50 francos.

Hay que distinguir en el libro del Sr. Lapie varias cosas. Primeramente, el método de investigación y la determinación del ideal; luego, la orientación que el ideal social y político determinado supone, con los remedios que se estiman necesarios para alcanzarlo, y, por fin, su crítica del estado actual de las cosas políticas, y de las sociales en su relación con las políticas.

El método que defiende el Sr. Lapie implica una concep-

ción armónica entre un determinismo que pudiéramos llamar científico y la acción eficaz posible de un ideal social activo, previsor y fecundo. No acepta el autor de *La Justice par l'Etat* las ideas de Taine, comprendidas en estas palabras: «La forma social y política en la cual un pueblo puede entrar y *permanecer* no es obra de su arbitrio, sino que está determinada por su carácter y por su pasado»; pero tampoco admite el método abstracto, de improvisación política. «El ideal político—dice,—como todo ideal, debe presentar sus títulos á la razón; la conciencia debe ser iluminada por la ciencia.» «Según la crítica—añade—que hemos dirigido á las dos teorías extremas, se puede prever que buscaremos la solución del problema en una teoría sintética análoga á la de M. Ll. Michel» (autor éste de un importante libro sobre *L'Idée de l'Etat*). En resumen, escribe, formulando más adelante su pensamiento: «No consentiremos que se apodere de la dirección de nuestra conciencia política la moral independiente de la ciencia, ni la ciencia independiente de la moral, sino que investigaremos cuál ideal social inspira á la razón la experiencia, qué forma debemos dar al Estado y qué funciones debemos confiarle si queremos realizar nuestro ideal.»

Sobre la orientación que el libro del Sr. Lapie supone habría mucho que decir, y casi todo en elogio del autor: tiempo hace que semejante orientación se mantiene, en cierto sentido, por el núcleo de juristas y sociólogos que en España siguen las inspiraciones de la doctrina orgánica y afirman el carácter jurídico del Estado. Baste decir que el Sr. Lapie asigna al Estado como misión la *justicia*—el *derecho,* diríamos nosotros,—pero entendida, no en el sentido limitativo y restrictivo del individualismo, sino en un sentido positivo y de acción. «El Estado—dice—es el instrumento de la justicia, la justicia es el ideal del Estado» (pág. 37). «El ideal del Estado—escribe más adelante—no es ni la ciudad ni el ciudadano, es la justicia *intercívica*» (pág. 45). Ahora bien: la forma del Estado es preciso deducirla del ideal; por eso aquélla tiene que depender

de las condiciones en las cuales la justicia debe realizarse. Estas condiciones se refieren, bien sea á la afirmación directa por el gobierno del Estado, de la justicia misma, bien sea á la extirpación de las causas—determinadas: los delitos, v. gr.; indeterminadas: la miseria, la incultura, etc.—de la injusticia. En consonancia con estas condiciones se fijan las funciones del Estado: tiene éste, en efecto, una función arbitral y de extirpación de la injusticia que debe ejercer el Gobierno con la magistratura judicial y militar, y una función impuesta por las injusticias generales del medio, del desequilibrio social, etc., que debe ejercer una triple magistratura filantrópica, pedagógica y económica del Estado.

La explicación de la organización, procedimientos y demás de todas estas funciones que el imperio real de la justicia impone, según el señor Lapie, exigiría muchísimo más espacio del que aquí puedo consagrar al libro que examino. Sólo advertiré que es muy interesante, y oportuna hoy como nunca entre nosotros, la lectura de su defensa de la centralización administrativa como medio adecuado para asegurar ó garantir la condición de *universalidad* que la justicia exige. Podrá discutirse si el señor Lapie funda bien ó mal su opinión; pero, seguramente, con su libro á la vista se puede afirmar que el problema no está tan resuelto como á veces se pretende, ó, por lo menos, que el problema es mucho más complejo de lo que á primera vista parece.

Prescindiendo de esto, estimo que el lado *débil* del trabajo del señor Lapie está en esta parte, que pudiéramos llamar *constructiva*, de su doctrina. Su fe en la eficacia del *arbitraje* como medio de garantir la imparcialidad en la justicia que debe hacer el Estado, no me parece bien fundada: el *árbitro* será siempre un hombre, bueno ó malo, y su juicio, su acción, sus decisiones, obra de su estructura personal: realmente, la solución del hondísimo problema de moral social que el señor Lapie busca, no puede estar en un simple cambio de postura, en una modificación de las magistraturas políticas.

La parte crítica del estado actual de las instituciones y funciones políticas, es indudablemente lo mejor del libro del señor Lapie. Cuanto dice del régimen actual de las mayorías es interesante, y lo es mucho más el finísimo análisis de los procedimientos judiciales modernos: las páginas que dedica á examinar la cuestión de si la magistratura judicial actual es imparcial é instruída, son las que ofrecen un interés superior.

ADOLFO POSADA.

La moral de la derrota, por D. Luis Morote.—Madrid, 1900.—Un volumen de XI-781 páginas, 5 pesetas.

Más que un libro de investigación y de crítica propiamente científica, me parece que el señor Morote se ha propuesto hacer una obra que podríamos llamar de impresiones. Pues en la que acaba de publicar expone las que á él le han producido los acontecimientos ocurridos últimamente en España y las que siente en presencia de la situación actual (económica, política, pedagógica) de este país. Sobre esto, y sobre el posible porvenir de nuestra patria, escribe largamente, advirtiéndose en todas las páginas del volumen un espíritu muy levantado y liberal y un noble anhelo de mejoramiento de esta infeliz nación. Acaso hay también esperanzas sobrado optimistas, como las que alimentan muchos otros que no nos creen tan decaídos como lo estamos en realidad.

El autor no ha hecho trabajos de propia indagación en casi ninguno de los puntos que en su estudio trata; pero ha leído bastantes libros y publicaciones de otra índole, y nos ofrece reunidos en un solo volumen datos y doctrinas que andan esparcidos en varios sitios.

El señor Morote suele juzgar de cosas y personas con bastante discreción y acierto.

La obra se divide en dos libros, y cada uno de ellos, á su vez, en dos partes; de este modo: LIBRO PRIMERO: EL DESASTRE

Y SUS CONSECUENCIAS; *parte primera: De Melilla á Santiago de Cuba*; *parte segunda: El problema nacional.* LIBRO SEGUNDO: ESPERANZAS DE REGENERACIÓN; *parte primera: El movimiento económico; parte segunda: Síntomas de reforma política y social.*

P. DORADO.

Science sociale et democratie, por G. L. Duprat: 1 vol. de 320 páginas. *Bibliotheque Sociologique internationale.* París, 1900. Giard y Brière, editores.—Su precio, 6 francos.

El interesante libro del Sr. Duprat, que forma el volumen XIX de la Biblioteca de Sociología que dirige el señor Worms, puede estimarse como un ensayo, verificado con rigor y escrupulosidad verdaderamente científicos, de política sociológica, ó si se quiere mejor, de sociología política. El autor no contrae la indagación sociológica á una determinación, que pudiéramos llamar objetiva, de las condiciones sociales ó de la sociedad misma; busca en las conclusiones de la Sociología un valor práctico, un alcance político; quiere encontrar de ella, en suma, la justificación de un ideal. En su virtud, podríamos decir que la Sociología que nos expone el Sr. Duprat es una Sociología de tendencias, verdadera guía é inspiradora de soluciones aplicables en la vida social, y más particularmente en la vida del Estado.

Y ¿cuál es el ideal, «el estado social ideal» que, en opinión del Sr. Duprat, resulta justificado por la Sociología? La democracia.

Pero entendámonos. No es que el autor afirme las excelencias de la democracia, tratando luego de justificarlas por medio de consideraciones sociológicas. El procedimiento seguido es completamente al contrario. El Sr. Duprat hace primero Sociología: determina—con gran acierto, en general, á mi ver—la naturaleza de la Sociología, del hecho social, así como la esfera de la filosofía social; y después de esto, después de formar un criterio sociológico, es cuando el citado escritor pasa á con-

siderar el arte político y llega á definir la democracia. «El estado social ideal—dice—es siempre una democracia: nuestra fe en un porvenir democrático no es sólo el resultado de un deseo, sino la consecuencia de previsiones sociológicas.»

Es, en verdad, muy interesante el concepto que el Sr. Duprat expone de la democracia y del régimen democrático, siendo muy razonable el papel que atribuye al Gobierno en el mismo. El régimen democrático implica la armonía de la ley moral y del interés general del pueblo, y supone un profundo sentimiento de solidaridad en todos. Así, estima el autor que este régimen es todavía un ideal al cual es preciso dirigirse guiando á la humanidad, elevándola, suscitando en ella tendencias morales. Y como todo esto entraña una gran obra educativa, de ahí que el autor considere como una de las misiones más importantes y fecundas la misión de los educadores.

He aquí ahora, en breves palabras, una indicación de las cuestiones que el Sr. Duprat estudia en su libro. En una introducción resume los sistemas políticos principales—Platón, Aristóteles, Hobbes, Spinoza, Montesquieu, Rousseau, Comte;—luego, en las cuatro partes en que se divide la obra, habla primero de la Sociología, después del arte político, á continuación de la organización democrática, y, por último, de la educación política.

ADOLFO POSADA.

Le associazioni politiche, per Ignazio Tambaro.—Napoli, 1900. Un folleto de 66 págs., sin indicación de precio.

Le incompatibilità parlamentari, per Ignazio Tambaro.—Palermo, 1900.—Un folleto de 175 págs., 1,50 liras.

El autor de estos opúsculos es un joven que comienza á trabajar con grandes alientos. En pocos años ha dado ya á luz unos cuantos trabajos, de alguno de los cuales se habló á su debido tiempo en las columnas de esta Revista.

Todos esos escritos están consagrados al estudio de cues-

tiones políticas, y al estudio de cuestiones políticas lo están también los dos folletos á que esta nota se refiere, que son dos monografías tocantes á las *Asociaciones políticas* y á las *Incompatibilidades parlamentarias*.

En la primera de ellas se examina bajo diferentes aspectos el derecho de asociación política. Comienza con una introducción, en que se plantea el problema, se da una idea del derecho de asociación y se hacen indicaciones sobre la injusticia ó ineficacia del sistema represivo con respecto al mismo. Luego, en los capítulos siguientes, estudia el autor el fundamento y límites del derecho de asociación política; la conveniencia del mismo para que el Estado pueda cumplir bien sus fines; las facultades que al mismo Estado competen para regularlo y restringirlo; la variedad de opiniones sobre si debe existir una ley que defina y regule el derecho de que se trata; los criterios que deben tenerse presentes, cuando tal ley exista, para poder conciliar el derecho de los individuos á asociarse con el derecho del Estado á conservar el orden; lo que debe hacer el poder ejecutivo para permitir y limitar el ejercicio de tal derecho de asociación cuando se carezca de ley sobre el particular. — El Sr. Tambaro resuelve los problemas con un espíritu bastante liberal.

Para nuestro autor, la base del buen funcionamiento del régimen representativo se halla en un acertado sistema de incompatibilidades parlamentarias, excluyendo, mediante él, de los Cuerpos Colegisladores á todos aquellos individuos que se hallen ligados al Gobierno por vínculos de agradecimiento ó de subordinación, y que, por tanto, carezcan de la necesaria independencia para el conveniente desarrollo de sus funciones. Al examen de este asunto consagra el Sr. Tambaro la segunda de las mencionadas monografías. Según él, es muy aceptable la tendencia que por doquiera se advierte á ir aumentando el número de las referidas incompatibilidades, porque de este modo se purificará el Parlamento.

Aun cuando no deja de haber en ambos folletos, sobre

todo en el último, algunas noticias de legislación extranjera (consagra un capítulo á exponer la legislación de los varios países de Europa y de otros de fuera de Europa sobre las incompatibilidades), sin embargo, la mayor parte de las referencias legislativas que el autor hace y de los datos que expone son pertinentes á Italia, como se comprende con facilidad.

P. Dorado.

Scritti di Carlo Bini. Seconda edizione, notevolmente accresciuta.—Firenze, Successori Le Monnier, editori, 1900.—Un vol. de XVIII-556 páginas, 4 liras.

Nació Carlos Bini en 1806 y murió en 1842, aún no cumplidos los treinta y seis años. Fue, pues, contemporáneo de Leopardi, y murió algo más joven aún que éste. Su actividad y amor al estudio corrieron parejas con los del poeta de Recanati. Ambos también fueron igualmente desgraciados.

Bini, pensador, escritor y poeta como Leopardi, aun cuando no de la importancia de éste, dejó escrito mucho menos que Leopardi, pero dejó bastante. Entre las ediciones de sus trabajos, figura una de 1869, publicada por G. Levantini-Pieroni con el título *Scritti editi e postumi di Carlo Bini*. El mismo Levantini-Pieroni ha dado á luz recientemente la segunda edición de esos *Scritti* en el volumen á que hace referencia esta nota.

Contiene trabajos muy variados: prosa, versos, traducciones, cartas, cartas amorosas y un apéndice de cosas varias. Algunos de tales escritos son de verdad interesantes, como el que se titula *Manuscrito de un prisionero,* el más largo de todos, y para mí el mejor, por la multitud de observaciones y sugestiones que contiene, tomadas de la realidad, en la cárcel misma, donde el autor estuvo por motivos políticos, y por la ternura y unción con que están escritas muchas de sus páginas.

P. Dorado.

Cuestiones jurídicas relacionadas con la ley sobre accidentes del trabajo, por D. Manuel Conrotte.—Madrid, 1900.—Un folleto de 40 páginas; sin indicación de precio.

Publicada la nueva ley sobre accidentes del trabajo, no dejará de ofrecer, como todas, dudas y dificultades en su aplicación. El Sr. Conrotte indica ya por anticipado algunas de esas dudas, referentes, sobre todo, á si los preceptos de tal ley serán aplicables, y cómo, á los soldados, á los penados y á los extranjeros. También hace ciertas observaciones sobre la parte procesal de la mencionada disposición.

P. Dorado.

Las asociaciones obreras en España (Notas para su historia), por D. Juan Uña Sarthou.—Madrid, 1900.—Un volumen de 347 páginas y 20 más de apéndices, 4 pesetas.

La historia de España hay que irla haciendo poco á poco. Ha de hacerse por el concurso de diferentes investigadores, mediante monografías que vayan poniendo en claro los múltiples asuntos é instituciones que aquélla abraza, y echando de tal suerte las bases firmes para futuras síntesis y generalizaciones.

El Sr. Uña Sarthou, uno de los pocos jóvenes «intelectuales» de los que trabajan de verdad aquí en España, nos ofrece en su libro *Las asociaciones obreras* una de tales monografías. Con el auxilio de no pocos libros y documentos de otra clase, cuidadosamente recogidos y estudiados, reconstruye el autor la vida, organización y vicisitudes del gremio en España desde la época romana hasta su desaparición en el siglo pasado y el presente.

Que el trabajo ha podido ser mucho más completo de lo que es, no cabe duda; aún puede investigarse bastante más de lo que ha investigado el Sr. Uña (él mismo lo dice varias veces); pero es de tener en cuenta que el libro constituye una Memoria de las presentadas al concurso abierto por el Ateneo de Madrid en 1899 para el premio Charro Hidalgo (que por cier-

to le fue adjudicado al Sr. Uña), y sabido es que, en estos casos, hay siempre un plazo perentorio para presentar los manuscritos.

Cuando el Sr. Uña publique la segunda edición de su libro, seguramente que éste, que ya hoy tiene bastante mérito, lo aumentará.

P. Dorado.

Pensieri di varia filosofía e di bella letteratura, di Giacomo Leopardi. Volume quinto. — Firenze, Successori Le Monnier, editori, 1900.— Un tomo de 437 páginas, 3,50 liras.

Del carácter de esta obra póstuma de Leopardi ya se ha dicho lo suficiente al publicar en esta misma Revista las notas bibliográficas de los cuatro primeros volúmenes.

En el quinto, que acaba de ver la luz, se contiene un caudal grande de observaciones gramaticales y filológicas: estudios comparativos de las varias lenguas antiguas y modernas, sobre todo de las neolatinas entre sí y con el latín, matriz de las mismas; multitud de derivaciones y aproximaciones de palabras; explicación de los caracteres y peculiaridades que cada uno de tales idiomas presenta, etc., etc. Pero también hay bastantes notas—algunas, largas—relativas á asuntos literarios, musicales, estéticos en general y filosóficos. Hasta hay alguna de índole política ó filosófico-política, como la siguiente: «Tan cierto es que una sociedad capaz de República no puede estar sino ligera ó escasamente corrompida, como que una sociedad plenamente corrompida (v. gr., la moderna) no es absolutamente capaz de otro estado duradero más que del monárquico casi absoluto, y como que el no ser absolutamente capaz de otra cosa sino de monarquía absoluta y el de ser incapaz de un duradero Estado libre, es señal cierta de sociedad del todo corrompida. Así se aproximan, en apariencia, los dos extremos, ó sea la sociedad primitiva, cuyo único estado propio es la monarquía, y la sociedad totalmente corroída, cuyo único estado propio es la monarquía absoluta.....»

P. Dorado.

OBRAS NUEVAS

Agea y Falgueras (J. y F.)—Rosa de te; apropósito en un acto, en prosa. En 4.°, 16 págs.: 1 peseta.

Agreda (M. de J. de). - Vida de la Virgen María, con prólogo de E. Pardo Bazán. En 4.°, 370 páginas: 7,50 pesetas.

Almendros Camps (J.) — Pasionarias; diseños. En 8.°, 198 págs.: 3 pesetas.

Alvarez Quintero (S. y J.)—El patio; comedia en dos actos. En 4.°, 73 págs.: 1,50 pesetas.

Arigita y Lasa (M.)—El Ilmo. y Reverendo Sr. D. Francisco de Navarra; estudio histórico-crítico. En 4.°, XVI-774 págs.: 7,50 petas.

Asúnsolo Martínez (J.)—Contabilidad y teneduría de libros. En 4.°, 123 págs.: 3 pesetas.

Belmás (M.)—Canarias; el peligro y sus remedios. En 4.°, 47 págs. y 7 planos: 1 peseta.

Bofill Jacas (J. M.)—Industrias universales prácticas. En 4.°, 80 páginas: 10 pesetas.

Braun (J. J.)—Nueva gramática alemana. En 4.°, VIII-232 págs.: 6 pesetas.

Calvo y Madroño (I.)—Programa de instituciones de Derecho romano según el orden de las de Justiniano. En 8.°, 72 págs.: 1,50 ps.

Canata (P. A.)—Nicanor; tragedia en cinco actos y en verso. En 12.°, 127 págs.: 50 céntimos.

Castillejo (J. L.) El año en las Salesas; 1899, *Año primero*. En 8.°, XIX-367 págs.: 5 pesetas.

Castillo y Domper (J. del). — Las apendicitis; estudio acerca de esta enfermedad, sus complicaciones y curación. En 4.°, 307 págs.: 3,50 pesetas.

Celis (E. R.)—La remolacha azucarera; guía práctica para su cultivo. En 4.°, VII págs.: 1 peseta.

Clapés y Juan (J.)—El General Vara de Rey. En 8.°, 48 págs.: 1 peseta.

Díaz Cassou (P.)—Literatura popular murciana. El cancionero Panocho; coplas, cantares, romances de la huerta de Murcia. En 8.°, 97 págs., 18 de música: 2 pesetas.

Fernández García (M.)—El jubileo; instrucciones y prácticas para lucrarlo. En 8.°, 319 págs., con láminas: 1 peseta.

Fernández-Hermosa (P). — Frescos y gordos. Chistes, cuentos, epigramas, exageraciones, chascarrillos, andaluzadas, moralejas. En 8.°, 111 págs.: 1 peseta.

Gallego Ramos (E.)—Los campos de

instrucción y de tiro en Alemania. En 4.°, 28 págs.: 1 peseta.

García Gutiérrez (A.)—Historia general del desarrollo del comercio y de la industria. En 8.° mayor, XV-338 págs.: 4 pesetas.

Gómez-Rodríguez (J.)—Conservación y restauración de cuadros, En 8.°, 46 págs.: 1 peseta.

González Alvarez (C.).—Seguros. El Consultor del asegurado. En 8.°, 85 págs.: 1 peseta.

González de Crussellas (J. M.)—Diccionario geográfico postal de la provincia de Huesca. En 8.°, 338 págs.: 1,25 pesetas.

Gorostiza (M. E. de).—Obras. Tomo III (teatro). México: Imp. de V. Agüeros, 1899. En 8.°, 333 páginas: 6 pesetas.

Biblioteca de autores mexicanos, tomo 26.

Grandía (M.)—Gramática griega para uso de los Seminarios. En 8.°, VIII-191 págs.: 2,50 pesetas.

Lampérez y Romea (V.)—Segovia, Toro y Burgos. Observaciones sobre algunos de sus monumentos arquitectónicos de la Edad Media. En 4.°, 47 págs.: 1,50 pesetas.

López Tuero (F.)—Unitarismo de la patria española. La descentralización.—El regionalismo.—Portugal.—Gibraltar.—Síntesis del unitarismo. En 8.°, 156 págs.: 3,50 pesetas.

Manuel de Ferrer (L.)—El desarme de Europa y las garantías de la paz general. En 4.°, 32 págs.: 75 céntimos.

Marchal (P.)—Esperanza á los que lloran. En 12.°, 453 págs.: 1,25.

Mario (hijo) (E.) y Santoval (D. de).—El director general; comedia en tres actos y en prosa. En 4.°, 105 páginas.

Martínez (M.) y Suárez (I.)—Segundo curso de Matemáticas. En 8.°, 156 págs.: 5 pesetas.

Mestres (A.)—Poemas de mar. En 8.°, 127 págs.: 2 pesetas.

Muñoz Caravaca (I.)—Principios de aritmética. En 8.°, 152 págs.: 1 peseta.

Navas Ramírez (J.)—Canelo, juguete cómico en dos actos. En 4.°, 58 págs.: 1,50 pesetas.

Palomero (A.)—Cancionero de Gil Parrado. En 8.°, 207 págs.: 2 pesetas.

Picón (J. O.)—Cuentos. En 12.°, 88 págs.: 75 céntimos.

Redondo y Menduiña (J.)—De Belén al Calvario. En 8.° mayor, 142 págs.: 2 pesetas.

Ruiz y Plá (E.)—El único juez; drama en tres actos. En 4.°, 68 páginas: 2 pesetas.

Serrano Altamira (J.)—Las tropas alpinas en Francia. En 4.°, 56 páginas: 1 peseta.

Soldevilla (F.)—El Año Político. Año V. En 4.°, VIII-480 pág.: 6 pesetas.

Sota y Lastra (R. de la).—Manual teórico y práctico de las enfermedades de la nariz y de sus senos accesorios. En 8.°, XVI-494 páginas, con grabados: 5 pesetas.

Suárez Somonte (I.)—Primer curso de aritmética. En 8.°, 151 páginas: 3 pesetas.

Tapia (A.)—Los suicidios en Cataluña, y en general en toda España. En 8.°, 237 págs.: 2 pesetas.

Valencina (Fr. A. de).—Soliloquios En 8.°, 278 págs.: 2 pesetas.

Yesares y Blanco (R.)—Vademécum práctico de electricidad. En 8.°, 523 págs.: 5 pesetas.

INDICE

Págs.

En los bancos de Terranova (novela), por Kunt Hantun..... 5
Poetas americanos: El canto del olvido, por Eduardo Echevarría.. 13
El padre de Moratín, por Juan Pérez de Guzmán..... 16
Notas sobre la Exposición de Goya, por N. Sentenach..... 34
Los hijos vengadores en la literatura dramática, por el Marqués de Valmar..... 54
La muerte por el honor (recuerdos de la guerra de la Independencia), por Nicolás Pérez Merino..... 90
Crónica literaria, por E. Gómez de Baquero..... 117
Revista de Revistas, por Fernando Araujo..... 131
Revista Hispanoamericana, por Iob..... 149
Notas bibliográficas, por P. Dorado y A. Posada..... 190
Obras nuevas..... 201

LIBROS PUBLICADOS

POR

LA ESPAÑA MODERNA

que se hallan de venta en su Administración, Cuesta de Santo Domingo 16, principal.—MADRID

N.º del Catál.º		Pesetas.
175	**Aguanno.** — La génesis y la evolución del Derecho civil.....	15
176	— La Reforma integral de la legislación civil..	4
177	**Alcofurado.** — Cartas amatorias de la monja portuguesa.....	3
315	**Amiel.**—Diario íntimo..	9
178	**Anónimo.**--¿Académicas?	1
179	— Currita Albornoz al P. Luis Coloma.....	1
189	**Araujo.**—Goya.	3
183	**Arenal.** — El Delito colectivo.....	1,50
182	— El Derecho de gracia.	3
181	— El Visitador del preso.	3
114	**Arnold.** — La crítica en la actualidad.....	3
172	**Asensio.**—Fernán Caballero.....	1
39	— Martín Alonso Pinzón.	3
184	**Asser.** — Derecho Internacional privado.....	6
111	**Balzac.** — César Birotteau.....	3
54	— Eugenia Grandet. ...	3
112	— La Quiebra de César Birotteau.....	3
62	— Papá Goriot..... ...	3
76	— Ursula Mirouet.....	3
2	**Barbey d'Aurevilly.** — El Cabecilla.....	3
12	— El Dandismo y Jorge Brummel.....	3
131	— La Hechizada.....	3
120	— Las Diabólicas.....	3
124	**Barbey d'Aurevilly.** — Una Historia sin nombre	3
110	— Venganza de una mujer.....	3
130	**Baudelaire.**— Los paraísos artificiales.....	3
163	**Becerro de Bengoa.** — Trueba.....	1
174	**Bergeret.** — Eugenio Mouton (Merinos)	1
311	**Boissier.**—Cicerón y sus amigos.....	8
169	**Bourget.**—Hipólito Taine.....	0,50
300	**Buisson.**—La Educación popular de los adultos en Inglaterra.....	6
185-186	**Burgess.** — Ciencia política y Derecho constitucional comparados (dos tomos).....	14
187	**Buylla.**—Economía.....	12
36-37	**Campe.** — Historia de América (dos tomos)..	6
156	**Campoamor** —Cánovas.	1
79	— Doloras, cantares y humoradas.....	3
69	— Ternezas y flores.....	3
188	**Carnevale.** — Filosofía jurídica.--Crítica penal.	5
189	— La cuestión de la pena de muerte...	3
102	**Caro.**—Costumbres literarias.....	3
140	— El Derecho y la fuerza.	3
58	— El pesimismo en el siglo XIX.....	3

N.º del Catál.º		Pesetas.
65	**Caro.**—El suicidio y la civilización	3
127	— Littré y el Positivismo	3
293	**Castro.**—El libro de los galicismos	3
190-191	**Collins.** — Resumen de la filosofía de Spencer (dos tomos)	15
64	**Coppée.**—Un idilio	3
40	**Cherbuliez.** — Amores frágiles	3
26	—La tema de Juan Tozudo	3
93	— Meta Holdenis	3
18	— Mis Rovel	3
91	— Paula Mere	3
297-298	**Darwin.** — Viaje de un naturalista alrededor del mundo (dos tomos)	15
59	**Daudet.**—Cartas de mi molino	3
125	— Cuentos y fantasías	3
38	— El sitio de París	3
13-14	Jack (dos tomos)	6
22	— La Evangelista	3
46	— Novelas del lunes	3
100	— Tartarín en los Alpes.	3
166	**Dorado.** — Concepción Arenal	1
289	— El Reformatorio de Elmira	3
192	— Problemas jurídicos contemporáneos	3
31	**Dostoyusky.** — La casa de los muertos	3
33	— La novela del presidio.	3
301	**Dowden.** — Historia de la literatura francesa	9
193	**Engels.** — Origen de la familia, de la propiedad y del Estado	6
162	**Fernán Flor.**—Tamayo	1
158	— Zorrilla	1
155	**Fernández Guerra.** — Hartzenbusch	1
92	**Ferrán.**-Obras completas	3
73	**Ferry.**— Nuevos estudios de Antropología	3
24	**Flaubert.** — Un corazón sencillo	3
196-197	**Fouillee.** — Historia de la filosofía (dos tomos)	12
195	— La ciencia social contemporánea	8
194	**Fouillee.**—Novísimo concepto del derecho	7
198-199	**Framarino dei Malatesta.**—Lógica de las pruebas (dos tomos)	15
302-303	**Gabba.**—Derecho civil moderno (dos tomos).	15
307	**Garnet.**—Historia de la Literatura italiana	9
201	**Garofalo.** — Indemnización á las víctimas del delito	4
200	— La criminología	10
202	— La superstición socialista	5
98	**Gautier.**—Bajo las bombas prusianas	3
167	— Enrique Heine	1
132	— Madama de Girardín y Balzac	3
121	— Nerval y Baudelaire	3
70	**Gay.**—Los Salones célebres	3
261	**Giddings.**—Principios de Sociología	10
286	**Giuriati.** — Los errores judiciales	7
203	**Gladstonne.**—Los grandes nombres	5
164	— Lord Macaulay	1
287	**Goethe.**—Memorias	5
21	**Goncourt.** — Germinia Lacerteux	3
205	— Historia de la Pompadour	6
204	— Historia de María Antonieta	7
44	— La Elisa	3
61	— La Faustín	3
129	— La señora Gervaisais	3
6	— Querida	3
11	— Renata Mauperín	3
206	**González.**-Derecho usual	5
282-283	**Goodnow.**—Derecho administrativo comparado (dos tomos)	14
207	**Goschen.**—Teoría de los cambios extranjeros	7
208	**Grave.**—La sociedad futura	8
209	**Gross.**—Manual del juez.	12
210	**Gumplowicz.**—Derecho político filosófico	10
211	— Lucha de razas	8

N.º del Catál.º		Pesetas.
212	**Guyau.** — La educación y la Herencia.....	8
290	**Hamilton.** – Lógica parlamentaria.....	2
213	**Hausonville.** — La juventud de Lord Byron.	5
41	**Heine.**—Memorias.....	3
314	— Alemania.....	6
214	**Hunter.** — Sumario del Derecho romano.....	4
215	**Ihering.**—Cuestiones jurídicas.....	5
216	**Janet.**—La familia.....	5
217	**Kells Ingram.**—Historia de la Economía política.	7
218	**Kidd.** — La evolución sosocial.....	7
219	**Koch y otros.** — Estudios de higiene general.	3
295 bis.	**Korolenko.** — El desertor de Sajalín.....	2,50
299	**Krüger.**—Historia, fuentes y literatura del Derecho romano.....	7
221	**Laveleye.** — Economía política.....	7
220	**Lange.**—Luis Vives....	2,50
288	**Lemonnier.**—La Carnicería (Sedán).....	3
83	**Lombroso.** — Aplicaciones judiciales y médicas de la Antropología criminal.....	3
72	— El Hipnotismo.....	3
222	— La Escuela criminológico positivista.....	7
135	— Ultimos progresos de la Antropologia criminal.	3
223	**Lubbock.** — El empleo de la vida.	3
99	— La Vida dichosa.....	3
28-29	**Macaulay.** — Estudios jurídicos (dos tomos)...	6
294	— La Educación.....	7
305-306	— Vida, memorias y cartas, (dos tomos)....	14
224	**Manduca.**—El Procedimiento penal.....	5
225-226-227	**Martens.**—Derecho internacional (público y privado) (tres tomos).....	22
173	**Maupassant.**—Emilio Zola....	1
228	**Max-Muller.**—Origen y desarrollo de la religión.....	7
160	**Menéndez y Pelayo.**—Martínez de la Rosa...	1
152	— Núñez de Arce.....	1
284	**Meneval.** —María Estuardo.....	6
118	**Merimee.**—Colomba....	3
133	— Mis perlas.....	3
229	**Mey r.**—Derecho Administrativo.—La Administración y la organización administrativa..	5
230-231	**Miraglia.**– Filosofía del Derecho (dos tomos)	15
296	**Mommsen.**--Derecho público romano.....	12
170	**Molins.** —Bretón de los Herreros.....	1
295	**Murray.**—Historia de la Literatura clásica griega...	10
312	**Nansen.**—Hacia el Polo.	6
232	**Neera.**—Teresa.....	3
233	**Neumann.**—Derecho Internacional público moderno.	6
308	**Nietzsche.**—Así hablaba Zaratustra	7
157	**Pardó Bazán.**--Alarcón.	1
171	— Campoamor.....	1
151	— El P. Luis Coloma...	2
168	**Passarge.**—Ibsen.....	1
161	**Picón.**—Ayala.....	1
234	**Posada.** — La Administración política y la Administración social.....	5
235	**Renán.** — Estudios de historia religiosa.....	6
236	— La Vida de los Santos.	6
56-57	— Memorias íntimas (dos tomos).....	6
237-238	**Ricci.** — Tratado de las pruebas (dos tomos).	20
285	**Rod.**—El silencio.....	3
122	**Sainte-Beuve.** — Retratos de mujeres.....	3
49	— Tres mujeres.....	3
84	**Sardou.**-La Perla Negra	3
240	**Savigny.**— De la vocación de nuestro siglo para la legislacion...	3
242	**Schopenhaüer.** — El	

N.º del Catál.º		Pesetas.
	mundo como voluntad y como representación.	12
78	**Schopenhaüer.** — Estudios escogidos.....	3
241	— Fundamento de la moral.....	5
243	**Sighele.**—El delito de dos	4
244	— La muchedumbre delincuente.....	4
245	— Teoría positiva de la complicidad.....	5
256	**Spencer.** — De las leyes en general.....	8
253	— El organismo social..	7
254	— El progreso.....	7
257	— Etica de las prisiones.	10
255	— Exceso de legislación.	7
248	— La beneficencia.....	6
246	— La justicia.	7
247	— La moral	7
260	— Las inducciones de la Sociología y Las instituciones domésticas...	9
249	— Las instituciones eclesiásticas.	6
251-252	— Las instituciones políticas (dos tomos)...	12
258-259	— Los datos de la Sociología (dos tomos)...	12
250	— Las instituciones sociales.....	7
292	**Stead.** -El Gobierno de Nueva York.....	3
136	**Stendhal.**—El Amor...	3
138	— Curiosidades amatorias	3
262	**Sthal.** — Historia de la filosofía del Derecho...	12
27	**Stuart-Mill.** — Mis memorias.....	3
291	**Sudermann.**—El Deseo.	3,50
263	**Sumner-Maine.**—El antiguo derecho y la costumbre primitiva.....	7
265	— Historia del Derecho..	8
264	— La guerra según el Derecho internacional...	4
266	— Las instituciones primitivas.....	7
267	**Supino.** — Derecho mercantil.....	12
96	**Taine.**—El Arte en Grecia.....	3
101	— El ideal en el Arte...	3
66	— Filosofía del Arte....	3

N.º del Catál.º		Pesetas.
106	**Taine.**—Florencia.....	3
268	— Historia de la literatura inglesa contemporánea..	7
269	— Historia de la literatura inglesa.—Los orígenes.....	7
313	— Historia de la Literatura Inglesa: El Renacimiento.....	7
270	— La Inglaterra.....	7
74	— La pintura en los Países Bajos.....	3
108	— Milán..... .	3
103	— Nápoles..... ...	3
310	— Notas sobre París....	6
104-105	— Roma (dos tomos).	6
107	— Venecia.....	3
272	**Tarde.**—El duelo y el delito político	3
109	— Estudios penales y sociales..	3
273	— La criminalidad comparada.....	3
271	— Las transformaciones del Derecho.....	6
239	**Thorold Rogers.**—Sentido económico de la Historia	10
134	**Tcheng-Ki-Tong.** — La China contemporánea..	3
5	**Tolstoy.** — Dos generaciones	3
7	— El ahorcado.....	3
71	— El camino de la vida..	3
63	— El canto del cisne....	3
77	— El dinero y el trabajo.	3
10	— El Príncipe Nekhli..	3
34	— El sitio de Sebastopol.	3
81	— El trabajo.....	3
15	— En el Cáucaso.....	3
115	— Fisiología de la guerra.....	3
52	— Iván el imbécil... ..	3
117	— La escuela.....	3
20	— La muerte.....	3
1	— La sonata á Kreutzer.	3
95	— Lo que debe hacerse..	3
48	— Los Cosacos.....	3
90	— Los hambrientos.....	3
3	— Marido y mujer.....	3
85	— Mi confesión...	3
113	— Mi infancia.....	3
126	— Mi juventud.....	3

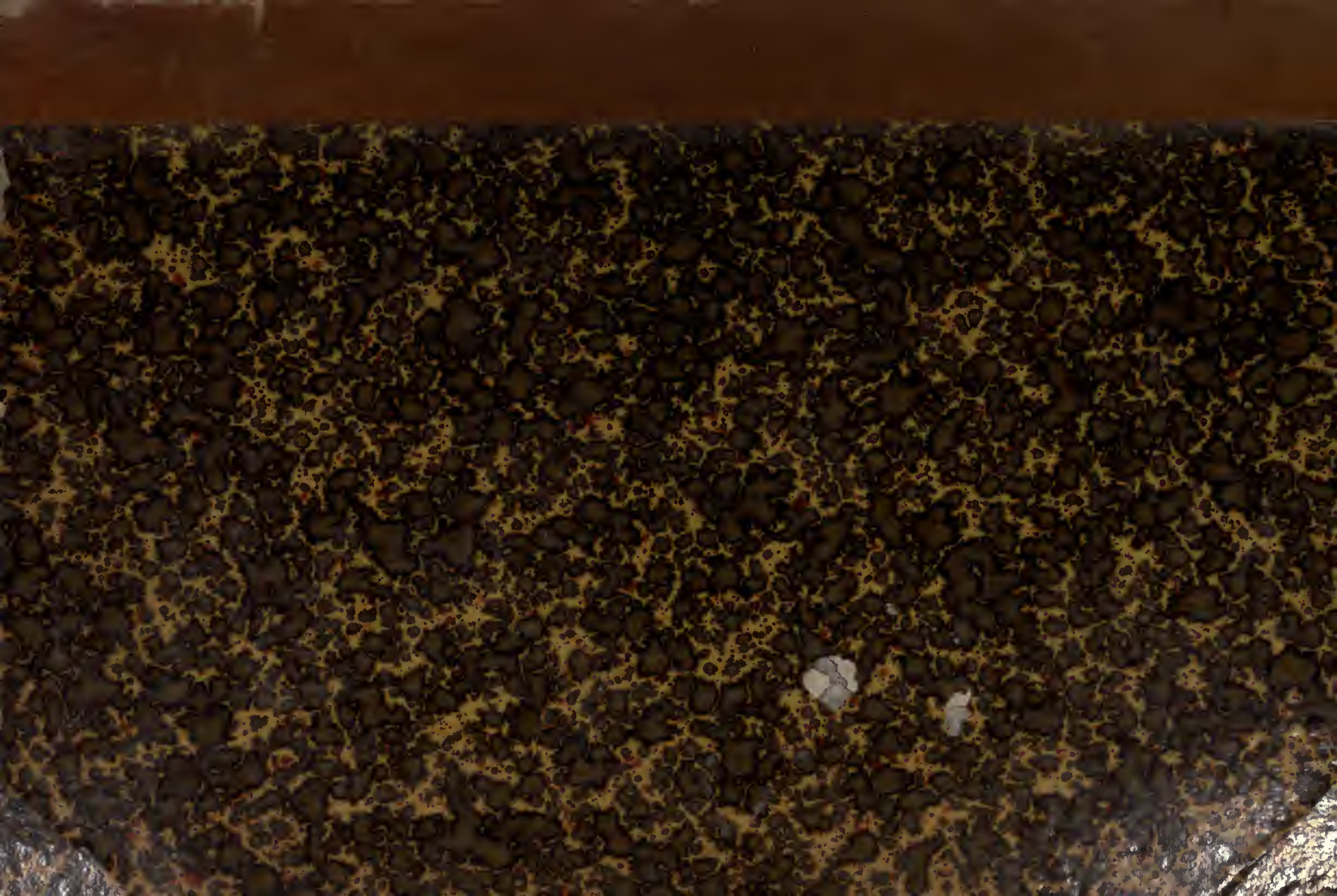
N.º del Catál.º		Pesetas.
75	**Tolstoy**—Placeres vicio.	3
94	— ¿Qué hacer?	3
294	**Trevelyan.**— La Educación de Lord Macaulay.	7
89	**Turgueneff.**—Aguas primaverales.	3
97	— Demetrio Rudín.	3
25	— El judío.	3
123	— El reloj.	3
47	— El Rey Lear de la Estepa.	3
8	— Humo.	3
139	— La Guillotina.	3
16	— Nido de hidalgos.	3
137	— Padres é hijos.	3
80	— Primer amor.	3
304	— Tierras vírgenes.	5
60	— Un desesperado.	3
281	**Uriel.**—Historia de Chile	8
153	**Valera.** — Ventura de la Vega.	1
116	**Varios autores.**—Cuentos escogidos.	3
276	— El Derecho y la Sociología contemporáneos.	12
274-275	— La nueva ciencia jurídica (dos tomos).	15
277	— Novelas y caprichos.	3
55	— Ramillete de cuentos.	3
82	— Tesoro de cuentos.	3
278	**Vivante.** Derecho mercantil.	10
4	**Wagner.**—Recuerdos de mi vida.	3
309	**Westermarck.**—El matrimonio en la especie humana.	12
279-280	**Wolf.**—Historia de las literaturas castellana y portuguesa (dos tomos).	15
43	**Ibsen.**—Casa de muñeca.	3
119	— La Dama del mar y Un enemigo del pueblo.	3
53	— Los Aparecidos y Edda Gabler.	3
143	**Zola.**—Balzac.	1
148	— Chateaubriand.	1
144	— Daudet.	1
146	— Dumas (hijo).	1
86-87	— El Doctor Pascual (dos tomos)	6
50-51	— El naturalismo en el teatro (dos tomos).	6
35	— Estudios críticos.	3
17	— Estudios literarios.	3
147	— Flaubert.	1
154	— Gautier.	1
141	— Jorge Sand.	1
23	— La novela experimental	3
9	— Las Veladas de Medán.	3
149	— Los Goncourt.	1
67-68	— Los novelistas naturalistas (dos tomos).	6
30	— Mis odios.	3
150	— Musset.	1
32	— Nuevos estudios literarios.	3
165	— Sainte Beuve.	1
145	— Sardou.	1
159	— Stendhal.	1
142	— Víctor Hugo.	1

LOS GRANDES AUTORES CONTEMPORÁNEOS

Neera.—Teresa, 3 pesetas.
Rod.—El Silencio, 3 pesetas.
Lemonnier.—La Carnicería (Sedán), 3 pesetas.
Sudermann.—El Deseo, 3,50 pesetas.
Korolenko.—El Desertor de Sajalín, 2,50 pesetas.
Turguenef.—Tierras Vírgenes, 5 pesetas.

AP
60
E8
año 12
no.136-38

La España moderna

PLEASE DO NOT REMOVE
CARDS OR SLIPS FROM THIS POCKET

UNIVERSITY OF TORONTO LIBRARY